AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

ALEXANDRA BRACKEN

EL ESPEJO DE LAS BESTIAS

EL SEÑOR DE LAS MOSCAS

EL ESPEJO DE LAS BESTIAS

ALEXANDRA BRACKEN

LIBRO 2

Traducción de Mia Postigo

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Mirror Of Beasts*
Editor original: Alfred A. Knopf, un sello de Random House Children's Books,
una división de Penguin Random House LLC, New York
Traducción: Mia Postigo

1.ª edición: junio 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

O como diría el Consejo de la Sororidad:
Aquel que este libro ose robar con algo añadido tendrá que
cargar.
La maldición de las letras despertará
y su amor por la lectura perecerá.
Que cada página le sea tan blanca como la nieve
y un sufrimiento eterno se lleve.

© 2024 *by* Alexandra Bracken
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 *by* Mia Postigo
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 979-13-87557-26-3

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para LD:
Que tu vida sea siempre algo mágico y maravilloso.

DRAMATIS PERSONAE

Las Aniquiladoras

Caitriona — Tras ser escogida como la nueva suma sacerdotisa, Caitriona se convirtió en la líder *de facto* de Ávalon hasta su destrucción. En la actualidad, le cuesta bastante adaptarse al mundo moderno.

Neve Goode — Una hechicera autodidacta, siempre alegre y preocupada por los demás, que busca información sobre su familia y los poderes tan misteriosos que posee.

Tamsin Lark — De pequeña la hicieron sumergirse en el mundo de los Saqueadores, por mucho que no contara con ninguna habilidad mágica. Lo que sí tiene a su favor es una memoria eidética y que siempre está dispuesta a resolver lo que se le presente. Haría cualquier cosa por salvar a su hermano de la influencia del Señor de la Muerte.

Olwen — Antaño sanadora de Ávalon, la sacerdotisa mitad náyade hace lo imposible y más por mantener la unidad entre sus amigas mientras la oscuridad se cierne sobre ellas.

Saqueadores

Emrys Dye — El vástago de la dinastía Dye, fundadores de la cofradía de los Estados Unidos. De una riqueza casi obscena y un encanto arrebatador, el Verdimante de ancestros Sagaces es el principal rival de Tamsin en la cofradía y disfruta muchísimo tanto de hacerla rabiar como de tontear con ella.

Nashbury Lark — Tutor de Tamsin y Cabell. Una figura reputada entre los Saqueadores y las hechiceras, se ha ganado fama gracias a su actitud desvergonzada y sus historias que no necesariamente se ciñen

a la realidad.

Hector Leer — Uno de los secuaces de Septimus y Endymion.

Edward Wyrm — Líder de la cofradía de Londres en la Mansión Robledal.

Septimus Yarrow — Un Saqueador tristemente célebre que murió en Ávalon y es conocido por haber encontrado la clava de Heracles.

Hechiceras y Magus

Acacia — De naturaleza cruel, es una de las hechiceras que secuestra a Tamsin, Neve, Caitriona y Olwen.

Hemlock — Una hechicera que Tamsin conoce en la taberna El Reposo del Difunto.

Hestia — Una de las hechiceras que secuestra a Tamsin y sus amigas junto a Acacia.

Isolde — Una hechicera muy nerviosa que sirve a la suma hechicera Kasumi.

Kasumi — La suma hechicera del Consejo de la Sororidad.

Madrigal — Una taumaturga misteriosa conocida por celebrar unas cenas que siempre terminan con alguna víctima desafortunada. Contrata los servicios de Emrys y Tamsin para recuperar el Anillo Disipador.

Morgana — Líder de las sacerdotisas que se enfrentaron a los druidas y fueron exiliadas por ello. Medio hermana del rey Arturo y pareja de Viviane.

Robin — Se presenta con el título no binario de Magus y trabaja como archivista para el Consejo de la Sororidad.

La Cacería Salvaje

El Señor de la Muerte — Tras haberse hecho pasar por el caballero Bedivere y llevar ahora el rostro del rey Arturo, el Señor de la Muerte

ha cruzado hacia el mundo mortal y está decidido a vengarse de las hechiceras.

Endymion Dye — El padre arrogante y malvado de Emrys. Antaño lideraba la cofradía con mano de hierro.

Cabell Lark — Hermano de Tamsin, parece sufrir de una maldición que hace que se convierta en un sabueso monstruoso. En la actualidad sirve al Señor de la Muerte como su senescal.

Phineas Primm — Exmiembro de la cofradía de Saqueadores de Tamsin.

Otros

La Cortahuesos — Una figura enigmática que facilita llaves esqueleto para abrir Venas, así como otras extravagancias, como veneno de basilisco.

Bran — El puca que trabaja como camarero en la taberna El Reposo del Difunto.

Querido — El puca acompañante de la hechicera Madrigal, que hace las veces de mayordomo y matón.

Elaine, la dama de Shalott — Desafortunada rival amorosa de una hechicera, quedó atrapada durante un tiempo en el Espejo de Shalott.

Franklin — Cliente de Tamsin que sufre de mal de amores y le gusta que le lean las cartas. Le vendría bien una sesión de terapia o dos.

Griflet — Un gatito que le regalan a la sacerdotisa Mari.

La Arpía de la Niebla (también conocida como Gwrach-y-Rhibyn) — Una deidad primordial que ocupa espacios liminales y tiene la habilidad de cruzar los límites entre mundos sin mayor problema.

La Arpía de los Páramos (también conocida como Rosydd) — Al igual que su hermana, la Arpía de la Niebla, es una deidad primordial capaz de abrir los límites entre mundos. Tiene tendencia a comer mortales.

Ignatius — La Mano de la Gloria que Tamsin lleva para recurrir a la Visión Única, capaz de abrir cualquier puerta que se le presente.

Bibliotecario — Autómata que atiende la biblioteca y protege los muchos tesoros que esta alberga. Le gustan las criaturas suavecitas y pasar la aspiradora.

Merlín — Antaño druida y mentor del rey Arturo, se unió al árbol de la Madre para sobrevivir a un duelo y en la actualidad se dedica a balbucear profecías a quien sea que esté dispuesto a escucharlo.

Las Nueve de Ávalon — Arianwen, Betrys, Caitriona, Fayne (Pulga), Lowri, Mari, Olwen, Rhona y Seren.

Viviane — La última suma sacerdotisa de la época artúrica, quien vivió durante siglos mientras esperaba que se volvieran a escoger a las Nueve.

Greenwich, Connecticut

Las tormentas de verano siempre se las arreglaban para despertar a los fantasmas que dormitaban por la casa, los atraían desde las sombras y a través de puertas que habían permanecido cerradas desde hacía décadas. Tras despegarse de las paredes, se marchitaban como sus propias vestimentas de seda y caían como el polvo que se desprende de las sábanas que en otros tiempos cubrieron unos candelabros resplandecientes y unos muebles elegantes. Si uno cerraba los ojos, los notaba deslizándose cual cintas a su alrededor, deseosos de saludar cada vez que alguien cruzara algún pasillo a oscuras.

El problema que tenían aquellas casas antiguas, según lo veía Emrys, era que, cuanto más tiempo resistieran en pie, más magia, energía y oscuridad acumulaban, hasta que ellas mismas se volvían una entidad con vida.

Les permitían a las familias que las habitaban que les dieran un nuevo baño de pintura, que les destrozaran los huesos de las paredes y los volvieran a colocar. Eran testigos de cómo los niños que habían vivido en su interior se marchaban para no volver y sufrían con muda indignación que las vendieran a unos desconocidos pudientes. Y, mientras tanto, en lo que los años se convertían en siglos y las casas permanecían en pie, iban coleccionando con paciencia los difuntos de sus familias, para luego devorar la magia que venía entrelazada en su alma antes de que los cuerpos tuvieran la oportunidad de enfriarse en su propia cama.

Una vez, cuando Emrys tenía unos cinco o seis años, apenas los suficientes para comprender que la muerte era la única promesa real en esta vida, su madre le dijo que hablara con la casa. Que la saludara al entrar y se despidiera al marcharse, que la tratara como a una amiga, para que esta, a su vez, tuviese la misma cortesía con él.

Así que eso era lo que Emrys había hecho. «Hola, casa». «Nos vemos luego, casa». «Hoy te veo de lo mas resplandeciente, querida casa…». «Buenos dias, casa». «Que duermas bien, casa…».

En ocasiones, preso de los delirios del agotamiento o tras haber pulido hasta hacer resplandecer alguna de las espléndidas botellas del aparador en el que su padre guardaba el alcohol, podría haber jurado que la Mansión Estival lo había reconocido. Que le había contestado.

«Hola, chico».

Y, cada vez que le pasaba, lo único que podía pensar era: *No puedo morir aquí.*

No como las generaciones y generaciones de ancestros que lo habían precedido. Aquellos que habían construido sus cimientos. Aquellos que la habían ido expandiendo hasta convertirla en una mansión. Aquellos que habían encontrado las primeras reliquias que en ese mismo momento adornaban con elegancia los pasillos. Su linaje tanto de parte de padre como de madre estaba lleno de Sagaces, por lo que sabía que la casa había ido devorando con ansias toda aquella magia conforme ellos hacían uso de sus talentos, del modo que en ocasiones notaba que hacía con él cuando trabajaba en los jardines.

Bautizada en honor a la Tierra Alterna de donde procedían los misteriosos (y quizás incluso míticos) seres conocidos como los Gentiles, Mansión Estival era más que un simple miembro de la familia de Emrys: bien podría haber sido el propio árbol genealógico. La vida de todos ellos había sido tallada en su interior. O incluso podría decirse que estaba hecha de su propia corteza.

Emrys se aclaró la garganta al cruzar el pasillo en penumbra, con el golpeteo incesante de la lluvia contra el tejado de fondo. A la humedad que lo iba invadiendo todo también la acompañaba el olor mustio de los años. Se aferraba a las alfombras y las cortinas de terciopelo y parecía despertar en cuanto las nubes de tormenta se empezaban a asomar a lo lejos. El viento azotaba los laterales de la casa, como si estuviera intentando arrancarla desde sus raíces podridas. Iba a encontrarse su jardín hecho un desastre por la mañana, con la tierra aplastada y las verduras ahogadas por la lluvia.

—Buenas noches, abuela —saludó al pasar frente al retrato de una mujer de postura tiesa y mirada igual de rígida. Se agachó ligeramente

para valerse del espejo antiquísimo y opaco que había al lado del cuadro para acomodarse las ondas de su cabello empapado por la lluvia—. ¿Cómo va todo allá por el averno?

Casi se le escapó la risa cuando el estallido de un trueno sonó en respuesta.

—Ya me lo imaginaba —musitó. Prácticamente podía notar cómo le clavaba sus uñas largas en el lóbulo de la oreja para silenciarlo—. No te me achicharres mucho, vieja.

La nota que tenía en el bolsillo se le arrugó dentro de la chaqueta al volver a meterse la camisa en los vaqueros. Se la había encontrado en la cama tras trepar por el enrejado de las plantas para volver a su habitación. La letra precisa de su padre había hecho que lo recorriera un escalofrío. «Ven a verme al estudio cuando se te haya pasado el berrinche», rezaba.

El berrinche. Hizo una mueca de desdén.

Tras una cena que había acabado con su madre con un tajo en la cara cortesía de la copa de vino de su padre y con él luchando para conducirla de vuelta a la seguridad de su habitación, lo que lo había dejado hecho una furia y con la garganta en carne viva de tanto gritar, Emrys había salido a dar una vuelta en el coche. Primero por el pueblo en el que vivían, luego por el siguiente y, al final, por las serpenteantes y vacías carreteras hasta que el cielo se había oscurecido al dar la medianoche y el coche le había suplicado que se apiadase de él al quedarse casi sin combustible.

Pero es que había tenido que salir de casa para no añadir un fantasma más a la amplia colección de la familia Dye.

A Emrys le había asustado su propia furia, y no por primera vez. Había sentido que se ahogaba al saber que había heredado aquella oscuridad y que esta vivía en su interior como una semilla, a la espera de que derramara su primera gota de sangre para florecer.

No soy como él, se dijo a sí mismo, por mucho que las palabras le sonaran tan vacías como las sentía para sus adentros. Jamás había sido capaz de comportarse con aquella careta de control gélido que para su padre era como una segunda piel. *No soy un monstruo.*

Los pulmones se le estrujaron con fuerza en lo que volvía a comprobar su apariencia y se pasaba el dorso de la mano por encima

de los labios.

No le había sorprendido en absoluto recibir aquella nota. Esa era la rutina de su padre, y Emrys sabía qué venía a continuación: Endymion esperándolo de forma siniestra en su estudio con una copa de *whiskey*. Emrys se disculparía y su padre, no. Ambos acordarían que no se volviera a hablar del asunto.

Y así, una y otra vez, hasta el fin de los tiempos.

Ralentizó el paso al cruzar el ala de la casa donde dormían sus padres, pero, si su madre seguía bien escondida tras las puertas de su habitación, no tenía cómo saberlo. La lluvia golpeaba con fuerza contra las ventanas, tan desesperada por adentrarse en la casa como su madre por escapar de ella. Claro que ninguna de las dos tenía suerte.

En días soleados, podría decirse que la Mansión Estival daba la impresión de ser un museo dedicado a los logros de todos sus tatarabuelos y demás ancestros. Por allí estaba la espada de Beowulf, con toda su ferocidad disminuida por los años y la vitrina de cristal en la que yacía prisionera. Por allá se apreciaba el arco de Heracles. Y así, cantidad de reliquias que habían robado, intercambiado o adquirido.

Sin embargo, en noches como aquella, cuando el frío se colaba entre las grietas de los marcos de las ventanas, cuando no había ni un alma en derredor y los candeleros ornamentados proyectaban unas sombras siniestras incluso sobre los tesoros más resplandecientes, la Mansión Estival parecía más bien un mausoleo.

El pasillo infinito lo condujo hasta la escalera de mármol que había en el vestíbulo. Y allí, justo a la derecha del recibidor, se encontraban las puertas de roble negro y antiquísimo que resguardaban el estudio de su padre. Los patrones espiralados del cristal y el hierro que adornaban la madera contaban con su propia belleza oscura, aunque también eran la prueba de toda la paranoia y la maldad que albergaba su padre. Los sellos tallados a su alrededor creaban un maleficio de protección que hacía que la sala resultara impenetrable para cualquiera (mortal o no) que no contara con una invitación.

A Emrys, por desgracia, sí que lo habían invitado a pasar.

Más bien ordenado, pensó, alzando la mano hacia una de las

manijas plateadas de la puerta. La forma que tenía, como una especie de rama retorcida, le recordó al instante al broche ridículo que su padre y sus secuaces de las distintas cofradías de Saqueadores habían empezado a ponerse. Se creían una especie de sociedad secreta, si bien la capacidad mental que aunaban entre todos era más bien escasa. Hasta donde él sabía, más que nada se reunían para quejarse de que las hechiceras siempre se las ingeniaban para quedarse con las mejores reliquias.

La puerta se abrió de par en par cuando Emrys la tocó. Le llegó un aroma natural de lo más extraño; fresco, dulzón y totalmente distinto al tabaco que su padre acostumbraba a fumar o a su colonia de sándalo, que era lo que solía dominar aquella estancia. Tras respirar hondo y acomodarse su cabello alborotado por última vez, se adentró en el estudio.

Las sombras de la Mansión Estival parecían preferir aquella sala por encima de otras; acariciaban los libros de las estanterías y descansaban sobre las butacas antiguas y tapizadas en terciopelo que estaban reunidas frente a la chimenea de mármol.

Aquella noche, sin embargo, la estancia estaba cubierta por las cortinas de seda escarlata que lo escondían todo salvo lo que aguardaba en el centro.

Un círculo de velas se encendió a su alrededor, con lo que la tela pareció relucir aún más. Con el estruendo de la tormenta amortiguado por el zumbido que notaba en las orejas y el martilleo del miedo que se había despertado en su interior, a Emrys le pareció por un instante que estaba atrapado en la cámara de un corazón latente.

En el suelo, una guirnalda de acebo y una de hojas de roble yacían entrelazadas en un patrón de lo más singular. Uno que le parecía ligeramente conocido.

—¿Qué carajos…? —murmuró, retrocediendo un paso en dirección a la puerta. Solo que, al estirarse hacia la manija, se percató de que esta había desaparecido.

Entonces oyó el siseo de unas telas y el aire pareció cambiar a sus espaldas. El pulso se le aceleró al ver a una figura encapuchada salir de entre las cortinas de seda, con un cuchillo ceremonial largo y plateado aferrado en las manos. Aunque una máscara siniestra y de

madera le cubría la cara, sin expresión alguna, Emrys no tuvo problema para reconocer el andar rígido del hombre, el anillo de sello que le adornaba el meñique izquierdo o su aroma conocido a tabaco y colonia de sándalo.

—No… —empezó a decir, con la sorpresa subiéndole como bilis por la garganta—. Papá…

Solo que fue la casa quien le contestó, triunfante y hambrienta desde las sombras:

«Adiós, chico».

Parte uno

La Hueste Invernal

1

«No, Tamsin. Para acabar con la tuya».

Conforme las palabras de Nash se apagaban en el aire, otros sonidos entraron en escena, dispuestos a llenar el silencio que había quedado a su paso. Coches a lo lejos y voces que circulaban sin descanso por las calles antiguas de Boston. Música de un bar que había no muy lejos de allí y que se colaba por las paredes. Los pasos de mi vecino de arriba, al son de un ritmo silencioso que podía oír a través del techo. El crujido de los dedos de Nash retorciendo el borde de su sombrero. Todo ello compitiendo entre sí para llenar el silencio que se había asentado entre nosotros.

Aun con todo, era incapaz de articular palabra.

—Ha pasado mucho tiempo, lo sé —continuó Nash, con voz ronca —. Demasiado tiempo, diría…

Fuera lo que fuese que dijo después, quedó amortiguado bajo el ruido de la sangre que me rugía en las orejas. Bajo el golpeteo de mi corazón, que parecía hacerme temblar entera de la fuerza con la que latía. La mano se me cerró en un puño y, antes de que me diera cuenta, antes de que pudiera controlar ese subidón de furia tan intenso y visceral, le partí la cara de un puñetazo.

Nash se tambaleó hacia atrás, soltando una palabrota por lo bajo.

—¡Tamsin! —jadeó Neve.

Sacudí un poco la mano adolorida y observé con una satisfacción de lo más macabra que él se llevaba la suya a la cara para detener el flujo de sangre que le manaba de la nariz. Luego subió un poco más los dedos y se volvió a colocar el tabique en la posición correcta con un *crac* tan horrible que hasta Caitriona puso una mueca de dolor.

—Bueno —dijo, con la voz amortiguada por su propia mano. Sacó un pañuelo que llevaba en el bolsillo de su chaqueta de cuero y se lo llevó a la cara—. Supongo que me lo merecía. Buen golpe, por cierto.

Me obligué a respirar hondo varias veces. La furia me abandonó tan deprisa como había llegado y la emoción que ocupó su lugar en mi interior era tan inútil como poco bienvenida.

De pequeña, me pasaba horas en la biblioteca de nuestra cofradía de Saqueadores, arrebujada entre las estanterías menos frecuentadas de leyendas bálticas e Inmortalidades incompletas, contemplando una vitrina de cristal que todo el mundo parecía haber olvidado o que no valía la pena recordar.

La luz que pendía sobre el trozo de ámbar pulido que había dentro proyectaba unas ondas de luz sobre las estanterías en penumbra que parecían llamarme. Y dentro de sus profundidades cristalinas, una araña y un escorpión yacían entrelazados uno en torno al otro, aún atrapados en su batalla por la supremacía. Preservados a la perfección por la misma resina que había acabado con ellos.

El ámbar bien podría haber sido una ventana por la que el pasado contemplaba el presente y viceversa. Era algo horripilante y precioso a la vez, pues no solo contaba una historia, sino que era como un trocito minúsculo del propio tiempo.

Antes creía que mi memoria era como el ámbar, que capturaba cada momento que pasaba y lo preservaba con todo lujo de detalles. Solo que, al contemplar al hombre que en algún momento había sido mi tutor, el mismo que había estado convencidísima de que nos había abandonado a mi hermano y a mí hacía siete años, cuando solo éramos unos niños, empecé a replanteármelo.

Empecé a replanteármelo todo.

Nash parecía veinte años más joven de lo que había sido en el último recuerdo que guardaba de él. Antes de partirle la cara, había notado que volvía a llevar el puente de la nariz recto, como si nunca se lo hubieran partido en una rencilla de bar. O en tres o cuatro. Y su expresión había sido tan seria… No quedaba rastro de aquel aventurero insensato, no había ninguna sonrisa taimada ni ninguna mirada engañosa.

Quizás era que había caído en lo mismo de lo que siempre lo acusaba: de transformar algo en un mito solo para hacer que una historia pareciera más interesante.

—¿Tamsy? —insistió, con el ceño fruncido—. ¿Has oído lo que te

he dicho sobre la maldición?

El agotamiento se apoderó de mí. Separé los labios para responder, pero las únicas palabras que me daban vueltas en la cabeza una y otra vez eran las que Nash había pronunciado. «No, Tamsin. Para acabar con la tuya».

—No me crees, te lo veo en los ojos. —Le echó un vistazo a la puerta, distraído por cómo traqueteaba cada vez más conforme el viento soplaba con más fuerza—. Pero necesito que me escuches, que prestes atención a lo que te voy a decir y, por una vez en tu vida, hagas lo que te pido y no lo que te da la gana. Al igual que la primavera, estás condenada a que tus días acaben pronto.

—¿Y a mí qué más me da? —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Las demás se volvieron hacia mí, horrorizadas. Ya me habría gustado compartir su horror, sentir algo en absoluto. Sin embargo, una especie de entumecimiento que resultaba casi un consuelo se había extendido sobre mí, como si siempre lo hubiese sabido. Y quizás así era. La gente como yo… no teníamos la suerte de tener una vida larga o un final feliz.

—Pero ¿de qué hablas? —inquirió Olwen—. ¿Quién podría haberle echado una maldición así?

—¿Fue la Dama Blanca? —preguntó Neve con delicadeza.

La marca que tenía en el pecho, esa que parecía un moretón justo por encima del corazón, se volvió gélida e hizo que me escociera la piel a su alrededor. El pulso se me disparó a un ritmo que no coincidía con los latidos que emitía la marca. Como si fuesen una llamada y una respuesta. Conforme los segundos se iban alargando en aquel silencio tortuoso, se me pusieron todos los pelos de punta.

Nash se me acercó un paso y trajo con él el olor a tierra mojada y cuero.

—No, Tamsy nació con ella. Aunque la magia de su maldición sí que atrajo al espíritu…

El aire oscuro del piso cambió con violencia y me empujó hacia atrás cuando otro borrón de movimiento se impulsó hacia adelante. Vi un destello de cabello plateado… y de una hoja plateada.

Caitriona se abalanzó sobre Nash y se valió de su impulso para

estamparlo contra la puerta. Tanto el sombrero como el pañuelo que llevaba en las manos se cayeron y terminaron sobre la moqueta desgastada que tenía justo a los pies. Olwen ahogó un grito y se cubrió la boca con las manos en lo que Caitriona alzaba uno de los cuchillos que tenía en la cocina para acercarlo a la garganta de Nash. Con el otro brazo se aseguró de inmovilizarlo en su sitio.

—¿Quién eres? —exigió saber. El filo del cuchillo hizo que un hilillo de sangre le brotara sobre la piel bien afeitada del cuello.

Una corriente de pánico se me disparó de pies a cabeza al asimilar sus palabras y me despertó el cerebro.

No es él.

Habíamos encontrado su cadáver en Ávalon. Por muchas ganas que tuviera de que las últimas horas no fueran nada más que una pesadilla larguísima y eterna, no tenía tanta suerte. Podía mentirme a mí misma sobre muchas cosas, pero esa no era una de ellas. Nash había muerto.

—¿Quién eres? —repitió Caitriona—. Hay muchísimas criaturas que pueden ponerse la cara de otra persona. Todos ellos farsantes y la mayoría muy ruines.

El hombre clavó en mí una mirada de indignación, hartazgo y una pizca de diversión que conocía bien. El aire que tenía prisionero en los pulmones me escocía y me exigía que lo liberara.

—¡¿Que quién eres?! —exigió Caitriona.

Su única respuesta fue cambiar de posición; enroscó una pierna en medio de las de ella y, con un movimiento súbito, estrelló la palma contra el plexo solar de su captora. A Caitriona se le escapó el aire de los pulmones en una explosión de sorpresa y furia, pero, como la había enganchado de la rodilla, ya estaba cayendo hacia atrás antes de que ninguna de nosotras pudiera correr en su ayuda.

—¡Cait! —Olwen hizo el ademán de arrodillarse a su lado, pero la atrapé del brazo para impedir que se moviera.

El tipo se agachó para hacerse con el cuchillo y las comisuras de los labios se le tensaron al contener una sonrisa.

—Este cuchillo solo sirve para untar y quitar comida de entre los dientes, jovencita —dijo.

—Suelta el cuchillo y apártate de ella. —Jamás había oído a Neve hablar con tanta frialdad como en aquel momento, con el rostro tenso

por la furia—. Vuelve a tocarla y haré que tengas pies en lugar de manos.

Su varita, gracias a la magia o a alguna especie de golpe de suerte, había sobrevivido a la destrucción de Ávalon (yo la había olvidado por completo hasta que la vi llevarse la mano a la riñonera que tenía en la cintura y sacar su larga extensión). Nash —o el intento de Nash— se quedó mirando el extremo afilado que tenía apuntado en su dirección para luego fijarse en mí y alzar una de sus gruesas cejas.

—No creí que llegara el día en que te viera acompañada de una hechicera, Tamsy.

—Sigue hablando, anda —lo alentó Neve—. Te puedo dejar más guapo si te cambio la nariz por la boca.

El hombre ladeó la cabeza por un instante, como si se estuviese imaginando la escena. Aun con todo, obedeció. Dejó el cuchillo en el suelo y lo apartó de una patada para que Caitriona no pudiera alcanzarlo.

—¿Eres de Ávalon? —le preguntó a Caitriona—. ¿Sois vosotras las que habéis hecho que volviera a ser parte del mundo mortal?

Sentí sus palabras como un nudo en la garganta. Las demás dieron un respingo y retrocedieron ante la acusación, aunque todas éramos culpables de lo que había pasado. Habíamos llevado a cabo el ritual con la intención de salvar la Tierra Alterna y liberarla de una existencia maldita, pero lo único que había hecho era devolverla a nuestro mundo. La colisión de la isla y el Glastonbury moderno había traído tanta muerte y destrucción que era incapaz de pensar en ello sin querer arrancarme la cara con mis propias manos.

No queríais que pasara esto, me recordé. *Ninguna de vosotras lo quería.*

Había sido un error. Uno horrible y espeluznante. Por mucho que intentara racionalizarlo, eso no impedía que me invadieran las náuseas o el terrible horror al saber lo que habíamos desatado.

—Tamsy… —empezó de nuevo.

—Ni se te ocurra —lo corté, arreglándomelas para hablar sin importar el nudo que tenía en la garganta— llamarme así.

—Pero si siempre te he llamado así —interpuso él—. Desde que eras un diablillo diminuto. La primera vez que lo hice, me diste una

patada en la espinilla y me llamaste merluzo. Ese fue tu insulto favorito durante una temporada.

Noté un vacío en el estómago. Las demás me miraron, intentando vislumbrar en mi rostro si lo que decía era cierto.

Caitriona se puso de pie y retrocedió para acercarse a nosotras, recorriendo la estancia con la mirada en busca de otra arma.

—¿Cómo…? —pregunté en un hilo de voz. *¿Cómo es que sigues con vida?*

El rugido grave de un trueno retumbó por la ciudad y lo hizo despertar de improviso. Nash volvió a la puerta y se tensó al inclinarse para observar por la mirilla. Fuera lo que fuera aquella tormenta que se había desatado, no hacía más que empeorar. Cuando se volvió para mirarme de nuevo, lo hizo con la misma expresión que tenía al abrir la puerta.

—¿Pudiste encontrar el anillo en Ávalon? —me preguntó, como si no le hubiese dicho nada.

—Sí, pero… —empezó Olwen.

—Era Cabell quien necesitaba el anillo, no yo —murmuré por lo bajo. Aquello era lo que jamás podría perdonarme. Si hubiese podido usar el anillo para ayudarlo…

Pensar en mi hermano en aquel momento, en la única persona que habría entendido el caos que eran mis pensamientos, que podría haberme ayudado a desenredar la maraña que se habían vuelto, me sentó como una puñalada en el estómago.

—El anillo ya no puede salvarlo —repuso Nash, y la simpleza de su tono hizo que me subiera la bilis por la garganta.

—¿Y tú qué sabrás? —rugí—. ¡Ni siquiera te has tomado la molestia de preguntar dónde está!

—¿En serio crees que no sé por qué no está aquí contigo? ¿Que no estoy al tanto de lo que habéis desatado en este mundo? —Nash meneó la cabeza al tiempo que exhalaba con fuerza—. ¿Y dónde está el Anillo Disipador?

—Es que… —Neve me miró de reojo, como si no estuviese segura de si debía contárselo—. Emrys Dye se lo llevó.

—¿Has dejado que un Dye se quede con el anillo? —explotó Nash —. ¡¿En qué cuernos estabas pensando, Tamsy?!

—Llámame así de nuevo y me aseguraré de que ahora sí te quedes muerto y enterrado —le advertí.

—Tamsin no pudo hacerle nada —continuó Neve—. Lo contrató una hechicera.

—¿Cuál? —quiso saber Nash, en lo que se agachaba para recoger su sombrero del suelo.

—Madrigal… —murmuré entre dientes.

Pero su nombre quedó oculto tras la explosión de un trueno. Pareció retumbar tanto por encima como por debajo de donde estábamos y la fuerza del estruendo fue tal que hizo que los platos de la cocina castañearan como si fuesen dientes y que unos libros se cayeran de las estanterías que teníamos cerca. Ante el sonido de un bramido, más grave y aterrador que cualquier barco que hubiese oído antes en el puerto, un escalofrío me recorrió la espalda de arriba abajo.

Una retahíla de palabrotas escapó de la boca de Nash mientras se volvía a colocar el sombrero y aferraba el pomo de la puerta, luchando por abrirla dada la fuerza del viento en contra.

—¿Y ahora te marchas? —soltó Caitriona, sin poder creérselo.

—Pues claro —contesté yo, con amargura—. Si esa es su especialidad.

Cuando por fin consiguió abrir la puerta, Nash se volvió hacia nosotras, con una mano apretujándose el lugar en el que debería tener el corazón en una especie de promesa fingida.

—Lo único que siempre he querido, lo único que he intentado hacer toda mi vida, es protegerte.

—No me digas —solté con desdén.

Neve me aferró con un poco más de fuerza del brazo para acercarme hacia ella. Jamás la había visto así, prácticamente temblando de furia. El sentimiento irradió de ella hasta que me fue imposible distinguirlo de lo que yo misma sentía.

El viento de diciembre sopló con fuerza en torno a Nash y nos trajo unos finos copos de nieve. Volvió a tronar, con la fuerza suficiente para sacudir hasta los cimientos de aquellas casas adosadas que habían reconvertido en pisos. Un olor punzante como el ozono inundó el lugar y me obligó a enroscar los dedos de los pies dentro de las

botas.

Por detrás de Nash y por encima de todas las guirnaldas festivas y las lucecitas de Navidad, el cielo se había teñido de un verde muy siniestro. El viento furioso le azotaba la ropa y parecía querer arrastrarlo hacia la noche que lo esperaba. A sus espaldas, los árboles se doblaban por culpa de la tormenta, entre crujidos.

—Voy a recuperar el dichoso anillo para romper tu maldición —me soltó de mala gana—. Si volvéis a oír ese sonido más cerca de lo que lo habéis oído hace un segundo, salid por patas. Pero hasta entonces, hacedme el favor de quedaros aquí o yo mismo me aseguraré de traeros a todas de vuelta de la oreja.

Nos señaló una por una.

—No tenéis ni la menor idea de lo que está por venir. De lo que se esconde en las gélidas profundidades del invierno. Hacedme caso y todavía tendréis una oportunidad de sobrevivir a este infierno que habéis desatado.

Y, con eso, cerró de un portazo a sus espaldas.

—Madre mía —soltó Neve, un segundo después—. Cómo odio a ese tipo.

Las rodillas dejaron de sostenerme y di las gracias por que Neve me estuviera sujetando con tanta fuerza y no pareciera tener intención de soltarme. El corazón me latió furioso contra el pecho según contemplaba la puerta cerrada, con la respiración entrecortada.

¿De verdad era él?, me pregunté.

El piso parecía haber adquirido un ambiente como irreal, nebuloso e incierto. Tenía la impresión de que la tormenta se me había desatado dentro de la cabeza y le daba vueltas y vueltas a la misma pregunta hasta casi asfixiarme. ¿De verdad era él?

¿Cómo es posible?

Y el único que podría haber entendido que no pudiera dejar de temblar por la confusión y la adrenalina y la rabia, que podría haberlo entendido de verdad, no estaba conmigo.

—¿No vamos a… seguirlo o algo? —preguntó Olwen, insegura.

Sentía como si me hubieran partido en dos. La parte más lógica de mi cerebro me exigía que nos quedásemos quietas, pero la presión que notaba en el pecho me insistía que lo siguiera, que le exigiera las respuestas que necesitaba.

Todo esto podría ser una trampa, me susurró mi mente. *Incluso si de verdad se trata de Nash, tú mejor que nadie sabes que no puedes confiar en él.*

—No —repuso Caitriona, tajante—. Ese no es nuestro plan.

—Por todo lo que nos ha contado Tamsin, hacemos bien en no creerle ni media palabra —añadió Neve, haciendo eco de mis pensamientos—. ¿Verdad, Tamsin?

—Exacto —contesté cuando fui capaz de articular palabras de nuevo.

—¿Nuestro plan sigue siendo el mismo de antes? —preguntó Olwen, alternando la vista entre todas—. ¿Iremos a buscar a quien Tamsin cree que puede reparar el receptáculo de la suma sacerdotisa?

Hizo un ademán a la cesta que había a los pies del sofá, la que tenía una manta envolviendo los restos de la escultura de hueso que había contenido los recuerdos de Viviane.

Todos aquellos que perderíamos, incluido el recuerdo que había en la esquirla que el Señor de la Muerte había robado y escondido, si no conseguíamos repararlo.

Con cada segundo que pasaba, los pensamientos se me iban volviendo más y más sombríos hasta que ese minúsculo atisbo de esperanza empezó a desaparecer.

Era un tontería, ¿verdad? Todo lo que pretendíamos. Incluso si encontrábamos al Cortahuesos, ¿qué probabilidades había de que conociese el arte druida antiguo para fabricar receptáculos? Algunos de los fragmentos eran igual de minúsculos que una aguja, mientras que otros habían quedado reducidos a nada más que polvo… ¿Y si no podíamos arreglarlo?

Las náuseas me revolvieron el estómago y me terminaron subiendo hasta la garganta. No sé cómo me las arreglé para decirles:

—Sí. Deberíamos empezar a buscar al Cortahuesos lo antes posible.

—Hablando de eso —interpuso Neve—. Sé que tenemos que encontrarlo, pero quizás deberíamos ir a buscar a las hechiceras

primero. ¿Y si no saben todo lo que pasó cuando Morgana rompió el trato que tenían con el Señor de la Muerte? Si no saben que sigue con vida, es posible que no se den cuenta de que ha vuelto para vengarse.

—Pero Cabell dijo que las hechiceras habían sellado todos los caminos hasta Ávalon desde este lado del mundo, para impedir que el Señor de la Muerte las siguiera al mundo mortal —dije—. A mí eso me dice que sabían que al menos una parte de él seguía con vida.

Volver a unir Ávalon con el mundo mortal era el único modo de superar las barreras y era por eso que el Señor de la Muerte se había tomado el trabajo de manipularnos hasta conseguir que llevásemos a cabo el ritual.

Caitriona exhaló con fuerza por la nariz.

—Exacto.

—¿Has cambiado de opinión? —le preguntó Olwen a Neve—. ¿Quieres que vayamos a buscar a las hechiceras? Al Consejo de la Sororidad, como tú lo llamas. ¿Para advertirlas?

—Sí, creo que eso es lo primero que deberíamos hacer. —Neve se mordió el labio inferior con insistencia, dejando muy claro lo insegura que se sentía—. Sé que debemos reparar el receptáculo, pero…, cuanto más lo pienso, más creo que debemos aliarnos con ellas para impedir lo que sea que el Señor de la Muerte esté planeando hacer.

—En ese caso, haz que les llegue un mensaje, pero no les debemos nada más que eso —interpuso Caitriona con brusquedad—. Porque, cuanto más lo pienso yo, más me parece que han sido ellas solitas quienes se provocaron todo ese dolor y sufrimiento. Lo único que debería preocuparnos ahora es solucionar ese error y terminar lo que ellas no pudieron hacer al acabar con el Señor de la Muerte. Y nuestra misión debería empezar ahora mismo.

—¿Y si se pone a matar hechiceras mientras tanto? —insistió Neve.

Caitriona alzó un solo hombro con indiferencia.

—Por mí, que haga lo que quiera.

Hasta a mí me afectó esa respuesta. Un hilillo de ansiedad se empezó a desenredar en mi interior conforme el ambiente fue cargándose de un aire distinto. Más cabreado.

Neve inhaló con fuerza y se plantó frente a Caitriona como si esta no le sacara unos buenos quince centímetros de altura.

—No lo dices en serio. Sé que no quieres ver morir a gente inocente.

—Para eso tendrían que ser inocentes. Y no es el caso —repuso Caitriona.

—Pero ni siquiera sabemos cómo pararle los pies al Señor de la Muerte. Correr a su encuentro solo hará que terminemos todas muertas —dije—. ¿Y si el receptáculo nos da algo de información? ¿No deberíamos priorizar eso?

Neve se volvió hacia mí, con una mirada traicionada.

—¿A ti tampoco te importa si mueren, entonces?

—No he dicho eso —repuse.

—Es lo que me estás demostrando —señaló ella.

Me mordí el interior de la mejilla, con la ansiedad revolviéndome el estómago. No podíamos ponernos a pelear, teníamos que mantenernos unidas. Ante la muerte de Ávalon, nos habíamos elegido entre todas. Y si terminábamos distanciándonos…

Meneé la cabeza para apartar la idea cuando el corazón se me estrujó con fuerza en el pecho. *No me quedará nadie.*

—Sabes que lo que más me preocupa es Cabell —le dije—. Lo único que quiero es apartarlo del Señor de la Muerte antes de que lo que sea que haya hecho ese monstruo para convencerlo cale más en él. Fuiste tú quien me dijo que el verdadero Cabell está allí, atrapado en el interior del sirviente que ha creado el Señor de la Muerte.

La magia de la muerte, proveniente de Annwn, la Tierra Alterna de los muertos condenados, había corrompido Ávalon al envenenar sus tierras con unas sombras que habían conseguido cambiarlo por completo del paraíso que describían las leyendas. Si eso podía pasarle a un lugar de semejante poder y pureza, era imposible que la mente de Cabell pudiese haber sido lo bastante fuerte para resistir cualquier encantamiento que el Señor de la Muerte le hubiera lanzado.

Neve exhaló con fuerza, aunque sabía que ella también lo entendía. Fuera lo que fuese que iba a decir, se vio interrumpido por un *miau* muy bajito que dejó escapar Griflet, el gatito canijo que nos habíamos traído desde Ávalon, al salir de su escondite bajo el sofá.

—Conque allí estabas —dijo Olwen con delicadeza, al tiempo que se agachaba para tomarlo en brazos. El gatito gris y atigrado soltó un

ronroneo cuando se lo apretó contra el pecho, por fin a gusto. Sin embargo, la propia sacerdotisa parecía de todo menos cómoda. Me dedicó una mirada desamparada al ver que Caitriona y Neve se daban la espalda la una a la otra, cada una refunfuñando en silencio.

—A ver, las dos tenéis razón —dije, probando suerte una vez más —. Debemos advertir al Consejo de la Sororidad, pero creo que haríamos bien al no contar con que vayan a hacer algo más que esconderse en sus bóvedas acorazadas para esperar a que pase el peligro.

Lo que no dije en voz alta fue que, si bien la propia Neve ya era prácticamente una hechicera, era yo quien tenía muchísima más experiencia lidiando con ellas como Saqueadora. Y, cuando las hechiceras no estaban peleándose entre ellas por culpa de alguna reliquia o resentimiento del año de la pera, lo que hacían era alimentar aquel instinto de autoconservación tan propio en ellas.

—Las hechiceras no son cobardes —dijo Neve, con la voz cargada de rabia—. Lucharán.

—Pero esta batalla es cosa nuestra —repuso Caitriona—. El Señor de la Muerte merece ser castigado por lo que le hizo a Ávalon, por matar… —Se cortó a sí misma para calmar su respiración y poder continuar, en un hilo de voz—: Por destrozarlo todo. Y a todos.

Até en corto a mi memoria antes de que pudiera atormentarme con imágenes de ojos vacíos, cadáveres y sangre derramándose entre las piedras del torreón.

—Cuidado, Caitriona —advirtió Neve—, no querrás parecerte a una hechicera al obsesionarte tanto con la venganza.

La aludida soltó una carcajada seca. Las palabras que había pronunciado antes, reunidas ante la luz de la pira funeraria de todos sus seres queridos, volvieron a mi mente, desgarradoras y vacías. «Soy la sacerdotisa de la nada. Y eso es lo único que seré para siempre».

—De Ávalon ya no queda nada —insistió Caitriona—, así como tampoco de mis responsabilidades para servirlo ni a él ni a su Diosa. Si no hago uso de su magia, no necesito seguir sus reglas.

Una oleada de desesperación se alzó en mi interior al intercambiar otra mirada con Olwen, temerosa de que, si decía algo, solo fuese a empeorar las cosas. Olwen se quedó de piedra por la sorpresa.

—¿Qué dices? —soltó Neve—. ¿Acaso…? ¿No piensas usar tu magia? Después de todo lo que ha pasado, ¿pretendes darle la espalda?

—Fue ella quien nos abandonó primero —contestó Caitriona—. ¿Serás tú la siguiente?

—¡Basta ya!

Olwen se coló entre ambas, con sus rizos azulados alzándose sobre sus hombros como si el agua los estuviera haciendo flotar. Había tanto pesar en su expresión que el pecho me dolió solo de verla.

—Basta ya —repitió, aquella vez con más delicadeza—. No podemos hacer esto. No podemos pelearnos entre nosotras y pretender luchar contra la oscuridad también. Todo lo que queremos hacer sirve al mismo fin, ¿a que sí? Y nadie, ni las hechiceras ni nosotras, estará a salvo mientras se le permita seguir en este mundo.

Hizo un ademán hacia la cesta que había cerca del sofá, a la manta que escondía los fragmentos del receptáculo destrozado de Viviane.

—Perderemos todos los recuerdos que contiene este receptáculo si no conseguimos un modo de repararlo —siguió.

Cerré las manos en puños a los lados.

—Seguiremos con nuestro plan —nos informó, con el pecho subiendo y bajando por la fuerza de su respiración y el cuerpo vibrando por el agotamiento y la desesperación—. Aquel con el que todas estábamos de acuerdo hace cuestión de una hora. Buscaremos a las hechiceras y les contaremos lo que ha pasado y luego iremos a buscar a la persona que Tamsin cree que puede reparar el receptáculo. ¿Estamos?

—Vale —dije a toda prisa. El nudo que se me había formado en el pecho dejó de agobiarme conforme la tensión en el piso se fue disipando. Tras unos segundos, Neve asintió. Caitriona se cruzó de brazos y clavó la mirada en el suelo, apretando los dientes de un lado para otro.

Un trueno rasgó el cielo con la fuerza de un martillazo y se tragó el resto de los sonidos mientras hacía temblar las paredes. Y entonces, como si surgiera de las entrañas de una bestia primordial, volvimos a oír aquel bramido sobrenatural de antes.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué carajos es eso? —solté,

avanzando de mala gana hacia la puerta. Para cuando llevé la mano al pomo, ya tenía a Caitriona pisándome los talones.

—¿No nos dijo Nash, con mucha insistencia debo agregar, que debíamos salir por patas si volvíamos a oír ese sonido? —preguntó Neve.

Pero Nash había llegado siete años tarde si creía que podía darme órdenes.

Si es que era él, ya puestos…

El viento consiguió abrir la puerta de un empujón. Alcé un brazo para protegerme la cara del frío y de los trocitos de hielo que se alzaban en el viento oscuro conforme la tormenta arreciaba en la ciudad. Me resbalé un poco al bajar por los escalones congelados.

La vecina de al lado se había asomado por la puerta, pero no tardó nada en volver a meterse al ver que la aguanieve pasaba a ser una granizada en toda regla. Un «¡me cago en…!» amortiguado me llegó desde arriba y me indicó que mi vecino había hecho lo mismo y ya estaba subiendo a toda prisa por sus escaleras particulares.

—¡Esta tormenta no es…! —Apenas podía oír lo que decía Caitriona por encima del rugido del viento. Olwen se cubrió la cabeza con los brazos para protegerse mientras volvía dentro, a tientas y resbalándose. Estaba segura de que, cuando amaneciera, la ciudad entera se habría congelado.

»¿Ves algo? —me preguntó Caitriona a gritos.

Alcé la vista y me puse las manos al lado de los ojos para protegérmelos. El cielo seguía de aquel color enfermizo y con un brillo fluorescente espantoso cada vez que un rayo serpenteante lo cruzaba, como un espejo hecho de nubes grises que se partía en mil pedazos.

—Vamos —me urgió Caitriona, tirándome del brazo. El hielo que se me había formado en el pelo se soltó cuando negué con la cabeza. Ninguna de las dos llevaba abrigo y el frío se había vuelto insoportable. Una señal de tráfico salió arrancada de su poste y voló por los aires hasta estrellarse contra la ventana de un coche que había cerca.

—¡Vuelve dentro! —le dije—. Tengo que…

Aunque no pude obligarme a decirlo, Caitriona me entendió. Me dio un apretoncito en el hombro con su mano cubierta de pecas al

pasar por mi lado y subió las escaleras con cuidado. La nieve se me había juntado en las pestañas y en los pliegues de la ropa. Cuanto más tiempo pasaba ahí parada, más fácil me resultaba convencerme de que no era el viento quien aullaba.

Agucé el oído en busca de alguna señal, de aquel coro monstruoso de voces atormentadas.

Entonces oí un estrépito en el interior de la casa. Me volví de un salto y me deslicé hasta llegar a los escalones. La lámpara que había cerca de la ventana parpadeó antes de apagarse por completo.

El viento me abrió la puerta y casi me hizo pasar de un empujón de la fuerza con la que soplaba. El salón a oscuras me dio la bienvenida, en silencio mientras luchaba por volver a cerrar la puerta.

—¿Chicas? —llamé, mientras avanzaba hacia las habitaciones. Notaba el corazón en la garganta—. ¿Hay alguien?

Cuando doblé la esquina hacia la cocina, me frené en seco.

Caitriona estaba tendida en el suelo, con los ojos cerrados y una maceta que había en la cocina hecha pedazos a su alrededor. Una figura encapuchada se agachó sobre ella y empezó a envolverle las manos con algo.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —Me lancé hacia adelante, con la desesperación explotándome en el pecho. Llevé el brazo hacia atrás para apartar al intruso de un empujón, pero las articulaciones se me pusieron rígidas y terminé cayendo hacia el suelo.

»¡No! —solté, intentando arrastrarme hacia Cait. ¿Y las demás? ¿Dónde estaba…?

Un estallido de dolor me recorrió la parte de atrás del cráneo cuando algo se estrelló contra mí. La peste de la sangre caliente me inundó los sentidos mientras me goteaba por el cabello hasta reunirse con el charquito de hielo y nieve derretida que se había formado debajo de mí. Una risa grave y desdeñosa hizo que se me helara la sangre.

Con la mejilla apretujada contra el suelo, noté las vibraciones de alguien que se acercaba. En algún lugar a lo lejos, Griflet soltó un chillido. Las sombras del pasillo se volvieron más largas, se extendieron por el suelo como el alquitrán al derramarse y devoraron a Caitriona. Lo devoraron todo.

Y, sin importar lo mucho que me debatí, cuando la oscuridad me alcanzó, también me llevó con ella.

2

Unas gotas de agua congelada me cayeron en la mejilla.

Me desperté poco a poco, con el cráneo latiéndome al tiempo que notaba el dolor en el resto del cuerpo. Una gota más, esta vez a la altura de las cejas, hizo que abriera un ojo, pero lo que consiguió que finalmente atravesara el velo de la inconsciencia fue una voz que resonaba no muy lejos.

—…aún no he sabido nada. Quieren que las retengamos aquí hasta que el Consejo haya votado y…

Noté un chispazo y que el cerebro se me volvía a despertar al captar esas palabras. *El Consejo.*

Solo había un consejo que me resultaba conocido.

—¿Es que no pueden decidirse de una vez por todas? —se quejó otra mujer—. Van a tener que sacar a rastras a las taumaturgas mayores de esas criptas que tienen por casa.

—De los pocos mechones que les queden, con algo de suerte —contestó la primera—. Daría lo último que me queda de oro por ver semejante espectáculo. Menudos vejestorios…

El corazón me dio un vuelco en el pecho cuando la comprensión se abrió paso entre la incredulidad.

Eran hechiceras.

Habían sido hechiceras las que habían entrado en el piso. Habían sido hechiceras las que nos habían atacado y secuestrado, quienes habían dado con nosotras antes de que pudiéramos elaborar un plan para buscarlas. Habrase visto.

Si la cabeza no me hubiese latido como si estuviera a punto de estallar, me habría echado a reír por semejante ironía.

Solo que no tenía nada de lo que reírme. No cuando no podía ver a las demás.

—¿Hola? —pregunté en un susurro—. ¿Hay alguien ahí?

Aunque agucé el oído, lo único que oí fue el murmullo suave de una respiración no demasiado lejos.

El aire colgaba como una cortina oscura a mi alrededor, cargado por la humedad y un olor que casi parecía mineral. Cada segundo que me hizo falta para que los ojos se me acostumbraran a la penumbra fue una agonía.

Poco a poco, el cerebro se me iba despertando ante la situación y recolectaba detalles de suma importancia: estaba tumbada de espaldas, con las muñecas atadas contra el suelo con lo que parecían unos grilletes de piedra. Tiré de ellos, pero, como no había ninguna cadena, no cedieron. Pese a que tenía las piernas libres, de poco o nada me iba a servir eso si apenas conseguía incorporarme.

Estábamos rodeadas por tres lados de unas paredes de una piedra antiquísima y sin acabados. A mi izquierda, unos barrotes de piedra gruesa se alzaban desde el suelo como estalagmitas y sellaban la pequeña alcoba que hacía las veces de cárcel.

Otra gota de agua me cayó en la cara y me hizo fruncir el ceño en la oscuridad. Alcé la cabeza y estiré el cuello hasta que apenas conseguí ver la silueta de alguien sentada contra una de las paredes de nuestra celda. Era Olwen. A mi derecha, vislumbré un atisbo de la tela reflectante de las viejas deportivas que le había dejado a Neve. Oí a una tercera persona respirando por detrás de mí. Con algo de suerte, esa sería Caitriona.

Solté un suspiro tembloroso. La sangre me volvió a los músculos con la fuerza de un millón de agujas en llamas, pero apenas lo noté cuando una breve oleada de alivio me inundó.

Puede que las hechiceras nos hubieran ahorrado la molestia de buscarlas, pero el que nos hubiesen estado buscando en primer lugar, que nos estuvieran dando el mismo trato que a unas delincuentes, me decía que se había producido alguna especie de malentendido. O algo peor.

Fuera lo que fuese que quisieran de nosotras, no era que nos fuésemos a poner a charlar un rato mientras nos tomábamos el té. Necesitábamos salir de aquel lugar y reorganizarnos.

Según lo que podía ver, lo cual por desgracia no era mucho,

estábamos en algún lugar bajo tierra. En alguna especie de caverna. El ambiente tenía aquella quietud mohosa que casi parecía gotear de tanta humedad que albergaba. Y, si hubiésemos estado en una tumba, la peste habría sido muchísimo peor, la verdad.

—Así que podemos esperar que voten en algún momento del próximo siglo, entonces —dijo una nueva voz desde algún lugar en el fondo de la caverna—. Una vez que desperdicien toda una vida pensando cómo formular dicho voto, claro.

Estupendo. Contuve un gruñido. Eran tres hechiceras, y esa última, si bien hablaba con más delicadeza, sonaba igual de arisca que las otras dos.

—No dejes que las demás te oigan hablar así, Acacia —advirtió la primera voz—. Están desesperadas por congraciarse con su engreída alteza, como si eso fuese a salvarlas.

Por fin, unos nuevos detalles se iban asomando entre la penumbra…, aunque ninguno de ellos era algo positivo.

Había un pasillo más allá de nuestra celda. El suelo estaba adornado con unas baldosas de patrones enrevesados que solo conseguía ver gracias al contraste del color blanco contra los más oscuros. Cuanto más me quedaba mirándolos, más se me helaba la sangre. Salpicados entre los patrones que se repetían, había unos sellos de maldiciones escondidos por aquí y por allá.

Volví a cerrar los ojos para soltar un suspiro, con un enfado monumental. Tendría que haberlo sabido a la primera. Ya había estado en demasiadas como para no reconocer la bóveda de una hechicera con tan solo un vistazo.

Vale, ahora la salida, pensé, torciendo el cuello de un lado para otro para intentar ver más allá del pasillo. Tendría que haber una entrada, la cual debería conducir a una Vena. Me estrujé el cerebro en busca de una hechicera llamada Acacia, pero no guardaba ningún detallito por ahí que me fuese de ayuda.

Tiré de los grilletes que me aferraban las muñecas para volver a probar su resistencia. Mordiéndome el labio, me encorvé y contorsioné los hombros mientras torcía las muñecas en torno a los grilletes para tantear el suelo y el metal en busca de algún sello que hubiese tallado en ellos.

Rocé con los dedos una especie de espiral en el grillete izquierdo, justo por encima de donde se unía al suelo.

—Menos mal —exhalé por lo bajo. Aquella breve exploración me había dejado la delicada piel de las muñecas en carne viva y sangrando. Empujé el brazo izquierdo todo lo que pude dentro del grillete para darle toda la movilidad posible a la mano. Tras respirar hondo de nuevo para tomar fuerzas, levanté la pierna derecha y la crucé sobre el cuerpo hasta que la suela de la bota me quedó justo al alcance de los dedos.

Cabell y yo nos habíamos clavado estacas de metal en las suelas de las botas para tener mejor tracción durante nuestros encargos. Una vez que uno tiene un encuentro cercano con un foso de ácido, hace lo que sea para evitar tener un segundo.

Tanteé el borde de la suela del zapato hasta dar con una estaca algo suelta y la retorcí hasta conseguir arrancarla.

Tragándome una exclamación de victoria, torcí la muñeca en un ángulo bastante doloroso y presioné la punta afilada de la estaca contra el grillete de piedra. Aunque me llevó varios intentos, al final conseguí aferrarme bien a la estaca para empezar a arañar lo que creía que debía ser el sello. Quizás distorsionar el símbolo no fuese suficiente para romper el encantamiento que me tenía sujeta, pero al menos conseguiría debilitarlo.

Al notar una ligera presión en la coronilla, pegué semejante brinco del susto que la estaca casi se me escurrió entre los dedos. Eché la cabeza hacia atrás más de lo que había hecho antes y volteé el cuello hasta que no pude más para echar un vistazo sobre el hombro izquierdo.

El alivio me inundó al ver a Caitriona, con su cabello plateado que ni siquiera en medio de la oscuridad dejaba de relucir. Tenía las manos encadenadas sobre la cabeza, a los barrotes de piedra. Incluso con toda su impresionante estatura, lo único que había conseguido era estirar la punta de su deportiva para rozarme.

Sus ojos brillaron en la oscuridad, tan atentos como los de cualquier depredador nocturno.

—¿Dónde estamos? —articuló sin voz.

Antes de que pudiera contestarle, una de las hechiceras (la más

joven, si no me fallaban los oídos) alzó tanto la voz que la oímos con claridad al fondo del pasillo:

—La calamidad que hemos temido durante siglos está a punto de alcanzarnos, ¿y la suma hechicera ni siquiera puede mover el culo para buscar el dichoso cachivache que exige que le devolvamos?

Caitriona me buscó la mirada, con los ojos abiertos como platos.

Me tensé entera. ¿Qué cachivache quería el Señor de la Muerte que le devolviesen?

Al menos no tendremos que advertirlas de nada, pensé de mala gana.

—¿Qué ocurre? —La voz de Olwen sonaba medio atontada en lo que volvía en sí—. ¿Dónde estamos?

—Shhh —susurró Caitriona—. Estamos bien.

—¿A ti te parece que esto es estar bien? —susurré en respuesta.

—¿Alguien…? —farfulló Neve a mi derecha—. ¿Alguien sabe dónde estamos?

—En una bóveda —le informé, moviendo la estaca contra el grillete con tanta fuerza como pude.

—Ah. Pues… no es el peor escenario posible, ¿verdad? —dijo Olwen—. ¿No habías dicho que tenías experiencia con las bóvedas de las hechiceras en tu trabajo como…? ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Saqueadora. —Una buscadora de tesoros y de reliquias legendarias pero con pretensiones, vaya—. Y la experiencia que tengo es colándome dentro, no saliendo.

—¿Nos han capturado unas hechiceras? —preguntó Neve.

Una milésima de segundo demasiado tarde, comprendí lo que iba a suceder.

—¡No, espera…!

—¡Ey! —chilló—. ¡Habéis cometido un error! ¿Hola? ¿Me habéis oído?

Dejé caer la cabeza sobre el suelo con un suspiro. Adiós a nuestra ventaja de contar con el factor sorpresa y ya ni qué decir del sueño iluso de escapar.

Unos pasos resonaron por el pasillo y tres figuras encapuchadas avanzaron hacia donde estábamos, hasta salir de algún lugar en el fondo de la bóveda. Una lámpara de aspecto antiguo flotaba a su lado, como si la estuviera sujetando un espíritu invisible.

—Qué maravilla —dijo una de ellas, a quien reconocí por la voz como Acacia—. Os habéis despertado.

Su rostro parecía hecho de terciopelo blanco bajo la corona trenzada en la que llevaba recogido su cabello claro, y lo perfecta que era su belleza la distinguía como un ser diferente, algo a lo que temer, porque solo podía tratarse de una trampa. Y su mirada… parecía llena de rencor en lo que nos examinaba antes de volverse hacia sus compañeras.

—Te dije que no iban a tardar mucho en despertar, Hestia.

Hestia resultó ser la delgaducha de piel morena y una expresión como de asco cuando declaró:

—Será mejor que empecemos con la que no tiene magia.

Los grilletes que tenía en las muñecas cayeron y, en un raro despliegue de compostura, me las arreglé para ponerme de pie con torpeza y chocarme con una forma suave a mis espaldas. Neve.

—Mirad qué rápido pierden todo el coraje cuando no está aquí su señor para protegerlas —dijo la hechicera restante. Sus ojos azules y pálidos estaban bien delineados con un lápiz de color ciruela, la misma tonalidad de su cabello enmarañado.

—¿Nuestro… señor? —conseguí decir con voz ronca—. Un momentito, ¿de qué estáis hablando?

—A ver —empezó Neve, con una voz bastante más razonable de lo que la situación ameritaba—. Es obvio que ha habido alguna especie de malentendido…

Una presión caliente me rodeó la cintura y tiró de mí en dirección a los barrotes de nuestra celda. Me mordí la lengua por el dolor y la sangre me llenó la boca en lo que Acacia movía las manos para hacer la morisqueta de que estaba tirando de mí. La estaca que llevaba en la mano se me resbaló mientras intentaba clavar los talones sobre el suelo para resistirme al tirón de la magia.

—¡Parad! —Olwen tiró de sus ataduras—. ¡No somos vuestras enemigas!

—¿Ah, no? —Con un giro de muñeca, Acacia me lanzó como a una muñeca contra los barrotes. Vi chiribitas detrás de los párpados cuando me golpeé la sien contra la roca. La magia me empujó por detrás y el dolor me estalló en las costillas en respuesta.

—¡Soltadla! —exigió Caitriona.

—¡Por favor! —suplicó Olwen—. ¡Veníamos a buscar al Consejo de la Sororidad para avisaros sobre el Señor de la Muerte!

—¿Para avisarnos? —mascullló Cabeza de Ciruela—. ¿Avisarnos de qué, si se puede saber? ¿De que no sirve de nada resistirnos? ¡Como si asesinar a cinco de las nuestras no fuese un mensaje bastante claro!

—Veníamos a… —Con cada palabra que pronunciaba, la presión que sentía por detrás iba aumentando más y más. Por un instante me pregunté cuánta presión podría resistir mi cuerpo antes de terminar espachurrado contra los barrotes.

Caitriona soltó un rugido de furia mientras se debatía contra sus ataduras.

—Anoche lo condujisteis directo hacia Stellamaris. ¡Ni se os ocurra negarlo! —siseó Acacia.

A pesar del dolor que me recorría entera, mi cerebro se aferró al nombre. La hechicera Stellamaris vivía a las afueras de Boston. Había hecho un encargo para ella junto a Cabell; habíamos recuperado el anillo de su madre, que estaba en la bóveda de otra hechicera. Había sido… *agradable* no era la palabra exacta, ni tampoco inofensiva. Más bien… no nos había complicado demasiado la vida.

La tormenta. No podía ser coincidencia que la ciudad hubiese experimentado una tormenta de nieve de lo más extraña la misma noche que la hechicera había muerto.

—Tenemos que arrancarles hasta la última pizca de información sobre su señor —dijo Cabeza de Ciruela—. El Consejo no nos castigará si hacemos lo que ellas pretenden, ¿verdad?

—¿A qué os referís? —inquirió Neve, demasiado agitada.

—Sois las Aniquiladoras de mundos —escupió Hestia—. Las cuatro sirvientas de la Muerte, las doncellas del invierno. Los demás podrán conoceros por otros nombres más elaborados, pero nosotras sabemos lo que sois. Sabemos lo podrido que tenéis el corazón.

—¡No servimos a la Muerte! —profirió Caitriona, hecha una furia —. ¡Somos sus enemigas!

Ante eso, las tres mujeres estallaron en carcajadas escandalosas. Y, a pesar del dolor y del miedo, lo único que podía imaginar era echarlas de una patada hacia el sello de maldición más cercano.

—¡Soy una de vosotras! —exclamó Neve—. ¡Soy una hechicera! Y ellas… ¡Ellas son sacerdotisas de Ávalon! Lo que queremos es detener al Señor de la Muerte, no ayudarlo.

Lo poco que me quedaba de oxígeno se me escapó de los pulmones cuando la magia de Acacia me golpeó con más fuerza y amenazó con partirme las costillas, la columna. La visión se me puso borrosa en los bordes, cada vez me costaba más llevar aire hasta los pulmones.

—No nos vamos a tragar ninguna de las mentiras que pronunciéis con esas lenguas viperinas —dijo Hestia—. No quedaba ni un alma con vida en Ávalon cuando vuestro amo os ordenó que la destruyerais.

—Lo que intentábamos era salvar la isla —se explicó Olwen, suplicante—. Creíamos que el ritual era para purificarla. ¡Todo ha sido un error!

Entonces se puso a tararear, un sonido tembloroso y desesperado que pretendía convocar un encantamiento. Neve se sumó a sus esfuerzos, con la voz entrecortada por los sollozos que se le escapaban.

Las hechiceras no hicieron más que reírse, y la luz parpadeante de la lámpara hizo que sus facciones parecieran aún más siniestras.

—¿Pensáis canturrear un encantamiento? Pero qué anticuadas —dijo Acacia—. Esta celda impide el uso de la magia. Seguid con eso y tendréis que llevaros a vuestra amiga en cachitos.

—¡Cometimos un error! ¡Todo ha sido un error! —juró Neve, desesperada.

—Mentiras y más mentiras —canturreó Cabeza de Ciruela. Le echó una miradita a Acacia, claramente disfrutando del espectáculo.

—Decidnos lo que quiere vuestro señor —exigió Acacia—. Y por qué lo quiere para cuando llegue el solsticio de invierno.

—¡No sabemos de qué estás hablando! —rugió Caitriona.

—Esta les debe caer muy mal para que la quieran muerta —comentó Hestia—. No sé vosotras, hermanas, pero a mí me encantaría poder vengar a los mortales que perecieron en Glastonbury. Los que vosotras asesinasteis cuando derribasteis la barrera e hicisteis que el infierno se abriera en nuestro mundo.

Al final, la agonía me golpeó como una oleada y me arrebató las pocas fuerzas que me quedaban. Solté un grito y unas lágrimas que ya no pude contener. Tenía tanto las extremidades como la piel

aplastadas contra la piedra, más y más tirantes hasta que el dolor se volvió insoportable y parecía que me las iban a arrancar.

—¡Parad!

Con el grito desgarrador de Neve, una luz blanca y azulada se extendió por toda la celda y arrasó la oscuridad con su intensidad desatada.

Las hechiceras se echaron hacia atrás, cubriéndose el rostro con los brazos para protegerse los ojos. Aunque la luz no emitía calor, irradiaba una presión vertiginosa con cada respiración temblorosa de Neve.

—¿No habías dicho que les habías bloqueado la magia? —chilló Hestia.

—¡Y eso he hecho! —chilló Acacia en respuesta.

La presión que me había estado apretujando contra los barrotes cedió y caí de un golpe hacia el suelo, jadeando. Arañé la piedra áspera con los dedos mientras intentaba calmar mi corazón acelerado.

—¿Tamsin? —me llamó Olwen—. ¿Te encuentras bien?

No pude contestarle. Era incapaz de hablar aún. Conforme la luz se fue disipando, la celda volvió a sumirse en una oscuridad casi completa. Parpadeé para apartar los puntitos que me moteaban la visión e incluso entonces me pregunté si lo estaba imaginando…, si la magia de verdad parecía aferrarse a la piel de Neve como un polvo de estrellas antes de apagarse del todo.

Respiraba a trompicones, y cada inhalación hacía que me escociera el pecho. Al oír a las hechiceras avanzar, me hice un ovillo sobre el suelo, preparándome para una nueva tanda de dolor.

—Pero… ¿qué eres? —preguntó Acacia, con dificultad. Aunque ninguna de las hechiceras estaba herida, sí que tenían el pelo suelto y alborotado y las largas túnicas y vestidos torcidos, como si acabaran de escapar de un huracán por los pelos.

—Os lo he dicho antes —dijo Neve, y la súplica volvía a teñir su voz. Tiró de sus ataduras para intentar incorporarse—. Soy una de vosotras.

—Esa no es la magia de la Madre —la acusó Hestia, sin aliento—. Esa no es la magia que usamos nosotras.

—Tiene que ser la de él —dijo la tercera—. Magia de la muerte. El

poder de Annwn.

—¡No! —insistió Neve, suplicante—. ¡No es eso! ¡No es…!

Hestia nos dio la espalda y bajó la voz hasta hablar en apenas un susurro. Por primera vez, no sonaba convencida mientras cuchicheaba con las demás.

—¿La matamos?

Me tumbé bocabajo, con el miedo cerrándome el estómago. Caitriona estampó la espalda contra los barrotes de piedra, como si fuese a poder romperlos con su determinación.

—Intentadlo si os atrevéis —advirtió, y las palabras rebosaban una promesa letal.

—¿Cómo es el dicho ese? Más vale pedir perdón que pedir permiso. —La sangre se me congeló en las venas cuando Acacia clavó la mirada en Neve—. Creo que será mejor que vayamos a lo seguro y acabemos con todas.

Y entonces, a través del velo de terror que se iba extendiendo por la celda, oímos que alguien llamaba a la puerta.

Más que tímidos, los golpes parecían educados. Me pareció que lo había imaginado hasta que volví a oírlo, con más fuerza e insistencia.

—¿Esperabais visita? —preguntó Acacia a las demás.

—Si es alguien del Consejo… —empezó a decir la tercera.

—Pues anda y ve a ver quién es —dijo Acacia, haciendo un ademán para alentar a su hermana.

—¿Yo? —se quejó Hestia—. ¿Por qué siempre tengo que hacerlo yo todo?

Volvió a sonar la puerta.

—Vale, pues ya me encargo yo —refunfuñó Acacia, y la falda de su vestido azul zafiro ondeó tras ella—. Si alguna de estas se atreve siquiera a soltar un gimoteo, les rompéis todos los huesos.

El pulso me martilleaba en las orejas en lo que me obligué a sentarme.

—Eh, eh —chistó Hestia—. Quietecita te quedas.

—No queríamos hacerle daño a nadie —susurró Neve.

—En ese caso, lo que habéis hecho es peor que traicionar a la Diosa —dijo Hestia—. Sois unas ineptas.

Un segundo después, Acacia volvió arrastrando los pies y con su

capa oscura ondeando tras ella de pura furia.

—¿Quién era? —preguntó Hestia, alzando una de sus delgadas cejas.

Acacia le estampó un trozo de pergamino arrugado contra el pecho antes de volverse para fulminarnos con la mirada, con la indecisión muy clara en sus facciones. A Hestia se le pusieron los ojos como platos al leer. Cabeza de Ciruela se lo arrancó de las manos para leerlo por sí misma y luego se volvió hacia alguien que no alcanzaba a ver.

—Esto no puede ser cierto —murmuró—. Tiene que tratarse de una trampa.

—¿Estarías dispuesta a apostar? Porque nunca le voy a decir que no a una apuesta amistosa —dijo una voz por detrás de Acacia.

Cada centímetro de la piel se me erizó al comprender de quién se trataba.

La figura oculta se asomó desde detrás de la hechicera y quedó bajo la luz de la lámpara flotante.

—Pero yo que tú no me jugaría la vida —aconsejó Emrys.

3

Me odié a mí misma por querer verlo.

Me odié por notar que se había cortado su cabello castaño y se lo había domado un poco, que volvía a llevar sus prendas hechas a medida con el mismo desparpajo de siempre y se había remangado hasta los codos para dejar expuestas las gruesas cicatrices que le cubrían la piel. Odié la chaqueta calentita que se había echado por encima de un hombro mientras el resto de nosotras procuraba no tiritar en aquel frío que pelaba. Odié la forma en que ladeaba la cabeza, con una sonrisilla, como si su dinero y su apellido también fuesen capaces de protegerlo de las hechiceras.

Pero, más que nada, odié que la única marca que había dejado en él los días que habíamos pasado en Ávalon era que tenía las mejillas ligeramente hundidas, cuando el horror que habíamos vivido aquellas últimas horas nos había marcado hasta lo más hondo.

Volví a sentir la puñalada de su traición, renovada en un instante. Cualquier pizca de alivio que pudiese haber sentido al verlo con vida desapareció y lo único que dejó a su paso fue la humillación y una rabia capaz de hacer arder el infierno. No solo se había llevado el Anillo Disipador, sino que…

¿Qué carajos estaba haciendo aquí?

—Esto no me lo creo —declaró Hestia, tras arrancar la carta de las manos de la tercera hechicera para recuperarla una vez más.

—¿Qué parte? ¿Que Madrigal se haya dignado a arrastrarse para salir del escondrijo en el que vive o que la suma hechicera le haya creído? —murmuró Acacia. Entonces alzó las cejas y su amargura pasó al olvido cuando comprendió algo nuevo y sin duda igual de horrible —. Dice que tenemos que soltarlas, pero en ningún lado especifica que tengamos que dejarlas con vida.

Mírame, pensé, clavando la vista en las líneas perfectas de su perfil. *Mira lo que has hecho.*

Pero él se negaba, y aquello me empezó a parecer un reto. Lo estaba provocando. Quería que se fijara en mí. Quería que viera la furia envenenada que me corría por las venas y que se arriesgara a que una simple mirada mía lo convirtiera en piedra.

Aunque claro, ese era uno de los privilegios de ser asquerosamente rico, ¿verdad? Nunca tener que hacerles frente a las consecuencias de tus actos.

—Ahora que lo mencionas —dijo Emrys como si nada, inclinándose sobre el hombro de Hestia para señalarle algo en el papel —, lo dice juuusto ahí. Al final del tercer párrafo, ¿lo ves? Yo mismo me aseguré de que se especificara.

—Anda —soltó Neve, nada impresionada—. Mi héroe.

Rechiné los dientes, con el resentimiento revolviéndose en mi interior. No quería su ayuda. No la necesitaba. El simple hecho de que creyera que íbamos a aceptarla encantadas… Habría preferido que las hechiceras me arrancaran una extremidad tras otra.

—Y por ahí —continuó él, señalando más abajo—, veréis que la suma hechicera os ha hecho una petición especial para que acudáis al Consejo a por una nueva tarea. Pero eh, que también os felicita por haber hecho un buen trabajo, así que todos contentos.

Acacia lo miró como si tuviese ganas de aplastarlo bajo el talón de su bota como la cucaracha que era, y yo me habría sumado al espectáculo encantada de la vida.

—¿Por qué Madrigal responde por ellas, después de todo lo que han hecho? —se quejó Cabeza de Ciruela—. Nunca se juega el pellejo, solo si cabe la posibilidad de que se vaya a llevar unos diamantillos por las molestias.

—Tendrá sus razones, como siempre. Ya sabes que su reputación no es la misma desde… bueno, eso —comentó Hestia.

Y parecía que las otras estaban bien enteradas de todo. Mi curiosidad, que nunca se quería perder una, alzó las orejas, pero nadie más soltó prenda.

—En fin, ¿podemos acabar con esto de una vez? —siguió Hestia—. La verdad es que a tu bóveda le faltan unos retoques, Acacia.

—Aunque no se puede negar que tiene unos aires evocadores que… madre mía —suspiró Cabeza de Ciruela, haciendo un ademán a las paredes de piedra simplonas que nos rodeaban.

Acacia sorbió por la nariz y aceptó el cumplido.

—En ese caso, vayámonos ya antes de que el Consejo se ponga de acuerdo para hacernos desperdiciar más el tiempo.

—Estupenda idea —aceptó Emrys, muy solícito él—. Nunca sabemos cuántos días nos quedan en este mundo.

Acacia se volvió sobre los talones con un sonidito de desagrado y enfiló hacia la entrada de la bóveda. Las demás se apresuraron para seguirla, intercambiando miradas complacidas a sus espaldas.

Emrys se aclaró la garganta y las tres se detuvieron.

—¿Y ahora qué quieres, esperpento? —preguntó Acacia, hastiada.

Emrys hizo un ademán significativo hacia los barrotes de piedra y los grilletes que nos retenían.

Acacia dio una patadita al suelo y soltó un ruidito de molestia. Sacó la varita de lo que debía de ser un bolsillo encantado en su túnica y se valió del extremo afilado para dibujar un sello en una pared cercana.

Los barrotes de piedra se escondieron en unas muescas que había en el suelo con un movimiento súbito y la brusquedad del impacto me sacudió el cuerpo ya de por sí adolorido. Los grilletes nos liberaron las muñecas y se disolvieron cual polvo al dar con el suelo.

Neve se puso de pie de un salto con un suspiro aliviado. Caitriona echó a correr hacia el pasillo, con las piernas que apenas la sostenían, pero las hechiceras ya se habían marchado. Murmuró algo por lo bajo que probablemente era mejor que no hubiésemos oído.

Yo no estaba muy segura de haber podido moverme incluso si lo hubiese querido. Olwen se me acercó deprisa y se arrodilló a mi lado, con la preocupación clara en sus facciones manchadas por la tierra de la cueva.

—¿Estás bien? —me preguntó, al tiempo que empezaba a examinarme. Ahogué un grito cuando me pinchó con un dedo en el lado derecho de las costillas.

—Estaba mejor antes —me quejé, con un hilo de voz.

—Solo estás un poco magullada —explicó—. No llevo nada de

ungüento medicinal encima, ¿puedes resistir el dolor un poco más?

—¿Me queda otra?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emrys.

Su sonrisa aduladora había desaparecido. Con aquellas palabras, todo su pavoneo arrogante pareció extinguirse. Si se hubiese tratado de cualquier otra persona, habría dicho que estaba preocupado.

Y entonces sí que nos miraba. Nos observó de pies a cabeza, una tras otra, con la misma fugacidad que la luz al reflejarse en un cristal. Al final, Emrys Dye sí que había resultado ser un cobarde; ni siquiera podía reunir el valor suficiente para alzar la vista y mirarnos a la cara. Y maldita sea, esos ojos… Los muy atrevidos seguían siendo preciosos. Uno gris como una nube de tormenta y el otro verde como un bosque. El tesoro de un embustero, pensados para tentar a un ladrón incauto.

Caitriona se acercó más y más, hasta plantarse entre los dos y ocultarme tras ella.

—¿No me merezco ni un saludo? —bromeó él.

Una mueca de desagrado me tiró del labio superior conforme la amargura que guardaba en mi interior iba dando paso a un odio más intenso.

Sentí el silencio de las demás respaldándome por todos lados. Me puse de pie poco a poco, con la ayuda de Caitriona y Olwen.

Un atisbo de algo cruzó su expresión y quebró la careta agradable que había decidido ponerse. Pero ya no era tan ingenua como para creer que podía ser algo similar siquiera al arrepentimiento.

Lo conocía demasiado bien como para no ver más allá de todo el numerito que estaba montando. Sabía a la perfección lo que quería: información.

El tiempo había transcurrido de forma distinta entre nuestro mundo y la Tierra Alterna… hasta que, cómo no, los habíamos vuelto a alinear con el ritual. Para nosotras, solo había pasado poco más de un día desde que él se había escabullido con el Anillo Disipador para llevárselo a Madrigal a cambio de todo el oro y la libertad que ella le había prometido. Mientras que, para él, debían de haber pasado días, quizás incluso más de una semana.

El problema era que no se merecía nada. Ni la verdad sobre lo que había sucedido ni una pizca de amabilidad.

Ni tampoco a nosotras.

La Saqueadora que llevaba dentro había entendido, muy en contra de mi voluntad, por qué lo había hecho. Quizás, gracias al paso de las décadas o los eones, habría sido capaz de empezar a aceptarlo. De dejar que la herida fuese cerrando. Sin embargo, la herida que había dejado en mi interior seguía abierta y sangrante, y ni muerta pensaba permitir que volviese a clavarme el puñal.

Al final, la primera en ceder fue Olwen. Sin frenarse ni un poco, avanzó hacia él y lo obligó a retroceder un paso cuando empezó a clavarle un dedo en el corazón como si de una daga se tratara.

—¡Cómo osas! —Las palabras se le escaparon con toda la vehemencia de la indignación—. ¡Te acogimos y confiamos en ti! Todas nosotras. Todas y cada una de mis hermanas, de nuestros amigos… ¿Cómo te atreves? ¿Cómo has podido llevarte el anillo y dejarnos allí abandonadas con…?

La voz se le quebró, sobrepasada.

—Que la Diosa me perdone, pero una parte de mí preferiría que hubieses muerto, porque entonces podría seguir creyendo que eras una buena persona. Que eras nuestro amigo. Pero ahora no eres más que un vulgar ladronzuelo al que no conocemos de nada.

Olwen, pensé, mientras un pinchazo de dolor se me clavaba en el pecho.

Emrys se puso pálido y alzó las manos en un gesto suplicante.

—Dejad que me explique…

—¿Y que vuelvas a mentirnos? —lo interrumpió Caitriona, con frialdad. Estiró una mano hacia atrás en mi dirección, aunque no para dármela, sino para acercarme más a ella.

—¿Cómo…? —empezó Emrys, sin saber cómo continuar con la oración—. ¿Qué pasó? ¿Alguien más consiguió escapar?

—Somos las únicas con vida —dijo Caitriona.

Bajé la mirada en lo que Emrys se echaba hacia atrás al recibir sus palabras como un puñetazo en el estómago.

—¿Ni siquiera Cabell?

Me pregunté a mí misma cuándo dejaría de ser tan consciente de lo que hacía, si podría evaporarse de mi cuerpo como una fiebre al bajar. Incluso en aquel momento podía sentir su mirada sobre mí,

podía notar cómo se inclinaba en mi dirección.

Y, si bien él era un cobarde, yo no lo era.

Alcé la vista y lo obligué a enfrentarme, a que me viera de verdad mientras le decía:

—¿Y pretendes que creamos que te importa?

Emrys se pasó una mano por el cabello para aferrárselo en el puño y su respiración se volvió entrecortada en lo que el silencio se extendía entre nosotros.

—¿Podéis dejar que os lo explique? ¿O es que eres tan necia que ni siquiera te puedes dignar a escucharme?

Me clavé las uñas astilladas en las palmas y me valí del pinchazo de dolor para conseguir calmarme.

—Anda, ¿ahora sí podemos decidir? —le solté—. Pero si llevas parloteando como un loro desde que has llegado.

Emrys apretó la mandíbula, fastidiado, pero aprovechó la oportunidad que le había cedido con mi respuesta.

—Tenía que llevarle el anillo a Madrigal —dijo—. No podía no hacerlo, no tenía opción. Madrigal no solo me prometió que me daría lo que necesitaba para alejar a mi madre de mi padre, se aseguró de que cumpliría con el encargo al mantenerla prisionera.

Me lo quedé mirando, con el estómago tenso por los nudos que se me iban formando.

—Todos teníamos alguien a quien proteger —repuse con frialdad —. Pero tú fuiste el único que tuvo que traicionarnos a todos para conseguirlo.

Toda la suavidad suplicante de su expresión desapareció cuando me devolvió la mirada con la misma frialdad que le estaba dedicando yo. Y una parte de mí se alegró de que fuese así. Ese era el Emrys de verdad, el que conocía desde siempre. El príncipe de la cofradía, mi rival más odioso. Con él sí que podía tratar.

—Qué poca vergüenza la tuya, Lark —dijo—. ¿Acaso no le mentiste a Neve sobre cómo tenías que hacerte con el anillo?

Lark. El cerebro se me quedó atascado al oírlo llamarme por mi apellido.

—Ni se te ocurra —le advirtió Neve, avanzando hacia él por fin— comparar el omitir información con dejar a quienes supuestamente

son tus amigas tiradas en medio de la nada y rodeadas de monstruos.

Al menos tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Tienes razón. Y lamento mucho que haya tenido que ser así. —Entonces su mirada volvió a centrarse en mí—. Pero tú la viste. A mi madre. Viste lo que Madrigal había hecho con ella para someterla. La viste, Tamsin.

—No tengo ni idea de qué me estás… —Sin embargo, incluso mientras pronunciaba las palabras, mis recuerdos ya estaban trazando pinceladas de la opulencia decadente del hogar de Madrigal.

En aquella visita tan corta solo había visto a unas pocas personas: la propia hechicera, Emrys, el puca que tenía como acompañante y al que llamaba Querido y a los invitados sentados a la mesa, con sus horribles máscaras de animales. A ellos y a la anciana sirvienta que había estado cerca de la puerta.

La sirvienta.

Me había parecido tan frágil como la copa grabada que se le había caído de la bandeja y se había hecho pedazos contra el suelo. La edad le había encorvado los hombros, aunque eso era lo único que parecía normal en su apariencia, porque el resto me había dejado sin palabras. El único ojo que pude verle estaba totalmente en blanco, sin iris ni pupila. La piel le colgaba de los huesos de la cara como la arcilla derretida. Le habría echado unos cientos de años, como mínimo.

No obstante, al examinarle el rostro e intentar compararlo con las pocas imágenes que había visto de Cerys Dye, casi podía ver el parecido. La elegante estructura ósea. La forma de los ojos. La belleza de la madre de Emrys era algo que todo el mundo conocía, así que no podía haber sido ella.

Solo que la mirada tan atormentada de Emrys decía lo contrario.

—¿Es cierto? —preguntó Neve, alternando la mirada entre los dos.

—Creo… —Me interrumpí a mí misma. En algún momento lo había creído distinto. Había cometido el error de creer cosas que no debí—. Puede ser.

—Sí que es cierto —protestó él—. Y una vez que le entregué el anillo, Madrigal nos dejó ir a ambos.

—¿Y dónde está tu madre ahora? —preguntó Olwen, al parecer sin poder contenerse.

—Está a salvo. Está… Una amiga está cuidando de ella —contestó él—. Y, cuando Madrigal se enteró de que el Consejo había ordenado que os capturaran, le envió una carta a la suma hechicera para responder por vosotras, como una ofrenda de paz. Las hechiceras os llaman las Aniquiladoras. Creen que estáis al servicio del Señor de la Muerte.

—Ya, eso lo hemos descifrado nosotras solitas, muchas gracias —dije. El agotamiento me invadió de nuevo y no me quedaban fuerzas para combatirlo—. ¿Puedes decirnos a qué has venido? Pero de verdad. ¿Por qué Madrigal cree que está en deuda con nosotras? Sé que no es por su buen corazón, para eso primero tendría que tener uno, la verdad.

—No quiere que les digáis a las demás hechiceras que es ella quien tiene el anillo —contestó Emrys—. Para que nadie se le presente en casa e intente matarla para quedárselo.

—¿Y para qué lo quería? —inquirió Olwen.

—No me lo ha dicho y no la he visto usarlo —dijo Emrys—. Y antes de que me lo preguntéis: no, no tengo ni idea de dónde lo tiene guardado.

Solté un suspiro fastidiado, poniendo los ojos en blanco. Cómo no, si eso era lo más conveniente para ambos. Pero daba igual; mientras lo tuviera Madrigal, el anillo estaba fuera de nuestro alcance. La hechicera se aseguraría de usar hasta el último atisbo de su poder para que eso no cambiara.

—¿Y qué más? —insistí—. No puede ser la única razón por la que nos ha defendido frente al Consejo.

Emrys volvió a cruzarse de brazos, lo que me hizo desviar la atención hacia el entramado de cicatrices que le cubrían la piel. Fuera cual fuese la razón que tenía para esconderlas antes, esta parecía haber dejado de importar.

—Madrigal quiere que la avisemos si nos parece que el Señor de la Muerte piensa ir tras ella.

Eso, al menos, tenía sentido. Siempre me había parecido una criatura que priorizaba su propia supervivencia por encima de todo lo demás. Incluidas las vidas de la propia sororidad.

—¿Soy yo o te has incluido tú solito en todo esto cuando nadie te

ha llamado? —preguntó Neve, con desdén.

—Quiero ayudar —repuso Emrys, en voz baja—. Quiero enmendar mis errores.

—Claro, como tu fama de caballero andante te precede —resoplé con sorna.

Podría haber sido la penumbra, que me impedía ver bien, pero me pareció verlo dar un respingo ante mis palabras.

—Podéis creerme o no, da igual. Pienso intentarlo de todos modos.

Una gotita de condensación helada me cayó en el cogote y se me deslizó por toda la columna.

—Parece que tienes la impresión, muy equivocada debo agregar, de que podríamos querer tu ayuda, cuando ni siquiera la necesitamos, ya que estamos.

—Justo ahora sí que la necesitabais —recalcó.

—Eso ha sido la intervención de Madrigal, no la tuya —aclaró Neve—. Y algo se nos habría ocurrido para salir de esta nosotras solas.

—Por favor, chicas… —volvió a insistir, llevándose una mano a la altura del corazón—. Ni siquiera sé qué fue lo que pasó —añadió tras unos segundos, en un hilo de voz.

—¿Y eso culpa de quién es? —dijo Caitriona.

Emrys dio un paso atrás al oírla, como si le hubiese clavado un puñal en el pecho. Pero a mí eso no me bastaba. Necesitaba retorcerlo una y otra vez hasta hacerlo sentir el mismo dolor que nos atormentaba a nosotras.

Así que se lo conté. Absolutamente todo, con lujo de detalles sangrientos y espantosos. Afilé tanto la verdad para que esta lo desgarrara por dentro hasta que todo el color se le esfumó del rostro y parecía que iba a ponerse a vomitar en cualquier momento.

Eso es, pensé. Su mirada se cruzó con la mía y una parte muy retorcida en mi interior se alegró de verlo destrozado. *Ahora tú también lo sientes*.

Por desgracia, en lo que reparé demasiado tarde fue en que no podía hacerle una herida de muerte a él sin lastimar también a las demás. En el largo silencio que siguió a mis palabras, las lágrimas se deslizaron por el rostro desolado de Olwen. Caitriona se acercó a ella, pero Olwen se negó a aceptar su consuelo.

—No… No pasa nada —dijo, apartándose de ella y adentrándose un poco más en la celda. Neve se estiró para darme un puñetazo en el brazo con una mirada que prometía que luego pensaba darme otra lección sobre cómo comportarme como un ser humano con un mínimo de consideración.

—Es… —intentó decir Emrys, con delicadeza. Pero no tenía palabras suficientes. Nada podía abarcar la magnitud de todo lo que se había perdido.

—¿Dices que quieres ayudar? —dijo Neve, volviéndose hacia él—. El Señor de la Muerte envió un mensaje al Consejo de la Sororidad para pedir que le devolvieran algo antes del solsticio de invierno. ¿Qué es?

Emrys vaciló.

—No lo sé. Ninguna de las hechiceras lo sabe.

—¿Así pretendes demostrar lo útil que puedes ser? —murmuré.

—Habéis dicho que os trajisteis el receptáculo de Viviane desde Ávalon para descifrar qué recuerdo robó el Señor de la Muerte, ¿no? —dijo él—. ¿Pensáis llevárselo a la Cortahuesos para ver si ella puede arreglarlo?

Abrí la boca. Y la volví a cerrar.

Ella. La había llamado *ella*.

El Cortahuesos había sido poco más que tinta verde sobre el papel en todo mi tiempo como Saqueadora. La tinta verde no tenía cara ni tampoco género y nadie en la cofradía, ni siquiera Bibliotecario, parecía saber quién o qué era.

—¿Esa es la persona que íbamos a buscar, Tamsin? —preguntó Caitriona, alternando la mirada entre los dos.

—Sí —repuse a regañadientes.

—En ese caso, estoy a vuestro servicio —dijo él—. Porque sé dónde está su taller.

Sus palabras me sentaron como un puñetazo en la garganta.

—No es posible. Nadie sabe dónde está su taller.

—En ese caso, me muero de ganas de demostrar que te equivocas una vez más.

Hice rechinar los dientes.

—Si sabe dónde tenemos que ir… —empezó Neve.

—Podemos averiguarlo sin su ayuda —me quejé.

—Pero no antes de que el Señor de la Muerte mate a más hechiceras —me cortó Neve—. Si se equivoca o nos está mintiendo, podemos… empujarlo por un barranco y ya.

—Os gustará saber que hay uno de esos muy cerca de donde vamos —facilitó Emrys, siempre solícito.

—No estaréis hablando en serio… —repuse, sin poder creérmelo.

Pero era obvio que sí. Y en lo que Caitriona empezó a avanzar hacia Emrys, supe que era la única que no estaba de acuerdo con todo eso.

—Vámonos ya —dijo, y cuando Emrys hizo el ademán de seguirla, se volvió hacia él con toda la elegancia letal de una víbora y lo estampó contra la pared con la fuerza de su antebrazo. Emrys abrió los ojos de par en par, pero, a diferencia de Nash, no hizo ningún movimiento para liberarse. Se limitó a aceptarlo.

»Vuelve a traicionarnos —le advirtió Caitriona con voz ronca—, y yo misma me aseguraré de destriparte como el cerdo que eres.

—Sí, señora —contestó él, casi sin voz.

Caitriona lo soltó y continuó avanzando por el camino que, con algo de suerte, nos llevaría hasta la entrada de la bóveda. Evitó pisar los sellos de maldiciones que se enroscaban entre sí y cubrían las baldosas y Emrys hizo lo propio.

Olwen se quedó un poco rezagada, para darme la mano y un suave apretoncito.

—¿Tú también? —inquirí.

—Ya —contestó ella—. Pero ¿qué razón podría tener para mentirnos ahora?

—A ver —empecé, más que dispuesta—. ¿Robarnos el receptáculo de Viviane una vez consigamos repararlo? ¿Espiarnos para luego ir a contárselo todo a Madrigal? ¿Usarnos para encontrar lo que sea que esté buscando el Señor de la Muerte antes que nosotras? Y dame un ratito, que seguro que se me ocurren más.

—Ese cerebro tan retorcido que tienes… —empezó Neve, meneando la cabeza—. Veámoslo así: si tenemos que decidir entre unir fuerzas con él o dar vueltas y vueltas en círculos buscando a la Cortahuesos, prefiero usarlo y perderlo por el camino. Y sé que en el

fondo es lo que piensas tú también.

Solté un gruñidito en respuesta. Me negaba a darle la razón.

—¿Cuánto queda para el solsticio de invierno? ¿Unos diez días? Y no tenemos ni idea de qué es lo que está buscando el Señor de la Muerte ni de por qué lo necesita justo para entonces —siguió Neve—. Lo que necesitamos es tiempo. Y eso nos lo puede dar él.

Solté un largo suspiro. Tenía razón.

Olwen me dio un último apretoncito en la mano.

—Que colaboremos con él no cambia nada. Seguiremos contigo, pase lo que pase.

Los pies se me quedaron plantados en el suelo al verla seguir a Caitriona y a Emrys fuera de la bóveda. Al empezar a moverme, me detuve al darme cuenta de que era el turno de Neve de quedarse rezagada.

La hechicera se había plantado en el extremo de lo que había sido nuestra celda, cabizbaja y con expresión seria.

—¿Neve?

Al estar perdida en sus pensamientos, dio un brinco cuando le di un toquecito en el hombro.

—Perdona, es que… —empezó, antes de cambiar de opinión y negar con la cabeza—. Salgamos de aquí y ya.

—¿Te preocupa lo de las hechiceras? —pregunté, frotándome el lugar del pecho que me dolía sin prestar mucha atención.

—No. No sé. —Se le hundieron los hombros—. Sí.

Mi enfado, que no se había ido demasiado lejos, volvió recargado al recordar lo que las hechiceras habían dicho. Cómo se habían reído. El Consejo de la Sororidad había rechazado a Neve cuando había intentado que la entrenaran. Ver que volvían a hacerle ese desaire, que ni siquiera la aceptaban como una de ellas, era más de lo que podía soportar.

—Ni se te ocurra tomártelo a pecho —le dije con toda la seriedad del mundo—. Lo más probable es que lleven cuatrocientos años sin sentir ni un ápice de empatía y no tienen ni idea de quiénes somos ni de todo lo que hemos tenido que pasar.

Se puso a juguetear con el colgante que llevaba escondido bajo la camiseta. Aquella piedra pálida y extraña era un Ojo de Diosa, se

suponía que amplificaba la magia y lo había heredado de la madre que nunca había llegado a conocer.

—Es que no me ha preguntado quién era —dijo en un hilo de voz y rodeándose con los brazos—. Me ha preguntado *qué* era.

El aire a nuestro alrededor se volvió más frío y tuve que hacer un esfuerzo para no frotarme los brazos para entrar en calor.

—Lo que eres —empecé con firmeza— es una hechicera poderosísima. Y eso sin contar con que llevas un amplificador que fueron lo bastante tontas como para no quitarte. Es obvio que ibas a poder con sus protecciones de tres al cuarto.

Neve se mordió el labio.

—Es que… ese hechizo de luz… No me pareció tan extraño cuando estábamos en Ávalon. A veces la magia se desata de forma descontrolada, sobre todo en momentos de gran peligro o emoción. Pero, por el modo en que esas hechiceras han reaccionado…

—Eso da igual —la interrumpí, decidida—. Sabemos cómo es la magia de la muerte. Es fría y remota. Los Hijos de la Noche nacieron de ella y tu luz acabó con ellos, ¿lo recuerdas? Nunca nos ha hecho daño a ninguno de nosotros.

—Tienes razón —convino—. No debería dejar que me afecte así. —Los labios se le tensaron en una sonrisilla satisfecha—. Se han puesto como locas, ¿no?

—Como un gato al que atrapas por la cola —confirmé, dejando que entrelazara su brazo con el mío—. Y no he olvidado lo que te prometí. Vamos a encontrar a tu madre y así tendrás las respuestas que necesitas.

Neve soltó un ruidito de asentimiento.

—Quizás tú misma encuentres algunas de esas —comentó, de nuevo con aquella mirada pensativa.

No podía ponerme a pensar en eso. En nada de lo que implicaba. Por una vez en la vida, le daba gracias al caos oscuro que me daba vueltas en la cabeza y decidí rendirme ante la forma en que parecía consumirlo todo. De momento, no podía concentrarme en nada más.

En nada ni en nadie más.

Escudriñé las sombras y nos aparté de los sellos de maldición que estaban escondidos entre las baldosas del suelo, asegurándome de que

ninguna de las dos rozaba las paredes, pues la gruesa capa de musgo que las cubría podría haber tenido más sellos tallados. Paso a paso, la oscuridad de la bóveda fue cediendo y no tardamos en ver una entrada con forma de arco en la pared rocosa que teníamos enfrente, rodeada de luz.

Caitriona y Olwen fueron las primeras en cruzar la Vena. Cuando fue el turno de Emrys y se acercó a la entrada, por un momento olvidé… Olvidé que no se detendría ni echaría un vistazo por encima del hombro para esperarme o asegurarse de que iba justo detrás, como había hecho mil veces en Ávalon.

Solo que eso había sido otra de sus mentiras. La vergüenza me resonó en el pecho como si fuese una campana, profunda e infinita mientras hacía eco entre mis huesos.

—Puedo encargarme de él, si quieres —propuso Neve, en cuanto Emrys cruzó la Vena—. Podría enterrarlo en algún bosque donde las setas vayan a devorar con gusto su carne putrefacta hasta hacer que se regenere en algo que no sea un gusano mentiroso.

Sus palabras casi me hicieron llorar.

—Lo tendré presente.

—También he estado pensando en unas maldiciones bastante interesantes —añadió.

—¿Interesantes en qué sentido? —pregunté, frenándome al llegar al borde de la Vena. Ver aquellos hilos de magia que daban vueltas y vueltas era todo un espectáculo.

—En plan que todos los calcetines te parezcan mojados cuando te los pongas, que te encuentres una babosa en todas tus comidas… Que te pique una zona que no puedas rascarte, que eructes cada vez que alguien diga tu nombre o que siempre te toquen los carritos de supermercado que tienen la rueda coja…

Me eché a reír por primera vez en días.

—¿De verdad puedes hacer todo eso?

Neve se encogió de hombros.

—Dame unos días y fijo que se me ocurre cómo.

Meneé la cabeza, intentando pasarme una mano por la melena enredada en lo que me plantaba frente a la Vena y lo que me esperaba al otro lado. Había cometido varios errores horribles en mi vida y de

verdad esperaba que no fuésemos a arrepentirnos de esto antes de dar con los recuerdos que nos habían robado del receptáculo de la suma sacerdotisa.

Greenwich, Connecticut

En todo el tiempo que había sido miembro de la cofradía de Saqueadores, nunca habían invitado a Cabell a la Mansión Estival de los Dye.

En algún momento de su vida, la curiosidad habría bastado para tentarlo, sobre todo si la oferta iba acompañada de la certeza de un buen encargo; se trataba de una expedición que nunca podría haberse permitido por sus propios medios para buscar una reliquia que, de otro modo, jamás tendría siquiera el lujo de apreciar con sus propios ojos. Sin embargo, le había resultado sencillo seguir con su vida sin saber cómo era por dentro semejante casoplón. Ni siquiera se había molestado en torturarse al pensar en los tesoros o recursos que los Dye podrían guardar bajo siete llaves, apartados de los demás miembros de la cofradía al estar escondidos detrás de sus muros de piedra.

Y es que ansiar cosas que uno jamás podría tener no solía ser buena idea. Lo único que conseguirías sería sentirte mal al ver aquello de lo que carecías. Lo mejor era concentrarse en lo que el destino albergaba para ti y que le dieran a todo lo demás.

La entrada de gravilla crujió bajo sus pies cuando empezó a avanzar, siguiendo las poderosas zancadas de la figura oscura que iba un paso por delante de él. Habían llegado en un torbellino de sombras heladas que había conseguido congelarle las neuronas. Ya no hacía falta que usaran Venas como medio de transporte, pues su señor podía movilizarlos entre distintos lugares con un simple pestañeo.

Aunque la magia no le resultaba nada del otro mundo, la que blandía el Señor de la Muerte parecía tan amplia como el firmamento nocturno. No se trataba de una cancioncilla sensiblera y empalagosa, no. Se trataba de un trueno triunfante e implacable. Algo de lo que no se podía escapar, como la propia muerte.

La reja de hierro de diseño elaborado que se encontraba al inicio de la entrada estaba abierta, a la espera de su llegada. Cabell meneó la cabeza. Típico de los Dye. Siempre asumían que todo iba a ir como ellos querían, que los demás acudirían a su llamamiento y que tenían absolutamente todo a su disposición, incluido a un dios.

Su hogar era un reflejo de toda esa confianza, con su determinación sobria de ocupar todo el espacio que fuese posible. No creía haber visto nunca una estructura tan grande, acentuada con torres y arcos de piedra de gran envergadura, al menos no una que no fuese un castillo.

La aspereza del ambiente era una señal de que iba a nevar. Un escalofrío le recorrió la columna, aunque no por el frío, sino por el aroma vegetal del acebo que adornaba los deslumbrantes peldaños de mármol. Un par de sabuesos de piedra resguardaban el rellano y, al verlos, Cabell hizo una mueca de desagrado.

Unas velas negras temblaron en sus candeleros a cada lado de la puerta de hierro hasta apagarse del todo gracias a alguna súbita ráfaga de viento.

El frío pareció extendérsele por el estómago conforme se acercaba a la vivienda; la misma sensación de que se hacía pequeño, de que debería quedarse atrás, lo invadió de golpe y lo hizo ralentizar el paso.

—¿Se puede saber qué te ocurre, muchacho? —La voz de su señor parecía hecha de seda en el aire y consiguió calmar hasta el más profundo de sus nervios.

—Debería esperarlo aquí —se excusó. No era más que una mancha que iba a mancillar la imagen de su señor ante los ojos de los hombres que había dentro—. Puedo quedarme con las criaturas.

Su castañeo siempre lo hacía apretar la mandíbula y algo en cómo se movían, la esencia de humanidad que aún quedaba en sus cuerpos escabrosos, lo ponía de los nervios. Pese a que notaba sus ojos brillantes clavados en la espalda, observándolo desde la línea de árboles que marcaba el final de la propiedad, no se volvió. Por mucho que todos sus instintos le exigieran que lo hiciera. No era ningún cobarde, pero en ocasiones, cuando el sol ya se había puesto, creía que podía ver un eco de los rostros humanos que alguna vez habían compuesto sus facciones.

—Mmm… —murmuró el Señor de la Muerte, quien también llevaba el rostro de alguien más. El de un rey—. ¿Es que estos hombres te han tratado con desdén?

Cabell agachó la cabeza.

—No, mi señor. Ni siquiera se molestaron en hacer eso.

—En ese caso, ¿no deberíamos demostrarles lo equivocados que están? —repuso su señor—. Que te subestimen tiene sus ventajas. ¿O es que crees que cometería el error de no escoger a un digno caballero para que luche a mi lado? ¿Crees que podría escoger a un inepto como mi senescal?

Cabell alzó la barbilla conforme la tensión que notaba en el estómago iba desapareciendo. Le devolvió la mirada a su señor, aunque sin atreverse a albergar ninguna esperanza.

—¿Su senescal, mi señor?

—Voy a necesitar a alguien que se encargue de mis asuntos domésticos, tanto aquí como en Annwn —dijo el Señor de la Muerte —. Que sea mi vasallo más leal y de confianza. ¿Aceptarías un cargo así?

—Sí —aceptó Cabell, en un hilo de voz. No podía volver a olvidarlo. De todos los aprendices que su señor había entrenado, lo había escogido a él.

—Recuerda quién eres —lo instruyó su señor—. Este es el lugar que te corresponde.

Cabell había creído que comprendía cuál era su lugar antes, pero siempre había existido una parte en él, algo en su interior, que le decía que solo estaba en los límites de ese mundo y que no formaba parte de él de verdad. De pequeño, había pasado años mirando entre las rendijas del suelo del ático, observando cómo los miembros de la cofradía se marchaban en busca de reliquias y volvían con el tesoro más inestimable de todos: el orgullo.

Y todo por haberse animado a intentarlo.

Tras reclamar su lugar como parte de la cofradía, había dado igual lo mucho que se había esforzado, las maldiciones que había roto o los kilómetros que había recorrido. Para su hermana y el hombre que los había criado, Cabell no solo era distinto, sino que había algo que no iba bien en su interior. Y los demás también parecían notarlo. La

mayor parte del tiempo, apenas lo toleraban. Con suerte servía como fuente de entretenimiento, pero al final ni siquiera era mejor que la tierra que se desprendía de las botas de Endymion Dye al caminar.

Sin embargo, ya había comprendido lo que valía de verdad y no existía mayor poder que ese.

Su señor le había facilitado un abrigo muy pesado y del color negro más intenso, del tipo que absorbía toda la luz. La sedosidad de sus nuevas prendas y el cuero suave de sus botas eran cosas que nunca se había puesto, demasiado elegantes como para haber sido hechas por manos mortales. Se acomodó el abrigo por última vez y se alisó unas arrugas inexistentes.

—Ha llegado la hora de que sepas cuál es tu nombre real —dijo el Señor de la Muerte—: Bledig.

El nombre le resonó en el pecho y su alma lo reconoció. Ese era su verdadero nombre. Cabell formaba parte de una vida de la que tenía que desprenderse como un sabueso mudaba su pelaje de verano.

El Señor de la Muerte alzó la mano para hacerle una seña a los Hijos de la Noche. Varios se separaron de su manada, se dispersaron en torno a la casa para escalar las enredaderas de rosas y las paredes y acomodarse sobre las vigas del tejado, desde donde podían hacer las veces de guardias para la Mansión Estival contra cualquier enemigo.

Cuando la puerta se abrió, el rostro pálido de Endymion Dye se dejó ver en aquella angosta oscuridad. El Señor de la Muerte avanzó un paso y se retiró la capucha. Su rostro —el de un hombre que alguna vez había sido Arturo Pendragon— permaneció impasible mientras examinaba al mortal.

Cabell esbozó una sonrisita al ver lo humillante que era la expresión de veneración y orgullo en el rostro de Endymion al constatar que el propio rey de Annwn se encontraba en su puerta. No obstante, el placer que lo embargó no tuvo punto de comparación con la satisfacción que casi le ronroneó en el pecho al verlo volver la vista hacia él.

Una pizca de sorpresa inundó las facciones afiladas de Endymion al reconocerlo (a él, un don nadie en la jerarquía que era su mundo) plantado junto a un dios.

—Me has convocado a través del ritual y el humo —empezó el

Señor de la Muerte con su voz de barítono—. Y aun así no te dignas a invitarme a pasar. Dime, Endymion Dye, ¿eres igual de descortés con todos tus invitados?

Endymion le ofreció una reverencia, abrió más la puerta y retrocedió hacia las sombras de la casa con una floritura nerviosa.

Cabell casi se echó a reír. El subidón que le provocó aquel despliegue tan lamentable era embriagador e hizo que una calidez lo embargara de la cabeza a los pies. Qué gracioso era ver cómo una serpiente se convertía en un simple gusano al ver que un depredador más grande hacía acto de presencia. El Señor de la Muerte paseó la mirada en derredor antes de alzar una ceja.

—Nunca lo había visto tan… sumiso —comentó Cabell—. Permítame, mi señor.

Fue él el primero en cruzar la puerta, empujando a Endymion con un hombro para abrirse paso. En la vida, uno tenía que escoger entre ser quien cargaba hacia adelante o el que se apartaba del camino. Y él se negaba a volver a apartarse. Nunca más le iba a hacer falta.

Una vez dentro, se dispuso a examinar el vestíbulo enorme; paseó la mirada por la elegante escalera de roble que se desplegaba hacia ambos lados con una simetría perfecta. Un candelabro reluciente hacía que la luz de las velas se reflejara por el frío suelo de mármol.

Respiró hondo. Se le erizó el vello de los brazos y lo pinchó un poco, como si estuviese amenazándolo con cambiar a su otra forma. Algo en esa casa no le gustaba. Era fría, sí, aunque eso era algo que se había esperado. Una especie de… quietud, quizás. El olor a humedad y a algo más flotaba en el aire… Algo podrido.

Ladeó la cabeza en dirección a otra puerta a su izquierda, una que parecía que habían arrancado de una fortaleza ancestral. La madera tenía grabados unos patrones sinuosos y unos símbolos hechos de hierro. Qué cosa más extraña. No los reconoció, aunque sí identificó el aroma que escapaba desde detrás de aquella puerta.

Sangre. Sangre que se había derramado hacía tiempo.

Cabell se volvió de un movimiento y le hizo un ademán a su señor, notando una vez más la sensación de orgullo que lo embargaba al saber que le habían confiado la seguridad de un dios tan poderoso.

El Señor de la Muerte se adentró en Mansión Estival como si lo

hubiese hecho mil veces antes. Se detuvo al lado de Cabell y examinó sus ofrendas tan elegantes por sí mismo.

—Espero que sea de su agrado, mi señor —dijo Endymion, con otra reverencia más.

El Señor de la Muerte le dedicó una mirada indiferente.

—Bastará. De momento.

—Los demás tienen muchísimas ganas de conocerlo —siguió Endymion—. No sabe cuánto tiempo hemos esperado su regreso. Para que ocupe su lugar en este mundo.

Si algo había que reconocer en Dye era que sabía que no debía darle la espalda al Señor de la Muerte. Según había comprobado, ese era un insulto que el dios no estaba dispuesto a tolerar.

En su lugar, Endymion Dye (el gran y orgulloso Endymion Dye) caminó de espaldas, con la vista clavada en el suelo como el sirviente que era. A Cabell no le sorprendió que su destino fuese la imponente puerta de símbolos extraños. Al acercarse, volvió a examinarlos. Algunos se parecían un poco a los sellos que las hechiceras usaban para sus protecciones, pero no estaba muy seguro. De los dos, Tamsin siempre había sido…

Se le hizo un nudo en la garganta. Apoyó una mano en la espada que colgaba a su lado y aferró la empuñadura hasta que le dolieron los dedos. En el borde de su visión distinguió un destello de cabello rubio. Se volvió, para ver de dónde había salido, pero lo único que encontró fueron sombras.

La puerta enorme se abrió de par en par con el chirrido de una bestia moribunda. Cabell notó que ralentizaba el paso conforme entraba, casi en contra de su voluntad. Unas sábanas de seda estaban colgadas para bloquear el resto de la estancia y apartar lo ordinario de lo sagrado. Ante ellos, una docena de hombres, incluidos algunos que reconocía de la cofradía de Saqueadores, se encontraban situados en forma de media luna, con unas coronas de acebo en la cabeza. La mesa, que debía de haber sido un escritorio, había pasado a ser un altar. Bajo la peste del incienso, plantas y el sudor producido por los nervios, notaba el ligero aroma a libros viejos.

Bajó la vista y se percató de que había una mancha oscura a sus pies, sobre la moqueta. Los músculos del estómago se le tensaron y,

por primera vez, se preguntó qué ritual había sido lo bastante poderoso como para que el Señor de la Muerte notase que lo convocaban.

—Señor de la Muerte —empezó Endymion, ocupando su lugar entre el grupo de hombres. Todos llevaban una túnica sencilla y un broche de plata que Cabell reconocía de su antigua vida. Una mano que sostenía una rama plateada—. Le damos la bienvenida una vez más al mundo mortal y nos postramos a su servicio, para lo que sea que necesite.

—Me ofrecéis más de lo que pido —dijo el Señor de la Muerte, disfrutando del modo en que los hombres temblaban bajo su mirada. Cabell también se lo pasó en grande paseándose lentamente en círculos a su alrededor. Le sentaba muy pero que muy bien ceder ante aquella necesidad. Llevaba en la sangre el impulso del pastoreo.

—¿Mi señor? —Endymion lo animó a continuar explicándose.

—Nadie convoca a la muerte salvo que estén en busca de su poder —continuó el dios—. Así que dime lo que deseáis a cambio de estar a mi servicio. ¿Seréis como los antiguos, que lo único que querían era acabar con sus enemigos? ¿Seguiréis los pasos de los druidas y buscaréis un conocimiento y poder que los mortales tienen prohibido?

Endymion pareció recuperar algo de su compostura, aunque eso no hizo que se atreviera a mirar al Señor de la Muerte a sus ojos pálidos.

—Lo que queremos es darles caza a sus enemigas, al igual que usted. Queremos servir como sus espadas juramentadas, sus discípulos en asuntos de magia, y acabar con la tiranía de aquellas que albergan un poder que no merecen.

Pues claro, susurró una voz en la mente de Cabell. *Si eso es lo que siempre han querido.*

No sabía cómo no lo había pensado antes. Algunos cazaban reliquias en busca de la gloria. Otros, para robarles el poder a las hechiceras.

Cabell se acomodó en el borde de aquel altar patético, con los brazos cruzados y el pulso cada vez más acelerado. Su respiración era un poco entrecortada. Miró a su dios con atención. Le había jurado que nadie iba a reemplazarlo. Nunca.

Tenía en mente un papel muy distinto para todos aquellos

imbéciles.

El Señor de la Muerte se paseó frente a ellos, como un rey examinando a sus soldados. Cuando volvió hasta donde lo esperaba Endymion, se detuvo. Una sonrisilla le torció las facciones al ver que le costaba mantener la cabeza en alto. Era probable que no le quedara mucho para hacérselo encima.

—¿Queréis formar parte de mi séquito? —inquirió el Señor de la Muerte—. ¿Os gustaría uniros a la Cacería Salvaje?

—Sí —contestó Endymion, casi en un susurro—. Más que nada en el mundo, mi señor. Concédanos su poder y no le fallaremos.

El Señor de la Muerte apoyó una mano enguantada sobre el hombro de Endymion y se inclinó en su dirección, como si fuese a darle un abrazo.

—Acepto.

Endymion soltó un suspiro entrecortado y cerró los ojos detrás de sus gafas de marco delgado.

—Pero, hijo mío —continuó el Señor de la Muerte, con una voz baja y llena de ternura, como la de un padre. Las sombras de la sala se reunieron en torno a la mano que tenía a un lado y la envolvieron en unas cintas que se retorcían y nadie más podía ver—. ¿Acaso no sabes que mi séquito no está compuesto de seres con vida?

Endymion abrió los ojos como platos y se quedó sin respiración en lo que el Señor de la Muerte le atravesaba el pecho con el puño. Atravesó la piel, los músculos y los huesos hasta llegar a su alma… y arrancársela de cuajo.

Cabell cerró los ojos y respiró hondo, dejando ir la debilidad que lo había mantenido prisionero tanto tiempo y dándoles la bienvenida a la oscuridad, el terror y los gritos.

4

El invierno se había asentado sobre aquel pueblecito al lado del mar como una maldición en uno de esos cuentos de hadas antiguos y había atrapado a todos aquellos que habían quedado a su alcance bajo un cielo oscuro y tenebroso.

Se trataba de aquel frío intenso que inevitablemente ralentizaba el pulso de la vida y dejaba tras de sí una quietud espesa que no se quebraba hasta llegado el amanecer. Salpicadas por aquí y por allá, unas ventanas congeladas brillaban y escondían vida en su interior, pero nadie se atrevía a aventurarse al exterior.

Nadie que no fuéramos nosotros.

Una ráfaga que me enfrió hasta el alma sopló desde la costa y azotó los desgastados edificios de piedra hasta que los jardines se cubrieron de nieve y unos témpanos que parecían espinas se desprendieron de los tejados de paja para hacerse añicos en el suelo. El viento se volvió un compañero desagradable que nos seguía por las calles adoquinadas y angostas y gemía como un espectro decidido a interponerse en nuestra búsqueda.

Suponía que el nombre era algo apropiado; provenía del galés, con su combinación misteriosa de consonantes, y gracias a la Visión Única sabíamos que se traducía como Cabo Fantasma.

Aunque no figuraba en ningún mapa, lo reconocía de una entrada particularmente desagradable del diario de Nash, en la que contaba cómo había bebido tantísimo que había terminado perdiendo las botas, se le habían congelado los pulgares de los pies y le había robado a alguien el asado del domingo justo bajo sus narices. Había estado tan ensimismado zampándose un muslo de pavo que casi había acabado la noche cayéndose por uno de los barrancos que había cerca.

A Cabell le habría encantado ver aquel lugar por fin. Tendría que

traerlo una vez que todo hubiera acabado, y a poder ser en verano. Porque, en aquel preciso instante, tras haber deambulado por las calles oscuras del pueblecito durante más de una hora en busca de un lugar que estaba claro que no existía, lo que me preocupaba era que yo misma terminara perdiendo los dedos por culpa del frío.

Fulminé con la mirada a Emrys conforme este daba una vuelta por la calle angosta, confundido.

—Admite que nos has mentido y ya —resoplé, demasiado orgullosa como para dejar que notara que los dientes me castañeaban—. No tienes ni puñetera idea de dónde está la Cortahuesos y nunca lo has sabido. ¿Te parece que tenemos tiempo para tus jueguecitos?

Lo había mandado a buscar todas las prendas de abrigo y herramientas que pudiese encontrar entre los objetos perdidos de la biblioteca (dígase, la caja de regalitos que dejaban los Saqueadores al palmarla), pero no había encontrado mucho que escoger. Ávalon había destruido el único abrigo de invierno que tenía y la chaqueta verde con bolsillos que llevaba puesta no daba la talla para un invierno galés. Para más inri, aún guardaba la peste a los bocadillos de atún que Amos Martinus se había comido religiosamente hasta el último de sus días.

Al menos Olwen había podido ponerme algo de ungüento en mis costillas adoloridas y en las heridas más feas. Si me movía con delicadeza, ya no sentía que un cuchillo hirviendo me atravesaba el pecho, aunque sospechaba que eso podía ser porque el cuerpo entero se me había entumecido por el frío.

Emrys dejó de dar vueltas en círculo, con las manos apoyadas en las caderas. Él, cómo no, sí que estaba bien abrigado con una bufanda y su ridícula chaqueta de *tweed*.

—No os he mentido —repuso, frunciendo el ceño y lanzándome una mirada fastidiada—. Os he dicho que sabía dónde encontrarla, no que había venido antes.

—¿Y de dónde sacaste esa información?

—Quizás algún día juntes el dinero suficiente para averiguarlo —contestó, metiéndose las manos en los bolsillos y clavando la vista en el suelo.

Porras, cómo lo odiaba.

El aliento se me escapó en una nubecilla pálida conforme esa mezcla de vergüenza e indignación tan potente y que conocía bien se me alzaba cual bilis por la garganta. Si pensaba usar lo que había compartido con él en mi contra, yo encantada de devolverle cada golpe.

—Lástima que ni con todo el dinero de papi puedas comprarte un cerebro —canturreé, apretando los puños—. Así, para la próxima, se te ocurriría pedir indicaciones como Dios manda y no dejar que te engañen por imbécil.

Aunque vi que el comentario le había dolido, no saqué nada de la satisfacción que tanto ansiaba, sino solo más de esa furia que me consumía, ese asco. Emrys me dio la espalda y avanzó hasta donde se habían detenido las demás para descansar contra la pared de una tienda de golosinas.

—¿Alguna vez has v-visto a la C-Cortahuesos? —preguntó Neve, dando saltitos sobre las puntas de los pies mientras se frotaba los brazos para entrar en calor.

—No —respondió él, con voz ronca—. Nadie la ha visto nunca.

Caitriona se apartó de la fría pared de piedra, quitándose el abrigo negro y de lana que llevaba. Sin decir nada, se lo colocó a Neve sobre los hombros y luego volvió a su lugar para seguir vigilando la calle vacía.

—Pero te vas a congelar… —se quejó Neve, intentando quitárselo.

—Estoy acostumbrada al frío —dijo Caitriona, haciendo un ademán para restarle importancia. Al recordar la penumbra opresiva que había en Ávalon, no lo dudaba, pero la idea seguía sin hacerme ninguna gracia.

Era raro ver a Caitriona vestida como cualquier otro mortal: los vaqueros que le iban un poquitín cortos y la camisa de franela no se correspondían con quien era en realidad. Era como ver a un rey haciéndose pasar por un plebeyo. Se había recogido su cabello plateado, tan poco común, bajo un gorro de lana, para evitar llamar la atención. El abrigo negro había resaltado la palidez enfermiza de su piel y hecho juego con las ojeras oscuras que se asomaban bajo sus ojos severos.

Volvió la vista hacia las decoraciones navideñas y coloridas que

adornaban las tiendas y pisos que había cerca e hizo una mueca de desagrado al ver las velas a pilas que parpadeaban en las ventanas que teníamos por encima.

La noche había llegado pronto, como solía suceder cuando la Rueda del año daba paso al invierno. Parecía que todo llevaba horas cerrado. En aquellos rinconcitos alejados del mundo, la gente de pueblo se ceñía a las costumbres que practicaba desde hacía siglos y había aprendido (con justa razón) a desconfiar de los forasteros.

La nieve salpicada con sal crujió bajo mis pasos al avanzar y hacer un ademán hacia uno de los edificios que tenía las luces encendidas.

—Ese de ahí es alguna especie de hotel, quizás alguien pueda decirnos dónde encontrar El Reposo del Difunto. O contarnos qué le ha pasado.

—Es aquí —insistió Emrys, más para sí mismo que para el resto de nosotras, en lo que continuaba avanzando por la calle—. Tiene que estar por aquí, en algún lado.

—Ahora me parece poca cosa solo maldecirlo con babosas —murmuró Neve, siguiéndolo y arrebujándose en el abrigo enorme de Caitriona como si de una manta se tratase.

Caitriona la siguió dos pasos por detrás, aún paseando la mirada por la calle en busca de algún peligro que no hubiéramos visto. Al darme cuenta de que nos faltaba alguien, me volví sobre los talones.

—¿Olwen? —la llamé.

Se encontraba al otro lado de un buzón rojo chillón, saludando a un muñeco de nieve inflable. Con toda la solemnidad que ameritaba una presentación formal, sujetó una de las ramitas que hacía las veces de brazo para darle un apretón.

Cuando el adorno se encendió con un chisporroteo de luces que parpadeaban y se puso a cantar a gritos un villancico cutre, Olwen retrocedió de un salto.

—Es magnífico… —la oí susurrar maravillada, en lo que se agachaba para volver a darle un toquecito con el dedo.

Solté un suspiro y fui a por ella.

—Tamsin, pero ¿qué es ese artilugio? —preguntó—. ¿Cuál es su propósito? ¿Es un talismán para ahuyentar a los espíritus malignos o a las hadas traviesas?

Consideré la motivación que podía haber detrás de un muñeco de nieve cantarín.

—Me parece que está hecho para… dar alegría.

—¡Cait, mira esto! —Olwen la llamó por encima de hombro, señalando al muñeco escandaloso—. ¿No te parece de lo más festivo? El aire lo atraviesa, pero no respira…

Aunque los demás también habían vuelto sobre sus pasos, al ver las decoraciones y la pequeña sonrisa que adornaba el rostro de Olwen, una máscara de hielo cubrió las facciones de Caitriona.

—Basta ya. No tenemos tiempo para estas ridiculeces —espetó, con un tono incluso más frío.

Olwen, muy para mi sorpresa, no había tardado nada en despojarse de su conmoción al haber llegado a un nuevo mundo y se había dispuesto a investigarlo todo, tan fascinada como ligeramente asustada. De momento, la fascinación iba ganando la batalla. Presionaba todos los botones que se encontraba sin importar lo que hicieran, toqueteaba los neumáticos de los coches y las máquinas que le resultaban curiosas y se detenía para inspeccionar cada planta nueva y peculiar. Las decoraciones de Navidad, con sus luces coloridas, los árboles llenos de adornos brillantes y las coronas decoradas con cintas, solo habían conseguido alimentar su asombro.

—Tienes toda la razón del mundo, Cait —dijo, al tiempo que recogía la cesta que había dejado en el suelo. Griflet soltó un *miau* diminuto desde dentro.

Caitriona hizo un ademán con la barbilla hacia el hotel.

—Al farsante le han dado indicaciones sobre cómo encontrar lo que estamos buscando.

Y, con eso, avanzó por delante, con sus largas zancadas devorando la distancia muchísimo más deprisa que las piernas de Olwen o las mías, bastante más cortas. De reojo, capté la expresión desanimada que se había apoderado de Olwen.

—Sí que era muy festivo —le dije.

Olwen dejó escapar una suave risa.

—Ya sé que soy muy tonta, pero es que me gustaría entender este mundo. De tanto en tanto veo algo que me recuerda a mi hogar… Como las guirnaldas, por ejemplo. Se parecen muchísimo a las que

hacíamos para las celebraciones de Yule. Los dedos se me pringaban por la savia y podía oler su dulzor y el de las agujas de los pinos durante días, incluso tras lavarme.

Mi aliento tiñó el aire de blanco y el frío hizo que los ojos me escocieran. Me habría gustado que Neve estuviera caminando a nuestra altura, porque ella habría sabido qué decir.

—Y entonces recuerdo que ya no queda nada de eso. Que el único hogar que tengo es este y no estoy segura de si encajo aquí —continuó—. No sé si llegaré a hacerlo algún día.

Sentí un pinchazo en el pecho al ver lo pragmática que estaba siendo.

—Aquí también celebramos Yule, en cierto modo. Cuando acabemos con todo esto, puedes enseñarme a hacer esas guirnaldas tuyas. Seguro que las mías parecen hechas por una niña, pero lo intentaré de todos modos.

Olwen sonrió y alzó la vista al ver que Neve se nos acercaba.

—Hemos estado buscando por donde no era —anunció, exasperada—. La taberna está justo a las afueras del pueblo.

En lugar de volver sobre nuestros pasos por la calle serpenteante, lo que hicimos fue seguir la calle principal en lo que se curvaba alrededor de unos edificios y continuaba más allá del pueblo, hacia unos barrancos. Cuando dejamos atrás la última casa, la carretera pavimentada dio paso a un camino de tierra muy desgastado, con marcas de haber sido recorrido durante cientos de años. La luz plateada de la luna guiaba nuestro camino y hacía que la silueta solitaria de Emrys a la cabecera del grupo pareciera casi fantasmagórica, como el protagonista de un sueño olvidado.

No tardamos en distinguir la taberna, con su tejado de paja moteado por la nieve. El viento había erosionado su fachada de piedra blanca y toda la estructura parecía inclinarse ligeramente hacia la derecha. Por debajo, el mar del invierno rugía al romper contra la costa escarpada.

Avanzamos más deprisa por el camino. Había unas cuantas cabañas salpicadas por aquí y por allá, entre las extensiones de hierba seca y lo que quedaba de la última nevada. Un letrero de madera colgaba del borde más bajo del tejado, con la imagen de un esqueleto

sentado a la mesa, con la barbilla apoyada sobre una mano y una jarra de cerveza frente a él. EL REPOSO DEL DIFUNTO, rezaba el cartel.

—¿Lo veis? —dijo Emrys, señalándolo—. Os dije que estaba aquí.

—Y pensar que solo te ha llevado tres horas dar con él —comenté—. No esperarás una carta de felicitación por esto, ¿a que no?

—No, pero no me quejo si haces un brindis en mi honor, Lark —repuso, arrogante—. Descuida, ya invito yo a la primera ronda.

Tenía que estar haciéndolo a propósito. Tiraba y tiraba de aquel hililllo… ¿Y para qué? ¿Para tener con qué entretenerse mientras que yo me deshacía por dentro?

Por el rabillo del ojo vi a Olwen y a Neve intercambiar una mirada cautelosa, pero no pensaba darle la satisfacción de ceder a sus provocaciones.

Me volví hacia la puerta de la taberna, aliviada de ver que las luces seguían encendidas. Y lo que era aún mejor, el sonido de unas voces y carcajadas nos dio el encuentro en la entrada. Me estaba estirando hacia la vieja y pintoresca manija cuando la puerta se abrió de par en par antes de que la tocara. Con el suave tintineo de unas campanillas, un monstruo salió a mi encuentro.

El pulso se me disparó y noté un pinchazo en las costillas en lo que alguien tiraba de mí con fuerza hacia atrás. Contuve un grito tanto por el dolor como por la sorpresa.

Una figura pálida y fantasmagórica se materializó frente a mis narices, junto a una corriente de murmullos y calidez. De tan alto que era, parecía flotar por encima del suelo y la tela blanca que lo cubría entero se agitaba como una corriente de nieve que no dejaba de girar en su sitio.

Ni un ápice de piel cubría su largo morro y lo único que se distinguía de él era el hueso pálido y de color marfil. Su dentadura prominente le daba un aire burlón y llevaba unos adornos de cristal rojo en las cuencas vacías de los ojos. Tres chavales le pisaban los talones, como unos fieles seguidores, y todos salieron hacia la oscuridad de la noche.

Me volví hacia atrás justo para ver a Emrys soltarme y volver a bajar el brazo hasta uno de sus lados.

—¡Mierda! —exclamó uno de los borrachos—. ¡Perdonad, no os

habíamos visto!

Mi cerebro le dio el alcance a mi miedo y ambos se relajaron al respirar con dificultad mientras alzaba una mano para restarle importancia. No ocurrió lo mismo con Caitriona, claro, quien se llevó una mano al interior de la manga para sacar el cuchillo de cocina que se había escondido junto al antebrazo. Se volvió, lista para seguir a los desconocidos de vuelta al pueblo.

—… que hace demasiado frío, hermano. Ninguna cerveza vale tanto la pena como para perder algo por culpa de la hipotermia… —iba diciendo uno de los chavales, bajándose más el gorro de lana para cubrirse las orejas rojas.

—¡No, no! —Le agarré la mano a Caitriona antes de que pudiera desenvainar el cuchillo y la hice volver hacia la puerta de la taberna—. No hace falta apuñalar a nadie de momento.

Esta me dedicó una mirada incrédula y sus ojos oscuros se volvieron más severos al evaluar a la amenaza que ya se iba alejando.

—¿Qué clase de aberración infernal ha salido a la luz esta noche?

—No tengo ni la menor idea —dijo Neve, con la mirada llena de chiribitas. La sujeté del cuello del abrigo prestado de Caitriona antes de que pudiera seguir a los fiesteros—. Pero me encanta.

—¿Eso era el cráneo de un caballo? —preguntó Olwen, ladeando la cabeza.

—Es lo que se conoce como Mari Lwyd —explicó Emrys—. Solo que se han adelantado como tres semanas.

Hacía muchísimo tiempo había presenciado la tradición, con unos tiernos e impresionables seis años, para ser más precisa. Nash nos llevó a un pueblo galés parecido al que estábamos visitando y un grupito encabezado por su Mari Lwyd se había adentrado en el bar en el que habíamos estado comiendo. Se habían asegurado de atormentar a la pobre niña de cabello rubio que había estado atrapada en el reservado del rincón, haciendo que la monstruosidad esa relinchara de forma horrible hasta que casi hicieron que me escabullera bajo la mesa para escapar.

De verdad era una noche de reyes que habría dado cualquier cosa por olvidar.

Abrí la puerta de la taberna de un empujón y el aroma a cerveza,

humo y cuero me inundó por completo. La piel empezó a escocerme cuando fui notando el calor que emanaba la chimenea encendida. A simple vista, ninguno de los presentes encajaba con la imagen mental que tenía de alguien que soliera comprar huesos y venenos.

—Vale, entonces llevan al caballo ese de casa en casa y hay una especie de duelo de rap entre los *wassailers* y los dueños de casa —dijo Neve cuando Emrys terminó de explicar brevemente en qué consistía la tradición de Mari Lwyd—. Y cuando al final terminas perdiendo porque no se te ocurre ningún otro verso para justificar que no pueden entrar, el grupito ese se mete en tu casa y aterroriza a tus hijos persiguiéndolos con una calavera pegada a un palo. Y para hacer que se vayan, ¿tienes que darles de comer y de beber gratis así porque sí?

—Se supone que te ayudan a ahuyentar a los malos espíritus de tu casa y traen buena suerte, pero sí —dijo él, en lo que nos conducía a uno de los reservados más alejados de la puerta. Por suerte, al ser tan tarde solo quedaban unos pocos clientes en la taberna, pero eso no impidió que todos alzaran la mirada de su bebida al vernos entrar.

Había empezado a comprender que, al igual que los Sagaces y las hechiceras, Caitriona y Olwen poseían una especie de aire sobrenatural que sí o sí terminaba llamando la atención de los demás. Daba igual la cantidad de ropa mortal que se pusieran porque el efecto no disminuía. Siendo que nuestro objetivo era pasar desapercibidos, la sencillez de ser una simple mortal me pareció de pronto todo un logro de mi parte.

Como un bicho camuflándose sobre la corteza, pensé. *O una rana en medio del barro.*

Paseé la mirada en derredor, para evaluarlo todo. Las paredes desiguales estaban cubiertas de una capa de yeso blanco y grueso, aunque este se había despegado en ciertos lugares y revelaba una piedra áspera por debajo. Los travesaños y soportes bajos hacían que el lugar pareciera muchísimo más pequeño y oscuro de lo que era en realidad. Unos cascos de armadura, viejos y oxidados, delineaban las paredes a cada lado de la enorme chimenea de piedra que dominaba la estancia, como si alguien se hubiese ido a darle caza a los Caballeros de la Mesa Redonda. Siendo sincera, el estilo me gustaba.

En resumen, era un lugar más bien sencillo que no se correspondía

en absoluto con la magnificencia de la barra.

La habían tallado para que pareciera un dragón durmiendo, con el cuerpo encorvado en torno al botín de copas y botellas de alcohol que relucían en la pared que tenía detrás, como si fuese el tesoro de un miembro de la realeza. El camarero era alto y delgado como un palo, y de cabello oscuro y fino. No alzó la vista hacia nosotros y siguió a lo suyo, puliendo los grifos plateados.

Noté que el vello de la nuca se me erizaba con el peso de la mirada de alguien que no podía ver, pero al volverme vi que Emrys ya estaba apartando la mirada y no las tenía todas conmigo de que hubiera sido él.

El cuadro de una mujer misteriosa estaba colgado sobre la repisa de la chimenea, aunque quedaba más bien oculto por las decoraciones navideñas más horteras que he tenido la desgracia de ver.

Unos espumillones adornaban la taberna de un extremo a otro. Un árbol artificial estaba decorado con unos pompones peludos y unas haditas de plástico a las que les habían pintado unas expresiones asesinas que resultaban bastante alarmantes.

Caitriona soltó un suspiro impaciente al deslizarse hasta el centro del banco y le dedicó una mirada fulminante a la única decoración que adornaba nuestra mesa: una vela a pilas parpadeante y rodeada por una corona de acebo artificial.

—¿Y dónde está la… cortadora esa? —exigió con voz ronca—. Hemos perdido horas que bien podríamos haber dedicado a darle caza a nuestro enemigo.

Llamó la atención de uno de los chavales sentados en un reservado no muy lejos, y este se puso de pie y se nos acercó con una sonrisa embelesada antes de que me diera tiempo a advertirlo y ahorrarle el disgusto.

—Dichosos los… —empezó.

Fuera lo que fuese que Caitriona le contestó en el idioma de Ávalon, la Visión Única me lo tradujo como: «Vete a besar hierro y vuelve a las entrañas de la criatura retorcida de la que saliste».

Su acento, melodioso pero imposible de reconocer para un oído mortal, le añadió otro toque de mordacidad a sus palabras. Ahogué una risa.

El chaval parpadeó, confundido, y volvió por donde había venido hasta llegar a la mesa en la que todos sus amigos se desternillaban de risa.

—¿Vete a besar hierro? —me las arreglé para preguntar.

Caitriona bajó la mirada y recorrió las vetas de la madera con un dedo.

—El hierro es venenoso para los feéricos.

—Es algo que solía decir Betrys —añadió Olwen en voz baja, quitándome la cesta para sentarse al lado de su hermana. Neve se deslizó en el lado opuesto a Caitriona y le dedicó una mirada inquieta. Yo me senté junto a Olwen, en el extremo del asiento.

—No temas, bella dama —le dijo Neve a Caitriona, al tiempo que le devolvía su abrigo con una sonrisa agradecida—. Yo te protegeré de cualquier rufián que ose acercarse.

Caitriona asintió al recibir el abrigo y se abrazó a la gruesa tela que situó sobre su regazo. Incluso bajo aquella luz tan tenue, pude ver que se le ponían rojas las puntas de las orejas.

—Eso no será necesario.

Griflet asomó su cabecita peluda desde debajo de las mantas cuando Olwen empezó a buscar en el viejo morral que le había dejado para que llevara sus cosas. Tras sacar la bolsa de cecina que había guardado dentro, se puso a toquetear el cierre de zip hasta que este terminó abriéndose con un suave chasquido. Con los ojos abiertos como platos, la abrió y la cerró varias veces más, maravillada.

—Espera a que descubras el velcro —le dijo Neve.

Emrys se quedó al lado del reservado, pero ni Neve ni yo nos dignamos a movernos para dejarlo sentarse. Al notar que no era bien recibido (cosa que era cierta), se acomodó en una mesa que había cerca.

—¿Deberías darle de comer eso a un gatito? —preguntó.

Griflet le dedicó una mirada como si le dijera: *¿Se puede saber quién te ha pedido tu opinión?*

Había intentado dejar al gatito junto a los demás que había en la biblioteca antes de marcharnos. Aunque sabía que tenían muy mal carácter y tendían a ser bastante melodramáticos, me sorprendió lo agresivos que se pusieron al verlo. No tenía claro cómo me las había

arreglado para que tanto Griflet como yo escapáramos de ahí sin que nos sacaran los ojos.

—Algo tiene que comer y esto es lo único que tenemos de momento —contestó Olwen, acomodándose los rizos rebeldes que se le escapaban de la trenza. Gracias a su ascendencia de náyade, era la menos humana de las cuatro, y aquello se notaba más en el tono azulado de su cabello y el círculo luminoso de color cerúleo que rodeaba sus iris oscuros.

A ella le había dado la chaqueta acolchada de color amarillo chillón que habíamos encontrado en los objetos perdidos de la cofradía, con la esperanza de que la vieja estrategia que Nash usaba para sus fechorías nos siguiera sirviendo: la mejor forma de disimular cualquier cosa inusual era disfrazarlo con algo aún más llamativo.

A Neve le había hecho muchísima ilusión ver la selección de ropa de segunda mano que tenía en casa y no había tenido ningún problema con desprenderse de la ropa que se nos había estropeado en la bóveda. Se quedó jugueteando con las cuentas que adornaban su jersey de florecillas mientras observaba cómo los clientes iban pagando por sus bebidas antes de marcharse. Tenía que reconocer que le quedaba muchísimo mejor a ella que a mí, pues el azul bebé iba muy bien con su piel morena.

—Vale —empezó Neve con voz baja en lo que examinaba a los pocos clientes que quedaban en la taberna—. ¿Alguien ve a alguna candidata que pueda ser la tal Cortahuesos?

Solo que bien podríamos quedarnos sentados allí toda la noche si decidíamos confiar en lo que nos decía el instinto.

—Iré a hacer un par de preguntitas discretas por ahí —les dije, antes de añadir en voz baja—: Que a nadie se le ocurra apuñalar, robar o tocar nada, a ser posible.

Tras ponerme de pie, avancé despacio entre las demás mesas. Una silla rechinó a mis espaldas y supe sin necesidad de mirar que Emrys me había seguido. El olor a pino y el dulzor de unas plantas me acompañaron mientras avanzaba en el espacio reducido que había entre las mesas de la taberna. Hasta una mosca me habría tocado menos las narices, la verdad.

—Vuelve a la mesa, Niño Bien —le ordené.

—Pues va a ser que no —contestó él, como si tal cosa—. Tienes razón con lo de la discreción y tú eres tan discreta como un elefante en una cacharrería cuando te frustras.

Ni se te ocurra, me dije a mí misma. *Ni se te ocurra mirarlo.*

—Pues vaya —murmuré por lo bajo—. Esto no parece un taller en absoluto.

—¿Te crees que sería tan obvia? —contestó él.

Y la verdad era que no. Al igual que Emrys, la Cortahuesos siempre obraba desde las sombras para salirse con la suya.

—Oye, que sepas que ya puedes marcharte ahora que ya has cumplido con tu necesidad nada egoísta de redimirte —le informé con frialdad.

—Nah —dijo él, deteniéndose justo a mis espaldas. Se inclinó hacia adelante, por encima de mi hombro, y se valió de los centímetros que me sacaba para acercárseme hasta la oreja. La nuca se me erizó al notar la calidez de sus labios tan cerca—. Creo que prefiero quedarme. La noche es joven.

No pensaba apartarme. Ni tampoco estremecerme. Por mucho que me enfadaran sus pullitas, la confusión que me provocaba su cercanía era muchísimo peor. Mi cerebro reconocía que se estaba burlando de mí y a mi cuerpo le daba igual.

Apreté los dientes y me dispuse a concentrarme en los últimos clientes que quedaban en la barra. No pensaba descartar a los hombres, sin importar lo que dijera Emrys, aunque ninguno me encajaba con lo que sabía de la Cortahuesos. Finalmente, en el extremo más alejado, donde la cabeza tallada del dragón descansaba sobre sus patas, detuve la mirada sobre algo que no me había visto venir.

Una niña pequeña, de no más de diez o quizás once años, estaba sentada a la barra junto a su abuelo. Una sensación aciaga se me asentó en el pecho conforme la observaba.

Sus rizos eran tan negros como las plumas de un cuervo y se le balanceaban sobre los hombros mientras escribía algo en una libreta. ¿Serían sus deberes? Sus piernas envueltas en mallas se balanceaban con libertad sobre el reposapiés. Llevaba un vestido rojo de terciopelo arrugado, del tipo que se podría poner para una actuación escolar

elegante. Y estaba impoluto, incluso con la cesta de patatas fritas que tenía enfrente.

¿Cuántas veces me había sentado yo a una barra junto a Nash, esperándolo en lo que él intentaba encontrar las respuestas a su crisis existencial en el fondo de su copa o hacía tiempo hasta reunirse con algún posible compañero para un encargo?

—¡Ya vamos a cerrar! —anunció el camarero. Pegué un bote, sobresaltada por lo mucho que su voz parecía un graznido.

Volví a apartarme para apoyarme contra la barra. El camarero me miró por encima de una nariz larga con sus ojos grises, a la espera. Hizo tamborilear unas uñas afiladísimas y terminadas en punta contra el mostrador en una tonadita impaciente.

—¿Hay algún…? —empecé, estrujándome el cerebro para pensar cómo preguntar algo así—. Eh… ¿Algún coleccionista o mercader o…? —*Un asaltatumbas. Un ladrón de huesos. Un procurador de cotilleos.* Al final, me decanté por preguntar—: ¿Eres tú el dueño de este establecimiento?

—No. —El tipo volvió a lo suyo, sin hacerle caso a mi expresión enfurruñada.

El hombre de cabello blanco y la cara llena de marcas de viruela fue el último cliente en marcharse, tras bajarse de su taburete y dedicarle apenas un gruñido de despedida al camarero. Tras de sí dejó una botella vacía y unos cuantos billetes arrugados.

Y a su nieta.

Lo observé boquiabierta en lo que sacaba el abrigo del perchero y avanzaba hacia la puerta, para luego dejar que esta se cerrara de un portazo a sus espaldas.

—¿Qué carajos? —exclamó Emrys en un susurro, haciendo el ademán de seguirlo—. ¡Oiga…!

—¿Te da miedo usar mi nombre? —dijo una vocecita arisca a mi lado.

Emrys y yo nos volvimos muy despacio.

La niñita se echó la melena hacia atrás, por encima de los hombros, y cerró la gruesa libreta de cuero que tenía. Su libro de contabilidad. En la mano no llevaba un boli, sino una pluma fabricada a base de unas falanges articuladas.

—Menos mal que yo no tengo ningún inconveniente con usar el tuyo —siguió, apoyando la barbilla sobre el puño—: Tamsin Lark.

5

¿Tú?!

La niña casi parecía una muñeca con aquellas facciones extremadamente delicadas, salvo por los ojos verdes que tenía. Esos no tenían nada de inocentes; se trataba de un par de esquirlas de cristal capaces de abrir a alguien en canal solo para echarle un vistazo a lo que había bajo la piel. Era la mirada de alguien que había visto la historia desarrollarse durante siglos, de un alma demasiado vieja como para llevar esa cara.

—Tengo un ungüento que puede ayudarte con ese problemilla que tienes en la mandíbula —dijo la niña—. Vale tres monedas de oro o un favor.

Su tono era formal y con un acento imposible de reconocer que hacía que cada una de sus palabras pareciera un verso de algún poema ancestral.

Me apresuré a cerrar la boca.

—Es que… ¿Cómo?

La Cortahuesos posó la mirada en Emrys.

—Supongo que tengo que darte las gracias a ti por esta sorpresita nada bienvenida. Ya me habían contado por ahí que tu padre estaba intentando despertar viejos fantasmas y ofreciendo dinero por doquier para ver si encontraba a alguno de sus exclientes.

—Eso ha hecho, sí —confirmó Emrys. Era obvio que le estaba costando disimular su propia sorpresa.

—Siempre es lo mismo con vosotros los Dye —refunfuñó la Cortahuesos, haciendo rodar su pluma sobre la barra—. No hay encargo para el que no estéis dispuestos a pagar para que alguien más lo haga por vosotros.

—¡Ay, madre! —oí a Neve canturrear al acercarse a nosotros desde

atrás. Me volví con una mueca de espanto, pero ya era demasiado tarde para detenerla—. ¡Pero si eres una monada! ¡Me encanta tu vestido!

La niña entrecerró los ojos y su mirada se volvió de acero. El ambiente que nos rodeaba se volvió más sombrío, como si la propia luz se hubiese encogido por el miedo. La temperatura bajó de golpe.

Las copas que había en los estantes tintinearon y amenazaron con deslizarse por el borde y hacerse añicos. El camarero se limitó a apoyar una mano sobre ellas mientras que con la otra seguía limpiando la barra con un trapo.

Sin aviso, la presión cesó y el brillo de la chimenea volvió a iluminar la taberna.

—Es que de verdad me gusta su vestido —murmuró Neve desde algún lugar a mis espaldas, antes de que Olwen la mandara a callar.

La Cortahuesos echó un vistazo por encima de mi hombro.

—No hace falta que saques ningún cuchillo, Caitriona de Ávalon. Estoy segura de que no te haría ninguna gracia conocer mi propia colección.

Caitriona bajó el arma, aunque solo hasta dejarla a su lado.

—Sabes quién soy —dijo.

—Os conozco a todos —afirmó la Cortahuesos—. Las cuatro que destruyeron las ataduras de magia ancestral para volver a unir nuestros mundos, a costa de muchísimas vidas. Las Aniquiladoras. Y el trágico heredero de los Dye, cómo no.

Creí que Emrys podría ofrecer alguna de sus ocurrencias desatinadas, pero se limitó a posar la mirada en su propia mano, que se había aferrado al respaldo de la silla que tenía al lado. Algo en su expresión, el modo en que no parecía tener los ojos del todo enfocados, hizo que un murmullo de inquietud se extendiera entre mis pensamientos.

—No lo entiendes —empezó Olwen.

—Ah, pero sí que lo hago —la interrumpió la Cortahuesos—. Entiendo muchísimo más de lo que os gustaría creer a vosotras. Conozco la naturaleza impredecible de la magia, a los monstruos que han aparecido en esta misma isla. Me llegan susurros desde distintos lugares, tanto de los vivos como de los muertos.

La Cortahuesos se bajó de su taburete. Aunque yo misma no era precisamente muy alta, me sorprendió ver lo diminuta que era.

—Fue por eso por lo que Nashbury Lark me pidió consejo sobre su niña maldita hace tantos años. Y también, por la curiosidad que me habéis despertado, por lo que os he permitido quedaros. Sospecho que estáis a punto de mostrarme algo muy interesante.

Niña maldita. Con todo lo que había pasado, me las había arreglado para apartar las palabras de Nash hasta el fondo de mi mente. Su advertencia. Era imposible que la Cortahuesos supiera que eso era algo que me acababa de contar, pero… esa forma que tenía de alzar la ceja como si no hubiera detalle que se le escapara me ponía de los nervios, por no decir algo peor.

—Necesitamos tu ayuda —le dije—. Aunque es posible que esto te quede grande incluso a ti.

La Cortahuesos esbozó una sonrisilla. Alzó la mano izquierda, chasqueó los dedos y todas las luces (tanto las naturales como las artificiales) se extinguieron a nuestro alrededor. Los pestillos de las puertas y ventanas se cerraron con un chasquido que retumbó en el silencio.

—Ya se ha hecho de noche, Bran —le dijo al camarero—. Puedes irte.

El hombre asintió y se agachó para sacar algo que había debajo de la caja registradora: una tabla de piedra con un sello para mantener alejados a los clientes indeseados. Neve se inclinó sobre mi hombro para verla más de acerca y me miró de reojo al ver que el camarero la colgaba en el pomo de la puerta.

—Hay muchísimas más protecciones que no podéis ver —nos informó la Cortahuesos, en lo que iba a por su libro de contabilidad enorme y se lo apretaba contra el pecho—. Nada ni nadie podrá entrar en esta taberna si no se lo permito. De lo único que tendréis que preocuparos es de vuestra propia tendencia a la estupidez y a agarrar lo que no es vuestro.

El que me estuviera mirando a mí al decir eso último hizo que me molestara.

—Pero si no soy Nash.

—Vas a responder por sus pecados de todos modos.

Le dedicó un ademán al camarero, sin prestarle mucha atención, y el ambiente a nuestro alrededor se calentó y se fragmentó con un torrente de luces que daban vueltas. Aunque la transformación no pudo haber tardado más de un milisegundo, cada detalle se quedó guardado en mi memoria con total claridad: cómo se le encogieron los huesos al tipo, cómo se retorció y se enredó en torno a sí mismo hasta que no quedó ni rastro de un ser humano y un cuervo enorme emprendió el vuelo desde los últimos chispazos de magia que quedaban flotando en el aire.

El ave cruzó la nube de humo que había sobre el fuego y luego subió por la chimenea. Estiré una mano para atrapar una de sus plumas largas y negras.

Un puca. Un cambiaformas. Una de las últimas razas de los feéricos que quedaba en nuestro mundo mortal. Solían aliarse con hechiceras y se volvían sus acompañantes, con lo que les ofrecían sus servicios a cambio de protección.

Y eso quería decir que…

A lo largo de los años habían corrido incontables rumores sobre la identidad de la Cortahuesos. Muchos asumían que se trataba de una hechicera o de uno de los Sagaces, pues se necesitaba una determinada habilidad con la magia y unos amplios conocimientos sobre temas recónditos para ejercer dicha profesión, al fin y al cabo. Siempre había creído que, si se tratase de una hechicera, el Consejo de la Sororidad le habría parado los pies a una de las suyas para evitar que se aprovechase de los huesos de sus propias difuntas para lucrar con ellos.

Pero parecía que no era el caso.

Neve soltó un sonidito atormentado y casi parecía temblar por el esfuerzo de tener que contener todas sus preguntas.

—Si sois tan amables de acompañarme a mi taller… —dijo la Cortahuesos. Pasó una de sus manos pálidas por las púas de la columna del dragón de madera mientras rodeaba la barra. Fijo que había alguna especie de banco detrás del mostrador, porque de pronto fue capaz de apoyar una de las manos sobre uno de los ojos de cristal de la criatura. Avancé un paso, entorné la mirada y… allí estaba, escondido entre las líneas pintadas del iris. Un sello pequeñito.

A sus espaldas, los tablones desgastados del suelo se separaron hasta apilarse unos sobre otros a cada lado de una escalera que conducía hacia abajo.

—El gato no puede acompañarnos —dijo la Cortahuesos, en lo que empezaba a bajar—. Y, yo de vosotras, me desharía de él de inmediato.

—Ya veo que no te van mucho los animales —comenté.

—No si no tienen unos colmillos, garras o piel rara que ofrecer —dijo la Cortahuesos.

Griflet bufó.

Olwen vaciló hasta que la animé con un ligero asentimiento. Con cuidado, dejó la cesta en el suelo y sacó al gatito quejumbroso de entre las mantas.

—No pasa nada, no te pongas así —le dijo, acariciándole la cabecita con delicadeza. Se quitó la chaqueta y posó al gatito sobre ella, para que tuviese un lugar suavecito en el que tumbarse. Con un último maullido indignado, Griflet separó los dientes de su jersey y se hizo un ovillo enfurruñado sobre su camita improvisada.

—Venid conmigo, pues, y tened cuidado con las telarañas. Dejo a las arañas a lo suyo para que se encarguen de cualquier alimaña indeseada —dijo la Cortahuesos, en lo que continuaba bajando por las escaleras hacia la oscuridad—. Aunque, por desgracia, sois demasiado grandes como para que se encarguen de vosotros.

Nadie se movió ni un ápice.

—Pues nada —rezongué, yendo a por la cesta. Fui la primera en bajar, procurando pisar con cuidado cada uno de los escalones angostos. Tal como había dicho, una espantosa cantidad de telarañas gruesas y pálidas cubría el techo inclinado de las escaleras secretas. Salpicados por aquí y por allá, unos cuantos trozos se habían desprendido y flotaban despacio hasta caer en nuestro camino.

Un escalofrío me recorrió entera en lo que alzaba una mano para intentar cubrirme el pelo y evitar que alguna araña se buscara un nuevo hogar. Cuando me arriesgué a echar un vistazo hacia atrás, vi a Neve escudriñar las telarañas con una mirada esperanzada.

—No —le advertí en un susurro—. Nada de arácnidos ni de andar guardándote huesos que encuentres por ahí.

—No mientras me estés mirando, al menos —murmuró ella, pasando olímpicamente de la mirada que lancé en su dirección.

Emrys fue el siguiente, seguido por una Caitriona que no parecía nada contenta, y ambos tuvieron que doblar un poco la espalda para no darse en la cabeza.

Cuando la Cortahuesos llegó al último escalón, las luces del sótano parpadearon hasta encenderse y revelar toda la mundanidad del lugar.

El sótano no era el almacén amplio y tenebroso que me había imaginado. Aunque sí que estaba a rebosar de barriles de cerveza y estantes con botellas de licor y productos de limpieza. El ambiente olía a humedad, pero estaba perfumado por una cera caliente y algo que parecía ligeramente terroso.

Justo en el centro, frente a nosotros, había una mesa enorme y que casi ni se podía ver debajo del caos que tenía desperdigado en su superficie. Había huesos en envases de plástico (tanto de humanos como de animales) amontonados con cuidado en unas pilas altísimas y con unas etiquetas escritas en unos códigos tan enrevesados que ni siquiera la Visión Única me ayudó a descifrarlos. También había una bandeja a rebosar de trozos de pergamino en blanco junto a una pluma que parecía decrépita y un tintero.

Sin embargo, lo que más me llamaba la atención era que en cada extremo de la mesa había unas botellas de cristal en fila y flotando sobre las llamas de una vela. La mayoría de las velas parecía haberse reducido a un charquito de cera blanca que goteaba hasta el suelo.

Me quedé mirando las botellas de cristal. Estas tenían una forma delicada y casi etérea, algunas para simular una flor o una luna, y todas con un brillo nacarado. No supe por qué me habían llamado la atención hasta que vi que Olwen las miraba con algo muy similar a la pena. Alzó una mano hasta la que tenía más cerca y uno de sus dedos trazó una de sus curvas, sin tocarla.

Resultaban casi idénticas a las que había guardado en las estanterías de su enfermería.

La Cortahuesos no tardó nada en reemplazar las velas derretidas por unas nuevas y en ajustar la altura de las botellas tanto como fuese necesario. Murmurando algo para sus adentros, metió la mano en un saquito de arpillera que tenía enganchado en un extremo de la mesa y

dejó caer unas cuantas hojas diminutas en la botella que tenía más cerca. Estaba llena de un líquido burbujeante que dejó escapar un humo grisáceo cuando la hoja se disolvió en su interior.

—Y bueno —dijo, despejando el centro de la mesa al apartar a empujones y sin muchos miramientos unas pilas de libros que terminaron en el suelo polvoriento—. ¿Qué me habéis traído?

Dejé la cesta frente a ella y aparté las mantas para descubrir el cráneo fragmentado que había dentro. Me mordí el labio. Estaba muchísimo peor de lo que lo recordaba, pues algunos de los fragmentos eran tan insignificantes que casi ni parecían esquirlas.

La Cortahuesos sacó unas gafas muy grandes que tenía en uno de los cajones de su mesa de trabajo. Me vi reflejada en las lentes de amatista brillante, pálida y cubierta de golpes. Con su manita, me apartó con brusquedad para que retrocediera un paso y le dejara sitio para mover una lámpara flexible que tenía cerca.

La luz iluminó la superficie de la madera marcada y reveló más de una mancha oscura que recé para mis adentros por que se tratase de tinta. Su taburete chirrió un poco cuando le dio a una palanca para ganar un poco de altura y de nuevo al volverse para quedar de cara a la mesa.

Ante ese movimiento minúsculo, el taller entero se hizo pedazos.

La explosión de movimiento hizo que el corazón se me hundiera hasta el estómago. Las piedras de las paredes se desperdigaron como si fuesen unos nidos de cucarachas en movimiento. Olwen se apartó con un gritito al verlas trepar hasta el techo y revelar los armarios de cristal de estilo victoriano que habían estado ocultos detrás.

La lámpara destartalada crujió hasta convertirse en un candelabro enorme y de cristal que encajaba muy bien con los tapices que se desplegaron, en todo su antiquísimo esplendor, para cubrir las pequeñas ventanas que había en lo alto de las paredes, casi al llegar al techo.

Unas mesas y sillas más pequeñas salieron a toda prisa desde detrás de las estanterías que contenían los productos de la taberna y obligaron a Emrys a hacerse a un lado para evitar que lo atropellaran en su afán por colocarse en su nueva posición frente a unas estanterías totalmente nuevas. Cómo no, estas estaban hasta arriba de

pergaminos, cuadernos, libros e incluso alguna que otra Inmortalidad salpicada por aquí y por allá.

Tras haberse reconstruido por completo, el taller volvió a quedarse quieto. El sonido de algo metálico que nos resultó imposible de identificar agitándose llenó el largo silencio que siguió a la conmoción.

—Pero qué pasada —exclamó Neve, sin aliento—. ¿Dónde has escondido todos los sellos? ¿Cómo los has activado para que se sucedan uno tras otro así?

La Cortahuesos se limitó a dedicarle una pequeña sonrisa.

Olwen se paseó por el lugar con expresión maravillada, comiéndose con los ojos todo lo que tenía en derredor.

—¿Deberías tener las cosas de la taberna tan cerca de estas… otras cosas? —pregunté algo inquieta.

La Cortahuesos me dedicó un ademán para restarle importancia.

—Solo he tenido un incidente una vez y la víbora atravesó el intestino del tipo sin mayor problema.

—Y seguro que no hubo ningún daño permanente —acotó Emrys. Nuestras miradas se encontraron un segundo y se apartaron casi de inmediato.

—Pues al final le volvió a crecer la lengua, sí —dijo la Cortahuesos, en lo que alzaba un trozo de hueso y lo acercaba más a la luz.

—¿Qué son todas estas cosas? —pregunto Olwen, examinando los distintos objetos que había en las vitrinas iluminadas. Parecían estar en exhibición, como trofeos.

—El pago de unos clientes satisfechos —contestó la Cortahuesos.

—¿El pago? —repetí—. Si aceptas que te paguen con objetos, por qué hiciste que Cab… —Su nombre se me quedó atascado en la garganta—. ¿Por qué nos pedías «favores» a cambio de llaves?

—Solo les pido favores a aquellos que no poseen muchas cosas de valor.

Me puse roja de la vergüenza. Éramos pobres, sí, pero tampoco habíamos estado en la miseria.

—Podríamos haberte pagado.

La Cortahuesos alzó las cejas por encima de sus gafas.

—Pero no el precio que yo habría pedido.

Recurrí a las estanterías que tenía cerca como excusa para desviar la mirada y dejar de ruborizarme.

—¿Todo esto son objetos que has encontrado o que te han intercambiado? —preguntó Neve, en lo que se colocaba junto a Olwen frente a una de las vitrinas iluminadas. Parecían embelesadas con una colección de collares. Algunos parecían muy intrincados, con brillos y unas piedras preciosas enormes, mientras que otros eran más bien sencillos, como un hililllo plateado o una cadena dorada con un cierre de marfil. A su lado había algunos anillos de oro e incluso unos pendientes, de los cuales unos tenían la forma de unas serpientes entrelazadas. Sin embargo, también se podía ver unas tijeras para podar, libros y hasta un violín.

La Cortahuesos alzó la vista de donde había empezado a desplegar los fragmentos del receptáculo de Viviane sobre la mesa.

—Las dos cosas. ¿Ves esa cajita secreta, la que es del tamaño de tu mano?

Me acerqué para ver yo también la madera de tonos cálidos. En la tapa había varios mosaicos con sellos pintados en distintas muescas.

—¿Te suena, Dye? —inquirió.

—Sí —contestó él, apoyado contra un estante de pergaminos enrollados, justo fuera del alcance de la luz de la lámpara. Se removió en su sitio y toqueteó los agujeros que había en la moqueta con la punta de la bota. La Cortahuesos pareció disfrutar de haberlo puesto incómodo.

—¿Y qué hace? —quiso saber Olwen.

—Puede encerrar un alma si sabes encajar los sellos de forma correcta, aunque también es posible que encierre la tuya —contestó la Cortahuesos. Entornó los ojos al devolver su atención hacia Emrys, evaluándolo—. Puedo vendértela, si eso quieres. Me parece que podría serte de utilidad.

Emrys se limitó a encogerse de hombros.

Olwen soltó un gritito ahogado al examinar otra sección de las vitrinas. Su expresión se volvió acongojada y el corazón casi que se me escapó del pecho por la preocupación.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

La sonrisilla que adornaba el rostro de la Cortahuesos era como el de una serpiente rodeando el nido de algún otro animal.

—Veo que has encontrado mi manzana.

Al oír la palabra, Caitriona no tardó ni un segundo en acudir al lado de Olwen y escudriñar más allá del reflejo de su expresión horrorizada en la vitrina hasta que sus ojos oscuros dieron con la pequeña manzana que había en un pedestal. Aunque la fruta parecía un poco pálida, no había perdido su brillo dorado.

—No puedes tener esto en tu posesión —dijo Caitriona, alzando una mano como si quisiera estampar el puño contra el cristal—. No es posible. Esto… no te pertenece.

—¿Y eso es de tu incumbencia porque…? —la instó la Cortahuesos, mirándola con atención.

—Pronunciamos un juramento para proteger Ávalon —empezó Olwen.

—Y mirad qué bien lo habéis hecho —interpuso la Cortahuesos—. ¿Se puede ser sacerdotisa de un lugar que ya no existe?

—Basta ya —dije, tajante.

Solo que Olwen no necesitaba que nadie la defendiera.

—Claro que sí —contestó, con la barbilla bien alzada—. Seguimos al servicio de la Diosa.

La Cortahuesos volvió la mirada hacia Caitriona con una sonrisilla taimada tirándole de las comisuras de los labios. El gesto era incluso más perturbador en el rostro de una niña.

—¿Y estás de acuerdo con eso, Lady Caitriona?

Caitriona apretó la mandíbula para contenerse. Casi no parecía que respirara.

La voz de Emrys cortó la tensión que parecía a punto de estallar:

—¿La manzana proviene de una de las hechiceras exiliadas?

La atención de todas se volvió hacia donde estaba, por detrás de nosotras y quitándose una pelusilla invisible de la chaqueta. Como era propio en él, le daba igual lo que el resto sintiera mientras que no lo perturbara a él.

Aun con todo, aquel cambio mínimo en la conversación fue suficiente para redirigirnos hacia un tema más seguro.

—Sí. —La Cortahuesos volvió a la tarea que la ocupaba y sostuvo

uno de los fragmentos más grandes del cráneo. Se levantó las lentes de amatista de las gafas y vimos que tenía unas rojas debajo y unas plateadas bajo esas—. Debo reconocer que, de todo lo que imaginaba que me podríais traer de Ávalon, no me esperé que fuera el receptáculo de un druida. Creía que se habían destruido cuando las hechiceras impidieron que se hicieran con el control de la isla.

—¿Sabes cómo arreglarlo? —volví a preguntar—. Es que creí que, como usas huesos de hechiceras para crear llaves…

—¡¿Que usa qué?! —preguntó Neve, horrorizada.

La Cortahuesos alzó una ceja.

—Olvidaste comentarle esa parte, ¿a que sí?

Neve me lanzó una mirada acusadora.

—¿Cómo crees que los Saqueadores entramos en las bóvedas de las hechiceras? —inquirí—. Las Venas están selladas con pomos esqueleto. Necesitas el hueso y la sangre de alguien de esa familia, o de la misma hechicera, para dárselo a la cerradura.

—Puedes ver una muestra de esos encargos en la vitrina que tienes más a la izquierda —informó la Cortahuesos haciendo un ademán sobrio con la mano. La mujer de negocios que llevaba en su interior nunca perdía ni una oportunidad de hacer gala de sus servicios.

—Creo que paso —murmuró Neve, echándonos tanto a Emrys como a mí una mirada asqueada—. Y que conste que yo creía que los Saqueadores teníais muchísimo talento para romper las maldiciones que cerraran las tumbas y bóvedas.

Me removí en mi sitio, rodeándome con los brazos. Cabell era el único que conocía con un talento natural para romper maldiciones.

La Cortahuesos se me quedó mirando, como si ella hubiera pensado en eso mismo.

—En ese caso, has subestimado en gran medida las capacidades de la mayoría de los Saqueadores, incluidas las mías —dijo Emrys—. Casi siempre, la supervivencia es una cuestión de suerte y de recordar mirar hacia abajo antes de dar el siguiente paso.

—Pues habéis tenido algo de suerte hoy —nos informó la Cortahuesos, echándose hacia atrás en su silla para quitarse las gafas —. Resulta que sí poseo ciertos conocimientos sobre la fabricación de receptáculos y creo que, después de consultar unos cuantos libros y

diarios, podré arreglarlo.

Contuve la respiración en lo que me acercaba a la mesa.

—Sin embargo, vuelvo a la pregunta de siempre —concluyó—. ¿Estáis dispuestas a pagar el precio?

6

Noté que un peso se me asentaba en el pecho y me arrastraba el corazón hasta las profundidades del estómago.

—¿Qué quieres?

La Cortahuesos había estado preparada para aquella pregunta, pues tenía la respuesta lista en la punta de la lengua:

—Me gustaría tu Mano de la Gloria, pequeña Lark.

El pánico me invadió y la mentira me salió por instinto, fruto de una vida con pocas posesiones e incluso menos objetos de valor:

—Ya no la tengo.

La Cortahuesos me dedicó una mirada llena de aburrimiento antes de hacer un ademán con la barbilla diminuta que tenía hacia el morral que yo llevaba colgado hacia un lado.

—Claro que sí, puedo olerla.

—Anda —solté con una mueca—. Ahora me sabe mal que hayas tenido que oler esa peste todo este rato.

—Y haces bien —acotó la Cortahuesos—. Apesta a cabello quemado y grasa. ¿Qué te parece el trato?

Me negué a moverme. Los pensamientos me iban a mil por hora e intentaban superar a mi corazón acelerado.

—Ese engendro salió a rastras de las profundidades del infierno —dijo Caitriona—. Deshazte de él.

La piel se me erizó al ponerme a la defensiva.

—Pero si no es tan malo…

Emrys soltó una carcajada incrédula.

—Tú calla, que aquí nadie te ha preguntado nada. —Me volví para fulminarlo con la mirada.

Emrys alzó las manos en señal de rendición.

—Por mí, continuad con el debate, que tenemos todo el tiempo del mundo para quedarnos aquí mientras tú intentas procesar por primera vez en la vida lo que es una emoción humana.

Aunque habíamos discutido y nos habíamos chinchado incontables veces y era cierto que le había lanzado unos insultos magníficos a lo largo de los años, la… crueldad tan indiferente de sus palabras me dolió tanto como el roce de una daga contra la garganta y me dejó atónita durante algunos segundos. Me lo quedé mirando, a ese rostro perfecto y atractivo que tenía, y noté que la piel se me enfriaba por completo.

Su expresión arrogante se apagó y su mirada se fue suavizando incluso antes de que Olwen se le acercara para darle un coscorrón en lo alto de la cabeza. Casi podía convencerme de que se arrepentía de lo que había dicho.

Neve me envolvió la mano con las suyas e hizo que volviera a concentrarme en ella. La comprensión en su mirada solo consiguió que me sintiera aún peor.

—No tengo intención alguna de ponerme en contra de tu amiguito rarito —dijo—, pero ¿no me dijiste hace algunas noches que estabas convencida de que había intentado escapar de tu bolso para asfixiarte mientras dormías?

—Bueno, vale, que es un adefesio y puede que sea alguna especie de castigo cósmico que me ha enviado el destino para hacerme pagar por mis errores del pasado —concedí—. Pero es útil. Puede abrir cualquier puerta que nos encontremos, ¿lo recordáis?

—Viajas con una hechicera —comentó la Cortahuesos—. ¿Acaso ella no puede abrir puertas? ¿Las sacerdotisas no pueden echarle una mano?

—He renunciado a mi magia —informó Caitriona.

En el poco tiempo que llevábamos de conocernos, me pareció que la Cortahuesos se sorprendía por primera vez.

—No te había tomado por tonta. ¿Crees que el renunciar a tu don va a castigar a quien te lo concedió?

Caitriona no le ofreció ninguna respuesta. Los tirabuzones oscuros de la Cortahuesos relucieron cuando esta se limitó a menear la cabeza y pasar del tema.

—¿En qué quedamos con la Mano de la Gloria? —insistió.

—Es que… —Lo volví a intentar, pero no se me ocurrió ninguna forma de expresar la aprehensión que me daba vueltas en la tripa—. Es mía.

—Ahora que lo dices, en realidad era mía —ofreció la Cortahuesos —. Tu tutor me la compró hace muchos años.

Me abracé más fuerte. Podía notar las miradas de los demás clavadas en mí, a la espera.

—¿Tamsin? —preguntó Olwen, al ver que el silencio se extendía cada vez más.

—Es que…

Respiré hondo. *Es que estás comportándote como una tonta,* terminó mi cerebro por mí.

Era estúpido, muy estúpido de mi parte, el vacilar así. Necesitábamos que la Cortahuesos reparara el receptáculo. Necesitábamos saber qué recuerdo había intentado ocultarnos el Señor de la Muerte y si este podía ayudarnos a acabar con él.

Entonces, ¿por qué tenía el estómago hecho nudos? ¿Por qué no podía calmar mis pensamientos a mil por hora?

—Te veo el miedo en los ojos —comentó la Cortahuesos—. Qué curioso. ¿Te preocupa perder la Visión Única y volver a necesitarlo? Que tengas que volver a ser quien eras.

Sus preguntas le dieron un nombre a mi miedo. Un rostro. Un borde afilado.

—No es posible —me aseguró—. Has cruzado el umbral de la Visión Única y ya no puedes volver atrás. Confía en que la persona que eras se quedó detrás de esa puerta. No volverás a ser ella nunca más. Mira hacia adelante, pequeña Lark.

Nunca volverás a ser una inútil que no sirve para nada, me susurró una vocecita en mis adentros. *Nunca más te dejarán atrás.*

Me froté la nariz y tragué en seco.

—Vale. Es tuyo.

Saqué a Ignatius de mi bolso una última vez y le quité la seda morada que lo envolvía para dejarlo sobre la mesa. No entendí a qué se debía la tristeza que me invadió al apartarme y dar un paso atrás. Había sido prisionera de aquel bribonzuelo grasiento, me había visto

obligada a depender de él para sobrevivir.

La Cortahuesos lo levantó de su candelero de hierro y no pareció para nada impresionada por aquella «mejora» que le habíamos hecho ni por el estado en el que se encontraba.

El protuberante ojo de color azul claro parpadeó para abrirse en el centro de la palma, examinó el mundo que lo rodeaba y terminó centrándose en la Cortahuesos. Tras abrirse de par en par, empezó a temblar entero, aunque no por el miedo, sino por la dicha más plena de todas. Por pura adoración.

Y, con eso, mi tristeza se esfumó.

—Ya, vete a tomar viento tú también —farfullé—. Gracias por los bonitos recuerdos, adefesio rarito.

Una campanilla se oyó desde arriba. Y luego otra vez y muchas más, cada una más insistente que la anterior conforme pasaba el tiempo y no le hacíamos caso.

—¿Y bien? —dijo la Cortahuesos en lo que sacaba sus instrumentos de trabajo—. ¿Alguien piensa abrir la puerta?

Intercambié una mirada con los demás. Neve se encogió de hombros. Yo tampoco veía una razón para no abrirla.

Emrys se hizo a un lado para dejar que las demás pasáramos primero y se quedó sumido en la penumbra hasta que la Cortahuesos dijo:

—Ven un segundo, Dye. Esas manos delicadas que tienes me vendrán de perlas. Tú llévate esa bolsa que ves ahí, pequeña Lark. Sí, esa que tienes en las narices.

Recogí la bolsa de papel que había en el estante más cercano, sorprendida por su peso. La Cortahuesos murmuró algo a mis espaldas y Emrys le contestó, en una voz baja y grave.

Al oír que abrían la puerta de la taberna, me volví y subí las escaleras corriendo, de dos en dos, hasta salir del taller como una viajera que volvía desde el Inframundo.

La mujer pareció emerger de la mismísima noche, con sus pisotones y su bastón golpeteando el suelo con fuerza. Dada la melena oscura y salpicada de canas que tenía medio recogida sobre un lado de la cabeza y las hojas secas que le salpicaban su capa desgastada, parecía que acababa de salir de un bosque antiguo.

Caitriona cerró la puerta y echó el pestillo tras dejarla pasar, con una mano cerca del cuchillo que llevaba escondido dentro de la manga.

—¡Ellas tienen lo que me pediste, Hem! —exclamó la Cortahuesos desde el sótano.

—Esta vieja decrépita ni siquiera se digna a subir y entregarme ella misma lo que le pedí —dijo la recién llegada, disfrutando de lo lindo de nuestra reacción al oír que llamaba «vieja decrépita» a la Cortahuesos. Nos echó un vistazo a cada una, con el rostro manchado de tierra como si hubiese estado cuidando de su jardín bajo la fría luz de la luna.

Al final, se volvió hacia la barra y exclamó escaleras abajo:

—¿Todo lo que te pedí?

—Que sí, vieja pesada —contestó la Cortahuesos—. Hasta he colgado las protecciones del templo de los Delios, por mucho que no vayas a pagarme por las molestias.

—¿Es eso? —preguntó la mujer, señalándome con un dedo.

Le entregué el paquete y me quedé mirándola en lo que rebuscaba en la bolsa y asentía en silencio al contar lo que había dentro. Tras meter una mano en el bolsillo de su capa, sacó un puñado de hierbas secas. Pese a que tenían un olor dulzón y floral, las sostuve de la punta de los tallos de todos modos, sin dejar que ninguna otra parte de las plantas me tocara la piel o la ropa. Una nunca sabía lo que podía pasar con ese tipo de cosas: bien podían ser los ingredientes de una pócima venenosa o unas sales de baño relajantes.

—¿Eres una hechicera? —preguntó Neve, sin ser capaz de contener el entusiasmo que le teñía la voz.

—¿Me ha delatado mi aura mística? ¿O la verruga de la nariz? —repuso la mujer—. Así es, criatura. Por mucho que le pese al Consejo, en algún momento se me conocía como la hechicera Hemlock.

Abrí el repositorio que tenía en la cabeza y rebusqué hasta dar con los trocitos de su historia que conocía para empezar a ordenarlos. Su auge glorioso y raudo entre sus hermanas de aquelarre para convertirse en suma hechicera… y luego su caída incluso más rauda y estrepitosa aún.

Chasqueé los dedos antes de señalarla.

—¡Eres la pastora de ratones!

Neve se volvió hacia mí, horrorizada.

—*¡Tamsin!*

—No pasa nada —dijo Hemlock riéndose por lo bajo en lo que cerraba la bolsa—. Me han llamado cosas peores por algunas de mis ideas, y promover que los Sagaces tengan voz y voto en el Consejo de la Sororidad es una de la que me enorgullezco bastante. Es una razón tan válida como cualquier otra para que me echasen. El problema con vivir adelantada a tu tiempo es que casi nunca llegas a ver cómo los demás dejan de tomarte por loca para pasar a ser la heroína.

—¿Te expulsaron del Consejo? —repitió Neve sin poder creérselo—. ¡¿Por algo así?!

—¿Eres parte de la Sororidad? —le preguntó Hemlock a Neve—. La verdad es que me pareces un poquitín demasiado espontánea para ser una de ellas. A no ser que hayan dejado de intentar cortarlas a todas por el mismo patrón.

—Soy autodidacta —admitió Neve.

—Ah, será que no tienes cómo probar tu linaje. ¿O es que ese día se portaron más desalmadas que de costumbre? —inquirió Hemlock.

Neve jugueteó con la punta de una de sus trenzas.

—Lo primero.

—Pues eso que te ahorras —le dijo Hemlock con un tono empático que me sorprendió.

—¿A qué te refieres? —preguntó Olwen, con curiosidad.

—A que sus conocimientos no se limitarán a lo que el Consejo quiera que aprenda —contestó la hechicera—. Que no sigamos su rígido sistema de sellos hace que la Diosa se manifieste con más fuerza en nuestra intuición y que podamos acceder a unos niveles de poder incluso más profundos.

La expresión de Neve demostró su interés. Sabía que estaba pensando en la luz que convocaba y en la reacción de las hechiceras al verla.

—¿En serio lo crees?

—No lo creo, lo sé —contestó Hemlock—. Es por eso por lo que las sacerdotisas de Ávalon convocaban la magia del modo en que esta se comunicaba con ellas de forma natural. Ay, perdona, que os estoy

contando cosas que ya sabéis, ¿a que sí?

Olwen se limitó a sonreír con melancolía.

—Hasta a mí me llegan los cotilleos de tanto en tanto cuando son particularmente interesantes —confesó Hemlock—. Me temo que os habéis metido en un muy buen lío, criaturas. Lo bastante grande como para que os llevéis vuestro propio mote desagradable.

Parecía que todas estábamos demasiado agotadas y desanimadas como para volver a explicarnos.

—El Señor de la Muerte está cazando hechiceras —le contó Neve—. ¿No sería más seguro si te refugiaras con las demás?

—Antes muerta que abandonar la casa que he construido con estas manos —dijo Hemlock—. Lucharé para defenderla hasta mi último aliento.

Alzó la bolsa que le había preparado la Cortahuesos para demostrar lo que decía.

—En ese caso, morirás —sentenció Caitriona. Tenía la cadera apoyada en la barra y los brazos cruzados.

—Pues que así sea —dijo Hemlock, volviéndose hacia la puerta—. Decidle a esa papanatas de cara bonita que queme mis restos cuando pase eso.

—No digas eso —repuso Neve—. Todavía hay tiempo para que acudas a tus hermanas. Te necesitan tanto como tú a ellas.

—Me temo que así no funcionan las cosas con la Sororidad —dijo la hechicera—. Y lo que os he dicho antes iba en serio. Lo de mis restos. Cuando una vive tanto como yo, aprendes que es mejor no dejarse nada en el tintero.

—Por favor —suplicó Neve una vez más.

Hemlock se plantó en el umbral. Aunque el viento frío sopló a su alrededor, el que se me erizara la piel no tuvo nada que ver con su roce gélido.

—Sé valiente, querida hechicera, pero harás bien en despedirte de tus seres queridos antes de que sea demasiado tarde.

7

En lo que contemplaba por la ventana cómo la silueta borrosa de Hemlock se alejaba a toda prisa por el camino, caí en la cuenta de que Emrys aún no había subido.

Conforme los minutos pasaban y no podíamos oír ni media palabra de lo que ocurría escaleras abajo, me fueron entrando las sospechas. Era posible que estuviese haciéndose con respuestas a preguntas que nosotras aún ni sabíamos cómo formular. Podría estar negociando para obtener información y no lo sabríamos hasta que fuese demasiado tarde.

Tras dejar a Neve, Caitriona y Olwen buscando a Griflet por los recovecos y debatiendo si deberíamos quedarnos a pasar la noche en la taberna, aproveché la oportunidad para bajar el pago de Hemlock hasta el taller.

Me aseguré de que mis pasos fuesen ligeros, como Nash nos había enseñado, con la esperanza de captar algún cachito de conversación, pero el último peldaño anunció mi presencia con un chirrido. Aunque la Cortahuesos no alzó la vista de su trabajo sobre la mesa, Emrys sí que lo hizo, para recorrerme con la mirada. Estaba removiendo los contenidos de un pequeño caldero que había junto a la Cortahuesos, con cuidado de alternar los giros en sentido horario y antihorario.

Además de la lámpara, la Cortahuesos había colocado una lupa bastante grande en un pedestal y sobre los fragmentos que quedaban del receptáculo. Con la ayuda de una tenaza y un pulso increíblemente firme, recogió un trozo de hueso tan fino como una aguja y lo colocó en uno de los agujeros que quedaban del rompecabezas. La mandíbula y la curva del cráneo ya empezaban a cobrar forma.

Cuando por fin alzó la vista hacia mí, lo hizo a través de las lentes moradas de sus gafas. Le mostré el manojo de hierbas sujetándolo del

trocito de cuerda que las mantenía atadas.

—¿Y ella por qué puede pagarte con unos hierbajos?

—Quizás es que me cae mejor que vosotros —contestó la Cortahuesos—. Vale, Dye. Quita, que esto ya está. Llévate a las demás al apartamento de arriba. Si os vais a quedar a dormir, no os quiero haciendo el tonto en mi taberna. Y diles que, si quieren comer algo, más les vale dejar el dinero para pagarlo sobre el mostrador.

Emrys dejó el fragmento de hueso que había estado sujetando y bajó el instrumento poco a poco hacia la mesa, como para asegurarse de que este no iba a salir corriendo.

Escogí el peor momento para dar un paso, justo cuando él estaba avanzando, y un cosquilleo de calidez se me extendió por el brazo al rozar el suyo.

Él se detuvo para respirar hondo.

—Agrimonia, consuelda y… violetas.

—Presumido —refunfuñé.

Él se marchó con el fantasma de una sonrisa tirándole de los labios.

—Puedes dejar las hierbas por ahí. —La Cortahuesos hizo un ademán hacia sus espaldas, y me llevó algunos segundos distinguir la mesa que había bajo la pila enorme de moquetas enrolladas, cortinas y demás tapices.

Rodeé la mesa de trabajo para ir hacia ella, observando el modo en que sumergía los bordes de un fragmento de hueso en un cuenco negro lleno de algo. No me hizo ni caso en lo que me incliné sobre su hombro para inspeccionar mejor. El suelo parecía alzarse bajo mis pies y me hizo retroceder.

Plata.

Se trataba de una plata líquida y reluciente. Igual que el caldero que había encontrado en la torre de Ávalon.

—Eso es… —empecé, con la boca seca—. Es magia de la muerte.

—Pues claro —repuso ella, lanzándome una mirada como si la niña fuera yo—. Los receptáculos se crean con esa magia y por tanto deben ser reparados de la misma forma. ¿Qué creías que iba a usar?

Sentía como si tuviese un enjambre de abejas en el pecho. Como si la lengua se me hubiese hinchado y se me hubiese convertido en

piedra. La Cortahuesos dejó sus instrumentos delicados a un lado y su taburete chirrió cuando se volvió hacia mí.

Vi mi propia expresión asustada en las lentes de sus gafas. Tenía el estómago hecho nudos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Hazme el favor de sentarte antes de que te desplomes, te abras la cabeza y derrames sus contenidos sobre el suelo. Solo tengo paciencia para arreglar un cráneo.

Negué con la cabeza, intentando recuperar el aliento.

—Eres de los suyos… Veneras al Señor de la Muerte…

—Y tú —contestó ella, con cierto rastro de irritación en la voz— estás siendo muy absurda.

Sacó un sobrecito con aroma dulzón de un cajón que tenía bajo la mesa de trabajo y me lo dejó en la mano.

—Respira hondo, ¿quieres? Y, ya que estamos, hazlo varias veces.

Vacilé, pero incluso solo con tenerlo cerca, el aroma terroso se las estaba arreglando para limar los bordes más afilados de mi miedo y ralentizar el caos que eran mis pensamientos a mil por hora. Cuando estuve segura de que no me quería envenenar, inhalé hondo y dejé que el aroma de lo que había en la bolsita calmara el fuego que se me había encendido en los pulmones.

—¿Mejor? —inquirió.

Me avergonzaba que me hubiese visto de ese modo. Ni siquiera había dejado de temblar como si fuese un ratoncito bajo el agarre de un gato.

—Escúchame bien, pequeña Lark —empezó la Cortahuesos—. No venero al Señor de la Muerte. No sirvo a ningún rey ni tampoco a ningún dios. Pese a lo que os pueda haber hecho creer, no controla todo el acceso a la magia de la muerte en el mundo entero. Solo a la que proviene de Annwn.

—¿Eso quiere decir que de verdad es un dios? —pregunté con voz tensa.

—No, solo algo parecido —repuso ella—. Es uno de los Primigenios, la primera raza que creó la Diosa. Son inmortales y es todo un engorro acabar con ellos, pero tampoco es que sean ajenos a la muerte.

—Nunca había oído nada sobre los Primigenios —confesé, notando que me iba calmando conforme mi concentración iba volviendo.

—Es probable que sí, aunque con otro nombre —dijo la Cortahuesos. Su voz, tan melodiosa, parecía perfecta para contar historias—. Algunos los llaman los Tuatha dé Danann, los Aos sí o, por estos lares de las islas, los Tylwyth Teg. Incluso he oído que los más supersticiosos los llaman los Gentiles.

—¿No son tipos distintos de hadas? —pregunté.

—Supongo que se pueden considerar así. Hace mucho fueron quienes gobernaban a todo el pueblo de las hadas —me explicó—. Se les concedió una parte especial de la magia de la Diosa para que los ayudara. Pero decidieron abandonar nuestro mundo y crear el suyo, las Tierras del Estío, muchísimo antes de que las creencias cambiaran y la hostilidad hacia la magia se incrementara.

—Ya. —Esa Tierra Alterna sí que la conocía, al menos, y ya sabía por qué el Señor de la Muerte no había ido para allá—. Al Señor de la Muerte lo obligaron a gobernar Annwn como castigo por algo. ¿Sabes por qué?

—No tengo ni la menor idea —admitió la Cortahuesos, aunque eso me parecía algo imposible—. Pero, si lo que pretendes es comprender la magia de la muerte, primero debes entender que hay magia en cada alma. Es nuestra chispa de vida. Si nada interfiere con ella, esa chispa continuará de una vida a otra, siempre persistiendo. Solo que las almas que se llevaron a Annwn son distintas: retorcidas, crueles y ya estaban corrompidas por la oscuridad muchísimo antes de llegar a ese lugar.

—Y llevarlas a Annwn las saca de un ciclo de reencarnaciones en nuestro mundo —terminé por ella.

—Sí, pero también se las lleva para allá con otro propósito —continuó—. Cuando convocas la magia de la muerte, recurres al poder de los muertos malignos, al de sus almas. Siempre que existan esas almas malévolas en algún mundo, como pasa en el nuestro, cualquiera puede invocar la magia de la muerte mientras conozca los rituales necesarios.

—Y tú los conoces.

—Exacto —dijo ella—. Y ese conocimiento morirá conmigo. Si

bien no hay magia que sea inherentemente mala, cuando se recurre demasiado a la magia de la muerte, esta puede terminar corrompiendo a quien la usa.

—Entonces, ¿el Señor de la Muerte no siempre fue así? —pregunté, sin poder creérmelo.

—A la Diosa le pareció pertinente conceder su poder para manipular las sombras, como si hubiera reconocido que estas acudían a él —dijo—. Sin embargo, esa inclinación hacia la maldad ha aumentado ahora que tiene todo el poder de Annwn bajo su control.

Un escalofrío helado me recorrió entera al comprenderlo.

—Y ese es el verdadero propósito de la Cacería Salvaje —dije en voz baja—. Necesita juntar a las almas perversas para sumarlas a su poder.

Las historias sobre la partida de caza conformada por espíritus hambrientos y otros seres sobrenaturales que recorrían el mundo en busca de almas que incorporar a sus fuerzas eran propias de muchísimas culturas. Y con justa razón.

—Sí, su Hueste Invernal —dijo la Cortahuesos—. Los rumores dicen que los ecos de su cuerno vuelven a sonar por las noches. Que la furia del invierno se ha vuelto a desatar en el mundo.

Me quedé de piedra, cubriéndome la boca con una mano. La noche anterior, en Boston, eso era lo que habíamos oído, ¿verdad? Aquel bramido extraño y sobrenatural que me había clavado las garras en lo más hondo de mi ser y que había hecho que el hombre que juraba ser Nash saliese corriendo tras advertirnos que hiciéramos lo mismo.

La noche en la que la hechicera Stellamaris y otras cuatro habían muerto a manos del Señor de la Muerte.

—¿Lo has oído? —preguntó la Cortahuesos en voz baja—. ¿El heraldo de la muerte? Han pasado siglos desde que cabalgó por última vez y liberó a montones de espíritus malvados para que vagaran a su antojo.

Probablemente porque el Señor de la Muerte estaba encerrado en Ávalon durante todo ese tiempo.

—Sí —admití—. Pero la Cacería Salvaje no está recolectando muertos. Esta vez está cazando hechiceras.

—En ese caso, la profecía por fin se ha hecho realidad —dijo ella,

removiendo el pequeño cuenco de plata líquida con una cuchara de cristal.

Señalé el cuenco que tenía enfrente con la barbilla.

—En Ávalon vi la misma plata en un caldero. ¿Qué es?

Me hizo un ademán para que me acercara.

—Lo que tienes ante tus ojos es magia de la muerte destilada en su forma física.

Cuando aparté la vista del líquido, la descubrí mirándome con expresión pensativa.

—¿Y por qué puedo verla y otros no?

—Esa es una pregunta que tendrás que hacerle a tu tutor —contestó ella.

Solté el aire con fuerza, intentando no pensar en Nash y en lo que me había dicho en Boston.

—Me iría mejor si quisiera hacerle un interrogatorio al viento.

La Cortahuesos alzó una ceja.

—¿Y dónde se ha metido? He oído que ya está merodeando por ahí. Imaginé que se aseguraría de tenerte cerca.

Negué con la cabeza.

—Lo único que sé es que está haciendo lo mismo de siempre: cuidar de sí mismo y dejar que yo me encargue de todo lo demás.

—Ah. Incluido tu hermano —acotó, en lo que recogía el siguiente fragmento de hueso.

Me volví para mirarla, sorprendida.

—Me lo ha contado el menor de los Dye.

No sé ni por qué me sorprendo.

—No, no, no se lo tengas en cuenta —siguió—. Me debía un favor y era eso o encargarse de un caballero que hace mucho que no salda sus deudas.

Me apoyé contra la mesa de trabajo, a sabiendas de que no serviría de nada pedirle que me contara más al respecto, aunque también temía que lo hiciera. Los tablones que teníamos por encima crujieron cuando los demás se movieron por la planta de arriba.

Las palabras que me había dicho antes volvieron a mi mente como el polvo que nos llovía desde el techo: *niña maldita.*

Me crucé de brazos con la mirada clavada en el suelo hasta que me

las arreglé para tragar el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Sabes algo sobre mi maldición?

La Cortahuesos dejó sus herramientas a un lado e hizo girar el receptáculo sobre su pedestal de madera para inspeccionar su trabajo. Las fisuras delgadísimas de la plata brillaron bajo la luz de las velas.

—Me temo que no mucho. Solo lo que acarrea.

La observé, casi embelesada, conforme sumergía el borde de un fragmento de hueso en la plata líquida y lo colocaba en su sitio, para luego usar un pincel con cerdas tan finas como unos bigotillos para acomodar y esparcir la magia. Con el otro extremo del pincel, trazó varios sellos pequeños y unos patrones que parecían moverse y que habían quedado cubiertos por la plata o dañados cuando se rompió el receptáculo. Si bien avanzaba muy rápido, aún quedaban cientos de piezas frente a ella.

—¿Cuánto crees que te vaya a llevar? —inquirí.

—Montarlo de nuevo me llevará toda la noche —contestó—. Y luego necesitaré unas cuantas horas más para dejar que se asiente y que la magia se afiance bien.

Me mordí el labio. Por mucho que estuviese trabajando muchísimo más deprisa de lo que podría haber imaginado, la idea de pasarnos otro día en aquel lugar hacía que quisiera tirarme al suelo y ponerme a berrear como una niña. Con cada hora que pasaba, Cabell se apartaba más y más de mi alcance.

—Tú y los demás podéis quedaros aquí y vigilar la taberna mientras yo salgo a hacer unos recados —me informó—. Mañana no abriré.

—¿Por qué? ¿A dónde vas? —le pregunté.

—Tengo que ir a recoger algo —dijo, sin darme mayor explicación.

—¿Y vas a dejarnos sin más?

—No me había percatado de que necesitaseis supervisión constante —dijo ella.

—¿Y cuándo volverás? —insistí.

—Máximo mañana a la hora de la cena —contestó—. El taller se cerrará por sí solo una vez que salga, para que no te veas tentada a probar el receptáculo antes de tiempo y eches a perder todo mi

trabajo.

—Yo no haría algo así.

—Claro que sí —dijo ella—. La paciencia no es lo tuyo.

Bueno, vale. Era posible.

—¿Y si el receptáculo no funciona?

—En ese caso no habrá ningún modo de arreglarlo y tendréis que encontrar una nueva forma de continuar con vuestro camino.

—Genial —murmuré sin ganas, deslizándome de la mesa. Si no podíamos hacer nada para reducir el tiempo de espera, me aseguraría de descansar todo lo posible. Principalmente porque no recordaba la última vez que había dormido más de una hora seguida.

—Pequeña Lark. —Su voz me interrumpió los pensamientos—. ¿Sabes por qué la taberna se llama El Reposo del Difunto?

—No sabía que era algo a lo que debía darle muchas vueltas.

La Cortahuesos soltó un sonidito, esta vez de advertencia.

—Hay una leyenda en este pueblo que se remonta a hace cientos de años y se sigue usando para asustar a los niños —me contó—. En las noches en las que el cielo está despejado y la luna se asoma brillante en lo más alto, se dice que aquellos que perecieron en el mar se las arreglan para volver a tierra firme. Buscan su bebida favorita, por mucho que ya no puedan saborearla, deambulan por unas calles con nombres diferentes y visitan los hogares que han pasado a pertenecerle a otra persona.

Por un segundo, tan raudo que casi no contaba, me pareció ver que la sombra de su verdadera edad le cruzaba el rostro.

—Es una historia que enseña a tomar precauciones. Las mismas que te aconsejo que tomes tú. Podemos visitar el pasado, pero nada bueno sale de quedarnos demasiado tiempo en él.

—Lo sé —dije, algo cortante.

—¿Seguro? —preguntó la Cortahuesos—. En ocasiones se nos pide que abandonemos no solo a otras personas, sino a aquello que soñábamos que podíamos ser y la vida que creímos que podríamos tener.

—¿Es esa tu forma enigmática de decirme que debería abandonar a mi hermano? —espeté—. ¿Que no debería ir tras el Señor de la Muerte? Porque no puedo hacer eso. No después de todo lo que ha

pasado.

—No —dijo ella—. Me refiero a la vida que creías que podrías haber tenido. Cuando te veas en medio de la oscuridad, no puedes detenerte ni volver sobre tus pasos. No sin perder el sentido de lo que antes era el camino hacia adelante. Nunca debes dejar de avanzar.

Me mordí el labio, sin decir nada.

—Está bien llorar, pequeña Lark —dijo la Cortahuesos—. Llora aquello que has perdido y mantén la vista fija en aquello que todavía puedes alcanzar. Pero, de momento, necesito que me hagas el favor de largarte de mi taller.

8

La segunda planta de la taberna era un apartamento vacío con unas cuantas butacas antiguas y rotas, lo que llevaba a uno a pensar dónde rayos vivía la Cortahuesos en realidad.

Al menos el baño tenía agua, lo que nos permitió lavarnos tanto nosotros como a nuestra ropa antes de ponernos la muda que habíamos llevado. Después de que Olwen se remojara un buen rato en la bañera con patas, sus mejillas recobraron algo de su color natural y parecía más ella misma.

Cuando salí después de darme una ducha rápida, vi que alguien había encendido un fuego y había ido a por algo de comer. Caitriona y Neve estaban sentadas frente a la chimenea con una cesta de aperitivos de la taberna entre ambas. Había panecillos, los restos de pescado y patatas que habían sido la comida del día y unos pastelitos, así como unas cuantas jarras de agua sobre la mesa. Ante mi mirada interrogante, Neve se llevó un pastelito a la boca y me hizo un ademán con la barbilla en dirección a la ventana.

Emrys se había tumbado en el suelo bajo ella, dándonos la espalda. Se había tapado con su manta y tenía la cabeza apoyada en la curva del brazo. En el cristal de la ventana se le veía el reflejo del rostro, pálido y distante. Si bien podría haber estado fingiendo que dormía, así como parecía decidido a fingir todo lo demás, tenía los ojos cerrados y su respiración era lenta y acompasada.

Estuve tentada a sacudirlo hasta que despertara para mandarlo a dormir a la planta de abajo, o quizás incluso afuera, donde hacía un frío que pelaba, pero eso que decían de mantener cerca a tus enemigos tenía sentido. Si se quedaba por allí, al menos podríamos vigilarlo.

Al final, mi hambre le pudo a mi orgullo y fui a por uno de los panecillos.

—¿No te parece… —empecé, en voz baja— algo distinto?

—¿Distinto cómo? —preguntó Neve—. A mí me parece igual de traicionero y desagradable que siempre, la verdad. —Me miró de reojo —. Seguimos enfadas con él, ¿no?

—Claro —contesté a toda prisa—. No sé a qué me refería. —Y era cierto. Tenía la cabeza hecha un lío—. Es que… da igual, no me hagas caso.

—Sí, señora —dijo ella, sacudiéndose las miguitas que le habían quedado en el regazo mientras se levantaba—. Iré a ver dónde se ha metido Olwen.

Caitriona siguió a Neve con la mirada en lo que bajaba las escaleras, y el brillo de la chimenea iluminó su cabello plateado. Griflet se había puesto a jugar tranquilamente con un hilillo que había conseguido soltar de su camisa. Aunque no dijo nada, la arruguita que se le había formado entre las cejas me indicaba que algo la atormentaba.

No habíamos tenido oportunidad de hablar sobre nuestra discusión en el piso; había pasado al olvido con todo lo de las hechiceras secuestrándonos, el regreso de Emrys y nuestra travesía para buscar a la Cortahuesos. Solo que, al haber encontrado un momento de calma, no parecía que ninguna de las cuatro hubiéramos podido dejarlo atrás del todo.

¿Qué sucedería si el receptáculo no se podía reparar y teníamos que enfrentarnos de nuevo a la pregunta de qué hacer? Por mucho que las hechiceras no quisieran nuestra ayuda, Neve no dejaría de intentar que se nos unieran, eso lo sabíamos todas. Olwen intentaría que hubiera paz, yo no me rendiría hasta salvar a Cabell, y Caitriona jamás descansaría hasta cumplir su promesa de matar al Señor de la Muerte. La semilla de la discordia se había plantado entre nosotras y, si no conseguíamos arrancarla de raíz, sus enredaderas venenosas conseguirían apartarnos la una de la otra.

De pequeña, solo me había peleado y reconciliado con una persona; sabía cómo resolver las cosas con mi hermano, pero la idea de meter la pata y decir algo que echara a perder mi amistad con cualquiera de ellas me daba muchísimo miedo.

Caitriona se frotó distraída el punto en el que el cuello se

conectaba con el hombro, para masajear el músculo. La culpabilidad me volvió a consumir; Cabell convertido en sabueso la había mordido ahí mientras intentaba protegerme y había dejado a su paso una herida muy fea que había necesitado de muchísima magia y conocimientos de Olwen para poder sanar. En ocasiones, Caitriona se obligaba a esconder tanto su dolor que resultaba difícil ver lo mucho que de verdad sufría.

—¿Aún te duele? —le pregunté—. La herida.

—No, solo molesta de tanto en tanto —reconoció, negando con la cabeza—. La piel se ha vuelto a unir tan bien que casi ni me ha quedado cicatriz.

Asentí, procesando lo que me decía.

—No se me dan muy bien estas cosas… —empecé, en voz baja—, pero ¿estamos bien?

Caitriona se volvió para mirarme y su expresión se suavizó por la sorpresa.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que todo se puso un poco intenso antes…, cuando intentábamos decidir qué hacer. —¿Por qué me sentía como si fuese una niña? Intentar pronunciar las palabras que tenía dentro era como aquel juego al que jugábamos Cabell y yo en el que procurábamos no pisar ninguna grieta en la acera.

Apoyó las manos por detrás de la espalda y se reclinó un poco.

—Me disculpo por lo bruscas que fueron mis palabras. Puede que toda mi concentración esté en acabar con el Señor de la Muerte, pero no quiero que pienses que no pretendo ayudarte a encontrar a tu hermano. Pienso hacer todo lo que esté en mi mano para apartarlo de la influencia del Señor de la Muerte.

—Ah —dije, con una risa nerviosa—. Lo mismo digo. Quiero ayudarte sea como sea. Es solo que…, y sé que es una tontería, pero es que me preocupaba que quisieras marcharte. Que quisieras ir a lo tuyo, quiero decir.

—Tamsin —me llamó, y esperó hasta que le devolví la mirada para continuar hablando—, ninguna discusión que tengamos será nunca tan horrible como para que quiera darte la espalda. Ninguna lo haría. Solo discutimos porque nos preocupamos la una por la otra.

Me pasé las manos por los vaqueros y dejé que el chisporroteo de la chimenea contestara por mí.

—¿Y tú estás bien? —me preguntó.

—¿Yo? Claro. ¿Por?

—Por lo de tu tutor —contestó con delicadeza—. Por lo que nos dijo sobre tu maldición. Cualquiera se sentiría preocupada por algo así.

El recuerdo intentó subir hasta salir a la superficie, pero lo empujé hasta el fondo sin pensármelo dos veces.

—No pasa nada —le aseguré—. Nash siempre ha sido un mentiroso y no tengo por qué creer que no estaba intentando manipularme de nuevo. Incluso si lo que dijo es remotamente cierto, incluso si tengo una maldición…, hablar al respecto no va a solucionar nada. Solo nos distraerá de lo que importa de verdad.

—En ese caso, tú y yo nos parecemos mucho —dijo, antes de impulsarse para ponerse de rodillas al ver que Olwen y Neve volvían por las escaleras, cuchicheando entre ellas—. Pero no todas lo ven así.

Fuera lo que fuese de lo que estuviesen hablando esas dos, parecía muchísimo más agradable que nuestro tema de conversación. Aun así, sentí un poquitín de alivio al saber que al menos habría una persona que nunca me pediría que me pusiera a hablar de lo que sentía.

—Tienes razón —asentí—. No todas lo harán.

Griflet abandonó su hililllo al ver que llegaban sus dos personas favoritas y se acurrucó entre ellas cuando se sentaron frente a nosotras, formando un círculo.

—Puede que esto no os vaya a gustar mucho —empezó Olwen, en voz baja.

—Tamsin lo va a odiar, eso seguro —añadió Neve.

—Sigue así, que ya casi me convences —le dije.

Olwen giró el puño, separó los dedos y reveló cuatro pulseras. Había trenzado cuatro tipos distintos de tela en una sola tira de color: reconocí el azul de la manta en la que habíamos envuelto el receptáculo de Viviane, el verde desgastado del vestido que Olwen llevaba puesto cuando nuestros mundos volvieron a unirse y el blanco quizás era de algún vendaje, pero el rojo…

—Intercambié algo de información sobre Ávalon por una bufanda

roja que tenía la Cortahuesos —explicó Olwen—. Quería entretejer los colores de los elementos como cuando se convoca la alta magia. Juntos son muchísimo más fuertes que separados.

Caitriona apretó la mandíbula.

—Es que… sé que todas tenéis distintos objetivos, pero creo que es importante que prometamos que seguiremos juntas hasta el final —siguió—. Que nos recordemos que ni la muerte, ni un hombre ni la mismísima oscuridad podrá separarnos.

Neve levantó la muñeca y dejó que Olwen le atara bien la pulsera. La alzó hacia la luz, para contemplarla, y Olwen sonrió de oreja a oreja.

La siguiente fui yo y me quedé mirando cómo Neve me amarraba la mía con cuidado. Una calidez se me extendió en el pecho ante aquella sensación tan desconocida para mí. Finalmente, agarré la última pulsera que Olwen tenía en la mano y se la puse a Caitriona en la muñeca, quien esperó pacientemente mientras le hacía el nudo que Nash me había enseñado a hacer, para más seguridad.

—Juntas hasta el final —prometió Neve en voz baja.

—Y más allá —aseguró Olwen.

La preocupación que me había seguido dando vueltas en la cabeza desapareció. Las cuatro estábamos bien. Y nos aseguraríamos de cumplir con nuestro cometido todas juntas.

—Ya me quedo yo de guardia primero —dijo Caitriona—. Vosotras deberíais intentar dormir un poco.

—¿Estás segura? —preguntó Neve.

Caitriona se pasó una mano por los labios antes de contestar con voz ronca:

—Sí, antes he dormido un poco.

—Bueno, vale —concedió Neve—. Despiértame en un rato y te tomo el relevo.

Entonces nos acomodamos para pasar la noche y soportar la larga espera.

Las horas pasaron despacio, para mantener el compás lento y como de hibernación que invadía el pueblo. Aunque el suelo estaba duro, la chimenea estaba encendida y teníamos un techo, y tras haber pasado años durmiendo al raso por culpa de Nash, eso sería algo que siempre

agradecería.

Más tarde, mucho después de que el fuego se hubiera apagado, oí el cerrojo y la puerta de la taberna abrirse y volver a cerrarse cuando la Cortahuesos volvió de hacer sus «recados».

Seguro que había un sinfín de protecciones escondidas por todo el lugar, quizás hasta repartidas por el pueblo. Era probable que estuviésemos más seguras que en cualquier otro lugar en el mundo.

Me tumbé de espaldas y clavé la vista en los travesaños de madera. Neve se había quedado frita en medio segundo y ya roncaba suavemente; era una de esas afortunadas que podía dormir en cualquier parte, sin importar las condiciones. Tras un rato, cedí a la tentación y miré hacia el otro lado de la sala, donde Emrys aún estaba tumbado dándonos la espalda, dormido de verdad.

Al final, entre una respiración y otra, un sueño venció mis pocas defensas y se coló entre los bordes confusos de mi cerebro dormido.

El bosque se libró de la niebla oscura que tenía enfrente, con los troncos delgados de los árboles delineados por la luz de la luna. Avancé descalza sobre el suelo húmedo y disfruté al ver que me hundía con cada paso, de la sensación de tener los pies en la tierra. El barro y las hojitas me salpicaban la piel, y el vestido blanco y satinado que llevaba me ondeaba ligeramente a la altura de los tobillos.

El mundo parecía respirar a mi alrededor, como si estuviera vivo. Desde los árboles, unas criaturas que no podía ver me observaban. Notaba unos latidos diminutos con la misma certeza con la que percibía el frío roce de la niebla contra la piel. La oscuridad que yacía más allá de donde me llegaba la vista pareció extenderse despacio a través de los helechos y las raíces, como la tinta al derramarse.

Avancé más deprisa.

El sendero se abrió cuando llegué a un claro y descubrí a la criatura que me había estado esperando. Era tan blanco como la luz de las estrellas, como la niebla. Los ojos del unicornio eran pozos oscuros que me observaban al acercarme, y su cuerno relucía contra la oscuridad de la noche.

Al estirar una mano para acariciar su crin reluciente, la criatura se volvió y me instó a seguirlo.

Entonces supe a dónde quería llevarme, incluso antes de que el lago quedara a la vista.

La islita que había en el centro quedaba algo oculta por los remolinos de niebla, pero eso no impidió que distinguiera el túmulo. La tumba de la suma sacerdotisa estaba cubierta por un manto de flores blancas y prístinas.

Una calma de lo más desorientadora me invadió al verla, como si en aquel preciso lugar no hubiese ocurrido nada que justificara que la angustia se adentrara en mi corazón.

El unicornio se detuvo en la orilla del lago; el agua brillaba con el reflejo del cielo, como si le hubiese robado las estrellas para atraparlas justo por debajo de su superficie semejante al cristal oscuro.

Me arrodillé en la orilla lodosa y dejé que el agua fría me mojara las rodillas e hiciera que mi vestido se volviera traslúcido.

Me incliné hacia adelante sobre el agua, poco a poco, ya sin control sobre mi propio cuerpo.

Vi mi reflejo, mis ojos abiertos de par en par por el terror. Alcé las manos para tocarme la cara, presa de la confusión, y mi reflejo se puso a chillar, a gritar algo que no podía oír, que no conseguía leer en mis propios labios.

A lo lejos, entre los árboles que se despojaban de sus hojas con violencia, una luz de un blanco azulado se alzó hacia el cielo.

—Protégela —me susurró el viento al oído—. Protégela, protégela…

El agua se agitó y empezó a borbotear con furia como si algo estuviese a punto de salir a la superficie. Un dolor intenso y sobrecogedor se me extendió por el antebrazo.

Tenía el vestido empapado de sangre y esta goteaba hacia el agua y la tierra. La piel se me cayó a tiras y fue revelando los huesos de la plata más pura que había debajo.

Contuve la respiración, pero ningún sonido escapó de mis labios. Entonces, un grito desgarrador irrumpió en la calma de la noche. Me aparté del agua a trompicones y me estrellé contra algo cálido y apestoso. El unicornio.

Su cadáver estaba tirado en el suelo, abierto en canal, y sus vísceras se derramaban sobre la tierra. Se fue pudriendo frente a mis ojos, la piel se le volvió polvo, los músculos se consumieron y las cuencas se le quedaron

vacías. Bajo todo ello, se alzaron unas vides de color marrón que se enredaron entre los huesos expuestos hasta volver a juntarse y empezar a cobrar forma.

La de un rostro.

Uno que abrió sus fauces de dientes espinosos y soltó un aullido.

9

Me desperté sobresaltada y sin comprender de donde provenía la luz de la hoguera y lo confuso que parecía todo a mi alrededor. Me llevé una mano al corazón, que latía desbocado, e intenté recuperar el aliento. Tenía la camiseta empapada por el sudor, pero tanto la cara como las manos estaban totalmente congeladas.

Un segundo aullido atronador irrumpió en el silencio.

Es un sueño, supliqué en un intento por convencerme a mí misma. *Sigo dormida.*

Y podría habérmelo creído si Olwen no se hubiese estirado para apoyarme una mano en el hombro. La presión de sus dedos consiguió hacerme volver a la realidad y al horror que tuviésemos por delante.

Caitriona y Emrys ya se encontraban en la ventana, apartando las cortinas para escudriñar la calle en penumbra.

—¿Eso ha sido…? —empezó Neve, medio dormida y en lo que se impulsaba para ponerse de rodillas.

—¿Un lobo? —sugirió Olwen.

—No hay lobos en esta parte del mundo —contestó Emrys.

Volvimos a oír el aullido, solo que en aquella ocasión recibió una respuesta.

Una respuesta multiplicada por diez.

Las criaturas que chillaban parecían agitarse una a otra hasta provocar todo un frenesí. Cada aullido y gruñido me torturaba por dentro. La reacción que estaba teniendo mi cuerpo era visceral, motivada por siglos y siglos de un miedo heredado. En la región en la que estábamos, a los lobos se les había dado caza hasta extinguirlos, por lo que no podía tratarse de una manada salvaje. Y aquel primer aullido… Había algo en él, algo que hizo que el cuerpo se me tensara y se me cerrara la garganta.

Cabell.

Me puse de pie de un salto, agarré las botas y la chaqueta que había colgado en una percha en la pared y me lancé hacia las escaleras que conducían hacia la taberna.

—¡Tamsin, espera! —Emrys se movió para impedirme el paso, pero esquivé su agarre y corrí hacia la taberna a oscuras. Un trueno rugió no demasiado lejos y sacudió el edificio como si lo tuviese aferrado en un puño. Unos objetos de cristal llovieron desde las estanterías detrás de la barra y se hicieron añicos al chocar contra el suelo.

Aunque la Cortahuesos nos había advertido que nos quedáramos dentro, si Cabell estaba allí, tenía que intentar encontrarlo. Era posible que no tuviera otra oportunidad.

Me puse las botas a toda prisa, sin molestarme en desperdiciar el segundo que me llevaría atármelas. Abrí la puerta de par en par y salí corriendo hacia el caminito de la entrada. Un ventarrón helado me azotó la ropa mientras intentaba descubrir de qué dirección provenían los aullidos.

Resonaban contra las paredes de piedra de la taberna, superponiéndose entre ellos, para acabar desvaneciéndose cuando el viento levantaba la nieve y la tierra suelta que había sobre el suelo.

Caitriona tomó impulso y bajó de un salto los escalones que conducían hasta la taberna, con Neve y Olwen pisándole los talones. Me situé al lado de Caitriona, pues confiaba más en sus habilidades de rastreo que en las mías. Corrimos en dirección al sendero que llevaba hacia el pueblo, pero, en lugar de seguirlo, giramos hacia donde se encontraba la costa rocosa. El cuchillo que llevaba en la mano relucía como un colmillo bajo la luz del amanecer.

Las piedras sueltas y el hielo me rasguñaban los pies. Los ojos me escocían mientras unas lágrimas ardientes se me deslizaban por las mejillas. De pronto, Caitriona se deslizó hasta frenar algo más adelante y estiró un brazo para detener a Olwen justo a tiempo. Me obligué a mí misma a ralentizar el paso cuando las alcancé, entre jadeos.

Parecía como si hubiesen cortado el paisaje agreste con una espada gigantesca. A nuestros pies, el suelo se precipitaba de forma peligrosa en un abismo vertical, cuya base se iba redondeando suavemente

hasta terminar en una colina. A medio camino se encontraba el tejado de paja de una cabañita. La estructura entera parecía sacudirse por los azotes del viento, temblando como un conejito en las fauces de un lobo.

Me protegí un poco los ojos en lo que buscaba un modo de bajar; si corría hacia la izquierda casi un kilómetro, la pendiente parecía menos abrupta y era posible que consiguiera ir bajando. Los aullidos se fueron convirtiendo en un rugido grave en mis oídos.

Solo que alguien me sujetó por detrás antes de que pudiera salir corriendo. Caí con fuerza y los pulmones se me llenaron tanto de nieve como de polvo. Mi cuerpo, bastante adolorido ya, volvió a notar los latigazos del dolor.

—¡Suéltame! —espeté, intentando retorcerme para zafarme.

Pero Emrys se limitó a afianzar su agarre, ajustando los brazos en torno a mi cintura.

—Ya me gustaría, ya, pero por una vez en tu vida harías bien en hacerme caso y… ¡mira!

Nos hizo girar a ambos para quedar de cara a la costa, donde el cielo que se alzaba sobre el mar se había tornado de un verde escalofriante. Unos nubarrones grises lo cubrían todo y se alzaban sobre el agua, que no dejaba de agitarse cerca de los precipicios.

El cielo se partió y soltó unas piedras de granizo y trozos de hielo tan afilado que me hicieron un corte en el brazo y a Emrys, en la mejilla. Lo oí maldecir en voz baja en lo que se llevaba una mano hacia el corte justo cuando se le formaba otro en la ceja.

—Mierda, si la cara bonita era lo único que me quedaba…

Notaba la calidez de su cuerpo contra el mío y, en contraposición con el frío glacial, era muy consciente de todos los lugares en los que nos tocábamos: su pecho contra mi espalda, mis brazos contra los suyos…

—¡Quítame las manos de encima! —rugí.

Y maldita fuera su estampa, solo para demostrar que tenía razón, aflojó un poco su agarre. De inmediato percibí el cambio en mi equilibrio: sin el peso combinado de los dos, las botas se me deslizaban por el barro y el hielo en dirección al abismo y las nubes de la tormenta.

Emrys meneó la cabeza y alzó la voz para que pudiera oírlo por encima del rugido del viento:

—¿En serio quieres probar tu suerte volando, Avecilla?

Avecilla.

El hielo me golpeó. Me rasgó la barbilla y la mejilla y, aun así, me llevó unos segundos recordar que debía alzar un brazo para protegerme la cara.

—*Lark* —se corrigió, cerrando los ojos con fuerza hasta que la furia le endureció la expresión. Solo que no era un sentimiento dirigido hacia mí, y no conseguía entenderlo. Me tendió una mano.

—¡Tamsin! ¡Por aquí! —Neve agitó los brazos por encima de la cabeza hasta que conseguí distinguir el movimiento entre la tormenta que lo cubría todo.

Al final, fue el viento que no dejaba de soplar en todas direcciones lo que tomó la decisión por mí. O al menos eso fue lo que me dije mientras le aferraba la muñeca a Emrys y dejaba que él hiciera lo propio con la mía. Volvió a tirar de mí hacia su cuerpo y solo cambió su agarre para que ambos pudiéramos ver en la dirección en la que se encontraba Neve y avanzar hacia ella.

Había conseguido refugiarse detrás de un saliente de roca, el cual se llevaba la mayoría de los azotes del viento. Emrys no me soltó en todo el camino y, por una vez en la vida, no me molestó; sin nuestro peso combinado al viento le habría sido muchísimo más sencillo empujarnos hacia el barranco que teníamos a nuestra derecha y hacia las profundidades del mar.

—No es por cuestionar la lógica infalible de salir corriendo en mitad de una tormenta de nieve para seguir unos ruidos horripilantes —empezó él—, pero ¿qué carajos estamos haciendo aquí?

Neve y yo estiramos las manos para ayudar a Caitriona y Olwen a llegar hasta donde estábamos. Caitriona intentó decirnos algo a gritos, pero su voz quedó ahogada cuando el cielo se iluminó con unos relámpagos. Entonces oímos un cuerno, el llamamiento insondable de un horror ancestral.

«Si volvéis a oír ese sonido, más cerca de lo que lo habéis oído hace un segundo, salid por patas».

Solo que era demasiado tarde.

Porque ya habían llegado.

Desde el centro oscuro de una de las nubes bajas que pendía sobre el mar, surgieron con sus monturas fantasmales, tan brillantes como unas estrellas lejanas. De uno en uno, fueron galopando por los aires entre gritos y vítores, como si fueran unos invasores que descendían hacia el precipicio que teníamos enfrente.

El aire se me escapó de los pulmones. No eran hombres, sino unas criaturas horrendas que ocupaban sus formas, hechas de huesos y sombras. El metal de su armadura grotesca centelleaba con la magia plateada que irradiaba desde sus ojos.

Una manada de perros fantasmales se abrió paso entre las patas de los caballos, con las fauces llenas de espuma por culpa de sus ladridos incesantes, frenéticos por la anticipación y cautivos de su propia sed de sangre. El que iba por delante era más grande que todos los demás y su pelaje era de un color negro y sedoso salpicado por el hielo. No tenía ninguna duda.

Era Cabell.

Me habría lanzado hacia adelante, gritando su nombre a todo pulmón, de no haber sido porque Emrys me volvió a sujetar.

—Te juro por todos los dioses que si no me sueltas ahora mismo… —empecé, temblando y presa de la furia. Emrys me había arrebatado lo único que podría haberme ayudado a liberar a Cabell del destino que le había tocado y ¿pretendía impedirme llegar hasta él?

Te vas a enterar.

Lo aparté de un empujón, pero él me aferró con más fuerza y, en aquella ocasión, me obligó a mirarlo. Me obligó a enfrentarme a sus ojos brillantes. El granizo había amainado un poco, hasta volverse una pesada cortina de nieve que se le había congelado en su cabello oscuro.

Y entonces me lanzó el golpe de gracia:

—¿Crees que va a reconocerte? ¿O se limitaría a arrancarte la garganta y ya?

No hacía falta que le respondiera, claro. Él mismo había visto lo que había sucedido en Ávalon cuando mi hermano había sucumbido a su maldición. Apenas habíamos conseguido salir con vida.

—Tienes que seguir viva si quieres seguir odiándome, Lark —me

recordó, casi al oído.

Me aseguré de que toda la furia que sentía se transmitiera en mi mirada, incluso cuando su agarre se iba aflojando. Incluso cuando mi cuerpo se relajaba por instinto ante su cercanía, buscando el consuelo que él jamás iba a darme. Apreté los dientes con fuerza mientras me apartaba y me encontré con la mirada de Neve y la pregunta que albergaban sus ojos.

A pesar de la furia de la tormenta, a pesar de la euforia desenfrenada de todos los cazadores, el mundo entero se había quedado en silencio a nuestro alrededor.

El último jinete había llegado.

Al igual que los demás, iba envuelto en armadura, solo que esta parecía absorber toda la luz y guardársela para sus adentros en lugar de reflejarla. Las pieles de animales que llevaba sobre los hombros flotaban por detrás de él en lo que su montura avanzaba. Unos relámpagos centelleaban en el cielo con cada golpe de las pezuñas de su caballo contra las nubes, de una forma igual de escarpada que su corona con cuernos.

El corazón se me aceleró tanto que estaba segura de que me iba a explotar. Sentí el siguiente trueno como si me lo hubieran arrancado del pecho, como el más atronador de los gritos.

Aunque la Cortahuesos había afirmado que no era un dios de verdad, sí que era el rey de otro mundo e iba revestido con el cuerpo de uno que había reinado en el nuestro. A lomos de su montura escalofriante, aquel porte majestuoso que tenía era mucho más evidente. En aquellos momentos, con toda su hueste, había alcanzado su máximo poder. Era un amo y señor.

El Señor de la Muerte.

Caitriona se lanzó a por él, pero tanto Olwen como Neve la aferraron de los brazos y la obligaron a apartarse del borde del precipicio. Se debatió en su agarre, con la cara roja por la furia y los azotes del viento, pero se negaron a soltarla.

Me estiré hacia ella para sujetarla de la muñeca y obligarnos a ambas a quedarnos quietas. A seguir con vida.

—Soltadme… —suplicó—. Está ahí… Puedo ir y…

La Cacería se alineó detrás de su señor. Sus caballos se removieron

con impaciencia, entre relinchos inquietos. Los sabuesos los rodearon, amenazando con morder los tobillos de los jinetes mientras desgarraban la hierba seca que había bajo la nieve. Parecían estar sumamente concentrados en la cabaña de piedra que había al final de la colina.

Noté un apretón en el pecho al darme cuenta de a por quién habían ido.

Una figura oscura que emergió por la puerta, varita en mano.

—Diosa bendita… —exhaló Neve—. ¿Qué hace?

Lo único que la hechicera Hemlock había decidido no hacer era huir. Avanzó a grandes zancadas entre el caos que era su jardín cubierto de nieve, con la varita alzada y preparada para hacerles frente a los jinetes.

—¡No! —exclamó Neve, empezando a levantarse de su sitio.

El Señor de la Muerte se llevó su cuerno a los labios de nuevo y aquel bramido sobrecogedor irrumpió con los primeros rayos del amanecer. Me cubrí las orejas, pero no había cómo evitarlo. Noté cómo el terror se me colaba hasta lo más hondo.

Los jinetes cabalgaron hacia adelante en respuesta, con las pezuñas de sus caballos estampándose contra la tierra como unos tambores de guerra. Levantaron unas nubes de nieve a su paso en lo que dejaban atrás a su señor y marchaban hacia la cabaña.

Los sabuesos se abalanzaron junto a ellos, rabiosos y salivando mientras esquivaban las piedras dando saltos sin ninguna dificultad. La hechicera Hemlock mantuvo su posición, con la varita lista.

—Rápido, rápido… —Neve cerró los ojos e intentó convocar la melodía desarticulada de un hechizo. Aunque su primer instinto siempre la llevaba a ayudar a los demás, el mío era el de asegurar que estuviéramos a salvo.

—¡Son demasiados! —le dije—. Cualquier hechizo que hagas los conducirá hasta donde estamos.

Además, los jinetes ya habían llegado hasta las vallas que cercaban su propiedad.

Una luz abrasadora estalló desde los límites y llenó el aire del olor a magia pura y cuero chamuscado. Cerré los ojos al notar que la magia de las protecciones de la hechicera se alzaba y se extendía hasta donde

estábamos en una oleada potente.

Solo que, cuando la luz se desvaneció y abrí los ojos, los jinetes seguían ahí, cortando la valla con sus espadas y abriéndose paso entre el muro de magia, que no dejaba de soltar chispas por la nieve. Con unos alaridos y vítores provocadores, atravesaron las protecciones y empezaron a galopar en dirección a Hemlock a una velocidad apabullante.

Por mucho que quisiera apartar la mirada, no pude hacerlo. Si no podíamos salvarla, lo mínimo que podíamos hacer era presenciar su final.

Cabell dejó atrás a los demás sabuesos para abalanzarse sobre la hechicera con mordiscos y zarpazos que bloqueaban el paso a su única vía de escape. Pero no había necesidad. Hemlock decidió volverse y hacerle frente a su destino.

Varita en mano, se dispuso a trazar el inicio de un sello en la nieve.

Hasta que el Señor de la Muerte se acercó hasta donde estaba en un santiamén, como si incluso la distancia que los separaba siguiera sus órdenes. Se alzó frente a ella ya sin su montura y alzó un puño hacia el cielo. Los últimos vestigios de la noche le envolvieron la mano y se la tiñeron como la tinta al derramarse contra el aire cargado de nieve. Hemlock continuó dibujando su sello con unos trazos decididos.

El aire me abandonó los pulmones en un grito ahogado al ver al Señor de la Muerte atravesarle el pecho con el puño. Hemlock se arqueó hacia atrás, retorciéndose por el dolor. El aire, ya bastante afilado gracias al aroma de la nieve, se volvió punzante con una magia nauseabunda según el Señor de la Muerte hacía retroceder la mano en un movimiento raudo. No hubo sangre, sino solo un remolino de magia oscura mientras alzaba algo pálido y brillante en el aire, como un estandarte.

El cuerpo de la hechicera se desplomó a sus pies en un montoncito oscuro.

Tanto los jinetes como los sabuesos aullaron eufóricos en lo que rodeaban la cabaña. Uno de los caballos tumbó la puerta de una patada y tres de los jinetes entraron galopando. Cuando volvieron a

salir, unos segundos después, un rostro conocido iba encabezando la comitiva.

Emrys cerró el puño en la tela de mi camiseta, con la respiración entrecortada.

—Ese es… —empecé, apenas en un hilo de voz.

La maldad en el rostro horrible de Endymion no solo encajaba a la perfección con él, sino que parecía revelar lo que siempre había llevado dentro: una monstruosidad llena de privilegios y furia sin fin. Y, al morir, lo único que había conseguido era volverse más poderoso.

Y si había algo de lo que no podía dudar era el terror que distorsionaba las facciones perfectas de Emrys. Unas muy similares a las que su padre había tenido en algún momento.

Endymion (o lo que diablos fuese en aquellos momentos) negó con la cabeza en dirección a su señor y le dijo algo que no pudimos oír. El Señor de la Muerte hizo una mueca de desagrado y lanzó el alma hacia el suelo. Al volver a alzarse, Hemlock ocupó su lugar, aunque no era exactamente ella. No había nada reconocible en su rostro, ni tampoco rastro de calidez. Sus facciones se alargaron como las de un espectro, del mismo modo que las del padre de Emrys y los demás jinetes.

El Señor de la Muerte se agachó para recoger un trozo de la valla rota y una chispa plateada se formó en el centro de la madera cuando la lanzó hacia el tejado de paja de la cabaña. Dio igual que este estuviera cubierto de hielo porque, en cuestión de segundos, el edificio entero quedó devorado por las llamas. Un humo negro se alzó y consiguió tragarse hasta el blanco de la nieve.

De vuelta en su montura, el Señor de la Muerte le hizo una señal a Hemlock y los demás. La hechicera acudió sin rechistar y se alineó con los demás que iban a pie. Una espada se le materializó en la mano.

La nieve me azotó la cara cuando el aire se volvió blanco. Los jinetes y el Señor de la Muerte se adentraron en la tormenta rugiente y no tardaron en desaparecer.

Cuando el olor del humo por fin nos alcanzó, me aseguré de respirar hondo, pues necesitaba recordar todo lo que había ocurrido hacía tan solo unos segundos.

Oímos unos truenos y el rugido incesante de las olas del mar y,

para cuando la nieve por fin dejó de caer, lo único que quedó como prueba del retorno de la Cacería Salvaje fue el cadáver de la hechicera.

Parte dos

El Espejo de las Bestias

10

Aunque la taza de café instantáneo que tenía enfrente se estaba enfriando, no conseguía reunir la energía para llevármela a los labios. Ni siquiera al saber que apenas me quedaban unos pocos sobrecitos en el bolso y que no debía desperdiciarlos, ni tampoco por las ganas de hacer que algo de calor me corriera por las venas. Un último hilillo de vapor se alzó desde la taza para enroscarse con la luz de la mañana. Me lo quedé mirando mientras goteaba nieve derretida y barro sobre el suelo y la silla en la que estaba sentada.

Neve se fue sacando largas briznas de hierba del pelo antes de apoyar la cabeza sobre las manos y respirar hondo unas cuantas veces para intentar calmarse. Caitriona y Olwen tampoco es que estuvieran mucho mejor; tras luchar contra los últimos vestigios de la tormenta y un peligroso viaje por el sendero empinado, habíamos quemado el cadáver de la hechicera Hemlock en su propio jardín.

—¿Deberíamos pronunciar algunas palabras? —había preguntado Olwen, una vez que su magia había acabado con los últimos restos de la hechicera.

—¿Y de qué nos sirve eso? —había contestado Caitriona, en lo que se quitaba nieve y cenizas de la cara.

—Porque merece que le mostremos respeto —había recalcado Neve.

En lugar de contestarle con alguna frase cortante, Caitriona se había limitado a soltar una especie de suspiro. Su postura entera pareció relajarse al hablar, como si se hubiese retirado una parte de su armadura.

—A lo que me refiero es a que cuando rezamos por los muertos es para ayudar a que sus almas encuentren a la Diosa y puedan volver a nacer. El Señor de la Muerte le ha arrebatado la suya, así que la

hechicera no necesita una canción o una plegaria, lo que necesita es que la liberemos.

—En ese caso, hagámosle una promesa —había propuesto Neve—. Juro en el nombre de la Diosa, por los huesos que llevo en el bolso, por todas las setas que hay en los bosques, por las estrellas que iluminan el cielo nocturno…

—Neve —la corté.

—Ay, bueno —dijo ella. Se llevó una mano al pecho y se inclinó hacia adelante—. Lo haremos pagar, Hemlock.

—Lo haremos —dijo Caitriona.

—Lo haremos —repitió Olwen.

—Lo… vamos a intentar, eso seguro. —Fue lo único que pude decir yo. Al ver las miradas que me dedicaban, añadí—: Es que es mejor ir a lo seguro. Ya tengo bastantes cargos de consciencia, la verdad.

Quería ser tan valiente como ellas, que pronunciaban sus juramentos con determinación para que el viento se los llevara hasta el último rincón del mundo. Solo que, tras ver cómo el Señor de la Muerte había doblegado la tormenta a su antojo y le había arrancado el alma del cuerpo a Hemlock, me resultaba casi imposible contener las dudas que no dejaban de atormentarme. Pero si ellas creían que podríamos hacerlo, yo podía apoyarme en su fuerza hasta que pudiera hacer acopio de la mía.

Si ellas creían, no pensaba huir del dolor o de las dificultades como siempre había hecho Nash.

—Vale —había aceptado—. Lo haremos.

Entonces nos separamos para buscar entre los restos carbonizados de lo que había sido la vida de la hechicera Hemlock algo que pudiese sernos de utilidad. Por desgracia, lo que el fuego no había destruido había quedado hecho pedazos por el tiempo inclemente de la mañana.

Abandoné los escombros de la cabaña con un suspiro desanimado. La peste del humo se me aferraba a la piel y al ambiente en lo que continuaba vigilando la propiedad.

No muy lejos, Neve y Olwen se agacharon al dar con algo entre la nieve, muy cerca la una de la otra para hablarlo entre ellas. Al acercarme por detrás, vi lo que era: el sello que Hemlock no había

conseguido acabar.

—¿Qué significa esta parte? —Olwen estaba preguntando, en lo que señalaba varias líneas que se extendían desde el centro retorcido.

Los pasos pesados de Caitriona avanzaron por la nieve hasta situarse a mis espaldas justo cuando Neve comenzaba a explicar:

—Incluyes algo así cuando quieres invocar la luz, pero esta parte de aquí, la que se retuerce en sí misma y luego sigue en línea recta, eso se parece a los sellos que usas para crear un arma. Aquí le añadirías una colita para una flecha, una cruz si lo que quieres es una espada, así que… ¿era un arma hecha a base de luz?

Se volvió para mirarme por encima del hombro y que se lo confirmara. Si ladeaba la cabeza un poco, podía verlo.

—Tienes razón. Pero ¿le habría servido de algo?

—Si Morgana y las demás hechiceras no consiguieron destruirlo solo con magia… —Neve dejó la frase a medias—. Pero ¿por qué luz?

Recordé lo que la Cortahuesos me había explicado antes. Se lo habría contado a las demás, pero, con todo lo que había pasado, se me había olvidado sin más, incluso mientras veía las hebras de oscuridad envolverle el puño al Señor de la Muerte.

—Puede manipular las sombras… —dije—. Fue un don que la Diosa le concedió solo a él. ¿Quizás guarde relación con eso de algún modo?

—Ya —dijo Neve, con expresión abatida—. Ya.

Aunque sabía cómo se sentía, el verla así, tan desesperanzada cuando eso era tan impropio en ella, hizo que estrujara mis escasas reservas de optimismo hasta dar con algo que decir que pudiera animarla.

—Pero sí que puede morir —les dije—. Podemos detenerlo. Hemlock no ha muerto en vano.

—¿Es eso… una nota de optimismo lo que detecto? —dijo Neve—. ¿De parte de nuestra queridísima Tamsin Lark, catastrofista declarada?

Porras. Hice una mueca.

—Yo prefiero doña agonías, si me preguntas.

—Mientras tanto, ¿qué deberíamos hacer con él? —preguntó Olwen, haciendo un ademán hacia la silueta solitaria que se

encontraba en el extremo de la propiedad, contemplando el horizonte sobre los acantilados.

El viento le agitaba el cabello y le intentaba arrancar la chaqueta empapada, pero él seguía ahí plantado, soportándolo todo. Tenía los hombros hundidos, como si estuviese intentando esconderse en sí mismo.

—¿Ese jinete de verdad era su padre? —inquirió Neve.

Asentí, apartándome un mechón de cabello de la cara. Si me dejaba pensar en ello, si me permitía recordar la muerte de Hemlock, había otros rostros que también me sonaban. Otros Saqueadores de nuestra cofradía.

No estaba segura de lo que implicaba todo eso, más allá de la verdad universal de que, cuando se trata de capullos, Dios los cría y ellos se juntan.

—Ya ha dejado de sernos útil —decidió Caitriona—. Creo que deberíamos dejarlo aquí tirado.

Neve me miró de reojo.

—No estoy segura de qué piensas al respecto.

Solté un suspiro.

—Eso es porque yo tampoco sé qué pensar al respecto.

Podría haber dicho en ese mismo momento que había llegado la hora de que se marchara, pero no fui capaz de arrancarme las palabras desde las profundidades del pecho.

Porque ¿a dónde iba a ir? Quizás con su madre. A esconderse. Sin duda no podía volver a la Mansión Estival, donde su padre no tendría ningún problema para encontrarlo.

Horas después, esa pregunta seguía dándome vueltas por la cabeza mientras lo observaba desde el otro lado de la taberna. Se había acomodado cerca de la cara del dragón, con la cabeza apoyada en una mano. Si bien se había servido un poco de *whiskey*, por lo que alcanzaba a ver, había disfrutado tan poco de su bebida como yo de la mía.

—¿En qué piensas, Olwen? —preguntó Neve, con lo que rompió el lúgubre silencio por fin.

La sacerdotisa se enderezó en su asiento, intentando esbozar una sonrisa tranquilizadora mientras le daba de comer a Griflet un trocito

de pescado que habíamos encontrado en la nevera de la taberna.

—Estaba pensando en la magia de la muerte —dijo—. En el modo en que ha transformado el alma de Hemlock. La ha corrompido, ¿no es así? Creía que solo podía recolectar las almas perversas, aquellos destinados para Annwn.

—Por mucho que no pueda extraer magia de la muerte de ellos —dije—, parece que su corona le permite controlar a todas las almas. Incluidas las de los vivos.

Ver cómo el Señor de la Muerte había manipulado a los jinetes y el alma de Hemlock solo había servido para que estuviera aún más convencida de que Cabell estaba bajo alguna especie de hechizo.

—Entonces, ¿por qué no nos sometió a todos en Ávalon así? Se tomó todas esas molestias para hacer que lleváramos a cabo el ritual… —Neve dejó la frase a medias al ver mi expresión—. No digo que no esté controlando a Cabell. Es solo que no entiendo por qué ha decidido hacerlo.

—Cabell no… No estaba bien —expliqué—. Es posible que fuera más susceptible a ese tipo de magia.

—No podría haber controlado a ningún avaloniano sin que lo hubiéramos notado —repuso Caitriona, repasando las vetas de la madera de la barra con un dedo—. Sobre todo no a una de nuestras hermanas.

El peso de aquella palabra, *hermanas*, se asentó en el silencio que siguió a sus palabras.

—No sé yo —dijo Olwen, dedicándome una mirada arrepentida—. Si puede controlar almas sin necesidad de que salgan de un cuerpo con vida, ¿por qué le haría falta matar a Hemlock para que se sume a sus filas?

La pregunta hizo que se me revolviera el estómago.

—Porque quiere vengarse. Quiere humillar a las hechiceras como ellas hicieron con él. Quiere acabar con ellas. Podrían ser mil cosas.

El gruñido de escepticismo que se le escapó a Caitriona fue igual de elocuente como si hubiese manifestado su desacuerdo en palabras.

—¿Qué pasa? —insistí, notando que volvía la misma pesadez que había sentido la última vez que discutimos—. ¿No estás de acuerdo?

Caitriona soltó un quejido de sorpresa cuando Neve le dio una

patadita nada disimulada en la espinilla por debajo de la mesa. La hechicera le dedicó una mirada tan seria que hizo que se me pusieran los pelos de punta hasta a mí.

—Es que… —Caitriona carraspeó un poco—. Quizás hay algo en la Cacería que… resuena con la naturaleza de su otro yo. Del sabueso. Y es así como el Señor de la Muerte puede tenerlo a su merced.

—No —decreté con decisión. Sabía en lo más hondo de mi ser que eso no era así—. Su humanidad se rebelaría contra algo así.

Solo que Caitriona no parecía muy convencida.

—¿Quieres abandonarlo? —le pregunté en voz baja, intentando que su expresión no me destrozara por dentro.

—No, ¡no! —respondió a toda prisa—. Por supuesto que no.

El ruido de la puerta al abrirse les puso fin a las preguntas desalentadoras. Una ráfaga de viento helado empujó a la figura bien abrigada de la Cortahuesos, seguida de cerca por un Bran con forma humana.

Se sacudió la nieve de las botas dando pisotones a la par que se desataba la bufanda de lana con una mano. En la otra llevaba un saco de terciopelo con una mancha oscura que se iba extendiendo en el fondo. El líquido goteaba hacia el suelo, pero lo que resultaba más alarmante era que el contenido de la bolsa no dejaba de sacudirse.

De verdad que no quería saber qué había dentro.

Las lentes moradas de las gafas se empañaron por la calidez repentina. Cuando se las levantó, nos observó de uno en uno.

—Ha ido a por la vieja Hemlock, ¿a que sí? —preguntó, aunque no con mala intención, mientras le entregaba el abrigo y la bufanda a Bran para que los colgara—. Qué lástima.

Despachó a su acompañante con un ademán de la mano y este se volvió a transformar, lo que espantó a Griflet e hizo que se escondiera bajo la mesa. Tras sostener la puerta abierta para que el cuervo saliera volando, la cerró de un portazo tras él. Los pestillos se echaron solos.

Entonces le hice la pregunta que se me tendría que haber ocurrido la noche anterior:

—¿Sabes qué está buscando? Lo que cree que tienen las hechiceras.

—Te intercambiaré la respuesta si me contestas tú algo —dijo la

Cortahuesos—. Sé que la forma mortal que tenía antes el Señor de la Muerte la destruyeron Morgana y las demás, así que me pregunto ¿a quién ha despellejado por esta?

Algo en nuestra expresión debió de darle la respuesta, porque soltó una risa sorprendida.

—¿En serio? ¿Arturo? —La Cortahuesos se enroscó uno de sus tirabuzones, pensativa—. Siempre imaginé que estaría todo hinchado como una baya podrida a punto de explotar. O, como mínimo, lleno de moho.

—Nada de moho, por desgracia —contestó Neve—. ¿Quieres que vaya a por la fregona para limpiar eso?

La Cortahuesos se sorprendió un poco al ver el charco como de tinta que se había formado bajo la bolsa.

—Yo que tú no lo tocaría. Ni lo respiraría, ya que estamos. —Alzó un poco el saco—. Me encargaré de esto y vuelvo en un segundo.

—¿Y la respuesta a mi pregunta? —exigí saber.

—La respuesta es que no, no lo sé. —Su voz infantil prácticamente canturreó las palabras con alegría.

—Más vale que ese receptáculo esté listo ya —contesté, entre dientes.

—Y más os vale a vosotros haber pagado por lo que estáis consumiendo —repuso ella.

Emrys alzó un billete de cincuenta pavos doblado para que lo viera antes de deslizarlo por la barra en dirección a la caja.

—Ya sabía yo que te dejábamos seguirnos por algo, Niño Bien —le dije.

Una sonrisa socarrona le tiró de los labios. Antes, cuando nos soltábamos pullitas como aquella, los ojos le brillaban por el desafío. Era algo que me distraía muchísimo y me ponía de los nervios cuando discutíamos, el modo en el que parecía disfrutarlo. Solo que al verlo beberse de un trago la mitad del licor terroso que tenía frente a él, algo en su expresión pareció cerrarse por completo.

No me importa, pensé. *En serio, me da igual.*

—No sabía que era tan fácil comprar tu afecto —contestó—. Si no, ya habría dejado caer algo de calderilla por lástima.

El odio cobró vida en mi interior. Aunque, como todo aquello que

estaba vivo, podía salir herido. Podía sangrar. Y lo que estaba insinuando… Esa palabra, *lástima*. Iba en contra de todo lo que era. En todas las veces que habíamos intercambiado pullitas, nunca me había soltado un golpe tan bajo.

—¿Es que quieres morir? —le preguntó Neve, sin una gota de calidez en la voz y levantándose muy despacio—. Porque mira, yo encantada de ayudarte.

—Si derramáis una gota de sangre en mi taberna no volveréis a poner un pie aquí hasta después de muertos —advirtió la Cortahuesos, aunque no antes de que Neve se volviera hacia mí y articulara la palabra *cresas*.

La trampilla de detrás de la barra se abrió cuando la Cortahuesos pasó una mano por el ojo del dragón. Me quedé atenta al sonido de sus pisadas sobre las escaleras mientras tamborileaba los dedos. Entonces nos llegó un olor como a pescado encurtido desde el charco oscuro que se estaba coagulando sobre el suelo. Griflet se acercó dando saltitos, echándole un vistazo con un interés evidente.

—¿Qué es esa peste? —preguntó Caitriona, acercándose con cuidado—. ¿Alguna especie de veneno?

—Mejor no saberlo —dije.

Como habíamos bajado nuestras mantas para entrar en calor y no sabía qué más hacer, lancé la mía para cubrir el estropicio. Pegué un salto hacia atrás al ver que el líquido destrozaba la tela y consumía las hebras delgadas como las llamas con el pergamino. Un segundo después, todo el tablón del suelo se venció sobre sí mismo y un hilillo miserable de humo se alzó desde el agujero, como un espíritu que se liberaba de la prisión de su cuerpo.

Neve y yo nos inclinamos sobre la abertura chamuscada.

—Anda —dijo ella.

—Anda —asentí yo.

Casi había esperado que la Cortahuesos nos devolviera la mirada cabreada desde su taller, pero allí abajo solo había tierra y adoquines viejos.

—Que sepas que esa manta me la regaló un príncipe de Baviera —nos llegó la voz fastidiada de la Cortahuesos.

—Seguro que tu príncipe te puede comprar otra —repuse.

—Un poco complicado, dado que lleva muerto unos doscientos años —dijo ella.

El receptáculo de Viviane fue lo primero en aparecer por detrás de la barra, haciendo equilibrio con cuidado sobre un pedestal de madera. El corazón se me desbocó al verlo… Solo para dejar de latir al segundo siguiente al ver que el pedestal se ladeaba y el receptáculo se deslizaba peligrosamente hacia el borde.

El mundo se volvió un borrón a mi alrededor, en cámara lenta. Mientras me lanzaba a por él, sentí como si estuviese bajo el agua. Demasiado lejos… No iba a poder llegar.

Pero Caitriona sí que llegó, gracias a sus reflejos bien entrenados. El receptáculo quedó suspendido a medio centímetro del suelo, balanceado sobre la punta de sus dedos. El resto nos quedamos mirándola, con los ojos como platos.

—Vaya. —La Cortahuesos le dio un repaso—. Supongo que tendría que darte las gracias por eso.

No lo hizo, claro.

—Permíteme —dijo Caitriona, con frialdad.

—Ponlo ahí —le indicó la Cortahuesos, señalando una mesa que había cerca.

Dejó el pedestal sobre la mesa y se apartó para permitir que Caitriona depositara el receptáculo con muchísimo muchísimo cuidado en el centro.

Ya arreglado, el cráneo parecía más hecho de plata que de hueso.

No va a funcionar, dijo una vocecilla en mis adentros, siempre solícita. El pesimismo se alzaba en mi interior en oleadas constantes, y tras la nochecita que habíamos tenido, no sabía si iba a poder seguir manteniéndome a flote.

—Toma —dijo la Cortahuesos, sacando una velita del bolsillo de su vestido. La elección del día incluía una falda larga y de seda negra. Lo único que hacía era que me diera más la impresión de que una muñeca victoriana encantada me estaba devolviendo la mirada.

Los dedos de Caitriona permanecieron algunos segundos más sobre la curva del cráneo antes de aceptar la vela.

Una vez que la colocó en el interior del receptáculo, Olwen encendió la mecha con su magia. Ambas inhalaron con fuerza al ver

que los sellos del cráneo iluminaban las paredes que nos rodeaban.

—De momento vamos bien —dijo Emrys, quien aún seguía sentado a la barra.

Olwen intercambió una última mirada con Caitriona. Acarició el borde curvado del pedestal en lo que cerraba los ojos y tarareaba una suave melodía para dar inicio al encantamiento de resonancia del mismo modo que había hecho en Ávalon.

El pedestal crujió y se balanceó un poco cuando la parte de arriba empezó a girar en círculos. Unos sellos brillantes se proyectaron sobre Neve, las paredes y la Cortahuesos hasta que, por fin, giró lo bastante rápido como para que el misterioso lenguaje de la magia se convirtiera en unos destellos de luz cálida.

Se me pusieron los pelos de punta conforme el tarareo de Olwen se volvió más grave, más ronco. La melodía espectral parecía tirar de mí, tanto un lamento como una plegaria. Los bordes de cada sonido no tardaron en definirse y convertirse en palabras sin un origen o significado claro. Era como si la propia Olwen se hubiese convertido en el receptáculo y condujera el sonido hacia arriba a través del tiempo.

O quizás desde un mundo muy lejano.

El corazón se me congeló en el pecho. Miré de reojo a la Cortahuesos, en busca de alguna especie de reacción, pero su expresión era imperturbable.

Aunque el receptáculo había sido creado con magia de la muerte y un caldero de Annwn, lo que Olwen estaba usando era magia de la Diosa. Era extraño ver las dos magias colaborando, pero así había sido también cuando los druidas habían empleado la magia de la Diosa hacía mucho tiempo. Con los receptáculos, habían dado con un modo de alinear ambos poderes y esa colisión —la de reunir la muerte con un recuerdo que seguía vivo— era algo tan terrible como precioso.

Cuando Olwen abrió los ojos, su expresión era una llena de esperanza.

—¿Cómo podemos preguntar por el recuerdo perdido si no sabemos qué recuerdo es? —Fruncí el ceño—. El Señor de la Muerte solo se tomaría tantas molestias para llevarse un fragmento del cráneo por un puñado de razones, ¿verdad?

—E incluso menos como para que no haya preferido hacerlo pedazos y ya —acotó Caitriona—. Imagino que lo habría hecho si este contenía la clave sobre cómo destruirlo, así que debe ser algo que creyó que iba a necesitar más adelante.

—Le estáis dando demasiadas vueltas —dijo Neve y, tras inclinarse para quedar a la misma altura que el receptáculo, preguntó—: ¿Puedes mostrarnos el recuerdo más importante que guardes sobre el Señor de la Muerte?

La luz continuó proyectándose a nuestro alrededor y los ruiditos que soltaba el pedestal fueron la única respuesta que recibió.

Nada. Apoyé la cadera contra la mesa y solté un suspiro. Olwen se mordió el labio hasta dejárselo blanco. Caitriona se limitó a soltar un resoplido, meneando la cabeza.

—¿Estás segura de que lo has reparado bien? —le preguntó Emrys a la Cortahuesos. Algo bastante atrevido por su parte, dada la mirada fulminante que le lanzó en respuesta.

—Mi trabajo ha sido perfecto, como siempre —le aseguró—. Pero me temo que habéis hecho la pregunta incorrecta. La pregunta es subjetiva y un hechizo no puede decidir algo así. Necesitáis ser más precisas.

—¿Qué recuerdo o recuerdos te faltaban? —sugerí.

—No tiene ese nivel de conciencia —dijo la Cortahuesos—. Gracias al cielo.

—Entonces podríamos pedirle que nos muestre todos los recuerdos relacionados con el Señor de la Muerte —volví a intentarlo.

—Habría cientos y cientos entre los que buscar —dijo Olwen—. Se lo mencionaba en muchas de nuestras lecciones y en los cánticos. Y ni siquiera estoy segura de si podría recordar cuál es el que falta.

—Ah —dije—. Ya veo.

—¿A qué recuerdo le teme más el Señor de la Muerte? —propuso Emrys—. No, que eso también es subjetivo.

—Así es —asintió Caitriona. Frunció un poco el ceño, pensativa, y pareció que iba a decir algo, pero al final se quedó callada.

—¿Qué pasa? —la animó Olwen.

—Viviane era muy pragmática —dijo Caitriona—. Solía decirme que ella y Morgana eran como una sola entidad, que ella era el

cerebro y Morgana, el corazón. Así que siempre nos aconsejaba que no actuáramos solo por lo que nos exigían nuestras emociones y que no pecáramos de orgullosas si necesitábamos pedir ayuda.

—Sabios consejos —comentó la Cortahuesos.

—Sí, todo lo que dices es cierto —afirmó Olwen—. Pero creo que no te sigo.

—Para cuando la oscuridad se cernió sobre Ávalon, las sacerdotisas mayores ya habían muerto —continuó Caitriona—. Y los caminos que daban a las demás Tierras Alternas estaban cerrados. Sabemos que como mínimo sospechaba que podía tratarse del Señor de la Muerte recuperando su fuerza, pero no sabía cómo detenerlo. Por lo que se lo habría consultado al único ser con vida que pudiese saberlo.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Olwen.

—Pero qué lista eres. Ya lo hemos preguntado antes, pero no había recuerdos por los que hacer la resonancia.

—Exacto —dijo Caitriona—. Si encontramos uno ahora, sabremos que es ese el que el Señor de la Muerte intentó esconder.

—Lo que decís suena muy interesante —interpuso Emrys—, pero ¿nos haríais el favor de compartirlo con el resto?

Caitriona se volvió hacia el receptáculo.

—Nos gustaría ver todas las profecías que hizo Merlín sobre el Señor de la Muerte.

—Cerrad los ojos —nos pidió Olwen.

Mi mirada se dirigió hacia Emrys, atraída por alguna especie de impulso autodestructivo, pero este ya había cerrado los ojos, así que hice lo mismo.

Cuando Olwen empezó a tararear de nuevo, la canción pareció hundírseme en la piel y resonarme en lo más hondo de los huesos. Una sensación cálida y vibrante me recorrió la columna.

Las sombras que veía detrás de los párpados permanecieron algunos segundos más. Cerré los puños con fuerza a los lados hasta que mis uñas descuidadas se me clavaron en las palmas.

No está funcionando, pensé angustiada.

Y, cómo no, fue entonces que lo oí.

El sonido de unos pasos rozando sobre la piedra. El goteo de un agua que no podía ver. Una mecha encendiéndose y cobrando vida.

El sendero bajo el torreón se reveló con unas pinceladas sedosas que provenían de una luz trémula. Entonces apareció la mano pálida que la sostenía, con una piel tan frágil como para que las venas azuladas que le recorrían el dorso quedaran a la vista. Y, finalmente, la mujer en cuestión. A Olwen se le escapó un jadeo ahogado desde el fondo de la garganta.

Solo se veía parte de su rostro bajo la capucha de su capa azul medianoche conforme la mujer avanzaba por el pasillo oscuro. Aunque sus facciones eran atractivas, se habían suavizado con el paso del tiempo. Unos mechones blancos como la nieve se le escapaban de la larga trenza que le caía sobre un hombro.

Las marañas de raíces que había por todo el suelo y las paredes se apartaban ante su presencia y retrocedían de vuelta a las piedras como si fuesen unas serpientes domesticadas. La mujer aceleró el paso hacia su lugar de destino.

Tras respirar hondo, esperó a que el muro de raíces que resguardaba la entrada hacia el camino secundario se apartara para continuar hacia la figura oscura que había más allá. La corteza del árbol de la Madre se desplazó cuando el cuerpo que tenía atrapado en su interior se removió para emerger entre la madera más suave y la savia y mostrarse ante su visitante. El blanco de sus orbes relució en la oscuridad. El crujido de la corteza que se produjo cuando la criatura se obligó a abrir la boca hizo que un escalofrío la recorriera.

—Acaso son las sombras… o mis ojos lo que me engañan… —pronunció la criatura con voz rasposa—. ¿Es Viviane de Ávalon… encorvada y afectada por el paso de los años?

—Merlín. —Su voz sonaba cansada—. Cielo santo, cómo te has… consumido.

—Te he llamado en otras ocasiones… y no has venido… —continuó Merlín—. Pronuncié tu nombre… hacia las sombras…, pero estas no… te trajeron hasta mí.

—Tenía asuntos más importantes que atender que escuchar cómo se podrían los últimos vestigios de tu mente —respondió ella, cortante—. Pero ahora me eres de utilidad.

La criatura soltó una carcajada horrible y sibilante.

—¿Qué enredo… no es capaz de resolver… la gran Viviane…, que acude a buscar… la ayuda de… alguien como yo? —consiguió articular Merlín—. ¿Quizás la oscuridad… que se cuela por la isla…? El veneno… que ha imbuido las raíces…

Aunque Viviane era una mujer alta que se erguía con el porte de una reina, la pregunta la hizo retroceder y encogerse por el susto.

—¿Ya ha alcanzado al árbol de la Madre?

Merlín no le contestó.

—No seas insensato —dijo Viviane—. Si llega al corazón de la isla, tú mismo te verás consumido por ello.

—Va a ser… un final —contestó él.

La expresión de Viviane se endureció por la rabia.

—¿Se trata de él, entonces? De tu antiguo señor.

—No era… mi señor, solo… un guía…

—No tengo tiempo para ponerme a debatir sobre tu decisión errada de adorar el altar de un dios falso —interpuso Viviane—. Te estoy preguntando, como suma sacerdotisa y la última protectora de Ávalon, si tú, pastor de reyes, guardián de historias y profeta de sueños, has tenido alguna visión sobre lo que está por venir.

Merlín soltó un resoplido que expulsó varios escarabajos de entre sus dientes podridos. Aun así, los halagos y la deferencia bastaron para convencerlo y hacer que hablara de nuevo.

—He visto mucho…, cuando los caminos se congelen…, cuando el mundo retumbe y llore sangre…, cuando la oscuridad consuma al sol —dijo, cerrando aquellos ojos tan horribles.

—Siempre con tus acertijos endemoniados —se quejó Viviane.

—Los mundos cantarán sobre su llegada, las cadenas de la muerte se romperán…, un nuevo poder nacerá de la sangre —terminó—. Ya sabes… de lo que hablo. El final… ha llegado. Va a hacerse… con aquello… que se le prometió.

Viviane ahogó un jadeo.

—No llegaremos a eso. No si me dices cómo detenerlo. ¿Has oído algún susurro en el viento? ¿Te ha llegado la respuesta en un sueño? Eres demasiado listo como para no haber ideado algún modo de escapar de él.

Merlín siguió con los ojos cerrados y los labios quietos.

—Has tenido siglos para pensar en el modo en que traicionaste a esta

isla —dijo Viviane—, la misma que te abrió los brazos cuando el mundo mortal bien podría haberte arrancado el corazón del pecho. ¿No sientes ningún deseo por expiar tus pecados?

Aun con todo, el druida permaneció en silencio. Lo disgustada que estaba Viviane era muy evidente, pues prácticamente temblaba de furia. Extrajo una daga de su cinturón y se acercó a él.

—En ese caso te cortaré en pedazos y te reduciré a cenizas como tendría que haber hecho hace mucho tiempo…

Con un movimiento de su daga, un trozo arrugado de corteza se le separó de la mejilla y cayó al suelo. Una herida llena de pus y savia se abrió en la cara de la criatura.

—¿Eso es… todo? —La risa del druida era grave, llena de lástima—. Nunca has tenido… las agallas… para hacer… lo que debes. Es por eso por lo que… perdiste a… lady Morgana… y por lo que… vas a perder todo lo… que quieres…

Viviane retrocedió al oír el nombre de Morgana, con las fosas nasales hinchándose por la rabia. Por el dolor.

—Encontraré la respuesta en alguna otra parte —prometió—. Y tú… Tú seguirás siendo nada más que un despojo de lo que fuiste en otros tiempos.

Su capa ondeó sobre el suelo cuando dio media vuelta y empezó a alejarse a grandes zancadas por el pasillo.

—Recurre a mí… sin esperanzas… —continuó Merlín con aquella voz laboriosa y áspera—, pues soy el… Espejo de las Bestias… y mi plata promete la eternidad… al capturarlo todo… en mi reflejo.

Viviane ralentizó el paso, si bien solo un momento.

—El espejo se encontrará… fuera de tu alcance… para siempre jamás —rugió a sus espaldas con malicia y salivando tras cada palabra—. Y tú… vas a morir gritando… ¡como todos los demás!

Abrí los ojos de par en par al resurgir del recuerdo.

Tuve que apoyar una mano en la mesa cuando un mareo repentino me sobrevino. Necesitaba más que unos pocos segundos para aceptar las vistas de la taberna bañada por el sol tras haber pasado un rato en

la oscuridad de los pasadizos ocultos de los recuerdos de Viviane.

Olwen se secó las lágrimas que se le habían derramado y se tomó un momento para recomponerse. Caitriona parecía más afectada de lo que la había visto nunca.

—¿Ese es el único recuerdo? —preguntó Neve en lo que el pedestal crujía hasta detenerse. El receptáculo nos devolvió la mirada con sus cuencas vacías, como la manifestación de la promesa final de Merlín.

—Creo que lo que deberíamos preguntarnos es… —empecé con una calma que en realidad no sentía— ¿qué diantres es el Espejo de las Bestias?

11

Existen pocas cosas en la vida que toquen más las narices que una pregunta sin una respuesta obvia o una historia sin fin. Y, cuando me veía con un misterio semejante, solo había un lugar al que quería ir.

La biblioteca de la cofradía estaba en silencio al ser de noche, iluminada con el brillo cálido de la chimenea y las lámparas que había repartidas por las mesas y estanterías. Con las horas de diferencia, apenas pasaba de la medianoche; mi momento favorito del día para hacer una visita.

No era extraño que algún que otro Saqueador de la cofradía se quedara hasta las tantas investigando, tomándose una copa para celebrar hazañas de antaño o presumiendo de sus últimos hallazgos, pero después de lo que habíamos visto en la Cacería Salvaje, lo vacía que se encontraba aquella casa antigua era una señal muy clara y nada positiva.

—Madre mía —exclamó Neve en un susurro al salir del vestíbulo y avanzar hacia la colección principal. Acababan de pulir la madera oscura que nos rodeaba y tenía un brillo que hacía que la estancia pareciera un palacio.

Me sentía orgullosa y contenta de poder mostrarles otro cachito de mi vida, sin importar las circunstancias.

Olwen se quedó mirando los vitrales de las ventanas que había en la parte de atrás, fascinada, pero Caitriona solo tenía ojos para lo que se exhibía en la vitrina central.

—Es Goswhit —dijo Emrys, asomándose desde detrás de ella—. El casco que el rey Arturo heredó de su padre, Uther Pendragon.

Por mucho que estuviera abollado y lleno de marcas por el sinfín de golpes que debía de haberse llevado, costaba un poco no decepcionarse al ver lo simplona que parecía la reliquia. Fuera cual

fuese la magia que hubiera ostentado en su momento, hacía mucho que se la habían arrebatado o que la había perdido.

—*Hallazgo de Eos Dye* —leyó en la placa—. ¿Pariente tuyo?

—Era mi abuelo —dijo él—. Curiosamente, se llevó un porrazo de una maldición aplastacráneos durante ese encargo.

—Lástima que no fueras con él —farfullé.

Cada parte racional de mi ser me había exigido a gritos que dejásemos tirado a Emrys en la taberna de la Cortahuesos, pero no conseguí obligarme a luchar sabiendo que iba a perder. Sabía perfectamente a dónde nos dirigíamos y no dudaría en seguirnos. Como mínimo, al tenerlo con nosotras podía mantenerlo vigilado.

Estaba convencida de que tenía alguna otra intención para hacer todo lo que había hecho y pretendía averiguar qué era e impedir que lo consiguiera, aunque fuese lo último que hiciese en la vida.

—¿Todas esas son Inmortalidades? —preguntó Neve desde detrás de una estantería que había cerca—. ¿Y cuánto hace que vuestra cofradía lleva acaparando todos estos conocimientos, si se puede saber? ¿El Consejo está enterado?

—Esos son diarios de Saqueadores, pero, si me lo permitís, os daré el *tour* completo del lugar, incluido dónde podéis encontrar las Inmortalidades —dijo Emrys. Su ademán cortés me hizo rechinar los dientes.

Olwen y Caitriona fueron con ellos, pasaron por detrás de las estanterías llenas de folclore y compendios de cuentos de hadas, al otro lado de la chimenea y las butacas de cuero elegantes, hasta desaparecer entre las pilas de libros que había en la siguiente estancia.

No tenía corazón para decirles que no iban a encontrar nada sobre el Espejo de las Bestias en aquellas Inmortalidades. Las había leído todas, incluso los tomos delicados que parecían a punto de convertirse en polvo, y ese nombre no salía en ninguna de ellas.

Muy para mi sorpresa, la Cortahuesos había parecido igual de sorprendida por lo del espejo como nosotros. O quizás sabía que no podíamos permitirnos pagarle por su ayuda. El receptáculo no contenía ningún otro recuerdo sobre el Espejo de las Bestias porque… así eran las cosas. Al no tener ningún lugar en el que guardarlo y para aprovechar la oportunidad de tachar uno de los muchos favores que le

debía, dejamos que la Cortahuesos se quedara con el receptáculo de Viviane en su taller para que pudiera explorar los recuerdos de la suma sacerdotisa, con la promesa de que nos dejaría acceder a él cuando lo necesitáramos.

Los gatos de la biblioteca me bufaron como si me desearan mala suerte al verme pasar, con unos ojitos que relucían desde las estanterías en penumbra. Dos de ellos, Titán y Duquesa, bajaron de un salto de una pila de mapas del siglo diecisiete, agitando la cola hacia adelante y hacia atrás en un gesto amenazante. Griflet se arrebujó todo lo que pudo en el bolsillo de mi chaqueta, temblando.

—Venga ya, dejadnos en paz, bichejos —les dije—. Si hasta os di el biberón cuando no erais más que unas ratitas diminutas.

Ambos saltaron para subirse a una mesa cercana, con la cola aún agitándose, y me dispuse a seguir el sonido de una aspiradora que provenía de la sala contigua.

Me frené un poco al pasar por una pared llena de taquillas de madera. Alguien, al asumir lo peor y no equivocarse, había cubierto las de Septimus Yarrow y sus compinches con los clásicos paneles de tela negra y traslúcida que eran una señal de duelo. Los arranqué todos y los embutí en una de las papeleras que había cerca.

Bibliotecario estaba pasando la aspiradora, muy contento él, haciendo círculos sobre las moquetas, sin siquiera sospechar que la mayor parte de la cofradía se había sumado a las filas de una hueste de no muertos.

Al ver que me acercaba, apagó el electrodoméstico y comenzó a recoger su largo cable de alimentación hasta colocarlo sobre el asa. Entonces se me ocurrió que seguro que podíamos permitirnos comprarle una aspiradora mejor y más nueva al autómata, una que no tuviese el estorbo que era el cable, pero que él jamás la aceptaría. A Bibliotecario le gustaba mantener las tradiciones, no hacer nuevas.

Una sensación de calidez me invadió al verlo y noté que se me cerraba la garganta. Era absurdo, pero no me había dado cuenta de lo mucho que había querido verlo hasta entonces y del alivio que me suponía después de todo lo que habíamos pasado. Su cuerpo de bronce eterno e inmutable, su expresión plácida que en ocasiones me parecía comprensiva y, cuando uno se saltaba una regla, totalmente asesina.

La constancia que suponía él en un mundo decidido a ponerse patas arriba una y otra vez hizo que los ojos me escocieran por las lágrimas.

—¡Buenas noches, joven Lark! —me saludó con alegría.

Aún me resultaba muy sorprendente oír su voz en mi idioma gracias a la Visión Única después de haberme pasado tantos años hablando con él en griego antiguo. Y también me seguía pesando descubrir que había sido la única pringada en toda la condenada cofradía que había tenido que aprenderlo a la vieja usanza.

—Buenas noches, Bibliotecario —dije—. Espero que no te moleste, he traído a unas cuantas visitas porque tenemos que investigar unas cosas.

—Ningún problema, joven Lark —repuso el autómata—. Tendréis la biblioteca para vosotros.

Recordé por un instante el aspecto espectral de Endymion Dye.

—¿Ah, sí? —pregunté en un hilo de voz—. ¿No ha estado viniendo mucha gente?

—Muchos miembros de la cofradía se han ido a Inglaterra —contestó—. Para ver qué encuentran en las ruinas que han aparecido en Glastonbury.

Pues claro que habían ido a Glastonbury, a las ruinas de Ávalon. No sé qué esperaba. No iban a respetar ningún perímetro que establecieran los inspectores o investigadores mientras evaluaban lo sucedido. Casi podía verlos, rodeando los restos de Ávalon como los buitres que eran, a la espera para poder arrasar con cualquier reliquia valiosa que hubiese quedado entre los huesos. Ellos y todos los demás Saqueadores del mundo, sin duda.

Pensar en ello hizo que resurgieran los recuerdos sangrientos de los últimos días de la isla y que me doliera el alma.

—¿Tú estás bien? —me preguntó Bibliotecario—. Llevaba tiempo sin verte.

Y así había sido. Por mucho que hubiesen pasado apenas unos días en Ávalon, en nuestro mundo habían transcurrido tres meses.

Carraspeé un poco para intentar recomponerme en lo que recogía la aspiradora y me dirigía a la oficina diminuta que tenía Bibliotecario. Tras dejar el aparato en su rincón de siempre, noté el corazón calentito al ver su escritorio bien ordenado y los estantes

llenos de cachivaches que decoraban las paredes: plumas, cristales bonitos y amuletos de buena suerte; todos ellos cosas que Cabell y yo habíamos recuperado en nuestros encargos y que habíamos traído para él.

—Aún los conservas —murmuré en voz baja.

—Pues claro —dijo él. Aunque su voz carecía de emoción, lo noté confundido de todos modos—. Son mis tesoros.

Necesité un momento para poder hablar de nuevo.

—Sé que es mucho pedir, pero ¿te importaría si usamos el ático por unos días? Solo para dormir.

—Esta es tu casa —declaró Bibliotecario—. Y siempre lo será.

No se me escapaba la ironía de que un autómata ancestral que carecía de una mente y corazón humano había tenido más compasión con un par de huérfanos que una cofradía entera.

En lugar de ponernos de patitas en la calle, Bibliotecario nos había permitido vivir en secreto en el ático. Nos había llevado comida y agua y hasta nos había educado como había podido. Quizás había intuido de algún modo que, al igual que él, no éramos como los demás integrantes de la cofradía y por ende siempre nos iban a tratar de ese modo.

—Será muy agradable volver a sentarnos junto a la chimenea a leer un rato —dijo.

Esbocé una leve sonrisa al pensarlo. Cada noche, después de que el último Saqueador se hubiese marchado, Cabell y yo bajábamos del ático y lo ayudábamos a alimentar a los gatos de la biblioteca para luego acomodarnos frente a la chimenea, los tres, y leernos el uno al otro. Había sido una existencia sencilla y apacible, y daría cualquier cosa por volver a tenerla algún día.

La idea hizo que se me formara un nudo en el estómago, pero sabía que por mi hermano era capaz de hacer eso y más.

Cabell merecía tener una vida así de nuevo.

Bibliotecario se percató de la cabecita gris que se asomaba por el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Un nuevo tesoro?

Con mucho cuidado, saqué al gatito tembloroso de mi chaqueta y lo dejé sobre las manos de bronce de Bibliotecario. Griflet me dedicó

una mirada del terror más absoluto, pero sabía que Bibliotecario no le haría nada. Él nunca le haría daño a una criatura inocente.

—Parece que a los demás gatos no les hace mucha gracia, así que no sé si podrá quedarse —le dije.

Bibliotecario acarició con un dedo el lomo del gatito.

—Es muy complicado cuando los demás solo ven nuestras diferencias.

—Es cierto —asentí.

El mercurio que fluía por su cuerpo zumbó suavemente por los tubos de cristal que se le veían en las articulaciones y que simulaban venas. Me lo quedé mirando, al líquido, y me quedé sin respiración al darme cuenta, por primera vez, de lo mucho que se parecía a la plata líquida que había visto en el caldero de Ávalon.

Pero no era solo que se pareciera. Eran idénticas.

«Lo que tienes ante tus ojos es magia de la muerte destilada en su forma física», me había explicado la Cortahuesos. «De este modo puede usarse para fines más específicos como, por ejemplo, reparar o crear un receptáculo».

O quizás, para darle vida a un hombre hecho a base de partes metálicas.

La Cortahuesos había declarado que la magia de la muerte no tenía por qué ser algo malo por naturaleza, sin importar de donde proviniera o el modo en que pudiera ir destruyéndote el alma. Al ver la ternura con la que Bibliotecario trataba a Griflet, empecé a creer que eso podía ser cierto.

—Bibliotecario, ¿alguna vez has oído hablar sobre algo llamado el Espejo de las Bestias? —le pregunté—. Es algo relacionado con Annwn y su rey.

—Qué frase más curiosa, *El Espejo de las Bestias* —dijo, ladeando la cabeza tanto como le era posible—. ¿En qué contexto la has oído o leído?

Le repetí la profecía (el acertijo, más bien) de Merlín.

—Si bien muchas adivinanzas no se expresan de forma literal —empezó Bibliotecario—, esta sí que parece describir un espejo. ¿Te gustaría que te ayude a investigarlo, joven Lark?

—Toda la ayuda que nos puedas brindar es bienvenida —le dije,

aceptando el peso delicado de Griflet cuando lo depositó de vuelta en mis manos—. Muchas gracias.

—¿Joven Lark? —me llamó él, al empezar a alejarme para buscar a los demás—. ¿Tu hermano también ha venido? Me encantaría verlo a él también.

—No —respondí en voz baja—. Cabell no ha venido hoy.

Volví sobre mis pasos entre las pilas de libros, resiguiendo un camino que había tomado miles de veces. El aroma del barniz y del papel viejo me inundó el pecho y consiguió calmar algo de la tensión que me aquejaba. Ralenticé el paso para apoyarme contra una estantería e intentar ordenar mis ideas. Una luz cálida que se colaba entre las estanterías a mi derecha pareció exigir mi atención.

Aquella masa de ámbar había sido la cuota de entrada para un miembro de la cofradía de hacía un siglo, al que se le recordaba por haberla palmado en su primer encargo en una bóveda. Me acerqué en aquella dirección, atraída como siempre por su brillo del color de la miel. En lugar de sentarme frente a ella como solía hacer de pequeña, me agaché para examinar el cuerpo de la araña y el escorpión, eternos prisioneros de su destino.

Las palabras de Merlín volvieron a mi mente, entre susurros como de humo. «Al capturarlo todo en mi reflejo…».

Me enderecé de golpe, como si una corriente eléctrica me hubiese recorrido entera al comprenderlo. Me volví hacia Griflet, quien me devolvió la mirada como si me hubiesen salido dos cabezas o algo así.

—No puede ser tan fácil…

La biblioteca se volvió un borrón mientras volvía a la cámara central, rauda como una flecha. Casi me había quedado sin aliento para cuando llegué hasta donde estaban las demás.

Se habían acomodado frente a la chimenea y pintaban una escena muy acogedora. Neve había escogido una de las butacas enormes de cuero y tenía los pies recogidos a un lado mientras leía una Inmortalidad, devorando cada palabra sin darse cuenta de cómo la observaba Caitriona desde el sofá tapizado, con *Una travesía por las*

leyendas galesas sin abrir sobre el regazo.

Olwen se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas y tres libros distintos abiertos frente a ella, aunque toda su atención estaba en la cuerda de una lámpara que tenía cerca, maravillada al darle tironcitos y ver cómo se encendía y se apagaba, una y otra vez.

—Magnífico… —susurró—. ¡Ah!

Pegó un bote, primero al verme a mí y luego a Bibliotecario, que iba traqueteando al cruzar la estancia. Sabía que iba de camino al vestíbulo, para dejarlo impecable y proceder a retirarse a su oficina durante el resto de la noche.

—Cuando dijiste que casi parecía un humano, no imaginé que…

—Creo que ya sé lo que es el Espejo de las Bestias —solté de sopetón, sin poder contenerme.

—¿Lo sabía Bibliotecario? —preguntó Neve, confusa.

—A ver, que de vez en cuando se me ocurren cosas a mí solita y sin ayuda, eh —dije, pasando de los gatos que se habían empezado a reunir en la parte alta de las estanterías para soltarnos bufidos. Griflet se arrebujó más en el bolsillo de mi chaqueta, sin atreverse a salir.

—Ajá —dijo ella—. ¿Y qué es?

—Creo que es algo que conocemos como el Espejo de Shalott —contesté. La verdad es que no sabía cómo no se me había ocurrido antes—. Tiene unas bestias talladas en el marco, tanto de este mundo como del de las hadas.

—¿Shalott? —repitió Neve, echándoles un vistazo a Olwen y Caitriona, quienes parecían igual de confundidas—. ¿De qué me suena ese nombre?

—Hay una historia que es muy conocida, un poema más bien, sobre una mujer. La dama de Shalott —expliqué con impaciencia. Era por eso por lo que a Cabell siempre se le había dado mejor contar las historias. Yo quería llegar al meollo lo antes posible—. Vivía atrapada en una torre, condenada a solo poder ver el mundo exterior a través de un espejo. Cuando escapó de la torre, la maldición se la cargó y al final la encontró Lancelot flotando por un río de camino a Camelot.

—¿Alguien te ha comentado alguna vez que tienes un don con las palabras? —repuso Neve, nada sarcástica ella—. Me has conmovido tanto que voy a llorar.

Sin embargo, Olwen sí que parecía muy angustiada.

—Qué historia más horrible.

—Ay, eso no es nada —le dije—. Como siempre, lo que pasó en realidad es muchísimo peor: a diferencia de lo que dice el poema, todo esto pasó poco después de la muerte de Arturo y la caída de Camelot. La señora de la historia tenía como rival a una hechicera. Ambas estaban encaprichadas con el mismo caballero, así que la hechicera la encerró en un espejo para deshacerse de la competencia.

—No me digas —dijo Caitriona, con expresión sombría.

—Oye, que quizás la tal dama de Shalott se lo tenía bien merecido —acotó Neve, alzando un dedo—. ¿Os habéis puesto a pensar en eso?

—¿Se merecía que la encerraran en las profundidades insondables de un espejo? —preguntó Olwen, horrorizada.

—Siendo que la mayoría de las Inmortalidades se refieren a la situación como «el desafortunado incidente Shalott», parece que todas están de acuerdo en que no se lo merecía —acoté—. Y es por eso por lo que alguien fue y la liberó.

A su debido tiempo.

Unos cuantos siglos después.

—Pensadlo un poco —les dije—. ¿Y si resulta que no existe un modo de destruir un alma y es por eso por lo que a las que están corrompidas se las encarcela en Annwn y por lo que Morgana y compañía solo pudieron acabar con la forma física del Señor de la Muerte? El llevar la corona de Annwn le permite un acceso sin límites a toda la magia de la muerte de ese lugar para alimentar su alma. Quizás el único modo de detenerlo es encerrándolo.

—¿Y qué tiene de especial este espejo? —quiso saber Olwen.

—¿En qué sentido?

—¿Qué es lo que distingue este espejo que no puede replicarse al poner los mismos encantamientos en algún otro espejo u objeto? —preguntó.

—Pues, si crees lo que dicen las Inmortalidades, lleva tanto tiempo perdido que nadie ha sido capaz de descifrarlo y de replicar los hechizos que tiene —dije—. Quizás lo hizo la propia Diosa o se creó en…

Apenas me interrumpí a tiempo.

Pero ellas sabían qué había querido decir.

—En Ávalon —terminó Olwen en voz baja—. O en otra de las Tierras Alternas que le pertenece a los feéricos. Tienen unos artesanos magníficos.

Asentí.

—¡Uuuh! —exclamó Neve de pronto, cerrando la Inmortalidad de un golpe—. ¿Y si eso es lo que cree el Señor de la Muerte que está en poder de las hechiceras? Tampoco sabe exactamente qué es el espejo, solo cree que puede destruirlo, así que necesita hacerse con él primero.

Olwen soltó un sonidito pensativo.

—Pero Morgana y las demás le ofrecieron algo que él ya conocía, algo que deseaba tantísimo que estuvo dispuesto a dejar que mataran a sus siervos más leales.

—Tienes razón —dijo Neve—. Quizás lo entendamos cuando demos con el espejo. Puedo escribirles a las hechiceras y pedirles que empiecen a buscarlo ellas también. ¿Quizás Madrigal quiera ayudarnos de nuevo?

—Ni pensarlo —decidió Caitriona—. Esto es algo que tenemos que hacer por nuestra cuenta.

—¿Por qué? —quiso saber Olwen—. ¿Por qué no podemos hacer que más personas lo busquen también?

—¿Y arriesgarnos a que nos traicionen? —repuso Caitriona, lanzándome una miradita suplicante.

—Lo siento —me disculpé, y lo decía en serio—. Pero yo también creo que las hechiceras tienen las mismas ganas de verlo atrapado en un espejo que nosotras. Ya si están dispuestas a ayudarnos o no es otra cosa.

Caitriona se echó hacia atrás en su sofá y se cruzó de brazos.

—Juntas hasta el final —le recordó Olwen.

Caitriona suspiró y asintió.

Entendía su preocupación. De verdad que sí. Sin embargo, cuanto antes encontrásemos el Espejo de Shalott, fuéramos nosotras o las hechiceras, antes podría liberar a mi hermano del agarre mágico que tuviese el Señor de la Muerte sobre él.

Y no volver a verle el careto a Emrys Dye nunca más, pensé, aunque

la idea no me consoló mucho que digamos.

—Coméntaselo a Bibliotecario —le dije a Neve—. Tiene un modo de enviarles cartas a las hechiceras.

—¿Se te ocurre dónde podríamos empezar a buscar? —me preguntó Olwen.

—No —contesté—. He oído algunos rumores de que una de las cofradías de Europa lo tiene, pero no es nada seguro.

Intentar resolver todo aquello me hacía sentir bien, como si por fin estuviésemos avanzando tras haber pasado dos días intentando por todos los medios dejar de ir dando tumbos. Aun con todo, notaba un tirón en el fondo de mi mente que me decía que algo faltaba.

Bueno, algo no. *Alguien*. Aquel con el que me había acostumbrado a debatir ideas en Ávalon, cuando todos los demás estaban ocupados haciendo otras cosas.

—Eh… —empecé—. ¿Y dónde se ha metido nuestro traicionero intento de amigo?

—¿Emrys? —preguntó Olwen—. Ha dicho que iba a investigar un poco por su cuenta.

—No me digas —repuse de forma sombría, antes de entregarle a Griflet a Neve—. Ya vuelvo.

12

Solo había bajado al nivel más inferior de la biblioteca una vez en la vida, mientras jugaba al escondite con Cabell a la medianoche.

Tras descubrirnos escabulléndonos por las escaleras como el par de briboncillos que éramos, Bibliotecario nos había pedido de forma explícita que no volviésemos a bajar a esa zona. Y, todo sea dicho, los propios miembros de la cofradía habían sido menos impedimento que el candado de acero que él había puesto. No habíamos conseguido forzar el estúpido cacharro ese por mucho que lo intentáramos.

Aquella vez, encontré la puerta abierta.

El nudo que tenía en la tripa y que no había querido reconocer empezó a ajustarse. Si ese gusano traicionero no estaba allí abajo…

¿Y a ti qué más te da?, pensé. Que se fuese corriendo de vuelta con Madrigal para contarle lo de la profecía de Merlín. Alas y buen viento. Eso demostraría que todo lo que había hecho hasta el momento no era para enmendar sus errores. Y yo tendría razón, como siempre había creído.

Meneé la cabeza y seguí avanzando.

Hacía siete años, el sótano había estado atiborrado de pilas y pilas de cajas de madera y de cartón viejo con estantes vacíos a la espera de que alguien los llenara. No había podido quedarme el tiempo suficiente para explorar; el lugar apestaba al veneno que habían usado hacía poco para aniquilar la dinastía de ratas que había intentado combatir contra los Saqueadores para declararse dueños del edificio.

Por aquellos tiempos en los que la biblioteca había sido la bóveda de una hechicera, aquella había sido la cámara central y aún mantenía algunos indicios de ello: los sellos de maldición que habían emborronado, unos nichos pequeñitos en los que se guardaba con cuidado cada tesoro, un candelabro hecho de unos huesos imposibles

de identificar y una larguísima y retorcida escalera con la forma de una serpiente gigante.

Bajé despacio y eché un vistazo rápido a mi alrededor para ubicarme. Estaba igual de fría y húmeda que como la recordaba, pero los Dye habían mejorado el lugar. Habían puesto unas alfombras antiquísimas y desteñidas para cubrir el suelo de mosaicos resquebrajados y habían colocado unos candeleros en las paredes que parpadearon hasta encenderse cuando pasé por el lado de un sensor de movimiento.

De las cajas no había ni rastro, y las estanterías vacías habían pasado a formar filas ordenadas, llenas hasta reventar. Había Inmortalidades (encuadernadas en cuero o recubiertas de escamas) encadenadas a las baldas. El ambiente estaba cargado con la peste a putrefacción y sangre antigua.

Y había… tantísimos. Muchísimos más libros e Inmortalidades de los que podía recordar. O de lo que me habría imaginado.

La tensión que sentía en el estómago se relajó al respirar.

Emrys se encontraba en el otro extremo de la sala, con las manos apoyadas sobre un escritorio antiguo y encantador. Movía los labios en silencio mientras examinaba el libro frente a él, con la ayuda de la luz de una lámpara de estilo Tiffany.

—Seréis… —Me detuve al llegar al último escalón, indignada—. Seréis cabronazos.

—Tal como van las cosas, ese casi que es el lema de la familia —comentó él, distraído—. Vas a tener que ser un poquito más específica con tus reclamos.

La cantidad de materiales que tenían allí escondidos era casi obscena, pero lo que resultaba más indignante aún era saber que aquella colección simplemente eran los sobrantes de una que era incluso más grande y que guardaban en su mansión. Unas Inmortalidades y reliquias totalmente ajenas para el resto de nosotros.

Me abrí paso entre las estanterías, intentando capturar en mi memoria los nombres que aparecían bajo las Inmortalidades.

—¿No habías estado aquí antes? —preguntó Emrys, tras abandonar el libro que estaba leyendo para pasearse por el extremo más alejado de las estanterías y observarme—. Creí que te habrías escabullido por

aquí solo para demostrar que podías.

—No desde los buenos tiempos en los que servía como cementerio para ratas —señalé—. ¿El objetivo de tener toda esta colección aquí acumulando polvo es recordarnos a los demás que no somos más que simples plebeyos?

—Intentaré recordar preguntárselo a mi padre antes de destruir lo poco que quede de su alma consumida —dijo él.

Volvió al escritorio y, tras echar un último y largo vistazo en derredor, fui con él.

—No se puede matar lo que ya está muerto —le recordé. Aquella había sido una de las moralejas favoritas de Nash cuando nos contaba historias de miedo.

—Lo sé —dijo Emrys, deslizando un dedo sobre el libro (alguna especie de registro) que tenía frente a él—. Por eso creo que lo que estamos buscando es el Espejo de Shalott.

Me quedé boquiabierta, con el fastidio pinchándome como si de una avispa se tratara. Me moví hasta el otro lado del escritorio, para quedar cara a cara con él.

—No me creo que lo hayas descifrado tú solito.

Emrys se limitó a sonreír con picardía.

—¿Cuándo se te ha ocurrido? —exigí saber.

—Lo sospeché de inmediato por todas las criaturas que tiene en el marco —dijo, dándole la vuelta al libro para luego inclinarse hacia mí—. Pero quería averiguar quién lo tiene en estos momentos antes de comentárselo al grupo.

Mentiroso, pensé, y la palabra me resonó entre los huesos. Si no hubiese bajado al sótano, si no hubiese visto lo que estaba investigando, ¿habría compartido con nosotras su teoría? ¿O se habría escapado en silencio antes de que nos percatáramos de su ausencia?

Le sostuve la mirada, de pronto muy consciente de lo cerca que estábamos el uno del otro.

—¿Seguro que no lo has hecho para dejarnos tiradas?

Frunció el ceño y, por un segundo, apenas perceptible, habría jurado que bajó la vista a mis labios.

Noté esa mirada por todos lados, como una corriente de calidez que se me extendía desde lo más hondo. Unas sombras se congregaron

a nuestro alrededor hasta que las Inmortalidades, las paredes, el escritorio, todo menos él, desapareció de mi vista.

—¿Tenías miedo de que me marchara otra vez? —preguntó en voz baja. Con ternura. Me miraba con los ojos entornados, tragando en seco al inclinarse un poquitín más cerca. Apenas lo oí agregar—: Y yo pensando que no querías que os acompañara…

Su aliento se entremezcló con el mío. El corazón se me aceleró en el pecho, como si fuese un pajarillo intentando escapar de su jaula. Cuando movió los labios, estos articularon una palabra sin pronunciarla realmente.

Real. La palabra se me coló en la cabeza, entre susurros. *Real.*

Y entonces se enderezó, apartándose de mí. Devolvió su atención a la página que tenía enfrente, tamborileando con un dedo sobre ella y soltando un sonidito pensativo, como si no hubiera pasado nada entre nosotros.

Como si no me hubiese quedado allí frente a él, como una idea descartada.

En aquel momento, con las mejillas coloradas por la vergüenza, no estaba segura de a quién despreciaba más: si a él, por todos sus jueguecitos crueles, o a mí, por dejarlo ganar esa batalla.

Solté un resoplido burlón y bajé la vista hacia la página. Tenía escrito ESPEJO DE SHALOTT en la parte de arriba y dos puños distintos habían escrito tanto fechas como nombres debajo.

Enero de 1809 — Junio de 2000. Laurent Perreault, Cofradía de París, ¿Ático de casa?
Vendido en agosto de 2000 a Edward Wyrm, Cofradía de Londres, Mansión Robledal

—Es posible que mis ancestros se hubieran sentido como en casa aquí con las ratas —dijo Emrys—, pero no se puede negar que todo lo tenían bien apuntado.

—Porras —me quejé—. ¿Wyrm tenía que ser?

—El viejo Wyrm, sí —confirmó—. Creo recordar que entre él y Nash hubo una especie de malentendido o algo así…

—Esa es la forma bonita de decir que Nash lo usó como escudo

humano cuando estaban abriendo una bóveda y lo hizo perder un riñón —le conté.

—¿Y ya está? —preguntó él, con ironía.

—No sé ni por qué se enfadó Wyrm —dije, fulminando el libro con la mirada—. No es como si no tuviera otro que funciona a la perfección.

El atisbo de una sonrisa tiró de los labios de Emrys, y tuve que obligarme a apartar la mirada.

—Ni se te ocurra reírte —le advertí—. Nos prohibió la entrada a la Mansión Robledal frente a toda su cofradía.

—Lo sé —dijo él—. Lo recuerdo.

—¿Cómo que lo recuerdas? —repetí, notando cómo la humillación de aquel momento me volvía a cubrir entera—. ¿Estabas ahí?

Emrys asintió.

—Que conste en acta que luego se emborrachó y reconoció que no había sido culpa de Nash en absoluto. Fue él quien activó la maldición y no fue lo bastante rápido para escapar. Y Nash lo dejó mentir para que su orgullo no sufriera. No es más que un cabrón pretencioso.

Casi me caí de espaldas. Que Nash no tuviera culpa de algo ya era lo bastante sorprendente, pero que Emrys me dijera que casi había demostrado algo como… amabilidad no era algo que mi cerebro pudiese procesar. En especial después de todo lo que habíamos pasado aquel día.

Pero bueno, según me consolé a mí misma, aunque era posible que los dioses me odiaran lo suficiente como para dejarlo ser testigo de mi primer momento de humillación, al menos me habían ahorrado el segundo.

Emrys frunció el ceño, como si pudiera leerme la mente.

—¿…Por qué me da a mí que esa no es la única razón por la que lo desprecias?

—¿Necesito más de una razón? —solté en respuesta. A él no le importaba, no de verdad, y yo no pensaba facilitarle otro puñal para que me lastimara.

Llevaba años sin permitirme pensar en lo que había ocurrido con Wyrm, satisfecha con dejar que el recuerdo se perdiera en el mar de resentimiento y amargura que sentía hacia mi propia cofradía tras

habernos abandonado a Cabell y a mí de pequeños.

En aquel momento di gracias por no haber bajado tanto la guardia con Emrys como para contarle todo lo que había pasado durante los años que habíamos vivido en la biblioteca. Que, algunas semanas después de que Nash desapareciera, Wyrm se había puesto en contacto con Bibliotecario para preguntarle si podía hablar conmigo y con Cabell. Que se había presentado en sus mejores galas, oliendo a madera de la cara, y se había sentado con nosotros frente a la chimenea para decirnos en una voz asquerosamente amable que nos íbamos a ir a vivir con él a su casa que parecía un palacio y ¿a que la idea era genial?

Por aquel entonces, a la tierna edad de diez años, había estado dispuesta a pasar por alto todo lo que había sucedido en el pasado porque estaba furiosa con Nash y porque Wyrm nos estaba llenando de promesas que yo era incapaz de cumplir: que nunca volveríamos a pasar hambre, que nunca más tendríamos que dormir al raso y muriéndonos de frío, que podríamos ir al colegio y no tendríamos que pasarnos la vida viajando de pueblo en pueblo cada pocos días. Que ya no tendría que ver sufrir a mi hermano y comprobar que, día tras día, no hacía más que fallarle.

En retrospectiva, sí que sabía que no debía confiar en los cuentos de hadas que nos estaba ofreciendo. En serio que sí. Pero había estado tan desesperada por que fuese cierto, por creer que le importábamos a alguien y que todo podría ir mejor, que me había dejado convencer. No me había percatado de las preguntas sutiles que nos había hecho sobre nuestros últimos viajes con Nash, sobre lo que había estado buscado, que Wyrm había conseguido disfrazar entre todas sus promesas. Por aquel entonces no sabía que él también había estado buscando la daga de Arturo y que no tendría ningún reparo en usar a un par de niños para sacarles información al respecto.

Lo único que sabía era que nos había dicho que hiciéramos las maletas y que esperásemos a que volviese por nosotros por la mañana. Y eso habíamos hecho. Lo esperamos toda la mañana.

Toda la tarde.

Y también toda la noche.

Las pocas veces en las que me permitía pensar en aquel día, tenía

que revivir el escozor intenso e insoportable de la humillación cuando acabé asumiendo que nos la había jugado. Recordaba el modo en que mi hermano había hecho todo lo posible por no llorar mientras arrastrábamos nuestras cosas de vuelta al ático. Me juré a mí misma que jamás dejaría que otro hombre se burlara de mí de ese modo.

Y aun con todo, allí estaba, plantada frente a alguien que había hecho lo que le había venido en gana conmigo.

—Sabes lo que eso implica, ¿no? —empezó Emrys, interrumpiendo el giro tan turbio que habían tomado mis recuerdos.

—Venga, que me muero de ganas de que me lo cuentes —murmuré.

—Nunca has entrado en la casa, ¿verdad? —siguió, como para meter el dedo en la llaga.

—¿No te acabo de decir que no? —espeté. El hogar de Wyrm también hacías las veces de sede y biblioteca de la cofradía. Y nos habían prohibido tajantemente asomar las narices por allí.

—Pues yo sí que he ido y creo que sé exactamente dónde tienen guardado el espejo. —Su mirada parecía más bien victoriosa—. Así que no puedes deshacerte de mí aún.

Me quedé boquiabierta en lo que me estrujaba las neuronas para rebatírselo. El ambiente a mi alrededor se fue volviendo más y más frío, como si quisiera ayudar a mantenerme allí atrapada.

—¿Te crees que no podemos encargarnos nosotras?

Solo que, incluso mientras lo decía, mi lado lógico, ese al que nunca le hacía caso, me susurró: *Hazlo por Cabell.*

—Solo quedan nueve días hasta el solsticio de invierno —me recordó Emrys—. Y no tenéis ni idea de cuáles son los planes del Señor de la Muerte. Estáis…

Se interrumpió a media frase al volverse hacia atrás, alarmado. El ambiente pareció enfriarse de un modo que solo había sentido una vez en la vida, cuando la Dama Blanca había aparecido en aquel campo de nieve cegadora. El instinto y el terror absoluto me invadieron, me suplicaron que me apartara, pero la marca de la muerte que tenía en el pecho me ardió con tanta intensidad que sentí como si me hubiesen apuñalado justo allí, directo al corazón.

No podía moverme, no podía respirar, ni siquiera cuando las

sombras a mis espaldas empezaron a gruñir.

Emrys estiró un brazo para sujetarme de la chaqueta y tirar de mí sobre el escritorio hasta llevarme al otro lado, donde estaba él, justo cuando el fantasma se materializó sobre el polvo y la oscuridad donde yo había estado hacía apenas un instante.

Y verla casi hizo que se me escapase el alma del cuerpo.

Los largos mechones de pelo de la mujer flotaban a su alrededor, brillantes y traslúcidos. Incluso la luz tenue parecía rehuirle, pues solo le parpadeaba un poco sobre la cara y se negaba a permanecer más de un segundo en su horrible expresión hambrienta.

Unos ojos blanquecinos y relucientes se me quedaron mirando como si me reconociera, mientras sus labios formaban una palabra en silencio: *Tú*.

—¿Qué… carajos… es eso? —pregunté en un hilo de voz.

El calor del cuerpo de Emrys era el único alivio posible contra el frío gélido que congelaba el ambiente.

—Pues esa de ahí es la hechicera a quien le pertenecía esta bóveda —dijo él, haciéndonos retroceder—. Enora, ¿qué te ocurre?

Sus facciones se volvieron terriblemente afiladas, más las de un espectro que las de una humana. El polvo, la mugre, trocitos de pergaminos, retales de tela y fragmentos de baldosas se alzaron para darle forma como la arcilla en manos de un escultor. La envolvieron en una piel espantosa hecha de suciedad y podredumbre. Le otorgaron un cuerpo.

Una ráfaga espectral se coló por el sótano, sacudió las cadenas de las Inmortalidades y cerró de un portazo la entrada que había al inicio de las escaleras. Pegué un bote ante el ruido y contuve la respiración cuando me llegó una súbita peste amarga y a cenizas. Unos trocitos de tierra muerta y astillas de madera seguían dirigiéndose hacia ella y nos arañaban al pasar por el aire para llegar a su destino.

La fantasma abrió las fauces para revelar unos colmillos hechos de piedra y esquirlas de cristal.

Una renacida, dijo mi mente a gritos. Se estaba convirtiendo en una renacida.

Estiró los brazos como si de unas vides retorcidas se trataran, con uñas como garras que rasgaban el aire en dirección a mi pecho.

Emrys apartó una de las manos de donde me tenía sujeta para pelearse con el cajón del escritorio en busca de algo: un talismán de arcilla con un sello de protección contra los muertos.

—Noooooo —gimió la criatura, haciendo que el aire se volviera rancio con su miseria. Se abalanzó sobre nosotros, pero las manos se le desvanecieron en cuanto alcanzaron el talismán y unos montoncitos de tierra y cenizas de la chimenea cayeron sobre el escritorio.

—¿Sabías que esta cosa estaba aquí? —dije a toda prisa.

—Es una sombra —me explicó él, sorprendido—. No es más que una sombra.

Una sombra era un alma que permanecía en el mundo mortal y se negaba a ir al más allá. No poseía el tipo de malicia o dolor corrupto que podría terminar creando un espectro muchísimo más aterrador, como un renacido o una Dama Blanca. Las sombras eran necias, pero no monstruosas.

O eso se suponía, al menos.

—Nunca la había visto así —dijo Emrys—. Me ha ayudado a investigar muchas veces. Era un encanto.

—Estupendo —solté—. Pues ahora es una renacida encantadora que quiere arrancarnos la cara.

Emrys me miró, preocupado. Cuando me fue moviendo para ocultarme con su cuerpo, caí en la cuenta de que aún no me había soltado. Yo estaba demasiado espantada, demasiado distraída por el dolor que sentía en mi marca de la muerte como para quejarme al respecto mientras rodeábamos las estanterías en un arco bastante amplio en nuestro camino hacia las escaleras.

La renacida nos siguió muy despacio y dejó a su paso un rastro de suciedad y hollín.

—Eso es, Enora… Tú quédate por ahí —dijo Emrys, sosteniendo el talismán frente a ambos como si de un escudo se tratase. La renacida gruñó y le mostró los dientes como un animal herido. Dejó las manos a escasos centímetros de mi garganta, arañando el aire, como si se imaginara lo que sentiría al despellejarme a mí en su lugar.

—Noooooo —se quejó, casi en un lloriqueo, conforme subíamos las escaleras sin mirar, pues no nos atrevíamos a darle la espalda.

El cuerpo se le contorsionaba en unas formas grotescas mientras

subía las escaleras, a cuatro patas, detrás de nosotros. La columna se le marcaba por debajo de la piel como si estuviese hecha de espinas y tenía la mandíbula desencajada como la de una serpiente.

—¡Nooooo!

Las palabras de Nash me recorrieron con un escalofrío y pulsaron en mi interior al mismo ritmo que la marca de la muerte.

«Al igual que la primavera, estás condenada a que tus días acaben pronto».

—¿…sin? —Emrys me había estado hablando—. ¡Tamsin!

—¿Qué? —me obligué a contestar.

—¿Puedes abrir la puerta? —me pidió—. No va a salir, te lo prometo.

Me dio muchísima vergüenza lo mucho que me temblaba la mano al estirarla para buscar el pomo de la puerta a tientas a mis espaldas. Me llevó otro par de segundos poder aferrarme a él con la palma llena de sudor como la tenía.

Prácticamente caí de espaldas sobre el vestíbulo de mármol de la biblioteca. El impacto hizo que volviera en mí y conseguí retroceder un poco a gatas. Las estatuas lo presenciaron todo mientras Emrys se debatía con la puerta e intentaba atar el talismán en torno a la manija.

Con un grito de furia y una magia ardiente, la renacida la abrió de un portazo. El impulso lanzó a Emrys hacia atrás contra una estatua de Atenea que había cerca con semejante violencia que el corazón me dejó de latir. El talismán salió despedido en sentido contrario, hacia el pasillo, repiqueteando al impactar contra el suelo. Mi cerebro siguió el sonido y me chilló que fuese a por él incluso mientras avanzaba tan rápido como podía hacia la silueta inconsciente de Emrys.

No hay sangre, pensé con una oleada de alivio. Lo aferré de la parte de atrás de la chaqueta y lo sacudí.

—¡Emrys!

Se quejó un poco, pero el sonido quedó ahogado por los lamentos estruendosos de la renacida. Lloraba y se quejaba tanto que tuve que cubrirme las orejas. El estómago se me revolvió cuando sus chillidos resonaron contra la fría piedra blanca, tan imposibles de escapar como la propia renacida que avanzaba hacia nosotros.

Hacia mí.

La peste a podrido emanó de ella cuando sus ojos se concentraron en mi rostro una vez más, con las garras temblando al estirarse hacia mí.

—¡Tamsin! —El grito de Neve nos llegó desde el otro lado del pasillo un segundo antes de verla aparecer, con el rostro embargado por el miedo.

—¡Corre! —le grité en respuesta.

Pero la renacida se volvió hacia ella y le mostró los dientes al verla conjurar un hechizo. En lo que su canción sobrenatural fue tomando fuerza, una luz blanca y azulada se formó alrededor de la hechicera. Las palabras de mi sueño volvieron a mi mente, aterradoras y espectrales. *Protégela, protégela…*

La renacida se quedó completamente inmóvil, como si la hubiesen atrapado en una telaraña invisible. Cuando volvió a hablar, no quedaba rastro de toda su ira descontrolada, sino el más puro terror:

—No… no… ¡tú no!

Neve retrocedió un poco, asustada al ver que las cenizas y la tierra empezaban a gotear de la renacida y a formar una pila en el suelo de mármol impoluto. A mi lado, Emrys se obligó a sentarse y agitó la cabeza como para volver en sí.

Tierra, cenizas y demás escombros cayeron de la forma del espectro conforme se fue desvaneciendo, hasta que lo único que quedó fue la silueta etérea del fantasma.

—No, tú no, ¡perdóname!

El espíritu volvió volando hacia la puerta que daba al sótano y chamuscó el aire con la esencia de su magia tan pura. El escándalo había atraído a Caitriona y a Olwen, y al verlas justo detrás de Neve, por fin conseguí ponerme en acción. Solté a Emrys y salí corriendo en dirección al talismán.

—¿Qué era esa cosa? —jadeó Neve en cuanto cerré de un portazo y colgué el talismán en torno a la manija.

Como si pudiera sentir que era yo la que estaba al otro lado de la puerta, el espíritu se volvió a abalanzar contra ella, haciéndola traquetear y forzándola contra las bisagras. Por un segundo, temí que el talismán se hubiese roto con la caída.

Pero resistió. El sello se encendió con un brillo cerúleo y bloqueó

la puerta, con lo que consiguió encerrar al espectro, aunque no a su voz.

Emrys se puso de pie muy despacio y su mirada se encontró con la mía en lo que los gritos de la renacida se volvían unos lamentos desesperados:

—Bendita Madre, ¡no me he dado cuenta! ¡No lo sabía! ¡Perdóname…! ¡Perdóname…!

La expresión de sorpresa de Neve era idéntica a la mía. Se llevó la mano al pecho y se tocó el colgante que tenía escondido bajo la camiseta. Sabía en lo que estaba pensando, porque era lo mismo en lo que pensaba yo.

¿Qué eres?

Sin embargo, cuando por fin se hizo el silencio, tampoco fuimos capaces de conseguir ninguna respuesta.

13

La Mansión Robledal era igual de esplendorosa de lo que la recordaba y lo parecía aún más por la nieve que tenía salpicada por encima y las luces que brillaban desde su fachada enorme.

Aquel casoplón que parecía un palacio había sido la materialización de los delirios de grandeza de algún miembro de la corte isabelina que no tenía cómo saber que sus descendientes iban a terminar haciendo negocios con reliquias robadas y no con muestras de poder.

Resultó que no éramos los únicos visitantes de la Mansión Robledal aquella noche. Las antorchas encendidas que delineaban la larga entrada y el desfile de coches elegantes que avanzaban hacia la morada había sido nuestro primer indicador de que la cosa no pintaba nada bien. Y todo fue a peor a partir de entonces.

Habían llevado unos abetos de Douglas para decorar la entrada y su aroma dulzón me inundó al respirar hondo. El brillo de la fiesta revoloteaba como unas alas doradas contra las muchas ventanas de la mansión. Y adentrarnos en su luz parecía como si fuésemos a cruzar hacia una Tierra Alterna; algo tan tentador como prohibido.

Me concentré en el hombre enfundado en un esmoquin blanco que recogía invitaciones en la parte baja de unas escaleras de mármol, justo al centro de la entrada circular. Los invitados que iban llegando iban todos emperifollados, adornados con joyas relucientes y envueltos con pieles de animales. Se trataba de un evento de lo más formal.

Le lancé una mirada asesina a Emrys a través de la cortina sedosa de la noche y me removí en mi sitio para que las hojas del boj dejaran de pincharme en la mejilla.

—¿Sabías que esto iba a pasar esta noche?

—Pues claro —contestó él en un susurro—. Si me encanta colarme en los sitios cuando hay más posibilidades de que me descubran.

—¿Deberíamos… volver otro día? —aventuró Neve, en lo que se animaba a echar un vistacito por encima de los arbustos detrás de los que nos habíamos escondido. Al conseguir llegar a la fila de matorrales que delineaban la entrada y quedar ocultos de los faros de los coches al pasar, por fin habíamos podido llegar hasta el final.

—¿No podemos dar la vuelta e ir por detrás? —propuso Caitriona.

Emrys se lo pensó unos momentos.

—No, el único modo de acceder a la biblioteca es a través de una puerta que hay dentro o metiéndonos por esa ventana que hay allí. —Señaló la antepenúltima ventana que se veía en la fachada de la casa—. Y tenemos más probabilidades de conseguirlo por la ventana. Solo hay que esperar a que lleguen los últimos invitados.

Neve soltó un sonidito pensativo en voz baja, con la mirada clavada en uno de los árboles decorativos que había a la izquierda de la puerta. En cuestión de segundos, este empezó a arder.

En lo que el hombre con el esmoquin blanco y varios seguratas nos daban la espalda para correr hacia el incendio, Neve aprovechó la oportunidad y cruzó torpemente el arbusto con un salto, con lo que nos dejó al resto dándonos prisa por seguirla.

—…O también podemos causar una distracción, vaya —susurró Emrys, preocupado.

Para cuando oímos el siseo del extintor, los cinco nos las habíamos arreglado para arrastrarnos por el espacio angosto que había entre la pared y el matorral de rosas, aunque ninguno había salido ileso.

—¿Tenían que ser rosas? —se quejó Olwen en lo que se quitaba con delicadeza las espinas que se le habían clavado en las manos y las mangas de la chaqueta. En mi caso, tenía el cuello en carne viva como si hubiese perdido una batalla contra todos los gatos de la biblioteca.

—¡Uuuh! —exclamó Neve en un susurro mientras deslizaba una mano bajo los arbustos para arrancar algo del suelo—. ¡Un higróforo!

Emrys se volvió tanto como pudo en el espacio reducido que teníamos para ver.

—¿En serio?

Neve alzó la seta de color amarillo para que la viera, y yo

chasqueé los dedos para que los dos volvieran a mirarme.

—Luego jugáis con las setas, ahora os necesito atentos.

Unas cuantas notas de una canción de folclore inglés se colaron por la ventana que teníamos encima, tocadas con elegancia por un cuarteto de cuerda. Cuando me volví para mirar hacia el frente, vi que también había perdido a Caitriona y a Olwen. Ambas habían levantado la cabeza lo justo para ver a través del cristal lustroso y contemplar el enorme salón de piedra que se extendía más allá, así como los contornos relucientes de la fiesta alumbrada por la luz de las velas que se llevaba a cabo en el interior.

Varios invitados nos tapaban la vista, riéndose con carcajadas escandalosas y motivadas por el delirio burbujeante y encantador del champán. Las copas tintinearon bruscamente cuando las chocaron en un brindis.

Gracias al diario de Nash, sabía que el ala oeste de aquella mansión estaba reservada para Wyrm y su familia, y la del este, para los miembros de su cofradía. A Cabell y a mí nos habían hecho esperar fuera como un par de perros callejeros, con un mayordomo con cara de cerdo que nos impedía siquiera echar un vistazo al vestíbulo. Por muy impresionante e impoluto que pareciera el exterior de la casa, no era nada comparado con el festín que nos esperaba en el interior.

Tomé aire cuando los invitados se dispersaron y todo el esplendor del salón se desplegó frente a nosotros.

Resultaba imposible contemplarlo todo al mismo tiempo. La escarcha que moteaba el cristal hacía que todo pareciese como sacado de un sueño, irreal. Los invitados bailaban en torno a las torres de copas espumosas de champán, refugiados bajo la mampostería pretenciosa que delineaba el salón como unas costillas. Un tronco de navidad gigantesco ardía en la chimenea y las llamas devoraban con ansias los restos de las cintas y bayas secas que tenía atados.

—¿Todo esto es para una sola familia? —preguntó Olwen en voz baja.

Comprendía su asombro horrorizado. Si bien el torreón de Ávalon había sido gigantesco, su propósito era servir como el corazón de la isla y había albergado a decenas de familias al final. En la casa que teníamos frente a nosotros, el único objetivo de un tamaño tan

descomunal era hacer que el resto nos sintiéramos inferiores.

Salpicados por aquí y por allá, distinguí algunos rostros conocidos, tanto de mi propia cofradía como de la de Londres, aunque me intrigaban más los coleccionistas, los comerciantes del mercado negro y los subastadores que obraban como el tejido conector entre lo que un Saqueador podía encontrar y lo que cobraba al final.

Capté un vistazo de unas lámparas y unos asientos tapizados en piel, pero una vez que mi mirada encontró el banquete, no pude apartarla de él. Una mesa larga que ocupaba casi todo el salón estaba cargada de unas bandejas inmensas de fruta y quesos, galletitas navideñas y demás golosinas. Me rugió el estómago de forma penosa al ver el ejército de pavos que la chef estaba cortando y que iba distribuyendo entre la fila de invitados, quienes procedían a llevar sus platos cargadísimos hacia alguna de las mesas redondas más pequeñas que había por todo el lugar.

Sin embargo, la mayoría de los invitados parecía pasar de la comida para reunirse en torno a una vitrina bien iluminada que había en el centro del salón.

Al igual que en la biblioteca de mi cofradía, la de Londres había escogido exhibir las reliquias que sus miembros habían entregado como cuota de ingreso. Una docena de vitrinas delineaba cada lado del salón, interrumpida por las ventanas y algunos trajes de armadura completa. Hice una mueca de fastidio al reconocer a *Pridwen,* el escudo del rey Arturo, en una de ellas; el cinturón de Brunilda en otra y lo que se rumoreaba que era la cuchara de druida de Merlín en una tercera. Aun así, ninguna de aquellas reliquias se comparaba con la capa medieval.

La habían colocado con cuidado sobre un maniquí sin rostro, extendida para revelar el bordado de un ciervo en medio de un bosque lleno de flores. La tela parecía muy delicada, tan fina como si estuviese hecha de gasa. Unos cuantos hilos parecían brillar de color dorado y plateado bajo la luz, como si tuviesen algún atisbo de magia.

—¿Es el manto de Arturo? —susurró Emrys, devolviendo la mirada de incredulidad que le dediqué con una propia—. ¿Lo han encontrado? ¿Wyrm lo ha encontrado?

—¿Por qué es importante que hayan encontrado una de las capas

viejas de Arturo? —quiso saber Olwen—. A no ser… ¿os referís a la que le dio Morgana?

—Esa misma —contesté con un suspiro—. Hace que su portador se vuelva invisible. O eso dicen.

—Supongo que ya sabemos cuál es el motivo de la fiesta —comentó Emrys—. Y yo que creía que solo se trataba de una celebración sin más, cuando en realidad es una excusa carísima para presumir de su último hallazgo.

—Arg —me quejé, casi demasiado asqueada como para seguir mirando—. Porras y más porras. Me revienta que la haya encontrado él.

—¿No decías que te daban igual las reliquias importantes? —preguntó Neve con intención.

—Y me dan igual —repuse, conteniéndome para no darle un puñetazo a la pared como si fuese una niña—. Pero tampoco quiero que sea él quien la haya encontrado. Es un cabrón, y no lo digo por decir. Cuando lo conocí, me dijo que le diera un toque dentro de unos años y que nos lo pasaríamos muy bien juntos. Tenía siete años. Y ha ido a peor desde entonces.

No hacía falta que entrara en más detalles cuando aquello parecía haber sido suficiente para asquearlos a todos. Intenté no fijarme en la expresión asesina que cruzó el rostro de Emrys ni en cómo hundió los dedos en la tierra casi congelada que tenía cerca.

Para, dije para mis adentros. Tanto a mí misma como a él. Una vez que nos hubiéramos hecho con el espejo y estuviese segura de que Emrys no había encontrado un modo para escabullirse con él como había hecho con el anillo, no tendría que volver a verlo nunca más.

—Lo que dices es que no te molestaría encerrarlo en un espejo si se te presentara la oportunidad —dijo Neve tras unos segundos. Al ver la expresión que puse, alzó las manos en un gesto defensivo—. Era solo una sugerencia.

La multitud se apartó de alrededor de la vitrina para revelar al hombre en cuestión.

Edward Wyrm se abrió paso entre sus invitados como una bala de cañón, alzando los brazos a los lados mientras los deleitaba con una versión bastante exagerada de cómo había dado con la reliquia. La

música de la fiesta estaba demasiado alta como para entenderlo. Aunque la camisa blanca de su traje se le tensaba sobre el pecho demasiado amplio que tenía, se comportaba con unos aires de grandeza impolutos, como si siglos y siglos de una crianza noble y unas canguros a las que no les pagaban lo suficiente hubieran dado como fruto aquel momento.

Tenía la cara incluso más roja y redonda que antes, y el halo pelirrojo que le había rodeado la cabeza hacía muchos años había ido perdiendo el color y el espesor hasta asemejarse a una alfombra con calvas. La cicatriz que le cruzaba el puente de la nariz, por otro lado, sí que seguía tal cual la recordaba. Y, cuando se giró hacia el fuego, un broche plateado relució en la solapa de su traje.

Mientras contemplaba cómo seguía la fiesta, entre centelleos y despreocupación, una sensación extraña de melancolía me invadió. Me pregunté si así se habría sentido la dama de Shalott, obligada a ver el mundo pasar desde detrás de un espejo.

—Venga —dijo Emrys, liderando al grupo—. Y tratad de no rozaros con la pared, hay unos cuantos sellos de maldiciones tallados cerca del tejado para evitar que se cuelen intrusos en la casa.

Nos escabullimos por el lateral del edificio como si fuésemos ratoncillos, hasta que Emrys se detuvo bajo la ventana que nos había señalado antes. Estaba más arriba que otras que había en el mismo pasillo y también era más pequeña. Eché un vistazo por encima del hombro, pero parecía que ya habían llegado todos los invitados y gran parte del personal de servicio había vuelto al interior de la mansión.

El saquito que Emrys tenía atado al cinturón había quedado escondido bajo su chaqueta hasta que se lo desabrochó y empezó a buscar los cristales que necesitaba. Tras acomodar la amatista, el cuarzo y la turmalina en un patrón que había visto a Cabell usar cientos de veces, se echó hacia atrás y apoyó las manos sobre las rodillas. Neve se inclinó por encima de su hombro para intentar ver mejor lo que hacía.

—Colocados en la posición correcta, los cristales absorben algo de la magia y desvían el resto —le contó él en voz baja.

—Qué me cuentas, si puedo verlo —repuso ella.

Cabell era el único trasvasador de maldiciones que había existido

en siglos. A diferencia del resto de nosotros, él era capaz de usar su propia magia para romper las maldiciones que tenían las bóvedas de las hechiceras. Aunque hacerlo lo drenaba tanto que él también solía recurrir a los cristales de vez en cuando.

Aguanta, Cab, pensé. En cuanto tuviésemos el espejo, por fin seríamos capaces de enfrentarnos al Señor de la Muerte cara a cara y ponerle fin a todo.

La magia protectora envolvía la pared de piedra blanca con tanta fuerza que resultaba prácticamente invisible, incluso con la Visión Única. Solo cuando fluyó hacia arriba y se apartó del patrón de cristales que había en el suelo conseguí ver su iridiscencia.

Ni me molesté en esconder mi sonrisa arrogante. Era probable que alguna hechicera le hubiese cobrado un riñón a Wyrm por aquel encantamiento chapucero. Y si alguien merecía que le levantaran sus reliquias, era él.

Tras echarle una última mirada a la entrada, Emrys se volvió hacia mí.

—Sabes cómo forzar una cerradura, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Tú no?

Me dedicó una mirada exasperada.

—¿Vas a ayudarme tú a llegar hasta allí arriba?

Estuve tentada a ayudarlo pero a lanzarse de cabeza a los rosales, aunque, conociéndolo, seguro que se lo habría pasado en grande.

—Olwen y yo podemos ayudar con esa parte —propuso Neve en voz baja—. Podemos manipular el aire para que nos levante y ya, ¿verdad?

Se volvió para mirar a la sacerdotisa y que se lo confirmara, pero Olwen estaba concentrada en la entrada y en la oscuridad que se cernía entre las antorchas. Le estaba dando vueltas y vueltas a su pulsera trenzada sin darse cuenta.

—¿Olwen? —la llamé, tocándole el brazo—. ¿Puedes usar un encantamiento para hacernos llegar a la ventana?

—Sí, pero… —Dejó la frase a medias—. ¿Deberíamos estar haciendo esto? ¿No sería mejor esperar e intentarlo alguna otra noche, cuando haya menos gente que pueda vernos?

—No hay tiempo —dijo Caitriona—. Solo faltan nueve días para el

solsticio de invierno.

Olwen respiró hondo para calmarse.

—Tienes razón. A ver, Neve, creo que si nos concentramos en crear una corriente que vaya hacia arriba…

Olwen empezó a entonar una cancioncilla en voz baja y dejó que escapara de su pecho como un suspiro, como para demostrarle a la magia lo que quería de ella. Caitriona se quedó de rodillas, con la vista clavada en donde tenía las manos apoyadas sobre la tierra, mientras la voz de Neve se sumó a la de Olwen.

El cántico de cada una pareció entrelazarse con el de la otra, en una armonía que casi me habría mantenido allí contemplándolas si de pronto una ráfaga de viento no me hubiese impulsado hacia arriba como si hubiese saltado sobre un trampolín.

Aunque el dolor de las costillas había mejorado un poco, noté un nuevo pinchazo que me hizo ahogar un grito. Los demás me observaban desde abajo y tanto Caitriona como Emrys se colocaron por debajo de mí, como si les preocupara que fuese a caer tan rápido como había subido.

—¡Avisad para la próxima! —me quejé en un susurro hacia abajo. Sentía como si estuviese montando una fuerte corriente en el mar: lo único que podía hacer era rendirme y aceptar el ritmo del aire que me hacía subir y bajar. Si me inclinaba un poco hacia adelante, casi podía distinguir la parte de arriba de las estanterías del otro lado de la ventana polvorienta.

Una ventana vieja en Inglaterra solía incluir una cerradura también antiquísima, y pude comprobar que esa no la habían cambiado desde su instalación. Volví a sonreír. Casi ni tendría que forzarla. Wyrm había confiado demasiado en la protección de los sellos.

—Papanatas —murmuré.

Tras inclinarme hacia adelante para comprobar que la biblioteca estaba vacía, presioné las manos contra el panel de la ventana y lo sacudí en el marco. Por primera vez en la historia, tuve suerte: el cierre de la ventana se zafó al tercer intento.

La ventana batiente era tan larga como angosta y se abría hacia adentro y hacia arriba. Al oír el horrible chirrido que soltó en

protesta, me quedé de piedra, a la espera de que alguien llegara corriendo.

En vista de que no aparecía nadie, me volví hacia los demás para darles la señal con un pulgar hacia arriba. Caitriona y Olwen se me quedaron mirando, sin comprender, pero Olwen me devolvió el gesto, por mucho que no tuviera ni idea de lo que significaba.

De algún modo me las arreglé para girarme en posición horizontal y arrastrarme por el marco de la ventana. El aire me soltó y mi cuerpo cayó con fuerza sobre la parte de arriba de las estanterías, con lo que me llevé un cacho de las delicadas molduras de flores.

Con una mueca y sosteniéndome el lado adolorido, bajé con cuidado.

Uno a uno, los demás fueron entrando detrás de mí.

Avancé a hurtadillas por una sección llena de Inmortalidades y libros de conocimientos populares. Había estanterías delineando las cuatro paredes y unas cuantas filas más se encontraban en el centro de la habitación.

La biblioteca era más pequeña de lo que me había imaginado, más o menos la mitad de la nuestra, con solo una mesa situada frente a la chimenea apagada. Unas cuantas espadas viejas y oxidadas estaban acomodadas sobre la repisa de piedra con detalles florales.

A primera vista, todo parecía acorde a lo que uno se esperaría de la biblioteca de una cofradía: estanterías de madera de nogal, cojines de terciopelo verde y unas cuantas reliquias robadas expuestas con orgullo. Sin embargo, la cofradía de Londres era varios cientos de años más antigua que la mía y contaba con el doble de miembros. Salvo que hubiesen vendido la mayoría de sus libros e Inmortalidades o que cada miembro tuviese su propia colección en la privacidad de su hogar, aquella colección parecía más bien escasa.

Me entraron las sospechas. Aquella biblioteca parecía más un museo que un lugar de trabajo.

Tenían unas cuantas reliquias adornando el vestíbulo, ¿quizás era que guardaban el grueso de su colección allí también? O que tenían las mesas de trabajo donde había más luz y espacio para respirar.

Pasé una mano por la estantería que tenía al lado y fruncí el ceño al ver que estaba cubierta de polvo.

—Bendita sea la Madre —susurró Olwen a mis espaldas, observando la estatua de la Venus de Milo, la verídica. Algún mindundi sin agallas de su cofradía había dado el cambiazo con una copia cuando habían sacado los tesoros que albergaba el Louvre para protegerlos durante la Segunda Guerra Mundial y ni siquiera cuando Nash había avisado sobre ello (sin duda motivado por la envidia y no por el altruismo), habían intentado recuperarla.

Caitriona se inclinó sobre una gran vitrina que exhibía uno de los mapas de Gran Bretaña más antiguos conocidos hasta el momento. Yo hice lo propio, incapaz de resistirme a la tentación de memorizarlo. El estruendo distante de la fiesta del otro lado de la pared era un recordatorio constante de lo sencillo que sería que nos descubrieran.

—¿Qué estamos buscando, Niño Bien? —le pregunté a Emrys, en voz baja.

—Un ejemplar de los *Idilios del rey*, de Tennyson, con el lomo verde esmeralda —contestó él, todavía peleándose con la ventana que se negaba a cerrarse del todo. Neve, traicionada por su propia amabilidad, volvió a trepar por las estanterías para ayudarlo.

Como era de esperar, aquel fue justo el momento en el que se abrió la puerta de la biblioteca.

14

La penumbra de la sala nos dio apenas unos segundos para buscar dónde escondernos antes de que se encendieran las luces.

Caitriona y yo nos agachamos detrás de la vitrina del mapa y nos arrebujamos detrás del enorme atril. Olwen se ocultó detrás de la estatua, apachurrándose contra la pared del nicho.

—…solo será un segundo… —dijo la voz de un hombre. Los sonidos de la fiesta, música y risas, se colaron por detrás de él. Cuando volvió a hablar, su tono ya había cambiado—: ¿Qué demonios hacéis aquí?

Caitriona me aferró la muñeca al tiempo que me lanzaba una mirada interrogante. Me moví un poquitín y me arriesgué a echar un vistazo desde detrás del atril.

—¿A ti qué te parece? —me llegó la voz ronca de Emrys.

El corazón me subió de un brinco a la garganta y tuve que apretar la lujosa moqueta sobre la que nos encontrábamos.

—Ay, Dioses… Lo siento muchísimo, no me había percatado… —A juzgar por su acento, el Saqueador era uno de los miembros de la cofradía de Londres—. No lo había reconocido, señor Dye.

Su tono parecía un lloriqueo reverencial, como si estuviera a un segundo de postrarse de rodillas y ponerse a suplicar.

—¿Sabe Wyrm que ha venido? —continuó, y su voz fue perdiendo fuerza al ver el silencio gélido con el que Emrys le respondía—. Me dijo que su padre no se había excusado por no poder venir, así que no… lo sabíamos.

Emrys se asomó desde detrás de las estanterías, rodeando con un brazo los hombros de Neve. Ella le apoyó la cabeza en el hombro y le envolvió la cintura con un brazo.

—Siempre está bien mantener un poco de misterio, ¿a que sí?

—Ah, sí, claro —repuso el hombre, echándoles un vistazo. Emrys iba vestido para un encargo, mientras que Neve llevaba unos vaqueros, un jersey y una chaqueta de color violeta oscuro. Era obvio que ninguno de los llevaba la vestimenta formal que ameritaba la ocasión.

Apenas conseguí contener una carcajada de sorpresa: ambos se habían desarreglado la ropa y el pelo a propósito, como para simular que los habían descubierto metiéndose mano en uno de los tantos rincones oscuros que tenía la biblioteca. Seguro que el Saqueador era demasiado educado o estaba demasiado asustado como para decir nada.

—Te presento a… —Emrys disimuló su vacilación dedicándole una mirada llena de adoración a Neve y de pronto se me quitaron las ganas de reírme—. Te presento a Violet.

Pero si está en su salsa, me recordé. *Le encantan las tretas.*

Neve afrontó la presentación llena de confianza en sí misma y rechazó la mano estirada del hombre con una sencilla y devastadora mirada.

—Mucho gusto, supongo.

Cuando el Saqueador apartó la mirada para ordenar sus ideas, tras evidentemente haber olvidado por qué había entrado en la biblioteca en primer lugar, Neve le lanzó una mirada a Emrys. Con un ademán a su chaqueta, articuló «¿Violet? ¿En serio?», a lo que él se limitó a encogerse de hombros, sin saber qué decirle.

—¿Debería…, eh…, acompañarlos a saludar a nuestro anfitrión, entonces? —propuso el hombre—. Estoy seguro de que se pondrá muy contento de verlo de nuevo, señor Dye. Y también querrá mostrarle el manto, sin duda.

—Pues nada —dijo Neve, fingiendo fastidio—. Ya me estaba aburriendo, de todos modos.

Emrys alzó las cejas, intentando por todos los medios no reírse.

—Vamos yendo, entonces —dijo el Saqueador. El broche plateado que tenía en el traje relució al abrir la puerta, y Emrys se sorprendió al verlo. Tras acercar más a Neve a su lado, afianzó su agarre en el hombro de la hechicera.

—Menudo broche más interesante tienes ahí —comentó, alzando

la voz ligeramente y con intención.

Volví a asomarme y entorné la mirada hasta distinguir el broche en lo que el hombre se volvía hacia Emrys, sorprendido. Se trataba de una mano que sostenía una rama sin hojas, recubierta en plata.

Me quedé sin respiración.

Era el mismo que le había visto tanto al padre de Emrys como a Septimus Yarrow en las semanas previas a nuestro viaje a Ávalon.

Sin embargo, el broche y mi angustia creciente pasaron a segundo plano cuando Neve me buscó la mirada por encima del hombro. Conforme la puerta se iba cerrando a sus espaldas y quedaban atrapados en el escenario festivo, ladeó la cabeza en un mensaje bastante claro: *¡Venga!*

Las luces se apagaron de inmediato y nos sumimos de nuevo en la oscuridad. Un segundo después, Caitriona se puso de pie de un salto, lista para ir tras ellos, pero la retuve sujetándola del brazo.

—Vamos —susurré—. No tendremos otra oportunidad.

Caitriona se volvió hacia mí, hecha una furia.

—¿Quieres que la dejemos sola con ellos? —me espetó en un susurro.

—No nos queda otra —repuse—. A mí tampoco me encanta la idea, pero Neve podrá con ello.

Caitriona se mantuvo en sus trece.

—Cuanto antes demos con el espejo, antes podremos volver a por ellos —intentó razonar Olwen, por mucho que ella tampoco sonara muy convencida.

—Emrys dijo que debíamos buscar los *Idilios del rey*, de Tennyson —repetí. Por desgracia, no teníamos ni idea de por qué.

Tras soltar un fuerte resoplido por la nariz, Caitriona cedió al fin y se obligó a buscar con nosotras entre las estanterías.

—¡Aquí está! —exclamó Olwen. Se encontraba en la estantería que estaba a la derecha de la chimenea. Pasó los dedos por los lomos de los libros viejos y, por alguna razón, incluso antes de que intentara sacar el libro, supe a la perfección lo que iba a suceder.

Con un chirrido espantoso, la chimenea (con las espadas, la repisa y toda la pesca) se empezó a deslizar hacia abajo, dejando al descubierto las puertas plateadas de un ascensor bastante moderno.

—Bendita sea la Madre —suspiró Olwen, inclinándose para ver por detrás de la estantería con los ojos abiertos como platos.

—Bueno, vale —reconocí a regañadientes—. Eso ha estado bien.

Se trataba de un ascensor bastante pequeño, donde a lo mucho cabrían dos personas, y con un solo botón.

—Os seguiré en seguida —les dije en lo que las hacía entrar a ambas al ascensor, por mucho que ninguna pareciera muy convencida. Retrocedí para seguir vigilando la entrada a la biblioteca y las puertas del ascensor se cerraron.

¿Por qué ha mencionado lo del broche?, pensé, recordando el momento y la súbita expresión de alarma de Emrys.

Las puertas del ascensor se volvieron a abrir, con Caitriona y Olwen allí de pie, totalmente desconcertadas. Me las quedé mirando, igual de confundida que ellas, hasta que caí en la cuenta de mi error.

Caitriona le pegó una patada al suelo.

—¡Abajo! —ordenó en tono imperioso.

—¿Por favor? —ofreció Olwen, clavando la vista en el techo, por si servía de algo.

Tras volver a acomodar el libro en su sitio, me las arreglé para saltar por encima de la chimenea antes de que esta me volviera a dejar fuera del ascensor.

—Perdón, perdón, se me ha pasado. —Me apretujé con ellas, pasando olímpicamente del límite de peso establecido, y me incliné hacia adelante para que los sensores dejaran que las puertas se cerraran. Tanteé a mis espaldas y, tras distinguir las alarmas y los botones para llamar a emergencias, le di al que decía Bodega.

Caitriona estiró las manos para que no perdiéramos el equilibrio cuando el ascensor cobró vida con una sacudida y empezó a bajar.

—Y esto es lo que conocemos como ascensor —les conté, viendo cómo sus expresiones pasaban del miedo a la curiosidad—. Es una alternativa a las escaleras. También va para arriba.

—Vaya —dijo Olwen, con cara de que apenas se podía contener frente al panel de botones que tenía a su alcance—. ¡Qué maravilla!

Caitriona parecía lista para abrir las puertas a base de fuerza bruta.

—Esto es antinatural —decretó.

—¡Pero útil! —repuse, con demasiado optimismo.

Por suerte, el trayecto hasta la bodega fue bastante corto. Antes de salir hacia el estrecho pasillo de piedra, me volví hacia Olwen.

—¿Puedes sacar el bolsito de terciopelo rojo que tengo en el bolsillo delantero de mi chaqueta? —le pedí.

—¿Qué es esto? —susurró ella, alzándolo—. Parece…

—Algo oscuro —terminó Caitriona por ella.

Se lo quité y me volqué los cristales gastados que tenía sobre la mano. La magia que albergaban en su interior me vibró contra la piel.

—Tomad uno.

Olwen se llevó el suyo cerca de un ojo para examinar la luz atrapada dentro del cuarzo, que no dejaba de ondear.

—Han absorbido la magia de las maldiciones —les conté—. Así que interferirán con cualquier sistema electrónico de seguridad que pueda haber, incluidas las cámaras.

Bien podría haberles hablado en arameo.

—¿Electrónico de… cámaras? —repitió Olwen, probando cómo se sentían las palabras al pronunciarlas ella misma.

—Os prometo que os lo explicaré todo luego, cuando no estemos a punto de cometer un atraco —les dije—. Seguidme y avisadme si veis algún símbolo extraño en la pared que…

Caitriona me señaló de inmediato uno de los carteles de salida de emergencia que brillaban en la oscuridad, con un hombre huyendo del fuego hacia una puerta abierta.

—Me refiero a cualquier símbolo extraño que se parezca a los sellos de maldiciones que habéis visto antes —aclaré.

—Vale —susurró Olwen, antes de ponerse a buscar con atención.

Con la interferencia de los cristales, ningún sensor automático que hubiese encendió las luces, por lo que nos quedamos a oscuras hasta que Olwen soltó una tonadita en voz baja y chasqueó los dedos, con lo que creó una llama pequeñita y de color azul que le flotaba sobre un dedo. Seguimos por el corto pasillo que nos condujo hasta la cámara principal de la bodega.

Unos barriles de *whiskey* y unas estanterías llenas de botellas de vino nos dieron la bienvenida. Recorrí la habitación muy despacio, examinando las paredes en busca de alguna otra entrada o sellos de maldiciones. Fruncí más el ceño.

—¿Estás segura de que estamos en el lugar correcto? —inquirió Caitriona.

—No tengo ni la menor idea —confesé, fastidiada de nuevo por que Emrys se las hubiese arreglado para que lo descubrieran tanto a él como a Neve. Más inútil no podía ser.

—Al menos no hace tanto frío aquí abajo —dijo Olwen, frotándose los brazos.

Y eso era decir mucho. No había ningún conducto para la calefacción, con lo que el frío del invierno se colaba por los cimientos de la casa. Sin embargo, en lo que volví hacia ella después de haber examinado la habitación, lo noté. El aire empezó a calentarse a nuestro alrededor como si alguien lo hubiese respirado.

Retrocedí con una mano extendida hacia la pared que tenía más cerca, para seguirle el rastro al aire caliente. Escudriñé el suelo en busca de sellos y, en aquella ocasión, vi lo que se me había pasado antes: la mitad de un sello tallado en el suelo en el lugar en el que se encontraba con la pared de piedra, de modo que la otra mitad estaba pintada para disimularse en la baldosa.

—Ja —solté—. Al menos es astuto, el condenado.

—¿Qué pasa? —preguntó Olwen.

No pude resistirme a mostrárselo. Volví hacia la pared, con la mano estirada por delante. Y, en lugar de dar con la piedra, mi mano atravesó la pared como si estuviese hecha de aire.

Porque era justo eso. La otra mitad del sello de espejismo quedó visible cuando crucé el umbral hacia lo que era la bodega de verdad.

—Cielos —susurré.

No se trataba de ninguna bodega, sino de un almacén entero, y al parecer no solo para las reliquias, sino para obras de arte, estatuas antiguas y muebles que parecían haber adornado en algún momento el palacio de algún rey decapitado.

Estaba tan acostumbrada a arrastrarme por unas bóvedas viejas y polvorientas y a investigar cosas del pasado que me sacó muchísimo de cuadro encontrarme en un escenario tan moderno que casi parecía futurista. Todo parecía estar hecho de un metal elegante y líneas rectas. Las vitrinas donde se guardaban las reliquias estaban iluminadas con unas luces tenues y con la temperatura controlada, y

tanto unas jaulas de acero como unos sellos de protección eran los encargados de mantenerlas a salvo.

En lo que la vista se me fue acostumbrando a la luz tenue, observé las paredes y el suelo en busca de cualquier otro sello que pudiese activar alguna alarma, trampa o algo peor.

—No piséis ninguna de las alfombras —advertí—. Podrían tener sellos debajo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Olwen, alzando su llama azul para ver mejor. Había filas y filas de mesas y sillas repartidas por doquier.

—Esta es la biblioteca de verdad —contesté—. Así como donde guardan sus hallazgos. —La mayoría de las cofradías solía concentrarse en reliquias mágicas y legendarias en lugar de antigüedades carísimas y tesoros hechos por mortales, pero parecía que la de Londres estaba ampliando sus horizontes.

—¿Hola?

La voz que apenas conseguimos distinguir era suave y dulce como el canto de un pájaro. Por un instante me pareció que provenía de arriba o del cuarto de los vinos, pero Caitriona alzó una mano para detenernos.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—Sí —contestó Olwen antes de que pudiera impedírselo—. ¿Dónde estás?

—A-Aquí.

La voz parecía alejarse, como si se la hubiese tragado la penumbra. Avanzamos hacia ella, más allá de las cajas con barrotes y de los estantes llenos de Inmortalidades, hacia el extremo de la sala que no tenía las luces encendidas, donde había un objeto muy grande escondido bajo una tela gruesa. Caitriona la retiró al tirar de ella con un solo movimiento.

El espejo quedó frente a nosotras en toda su gloria, con su marco plateado adornado con bestias de todo tipo: dragones, unicornios, leones, halcones y ciervos. Pero no vimos nada de eso. Al menos no al principio.

No cuando había una chiquilla temblorosa y de rostro pálido que nos devolvía la mirada desde el otro lado del espejo.

15

La chica parecía haber salido de un sueño; la luz que bañaba el espejo plateado hacía que su imagen ondeara, como iridiscente. Si bien era menuda, no parecía una niña. Tenía el cabello oscuro como las plumas de un cuervo y la piel tan pálida como un hueso. Sin embargo, fueron sus ojos lo que me retuvieron. Grandes y redondos, de un azul tan claro que parecían infinitos como el mismísimo cielo.

Apartó las palmas de donde las tenía apretadas contra el cristal para envolverse a sí misma en un abrazo. El estilo de su vestido verde claro parecía más propio de Ávalon que de nuestro mundo, como un vistazo al pasado que uno solo podría ver en un disfraz. O en un retrato.

Caitriona fue la primera en volver en sí.

—¿Quién eres?

—Me llamo Elaine —dijo. Tenía la voz ronca, como si se hubiese pasado la vida pidiendo ayuda a gritos y nadie hubiese acudido a salvarla—. Tenéis que ayudarme, por favor. Tenéis que dejarme salir de aquí. Llevo muchísimo tiempo aquí encerrada.

—Bendita sea la Madre —exclamó Olwen, horrorizada—. ¿Nadie te ha ayudado en todo este tiempo? ¿Cómo es posible?

Exacto, pensé. *¿Cómo es posible algo así?*

Una vez que la sorpresa empezó a diluirse, las sospechas comenzaron a hacer acto de presencia. Y, a juzgar por la postura recelosa de Caitriona, ella también parecía estar haciéndose las mismas preguntas, quizás hasta de forma más fría.

—¿Elaine de… Shalott? —inquirí.

—¡Sí! —exclamó la chica, y su aliento empañó el cristal cuando se volvió a acercar—. ¿Me conocéis?

Olwen se volvió para lanzarme una mirada suplicante.

—Tiene que haber un modo de ayudarla.

—Claro —dije, intentando mantener una voz neutral—. Pero ¿cómo es que consiguieron encerrarte en el espejo?

Les había leído la fortuna a suficientes clientes en el Maestra Mística como para saber lo que implicaba la mueca en los labios de Elaine y el modo en que estaba ladeando la cabeza: fastidio e impaciencia.

—Una hechicera llamada Lavina me encerró aquí cuando no me sometí a sus caprichos —explicó Elaine—. Os lo suplico, liberadme. Mi familia debe echarme muchísimo de menos y yo me muero por volver a mi hogar.

Me incliné un poco para acercarme al marco del espejo y escudriñar el diseño de los animales.

—No veo ningún sello…

—No estarían tallados en el marco —repuso Olwen—. El metal no es un material orgánico.

Chispas. Tenía razón.

—Tampoco el cristal —añadí, pensativa. Tras cubrirme la mano con la chaqueta, sujeté un lado del espejo. Como imaginaba, la parte de atrás estaba hecha de madera. Solo que, al acercarme, pude ver que lo que parecía cristal no lo era, sino que se trataba de una especie de magia diseñada para imitarlo.

—Cait, ¿me ayudas a apartar esto de la pared un momento?

—¿Cómo…? Pero ¿qué hacéis? —preguntó Elaine.

Caitriona hizo lo que le pedía y sufrió muchísimo menos que yo al enderezar aquel espejo tan pesado. Sin embargo, el espacio pequeñísimo que se formó al separarlo fue suficiente para ver los sellos escritos en color carmesí detrás del objeto. Parecían hechos a base de sangre, para intensificar el poder del hechizo.

—¿Están ahí? —preguntó Olwen, intentando inclinarse por encima de mi hombro para ver.

—Ajá —contesté en voz baja. Había siete palabras escritas bajo las marcas de maldiciones. Caitriona me buscó la mirada desde el otro lado del espejo y, con sumo cuidado, volvimos a apoyar el objeto contra la pared.

—¿No los habéis borrado? —preguntó Elaine—. Seguro que

rasparlos con una cuchilla debería bastar, ¿no?

Retrocedí varios pasos para apartarme del espejo, y Caitriona hizo lo propio.

—¿Qué…? ¿Qué hacéis? —preguntó Elaine, pasando la mirada de una a otra. La mueca de sus labios volvió a hacer acto de presencia y, en su nerviosismo, los ojos se le oscurecieron hasta volverse negros.

—Deja que te cuente lo que pasa, «Elaine» —empecé—. Tu primer error ha sido el nombre. A la verdadera dama de Shalott la liberaron hace cientos de años. Varias hechiceras estuvieron presentes y todas escribieron al respecto.

Entonces fue Olwen la que empezó a retroceder.

—No… —dijo la chica.

—El segundo fue el nombre de la hechicera —continué—. La hechicera Honora fue la que encerró a la dama de Shalott.

—Te equivocas —protestó la chica—. Fue Lavina, lo juro.

—El tercer error —seguí—, y en lo personal, mi favorito, es que hay una advertencia en la parte de atrás del espejo. ¿Te gustaría adivinar lo que pone?

—¿«Cuidado, que esta mujer es una criatura de belleza sin parangón»? —murmuró la chica, esperanzada.

—No. «La bestia encerrada aquí lo devora todo» —concluí—. Así que empecemos de nuevo: ¿quién eres?

La chica retrocedió hacia las sombras nebulosas del mundo que había detrás del espejo hasta que ella misma formó parte de la oscuridad. El rostro se le alargó hasta adquirir la forma de un hocico y se quedó observándonos con sus ojos brillantes y sin parpadear.

—No es «todo» —dijo, y su voz había pasado a ser una especie de siseo remilgado—. Que soy bastante tiquismiquis cuando se trata de carne humana, por si no lo sabéis.

—Ya lo imagino —repuse.

—Las criaturas que han nacido de la magia siempre son más apetecibles que los simples mortales —siguió ella—. No es culpa mía que los primeros hayan ido desapareciendo y los últimos, multiplicándose cada vez más. Los mortales se reproducen como conejos.

Sus facciones volvieron a cambiar y su cabello oscuro se aclaró

hasta volverse plateado. El rostro se le volvió más redondeado, más delicado, y los ojos le cobraron una forma y un color específico.

Por un instante, parecía que el reflejo de las tres se había combinado hasta formar una sola persona.

—Déjalo ya —ladró Caitriona.

—¿Que deje qué? —contestó la criatura con inocencia. Le echó un vistazo a Olwen y pasó a colocarse las manos sobre las caderas, para imitar su pose.

Rebusqué entre los archivos de mi memoria, entre los cientos de miles de páginas de libros que había consumido, en busca de alguna criatura que se alimentara de carne humana y adquiriera la forma de otros. Quizás un puca… Eran omnívoros, pero los pocos que quedaban en nuestro mundo tendían a esconderse de los humanos. Aquellos que no servían a las hechiceras como acompañantes acostumbraban a vivir en bosques o cerca de los acantilados.

Al notar que la criatura posaba su mirada sobre mí, volví a alzar la vista hacia ella. Antes de que pudiera comentarle lo que había estado debatiendo en mi interior, ella me hizo una pregunta:

—¿Qué es lo que desea tu corazón? —empezó, y la pregunta terminó en una especie de siseo. Miró de reojo a Olwen antes de volver a centrarse en mí, con unos ojos llenos de lástima. Unos ojos que eran iguales a los míos.

»Debe de ser muy complicado viajar con alguien tan hermosa como ella —siguió la criatura en voz baja, haciendo un ademán hacia Olwen—. Saber que nadie te deseará siempre que alguien como ella esté cerca.

—Ay, no —repuse sin ápice de emoción—. ¿Cómo podré soportarlo?

—No tengo ni idea, la verdad —asintió la criatura aún con una mirada de pena—. En mis tiempos, no habrían tardado nada en encerrarte en un convento para no tener que ver esa cara tan desafortunada que tienes.

—Si quieres herir los sentimientos de alguien, primero tienes que asegurarte de que los tenga —le dije—. Te habría valido más intentar ofrecerme unas riquezas sin fin o la vida eterna.

—Si me liberas, puedo convertirte en lo que más quieres —dijo

con un brillo en los ojos—. Tu cabello ya no parecerá hecho de paja maltrecha. Y tu cara de sapo florecerá hasta volverse preciosa.

—Nuestra Tamsin es muy guapa así como es —interpuso Olwen, más fastidiada de lo que la había oído nunca. Y que me hubiera llamado *nuestra* me dejó el corazón calentito—. Además, si pretendes señalar a la más guapa de nuestro grupo en términos objetivos, esa es Neve.

Caitriona y yo asentimos, totalmente de acuerdo.

—Pero tú también eres un encanto, Olwen —le dije—. Se mire como se mire. Además de muy lista y valiente.

La criatura soltó un resoplido, alternando la mirada de una a otra.

—Ay, no, Cait es infinitamente más valiente que yo —dijo Olwen, con las mejillas coloradas por la vergüenza.

—Sois unas… —intentó intervenir la criatura.

—Eso no es cierto —insistió Caitriona—. Tú sí que eres valiente. Y lo que es incluso mejor, tienes un corazón enorme.

—A ver… —gruñó la criatura.

—Y tu talento con la magia es incomparable —añadí.

—Tu naturaleza tan astuta nos ha salvado el pellejo más de una vez —me dijo Caitriona.

—¡Basta ya!

El grito resonó por todo el almacén y consiguió eclipsar incluso los sonidos distantes de la fiesta de arriba.

—No hace falta ser tan maleducada —le dijo Olwen a la criatura, que estaba hecha una furia.

—¡Liberadme! —rugió—. Me vais a liberar en este mismo instante. De lo contrario…, ¡me beberé vuestra sangre y usaré vuestros huesos de mondadientes!

—¿Y cómo pretendes hacer eso desde detrás del cristal? —preguntó Caitriona.

El grito que la criatura soltó en respuesta fue tan lamentable que casi me hizo sentir lástima por ella.

Casi.

—Olwen, ¿crees que podrías reducir su tamaño para llevárnoslo? —Señalé el espejo—. No quiero que Neve pase más tiempo del necesario ahí arriba.

—Sí, yo tampoco —asintió ella. Se llevó una mano a la mejilla mientras pensaba y la criatura se deslizó hacia su lado antes de apoyar la mejilla en la mano como hacía la sacerdotisa.

—¿Qué pretendéis? —preguntó—. Habéis venido a por mi espejo, ¿a que sí? —Sus labios se estiraron hasta adoptar una sonrisa taimada —. ¿Es que queréis encerrar a alguien más aquí dentro?

—¿No te apetece tener un compañerito de juegos? —le pregunté—. O, no sé, un tentempié o algo así.

La criatura flotó detrás del cristal hasta acercarse a donde estaba.

—No es posible. La magia del espejo solo puede contener a una persona.

—Mientes —dijo Caitriona.

—¿Eso crees? —repuso la criatura—. El señor de la casa lo intentó, vaya si lo hizo. Apretujó a su enemigo contra el cristal como si quisiera darme un bocadito relleno y regordete… —Se puso a salivar al recordarlo—. Pero, si queréis que alguien entre, otro tiene que salir.

Olwen y Caitriona me miraron, pero no supe qué decirles.

—¿Quién es vuestro enemigo? —siguió la criatura—. Quizás, si me dejáis ir, pueda devorarlo por vosotras.

—El rey de Annwn —respondí—. El Señor de la Muerte. ¿Todavía quieres comértelo?

La criatura hizo una mueca que dejó muy claro su desagrado.

—¿El usurpador?

—Exacto —asentí, por mucho que no tuviera ni idea de a qué se refería. No pretendía darle ninguna ventaja—. Ese mismo.

—¿Ya está aquí? El nuevo Rey del Acebo y su voraz hueste de cazadores —inquirió—. ¿Ha escapado de Ávalon?

El Rey del Acebo. La personificación del invierno en las historias antiguas. Si lo que decían era cierto, iba a alcanzar su máximo poder en el solsticio de invierno, durante la noche más larga del año. Y, tras ella, se iría debilitando cada vez más, hasta que volviera el verano.

Solo que… eso no tenía mucho sentido, ¿no? No si teníamos en cuenta lo que sabía sobre la magia de la muerte de Annwn.

Me quedé observando a la criatura. Era lo bastante pretenciosa como para que lo que tenía en mente funcionara…

—Así es. Se quedará en este mundo hasta el solsticio de invierno

—afirmé, como si estuviese muy enterada de sus planes—. Hasta que su poder llegue a su punto álgido y pueda deshacerse de sus enemigos.

—Menuda mortal más descerebrada, te tragas todas las mentiras que te cuentan —dijo la criatura, llena de arrogancia y corrigiéndome como había pretendido que hiciera—. El solsticio solo es el día en que los límites entre el mundo mortal y Annwn son más difusos y por tanto se puede abrir un portal. El día en que la Cacería Salvaje lleva su botín de almas oscuras a su prisión.

Las piezas del rompecabezas encajaron en su lugar de forma tan súbita que me quedé sin aliento. Sabía que solo era una teoría, pero nada más tenía sentido. La amenaza no era que fuese a abrir un portal para cruzarlo, sino que fuese a dejarlo abierto para dejar que las almas perversas se colaran en nuestro mundo. Y, cuando estas empezaran a aniquilar a los vivos para saciar su sed, eso solo terminaría aumentando más y más el poder del Señor de la Muerte.

Aunque Caitriona soltó un sonidito interrogante, no tenía palabras para contestarle.

—No solo están cazando almas oscuras —le informó Olwen a la criatura. Y entonces, al comprender lo que pretendía yo, añadió—: Ay, claro. Se me olvidaba que llevas tanto tiempo ahí atrapada que no tienes ni idea de cuál es su verdadero propósito. Ni de qué es aquello que tanto ansía encontrar.

—Yo estuve ahí en el inicio de los tiempos y también lo estaré cuando llegue el fin, cuando la última luz de la Diosa se apague y vosotros, los mortales, volváis a las estrellas y la arcilla de la que salisteis… —nos gruñó—. Llevo conmigo todos los conocimientos del universo y aún los seguiré albergando cuando vosotras ya no seáis nada más que un recuerdo.

—Nah, no sabes nada —le dije, intentando ocultar que me habían empezado a temblar las manos. Una sensación horrible de miedo se me había colado en el cuerpo, un pánico que no tenía nombre.

—Sé lo que busca el Señor de la Muerte, como todos aquellos que vimos cómo se derramaba la sangre ese día, que oímos los últimos lamentos de la Diosa —repuso la criatura.

El mundo pareció quedarse en silencio a nuestro alrededor. Los ojos extraños de la criatura centellearon, como un señuelo que

pretendía tentarme y me hizo dar un paso más cerca hacia la superficie que no dejaba de ondear entre ambas.

—Busca aquello que se le negó hace tantos siglos —continuó—. Busca el alma de aquello que más ama.

16

Supe que nuestro jueguecito había llegado a su fin cuando una sonrisilla victoriosa se extendió por aquel rostro que era un amalgama de las tres.

Aquello a lo que más ama. Pese a que la había oído a la perfección, era como si mi cerebro no pudiese procesar las palabras. *Lo que más ama.* El concepto parecía terrible en aquel contexto. Imposible.

—¿Qué me decís? —canturreó—. Quizás sí que podamos hacer algún trato, ¿no? Parece que no tenéis ni idea de quién es aquel al que os enfrentáis.

Sus palabras se volvieron una araña en mi mente, tejieron una telaraña e intentaron conectar todas las piezas de información que había estado llevando conmigo desde Ávalon.

—No es capaz de amar a nadie —espetó Caitriona—. Lo único que quiere es alcanzar el poder y causar más dolor.

—Quizás como el Señor de la Muerte —la provocó la criatura—. Pero ese no siempre ha sido su nombre. No nació siendo un rey.

—¿Tamsin? —me llamó Olwen, insegura. Sabía lo que estaba pensando. Cualquier trato implicaría soltar a la criatura en nuestro mundo y eso sin duda implicaría más muertes.

—Ni siquiera sabemos si podemos confiar en su palabra —dijo Caitriona.

La criatura se irguió, con una expresión enfurecida. Unos rayos azules se extendieron por la superficie del cristal cuando se lanzó contra él y la magia se activó en un instante para empujarla con fuerza hacia atrás.

Con un chillido miserable, la criatura aporreó el aire oscuro.

Sin embargo, el comentario de Caitriona me había dado una idea y tuve que humedecerme un poco mis labios resecos para ocultar una

sonrisa.

—Vale, te liberaré si nos cuentas la verdad sobre el hombre que se hace llamar el Señor de la Muerte…

—¡Tamsin! —me interrumpió Caitriona.

Alcé una mano, con la esperanza de que mi mirada les transmitiera lo que no podía decir con palabras: *Confiad en mí.*

—Pero tienes que contarnos todo lo que sabes sobre él —seguí—. Y sobre el alma que está buscando.

Cuando la criatura sonrió, lo hizo mostrando todos los dientes desiguales que tenía.

—Primero tienes que dejarme probar tu sangre. Tan solo una gota, para sellar nuestra promesa y asegurar que pueda darte caza a ti y a toda tu estirpe si no me liberas.

Dado que no compartía sangre con nadie, no me costó decirle que sí. Saqué la navaja que llevaba en el bolsillo trasero y me hice un corte pequeñito en la punta del índice para luego dejar que la sangre me recorriera la mano hasta llegar a la palma.

Caitriona me aferró la muñeca.

—Piénsatelo bien…

—Juntas hasta el final, ¿no? —le recordé.

Y, tras un segundo, asintió.

Me acerqué tanto como me atreví al espejo y lancé una gotita de sangre hacia el cristal. Fascinada y horrorizada a la vez, observé cómo la sangre se colaba entre la magia hasta llegar al otro lado y a la criatura que la saboreó con ansias hasta soltar un suave suspiro lleno de placer.

Arrugué la nariz, asqueada, pero la criatura hizo lo mismo, torciendo la boca ante el sabor.

—Es… más dulce de lo que recordaba —se quejó, pasándose la lengua por los dientes, como para quitarse el sabor.

—Pues has sido tú la que la ha pedido —me excusé, ofendida—. Perdona si no cumple con tus estándares.

Una expresión pensativa de lo más extraña cruzó las facciones ficticias de la criatura. Se volvió a lamer los labios grisáceos que tenía, como si estuviera buscando los últimos rastros del sabor.

—¿Y la información? —la interrumpió Caitriona.

Fuera lo que fuese que la criatura hubiera estado contemplando, desapareció como la niebla con la llegada del amanecer.

—Ah, cierto. El Señor de la Muerte, el rey de Annwn.

—Sí, con suerte ese es el único Señor de la Muerte que existe —añadí sin emoción.

—Es el segundo de su nombre —dijo la criatura, paseándose sin ganas detrás del espejo, de atrás hacia adelante—. Mató al primero y le robó la corona, pero no nos adelantemos.

Conforme hablaba, el eco de otra voz se removió en mis recuerdos. La voz de un hombre, entre murmullos imposibles de entender, se solapaba con la de la criatura. La imagen difusa de una cama y de una vela encendida en la mesita de al lado parpadeó en mi mente. Un pensamiento se coló entre las sombras, sin invitación. *Esto me lo sé.*

Solo que no era cierto.

Me agaché hasta apoyarme sobre los talones, abrazándome el pecho. Un pinchazo de dolor me subió desde la base de la columna hasta llegarme a la nuca.

—Su verdadero nombre es Gwyn ap Nudd —dijo la criatura—. Hijo de Nudd Llaw Ereint, cuyo padre fue uno de los Primigenios de la Diosa.

Nudd de la Mano de Plata. Un rey antiguo de Bretaña y un héroe legendario.

—Al no quedarse satisfecho con la buena fortuna que le había dado la vida —siguió—, Gwyn solo veía lo que tenían los demás, solo oía las felicitaciones que su padre les hacía a sus hermanos y solo saboreaba la amargura en cada fruta. Por tanto, no es de extrañar que deseara a una joven que ya le había sido prometida a otro…

La escena en penumbra (la habitación, la tenue luz de la vela) se fue materializando con unas pinceladas más amplias y se negó a que la ignorase. Había dos niños en la cama, una niña de cabello claro y un niño con el cabello tan oscuro que parecía tinta derramada sobre la almohada. El hombre sentado al final de la cama los cubría con una manta y llevaba una chaqueta de cuero. Su mirada era sombría mientras hablaba.

Era yo la del recuerdo. Y Cabell. Y Nash. Solo que aquello nunca había sucedido. Porque lo recordaría. Lo habría recordado en algún

momento. ¿Cuándo nos había arropado Nash en la cama a Cabell y a mí? En lo que parecía ser una taberna, aunque una que no reconocía.

—¿A quién? —La voz de Olwen se coló entre mis pensamientos que se iban saliendo de control.

—A quién, exacto —repitió la criatura—. No se trataba de una chica ordinaria, no, sino de la hija divina de la mismísima Diosa. Una hija que había creado para que fuese solo suya. Se llamaba Creiddylad.

Esto me lo sé. El pensamiento me invadió con un pánico de lo más extraño. Me sabía la historia, solo que no recordaba cómo. No conseguía visualizar para mis adentros las páginas en las que la había leído. No recordaba dónde habíamos estado ni quién me la había contado. Solo tenía ese vago recuerdo de una habitación, de Nash sentado al borde de la cama, en medio de una penumbra brillante.

—¿Tenía una hija? —oí que Olwen repetía, sin poder creérselo.

—Eso no es posible —dijo Caitriona—. Nosotras sabríamos si…

Me concentré en la imagen y la mantuve al frente de mi mente. Me negué a dejarla marchar.

Esto me lo sé. ¿Cómo es que me lo sé?

El hormigueo que notaba en la nuca se alzó y se intensificó al llegar a la base del cráneo. Contuve el aliento y se me tensaron los hombros cuando mi mente pareció sacudirse, como cuando una llave encajaba por fin en una cerradura vieja.

Me abrí paso entre el dolor sordo que se me iba extendiendo por la sien, los escombros de unos recuerdos fragmentados y a medio hacer que me salpicaban la mente como hojas secas. Rebusqué y rebusqué entre las capas de caos hasta que encontré el tesoro de un recuerdo enterrado bajo todo eso.

Y lo recordé.

La taberna en Helmsley, Yorkshire, después de otro día perdido buscando la daga de Arturo en un castillo cercano. La escarcha del invierno que cubría la ventana. El frío que calaba y que se negaba a dejarnos ir después de haber pasado todo el día fuera, uno que no parecía dispuesto a marcharse por mucho que me envolviera en una manta o me acercara al fuego. Me llevé las rodillas al pecho para intentar retener algo de calor, hirviendo de furia para mis adentros mientras me hacía la

dormida.

—¿Nos cuentas una historia? —susurró Cabell.

Su lado de la cama angosta que compartíamos se hundió cuando Nash se sentó, pero seguí dándoles la espalda, con los ojos cerrados. Después del día que habíamos tenido, no estaba de humor para irme a dormir.

—¿Qué historia quieres, pequeñajo? —me llegó la voz ronca de Nash en respuesta, las palabras cálidas gracias a la cerveza que tenía en la mano.

Cabell se lo pensó un momento.

—Un cuento de invierno.

—Ah. —Noté la presión de la mirada de Nash cuando me echó un vistazo, antes de quedarse callado unos segundos. Lo normal era que tuviera alguna historia en la punta de la lengua, lista para desplegarse en el mundo, pero en aquella ocasión se tomó su tiempo, como si necesitara escoger alguna de entre su selección—. ¿Quizás la historia del viejo Padre Navidad, que se colaba a hurtadillas en las casas para espiar a los niños?

Pude imaginarme a la perfección la cara que puso Cabell.

—No, una nueva. Una que no nos hayas contado antes.

Me tensé. Nash siempre le contaba a Cabell cosas que a mí no; se escabullían ellos dos y me dejaban tirada, con la excusa de que no los iba a entender.

—Creo que para una así deberíamos esperar a que tu hermana esté despierta —dijo Nash, tras darle un largo sorbo a su botella—. Si no, no parece muy justo, ¿no crees?

Pero Cabell no pensaba rendirse.

—A Tamsin nunca le han gustado las historias de miedo. Cuéntame una de esas.

Me enfurruñé, contemplando la ventana que tenía enfrente. Cabell no era más valiente que yo. A él tampoco le gustarían si los monstruos se colaran hasta en sus sueños.

—Ah, entonces creo que ya sé cuál —dijo Nash, bajando la voz para empezar a relatar su historia—. Hace muchísimo tiempo, antes de que Arturo gobernara tanto a los hombres como al pueblo de las hadas, la Diosa empezó su magnífica obra de creación. Sus hijos, los Gentiles, fueron los primeros. Luego llegaron las bestias de todo tipo y también la humanidad, pero no muchos conocen la historia de la hija que creó para sí

misma…

Volví al presente cuando la criatura se pasó una de sus largas uñas por la mejilla, pensativa, y entonces pareció recordar dónde se había quedado al contar su historia.

—Por mucho que la Diosa quisiera quedarse a su hija solo para ella, Creiddylad era una niña curiosa y le dijo que quería vivir entre los mortales y conocer su mundo. La Diosa le confió su hija a Nudd, y este le juró que se la devolvería en cuestión de un año.

La narración melodiosa de Nash confluyó con el río de la historia mientras serpenteaba por mi mente:

—Durante su estadía en el hogar de Nudd, Creiddylad se enamoró de un jovencito, uno de los Gentiles, y aunque a su madre no le hacía mucha gracia tener que separarse de su propio corazón, permitió que se comprometieran el uno al otro…

—Se dice que Gwyn, al haber vivido junto a ella en el hogar de su padre, quedó cautivado por su belleza y se encaprichó con ella —siguió la criatura.

—Una noche, Gwyn, en un acto de orgullo insensato, la raptó. —La voz de Nash, distante en mis recuerdos, continuó con el relato—. Intentó obligarla a casarse con él. Pero entonces su prometido los encontró y retó a Gwyn a un duelo. Al final, el pobre perdió ante el poder de la espada de su contrincante.

—Pobre Creiddylad. —Olwen, de corazón tan noble, parecía al borde de las lágrimas.

—Así es —asintió la criatura, con una sonrisa taimada—. Porque, como veréis, Creiddylad había renunciado a su divinidad en favor de una vida mortal. Y antes de que Gwyn pudiese reclamar su premio…

—…Creiddylad se llevó la espada de su amado al corazón y se quitó la vida para no quedar a merced de él.

Cabell contuvo la respiración.

—Eso fue lo que pensé yo también, muchacho —dijo Nash—. Pero el final de Creiddylad no es el final de esta historia.

—¡Y bueno! —continuó la criatura, haciendo un ademán con los dedos—. La Diosa quedó devastada, claro, pero no está en su naturaleza el matar a nadie.

—Castigó a Gwyn al enviarlo de vuelta a Annwn como prisionero, y

era tal su desconsuelo que ella misma se desvaneció y aceptó la forma final que puede adoptar un dios: el alma incorpórea del mundo que ha creado —continuó Nash en mi mente, con su relato en perfecta armonía con la historia que nos iba contando la criatura—. *Recayó en la Dama del Lago, una de los Gentiles y de las primeras sacerdotisas de Ávalon, la tarea de proteger el alma hasta que llegara el día en que pudiese renacer. Y así se convirtió en su destino proteger el corazón de la Diosa, la isla sagrada donde se le adoraba y a todos sus hijos que nacieran de su propio ser.*

—¿Y ha renacido? —preguntó Olwen.

—Eso escapa de nuestro conocimiento, pues la Dama del Lago lanzó un hechizo para asegurarse de que permanecía escondida —contestó la criatura—. Se supone que debe permanecer oculta, muchacha. Es algo imperativo, ya que una semilla de maldad germinó en el alma de Gwyn aquel día, cuando se le negó aquello que él sentía que había ganado con todas las de la ley en aquel combate a muerte.

—La furia lo invadió cuando lo enviaron al mundo de los muertos —siguió Nash—. Pero, al provenir de la nobleza, no tuvo problemas para congraciarse con Arawn, el verdadero rey de Annwn. Y, al ver toda la magia de la muerte que estaba a disposición del rey, una idea terrible se apoderó de él y fue así como Gwyn acabó con Arawn y ocupó su lugar en el trono.

—No pierde el tiempo, no —me oí a mí misma comentar.

—Gwyn era quien gobernaba cuando Arturo y sus caballeros visitaron Annwn y lo llenaron de regalos a cambio de cualquier pizca de información que pudiera proporcionales sobre el alma —dijo la criatura—. Y fue así como su caza dio inicio de nuevo.

—Su desesperación por encontrar el alma de Creiddylad era tanta que Gwyn destrozó Tierras Alternas enteras junto a su Cacería Salvaje, abriéndose paso entre ellas con garras y espadas. —La voz de Nash fue alejándose, en lo que el recuerdo se volvía a sumergir en la ciénaga oscura de la que lo había sacado—. *Y todo porque le parecía que el alma podía estar allí escondida. Entonces, durante un año en el que el invierno llegó para dar caza al mundo una vez más, la Cacería Salvaje no lo acompañó. Muchos creyeron que era porque el grupo se había disuelto por fin, pero otros más sabios están convencidos de que el Señor de la Muerte volverá a alzarse una vez más…*

Cabell se había quedado dormido para entonces, arrastrado hasta el mundo oscuro de los sueños. Había sentido su respiración acompasarse con la misma certeza con la que sentí como Nash se estiraba para acariciarme el cabello y susurrarme:

—Pero tú no te preocupes por esas cosas…

La angustia me recorrió la piel hasta hacer que me escociera. Estaba segura de que las demás podrían ver cómo el pulso me latía frenético en la garganta, que podrían oír su estruendo ellas mismas. Sin embargo, Olwen y Caitriona se habían mirado entre ellas, como para debatir en silencio la verdad de aquella historia. Una historia que nadie les había contado nunca.

Solo que a mí sí.

Nash la conocía. Nos la había contado. Se enorgullecía mucho por coleccionar leyendas e historias por aquí y por allá, solo que aquella… Nunca había leído nada sobre esa historia en ningún lado. No había sido capaz de desenterrar aquel recuerdo hasta que la criatura había forzado aquel archivo en mi memoria hasta dejar que viera la luz una vez más.

¿Cómo era que Nash conocía esa historia?

¿Y por qué se me había olvidado?

—Y así es que le pongo fin a esta historia, tras haberos contado todo de principio a fin —decretó la criatura—. Y ahora, libérame…

—¡Esperad! —La voz de Emrys hizo que un cosquilleo cálido me recorriera la columna. Mi cuerpo se volvió hacia él sin mi permiso, en un intento por seguir aquel aleteo casi insoportable que notaba en el pecho.

A mi lado, Caitriona relajó un poquitín su postura rígida cual espada y respiró aliviada al ver que tanto Emrys como Neve corrían por el almacén.

—¿A este lo odiamos? —me susurró la criatura—. ¿Tiene la carne fibrosa por la ambición? ¿La maldad hasta el tuétano? ¿Cuál de los dos es el guapo del que me hablasteis? Los dos tienen una carne muy suculenta y unos huesos delicados…

Hice caso omiso de lo que me decía y me concentré en Neve para asegurarme de que estaba bien. Esta se limitó a contemplar a la criatura con los ojos como platos y la boca abierta por la sorpresa.

—No puedes liberarla —me dijo Emrys, sin aliento.

—¿Y eso por qué? —espetó la criatura, haciendo la pregunta que yo también quería hacer.

—Porque es Rosydd, la Arpía de los Pantanos —contestó él.

Caitriona, Olwen y yo nos volvimos hacia el espejo al ver a la criatura erizarse de pura rabia. Por alguna razón, el que estuviésemos charlando con una bestia primordial era la parte menos sorprendente de aquella velada.

—Arpía de los Páramos —corrigió ella con un gruñido—. ¡De los Páramos!

No parecía el momento adecuado (ni el público, vaya) para señalar que un pantano era prácticamente un páramo remojado.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Olwen a Emrys.

—Uno de los Saqueadores nos lo ha dicho. Bueno, quizás es más adecuado decir que se ha puesto a presumirlo —dijo Neve, poniendo los ojos en blanco—. Van como una cuba todos allá arriba, la verdad.

—Qué delicia —comentó la criatura, más para sí misma—. Están marinándose.

—No puedes liberar a la arpía —dijo Emrys, con un nuevo matiz en la voz. Uno que se parecía bastante al miedo—. Nos devorará a todos.

—No pretendía liberarla —le dije.

—¡¿Qué dices?! —rugió la arpía—. ¡Lo has prometido! ¡Has hecho un pacto de sangre!

Le eché un vistazo por encima del hombro. Tras haber pasado casi una década negociando con hechiceras había aprendido las virtudes que tenía el usar un lenguaje poco claro.

—Sí, he prometido que te liberaría. Pero no me has pedido que especificase cuándo.

Emrys me miró con las cejas alzadas.

—Bien hecho, Lark. ¿Acaso sabías que una arpía no puede romper un pacto o ha sido cosa de suerte?

Lo fulminé con la mirada.

—Pues claro que lo sabía. —Justo cuando él lo había dicho, vaya.

—Ajá —dijo él, cruzándose de brazos.

La arpía se acercó al cristal e hizo que la capa de magia protectora

chisporroteara.

—Te crees astuta como un zorro, pero harías bien en recordar que hay criaturas de dientes más afilados en el bosque.

—Menos mal que no hay ningún bosque cerca, entonces —repuse.

—Por mucho que esté disfrutando de este enfrentamiento tan entretenido, tenemos que irnos —dijo Emrys—. Y rápido. Creo que deberíamos dejar el espejo y volver por él otro día. Se supone que debe haber una salida escondida detrás de alguna de las vitrinas.

—No seas ridículo —dijo Caitriona—. Ya estamos aquí, ¿no? Lo único que tenemos que hacer es llevarnos el cacharro este.

Neve parecía indecisa.

—Sí, pero Emrys tiene razón. Se nos acaba el tiempo.

Emrys metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, buscando algo.

—Esto no es una celebración de temporada ni una fiesta para presumir del manto de Arturo.

Al abrir el puño, un objeto pequeñito y plateado relució bajo la luz tenue.

El broche. La mano que sostenía la rama.

De pronto, noté un sudor frío en el cuello y la espalda. Se me erizó la piel de los brazos con la sensación de una carga eléctrica cada vez más grande en el aire.

Y, en lo alto, el bramido de un cuerno resonó con fuerza.

17

Una explosión de cristales rotos cayó sobre el interior de la mansión, lo bastante alta como para que la oyéramos a través de las gruesas paredes de piedra. Las risas se alzaron como el viento, y los vítores y gritos consiguieron ahogar incluso a los alaridos más aterrorizados. Al oír el redoble de las pezuñas de los caballos, me mordí el carrillo con tanta fuerza que me hice sangre.

Aferré a Emrys del brazo, para llamar su atención.

—¿Has dicho que había un modo para salir de aquí?

—No sé dónde está… —Se volvió en círculos, buscando—. Da hacia el río Avon, desde donde solían traer las reliquias, y el río está hacia el este de aquí…

—¿Dónde está el este? —pregunté.

Caitriona se movió en su sitio, para intentar ubicarse.

—Creo que… ¿por allí?

Lo único que había en esa dirección era una pared de piedra descubierta.

—Quizás sí que estamos en un bosque después de todo —se burló la arpía—. ¿Ahora qué piensas hacer, pequeño zorrito?

—Tú a callar —dijo Neve, volviendo a cubrir el espejo con la tela.

Entonces, en el instante de silencio que siguió, oímos el ascensor.

Un segundo después, antes de que pudiera siquiera pensar en moverme, tres figuras encapuchadas irrumpieron en el almacén, con la respiración acelerada y apestando a sangre y sudor.

—Ay, dioses —iba lloriqueando uno, sin dejar de temblar—. Ay, dioses…

Tenían el traje hecho jirones y la camisa, que en algún momento había sido blanca, estaba tan cubierta de vísceras que casi me hizo vomitar.

—¡Eh! —gritó Emrys en su dirección—. ¿Dónde está…?

Cuando se volvieron hacia donde estábamos, fue como si hubiesen perdido su último rastro de humanidad, y lo poco de vida que aún quedaba en aquellos ojos atormentados se redujo a sus instintos más básicos: a intentar sobrevivir. A través del velo de sufrimiento y terror que se había apoderado de ellos, reaccionaron como los animales heridos que eran.

Uno llevaba un hacha en la mano y tuve que contemplar, horrorizada y en cámara lenta, que la lanzaba directo hacia la cabeza de Caitriona. Pero ella se hizo a un lado y la esquivó.

—¡No pienso dejar que me capturéis! —gritó desesperado, cojeando para avanzar con dificultad.

—¡No somos de la Cacería! —exclamó Olwen. Uno de los hombres bajó la cabeza y cargó hacia ella con una mirada asesina. Olwen alzó una mano con un gruñido y la fuerza bruta del viento lanzó al Saqueador hacia la vitrina más cercana. El cristal se hizo añicos ante el impacto y las esquirlas se le clavaron en el cuerpo cuando cayó hecho un guiñapo sobre el suelo.

Retrocedí de un salto al ver al tercer hombre usar una piedra afilada como si fuese una daga para intentar clavármela en el pecho. La saliva volaba por los aires mientras gritaba; un grito sin palabras, como si pudiese lanzarme toda su furia desesperada e infectarme con ella. Retrocedí hasta chocarme con una mesa y tanteé a mis espaldas en busca de algo con lo que protegerme.

Emrys apareció detrás del tipo, vasija en mano, y se la reventó en la cabeza. El grito del hombre murió con un gimoteo al caer al suelo, y los ojos se le pusieron en blanco cuando perdió el conocimiento. Me quedé mirando a Emrys, con el pecho subiendo y bajando por mi respiración acelerada, y él me devolvió la mirada, con los ojos llenos de miedo.

—Has… —empecé, pero entonces oí un estruendo desde el fondo del pasillo: el impacto de unos cascos contra la piedra.

Me volví hacia Caitriona al ver que sujetaba al hombre que la había atacado y lo sometía del pescuezo con una llave.

—¿Dónde está la salida secreta? —exigió—. ¡¿Dónde?!

El sonido de los cascos de los caballos me resonó en los oídos, hizo

traquetear el techo y sacudió los muebles de la sala como si fuesen dados dentro de un cubilete.

Dio igual lo que nos dijera el hombre. Se nos había acabado el tiempo. Caitriona me buscó la mirada, al haberlo comprendido antes que yo. Soltó al hombre y este salió corriendo hacia el otro extremo de la sala, hasta desaparecer entre las sombras. Lloriqueando, corrió de una pared a otra, frenético, mientras buscaba una puerta que jamás apareció.

Apenas me dio tiempo a gritar una sola palabra:

—¡Escondeos!

Salimos disparados hacia las cuatro esquinas de la sala: Olwen y Caitriona hacia las pilas de cajas vacías y Neve en dirección a la pequeña flota de coches antiguos. De Emrys no había ni rastro. El almacén se llenó de sombras a mi alrededor y el corazón me latía tan fuerte que me hacía daño.

—¡Corre, pequeño zorro! —canturreó la arpía, con la voz amortiguada por el grueso terciopelo que cubría el marco—. ¿Dónde podrás esconderte de los cazadores?

La adrenalina me concedió el último empujón de velocidad que necesitaba para llegar a un armario de estilo barroco pintado con escenas de hadas.

Aunque todos los aparadores que me rodeaban estaban cerrados o llenos de cosas, el que había escogido estaba abierto. Tenía la mitad de abajo llena de cajones, pero pude abrir la mitad de arriba y meterme allí, tras abrazarme las rodillas contra el pecho.

Apenas había cerrado las puertas cuando una se volvió a abrir de un tirón.

—Venga ya —me quejé en un susurro.

Frente a mí tenía el rostro pálido de Emrys, igual de sorprendido de verme que yo. Pero no había alternativa; al oír las voces que se acercaban, lo aferré de la muñeca y lo ayudé a subir de un tirón, apenas salvándome de que me diera un rodillazo en la cara cuando sus largas extremidades se enredaron con las mías. La vieja madera gruñó bajo nuestro peso combinado.

Pero, contra todo pronóstico, resistió.

—Esto me suena —dijo él en un hilo de voz. Le di un codazo con

más fuerza de la que pretendía al intentar volver a cerrar las puertas, pero, al ser dos los que estábamos allí dentro, no había cómo volver a cerrarlas del todo. Podíamos ver a la perfección la entrada a la sala cuando llegaron los primeros cazadores.

—No —lloriqueó el último hombre que quedaba, poniéndose de rodillas—. Os lo suplico… Tengo familia… Puedo pagaros…

Contuve el aliento, con pánico a que el menor susurro de la tela pudiera delatar nuestra presencia. La pulsera que tenía en la muñeca se me apretó contra la piel, y me obligué a concentrarme en esa sensación, no en lo preocupada que estaba por si las demás habían encontrado un lugar seguro para esconderse.

Un cazador avanzó. Los rasgos hundidos y fibrosos de su cara hacían que me resultara imposible determinar quién era, pero, en cuanto habló, me sentí como si me hubiese quedado atrapada en una red de acebo puntiagudo.

—Parece que hemos capturado a unos ratoncillos que se han escabullido de la fiesta antes de que acabe —se burló.

Me mordí el labio, tenía el corazón en la garganta.

Era Phineas Primm, uno de los Saqueadores de nuestra cofradía. Podía reconocer el tono nasal y lisonjero de aquel viejales con los ojos cerrados.

Emrys alzó la cabeza y su mirada se encontró con la mía, preocupado.

Cerré los ojos con fuerza al oír los gritos agónicos del hombre, el desgarro húmedo de la carne cuando los jinetes se cernieron sobre los otros hombres que habíamos dejado allí tirados, inconscientes. El estómago se me retorció con violencia, con el horror y la culpa surcándome las venas.

Intenté concentrarme en el pasado, rebusqué entre mis recuerdos hasta dar con aquella noche en la biblioteca. Primm, Septimus y Hector habían estado siguiendo cada paso que daba y prestándole atención a los libros que investigaba mientras intentaba descifrar el misterio del Premio del Sirviente. Septimus había llevado el broche de la mano de plata que sostenía una rama, pero… ¿y los demás?

Sí. Sí que lo tenían.

No podía tratarse de una coincidencia. Todos estaban vinculados

con Endymion Dye de algún modo, incluso Wyrm y los Saqueadores de su cofradía. El broche era más que la simple membresía de un grupo, era un juramento de lealtad.

Más y más cazadores llegaron al almacén después de Primm. Una docena o quizás incluso más, con su brillo espectral de un tono verde enfermizo. Si se ponían a rebuscar el almacén…

Emrys me acunó el rostro con delicadeza con ambas manos para que apartara la vista de la masacre y me concentrara en él. Pese a que su expresión era tranquila, pude notar el ligero temblor que le recorría los dedos.

—¡Socorro! —Nos llegó la voz de la arpía, tan dulce y clara como había sido cuando la habíamos encontrado nosotros. Cuando se había hecho pasar por Elaine—. Ayudadme, por favor.

—No hagáis ni caso de lo que os diga la bestia. —La voz cortante de Endymion fue suficiente para acabar con lo poco que quedaba de mis nervios—. La arpía os dirá lo que haga falta para que la liberéis.

—Mentira —gimoteó la arpía—. Me llamo Elaine. La hechicera Lav… Eh… La hechicera Honora me encerró aquí por el atrevimiento de enamorarme del mismo hombre que ella…

Mira tú por dónde. Que no se dijera que una arpía ancestral no podía aprender un truco nuevo. O una historia nueva, vaya.

—Empezad por los armarios que hay al fondo e id avanzando hacia el centro —ordenó Endymion—. Podéis destrozarlo todo si queréis, pero que sea rápido.

En aquella ocasión, fui yo la que acuné el rostro de Emrys, para obligarlo a mirarme a mí y no a los retales retorcidos del alma de su padre.

Nunca lo había visto de aquel modo, con las pupilas tan dilatadas que el gris y el verde apenas resultaban visibles. Apreté los dedos contra su piel fría y sudorosa. Incluso en la penumbra del armario, pude ver que el pulso le latía desbocado en la base de la garganta.

Pegué un bote al oír el cristal haciéndose añicos y las carcajadas estruendosas. Unas alarmas se activaron y noté cada alarido como una puñalada en los oídos. El rugido del fuego, de la piedra al rasgarse y partirse… hasta que los gritos de uno de los cazadores dieron paso a las risotadas crueles de los otros.

—Esa maldición no tiene el mismo efecto si ya no tienes huesos que romper —se burló Primm.

Han activado las protecciones, pensé, haciendo una mueca al oír que otra cosa se estrellaba contra el suelo.

Emrys agachó la cabeza hasta apoyar la frente contra nuestras rodillas, con la respiración temblorosa. El modo en que el cabello se le rizaba a la altura de la nuca cubierta de cicatrices y la vulnerabilidad de su postura hicieron que se me estrujara el corazón.

—¿Por qué creía que podía estar aquí? —preguntó uno de los cazadores—. ¿Ha tenido una corazonada o algo así? ¿O acaso Wyrm le dijo que lo había capturado para él?

—Si quisiera que lo supieras, ya te lo habría contado —espetó Endymion.

El cuerpo se me puso rígido. Estaba cerca. De algún modo, a pesar de su forma incorpórea, podría haber jurado que oía el golpeteo de sus botas contra el suelo de piedra. Entonces oímos el susurro de una tela al caer.

Apoyé la cabeza sobre la de Emrys. Cerré los ojos e inhalé su aroma que tanto me reconfortaba: a bosque y un ligero rastro del humo de una fogata.

Que no encuentre a las demás, supliqué para mis adentros. *Por favor, salid de aquí y ya está…*

—¡Dejadme salir, por favor! —chilló la arpía—. ¡No merezco semejante castigo!

—¿De verdad tienen que oír todo este jaleo cada vez que bajan? —preguntó uno de los cazadores—. ¿Cómo hacen para que cierre el pico?

—Haré lo que queráis… Os diré lo que sea que queráis saber —probó suerte la arpía—. ¿Quizás queráis alguna espada especial que os sirva para aniquilar a vuestros enemigos?

—Uy, ¿el Yelmo del Pavor? —dijo uno de ellos—. ¡Me lo pido!

—Pues entonces yo me pido a la espada de Crisaor. Me tiré años buscando esta puñetera espada y resulta que la tenían estos —dijo otro.

Los Saqueadores hicieron lo que tan bien se les daba: lo desvalijaron todo como unos salvajes y siguieron destrozando lo que

se interponía en su camino, presos del frenesí. Lo único que habían conseguido con la muerte era desatar sus instintos más oscuros.

—¡Os hablaré sobre aquellos que se han escondido por aquí! —exclamó la arpía—. ¡Dejaré que devoréis su carne!

Se me heló la sangre, y Emrys me aferró la muñeca con más fuerza.

—Seguid buscando —ladró Endymion—. ¡No dejéis nada de valor!

—Hay… Hay cuatro cachorrillas y un muchacho —siguió la arpía—. Se llamaba… ¡Se llamaba Emrys!

Alcé la cabeza y aquel movimiento tan ínfimo, el cambio de nuestro peso combinado, fue lo que selló nuestro destino. El armario soltó un crujido tan fuerte en medio del silencio que hizo que el corazón me dejara de latir.

Una sensación opresiva e intensa de maldad se nos acercó e hizo que el aire se volviera imposible de respirar. Me quedé mirando por la abertura que había entre las puertas, demasiado asustada siquiera para respirar.

—¿Qué has dicho? —inquirió Endymion en voz baja.

La respiración de Emrys se volvió entrecortada, como si hubiese reconocido algo en el tono de su padre. Me soltó para apretarse los puños contra los ojos. No sabía qué hacer, no se me ocurría ningún plan. Ninguno de los dos tenía cómo escapar sin que nos vieran los cazadores.

Aquella sensación tan horrorosa se disipó un poco cuando Endymion avanzó hacia el fondo del almacén, apartando sillas destrozadas a patadas y aplastando cristales rotos en su camino hacia el espejo, como una tormenta inminente.

—¿Qué has dicho? —gruñó.

—¡Mira! —La arpía retrocedió tras el cristal, hasta que ya no pude ver su apariencia difusa—. ¡Era más o menos así! ¡Mira, mira!

Endymion aferró el terciopelo que cubría el espejo con un puño antes de apartarlo de un movimiento de la superficie que ondeaba por la magia. Fuera lo que fuese que vio en el espejo hizo que se acercara más hacia él. Mucho más.

Su perfil, apenas visible en medio de la oscuridad, no era el de un hombre que había cultivado con sumo cuidado la imagen de

perfección del líder de nuestra cofradía: encantador un segundo e implacable al siguiente.

Y allí, contemplando las profundidades del espejo, se encontraba el último rastro del hombre al que había hecho pedazos.

—¡Bestia mentirosa!

Con un rugido lleno de una rabia casi animalística, levantó el marco y lo estrelló contra el suelo. Se volvió de golpe para lanzar una mesa que tenía cerca con una sola mano y destrozar las patas de roble a base de puntapiés, antes de desatar el filo letal de su espada en el resto de la mesa hasta reducirla a una pila de astillas.

Se abalanzó sobre las butacas con la misma furia desatada para hacerlas pedazos. Arrancó el relleno como si de vísceras se tratase y luego procedió hacia las estanterías de botellas de vino y champán. El ambiente se tiñó de escarlata cuando el vino y la espuma salió volando, como un río que serpenteaba en medio de los restos destrozados del almacén.

Los demás cazadores se quedaron a un lado, como testigos silenciosos. No parecían dispuestos a interrumpir su desenfreno ni a arriesgarse a sumarse a él por si resultaba que pasaba a centrar su furia demencial en ellos.

Cuando Emrys alzó la cabeza, la tensión que tenía en los labios y la expresión en los ojos no indicaban miedo, sino un agotamiento infinito. El reconocimiento de algo conocido.

Y el corazón se me estrujó incluso más.

Si bien Nash había sido un cabronazo en varias ocasiones y nos había arriesgado a maldiciones y a las inclemencias del tiempo cuando nos tocaba dormir al raso, ni siquiera cuando lo había llevado al límite de su paciencia hasta hacerlo perder los papeles nos había puesto una mano encima. Nunca jamás.

Clavé la mirada en Emrys y no en su padre mientras este arrancaba los cuadros de las paredes y atravesaba unos lienzos carísimos con los puños. ¿Cuántas veces le habría tocado a su hijo soportar aquellos mismos golpes? ¿Y a su madre?

Con un suspiro tembloroso, Emrys volvió a bajar la cabeza para intentar ocupar el menor espacio posible.

Por todo lo alto, el cuerno soltó su bramido atronador, que resonó

por todas las plantas de la casa como un terremoto inminente. Y solo entonces, Endymion se detuvo.

La destrucción que había provocado seguía en pleno colapso, con botellas rotas aún cayendo y derramando champán. La transformación fue tan rauda que resultó aterradora. Tras enderezarse, volvió a colocarse su máscara de placidez antes de plantarse frente a los demás cazadores.

—Si era una corazonada lo que notó nuestro señor, es probable que lo que haya percibido sea la arpía —le dijo Primm—. Menuda pérdida de tiempo, la verdad…

En un visto y no visto, Endymion cruzó la distancia que los separaba hacia el otro lado de la sala y lo aferró del cuello.

—Nadie te ha pedido tu opinión.

Lanzó al cazador contra el suelo y avanzó a grandes zancadas hacia la entrada, con lo que los demás procedieron a llevarse sus tesoros recién adquiridos y seguirlo. Espadas capaces de cortar cualquier superficie. Escudos que repelían cualquier hechizo. Mantos que aumentaban la fuerza física. Un sinfín de reliquias que iban a conseguir que los muertos fuesen incluso más invencibles de lo que ya eran.

Las voces nos alcanzaron bastante después de que se hubieran marchado:

—¡La siguiente! ¡Vamos a la siguiente!

Conté hasta cien para mis adentros antes de atreverme a llamarlo en un susurro:

—¿Emrys?

El calor de su cuerpo contra el mío y aquel aroma dulce como a pino tan propio de él se entremezclaron con toda la adrenalina que seguía surcándome las venas a toda velocidad, con el horror que acabábamos de presenciar. Y, por mucho que aún se me diera de pena, necesitaba intentarlo de todos modos. Necesitaba consolarlo. Fue la única explicación que se me ocurrió para volver a inclinarme hacia adelante, al hacerles caso a mis instintos nada expertos y, con toda la vacilación del mundo, rozar los labios contra su mejilla más cercana.

Con un jadeo contenido, Emrys se incorporó de forma tan súbita que me dio un golpe en la barbilla con la cabeza.

—No… —exhaló con voz temblorosa y una expresión tan asqueada que me desgarró por dentro—. No me toques.

Abrió las puertas del armario de un empujón y se bajó de un salto para luego dejar que estas se cerraran a sus espaldas.

El calor me hirvió en el pecho hasta subirme por el cuello y extendérseme por la cara. La humillación que sentía era tanta, la sensación de que el corazón se me hacía pedazos era tan violenta, que pensé que me iba a poner a vomitar en ese mismo instante. E incluso mientras intentaba recomponerme y tragarme el sabor amargo que notaba en la lengua, me descubrí a mí misma deseando que la oscuridad de la estancia me arrastrara como una ola en una marejada y me hundiera hasta lo más hondo de sus profundidades.

Menuda estúpida estás hecha, siempre tan ilusa, me espetó una voz en mis adentros, para hacerme sucumbir ante el abismo de odio que sentía hacia mí misma.

Siempre me había enorgullecido de poder leer lo que sentían los demás, de usar esos trucos para descubrir sus anhelos más secretos, los sueños y posibilidades que querían que entretejiera para ellos cuando les daba la vuelta a las cartas del tarot. Había sido yo la que los había embaucado, no ellos a mí.

Hasta que había llegado Emrys.

Una parte de mí (una diminuta y desesperada parte de mi corazón) había guardado un atisbo de esperanza. De que no lo hubiera fingido todo. De que sus sentimientos por mí hubiesen sido tan reales como lo que yo sentía por él.

Pero no había tardado nada en hacerme ver la realidad de la forma más cruel.

«No me toques».

Me apreté los dedos contra los ojos para contener las lágrimas, odiándome a mí misma y también a él. Cuando el escozor de los pinchazos desapareció y recuperé la sensación en las extremidades, me bajé del armario y pasé por su lado dándole un empujón con el hombro.

Neve me vio antes que yo a ella y se abrió paso entre los escombros a toda carrera. Verla reemplazó la horrible sensación de amargura que sentía por el alivio más puro y efervescente. Y cuando

me rodeó en un abrazo, ni siquiera intenté retorcerme para que me liberara.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Olwen, aceptando la ayuda de su hermana para pasar por encima de una pila de vitrinas que habían terminado en el suelo. Me percaté de que todos hacíamos un esfuerzo para no mirar los cadáveres de los hombres.

—Pues yo estoy de maravilla —dijo la arpía, con la voz amortiguada contra el suelo.

Me limité a asentir sin apartarme de Neve, a quien seguía abrazando por encima de los hombros. La hechicera me dedicó una mirada interrogante, pero decidí no devolvérsela.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—Les damos caza nosotras —dijo Caitriona—. Los seguimos hasta la guarida a la que se hayan arrastrado.

Neve se inclinó por encima del Espejo de Shalott para observar los sellos que tenía en la parte de atrás.

—El hechizo que tiene es específico para atrapar a una arpía —dijo, señalando las marcas—. No sé qué sellos necesitaríamos para atrapar a algo como el Señor de la Muerte.

—¡Yo sí! —dijo la arpía, muy solícita.

Nadie le hizo ni caso.

—Puedo volver a escribirle a Madrigal y pedir la ayuda del Consejo de la Sororidad —siguió Neve—. Tienen personal que puede investigar…

—No —la cortó Caitriona—. No pienso involucrarlas.

Había una diferencia entre tener sus razones y simplemente ser obstinada, y Caitriona acababa de pasar de una a la otra.

—Cait… —empecé, cuando algo húmedo y caliente me cayó en la mejilla.

Alcé la vista en lo que llevaba una mano al líquido, pero otra gota me cayó directo en la cabeza. Acerqué los dedos hacia la luz tenue que tenía más a mano y entonces descubrí lo que era.

Sangre.

18

Un mal presentimiento me invadió conforme subíamos las escaleras de emergencia escondidas hacia la biblioteca falsa. Se me formó bajo la piel como un enjambre de moscas que me zumbaban en los oídos y me arrebató el aliento antes incluso de ver el primer cadáver.

Caitriona fue la primera en salir y estiró un brazo para detenernos en lo que observaba los alrededores. Quité a Emrys de en medio para sumarme a ella y dejar que el horror de aquella escena fuese inundándome poco a poco.

—Por todos los… dioses… —empezó Emrys.

Las elegantes moquetas soltaban sonidos húmedos bajo nuestros pasos y me empaparon de sangre el dobladillo de los vaqueros. La horrible sensación que transmitía y la peste de todo lo que nos rodeaba (de la carne expuesta) aumentó al ver los restos humanos que había desperdigados por los muebles, las estanterías bajas y la mansión en general, como si un lobo hubiera dejado su festín de carroña a medias.

Algunos habían intentado alcanzar las vitrinas antes de que los cazadores saqueasen las armas que había dentro, pero solo habían conseguido dejar manchas de manos ensangrentadas a su paso.

El silencio que había en el pasillo era absoluto, y el terror que transmitía se coló en la biblioteca y en todos nosotros. Aunque el olor del humo estaba por todas partes, no bastaba para cubrir la peste nauseabunda de la sangre.

El mundo pareció parpadear a mi alrededor y, por un segundo, lo único que pude ver fue el patio del torreón. Los cadáveres.

La historia se repite.

Nos movimos en direcciones distintas, en busca de supervivientes o

de cualquier cosa que pudiésemos usar como arma.

En lo que rodeaba una estantería, me tropecé y terminé en el suelo. Un grito me subió por la garganta y se negó a salir. El torso decapitado con el que había trastabillado se sacudió un poco cuando avancé a trompicones, en un intento desesperado por no ponerme a vomitar.

Solté una retahíla de tacos en voz queda mientras recogía una silla de madera y la estrellaba contra una mesa de trabajo hasta conseguir romperle una pata. Lo más probable era que se tratara de la mejor arma que iba a encontrar en todo aquel caos.

Emrys intentó hacerse con una de las espadas viejas que había sobre la chimenea, dándole unos tirones más y más frustrados.

—¡Que está atornillada, listo! —espeté.

—¡No me digas! —me ladró él de vuelta. Con su siguiente tirón, la placa entera se soltó de la pared. Un grito se le escapó al ver que esta se estrellaba contra el suelo y la espada se partía en dos a la altura de la empuñadura.

Solo entonces vi quién estaba hecha un ovillo al lado de la chimenea apagada.

Olwen tenía los nudillos blancos mientras sostenía una pieza destrozada de un estante. Las manos le temblaban con violencia cada vez que intentaba obligarse a ponerse de pie sin mayor resultado. Sus respiraciones eran forzosas y apenas parpadeaba, pálida al contemplar un cadáver que tenía cerca.

—¿Olwen? —la llamé, sujetándola del brazo para hacer que me mirase.

Cuando su mirada me pasó de largo, supe que su mente no estaba con nosotros, sino que se había quedado atrapada en el pasado, en el patio del torreón.

—¡Olwen! —la sacudí con fuerza hasta que conseguí hacerla volver al presente. Tenía la mirada salvaje. Si bien era una sanadora que se había encargado de arreglar huesos rotos y lidiar con pus y cortes feos, uno solo podía sanar a aquellos con vida.

—Deberías volver abajo —le dije—. Quédate con el espejo hasta que veamos qué ha pasado.

—¿Cómo? —dijo ella—. No, no… Puedo tolerarlo.

—Por favor —le pidió Caitriona, agachándose a su otro lado—. No pasa nada, iremos contigo en un segundo.

—¿Y si alguien necesita ayuda? —preguntó Olwen, casi sin voz—. Yo puedo sanarlos.

—No han dejado a nadie con vida, corazón —dijo Caitriona, sosteniéndole la mano con cariño.

Olwen fue presa de la indecisión durante algunos segundos más, pero al final terminó asintiendo. Los demás esperamos hasta que estuvo segura en la planta de abajo antes de volver a enfrentarnos a la masacre que nos rodeaba.

—¿Por qué han hecho algo así? —me preguntó Caitriona.

Me encogí de hombros, sin saber qué decirle. No era como lo que le habían hecho a la hechicera Hemlock, a quien le habían arrancado el alma sin derramar ni una sola gota de sangre.

—¿Quizás lo que buscan es la violencia? —propuso Neve, quien parecía a punto de desmayarse mientras contemplaba en derredor—. Una muerte violenta crea más magia de la muerte, ¿verdad?

Un estallido de cristales justo fuera de la puerta que daba al pasillo me arrancó de aquel estupor de miedo. Caitriona se volvió hacia algo que había en el rincón más alejado de la biblioteca: una lanza descolorida medio enterrada bajo una pila de Inmortalidades y los restos de uno de los Saqueadores.

—Esa… —Emrys se interrumpió al verla sujetar el arma a lo bruto y la siguió en lo que avanzaba hacia la puerta que daba al pasillo—. Esa es *Gáe Bulg*, la lanza de Cú Chulainn, está hecha de los huesos de un monstruo marino y…

Caitriona le echó un único vistazo sobre el hombro en lo que abría la puerta de un solo movimiento.

—Y ahora es la lanza de Caitriona.

—Se divide… —empezó Emrys, pero Caitriona ya se había marchado—. Pues nada, ya lo descifrará ella sola.

La seguí y apenas conseguí evitar el cadáver tendido frente a la puerta, con la piel del rostro arrancada hasta revelar los huesos. Un sonido como de estática me inundó los oídos, hasta cubrir todos los demás sonidos de la estancia menos el ritmo desbocado de mi corazón.

De algún modo, todo era peor que lo que mi mente tan catastrofista había imaginado.

Apenas se podía reconocer el salón. Habían hecho estallar las ventanas y de ellas solo quedaban unas esquirlas de cristal destrozadas que relucían sobre el suelo como un hielo asesino. Era obvio que varios Saqueadores habían intentado refugiarse en la biblioteca y habían terminado de bruces en el suelo, manchándolo todo de sangre en sus intentos por arrastrarse hacia un lugar seguro. Tenían el pecho desgarrado, como si los hubiesen empalado.

A la mesa larga del banquete le habían prendido fuego. Habían tirado uno de los quemadores que había bajo las bandejas, por lo que había pasado a darse un festín con los manteles, otrora impolutos. Emrys se situó a mis espaldas. Había recogido el hacha de alguien y hacía girar el mango entre las manos, mientras estudiaba la matanza que teníamos en frente con una expresión seria.

Neve deambuló entre los cadáveres, cubriéndose la boca con una mano, horrorizada. Y yo habría acudido a ella de no ser por el borrón de oscuridad que noté deslizarse en el borde de mi visión.

La figura desgarbada avanzaba por la entrada y su silueta parecía totalmente negra contra la nieve que no dejaba de caer. Algo brilló en sus manos: la tela centelleante del manto de Arturo.

No conseguía comprender cómo podía estar allí. Completamente solo. La oportunidad perfecta que no me había permitido anhelar solo por miedo.

Su figura se fue volviendo más y más pequeña conforme se alejaba por la entrada y sus largas zancadas devoraban la distancia.

No, pensé. *No pienso dejar que vuelvas a marcharte.*

No cuando podía llegar a él. No mientras estuviese lejos de la influencia de la magia del Señor de la Muerte, que lo distorsionaba todo.

—¡Quedaos aquí! —exclamé hacia los demás, sin hacer caso de lo que gritaban en respuesta en lo que salía corriendo hacia el viento frío y las corrientes de nieve que se colaban por las ventanas rotas.

El humo me atosigó la boca y la nariz, y el calor hizo que me escociera la cara, pero todo lo demás (la lucha, los gritos) desapareció mientras salía disparada por encima de los escombros de las ventanas

elegantes y echaba a correr.

—¡Cabell!

De algún modo, sin importar el viento y la nieve incesante, mi hermano me oyó. Se volvió lo justo como para que viera la silueta que dibujaba su perfil, aunque no se detuvo. Sus zancadas se volvieron más largas y se limitó a apretar el paso.

Así que yo hice lo mismo.

Serpenteé entre el laberinto de coches aparcados en la entrada circular, sin apenas ser consciente de los parabrisas agrietados y los techos que habían hundido a golpes. Un todoterreno se las había arreglado para llegar hasta la mitad de la entrada y seguía avanzando a pesar de ya no contar con ningún conductor ni pasajero. Las ventanas rotas y cubiertas de sangre contaban el resto de la historia.

Dado que las antorchas se habían apagado, solo quedaba la luna para iluminar el paisaje cubierto de nieve. Los copos se entrelazaban en una danza con la ceniza que flotaba desde la mansión.

Con su cabello oscuro y su vestimenta aún más oscura, creí que mi hermano se estaba camuflando con la propia noche, hasta que comprendí que se había puesto el manto de Arturo por los hombros y había desaparecido por completo. Sin embargo, aunque la reliquia lo escondía incluso de aquellos que contábamos con la Visión Única, no conseguía disimular sus huellas sobre la nieve y la tierra ni impedir que el vaho de su aliento se tiñera de blanco en el aire.

Sus pasos se ralentizaron cuando nos acercamos al final de la entrada y la intersección con la calle vacía. Unos árboles se balanceaban con el viento y sus ramas sin hojas tiritaban en medio del silencio.

Alcé la vista de las últimas huellas que conseguía ver para contemplar el aire oscuro donde tendría que haber estado. Noté el susurro de la tela y, por un instante, creí distinguir un vistazo de su perfil de nuevo, tan pálido y delgado como la luna menguante.

—Cab —lo llamé, con el pecho que me escocía en mis intentos por respirar. Me debatí para dar con las palabras correctas, aquellas que

quizás podrían valer como un encantamiento para atraparlo conmigo, aunque fuera por unos pocos minutos—. ¿Podemos hablar? Incluso cuando discutíamos, siempre nos las arreglábamos para escuchar lo que el otro tenía que decir.

Pese a que no dijo nada, notaba la furia que irradiaba de él como si fuese un espectro suspendido entre ambos. Parecía como si el Señor de la Muerte se hubiera asegurado de alimentarlo, de hacerlo crecer desde la última vez que nos habíamos visto.

—¿Estás bien? —inquirí, intentando que no se notara lo mucho que me temblaba la voz—. ¿Te ha… te ha hecho daño?

—No.

La palabra fue más fría que la nieve que me iba cayendo sobre el cabello. Fue suficiente para helarme la sangre.

Pero al menos me estaba hablando. Menos daba una piedra. Si hubiese sido más grande o más fuerte, o si hubiese podido hacer siquiera un mínimo de magia, lo habría dejado inconsciente y me lo habría llevado a rastras para alejarlo de toda aquella muerte y destrucción. Aunque incluso con esas, no sabía si habría servido de algo. Solo poner distancia no bastaría para romper el control que tenía el Señor de la Muerte sobre él, no cuando mi hermano se negaba a resistirse.

—¿No que no estás bien o no que no te ha hecho daño? —intenté que me explicara—. Solo quiero entender qué pasó… ¿Qué hizo para conseguir que nos dieras la espalda? ¿Te prometió algo?

Una vez más, el silencio fue su única respuesta, uno que se extendía más y más. Me mordí el interior de la mejilla, estrujándome el cerebro en busca de alguna idea. Los últimos días habían sido una conspiración para arrancarme hasta el último ápice de orgullo que tenía, para destrozar mi propia identidad. De pequeños, solía hacer hasta lo imposible para que no me viera llorar, para ser la fuerte de los dos. Pero ya no podía seguir así. Los ojos me escocieron por las lágrimas no derramadas.

—Sé… —Sentía como si me estuviese arrancando las palabras del pecho. Las lágrimas me ardieron al caer por mis mejillas heladas—. Sé que no te apoyé. No como lo necesitabas. Dime cómo arreglarlo. Dime cómo arreglar lo que hay entre nosotros y lo haré, Cab. Haré lo que

sea.

—¿Y por qué no me hiciste caso antes? —contestó. Su máscara de frialdad se resquebrajó y reveló la frustración que hervía por debajo.

—¿Antes? —repetí, sorprendida—. ¿En Ávalon?

—Te dije que él iba a ayudarnos a todos. Que iba a librar al mundo de las criaturas como las hechiceras —dijo—. Como los Saqueadores que nos miraban con desdén y que habrían dejado que nos muriésemos de hambre.

Me lo quedé mirando, sin saber qué decir.

—Has visto lo que los cazadores han hecho ahí dentro. ¿Te parece que esté ayudando a alguien que no sea a sí mismo?

—Lo único que quiere es aquello que las hechiceras le arrebataron —dijo Cabell—. Todo esto acabará cuando lo tenga.

—¿Eso crees? —insistí, atreviéndome a dar un paso en su dirección.

—Ven conmigo —dijo él, con un rastro de súplica en su voz—. No volveremos a estar desamparados nunca más. No volveremos a ser huérfanos que se esconden en un ático ni víctimas de hombres como Wyrm. Tendremos todo lo que nos haga falta. Poder. Un hogar. Respeto. Podemos tenerlo todo, pero solo si vienes conmigo.

Hasta aquel momento, había pensado que la conversación solo podía seguir un camino: yo rogándole que me acompañara. De modo que oírlo devolverme la pregunta hizo que mi mundo se pusiera patas arriba. No conseguía verle el sentido. No se trataban de las palabras del Señor de la Muerte. Eran las suyas.

Así que quizás… Quizás estaba llegando a él. Si conseguía avanzar un poquitito más…

—No necesitamos al Señor de la Muerte para eso —le dije—. Sé que crees que tienes bajo control lo que está pasando, pero los límites a los que llega su magia, Cab… Lo que te ha dado no es poder. Te ha arrebatado tu libertad.

—¿Eso crees?

Las palabras me sentaron como un puñetazo en los pulmones. El pánico se me apoderó del cuerpo hasta hacerme temblar, sin piedad. Estiré una mano en su dirección.

—Te lo suplico. No es demasiado tarde. Nunca lo será. Puedes

volver con nosotros.

De verdad era idiota, porque casi me permití creer que el silencio que siguió a mis palabras podía significar algo. Que estaba empezando a hacerlo cambiar de parecer.

—No hay vuelta atrás. Ahora lo único que veo es lo que está por delante. —Su tono era grave y ronco, como si no confiara en que el viento no fuese a llevarse sus palabras hasta otros oídos, más lejanos —. Puedes venir conmigo ahora y ver la verdad de lo que se está desatando a tu alrededor o puedes quedarte aquí en la oscuridad y morir.

—Pero toda esa gente, Cab —seguí—. En Ávalon, en la mansión esta noche… ¿Cómo puedes soportar saber que ha hecho algo así? ¿Cómo puedes quedarte ahí y no hacer nada para impedírselo? Una parte de ti, una muy en el fondo a la que su magia no llega, sabe que esto está mal. Sabe que lo que te está haciendo, lo que les está haciendo a todas esas personas, está mal.

Cabell soltó una risa, un resoplido cruel y provocador.

—¿De verdad pretendes hacerme creer que te importan?

Cuando no le respondí, sus botas crujieron sobre la gravilla en lo que empezaba a cruzar la calle. Tenía una última opción a la que recurrir y la solté para que quedara entre ambos:

—Nash está vivo —le dije—. Ha vuelto.

Cuando dejó de avanzar, pude oírlo contener el aliento.

—Mientes.

—No te miento —le aseguré—. Podemos ir a verlo juntos. Nos lo explicará todo.

Contuve la respiración, como si el más mínimo movimiento pudiese hacer que perdiéramos el equilibrio y cayéramos del filo de la cuchilla sobre la que nos encontrábamos.

Que le den a Nash, pensé. *Que le den por dejarnos de nuevo.* Si se hubiese quedado con nosotros, si nos hubiese acompañado a la mansión, si Cabell lo hubiese visto con sus propios ojos…

Todo lo que podría haber sido y no fue se repitió para mis adentros. El sonsonete sin fin que le había dado forma a mi vida.

—Ya es demasiado tarde —dijo Cabell en un hilo de voz.

—Nunca lo es —repetí. Estaba muy cerca. Estaba a punto de

convencerlo.

»Hace muchos muchos años, en un mundo lleno de oscuridad y maldiciones, había dos niños pequeños —empecé con delicadeza—. Y lo único que tenían…, lo único que siempre tuvieron…, fue el uno al otro.

—Para —siseó él.

Aquel sonido bajo y de angustia que dejó escapar mi hermano casi fue demasiado para mí. Con un único y poderoso movimiento, desenvainó su espada y la blandió contra mí. Su fría punta de acero se me posó sobre el corazón, donde aún me escocía la marca de la muerte.

Bajé la vista de su rostro, pálido y consumido, hasta la espada que no conocía. Mi expresión desolada me devolvió la mirada en el reflejo de la hoja plateada. La pincelada de un pensamiento se me coló por la mente durante un instante, solo para dispersarse antes de poder cobrar forma.

—No hay nada que puedas hacer para detener lo que ya ha empezado —me espetó Cabell—. Así que solo te daré esta advertencia: como te vuelva a ver, te mataré yo mismo.

Cuando alzó la espada, me eché hacia atrás por instinto. Sentía como si el pecho se me estuviese viniendo abajo; la marca de la muerte me palpitaba sin piedad, como si un hueso roto la hubiese atravesado. Cabell avanzó entre los árboles y los arbustos e hizo que varios ríos de nieve cayeran desde todas las ramas. Me debatí para respirar una vez más, pues tenía el cuerpo vacío por el dolor.

—*¡Tamsin!*

Emrys apareció en medio de las colinas de nieve. La preocupación le invadía las facciones mientras miraba de un lado para otro, escudriñando la oscuridad.

Verlo hizo que un aleteo de calidez nada bienvenido me invadiera, como si una parte inconsciente de mi mente o de mi corazón lo hubiese invocado.

«No me toques».

Las llamas de la furia y de la vergüenza se alzaron en mi interior, idénticas, aunque ni de cerca tan terribles como el anhelo intenso que se despertó tras ellas. La desesperación por sentir algo que no fuese la

pérdida casi me consumió entera, me abrió en canal.

«No me toques».

¿Por qué se le había ocurrido seguirme? ¿Por qué hacía eso? Fingir que le importaba un segundo y deshacerlo todo al siguiente. ¿Lo hacía para hacerme daño? ¿Para tener otra razón más para reírse a mi costa?

—¿Ese era Cabell? —preguntó, intentando recuperar el aliento sin éxito alguno.

Asentí, procurando mantener la distancia entre ambos incluso cuando él se acercó varios pasos más. Pero entonces se detuvo para observarme, abriendo y cerrando los puños a los lados. Sin duda intentaba que algo de calor le llegara hasta allí. La nieve seguía golpeándome y los ojos me escocían y se me iban llenando de lágrimas.

Emrys alzó una mano en mi dirección, como si quisiera tirar de mí y abrazarme, aunque la terminó dejando caer de vuelta a su lado. Cualquier otro día quizás habría tenido la fortaleza suficiente para contraatacar, pero en aquel momento no pude con la crueldad silenciosa de su gesto. Se me hincharon las fosas de la nariz.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz y ya está? —inquirí, casi como una súplica llena de furia. Se había quedado con el anillo, me había arrebatado mi confianza y se había hecho con mis más oscuros secretos. ¿Qué más podía querer? ¿Qué quedaba de mí? ¿Acaso quería ver cómo me hacía pedazos?

La expresión de Emrys volvió a ser distante cuando hizo el ademán de dar media vuelta.

—Ojalá pudiera —contestó—, pero tienes que volver. Hemos encontrado a un superviviente.

19

De todas las personas que podrían haber sobrevivido a la Cacería Salvaje, tenía que ser Edward Wyrm.

Leí la escena con un solo vistazo. Como el gusano que era en realidad, el tipo había conseguido arrastrarse hasta un compartimento que había detrás de uno de los paneles de la pared cerca de la enorme chimenea y esconderse allí.

La nieve que se colaba por las ventanas rotas había conseguido apagar los incendios de las mesas, así como lo último que quedaba del tronco de Navidad. Sin ello, lo único que iluminaba la silueta de Wyrm, hecho un ovillo en el suelo con la cara y la calva salpicadas de sangre, era el parpadeo lamentable de los candelabros gigantescos y la luz de la luna.

—¡…no sabía que todo iba a terminar así! —le estaba diciendo a Caitriona, quien lo miraba con desagrado desde lo alto de su posición, sin un solo ápice de piedad mientras lo amenazaba con la punta de su lanza en la piel suelta que tenía en el cuello.

Neve se negó a apartar la vista de él, con los brazos en jarra.

—¿Entonces para qué era la fiesta?

—Era…

Los ojos se le pusieron como platos cuando me vio, como si yo también fuese un espectro nada bienvenido. Sin voz, consiguió articular: *Lark.*

—Yo también me alegro de verte, excremento inservible. —Si por mí fuera, estaría encantada de atormentarlo hasta su último aliento.

Volvió la mirada hacia la opción más segura: Emrys.

—¡Emrys, muchacho! ¡Díselo! Ya sabes cómo se ponen las mujeres cuando se les mete algo entre ceja y ceja. Hace años que soy amigo de tu familia. No tenía ni idea de que… de que iban a…

—¿A asesinar a cada uno de tus invitados a sangre fría y arrebatarles el alma? —terminó Emrys por él, con voz gélida. Se abrió paso entre las demás para levantar a Wyrm del cuello de la camisa, salpicado de sangre, y obligarlo a contemplar los cadáveres que había tirados en el suelo—. ¡Míralos, cobarde! Y ahora dinos de nuevo que no sabías que esto iba a pasar.

La furia en su voz me tomó por sorpresa. Quizás era que la suya había estado tan a flor de piel como la mía. Y a lo mejor, cualquier día menos hoy, eso me habría importado.

Wyrm se puso a lloriquear, con unos sollozos patéticos y jadeantes.

—¡Se suponía que iba a ser una reunión para darle la bienvenida! ¡Para obsequiarle el manto! ¡No se suponía que fuera a pasar esto!

—¿Sabías que la Cacería Salvaje iba a venir? —le pregunté sin creérmelo.

—Sí —gimoteó él.

Emrys le arrancó el broche que tenía en la solapa para luego soltarlo y dejar que el hombre cayera sin fuerzas sobre el suelo. Sangre y champán salpicaron a su alrededor y lo hicieron contener una arcada.

—Cuéntales lo que significa esto —exigió Emrys, y, cuando el otro Saqueador no supo qué decir, le lanzó el broche con fuerza, lo suficiente para hacerlo gimotear como el niño patético que era en realidad—. ¡Que se lo cuentes!

—Pero si tú… Tú lo sabes, ¿no? —insistió Wyrm, marchitándose bajo la mirada de Emrys—. Fue tu padre quien hizo que todo esto volviera a pasar.

—Que se lo cuentes —repitió Emrys, con los dientes apretados y más enfurecido de lo que lo había visto en la vida. Las demás siguieron mirando, en *shock*.

—Es… —Wyrm intentó recuperar algo de compostura al pasarse una mano por los pelos ralos que le quedaban—. Es la Orden de la Rama Plateada.

—¿De dónde me suena eso? —preguntó Neve.

Pues claro, pensé, apretándome una de mis manos frías contra la cara.

No sabía cómo no había atado cabos antes. Una rama plateada de

manzano era el símbolo de una invitación para viajar a una Tierra Alterna.

—¿Y la parte de la Orden? —insistí—. ¿Qué es? ¿Una fraternidad de cazurros desesperados por un poco de poder?

Wyrm se encrespó. Me pregunté cuándo habría sido la última vez que una mujer le habría hablado de ese modo y, dada su indignación balbuceante, asumí que como mínimo no había pasado en las últimas tres décadas.

—La Orden existe desde hace cientos de años. Desde que hay hechiceras en este mundo.

—Ah —repuso Neve con voz sombría en lo que se tronaba los nudillos uno a uno—. De ahí me suena, entonces.

—La Orden pretende mantener en alto los valores de Arturo y su corte, proteger el mundo de la magia destructiva de las hechiceras y su naturaleza demoníaca —continuó Wyrm.

—Te voy a dar yo naturaleza demoníaca —repitió Neve, y tuve que estirar un brazo para impedir que siguiera avanzando.

—Necesitamos hacerle un par de preguntas más antes de que le amarres la lengua con varios nudos —le dije.

Wyrm soltó un gimoteo.

—Bueno, vale —aceptó Neve, fingiendo un suspiro de resignación —. Supongo que puedo esperar unos minutillos más, si no queda otra.

—¿Es…? ¿Es una de ellas? —lloriqueó Wyrm, preso del horror. Se alejó a rastras, como si quisiera escapar, pero Emrys le plantó un pie en el pecho y lo devolvió al suelo de una patada.

—¿Estás colaborando con una hechicera? —exclamó Wyrm—. Querido muchacho, ¿cómo ha conseguido someterte para hacer algo así?

—No soy tu muchacho. —Emrys se inclinó para acercar la cara a la de Wyrm—. Y harías bien en dar las gracias si lo único que hace es someterte.

La cara rojiza de Wyrm perdió todo el color al alternar la mirada entre los dos. La sonrisa que le dedicó Neve hizo que se me pusiera la piel de gallina.

—¿Qué tiene que ver esta Orden con el Señor de la Muerte? —inquirió Caitriona, volviendo a apuntarlo con su lanza.

Wyrm alzó las manos, como si su cara mereciese que hiciera el esfuerzo de protegerla.

—Muchos somos descendientes de los druidas. Lo único que queríamos era volver a venerarlos, invocarlo de vuelta a nuestro mundo para derrotar a nuestras enemigas.

Me incliné hacia abajo, apenas conteniéndome para no escupirle en la cara.

—Lo que queríais era magia de la muerte.

—Pues… sí —dijo él—. ¿Qué tiene de malo? ¿Por qué las hechiceras tienen que ser las únicas que blanden un poder de verdad?

Meneé la cabeza, asqueada. Wyrm y muchísimos de los cadáveres que me rodeaban eran Sagaces. Ya poseían magia, unas habilidades a las que ningún simple mortal podía acceder. Aunque estaba claro que no les bastaba.

—¿De verdad quieres que creamos que no sabías lo que iba a pasar esta noche? —le pregunté.

Wyrm le lanzó una última mirada de desesperación a Emrys.

—Tu padre me escribió para decirme que debía organizar una celebración y jurar nuestra lealtad. No sabía qué había sido de él, de todos ellos… —dejó la frase a medias para volverse hacia atrás y observar el salón—. ¿O-oís eso?

Y, un segundo después, sí que lo oí.

El crujido me pareció conocido de un modo espeluznante, lo bastante para ponerme los nervios de punta al alzar la vista hacia el techo, como si esperara que el yeso se fuese a venir abajo.

Neve ahogó un grito. Me giré de pronto para seguir su mirada hasta depositarla en los cadáveres que tenía cerca. Algo parecía movérseles bajo la piel, deslizarse entre ellos.

Caitriona se chocó conmigo desde atrás, al intentar apartarse de los restos que habían empezado a sacudirse. Las extremidades golpeaban el suelo y los dientes les castañeaban.

—Cielo santo, ¡cielo santo! —exclamó Wyrm, poniéndose de pie con dificultad. Valiéndose de la distracción, salió corriendo hacia la puerta abierta de la biblioteca sin mirar atrás, en lo que intentaba apartarse de los cadáveres que no dejaban de traquetear. Lo supe al oír el primer crujido de los huesos. Supe con total certeza que

habíamos cometido un error al no seguirlo.

Aquel sonido tan enfermizo, el borboteo de las entrañas al cambiar de sitio, del cartílago al estirarse y volverse a formar… eso era lo que había reconocido.

De las transformaciones de Cabell.

—Pero qué demonios… —murmuró Emrys en un hilo de voz.

Sangre y unas extremidades como de araña explotaron del pecho de un hombre que tenía cerca, la piel se le estiró y se desgarró en lo que la columna se le desencajaba y se le asomaba como púas bajo la carne, hasta atravesar los jirones de la chaqueta de su traje. La espalda se le curvó como la de un animal al estirarse después de haber pasado un buen rato durmiendo y, cuando alzó su rostro despellejado, este se había convertido en la máscara grisácea de la muerte que tan bien conocíamos.

El hombre, o más bien la criatura, se alzó sobre sus piernas largas y húmedas, con lo que los ojos blancos y brillantes que tenía quedaron al mismo nivel que los míos. El cerebro me urgió que me moviera, pero no podía. Sentía los pies como si estuviesen hechos de piedra. La peste a podredumbre se extendió a mi alrededor conforme la mandíbula del monstruo se rompía y se volvía a encajar hasta adquirir la forma de un hocico y los dientes que le quedaban se volvían como unas cuchillas plateadas bajo aquellos labios blanquecinos.

El calor de su rugido atronador me echó el pelo hacia atrás y me roció con unas babas llenas de espuma que me quemaron allá donde me tocaron.

Según parecía, uno también podía quedar preso del terror, pues este me aferró en mi lugar como una prisionera indefensa mientras todos los cadáveres se iban alzando como Hijos de la Noche.

Avanzaron a la vez para rodearnos con el deleite propio de un depredador. Se habían despertado muertos de hambre y algunos ya habían devorado la carne que yacía abandonada o los monstruos a medio transformar hasta destrozarlos antes de que pudieran terminar de formarse. El pasillo se desdibujó frente a mis ojos hasta volverse un bosque muerto. El humo se convirtió en niebla.

Y no podía moverme.

El tiempo pareció desatarse con violencia a mi alrededor. Por el

rabillo del ojo pude ver a Neve alzar las manos para lanzar un hechizo, pero apenas había separado los labios antes de que algo la tirara de espaldas al suelo de un solo golpe. El sonido que hizo su cráneo al estrellarse contra la madera me resonó en los oídos mientras la veía yacer inconsciente bajo el monstruo.

—¡Neve! —Caitriona arrojó su lanza a la espalda de la criatura. El arma se dividió al surcar el aire hasta clavarse como una lluvia de puntas de flecha sobre el cuerpo del monstruo, que no dejaba de retorcerse.

Si aquello la sorprendió, Caitriona lo procesó con su entereza de siempre, al avanzar de un salto para arrancar el trozo más grande de la lanza del cadáver que aún seguía sacudiéndose. Los trozos que habían salido disparados volvieron a unirse con el fragmento más grande cuando recuperó el arma, todo ello en el instante que le tomó lanzarla hacia la siguiente criatura que intentó arrebatarnos a Neve con las garras. De rodillas, Caitriona se deslizó por el suelo para acortar la distancia que las separaba y protegió el cuerpo de la hechicera con el suyo.

Y eso fue lo último que vi antes de que yo también cayera.

El empujón me tiró con violencia hacia un lado y me arrancó el aire de los pulmones antes incluso de que me estampara contra el suelo y algo pesado cayera sobre mí. Un grito de dolor se extendió en el aire como los pétalos de una rosa al florecer.

Todo volvió a cobrar sentido de sopetón cuando Emrys intentó volver a ponerse de pie, con una mano aferrándose las marcas de garra que le habían hecho jirones el pecho desde el hombro hasta la cadera, como si pudiese juntarse la piel solo con la fuerza de su voluntad.

La sangre le empapó los dedos al intentar respirar con dificultad y se tambaleó hasta que tuvo que clavar una rodilla en el suelo. Me devolvió la mirada de espanto que tenía fijada en él con una de resignación absoluta. Los Hijos de la Noche se acercaban a él por todos lados.

—¡No! —El grito se me escapó desde lo más hondo mientras me ponía de pie de un salto y lanzaba trozos de muebles, armas rotas y cualquier cosa que pudiera encontrar. Pero nada los retenía más que

unos pocos segundos. Nada que no fuese fuego conseguiría mantenerlos a raya.

—¡Cait, por favor! —grité—. ¡Te lo suplico, tienes que hacerlo!

Sabía lo que le estaba pidiendo, era nuestro último recurso.

Movió los dedos a toda velocidad para crear una serie de símbolos e invocar la magia de la Diosa de un modo que solo era propio de ella. Para invocar el fuego.

Solo que no sirvió de nada.

Alzó la cabeza de golpe, sin poder creérselo. La observé con más y más miedo en lo que volvía a intentarlo, alternando entre atacar a las criaturas e intentar encender una simple llama en medio de la oscuridad que nos rodeaba. Los hombros empezaron a temblarle cuando sus movimientos se fueron volviendo cada vez más desesperados.

Emrys se desplomó sobre el suelo y la sangre manó de él como unos ríos oscuros. Uno de los Hijos de la Noche se agachó sobre él y le arrancó un trozo de la camisa para poder llegar hasta su cuello expuesto.

Un rugido atronador y un destello explotaron a mis espaldas y le arrancaron de cuajo la cabeza a la criatura. Una sangre aceitosa le brotó del torso en lo que caía al suelo, aún debatiéndose contra las garras de la muerte.

Nash apareció entre un torbellino de humo apuntando con un rifle de caza y disparando a las criaturas para mantenerlas a raya. Alzó el cañón hacia los candelabros y disparó a las cadenas hasta hacerlos caer a nuestro alrededor. Los cristales centelleantes se hicieron trizas y desgarraron a los Hijos de la Noche que no se apartaron a tiempo.

Sin embargo, más criaturas se alzaron con los chillidos rabiosos de los recién nacidos. El estruendo de los disparos los atrajo y se apartaron de nosotros para abalanzarse sobre él. Sus garras rasgaron el aire helado, listas para destrozarle la carne.

—¡Nash! —chillé.

Su expresión tranquila no vaciló ni un poco. Volvió a alzar el rifle y, en aquella ocasión, pateó uno de los barriles grandes que había tirados por el suelo en dirección a las criaturas. Los Hijos de la Noche lo esquivaron de un salto, pero la bala fue más rápida y le prendió

fuego al *whiskey* que había dentro.

La explosión destelló con violencia y calor. Los oídos me pitaban mientras saboreaba el regusto a quemado al volver a respirar. Las criaturas retrocedieron hacia la ventana y solo se detuvieron para llevarse algún mordisco de las extremidades arrancadas de aquellos que habían estado demasiado cerca del estallido.

Nash estaba tan cubierto de sangre que él mismo parecía un monstruo.

—¡Venga, todos a la biblioteca de una buena vez! —exclamó a voz en grito para que lo oyéramos por encima de los chillidos de los Hijos de la Noche.

No hizo falta que nos lo dijera dos veces.

Caitriona agarró a Neve en volandas y sus primeros pasos temblorosos no tardaron en convertirse en una carrera en dirección a la puerta.

Me arrodillé junto a Emrys, vacilante una vez más. Tenía la piel muy pálida.

«No me toques».

Pero qué remedio, en aquel momento ninguno de los dos tenía otra opción, porque por encima de mi cadáver iba a dejarlo morir por mí.

Me enganché uno de sus brazos al cuello. La sangre seguía brotando de él, espesa y sin parar, hasta empaparme la chaqueta mientras me debatía para conseguir que los dos nos pusiéramos en pie.

—Mueve el culo, Niño Bien —le dije, dándole un apretón en la mano que tenía en el hombro para hacer que se concentrara. Pero los párpados se le iban cerrando y ya tenía el rostro tan laxo como el resto del cuerpo—. No me hagas tener que cargar contigo…

Como si fuese una opción, vaya. El chico pesaba una barbaridad.

Pesa como un muerto, me susurró una vocecita interior.

—Déjame… aquí… —consiguió murmurar.

Y aquellas palabras me cabrearon tanto que, para cuando me llegó el siguiente subidón de adrenalina, me dispuse a arrastrarlo todo el camino. El ruido de los disparos era la única confirmación de que Nash seguía a mis espaldas.

—Venga, venga —nos instó él, en lo que se situaba al otro lado de

Emrys y lo aferraba de la cintura. Con ambos sujetándolo, fuimos capaces de arrastrarlo hasta la biblioteca en unos cuantos pasos, hasta que Nash cerró la puerta de una patada. Tras dejarme cargando con todo el peso de Emrys una vez más, se dedicó a tirar estanterías y moverlas a patadas para bloquear la entrada.

—¿Emrys? —lo llamé, y su peso hizo que los dos volviéramos a terminar en el suelo—. ¿Me oyes?

Pero no parecía consciente. Las pestañas se le movieron un poco en lo que intentó volver a abrir los ojos. Me quité la chaqueta a toda prisa y la apreté contra sus heridas, aunque eso no fuese a servir de mucho precisamente.

Los Hijos de la Noche se abalanzaron contra la puerta desde el otro lado. Unos trocitos de yeso empezaron a caer desde el techo y las paredes.

—¡Cuernos y más cuernos…, Tamsy! ¡A ver si me echas una mano por aquí! —exclamó Nash.

Me aparté de Emrys tras dejarlo haciendo presión sobre el gurruño que era mi chaqueta e intenté no pensar en lo fría que tenía la piel.

—Ni se te ocurra hacerte el héroe y morir —le advertí al levantarme. *Ni se te ocurra morirte y ya.*

Eché un vistazo llena de pánico hacia donde Caitriona había dejado a Neve sobre uno de los sofás, pero la hechicera había vuelto en sí y paseaba la mirada a toda prisa por la estancia.

—¿Qué…? —me llegó su voz suave.

Caitriona la aferró de los brazos para revisar que no tuviese heridas y le dijo algo que no llegué a oír. Neve devolvió su atención hacia el rostro de la sacerdotisa y por un momento me pareció que la miraba atónita.

—¡Tamsy, mierda! —rugió Nash. Había clavado los talones en el suelo para intentar sostener las estanterías tambaleantes en su lugar mientras las criaturas se abalanzaban contra la puerta. Podía ver destellos de sus ojos a través de los huecos que habían arrancado en la madera.

Lo imité y lancé mi peso contra las estanterías hasta que los músculos me temblaron por el esfuerzo. Los muebles se me estrellaban contra la espalda y las palmas con tanta fuerza que dolía, pero me

limité a empujar con más y más fuerza.

De verdad es él, pensé. Ese era el Nash que recordaba. Temerario hasta decir basta, metido hasta las cejas en los peores embrollos posibles, pero con un don de la oportunidad que nunca le fallaba.

—¿Te dije o no te dije que te quedaras en el piso? —me regañó entre dientes.

—¿Te parece un buen momento para que me cantes las cuarenta? —le solté—. Habría hecho falta que me encerraras para que no…

La idea que se me ocurrió en aquel momento era bastante imprudente, además de una soberana estupidez. Aunque eso nunca había supuesto ningún impedimento para mí.

—¡Ya mismo vuelvo! —Me aparté de un salto de las estanterías, con lo que dejé atrás a un Nash boquiabierto. Caitriona se abalanzó para ocupar mi lugar al echarle un vistazo preocupado a la puerta que no dejaba de temblar.

—¡Tamsin! —gritó Nash a mis espaldas, pero no tenía tiempo para explicarme.

Corrí hacia las escaleras y bajé a toda prisa, con los brazos golpeándome los lados mientras irrumpía en la bodega. La entrada recubierta con magia que daba al almacén me zumbó contra la piel cuando la atravesé.

Me he sobrepasado, pensé en lo que me agachaba para recoger un buen cacho de una botella de champán. *Me he sobrepasado pero muchísimo*.

Olwen había vuelto a colocar el espejo en vertical y caminaba de un lado para otro frente a él, ansiosa y con las manos enredadas en su cabello azul oscuro.

—…si me liberas, no comeré carne de mortal durante un año —estaba diciendo la arpía, sin quitarle los ojos de encima a la sacerdotisa—. Vale, me has calado. Por un par de semanas, entonces. Bueno, digamos tres días mejor.

Olwen dejó de caminar.

—No creo que esa sea la mejor forma de negociar.

—Yo acepto ese trato —dije, corriendo hacia ellas.

Olwen soltó un jadeo asustado al verme.

—¿Qué ha pasado?

—Neve y Emrys están heridos, están en la biblioteca…

No hizo falta que le dijera nada más. Tras apretarse el bolso contra la cadera para evitar que las botellas que llevaba dentro se sacudieran, salió corriendo por donde yo había entrado.

Y me dejó a solas con la arpía.

La criatura primordial se me quedó mirando, lamiéndose los labios al ver las manchas de sangre que tenía sobre la piel y la ropa y acercándose un poquitín a la superficie del espejo. El trozo de cristal que había recogido me cortó la palma cuando respiré hondo y cerré el puño.

—Has dicho que prefieres el sabor de las criaturas nacidas de la magia, ¿verdad? —pregunté.

La arpía asintió con ganas.

—Si te dejo salir… Ahora mismo, en este preciso instante, ¿me juras que no comerás a ningún humano, a ningún mortal, como mínimo hasta dentro de un año?

—¡¿Un año?! —se quejó la arpía, y su aliento empañó el cristal que nos separaba—. Te lo compro por tres días…

—Dos semanas —repuse.

—Vale, dos semanas, ¡acepto! —asintió la arpía sin demora.

—¿Lo juras?

—¡Que sí! —Ya podía ver la saliva chorreando por sus colmillos afilados.

—Bueno —dije, avanzando hacia la parte de atrás del espejo para tachar los sellos con el cristal—. Ojalá tengas hambre.

20

Una vez la arpía hubo terminado con su festín, la planta de arriba se quedó en un silencio sepulcral.

Avancé despacio, como si volviera a estar dentro de una pesadilla. El espejo pulsaba bajo el terciopelo con el que lo había envuelto. Una vez que la arpía había salido con violencia a través del cristal, el espejo, que era de cuerpo entero, se había reducido hasta adquirir el tamaño de uno de mano, con lo que nos solucionó el menor de nuestros problemas. Su peso insustancial suponía todo un alivio para mi cuerpo maltrecho.

Rosydd había encendido el aire con su magia al cruzar el almacén volando, y su poder era distinto a los otros que había experimentado. Lo suyo era una magia ancestral y profunda, una que había creado mundos y había asolado otros. Hizo que me vibraran los huesos y los dientes mientras la seguía por las escaleras y de vuelta a la biblioteca.

Conté a los demás en cuanto los vi.

Una: Caitriona se encontraba sobre los restos de las estanterías, con la mirada clavada en la puerta que antes conducía al pasillo y que ya no estaba. Un pegote de sangre viscosa cayó desde lo alto justo frente a donde estaba y, según me acercaba, pude ver cómo esa misma sangre había salpicado también el techo. En el gran salón, lo único que quedaba de los Hijos de la Noche era un reguero de huesos.

Dos: Neve estaba sentada junto al número *tres*, Nash, observando cómo este se inclinaba sobre el *cuatro,* Emrys. Le habían desgarrado la camisa para abrírsela y exponer las horribles heridas que tenía, así como los lugares en los que las garras de las criaturas le habían vuelto a abrir algunas de sus cicatrices. Nash aún tenía el puente de la nariz hinchado donde le había dado el puñetazo, y el moretón hacía que su semblante pareciera incluso más serio. Tenía el ceño fruncido por la

concentración mientras se valía de aguja e hilo para intentar cerrar los tajos de Emrys.

Aunque lo había visto coserse sus propias heridas muchas veces tras haberse cruzado con algún compañero de negocios nada contento o haber escapado por los pelos de alguna maldición, verlo hacérselo a alguien más (y a un Dye, para colmo) solo hacía que aquel momento me pareciera incluso más surrealista.

—Listo, jovencita, ya puedes ponérselo. Solo ten cuidado y no tardes mucho —instruyó Nash en voz baja.

Neve abrió un botecito de ungüento y su fragancia suave y mentolada se las arregló para abrirse paso entre la peste horrible de la muerte que teníamos por todos lados. Le temblaban los dedos mientras tocaba suavemente las filas de puntos que Nash acababa de terminar de coser antes de pasar a las siguientes.

Me mordisqueé el labio conforme el miedo se iba apoderando de mis pensamientos. Emrys tenía la piel como la cera, como si toda la vida se le hubiese drenado del cuerpo. Solo que, por alguna razón, el corazón le seguía latiendo. Por alguna razón, seguía respirando.

Cuando Nash por fin alzó la vista, sus ojos me recorrieron de arriba abajo rápidamente antes de volver lo suyo.

—He de reconocer que has tenido tu buena dosis de ideas disparatadas en los pocos años que llevas en este mundo… —empezó, antes de volver a mirarme con una sonrisa tirándole de los labios—. Pero esta no ha sido una de ellas.

Aquel cumplido, tan impropio de él, me tomó por sorpresa.

—¿Estás bien? —le pregunté a Neve, odiando la emoción que se había apoderado de mi voz, la forma en que la hacía temblar. Ella hizo un ademán para descartar mi preocupación, por mucho que aún pareciera hecha polvo—. La próxima vez que se te ocurra ponerte así de valiente, recuerda que nadie va a querer cuidar de esa colección de huesos tan rara que tienes. Y que no me lo voy a tomar nada bien.

A Neve le costó ocultar su sonrisa.

—¿Acaso te has… enfadado conmigo porque me he hecho daño?

—¡Pues claro! —contesté de mala gana—. No puedes dejarnos tiradas así como así, te lo prohíbo…

Dejé la frase a medias para lanzarle una mirada asesina a Nash,

quien fingía no haber estado escuchando lo que no le correspondía.

—Y tú —le dije—. ¿No podías presentarte cinco minutos antes?

Nash frunció el ceño.

—Si vosotras cuatro hubieseis hecho lo que os dije que hicierais y…

Me quedé de piedra y dejé que el resto de sus palabras me entraran por una oreja y me salieran por la otra.

Las cuatro. Éramos cuatro.

Volví a escudriñar el desastre que era la biblioteca, con el miedo acelerándome el pulso. El espejo se me resbaló de las manos y se deslizó hasta el suelo con un golpe sordo. Neve me dedicó una mirada interrogante.

Había contado *cinco* cuando tendrían que haber sido *seis*.

—¿Y Olwen? —Oía mi propia voz como si estuviese hablando bajo el agua.

Caitriona se me plantó en las narices al instante siguiente.

—¿A qué te refieres? Está abajo.

El pulso se me disparó de sopetón hasta que creí que el corazón se me iba a salir del pecho.

—No. Ha subido para ayudaros…

Caitriona pasó corriendo por mi lado. Su cabello plateado ondeó detrás de ella como un estandarte al dejar atrás las puertas del ascensor para ir por las escaleras de nuevo. Para cuando llegamos al almacén, la magia que había escapado del espejo al liberar a la arpía se había evaporado, por lo que la estancia volvía a estar fría y en silencio.

—¿Olwen? —llamó Caitriona—. ¡Olwen! ¿Dónde estás?

—¿Quizás se haya escondido al oír a las criaturas? —pensé en voz alta. Pero hasta yo sabía que eso era un disparate. Olwen jamás abandonaría a sus seres queridos, ni siquiera en una batalla condenada al fracaso—. ¡Olwen!

Caitriona fue hacia la derecha, en la dirección en la que se encontraba el armario en el que Emrys y yo nos habíamos escondido. Un nuevo rastro de frío que se colaba en el ambiente me hizo tomar el camino de la izquierda y, conforme avanzaba por los restos destrozados de las estanterías y las cajas, vi algo que no había estado

allí antes.

Nieve.

Unos copos blancos flotaban sobre los charcos carmesíes de champán antes de derretirse. Había más y más desperdigados sobre lo que quedaba visible del suelo, sobre unos muebles que alguien había apartado a patadas para quitar del camino.

Seguí el rastro que dejaba, apretando el paso cada vez más y rastreando aquel hililllo congelado en medio de la penumbra de la sala hasta que me condujo a una pared de piedra. Allí, los copos de nieve se colaban en el almacén no mediante una grieta entre las rocas, sino a través de las propias piedras.

Alcé una mano hacia adelante y noté la magia que me chisporroteaba sobre la piel hacia el pasaje escondido que había del otro lado.

—¡Cait! —la llamé a gritos.

Emrys había tenido razón. Sí que había una forma de salir de aquel almacén, un túnel de contrabando que se abría hacia el río azotado por la tormenta. La nieve cubría gran parte del paisaje que lo rodeaba y solo conseguía distinguir los árboles que había salpicados por aquí y por allá gracias a sus siluetas oscuras. Los sellos que había tallados en la piedra cerca de mis pies eran los mismos que habían escondido la entrada al almacén.

Protegiéndome los ojos y tras plantar bien un pie, me incliné por el borde del túnel, con cuidado de no terminar resbalándome hasta caer por el precipicio empinado que conducía hasta el río.

—¡Olwen!

El olor intenso de la nieve me llenó los pulmones, solo superado por el aroma terroso del propio río. Aunque no había ningún muelle, el agua oscura del río se alzaba hacia los dos postes de madera que marcaban ambos lados de la entrada del túnel, con unas cuerdas que habían desenrollado en cada uno.

—Se ha resistido —dijo Caitriona en voz baja y a mis espaldas.

Me volví de golpe. Ella me señaló a la pared que tenía a un lado y hacia abajo, con lo que me reveló lo que mi vista poco entrenada había pasado por alto. La piedra gris estaba chamuscada y unos trozos de su superficie habían caído hasta el suelo, cerca de sus pies.

Caitriona avanzó con cuidado en mi dirección, cruzando un pie sobre el otro. Tenía el gesto tenso por la concentración según se arrodillaba para tocar una marca en la tierra, por donde algo (o alguien) había sido arrastrado.

Siguió el rastro con la mirada y la dejó fija en algún lugar cerca a mis pies. Fue entonces que la angustia se apoderó de su expresión en forma de unas arrugas bien marcadas.

Me obligué a mirar.

Enterrada bajo una capa de nieve y manchada de color marrón por la suciedad del túnel había una pulsera tejida con el nudo arrancado.

La recogí con dedos temblorosos y la sostuve para que Caitriona la viera. El túnel pareció volverse más y más pequeño, como si quisiera sofocarnos.

Solo dos personas con vida en la Mansión Robledal sabían de la existencia de aquella vía de escape. Uno estaba arriba, inconsciente. Y el otro…

Caitriona me devolvió la mirada, hirviendo de rabia, y supe que estaba pensando en lo mismo que yo.

Wyrm.

Bath, Inglaterra

El corazón aún le latía a toda prisa cuando cruzó la última arboleda y se descubrió en un claro cerca del río.

Se obligó a detenerse y a calmar su respiración en lo que escuchaba el río que avanzaba sin prisa por su camino en la tierra.

La piel le picaba por las ansias de transformarse. Por ceder ante su pulso desbocado y dejar que la bestia que merodeaba en su interior le devorara la mente. Porque en la del sabueso no había nada que no fuesen instintos: el de cazar, el de obedecer y el de matar.

En su lugar, se quitó el manto que llevaba en los hombros de un tirón y lo dobló como pudo. La magia entretejida en la tela le susurró entre los dedos y lo tentó con su calidez y su poder. Lo invitaba a desaparecer.

El problema era que ni siquiera así podría escapar de sus pensamientos.

«Nash está vivo. Ha vuelto».

Apoyó una mano contra un árbol, pues le costaba controlar la respiración. Dominarse a sí mismo. No podía presentarse frente a su señor de aquella guisa, débil y tembloroso como si fuese un niño.

¿Cómo se las había arreglado Tamsin para dar con la mentira exacta que podía hacer que se convirtiera de nuevo en el muchachito patético y llorón que había sido?

«Podemos ir a verlo juntos. Nos lo explicará todo».

El senescal gruñó al sentir que los huesos de la columna se le alargaban, la primera de los cientos de fracturas que lo convertían en una nueva versión de sí mismo, si se lo permitía. El dolor consiguió calmarlo e insuflar su alma de fuego.

Verla lo había tomado desprevenido y se sentía asqueado de lo cobarde que había sido al cubrirse con el manto de Arturo para

escapar de ella. Solo que la conocía bien, sabía que Tamsin lo iba a seguir, porque era demasiado cabezota como para actuar con sensatez y aceptar su decisión. Y él no había estado de humor para una discusión que sabía que solo podía terminar de un modo.

Si se hubiese dignado a escucharlo. Si no hubiese estado tan convencida de que su verdad era la correcta…

No lo comprendía. Tamsin se había pasado toda su patética vida anhelando la magia, anhelando lo que él tenía, ¿y aun así se atrevía a mirarlo con desdén? ¿A despreciar la oportunidad de ser alguien en un mundo que solo la había rechazado una y otra vez?

La cuestión era que no se había limitado a rechazar su oferta, no. Lo había rechazado a él. Y dos veces, para colmo.

Nash solía decir que no tenía sentido dar terceras oportunidades. Y él no le había mentido ni adornado la verdad para asustarla. Su opción era igual de sencilla que la que él había tenido: si no se les unía, solo había un destino posible para ella.

—Por lo que veo, la velada ha sido todo un éxito.

La voz aterciopelada brotó de entre las sombras que había cerca de los árboles. Su señor apareció un segundo después, y, aunque el cuerpo del rey Arturo era menos imponente de lo que el senescal había imaginado, la presencia del Señor de la Muerte conseguía apartar la nieve que caía a su alrededor.

La nieve se derritió y empapó la fina tela de los pantalones del senescal cuando se arrodilló y sostuvo el manto doblado como una ofrenda. Agachó la cabeza, tanto como una muestra de respeto como para darse unos pocos segundos más para controlar la expresión.

La nieve crujió bajo las botas de su señor, pero el senescal no alzó la vista. Los tendones del cuello se le tensaron por el esfuerzo de mantenerse quieto cuando cada parte de él le gritaba que se transformara, que corriera por el bosque hasta que saliera el sol e hiciera desaparecer la oscuridad de sus pensamientos con su calor.

El Señor de la Muerte le quitó el manto con cuidado.

—Cabell —lo llamó con delicadeza.

Alzó la vista al oír el nombre y soltó una maldición para sus adentros al darse cuenta del error. El cuerpo se le tensó y la columna se le curvó al anticipar el golpe.

—Ese no es tu nombre —le recordó el Señor de la Muerte en una voz baja y letal. Su mano helada se cerró sobre la nuca del senescal en un agarre férreo—. Jamás ha sido tu nombre.

—Así es, mi señor —susurró el senescal, humedeciéndose sus labios secos—. Lo siento.

—Bledig —dijo el Señor de la Muerte, haciendo presión con los dedos como si quisiera marcar el nombre en la piel pálida de su sirviente—. Ya me temía que esto te sobrepasara.

Bledig. Eso. Ese era su nombre. Su nombre de verdad. Aquel que había olvidado durante su vida como humano.

—No, mi señor. Me alegro de servirle —dijo—. Sigo siendo su senescal.

Odió la forma en que su declaración parecía más una pregunta que una afirmación.

La risa del Señor de la Muerte le pareció una cuchilla que le rasgaba la columna.

—¿Ah, sí? En ese caso, ¿por qué te he visto parloteando con ese desperdicio de muchacha? ¿Acaso has olvidado lo cruel que puede ser contigo? ¿Lo capaz que es de despreciar todo lo que eres?

—No, mi señor —contestó, sintiendo un dolor en el pecho al recordarlo. Tamsin había escogido su propia ignorancia por encima de él. Su odio y el miedo que le tenía—. Era… no significa nada.

—Me dijiste que la matarías si volvías a verla —le recordó el Señor de la Muerte—. ¿Me mentiste?

«Hace muchos muchos años, en un mundo lleno de oscuridad y maldiciones, había dos niños pequeños…».

De reojo, le pareció ver un borrón de cabello rubio moverse cerca de un árbol. Mantuvo la cabeza gacha, aunque el corazón le golpeaba las costillas con violencia.

Solo que no era ella.

La niña pequeña no era nada más que un fantasma, un recuerdo distante. Su piel relució traslúcida cuando le devolvió la mirada con una desafiante. Su cabello enmarañado estaba recogido en un gorrito de lana y tenía la túnica arrugada.

Se llamaba…

Pulga.

Pulga de Ávalon.

—¿Y bien? —lo animó el Señor de la Muerte, con voz tensa—. ¿Qué excusa tienes para justificar tus acciones?

—Es que… —El senescal se volvió a lamer los labios. Mentir nunca se le había dado bien. Eso se lo había dejado a su hermana.

Y sigue haciéndolo. Todo lo que te ha dicho es mentira, se recordó a sí mismo. *Incluso lo de Nash.*

—Es que no quería arriesgarme a que se llevara el manto —dijo, haciendo una mueca para sus adentros por lo absurda que era su excusa— o que lo dañara de algún modo.

El Señor de la Muerte soltó un resoplido.

—Si es capaz de vencerte con tanta facilidad, quizás es que escogí al hermano equivocado.

El frío de la nieve derretida se coló en la piel humana del senescal en lo que esperaba a que su señor continuara hablando. Sin embargo, algo volvió a llamar su atención, algo que hizo que volviera a mirar en dirección a los árboles, donde se encontraba la niña pequeña.

Inhaló con fuerza y tuvo que contenerse para evitar dar un respingo. La sangre fresca y brillante cubría su rostro, su vestimenta, hasta formar un charco en la nieve a sus pies. Pese a que movía los labios, no conseguía comprender lo que le decía. Y los ojos… eran horrendos. Fríos y sin ningún ápice de vida.

—En pie, Bledig —ordenó el Señor de la Muerte.

Y eso hizo, por mucho que tuviera que obligarse a obedecer. A mantener la cabeza gacha, para no ofender más a su señor de lo que ya había hecho. La sangre se convirtió en un río sobre la nieve y serpenteó entre las raíces y las rocas hasta trazar un camino directo hacia él.

—Reúne a los jinetes —ordenó su señor—. La noche es joven.

El senescal exhaló con dificultad.

—Sí, mi señor. ¿A dónde iremos?

Un dedo enfundado en guante lo tocó bajo la barbilla y lo hizo alzar la cabeza para que le devolviera la mirada a su señor. Por un instante, se vio reflejado en los ojos del antiguo rey.

—Eso dependerá de ti, muchacho —dijo el Señor de la Muerte—. Y de quién quieras ser.

21

Cuando Cabell y yo éramos niños, el ático de la biblioteca nos parecía un espacio muy vasto, como si fuese nuestro propio reino. Ese era el problema de pasar la mayoría de nuestros días en tiendas de lona en medio de unos campos azotados por el viento o unos bosques deshabitados: hacía que todo lo demás nos pareciese un lugar seguro y cómodo en comparación.

Con cinco adultos y sus pertenencias en el mismo sitio, el ático había pasado de ser un lugar acogedor a un cuchitril.

—Dejemos que se recueste aquí y… Me cago en… —Nash soltó una tanda de improperios cuando se dio tremendo coscorrón contra el techo bajo e inclinado.

A toda prisa, extendí una manta para Emrys, y Nash lo soltó sin miramientos para frotarse el chichón mientras se seguía quejando.

—¿Qué hacemos aquí? —exigió saber Caitriona antes de terminar de apoyar las piernas de Emrys sobre la manta, retomando la misma discusión que habíamos tenido al irnos de la Mansión Robledal—. Deberíamos estar buscando a Olwen y…

—¿Eso crees? —la cortó Nash—. Eso quiere decir que sabes a dónde han ido, ¿no? ¿Tantas ganas tienes de blandir tu espada sin ton ni son y pelearte con las sombras?

Lo único que consiguió con eso fue enfadar más a Caitriona, quien se volvió hacia él con la misma agilidad que una serpiente lista para atacar.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. Lo que pretendo es dejar las cosas claras, jovencita, por mucho que no quieras oírlo —dijo Nash.

Me acomodé a un lado de Emrys, demasiado cansada como para sumarme a la discusión. Aunque había sentido que se me rompía el

corazón en aquel armario en la Mansión Robledal, verlo de aquella guisa, casi al borde de la muerte, era como si alguien me hubiese metido una mano en el pecho hasta arrancarme cada trocito afilado que me quedaba. Estaba demasiado pálido, demasiado inconsciente, pero al menos respiraba, por muy débilmente que fuera. Me llevé el pulgar a los labios para mordisquearme el padrastro que tenía ahí e intentar contener el grito que había amenazado con escapar de mi interior a lo largo de toda la noche.

—¡Podría estar llevándosela al Señor de la Muerte! —volvió a intentar Caitriona.

—¿Tú crees? —interpuso Neve—. A mí me pareció que los cazadores lo asustaban bastante, la verdad…

—Tiene el coraje de un ratoncillo pero los escrúpulos de una rata —sentenció Nash.

Se pasó una mano magullada por su cabello rubio, y su mirada azul como el cielo se suavizó un poco. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono amable que llevaba años sin oír, desde la última vez que Cabell había enfermado. Me descolocó mucho comprobar que, después de todo lo que habíamos pasado, aún podía servir para consolarme.

—Puede que no quieras oír nada de lo que tengo que decir, pero necesito que escuches esto, lady Caitriona —empezó.

—No me llames así —lo interrumpió ella, tajante y alzando un puño.

—¿Acaso no eres una sacerdotisa de Ávalon? —repuso Nash sin perder la calma.

El recuerdo de Caitriona intentando invocar fuego me volvió de golpe. Era cruel pensarlo, pero si ella había abandonado voluntariamente su voto… ¿era descabellado pensar que su magia la había abandonado también a ella?

—Ávalon ya no existe —afirmó ella, con la mandíbula tensa.

—Eso es cierto —concedió Nash—, pero tú sigues aquí. Y también lady Olwen. Entiendo por qué querrías salir corriendo a buscarla…

—Jamás lo entenderías —repuso ella, con un ligero temblor en la voz.

Neve se quedó cerca de ella, con las manos estiradas como si quisiera apartarla de la discusión, aunque al final no lo hizo. Cuando

Caitriona peleaba, no había nada que pudiera detenerla, ni siquiera nosotras.

—...pero —siguió Nash— ¿acaso sabes dónde se refugia el Señor de la Muerte en este mundo?

—¿Y si se lo preguntas a tu hijo? —Las palabras de Caitriona tuvieron el efecto deseado. Nash alzó las cejas, como si le hubiese sorprendido que consiguiera darle donde más le dolía.

—Eso pretendo.

Caitriona se volvió de sopetón para lanzar todo el peso de su rabia contra mí.

—¿Y a ti no se te ha ocurrido exigirle esas respuestas? Lo dejaste escapar. ¿O es que por fin se nos ha hecho el milagro y has comprendido lo que todos los demás sabemos desde el principio? Que sirve al Señor de la Muerte por decisión propia.

—Cait… —empecé, mirando a Neve, pero la hechicera se limitó a agachar la cabeza, como si no quisiera contradecir lo que había dicho Caitriona.

No creen que podamos salvarlo, me susurró una voz en mis adentros. Le busqué la mirada a Neve para que lo negara, pero ella se limitó a cubrirse la boca con una mano.

—Es un monstruo, Tamsin, y ya sabes lo que tenemos que hacer —continuó Caitriona—. Solo hay una forma de detener a un monstruo.

El corazón se me congeló en el pecho al terminar lo que Caitriona había dejado en el aire: *Hay que matarlo*.

—Basta ya —interpuso Nash con voz cortante—. Hacer que los demás sufran no aliviará el dolor que llevamos dentro.

Caitriona respiró con fuerza hasta que se le hincharon las fosas nasales, pero no dijo nada.

—Vale —continuó Nash—, ¿estáis seguras de que no es una opción que Olwen y Wyrm hayan huido juntos?

—Olwen jamás nos abandonaría —juró Caitriona.

—Incluso así —dijo Nash—. Wyrm podría hacer cualquier cosa. Quizás solo la quería como un escudo para escapar y ya la haya soltado. Quizás la haya llevado a la cofradía más cercana en Edimburgo para intentar sacarle algo de información. Quizás ella le haya partido los morros esos que tiene y ahora sea ella quien os

busque a vosotros.

Aunque a Caitriona le subía y bajaba el pecho por la fuerza de sus respiraciones entrecortadas, no respondió.

—Digamos que sí que la ha llevado hasta el Señor de la Muerte… ¿qué sentido tiene que vayas a enfrentarte a él si no tienes ningún arma para derrotarlo a él ni a sus cazadores? —dijo Nash—. Lo único que conseguirías es terminar muerta.

—Pues que así sea —repuso ella.

—Cait, por favor —dijo Neve, horrorizada.

—Ni se te ocurra decir algo así —le advertí, dejando que mi furia se abriera paso entre todo mi aturdimiento—. Sabes que oírte decir eso destrozaría a Olwen.

Lo sabía porque a mí también me hacía daño y no sabía cómo hacer que se retractara de sus palabras.

—Este mundo es una desgracia, está lleno de horrores. Hasta el aire está contaminado, pero sigue con vida, mientras que Ávalon está en ruinas —dijo Caitriona con voz temblorosa—. No hay lugar aquí para mí, salvo como protectora de mi hermana, y, si ni siquiera puedo hacer eso, ¿qué sentido tiene todo? ¿Qué sentido tiene que siga viva yo cuando todas las demás están muertas?

El silencio se hizo en el ático.

Caitriona dejó que se le hundieran los hombros y se rodeó con los brazos con fuerza, como si temiera que algo más pudiese escapar de ella. Tras días casi sin dormir, comer ni albergar ninguna esperanza, su armadura se había ido desgastando hasta revelar la herida que había estado supurando durante días, tras abrirse una y otra vez.

Cerré los ojos y apreté los puños sobre la tela de mis vaqueros.

—Caitriona —la llamó Nash en medio del silencio—. No puedo darte un propósito ni una razón para no rendirte. Eso debes encontrarlo tú misma. Sé paciente con tu corazón. El acero no se puede forjar sin pasar por el fuego. Y todo lo que has tenido que soportar hasta este momento te ha preparado para hacerle frente.

Caitriona tragó en seco, con la vista clavada en sus deportivas manchadas por el barro. Las palabras de Nash eran casi las de un… padre. Si no hubiese sido por la expresión de Caitriona, por el modo en que parecía estar interiorizando sus palabras, habría soltado algún

comentario burlón.

—Sé lo que es que te arrebaten lo que creías que te correspondía y verte en un camino que jamás habrías concebido —siguió Nash.

Mi humor de perros no hizo más que empeorar y tuve que morderme la lengua con todas mis fuerzas para no soltar un resoplido. Qué iba a saber él si lo único que había hecho en la vida era seguir sus propios caprichos disparatados hasta terminar arruinando a nuestra familia. Casi no podía soportarlo.

—Pero aún hay cosas buenas en este mundo —siguió—. No has perdido a Olwen, pero no podemos arriesgarnos a ponerla en peligro al intentar rescatarla sin tener un plan para acabar con el Señor de la Muerte.

—Tenemos el Espejo de las Bestias —contrapuso Caitriona. Aunque su furia desatada había cedido, la desesperación aún se le notaba en los ojos.

Nash frunció el ceño antes de darle un sorbo a su café frío.

—No sé cómo podría ser posible, salvo que os refiráis al Espejo de Shalott. —Entonces pareció comprenderlo todo—. ¿Es por eso por lo que habéis ido a la Mansión Robledal?

—Estábamos en el lugar correcto, solo que en el momento equivocado —dije.

No pude obligarme a recordar lo que habíamos vivido aquellas últimas horas, no aún. Sin embargo, un recuerdo seguía rondándome la cabeza y lo había hecho desde que habíamos llegado a la biblioteca. Al enfrentarme a mi hermano, una idea me había llegado tan afilada como la espada que él tenía en la mano.

Que sea un error, por favor, pensé al exhalar un suspiro muy largo. *Que todo esto no haya sido para nada.*

Me obligué a no mirar la figura inconsciente de Emrys. El semblante tan pálido que tenía.

No podíamos perder aquella batalla insignificante. No cuando ya habíamos perdido tantas cosas.

Que sea un error, por favor, supliqué, aunque sabía que ningún dios me estaba escuchando.

—Lamento deciros que ese no es el verdadero Espejo de las Bestias —dijo Nash, con lo que me arrebató el último atisbo de esperanza que

me quedaba. Se enderezó y cuadró un poco los hombros, preparándose para la historia que estuviese a punto de contarnos.

—Es una espada, ¿verdad? —Las palabras me dejaron un regusto amargo en la lengua.

—Un momento —dijo Neve, sorprendida—. ¿Por qué crees que es una espada?

El suelo soltó un crujido cuando Nash cambió el peso de un pie a otro. No estaba segura de si estaba orgulloso o fastidiado.

—Sí, creo que es una espada, Tamsy. ¿Cómo lo has sabido?

—«Recurre a mí sin esperanzas, pues soy el Espejo de las Bestias y mi plata promete la eternidad al capturarlo todo en mi reflejo» —repetí en voz baja—. La hoja es el espejo. Ves tu reflejo justo antes de morir.

Nash pareció incluso más sorprendido.

—Pues sí, eso es lo que sospechaba yo. Pero ¿dónde has oído ese acertijo?

—Mejor dime dónde lo has oído tú, ya que estamos —repuse. El recuerdo de cuando nos contó la historia de Creiddylad me volvió a invadir, igual de confuso que la primera vez—. ¿Cómo sabes tanto sobre el Señor de la Muerte y la Cacería Salvaje?

—Me he pasado la vida metiendo las narices donde no toca, recolectando fragmentos de historias menos conocidas e intercambiando rumores con hechiceras —contestó él—. ¿Te crees que no he oído mi buena dosis de historias de miedo?

Nash mentía con la misma facilidad con la que respiraba.

—Entonces…, ¿qué espada es? —preguntó Neve.

—Creo que es una de las espadas mágicas que forjó la Diosa —contestó Nash—. El Señor de la Muerte es casi un dios, y la corona que lleva le permite invocar todo el poderío de la magia de Annwn. Así que haría falta algo hecho por los dioses para acabar con él.

—Hace mucho tiempo, Ávalon era el hogar de todos los regalos de la Diosa —comentó Caitriona sin emoción en la voz—. Y eso incluía varias armas afiladas.

—Merlín le dijo a Viviane que el espejo estaría fuera de su alcance para siempre jamás, lo que, por cierto, es una expresión que me encanta —acotó Neve—. De modo que lo sacaron de la isla en algún

momento. Pero, a ver, ¿cuántas espadas han salido de allí? Hasta Tamsin encontró una.

Nash se volvió hacia mí con los ojos llenos de una emoción casi infantil.

—¿En serio?

Hice un ademán hacia nuestra pila de cacharros en el rincón más apartado del ático. Había encontrado la espada (o quizás me había encontrado ella a mí) en el fondo del lago cerca del túmulo funerario de la suma sacerdotisa. Incluso pensarlo era suficiente para recordar el sueño que había tenido la otra noche y desde entonces había tenido cero ganas de tocarla siquiera.

—¿Es…? ¿Es la espada de Rhydderch Hael? *¿Dyrnwyn?* —dijo Nash sin poder creérselo—. *¡¿Puño blanco?!* ¿Cómo se te ocurre dejarte una espada de fuego si ibas a ir a la Mansión Robledal?

—¿Qué pretendes? ¿Que la lleve por la vida mostrándosela a la gente como si fuera un elemento decorativo? —espeté—. ¿Cómo iba a saber yo lo que iba a pasar?

Me había dejado la espada en el ático porque no había querido creer que íbamos a necesitarla. O al menos eso fue lo que les dije a los demás, por mucho que me hubiera costado más mentirme a mí misma.

Era un trozo de Ávalon y de la persona que había sido en ese lugar, aquella que me había intentado convencer de que podía ser.

Alguien que se preocupaba por los demás.

Alguien digna.

Solo la había llevado a la biblioteca porque Neve me había obligado y porque no quería que nos la robaran del piso mientras no estábamos. Sin embargo, aún temía que, cuando la sacara de su funda, la hoja ya no fuese a prenderse en llamas para mí.

Lo cierto era que había cometido un error al no llevarla. Sabía que los Hijos de la Noche habían cruzado a nuestro mundo junto al Señor de la Muerte. Era inevitable que lucháramos contra ellos de nuevo, y si había algo para lo que una espada de fuego venía bien era para espantar a los monstruos que odiaban la luz.

—Tendría que haber sabido que algo así podría pasar —dijo Caitriona—. Los difuntos de Ávalon también se transformaron en Hijos de la Noche cuando no quemábamos los cadáveres.

—¿Eso les pasa a todos los que matan? ¿Es por eso por lo que Hemlock quería que quemáramos su cuerpo? —preguntó Neve, horrorizada—. Creía que la maldición de las criaturas guardaba conexión con la isla, no con la forma en que morían… o con quién los mataba.

Nash sacó la espada de su funda, aunque apenas un par de centímetros. Y eso bastó para que las llamas blancas iluminaran el acero expuesto, con el aire silbando y chisporroteando cuando las llamas del fuego lo lamían.

Me lo quedé mirando, atónita. ¿Se encendía por él? Anda que…

—Y ahora sabemos que este cacharro se ha vuelto loco —solté con mala leche.

—¿La forjó la Diosa? —preguntó Neve con esperanza.

—Por desgracia, no. —Nash la volvió a enfundar antes de devolvérmela—. La primera Dama del Lago la encantó con una magia protectora para un rey mortal que juró que la ayudaría a proteger la isla. Hablaré con Bibliotecario e investigaré un poco a ver qué puedo averiguar sobre las armas de la isla que han sido forjadas por dioses. Hay un cuarto de baño abajo que os recomendaría que aprovechéis y estoy seguro de que podremos juntar algo de comida de las taquillas.

En cierto modo me resultaba extraño sentir el alivio de que alguien más se hiciera cargo de la situación y nos dijera qué hacer. No obstante, ninguna se movió ni siquiera cuando Nash desapareció en dirección a la biblioteca vacía.

—¿De verdad vamos a dejar a Olwen en manos de Wyrm? —preguntó Neve con delicadeza.

La idea me revolvía las entrañas.

—Olwen es fuerte. Y, por mucho que me reviente admitirlo, creo que Nash podría tener razón. Es posible que ya se haya librado de él.

—¿Y si no es así? —inquirió Caitriona—. ¿Y si ese canalla se la lleva al Señor de la Muerte y él la mata y la convierte en uno de sus jinetes o algo peor?

—No podemos pensar eso —dijo Neve—. Olwen le sería de utilidad. Y ella encontrará una forma de permanecer con vida hasta que podamos dar con ella, donde sea que se hayan escondido. Lo que sí creo es que solo tendremos una oportunidad de verdad para acabar

con él antes del solsticio.

Menos de nueve días. Eso era lo único que nos quedaba para encontrar la espada y, con cada noche que pasaba, el Señor de la Muerte creaba más cazadores y más Hijos de la Noche. Y, según las criaturas mataban a más inocentes, más y más irían apareciendo hasta que superaran con creces a los mortales de nuestro mundo.

—Las hechiceras pueden ser de ayuda. —Neve parecía motivada ante la idea de tener algo específico que hacer—. Seguro que tienen una idea de dónde se puede estar escondiendo el Señor de la Muerte y de dónde podríamos buscar la espada. Le escribiré a Madrigal de nuevo para preguntarle.

Caitriona siguió sin moverse para cuando Neve bajó a la biblioteca, presa de las crueles garras de la indecisión.

—Cabell no dejará que le pase nada —le dije, pero me arrepentí al momento. Caitriona no me creía y su certeza hizo pedazos la mía. En el silencio que siguió a mis palabras, mis propios pensamientos se volvieron en mi contra.

Pero si ya se ha limitado a mirar para otro lado, me recordó mi vocecilla interior con un siseo. *En el torreón. En la Mansión Robledal.*

—Tenemos que encontrar la espada —dijo Caitriona, y, aunque pude oír las lágrimas en su voz, no me volví hacia ella. No intenté consolarla. Porque no era eso lo que quería.

Lo que quería era a su hermana, y, si no podía devolvérsela, como mínimo podía darle algo de privacidad.

Me acaricié la pulsera con el pulgar.

—Juntas hasta el final —susurré.

—Y más allá —contestó ella, con voz hueca.

Habíamos tomado una decisión, pero el problema con las decisiones no era tomarlas, sino aprender a vivir con ellas. Y eso era como un veneno sin antídoto.

22

Una vez que Caitriona se marchó a asearse en el cuarto de baño de la biblioteca y Neve se distrajo buscando a Griflet donde fuera que Bibliotecario lo hubiera escondido, el ático se volvió a quedar en silencio.

Mi única compañía era Emrys, quien seguía inconsciente. Me senté a su lado y me limité a oírlo respirar con dificultad mientras contemplaba el aire nocturno.

Tan solo una palabra se le escapó de los labios en un susurro bajo y lleno de terror:

—…no…

—¿Emrys? —lo llamé en un hilo de voz. Me moví para apartarle un mechón de pelo castaño de la frente y ver si conseguía hacer que despertara, pero entonces las palabras que había dicho, «no me toques», el recuerdo de verlo apartarse como si lo que había hecho yo lo hubiese asqueado, volvieron para castigar el caos que eran mis sentimientos como un latigazo.

Devolví la mano a mi regazo.

—Estará bien.

Nash se encontraba en el umbral, ligeramente encorvado para encajar bajo el techo torcido. Llevaba un par de tazas de café humeantes en las manos y su aroma me sentó como un suave ronroneo en el pecho que desató una terrible añoranza.

—¿Y tú qué sabrás? —murmuré.

—Lo sé porque no tiene fiebre, lo que implica que el ungüento está funcionando y las heridas no se le han infectado —dijo él, vacilando un momento antes de sentarse a mi lado.

Aunque tenía el café justo en las narices y mi cuerpo exhausto rogaba que lo aceptara, mi mal carácter podía más que yo.

—No quiero café, si me lo bebo no voy a poder dormir.

Nash me miró con una ceja alzada.

Bueno, vale, había llegado a semejante nivel de agotamiento físico y mental que ni siquiera la cafeína era lo bastante fuerte como para mantenerme despierta. Había empezado a arrastrar las palabras al hablar.

Por tanto, lo acepté, aunque a regañadientes. Rebusqué en mi bolso y me preparé para que Nash comentara que antes había sido suyo.

En su lugar, les echó un vistazo a las cicatrices de Emrys con tanta curiosidad que hizo que mi instinto protector se disparara en contra de mi voluntad.

—No recordaba que el juguete favorito de Endymion estuviese tan hecho polvo.

—Es él quien le hizo todo esto a su hijo —repuse, luchando contra el nudo que se me había formado en la garganta. Las gruesas cicatrices tenían una tonalidad más oscura, más pronunciadas contra la piel pálida de Emrys, y le cruzaban la piel como un mapa de sufrimiento.

—Ah. —Fue lo único que dijo Nash en respuesta.

—¿Fue por eso por lo que me advertiste que no me acercara a él? —pregunté—. ¿Por Endymion?

—Ese hombre tenía el corazón congelado desde muchísimo antes de unirse a la Cacería Salvaje —contestó—. Cuando me enteré de que estaba intentando volver a formar la Orden del Palito Plateado ese, procuré mantenernos lo más lejos posible de la cofradía.

Nash me observó mientras abría un sobrecito remojado de café instantáneo que había sacado del bolso y se lo echaba a la taza; el café de goteo nunca me había sabido a nada. Aferrándola del asa, le di unas cuantas sacudidas con cuidado para intentar que el polvo se diluyera. Nash siguió mirándome, espantado.

—Diantres, Tamsy. ¿Sigues bebiendo esa bazofia? —preguntó con una risa ahogada—. Vas a hacer que te dé un infarto.

—Si no querías que lo bebiera, no habérmelo dado cuando era una niña —repuse—. Y es que está más bueno.

—Sabe como si lo hubieses preparado en un cuenco de pus —dijo él, antes de darle un largo sorbo a su taza—. Y tienes que comer algo.

—No hace falta.

A mi lado había un cuenco de fruta deshidratada y nueces que no había tocado. Si bien nunca se me habían caído los anillos por alimentarme de la comida de otro Saqueador, la idea de comer la de uno muerto hacía que se me revolviera el estómago.

—Sí que hace falta, que estás en los huesos —me dijo—. Necesitas fuerzas si pretendes irte corriendo y lanzarte de cabeza al peligro, jovencita.

Lo miré enfurruñada, a sabiendas de que tenía razón.

—¿Se supone que este eres tú haciendo de padre? —repuse a la defensiva.

—Simple lógica —dijo él en lo que se bebía el café. Cuando volvió a mirar a Emrys, se pasó una mano por la boca, preocupado. Solo que, en aquella ocasión, se guardó sus comentarios.

—De verdad eres tú, ¿no? —pregunté, y odié cómo la emoción se me colaba en la voz.

—Pues claro que soy yo —dijo, exasperado—. Pregunta lo que quieras saber, Tamsin, que casi puedo oír ese cerebrito tuyo dando vueltas y vueltas.

—Vale —dije—. ¿Cómo es que estás vivo?

—Encontraste la moneda —contestó él—. Eso ya lo sabes.

—¿Esa que dijiste que debía enterrar con hueso y cenizas? —insistí. Emrys y yo la habíamos encontrado escondida bajo una piedra en las ruinas de Tintagel, pero no había pasado nada cuando habíamos seguido las instrucciones que había dejado Nash en una nota sobre lo que había que hacer con la moneda de plata.

Aunque, según parecía, sí que había pasado algo.

Nash asintió.

—Y menos mal que la encontraste. Cuando seguiste las indicaciones exactas, la magia de la moneda se activó. Rehízo mi cuerpo y recuperó esta excusa de alma que tengo desde las profundidades que hay entre los mundos.

—«Soy el sueño de los muertos…» —repetí en voz baja. La inscripción de la moneda que no habíamos sabido descifrar.

En aquel momento sí me parecía bastante obvio. Lo que los muertos soñaban era… vivir de nuevo.

—¿Pudiste leerlo? —preguntó Nash con voz cortante. Los ojos se le abrieron casi de forma imperceptible y su piel adquirió un tono como cinéreo. No era el enfado que me había esperado.

—Sí, yo solita me encargué de ese problema —le dije—. Y ahora tengo la Visión Única, ya que tú te negaste a buscar un modo.

Al oír eso pareció relajarse un poco, por mucho que aún no pareciera nada contento.

—¿Por qué no enterraste la moneda tú mismo si creías que ibas a morir? —pregunté, incapaz de contener la amargura en mi voz.

—A ver, en primer lugar no se me ocurrió que la vieja Myfanwy tuviese lo que hay que tener para cortarme con una daga envenenada y quedarse tanto con el anillo como con la daga de Arturo —dijo Nash con voz arrepentida—. Tendría que habérmelo visto venir, dado que yo también pensaba matarla para quedarme con el anillo.

Me quedé a cuadros.

—¿Ibas a… ibas a matar a una hechicera?

¿Por mí?

—Era el único modo de hacerme con el anillo —gruñó—. Tienes que…

—…matar al que lo posee —terminé por él—. Lo sé.

Nash asintió y volvió a pasarse una mano por la boca.

—El plan original era que yo iba a obtener el anillo y hacer que me mataras para que te quedaras con él; acabaríamos con tu maldición y entonces tú me revivías con la moneda y fin del asunto.

Me quedé tan horrorizada que no fui capaz de articular palabra durante varios segundos.

—Pretendías que… a mis diez años… ¿fuera capaz de matarte?

—Me odiabas lo suficiente para hacerlo, ¿a que sí? —preguntó en voz baja.

Inhalé con fuerza.

—Al final dio igual —dijo él—. Estaba preparado para matar a la hechicera y que mandara a las suyas a hacérmelo pagar. Pero el anillo… En cuanto lo toqué, supe que haría falta purificarlo. Solo la suma sacerdotisa de Ávalon sería capaz de hacer algo así. Pero el veneno de la daga de Myfanwy empezó a afectarme poco después de que me adentrara en Ávalon… Tendría que haber sabido que algo iba

mal cuando la Arpía de la Niebla se negó a aceptar mi ofrenda de sangre.

—Entonces… ¿esperabas que encontrase la moneda que habías enterrado en Tintagel y que atara todos los cabos con apenas ninguna pista? —añadí, sin poder creérmelo.

—Era mi última moneda, tenía que asegurarme de protegerla hasta que llegara el momento indicado —contestó—. También creía que la encontrarías un poquitín más rápido, dado todo lo que te había enseñado.

Prácticamente pude oír el chasquido del último hilo de mi paciencia al terminar de desgarrarse.

—¡Que era una niña!

—Una increíblemente lista —dijo él—. Tanto que te me convertiste en una listilla, de hecho. No quería involucrarte hasta que fuese totalmente necesario y tampoco podía dejar un mensaje que alguien más pudiera encontrar. Creí que terminarías descifrándolo.

—¿Cómo se supone que iba a hacer eso si ni siquiera nos dijiste que te ibas? —le exigí, con palabras tan duras como puñales—. ¡Nunca nos diste ni la más mínima señal de que ibas a volver!

Nash bajó la mano hasta dejar su café a un lado. Vi cómo la nuez le subía y bajaba en la garganta cuando tragó en seco.

—¿Creíste…? ¿Creíste que pretendía abandonaros… para siempre?

No le contesté. Y ni falta que hizo.

Nash inhaló con fuerza, llevándose el dorso de la mano contra la frente.

—Has dicho que era tu última moneda —dije—. ¿Cuántas tenías?

—Nueve —contestó él, lo que me hizo soltar un resoplido. Cómo no. Menuda suerte la suya—. Y, antes de que me lo preguntes, me las dio una hechicera cuya madre las sacó a escondidas de Ávalon. Fue un intercambio justo.

—¿Cómo? ¿A esa no pretendías matarla, entonces?

En aquella ocasión, sí que me puso mala cara.

—Y todo esto porque según tú tengo una maldición, por mucho que no haya nada que lo demuestre —dije, meneando la cabeza—. Eres de lo que no hay.

—Tu maldición existe, quieras creerlo o no.

No quería hablar del tema. Aquellos últimos días me había salvado de morir por los pelos demasiadas veces como para que yo también empezara a creerlo.

—¿A dónde fuiste cuando nos dejaste en el piso? —quise saber.

—A Casa Grajo —dijo Nash—. Me metí en una buena bronca con el puca de Madrigal. Aunque no es una pelea nada justa si uno de los involucrados puede convertirse en un león, ¿a qué no?

—Entonces no llegaste a entrar —dije—. Y no has conseguido el anillo.

—Pues claro que no. Salí por patas y aun con todas esas, apenas conseguí salvarme —dijo él—. Entonces la Cortahuesos me mandó un mensaje para decirme que habíais ido a verla y si era tan amable de hacer que dejaseis de importunarla.

Con eso me enfadé un poco.

—No fuimos a verla porque sí. Teníamos negocios que atender.

—Cómo no. Pero nunca le han gustado las visitas sin avisar. Y podría habéroslo dicho si me hubieseis hecho caso y hubieseis esperado a que volviera.

No pensaba volver a discutir por lo mismo.

—¿Sigue bajo los efectos de esa maldición? —me preguntó, rascándose la barba de unos cuantos días que llevaba—. Esa que la hace parecer una niña con tendencias demoníacas.

Conque es una maldición, pensé. Aunque el orgullo no me habría permitido revelar que no había encontrado el modo de confirmarlo por mí misma.

—Eso parece —contesté.

Bebí un poco más de mi brebaje espeso que parecía café y dejé que su amargor me invadiera. Los viejos huesos de la casa que hacía las veces de biblioteca de la cofradía crujieron mientras se expandían y contraían hasta acomodarse de nuevo.

Una ventisca soplaba desde el puerto y un coro espectral de gemidos se coló por las grietas en las paredes. La tristeza me volvió a embargar de pronto.

La primera noche que oímos el viento, envueltos en mantas y sin saber qué iba a ser de nosotros, Cabell había empezado a bautizar a cada una de las «voces»: doña Dolores, doña Angustias y doña

Soledad, y de pronto habíamos pasado a llorar pero de risa.

—Fue aquí donde vivimos —me oí a mí misma decir—. Después de que… te fueras.

Nash volvió a bajar su taza hasta apoyarla sobre la rodilla y miró en derredor: hacia las telarañas, las vigas expuestas y los estragos de la humedad en la madera.

—¿Bibliotecario se hizo cargo de vosotros, entonces? Siempre ha sido un cacho de pan.

Asentí, apretando la mandíbula de un lado para otro mientras intentaba contener el resentimiento. Todo aquello me estaba sentando fatal; el estar allí sentados como si fuese una de las acampadas que solíamos hacer, escuchando cómo retumbaba la voz grave de Nash y respirando ese aroma que tan bien conocía, terroso y como a cuero. Su vieja chaqueta, esa que mi hermano había llevado durante años, se había perdido en Ávalon, y la nueva no era igual de suave, pues no tenía esa cualidad que solo se consigue tras haber usado una prenda durante años.

—Cuidaste de tu hermano —dijo Nash—. Estoy muy orgulloso de ti.

Me habría lastimado menos si me hubiese arrancado el corazón del pecho allí mismo.

Durante años…, tantos que no los podía contar, lo habría dado todo con tal de oírlo pronunciar esas palabras. Por desgracia, habían dejado de ser ciertas. No había podido proteger a Cabell cuando más había hecho falta.

—Lo he visto —le dije—. En dos ocasiones.

—¿Ah, sí? Ya con la cacería, supongo.

—Sí —contesté—. Y otra en la Mansión Robledal. Intenté hablar con él entonces, pero no quiso escucharme. Cabell… Estaba…

—Continúa —me instó. Sus ojos claros parecían atentos, concentrados, y por primera vez en la vida, me pareció que de verdad escuchaba lo que le decía.

—Cab iba corriendo con la cacería en su forma de sabueso y parecía muy… cómodo. Libre. —Tracé el borde astillado de mi taza con un dedo—. ¿Acaso su maldición era que estaba obligado a transformarse en humano?

—Cabell no está bajo ninguna maldición, Tamsy —dijo con una amabilidad que casi no fui capaz de soportar—. Nunca lo ha estado.

Me quedé mirando el fondo infinito de mi taza de café.

—¿Esa es su verdadera forma? —inquirí.

—¿Cómo saber qué es verdad más allá de lo que nosotros decidimos que sea? —sopesó Nash—. La noche en la que lo encontré en los páramos, era un cachorrillo, pero lo reconocí por lo que era: uno de los Cŵn Annwn.

A pesar del calorcito del café, un escalofrío me recorrió entera. Eran los sabuesos de Annwn.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —exigí—. ¿Por qué nos hiciste creer que era él quien tenía una maldición?

—Es posible que no lo entiendas —dijo—. Y sé que crees que miento más de lo que hablo, pero por aquel entonces no erais más que unos niños. Y creí que..., bueno, no quería que echara de menos un lugar al que nunca iba a poder volver. Eso también tiene su parte de crueldad.

Tras cruzarme de brazos, lo miré de reojo una vez más. Una parte de mí aún no podía creer que el muy capullo estuviese allí, sentado a mi lado.

—Que los dioses me perdonen, sé que muchas veces fui demasiado duro contigo —dijo—. Que podía comportarme como un cabrón desalmado y distante muchas veces. No siempre sabía cómo darte el afecto que quizás necesitabas ni cómo consolarte... Las emociones no se me dan muy bien que digamos, lo sé.

—Me da a mí que eso es quedarse corto —acoté, apretando los puños sobre el regazo.

—Pero no caí en la cuenta de lo desagradable que había sido —continuó—, porque nunca se me habría ocurrido pensar que podías creer que os había abandonado a propósito. Que no os quería. Cuando me miro en el espejo me doy cuenta de que me he convertido en aquello que más temía: un viejo lleno de arrepentimientos. —Se removió en su sitio hasta bajar la vista a su regazo—. Y lo siento mucho.

Respiré hondo, sin confiar en mi propia voz para articular una respuesta. Era lo que tanto había querido escuchar, lo que había

anhelado con ansias… aquello que había conseguido convertirme en quien era, lo que me había dado forma, como un cuchillo a la madera.

Hubo un tiempo en el que creí que Nash podría volver, por lo que me dedicaba a ensayar una y otra vez lo que quería decirle, dándoles forma a mi enfado y mi devastación hasta convertirlos en flechas. Me había llegado la oportunidad de dispararlas por fin, pero… no pude.

Dolía. Aún me dolía demasiado.

—Cabell volverá con nosotros a su debido tiempo —añadió—. Pero debe escoger su forma humana de nuevo. Esa vida. Se siente atraído hacia el Señor de la Muerte por lo que es, pero terminará apartándose de esa oscuridad por ser quien es.

—No lo hará —dije—. No lo has visto. Y después de todo lo que ha hecho… Es posible que las demás no lo perdonen.

—No se supone que el perdón sea algo fácil —dijo él—. Tiene que ganárselo. Pero tendrá que empezar por algún lado. Tienes que estar atenta a la señal, seguro que llegará.

—¿Cómo era eso que decías? «Una golondrina no hace verano» —repuse—. No lo has visto como lo he visto yo.

—Es posible, pero lo conozco —dijo él—. Lo he criado desde que era un cachorrillo, al igual que a ti.

—Si es uno de los Cŵn Annwn, ¿cómo es que llegó a este mundo?

—Imagino que su linaje se quedó atrás cuando se cerraron los senderos que conducían hacia las demás Tierras Alternas —contestó—. Y fue el último de los suyos en este mundo.

—¿Y yo? —inquirí—. ¿De dónde salí yo?

La expresión de Nash se endureció.

—Ya te he contado la historia. No es una que me guste repetir.

—Me dijiste que me ganaste en una partida de cartas en Boston —dije—. Pero ¿quiénes eran mis padres? ¿Cuál es mi verdadero apellido? Si soy lo bastante mayorcita para saber lo de mi maldición, puedo saber eso también.

—¿Quieres la verdad? —dijo él en lo que se levantaba del suelo—. La verdad es que no lo sé. No se me ocurrió preguntar.

—Mientes —le dije, sin creérmelo—. ¿Por qué me mientes?

Poco me faltó para chillar al oír el ruido de los pasos subiendo por las escaleras, pero las demás parecieron darse cuenta de que habían

interrumpido una conversación privada, porque se congelaron a medio camino en la puerta, incómodas.

—¿Queréis que… volvamos en otro momento? —preguntó Neve con delicadeza.

—Señoritas —las saludó Nash—, pasad y acomodaos, que ya es tarde.

—No hemos terminado de hablar —le recordé.

—¿Ah, no? —soltó él—. Creo que deberíais…

Fuera lo que fuese que pretendía decir se vio interrumpido con un jadeo sorprendido. Se puso lívido al tiempo que soltaba su taza vacía y se lanzaba en dirección a las escaleras. Caitriona estiró un brazo de forma protectora frente a Neve.

—¿Qué haces? —le exigí a gritos.

Solo que Nash no había querido ir a por Neve, sino hacia el gatito que había estado refugiado entre sus brazos. Tras aferrarlo del cogote, lo lanzó con un rugido hacia el centro del ático.

El grito de Neve quedó ahogado cuando la forma del gato explotó en unas cintas de luz y presión y se convirtió en algo que más bien parecía aire hasta volver a juntarse y adquirir distintas formas: un pájaro, una serpiente, algo que parecía un humano con un rostro que nos dejó sin palabras al volverse hacia nosotras con unos ojos oscuros y delirantes que relucieron como la obsidiana. Aquella forma seguía grabada en mi memoria cuando cambió por última vez y se convirtió en una araña.

—¡Que no escape! —ladró Nash.

Tanto él como Caitriona se abalanzaron hacia adelante, pero la araña ya se les había escabullido entre los pies, escaleras abajo. Caitriona salió corriendo detrás, y sus pasos retumbaron al llegar al vestíbulo.

Pero yo sabía que no tenía sentido. No quedaba ni rastro de la criatura.

23

—Qué rayos era eso? —se las arregló para preguntar Neve.

Nash se volvió hacia mí, hecho una furia.

—¡De todas las tonterías que podías hacer, Tamsy! ¿Acaso no te enseñé hace años a reconocer a un puca?

—Eh, no —contesté, una vez fui capaz de articular palabra—. No lo hiciste.

—¿Ah, no? —Su furia pareció deshincharse un poco, solo para tomar fuerzas de nuevo—. ¡Pues tenía la intención de hacerlo!

—¿Eso era…? —empezó Neve—. ¿Eso era un puca?

—Cuernos y más cuernos —se quejó Nash, pasándose una mano por el cabello—. Tendría que haber sabido que intentarían espiaros.

—¿Quién? —quiso saber Neve, hasta que ella solita lo comprendió un segundo después—. ¿Te refieres al Consejo de la Sororidad?

—¿Quién más se vale de pucas como espías y acompañantes? —dijo Nash—. ¿Cuánto tiempo lleva ese gato con vosotras?

—Desde Ávalon —dije—. Desde antes de que se unieran nuestros mundos.

Nash soltó otro improperio y se puso a caminar de un lado para otro con una mueca de indecisión.

Neve avanzó dando pisotones hacia las escaleras.

—¡Esa cosa ha dormido con nosotras! ¡Y ha comido de nuestra comida y… nos ha visto cambiarnos! Pienso pisotearlo contra el suelo hasta que no sea más que un manchurrón espachurrado que…

Se detuvo para negar con la cabeza.

—A ver, no. No voy a hacer eso, que sigue siendo un ser vivo. Pero sí que voy a encerrarlo en un vaso hasta que se quede sin aire y… no, eso tampoco lo puedo hacer. —Se lo pensó un momento antes de chasquear los dedos—. Voy a hacer que Tamsin haga como que lo va a

soltar sobre el mar para que el viento decida su destino… y quizás me tape los ojos para no verlo.

—Por mí, encantada —dije.

Unos segundos después, Caitriona volvió por las escaleras, jadeando.

—He intentado seguirlo, pero ha escalado un muro y ha desaparecido al otro lado del tejado.

—Ni te molestes —dijo Nash en lo que recogía su taza—. Si no era mediante un puca, habrían encontrado otro modo de espiaros desde lejos.

La idea era demasiado escabrosa para su tono tan despreocupado.

—¿Y cómo has sabido tú lo que era?

—Por cómo se le reflejaba la luz en los ojos —me contestó—. Le brillaban con un toque de aguamarina.

—¿Es posible que lo haya enviado el Señor de la Muerte? —quiso saber Neve, preocupada.

—Lo más probable es que él se valiera de algún fantasma —dijo Nash—. Algo que pueda controlar por completo.

Caitriona había permanecido en silencio hasta entonces, con el rostro cada vez más colorado mientras lo iba comprendiendo todo.

—Ese gatito fue un regalo para mi hermana Mari —dijo, casi sin poder contener la furia en su voz—. ¿Quieres decir que el puca se hizo pasar por él?

—Creo que siempre ha estado con vosotras —dijo Nash—. Desde Ávalon.

—Tiene sentido —dije con delicadeza—. No entendí cómo habría podido sobrevivir a lo que las criaturas… —No pude terminar la frase —. Podría haber cambiado de forma para escapar y volver cuando llegamos nosotras.

—A ver si entiendo lo que me queréis decir —empezó Caitriona, temblando por la fuerza de su furia contenida—. Tenían un modo de hacer que este cambiaformas cruzara los límites entre los mundos para que recabara información para ellas y por tanto sabían que el Señor de la Muerte había vuelto. Sabían que Ávalon estaba muriendo. Y no hicieron nada… Nada en absoluto para ayudarnos.

Era una forma muy cruda de verlo, aunque lo más probable es que

fuera cierto.

—Eso no lo sabemos —Neve intentó razonar con ella—. Para cuando lo descubrieron, quizás ya era demasiado tarde y…

—Ni se te ocurra. —Caitriona alzó una mano—. Esos seres dejaron que Ávalon se pudriera hasta morir. No hay nada que puedas decir para excusarlas.

—Yo también soy uno de esos seres —repuso Neve, cuadrando los hombros para enfrentarla—. Y después de todo lo que hemos pasado, no dudas ni medio segundo en ver a las hechiceras como al enemigo. Es posible que yo también sea tu enemiga, entonces.

Caitriona retrocedió un paso, boquiabierta por la sorpresa.

—A ver, señoritas —interrumpió Nash en lo que se interponía entre ambas—. Permitidme que os recuerde que todo lo que se dice en el fragor del momento no se puede borrar.

Entonces le apoyó una mano en el hombro a Caitriona.

—Tengo que hablar un momento con Bibliotecario, pero después me gustaría llevarle el Espejo de Shalott a la Cortahuesos para preguntarle cómo podríamos ajustar el hechizo que tiene para atrapar cazadores. Quizás quieras acompañarme y respirar un poco de aire fresco.

Aunque era el mejor consejo que había dado en la vida, la idea hizo que algo me torturara por dentro.

—No creo que debamos separarnos y…

—Vale —le dijo Caitriona a Nash, dándonos la espalda.

—Vale —repitió Neve—. Pues vete.

Nash se agachó para recoger su morral y esperó a que Caitriona recogiera el espejo envuelto y se lo colocara bajo el brazo. La sensación de antes volvió a invadirme hasta hacer que me sintiera pequeña e insignificante.

—¿Cuándo vais a volver? —pregunté, siguiéndolos hasta las escaleras.

—Quedaos aquí, Tamsy —me dijo Nash—. Neve y tú estaréis a salvo. Nosotros volveremos en unas cuantas horas, a lo mucho.

Eso fue lo que dijiste la otra vez, quise chillarle.

Neve me aferró de la mano, me hizo volver al ático y cerró la puerta a nuestras espaldas, como para interrumpir la tentación de

seguirlos.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté en un hilo de voz.

—Es que no me lo puedo creer —gruñó Neve, abrazándose a sí misma mientras recorría el ático de un lado para otro para acomodar sus mantas para dormir, muy enfadada ella—. Después de todo lo que hemos pasado y sigue pensando lo peor de…

—Neve —la interrumpí, sin ser capaz de apartarme del lugar en el que me había quedado, cerca de la puerta—. ¿Qué ha sido eso?

Neve alzó la vista, dejando lo que hacía. Y, de aquel modo que era tan propio de ella, lo entendió todo de inmediato.

—No pasa nada, Tamsin.

—¿Cómo que no pasa nada? —repetí, pasándome una mano por la garganta en un intento por tragar el nudo que notaba ahí dentro—. Hemos perdido a Olwen y ¿ahora dejamos que Caitriona se marche sin más?

—Volverán por la mañana —dijo, como si tuviese algún modo de saberlo por seguro. Le dio unas palmaditas a la manta que tenía a su lado—. Ven aquí. —Al verme dudar, añadió—: No voy a darte ningún abrazo. Salvo que quieras uno, en cuyo caso…

—Un abrazo no va a arreglar nada —la corté.

—No es para eso —dijo ella.

Me senté a su lado y pasé la mirada por donde Emrys estaba tumbado en el suelo, ajeno a todo lo que había pasado.

—¿…Tú sí quieres un abrazo? —terminé preguntando.

—Pues claro —dijo ella.

Hice lo que pude, le pasé un brazo por los hombros y le di un ligero apretoncito. Neve se inclinó hacia mí y me apoyó la cabeza en el hombro.

—No la entiendo —confesó en voz baja—. Primero se porta como si fuésemos unas desconocidas y luego…

Noté una especie de mirada distante en sus ojos, como si hubiese retrocedido a un momento en el que le habría gustado poder quedarse.

—¿Qué te dijo? —le pregunté—. Cuando recobraste el sentido en la Mansión Robledal.

Las mejillas se le pusieron coloradas.

—Ahora sí que tienes que contármelo —insistí.

Se enderezó e imitó la entonación de Caitriona al decir:

—«Ni se te ocurra volver a hacerme algo así. No podría soportarlo». ¿Qué se supone que significa eso?

Por fin algo que conocía a la perfección.

—Diría yo que eso es «te quiero mucho y me preocupo por ti» en el lenguaje de la represión emocional.

Neve se quejó en voz alta antes de esconder la cara entre las manos.

—Y yo creyendo que me odiaba…

Le dediqué una mirada de incredulidad.

—¿Es broma? Si hasta yo, que tengo la inteligencia emocional de un renacuajo, soy capaz de ver que cuando no te está vigilando para que no te pase nada, te está lanzando miraditas encandiladas. Sería muy tierno si no fuese porque estamos bajo la constante amenaza de morir asesinadas por unos cazadores no muertos.

—No me quiere de esa forma —dijo Neve en voz baja, más para sí misma—. ¿Cómo va a hacerlo si ni siquiera puede respetar quien soy?

—Creo que no te ve como a las demás hechiceras —le dije, y con el rabillo del ojo vi cómo a Emrys se le movía la mano levemente sobre el estómago—. Y, en mi experiencia, el corazón puede ser muy idiota a veces.

—No sé si podría aceptar algo así —dijo ella—. No puedo cambiar quien soy y ella tampoco… Por mucho que lo intente.

—Pero algo sí que ha cambiado. Cuando te desmayaste y nos rodeaban las criaturas, Caitriona intentó usar su magia y no pudo —le conté.

—¿Cómo? —Neve me aferró del brazo para obligarme a mirarla—. ¿Y se puede saber cuándo pensabais contármelo?

—Supongo que cuando no estuviésemos de crisis en crisis —le dije —. Así que más o menos… ahora.

En el transcurso de los últimos días había visto cómo la luz que siempre parecía irradiar de su rostro se iba atenuando, y en aquel momento volvió a suceder. No solo parecía preocupada, sino devastada.

—¿Qué significa? —le pregunté.

—No lo sé —contestó ella—. Nada bueno. La Diosa no es cruel. No le quitaría su poder a Cait cuando más lo necesita o cuando está sufriendo. Pero invocamos nuestra magia desde el corazón y si ella no puede hacerlo… Me preocupa lo que eso pueda implicar. Si los muros que ha alzado son tan altos que ninguna de nosotras puede superarlos…

Dejó la frase en el aire hasta soltar un suspiro.

—No puedo dejar de pensar en Olwen —dijo—. Que no hayamos salido ya a buscarla me está matando. Le he contado a Madrigal lo que le ha pasado y le he preguntado si el Consejo podría intentar buscarla también, pero nunca ha contestado a ninguna de mis cartas. Ni siquiera sé si las recibe.

No supe qué decirle, por lo que asentí para que continuara.

—Es que… como todo está pasando tan deprisa, no parece correcto que nos detengamos. Que nos quedemos aquí quietas.

—No tardará en amanecer —le recordé—. Y entonces podremos empezar a buscar la espada.

—Allí está de nuevo, ese toque de esperanza en tu voz.

—Un poquitín de sensiblería no les viene mal a los gusanos que tengo en mi corazón podrido —le dije—. Hace que se muevan un poco.

Me las arreglé para arrancarle una sonrisilla.

—¿Y se supone que en esta amistad la rara soy yo?

—Es que estoy intentando ponerme a tu nivel —dije.

Neve bajó la vista hacia Emrys y le apoyó el dorso de la mano en la frente para ver si tenía fiebre. Le bajó la manta que lo cubría y le echó un vistazo a los vendajes que le envolvían el pecho.

—Caitriona me contó lo que había pasado —dijo—. Emrys fue muy muy valiente al empujarte para apartarte del peligro.

Solté un gruñidito de asentimiento antes de apoyar la barbilla en la mano.

—Solo quería comprobar que lo siguiésemos odiando —dijo, como si nada—. Y si estamos enfadadas porque aún no podemos confiar en él o porque te rompió el corazón.

Me sonrojé.

—No me rompió el…

—Tamsin —me cortó—. Claro que sí.

Tragué en seco, luchando contra el picor de las lágrimas.

—Que no.

—Que sí —repitió ella—. Me preguntaste si creía que se estaba comportando diferente y ahora lo veo. Le pasa algo. Y, si yo no lo entiendo, tú menos.

—No —dije, notando el pinchazo de sus constantes rechazos una vez más—. Es que él es así de verdad.

Neve no parecía muy convencida.

—Lo ha hecho porque tiene la conciencia sucia —repuse—. Por eso ha vuelto. Para no sentirse tan mal por lo que hizo.

—En Ávalon no las tenía todas conmigo sobre por qué hacía lo que hacía —dijo ella—. Pero nunca tuve ninguna duda sobre lo que sentía por ti…

—Venga ya —la interrumpí, para no terminar lanzándome por las escaleras con tal de escapar de aquella conversación—. ¿Podemos hablar de cualquier otra cosa? De setas. De esa colección de huesos tan rara que tienes. De lo que tú quieras.

Neve pareció algo decepcionada por mis evasivas, pero no insistió.

—¿Y Nash? ¿Has podido hablar con él?

—Sí, un poco. Aunque sigue con sus secretitos. Pero su explicación sobre cómo pudo burlar a la muerte te va a encantar.

Y no me equivoqué; Neve se quedó prendada de cada palabra que le iba contando.

—¿Y tus padres? —preguntó—. ¿Le has sacado algo sobre eso?

—Lo he intentado.

Neve asintió, tamborileando los dedos de una mano sobre sus piernas cruzadas mientras se colaba la otra sin pensar bajo la camiseta para aferrarse a su colgante.

—¿Alguna vez has intentado imaginar cómo serían tus padres?

—Constantemente —contesté. A veces envidiaba muchísimo la facilidad que tenían algunos para señalarse los ojos y decir: «Son iguales a los de mi padre», o para cepillarse el cabello y saber que era un regalo genético de algún abuelo—. Venga —dije, levantándonos a las dos del suelo—. Vamos a asearnos un poco y a ver si conseguimos dormir un par de horas al menos.

La llevé hasta el lavabo que había en la planta de abajo y la única ducha que aún había en la casa después de que pasara a ser una biblioteca. Oyendo el canturreo suave y delicado de Neve, dejé que el agua caliente y el vapor me dieran la bienvenida en un abrazo reconfortante.

El reloj del vestíbulo ya indicaba las dos y media de la madrugada pasadas para cuando salimos del cuarto de baño, aseadas y más tranquilas. Por un instante tuve la tentación de ir a ver a Bibliotecario para preguntarle si había descubierto algo sobre el Espejo de las Bestias mientras investigaba, pero Neve me condujo de vuelta hacia las escaleras.

—No —sentenció—. A dormir.

Fue todo un alivio volver a la aspereza de mi manta de lana arrugada y tumbarme, incluso si era sobre un suelo duro, a sabiendas de que estaba a salvo.

Neve me dio un toquecito en el hombro a mi lado para ofrecerme uno de sus auriculares, y yo me acurruqué más cerca para poder llevármelo a la oreja mientras ella se quedaba con el otro. El reproductor de discos zumbó suavemente al encenderse, y los sintetizadores etéreos de Cocteau Twins se colaron por nuestros oídos hasta hacer que sintiera como si estuviese flotando.

Y, en algún momento de la noche, cedí ante el sueño.

Aunque no antes de que uno en particular me encontrara a mí.

24

N*o podía escapar de Emrys Dye, ni siquiera dentro de mi propia mente.*

Lo habría reconocido en cualquier lado. El corte de su ropa, aquellos hombros anchos que tenía. El cabello castaño. Lo seguí mientras avanzaba por un pasillo a oscuras que me despertó una sensación de déjà vu *nada agradable. Había perdido la cuenta de las veces que habíamos deambulado por los lúgubres pasadizos del torreón de ese mismo modo, con los haces de las linternas como única fuente de luz.*

Solo que no estábamos en el torreón. Aquel sitio era una casa; una enorme, llena de retratos de antepasados ceñudos y muebles de madera de caoba. Unas ventanas cobraron forma, con ríos de agua cayendo por los cristales. La lluvia golpeteaba sobre el tejado que teníamos muy por encima de nosotros.

Conque esta es la Mansión Estival*, pensé. Tenía que serlo.*

Emrys se plantó frente a unas puertas dobles imponentes cerca de la entrada, con cristales y clavos de hierro tachonados sobre la madera en unos patrones retorcidos de una belleza letal.

Todos mis instintos se resistieron. No quería entrar allí con él. Tampoco quería que él lo hiciera. Sabía, con la misma certeza que tenía de que el sol se alzaba en lo alto del cielo, que ese no era un buen lugar en el que estar.

No tuve opción, claro. Intenté sujetarlo de un hombro en lo que avanzaba hacia la puerta, pero lo atravesé con los dedos y de pronto ya era demasiado tarde. Apoyó una mano en una de las manijas plateadas de la puerta y, sin llamar, entró.

Negarme a ir con él no sirvió de nada; el escenario de mi sueño cambió a mi alrededor hasta dejarme justo dentro del nido de serpientes. Un dosel sedoso recubría la habitación, de la misma tonalidad roja que la de unos intestinos rebanados.

Solo que mi cuerpo no tenía forma. Los truenos rugían en lo alto y

retumbaban como unos tambores de guerra. Unas guirnaldas de acebo y hojas de roble estaban entretejidas a nuestro alrededor en una forma que no conocía.

Emrys dio un paso hacia atrás, con su rostro pálido bañado por una luz sanguinolenta y extraña.

—¿Qué carajos…?

¡Detrás de ti!*, intenté advertirle.*

Ahogué un grito cuando la primera figura encapuchada se deslizó entre el manto entelado que rodeaba la estancia, con una horrible máscara sin expresión que le ocultaba el rostro.

Emrys retrocedió hacia la puerta sin darle la espalda. El hombre siguió avanzando hacia él, con el paso tranquilo de quien sabe que no hay escapatoria. No sé cómo lo supo Emrys, cómo descubrió de quién se trataba, solo que el horror le invadió la expresión.

—No… —empezó a decir—. Papá…

Se volvió para buscar la manija de la puerta, y la daga que se le hundió en la espalda no encontró ninguna resistencia. Emrys se tambaleó hacia la derecha con un jadeo de sorpresa y dolor.

Un grito sin voz se me escapó de la garganta.

¡Despierta!*, me supliqué a mí misma.* ¡Despierta de una vez!

No podía ver algo así… No quería verlo…

Más y más hombres encapuchados con sus máscaras de madera fueron apareciendo, todos ellos aferrando dagas como si de velas votivas se trataran. El cántico empezó como un ruido sordo e incierto, aunque se volvió más intenso cuando el siguiente cuchillo atravesó el hombro de Emrys.

—Que acuda a nosotros la noche, que acuda a nosotros nuestro rey…

—No —suplicó Emrys, haciéndose a un lado, solo que otro hombre lo esperaba por allí también. Otro cuchillo—. ¡Parad…!

No podía respirar. Sentía como si el pecho se me estuviese hundiendo mientras Emrys se lanzaba una última vez hacia la puerta. Corrí hacia él, en un intento desesperado por detenerlos, pero tenía las manos igual de insustanciales que el humo.

Un cuchillo le atravesó las costillas.

Otro, la espalda.

Emrys tosió sangre al colapsar sobre el suelo. Incluso entonces, siguió

peleando, intentando llegar a la puerta, sobrevivir. Soltó un grito, ronco y agónico, cuando todos se cernieron sobre él presos del frenesí. El cuerpo se le sacudió por la fuerza de aquellas puñaladas torpes y despiadadas.

Las rodillas me dejaron de sostener cuando aparté la vista de la violencia y me cubrí los ojos con las manos. Solo que no podía escapar de aquel sonido, del susurro húmedo de la sangre y la piel.

En el súbito silencio que se hizo, me aparté las manos de los ojos y me volví. Los ojos me ardían por las lágrimas que no podía derramar.

Emrys me devolvió una mirada vacía, con el rostro bañado en su propia sangre.

Grité y grité y seguí gritando, intentando lanzarme hacia los hombres y hacerlos pedazos con mis propias manos…

—¡Tamsin!

Despertar fue como si el alma me hubiese vuelto al cuerpo de sopetón. Me senté inhalando con fuerza y buscando entre las sombras que me rodeaban.

El ático. Estábamos en el ático de la biblioteca de la cofradía.

El frío me llegó a la cara, con un efecto tranquilizador. No podía dejar de temblar y, con un sobresalto, me di cuenta de que estaba llorando. Me escocía la garganta.

—¿Tamsin? —me llamó Neve con delicadeza—. Tranquila, ha sido un sueño. No pasa nada.

Presa de la desesperación, me volví hacia la derecha. Emrys seguía inconsciente, aunque el pecho le subía y bajaba, por fin con la respiración acompasada.

Está vivo, pensé, y una oleada de alivio y felicidad cargada de angustia me invadió. Una chispa de vida aún ardía en su interior y, de pronto, todo lo que no fuera eso dejó de importar.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Neve, ya despierta—. ¿Qué has visto?

Tragué en seco una y otra vez, intentando apaciguar el escozor de la bilis que sentía en la garganta.

—No… No ha sido nada.

—Eso no te lo crees ni tú, lo que solo sirve para comprobar que lo que sea que has soñado te ha dejado muy afectada —dijo ella—.

Desde Ávalon que no tienes ningún sueño normal. ¿Has soñado con Olwen?

Negué con la cabeza, respirando con dificultad mientras analizaba sus palabras. Los sueños que había tenido en Ávalon tenían aquel toque peculiar de una mente dormida que intentaba darles sentido a unas ideas y recuerdos, pero lo que había visto en ellos…

Todo se había hecho realidad.

La expresión de Emrys parecía tranquila; si él estaba soñando, al menos no lo estaba pasando mal.

—Emrys —lo llamé en voz alta, retorciéndome la camiseta entre las manos—. Emrys. —Me volví hacia Neve, aún notando que el corazón me latía acelerado con los rastros de miedo y adrenalina—. ¿Por qué no se despierta?

Lo único que pudo hacer la hechicera fue encogerse de hombros, pues no tenía ni idea.

—Lo he visto morir —susurré.

—¿Cómo dices? —Neve me tocó el hombro, intentando que volviera a centrar mi atención en ella—. ¿Estás segura?

—Lo han matado. —Los destellos de las puñaladas seguían demasiado frescos en mi memoria; no podía permitirme hundirme demasiado en aquellas aguas—. Los… hombres con máscaras. Su padre. Deben… Deben de haber sido los cazadores. Estaban en la casa de los Dye. Le han tendido una emboscada.

—¿Crees que es allí donde se han escondido? —preguntó Neve—. Tendría sentido, sobre todo si la propiedad es grande y no tiene muchos vecinos cerca.

Me aparté el cabello que aún tenía húmedo de la cara.

—Sí, es posible.

—Tamsin, solo porque hayas tenido un sueño no significa que vaya a pasar —me dijo.

Pero parecía real, pensé, aferrándome el pelo con la fuerza suficiente como para arrancármelo de la raíz. Lo había vivido de un modo tan visceral que sentía como si una parte de mí siguiese atrapada dentro de la pesadilla.

Un sonido como el de una tetera silbando invadió el ático a oscuras. Neve y yo alzamos la vista hacia el techo, pero ambas nos

dimos cuenta a la vez de que provenía de abajo.

Los gatos de la biblioteca, pensé. Solo bufaban de ese modo cuando había una maldición cerca.

Neve ladeó la cabeza en una pregunta silenciosa. Le hice un ademán hacia el lugar en el que había un agujero considerable entre los tablones, lo bastante como para poder ver una rendija de la cámara central de la biblioteca.

La preocupación me recorrió de pies a cabeza y acabó con lo poco que quedaba de mis nervios.

Las figuras encapuchadas se encontraban en un extremo de la sala que había debajo, justo fuera de nuestro limitado campo visual, aunque eso no impedía que los oyera. Las respiraciones aceleradas, cómo se removían en su sitio, inquietos.

Por toda la biblioteca, los gatos se escabullían entre las estanterías e intentaban trepar hasta sus escondites en lo más alto. Uno de ellos, atigrado, naranja y que llamábamos Midas, salió volando hacia el otro lado de la sala, como si alguien le hubiese dado una buena patada. El gato giró sobre sí mismo antes de recuperarse y alejarse con un bufido.

—Hemos venido, como nos ha pedido. ¿Qué necesita que hagamos?

Endymion Dye.

Me cubrí la boca con la mano para impedirme soltar cualquier ruido y quedarme tan quieta como las estatuas que adornaban el patio interior.

Endymion y el resto de los exmiembros de la cofradía quedaron en nuestro campo visual y bañaron las estanterías de Inmortalidades cercanas con su brillo fantasmal. Iban cargados de armas y escudos robados, lo que hacía que se parecieran a las criaturas más siniestras que habitaban las páginas de los libros que tenían a su alrededor.

Los lomos de los libros temblaron conforme avanzaban, como si se vieran afectados por la magia de la muerte que les había devuelto la vida a los jinetes.

—Solo tengo una orden.

Neve se volvió para mirarme, y la voz acabó con cualquier otra emoción en el ambiente que no fuese el miedo.

El Señor de la Muerte se materializó de entre el aire oscuro y se quitó la capucha del manto de Arturo para revelarse frente a los demás. Me eché atrás al verlo allí, en un lugar tan sagrado y seguro, incluso antes de que la cabellera oscura de Cabell apareciera a su lado.

Mi hermano se apoyó contra la estantería que tenía más cerca, con la vista clavada en la alfombra elegante. Al oír el siseo de uno de los gatos no muy lejos, fue como si a él también se le erizaran los pelos del pescuezo y se cruzó de brazos en una postura defensiva que le había visto muchísimas veces.

Los jinetes, doce en total, se arrodillaron para recibir las órdenes del Señor de la Muerte. Fue un juego muy macabro el relacionar sus formas mutiladas, aquellas alteraciones tan macabras, con los Saqueadores que habían sido en otros tiempos.

—Se me ha comunicado que habéis estado escondiéndome esta biblioteca —dijo el Señor de la Muerte, antes de dirigir la mirada hacia Cabell, quien agachó la cabeza, avergonzado—. Que habéis escondido un alijo de armas muy poderosas.

La sangre se me congeló en las venas al comprender lo que en realidad quería decir la expresión de Cabell.

Él lo había llevado hasta la biblioteca.

Allí estaba mi hermano, sin pronunciar palabra mientras aquel monstruo se paseaba por nuestro hogar como si lo mereciera, y allí estaba yo, incapaz siquiera de seguir respirando.

—Y me pregunto por qué —continuó el Señor de la Muerte—, cuando proclamáis tanta lealtad.

—Mi señor… —empezó Endymion.

—Silencio. —La palabra se alzó hacia nosotras como si de humo se tratara, suave y sedosa, con la promesa de algo más oscuro—. Lo único que me queda es asumir que no creéis que sea capaz de cubrir todas vuestras necesidades —siguió—. Que no confiáis en mí, que no sois totalmente leales a nuestra causa. Porque, en lugar de destruir la escoria que son las hechiceras, habéis preservado sus recuerdos. Habéis conservado las reliquias que han creado.

Comenzó a pasearse por el lugar y a darle toquecitos con un dedo a las Inmortalidades que había en una estantería. Uno a uno, los tomos fueron cayendo al suelo.

—Solo usamos sus recuerdos para encontrar los tesoros que han robado —se quejó Endymion.

El Señor de la Muerte se detuvo y volvió su rostro de barba entrecana hacia ellos.

—En ese caso, estoy seguro de que nada os impedirá destrozar este altar que les habéis hecho.

Contuve la respiración, apretándome la mano contra los labios con más fuerza.

—Por… Por supuesto, mi señor —contestó Endymion, con una reverencia. El ático pareció desdibujarse a mi alrededor conforme el Señor de la Muerte alzaba una mano y una llama de tonos negros y plateados se materializaba en ella.

Endymion sabía lo que quería su señor y alzó ambas manos, como si estuviese suplicando. La flama danzó al pasar entre uno y otro. Endymion se puso de pie y se volvió hacia la estantería a su izquierda.

Unos pasos pesados se oyeron desde el otro lado de la biblioteca.

No, pensé con desesperación. *No, no salgas.*

Sin embargo, a Bibliotecario lo habían entrenado para defender la biblioteca y a todos sus ocupantes, sin importar si eran seres vivos o no, y él no iba a fallar en su misión. Ni siquiera cuando le tocaba plantarse frente a aquellos que le habían asignado su papel de protector.

—¡Alto! —sonó la vocecilla metálica de Bibliotecario—. Se prohíbe cualquier tipo de destrucción de los materiales de la biblioteca según los códigos de la cofradía.

Había llegado preparado, con una espada en una mano y un extintor en la otra. Los jinetes lo rodearon y bloquearon su camino hacia el Señor de la Muerte. Incluso enfundado en un bronce articulado y con un rostro que era una máscara de perfección divina, Bibliotecario parecía más humano que los fantasmas que lo rondaban como una manada de lobos hambrientos.

Endymion llevó la llama hacia el libro más cercano, con una expresión de absoluta veneración en lo que miraba al Señor de la Muerte para buscar su aprobación.

La llama oscura prendió sin problemas y recorrió el borde de la estantería con un silbido aterrador. En cuestión de segundos, la

estantería entera estaba ardiendo.

Conforme el fuego se iba extendiendo, no fue ningún hechizo ni encantamiento de protección lo que protegió la biblioteca, sino los aspersores de nuestra época moderna. Descendieron del techo e hicieron llover agua sobre el fuego, con lo que los detectores de humo se unieron a los quejidos estruendosos de los gatos.

Haz algo, pensé. *Lo que sea…* Solo que no sabía con quién estaba hablando, si con Cabell o conmigo misma.

Las llamas plateadas saltaron de una estantería a la siguiente sin dificultad, y extendieron sus dedos mordaces sobre los volúmenes barnizados, viejos y frágiles. El ambiente se llenó de una peste a productos químicos que lo volvía todo muy confuso.

El Señor de la Muerte les concedió llamas a todos sus sirvientes con una mirada llena de un placer helado. Otros, como Primm, se asignaron ellos solos la tarea de destrozar las vitrinas de las reliquias, lanzar al fuego los instrumentos, pergaminos, telas y armas de valor incalculable o de aporrearlos con el pomo de su espada hasta dejarlos irreconocibles.

El sonido de dolor que se le escapó a Bibliotecario fue tan humano, tan lleno de sufrimiento, que fue como si a mí también me hubiesen prendido fuego.

El autómata se apartó de los jinetes, soltó el extintor y aferró su espada con ambas manos. Se enfrentó al Señor de la Muerte como si fuese el último soldado en pie dispuesto a defender su bastión.

—Parad todo esto —dijo—. O me encargaré de todos vosotros.

El Señor de la Muerte se echó a reír antes de meter la mano bajo los pliegues de su capa en busca de su espada. Solo que, en lugar de blandirla, se la entregó a Cabell.

La misma magia oscura siseó y se onduló sobre la hoja, danzando como unos relámpagos.

No. La palabra se me convirtió en un nudo en la garganta. *Te lo suplico.*

Cabell alzó la vista entre la cortina que era su cabello oscuro para luego enderezarse.

—Pareces sorprendido —comentó el Señor de la Muerte.

Cabell dijo algo, pero no alcancé a oírlo por encima de los chillidos

de los gatos, el rugido del fuego y las alarmas que chirriaban como unos violines sin afinar. Cuando no se movió para aceptar la espada, la presión que notaba en el pecho se aflojó un poco.

Mi hermano seguía allí, en algún lado. Incluso mientras el fuego lo destrozaba todo a su alrededor y los gatos salían disparados de las estanterías en busca de algún lugar donde esconderse, se resistía.

Pero tampoco se lo ha impedido, me recordó una vocecilla en mis adentros.

Leí la palabra que pronunció el Señor de la Muerte mientras goteaba de sus labios cual veneno: *Mírame*.

Y eso hizo Cabell.

Entonces, los últimos rescoldos de mi esperanza se apagaron por completo. Su expresión no era la de un sirviente devoto, siempre obediente. Veía la indecisión en su ceño fruncido y cómo dudó lo suficiente para obligarme a verlo. Para que lo entendiera de verdad.

Se trataba de mi hermano. Era Cabell, sin que nadie lo controlara.

Alguien atrapado bajo la influencia mágica de otro actuaría sin pensárselo dos veces. Alguien que se estuviera debatiendo bajo la oleada absoluta de poder buscaría con desesperación cualquier oportunidad para liberarse. No daría varios pasos vacilantes hacia el autómata, con la mandíbula apretada y la espalda rígida. La indecisión no estaría pintada en su rostro en forma de sombras y llamas.

Era Cabell y nadie lo controlaba.

—¿Joven Lark…? —inquirió Bibliotecario en un hilo de voz en lo que bajaba su espada.

Cabell tomó su decisión.

Y, tras respirar hondo, hundió su espada en el pecho del autómata.

25

Y*a no existe.*

Mi hermano se quedó mirando cómo el cuerpo pesado de Bibliotecario se tambaleaba al retroceder, cómo el mercurio líquido que le había concedido la vida se derramaba desde el agujero que tenía en el pecho. Tropezó una vez y luego otra más en lo que intentaba recuperar el equilibrio.

Permaneció un segundo más en pie, alzando una mano en dirección a Cabell y sosteniéndola en alto, como si fuese una pregunta que no había llegado a hacer. Entonces, con un traqueteo abrupto, el cuerpo del autómata terminó de caer, con el mercurio derramándose por todas sus articulaciones. Sus extremidades dejaron de agitarse, luchando hasta el final, y ya no volvió a moverse.

Mientras Cabell se quedaba allí, con una expresión impasible, el mismo pensamiento volvió a torturarme una y otra vez. *Ya no existe.*

El hermano con el que me había criado, ese que había sido sensible y gracioso y dado a soñar… No había estado sometido por la magia del Señor de la Muerte. Todo ese tiempo había sido libre. Cada decisión…, cada vida perdida…, lo había hecho de forma consciente.

Y el dolor que me embargó fue inconmensurable.

El Señor de la Muerte le apoyó una mano en el hombro en un gesto de aprobación. El humo se alzaba y extendía sus dedos delicados entre los tablones que nos rodeaban, para darnos caza. En medio del caos, vi a Cabell y a los demás escapar.

Me levanté y corrí hacia la puerta. De las dos, al menos Neve parecía saber a la perfección lo que tenía que hacer.

Se plantó en la entrada de la cámara central, de cara al calor que irradiaba de las llamas mágicas. Su hechizo salió en forma de canción, tan fuerte como decidido. Aunque los aspersores no habían hecho

nada para frenar el paso del fuego, conforme la hechicera se plantó en su camino y extendió los brazos, las llamas parecieron reconocerla y alzar la cabeza, atentas.

Era posible que la magia de la muerte las hubiese conjurado, pero fue la de Neve, extraída de la fuente que era la propia Diosa, aquello que las extinguió. El incendio se apagó con un último jadeo cuando la hechicera dio una fuerte palmada frente a ella.

En cuanto el calor insoportable disminuyó un poco, atravesamos corriendo las nubes de humo y el laberinto de las mesas en dirección a las ventanas que había al fondo. Entre toses, me debatí con el cerrojo de la salida de emergencia, porque el metal se había deformado con el calor.

—Porras —me quejé casi sin voz en lo que iba a por una silla que había cerca y la lanzaba contra la ventana.

Comprendí con amargura que, fueran cuales fuesen las protecciones que había tenido la biblioteca de la cofradía, solo habían servido para resguardarla de amenazas exteriores, y no de aquellas que provenían del interior. Los gatos aterrados se me apiñaron en torno a los pies hasta que, por fin, pudieron escapar de un salto por la salida de emergencia y perderse entre el invierno sombrío de Boston.

—¡No! —gritó Neve, sacando la cabeza por la ventana para llamarlos—. ¡No os vayáis! ¡Sois gatos domésticos y las calles son muy peligrosas!

Pensar en los gatos allí fuera, sin ningún tipo de refugio, me torturaba tanto como ver los montoncitos negros y humeantes que en algún momento habían sido libros.

Me dejé caer de rodillas al lado de Bibliotecario, apretándome el dorso de la mano contra los labios. La magia de la muerte le había pintado unas rayas plateadas y crueles en su cuerpo de bronce. Por un instante, ni siquiera supe si debía tocarlo, si tendría algún sentido.

Aquellos que usaban la magia creían que la Diosa les permitiría renacer en otra vida y con otra forma. Incluso las almas más retorcidas que había en el mundo experimentaban una segunda existencia oscura en un mundo distinto. La promesa de su muerte era más vida.

Pero ¿qué ocurría con los seres como Bibliotecario, para quienes la muerte no era el primer paso hacia otro viaje sino un final definitivo?

¿Cómo era posible que hubiese tenido una moral tan correcta, unas intenciones tan puras, y que nunca fuera a renacer? Y solo porque no poseía un alma humana.

¿Cómo podía… dejar de existir y ya?

Quizás era que yo había sido la más ingenua de todos, en mi desesperación por tener alguna especie de figura paterna, para creer que un autómata era capaz de sentir una emoción como el amor. Era bastante posible que Bibliotecario solo nos hubiese visto a Cabell y a mí como una extensión de su obligación para con la cofradía y la biblioteca en sí. Unos incordios pequeñitos que se portaban peor que los gatos y a los que costaba más darles de comer.

Quizás me había imaginado una vida que nunca había existido. Solo que sí que había sido real para mí.

Los ojos me escocían por el humo y el calor residual. Con cariño, le acaricié el brazo con los dedos y, por primera vez en la vida, lo noté cálido. Sabía que era producto del fuego, pero me permitió seguir con la farsa, aunque fuera por unos segundos más.

Solo que entonces una voz, baja y casi inexistente, se alzó desde su pecho en ruinas.

—Joven… Lark…

—¡Lo siento tanto! —exclamé—. No te mueras, por favor. Dime cómo arreglarte.

—He escogido… uno que… te va a gustar… —dijo, con la voz entrecortada como el parpadeo de una vela a punto de apagarse—. Será muy… agradable volver a sentarnos… junto a la chimenea a leer un rato…

Bibliotecario se quedó en silencio tras pronunciar sus últimas palabras.

—¿Tamsin? —Neve se arrodilló a mi lado y me apoyó una mano en la espalda.

Una de las estanterías que había cerca cedió bajo su peso y derramó Inmortalidades y atlas del mundo carbonizados por el suelo. Aunque Neve hizo una mueca ante el ruido, yo apenas lo noté. Era como si el humo me hubiese envuelto a mí sola en un manto y nada pudiese penetrar sus barreras.

—¿Tienes… tienes alguna botella? —le pregunté, tras tragar en

seco—. Con una pequeñita me basta.

—Claro que sí —dijo ella—. ¿Para qué la necesitas?

Si bien la idea ya me parecía muy absurda, al decirla en voz alta también se las arregló para sonar infantil.

—Quiero conservar un poco del mercurio. De la magia de la muerte.

—¿A qué te refieres? —preguntó Neve.

—A la magia de la muerte —repetí—. La tiene por todo el cuerpo. ¿No la ves?

Neve negó con la cabeza.

Recordé la conversación que había tenido con la Cortahuesos. Había intentado preguntarle por qué solo yo podía ver la magia de la muerte en su forma física y ella me había dicho que se lo preguntara a Nash.

—¿Crees que puede contener algunos de sus recuerdos? —me preguntó Neve—. ¿Una parte de su esencia?

—No lo sé. Es posible. —Meneé la cabeza. Estaba hecha un lío y era mucho esfuerzo intentar desenredar lo que pensaba—. ¿Es absurdo?

Neve me dedicó una media sonrisa, algo triste.

—Para nada. Iremos a por nuestras cosas y nos marcharemos cuando estés lista.

En mis años de vida había visto muchísimas ruinas, y ver que la biblioteca había pasado a ser otra de ellas me dejó un vacío enorme en el pecho.

El papel pintado con todos sus detalles, las alfombras elegantes, las mesas que habían soportado el peso de incontables libros, todo se había carbonizado. Haber perdido todos los conocimientos que contenía aquella colección era un golpe demasiado fuerte. Incluso si dedicara mi vida entera a la tarea, no tendría años suficientes para transcribir los contenidos que albergaba en mis recuerdos.

Unos trocitos de papel quemado y cenizas flotaban a mi alrededor según recogía toda la plata líquida que fui capaz. Y, mientras yo hacía eso, Neve escudriñó las estanterías, en busca de algún gatito que se hubiese hecho daño. Al volver a ponerme de pie, algo en mi interior pareció alzarse conmigo.

La biblioteca había sido nuestro único santuario de verdad en aquel mundo tan grande. Había sido un lugar al que escapar, desde el cual podíamos viajar, aprender y estar a solas con nuestros pensamientos. Al ser inaccesible para el mundo exterior, había sido un lugar seguro. Había sido nuestro.

Y Cabell le había abierto las puertas a su señor para que lo encontrara.

Me había dado la espalda. Nos la había dado a todos. Se había quedado ahí plantado, observando mientras otros morían y sin mover un dedo para ayudarlos. La verdad me resultaba tan clara que casi me destrozó por dentro y, una vez más, me sentí como una idiota, muerta de vergüenza.

No estaba bajo el control de la magia del Señor de la Muerte y nunca iba a volver con nosotros.

Cuando llegó la furia, la recibí con los brazos abiertos. Dejé que se apoderara de la parte de mí que se había aferrado al perdón, que le prendiera fuego a mi esperanza hasta que se sumó a las cenizas que tenía a los pies.

Porque la próxima vez que viera a mi hermano, pensaba hacerlo pagar por lo que había hecho.

—¿Tamsin? —me llamó Neve.

La encontré en el armario que usaba Bibliotecario como despacho. Por alguna gracia del destino, el fuego no había conseguido consumirlo. Estaba inclinada sobre un libro abierto, uno que reconocí por sus bordes manchados. Las cubiertas estaban hechas de corteza de roble, con una capa de musgo vivo que las recubría.

Era uno de los registros más antiguos del mundo mágico que se escondía en Gran Bretaña y también uno de los tomos más viejos de la biblioteca.

«He escogido uno que te va a gustar».

Neve se apartó un poco para hacerme sitio a su lado. La vista se me fue hacia la taza vacía de Nash, con su logo de restaurante despintado que rezaba «Plato del día», justo al lado de los registros anuales sobre el escritorio. Una sensación aciaga me empezó a burbujear en la tripa.

—Mira —dijo Neve, haciendo que volviera a concentrarme en ella.

Al ser más valiente que yo, ya estaba pasando un dedo por la página abierta. El frágil papel estaba desgarrado en algunos puntos, como si lo hubiesen carcomido los insectos. El libro en sí parecía a punto de desintegrarse si me atrevía a respirarle encima siquiera.

En la ilustración, había una mujer con una túnica larga y ondeante en la orilla de un lago, blandiendo una espada por encima de la cabeza. La luz la envolvía entera y en las sombras oscuras que rodeaban la escena, apenas pude distinguir unos rostros monstruosos.

Las primeras palabras que había bajo la ilustración se habían perdido al quedar arrancadas y cubiertas por una mancha de tinta, pero el resto aún se podía leer. Pese a que la Visión Única me dejaba traducir las palabras, aún me costaba descifrar la caligrafía antigua y enrevesada de quien lo hubiera escrito.

—Una cosa que no entiendo y… «luz de la Diosa acaba con la plaga de la oscuridad. Como la primera sacerdotisa y protectora de la isla, la Dama del Lago blande a la divina Caledfwlch, el espejo de la mortalidad, jueza y verdugo de las almas inmisericordes, salvadora de aquellos presos de la magia y la clemencia para los inocentes».

Me acerqué más a la página, conteniendo el aliento. El rostro de una mujer, apenas perceptible, estaba dibujado en la luz que irradiaba de la Dama del Lago. La mismísima Diosa.

—«El espejo de la mortalidad» —repitió Neve, intentando batallarle a la esperanza que luchaba por abrirse paso—. ¿Crees que…? A ver, encaja con tu teoría de que te devuelve tu reflejo cuando mueres…, ¿no?

Solté un intento de risa, apenas sin aire. Al verme obligada a aprender más idiomas había aprendido a pensar en cómo las palabras iban cambiando de significado con el transcurso del tiempo.

—La mortalidad también se puede referir a la humanidad en su conjunto. El espejo de la humanidad. De las bestias.

—Entonces ya solo nos queda encontrarla —dijo Neve—. A esta… Caledfwlch.

—La conocemos con otro nombre —empecé, notando cómo la esperanza me iba abandonando poco a poco. Nuestra ya de por sí bastante ardua cruzada para detener al Señor de la Muerte acababa de volverse muchísimo más imposible.

Neve apretó los labios, pidiéndome con la mirada que continuara.

—La llamamos *Excálibur* —le dije—. Y hace siglos que nadie conoce su paradero.

Parte tres

El reino hundido

26

¿Otra vez por aquí?

La Cortahuesos no parecía ni fastidiada ni sorprendida por nuestra súbita aparición en la puerta de su taberna. Nos dio un repaso rápido para evaluar la pinta que teníamos antes de quedarse mirando la figura pálida de Emrys. Como Neve y yo apenas conseguíamos cargar con su peso, lo tumbamos en el suelo apenas encontramos un lugar donde pudiese descansar. Luego me di la vuelta y eché el cerrojo.

A aquellas horas de la tarde, solo había tres personas sentadas a la barra: Bran, con su tarea eterna de pulir las jarras de cerveza; la Cortahuesos, apuntando cosas en su libro de contabilidad enorme, y Caitriona, que removía sin ganas un cuenco de gachas con la cuchara.

Al vernos, cubiertas de hollín y apestando a humo, su cuchara repiqueteó sobre la barra cuando se bajó de un salto de su taburete.

—¿Qué ha pasado?

Neve se la quedó mirando algunos segundos más de lo que me pareció que pretendía hacer, como si la estuviera viendo por primera vez.

—Pues… —empecé sin ganas—. Mejor preguntadnos qué no ha pasado.

La Cortahuesos alzó las cejas.

—Lamento presentarnos de nuevo sin invitación —dije con voz ronca; todavía notaba la garganta adolorida por todo el calor—. No queríamos privarte de nuestra magnífica compañía por mucho tiempo.

—Somos como un bálsamo para el alma —añadió Neve—. Como un vaso de agua fría en medio del desierto.

—O como encontrar una rata tras pasar semanas muriendo de hambre —ofreció Caitriona, antes de mirar a Neve en busca de aprobación. La hechicera se limitó a hacer una mueca.

—Quizás deberíamos haber parado con lo del vaso de agua —le

dije a Caitriona—, pero no vas muy desencaminada.

La Cortahuesos hizo un ademán con la mano pequeña y delicada que tenía.

—Ya sé lo que pasó en la Mansión Robledal, incluido que habéis liberado a una bestia primordial hambrienta de vuelta en nuestro mundo. —No supe decir si era una buena o una mala noticia para ella —. Y que vuestro minino al final resultó ser un puca. ¿Os dije o no que os deshicierais de él?

Su comentario hizo que me mosqueara.

—¿No podrías habernos avisado de por qué lo decías? ¿O darnos alguna advertencia de que el Espejo de Shalott podría estar ocupado?

—Podría, si hubiese estado segura —concedió ella, metiendo una mano detrás de la barra para hacerse con el bultito de terciopelo. El marco relució al desenvolverlo—. Por mucho que os cueste creerlo, no soy omnisciente.

—La Arpía de los Páramos dijo que solo podía tener un ocupante a la vez —comentó Neve—. ¿Es cierto?

—No se ha probado lo contrario —dijo la Cortahuesos—. Es posible que el tamaño del espejo pueda ampliarse para acomodar a más. Creo que la hechicera que encantó el espejo creó una especie de espacio dimensional dentro de él.

—Como una Tierra Alterna pequeñita —le explicó Neve a Caitriona.

—Sí, algo así —continuó la Cortahuesos—. Pero es obvio que me falta un capítulo en toda esta historia. ¿Por qué tenéis pinta de haber recorrido los fuegos del infierno?

Por alguna extraña razón, me había sido más sencillo no hablar al respecto; no obligarme a revivir lo que había pasado al contarlo. Intenté respirar hondo para prepararme, pero no conseguía quitarme el regusto a humo de la lengua.

—Porque eso hemos hecho —contesté—. El Señor de la Muerte ha hecho que su séquito de espectros quemara nuestra biblioteca.

—¿Ha estado en la biblioteca? —preguntó Caitriona, muy angustiada.

—No hemos podido hacer nada —dijo Neve—. Incluso si hubiésemos tenido el Espejo de las Bestias, no nos habría servido de

nada.

—No me refiero a eso —repuso Caitriona. Se pasó una mano por el cabello hasta aferrárselo en un puño—. No tendría que haberme marchado. Jamás tendría que haber…

—¡¿La han quemado?! —Por fin, la Cortahuesos cerró su libro de contabilidad—. Pero no entera, ¿verdad?

—También han destruido las reliquias —dije con dificultad—. Algunos libros han sobrevivido, pero lo más probable es que estén empapados y que no se pueda leer nada.

—Tenemos siete libros antiguos que podrías añadir a tu colección —empezó Neve, dándole una palmadita a la riñonera que llevaba cruzada sobre el pecho, donde había guardado los ejemplares de *Las Siete Hermanas* tras envolverlos con cuidado y hacerlos pequeñitos—. Si estás dispuesta a hacer el mismo trato que hicimos con el receptáculo, que te quedes con ellos a cambio de que nos dejes consultarlos y taches algunos de los favores que te debe Tamsin.

—Sin problema —dijo la Cortahuesos—. Tacharé dos favores de mi registro.

Y dejaría muchísimos más de los que podría devolverle en toda una vida, sin duda. Intenté no hacer ninguna mueca, porque sabía que no tenía sentido negociar con ella si de favores se trataba.

La mirada atenta de la Cortahuesos volvió a posarse sobre mí hasta atravesarme en busca de la verdad.

—Si os habéis podido llevar estos libros tan antiguos, eso quiere decir que Bibliotecario ya no está, ¿no?

Asentí. Mi cerebro estaba decidido a seguir repitiéndome esa escena, la de Cabell lanzándose hacia adelante con la espada y Bibliotecario cayendo al suelo, como si experimentarla una vez no hubiese bastado para torturarme. Para marcarme de por vida.

—Menuda lástima —dijo, cruzándose de brazos sobre la barra con toda la pena que probablemente era capaz de conjurar—. Prefería su compañía por encima de la de la mayoría de los humanos. Y su caligrafía era preciosa.

Ahí llevaba razón.

La Cortahuesos hizo un ademán con la barbilla hacia Emrys.

—¿Y supongo que ahora queréis que me encargue yo de este?

—¿Puedes buscarle algún sanador? —pregunté—. Puedes añadir el favor a su cuenta. Así como está no puede viajar a ningún lado.

—Anda —dijo ella—. ¿Vosotras también tenéis pensado hacer algún viajecillo interesante estos días?

—Sí, más o menos —contesté, dejándome caer sobre el borde de una de las mesas. Solo que, al repetir sus palabras para mis adentros, una de ellas me dio un pinchacito. Ese «también».

Alcé la vista para examinar la sala, por mucho que ya supiera lo que me iba a encontrar. O, mejor dicho, a quién no iba a encontrar.

—¿Y Nash? —pregunté.

Me había acostumbrado tanto a su ausencia con el paso de los años que con lo cansada que estaba ni siquiera me había molestado en recordar que tendría que haber estado presente.

—¿Dónde está? —insistí, notando que mis palabras se iban tiñendo de fastidio.

Por la cara que puso, parecía que Caitriona habría preferido cualquier otra pregunta.

—La madre que lo… —Exhalé con fuerza—. ¿Se ha ido?

—Lo siento mucho —dijo Caitriona—. Cerré los ojos un segundo y, para cuando desperté, ya no estaba.

—Será capullo —escupí.

—Una no puede andar con gatos callejeros y no esperar llevarse ni un rasguño —comentó la Cortahuesos—. ¿No se te ocurre dónde podría haber ido?

—No, ni… —La frase se me quedó a medias. Ver su taza junto al libro que Bibliotecario tenía en su despacho tendría que haber sido suficiente indicativo de que iba a intentar hacer algo semejante—. Sabe dónde está.

—¿Dónde está qué? —preguntó la Cortahuesos, con un ademán demasiado inocente.

—Excálibur —contestó Neve—. El Espejo de las Bestias.

Caitriona negó con la cabeza.

—No, no puede ser. Esa espada lleva siglos perdida.

—¿Son ciertos los rumores? —le pregunté a la Cortahuesos—. ¿Está en Lyonesse?

Los labios de la Cortahuesos se crisparon un momento, como si

estuviese sopesando sus opciones.

—Bran —lo llamó despacio—. Ve a por el señorito Dye, ¿quieres? Ponlo en el apartamento de arriba para que no me espante a la clientela.

—Como ordene, señora —graznó el camarero. Y, tal como esperaba, cuando su rostro pasó bajo un rayo de luz que se colaba por la ventana, sus ojos tenían un brillo aguamarina. Comprobar ese detalle no ayudó en nada a mejorar mi mal carácter.

—¿Está en Lyonesse? —volví a preguntar—. ¿Qué pretendes con todo esto? Eres una hechicera, ¿no? Mientras la Cacería Salvaje siga cabalgando por este mundo, tú también estás en peligro.

—No soy ninguna hechicera. Ya no —repuso la Cortahuesos con frialdad, observando cómo Bran tomaba a Emrys en brazos y avanzaba despacio hacia las escaleras que conducían al apartamento—. Pero si es Excálibur lo que buscáis, he descubierto un recuerdo que podría resultaros interesante.

Nos hizo un gesto para que la acompañáramos a su taller, con una sonrisa demasiado afilada, como si supiera más de lo que decía.

—Y cabe la posibilidad de que responda alguna otra pregunta a la que le estéis dando vueltas.

Por primera vez en la historia, esa posibilidad me dio escalofríos.

El que fuese la Cortahuesos y no Olwen quien cantara el hechizo de resonancia fue como una puñalada para el alma.

El pedestal crujió al empezar a girar poco a poco, según el receptáculo de Viviane proyectaba su luz sobre nuestro rostro cansado y ropa hecha jirones.

—Mientras no estabais, he explorado los recuerdos de la suma sacerdotisa en busca de referencias a la espada o al Señor de la Muerte —dijo la Cortahuesos—. Por desgracia, dados los daños, muchos recuerdos no son más que fragmentos que no nos sirven de nada. Sin embargo, había uno que estaba completo… —Volvió su figura menudita hacia el receptáculo para dirigirse a él—. Muéstrame el recuerdo en el que se habla de la hija y del destino de Excálibur.

Aquella palabra, «hija», resonó en mis adentros, incluso mientras el recuerdo se iba formando y la idea quedaba eclipsada por unas pinceladas de sombras y luces.

Viviane se hallaba frente a una mesa, con las manos apoyadas a ambos lados de un libro enorme. Su inquietud era evidente gracias a la postura rígida de su espalda y sus hombros encorvados. Su cabello blanco parecía dorado ante el brillo del pequeño fuego que ardía en la hoguera.

Canturreaba en voz baja y para sí misma al pasar de página, sin decir nada. Pero entonces un chirrido atronador perforó la cámara oscura y la obligó a alzar la vista hacia la ventana. Frunció el entrecejo aún más cuando empezó a mordisquearse el labio.

Era el alarido de los Hijos de la Noche.

—¿Quién es la hija de la Diosa?

Viviane se enderezó y se tomó un momento para recomponer la expresión antes de volverse para saludar a la élfica pequeñita que se encontraba en la puerta.

—Mari —dijo con gentileza—. Todas somos hijas de la Diosa.

Sin embargo, una pizca de preocupación se distinguía en los ojos ancestrales de Viviane.

—Ven aquí, cariño —dijo la suma sacerdotisa en lo que se acomodaba en una de las sillas que había frente al fuego—. Siéntate un ratito conmigo.

Mari se adentró en la sala y cerró la puerta tras ella. La luz de la chimenea adoraba su piel verde como las hojas y pareció acariciarla mientras ella se acomodaba en el otro asiento. Al abrir el libro encuadernado en piel que tenía en las manos, su mirada era impaciente.

—He encontrado el diario de Morgana guardado en un baúl, en la sala que hay junto al santuario —explicó Mari, que casi parecía brillar por el entusiasmo de su descubrimiento—. Y en él habla de una chica llamada Creiddylad, la verdadera hija de la Diosa, nacida directamente de su ser, no solo de su poder, como el resto de nosotras.

Viviane apretó los labios y se tomó un momento antes de contestar.

—A Morgana siempre le gustaron las historias llenas de fantasías.

Algo de la esperanza de Mari pareció menguar.

—¿No es cierto, entonces? Si pudiésemos dar con ella, con su alma renacida, Morgana cree que podría irradiar la magia de la Diosa. Su luz. ¿No podría usar esa luz purificadora para sanar la isla?

Viviane se estiró para cerrar el diario con delicadeza. Sus dedos delgados envolvieron el lomo del libro y Mari le permitió que se lo quitara sin rechistar.

—Incluso si esta hija… ¿la has llamado Creiddylad? Incluso si existiera, su alma se encontraría en el mundo mortal —explicó Viviane—. Y no podemos disipar las barreras.

—Pero ¿un alma puede esconderse de verdad, como escribió Morgana? —quiso saber Mari—. ¿Hasta el punto de evadir al hombre que la está buscando?

La silla crujió cuando Viviane se reclinó en ella.

—Si quien lanzó aquel encantamiento era lo bastante poderosa, sí, aunque esa alma sería dueña de una magia que sería muy difícil de suprimir.

—¿Y qué pasa con la sugerencia de Seren de buscar Excálibur*? —insistió Mari—. La espada puede romper encantamientos, ¿a que sí?*

—No podemos acceder a ella —dijo Viviane con firmeza—. Como os he contado, sir Bedivere confesó que la espada que devolvió al lago no era Excálibur*, que Arturo se la dio a otro caballero para que continuara protegiendo el mundo de los mortales.*

—Quizás los descendientes de ese caballero, sir Percival, aún la tengan —sugirió Mari.

—Pero encontrar la espada no nos bastaría, ya lo sabes.

Mari asintió, ya sin rastro de esperanza.

—Ve a descansar, corazón —dijo Viviane, acariciándole la cabecita—. Retomaremos nuestra búsqueda por la mañana.

Mari se deslizó de su silla hasta bajarse.

—Que la Diosa bendiga tus sueños.

—Y los tuyos también —contestó la mujer mayor, con una sonrisa.

Esperó hasta que Mari hubo cerrado la puerta al marcharse antes de bajar la vista al pequeño tomo que tenía en el regazo. Tras pasar una mano por su cubierta desgastada, lo abrió para hojearlo un poco, mientras devoraba con los ojos la caligrafía tan atrevida que tenía Morgana.

Cerró el diario con un movimiento firme, y una expresión que apenas parecía contener sus sentimientos le llegó al rostro. Con los ojos cerrados, se llevó el diario a la nariz para inhalar su aroma.

Entonces se puso de pie y, tras llevarse el diario hacia el pecho una

última vez, hacia el corazón, lo arrojó al fuego.

Abrí los ojos de golpe, con el mundo dando vueltas a mi alrededor en lo que conseguía reorientarme en el presente, en el mundo de los vivos. Caitriona había perdido todo el color bajo sus pecas; yo apenas conseguía entender una parte de lo que ella estaba sintiendo, lo difícil que era ver a tus seres queridos con vida en el pasado y luego despertar como de un sueño y darte cuenta de que los habías vuelto a perder.

—Entonces Percival la tenía —dijo Neve—. Lo que tenemos que hacer es encontrar dónde está enterrado o qué ha sido de su familia, ¿no?

Sin embargo, la Cortahuesos seguía mirándome, como a la espera.

Aquella sensación aciaga y fría que había notado en la taberna había vuelto. Nos había mostrado aquel recuerdo para confirmar mis sospechas de que era probable que la espada estuviese en Lyonesse, donde algunos creían que Percival había muerto. Solo que, al igual que una palabra podía tener muchos significados, escoger uno de ellos dependía del contexto de las palabras que nos rodeaban.

Habíamos obtenido la respuesta de lo que el Señor de la Muerte estaba buscando, pero eso había sido una distracción de la pregunta más grande que lo contenía todo.

La Cortahuesos pasó la mirada hacia mi izquierda, donde Neve seguía esperando que le contestara.

Y mi mundo empezó a venirse abajo, de forma rauda y brutal, hasta arrebatarme el último ápice de luz.

—No —susurré, y el corazón amenazó con salírseme del pecho.

La clave para esconder algo a simple vista no era mentir, sino despistar. Y, cuando había examinado la historia que Bibliotecario nos había dejado, cuando había visto la ilustración en la página, había estado tan concentrada en la espada que apenas le había prestado atención a la luz de la Diosa en el centro de la imagen. Aquella luz blanca y azulada que tanto me sonaba.

«Morgana cree que ella podría irradiar la magia de la Diosa. Su luz».

La luz que había visto en los contornos de mi sueño. Aquella voz

delicada y susurrante que me había inundado los oídos. *Protégela. Protégela.*

No.

¡No!

El estómago me dio un vuelco al comprender todo lo que aquello significaba.

—¿Tamsin? —preguntó Caitriona, preocupada por la expresión que tuviese en aquel momento.

El alma de la hija de la Diosa, aquella por la que el Señor de la Muerte había destrozado tantos mundos…

—Vale, ahora me estás asustando hasta a mí —dijo Neve, con una risilla nerviosa—. ¿Qué he dicho?

La Cortahuesos me devolvió la mirada y asintió.

Apenas pude obligarme a mirar a Neve.

—Eres tú —susurré—. El alma de Creiddylad volvió a nacer en ti.

27

Neve se me quedó mirando, como si intentara traducir lo que le había dicho a un idioma que pudiese entender. Y entonces, de repente, se echó a reír.

—Ay, que casi me lo creo…

La Cortahuesos soltó un suspiro antes de llevarse la mano a la cara y menear la cabeza.

La concentración de Caitriona pasó de la confusión al miedo.

—¿Cómo…? ¿Cómo estás tan segura?

—Piénsalo bien —le dije a Neve, oyendo cómo me temblaba la voz —. Te dejaron con tu tía para que te protegiera, con una nota que decía que no permitiera que te encontraran. Quizás tu madre lo sabía o lo sospechaba. Quizás ella misma fue quien le dijo a tu tía que no te enseñara a controlar tu magia, con la esperanza de que tu poder no se manifestara.

Neve retrocedió llevándose una mano al pecho. Al colgante.

—No, no puede…

—Y tu poder —seguí—. Esa luz… No nos hace daño a nosotros, pero destruye a los Hijos de la Noche. Y acudió a ti por primera vez en Ávalon.

Neve seguía negando con la cabeza y apartándose.

—Nunca había estado en una situación de vida o muerte como esa. Eso de por sí ya podría haber hecho que mi magia se manifestara de un modo distinto. No significa nada. —Alzó un dedo, convencida—. Que no, Tamsin.

Caitriona me buscó la mirada y supe que lo había entendido. La mera posibilidad de que pudiese ser cierto bastaba para descarrilar nuestros planes. Porque el Señor de la Muerte y sus jinetes no solo estaban buscando un alma ancestral de una historia.

Iban a por Neve.

—¿Dónde murió Percival? —exigió saber Caitriona, volviéndose hacia la Cortahuesos de sopetón—. ¿En Lyonesse?

La Cortahuesos asintió.

—No, esperad… —dijo Neve, intentando meterse físicamente entre ambas. Su sorpresa se iba convirtiendo en miedo con la misma certeza con la que la mía iba pasando a un enfado monumental.

De todas las personas que había en los muchos muchos mundos, ¿por qué tenía que ser ella? ¿Por qué tenía que correr el riesgo de que el Señor de la Muerte se la llevara, solo por una casualidad en su nacimiento?

—Si lo que buscas es una prueba —dijo la Cortahuesos—, la tendrás una vez encontréis Excálibur. Un arma forjada por la propia Diosa, imbuida con su poder, sin duda reconocería la presencia de su hija.

Neve abrió la boca para protestar. Y luego la cerró. Un sonidito de frustración se le escapó de la garganta.

—¿Cómo vamos a Lyonesse? —quiso saber Caitriona, sin hacer caso de las protestas de Neve.

—Yo puedo ayudaros con eso —contestó la Cortahuesos cruzándose de brazos. La viva imagen de la finura y la elegancia—. Aunque os costará, claro.

—A ver con qué nos sale ahora —murmuré, bajándome de la mesa —. ¿Qué quieres a cambio?

—Me gustaría obtener el Espejo de Shalott —dijo ella.

—¡Ni lo pienses! —exclamó Neve, ofendidísima—. Aún podemos usarlo para…

—No sin los sellos adecuados —interpuse.

—Pero les escribí a las hechiceras —dijo Neve—. Seguro que pueden ayudarnos con eso.

—Más razón aún para que no se hagan con él —repuso Caitriona —. No merecen que les demos una solución fácil para protegerse.

—Cada vez me caes mejor, Caitriona de Ávalon —acotó la Cortahuesos, con una sonrisilla tirándole de los labios.

—Pero… —Neve me lanzó una mirada suplicante.

—No queremos atrapar al Señor de la Muerte —le dije—.

Queremos destruirlo a él y a toda su partida de caza.

La Cortahuesos dejó escapar un sonidito de sorpresa.

—¿Tu hermano no se había unido a la Cacería Salvaje?

—Queremos destruir a su partida de caza —me obligué a repetir. Cabell era igual que todos aquellos asesinos.

Aunque la decepción de Neve era palpable, ya no podíamos limitarnos a ir un paso por detrás del Señor de la Muerte y responder a lo que hacía; teníamos que sacarle ventaja.

—Ya solo quedan ocho días para el solsticio —le recordé—. Incluso si podemos evitar que te encuentre —ante la mirada poco convencida de Neve, añadí—: bueno, vale; aunque encuentre el alma, la arpía dijo que el portal a Annwn se puede abrir en el solsticio de invierno. Si el Señor de la Muerte no se hace con el alma, ¿qué ocurre si su castigo para este mundo es inundarlo de más almas oscuras, de más Hijos de la Noche? Muchos inocentes morirán y su poder seguirá aumentando más y más.

—Ya ha empezado con esa parte —dijo la Cortahuesos. Chasqueó los dedos y Bran se materializó a su lado de nuevo, lo que hizo que las tres pegáramos un bote. Me tendió una pila de periódicos y me devolvió una mirada adusta cuando los acepté.

Los titulares eran imposibles de ignorar mientras los hojeaba. Había periódicos del Reino Unido, de Estados Unidos y hasta de Francia, y todos ellos tenían montones de imágenes de hogares derruidos por la nieve y de los intentos desesperados de rescatar a seres queridos que habían quedado enterrados en tiendas o en plena calle.

Insólita tormenta invernal provoca cientos de muertos

Se teme que lo peor esté por llegar mientras siguen buscando a los desaparecidos de la tormenta de hielo

Animales mutilados por lo que parece ser una manada de lobos

Apariciones extrañas afligen el este del país

La tinta negra se volvió borrosa frente a mis ojos y me obligué a apartar la vista de la pila de periódicos.

—¿Han empezado a atacar ciudades? ¿No solo a las hechiceras?

—Los… ¿Cómo los habéis llamado? ¿Los Hijos de la Noche? —empezó la Cortahuesos—. Se han estado alimentando, pero sospecho que el Señor de la Muerte sabe que, cuantas más almas siegue, más jinetes tendrá para darles caza a las hechiceras.

—Y más magia de la muerte tendrá a su disposición —concluyó Neve.

—Los Sagaces han intentado matar a las criaturas y controlar los avistamientos —nos explicó la Cortahuesos—, pero hay mortales con la Visión Única, incluso si no poseen otro tipo de magia. La verdad no se podrá contener para siempre, y una vez que la magia quede expuesta al mundo en general…

Lancé los periódicos sobre la mesa.

—Puedes quedarte con el puñetero espejo. Solo dinos dónde está Excálibur.

—Como os he dicho antes, os facilitaré las cosas —dijo la Cortahuesos, haciéndonos un ademán para que la sigamos hacia su taller—. Os daré todo lo que necesitáis para llegar hasta allí.

El fantasma de una sonrisa tiró de sus labios cuando añadió:

—Aunque claro, el problema no está en llegar a Lyonesse, sino en salir con vida.

28

En cuestión de una hora, nos volvimos a encontrar en las antiquísimas y sagradas tierras de Tintagel, a la espera de que diera la medianoche y de camino hacia la Cueva de Merlín, en la base de las ruinas del castillo.

Si la Arpía de la Niebla había podido manipular la bruma que ocultaba las barreras mágicas que separaban Ávalon de nuestro mundo, la Cortahuesos creía que también podía abrirnos un portal hacia Lyonesse.

En aquellos momentos estaba más que dispuesta a valerme de las certezas de los demás, porque sentía como si las reservas de las mías estuviesen a punto de agotarse. Y eso incluía el que la Cortahuesos fuese a ayudar a Emrys o no.

Mi suspiro tiñó de blanco el aire mientras contemplaba el paisaje desierto.

A pesar de la falta de nieve en el suelo, no estaba segura de haber pasado una noche más fría en la vida. El fuego apenas conseguía calentar el ambiente. Me trajo recuerdos de aquella bóveda extraña a la que habíamos ido hacía años, donde habíamos encontrado la daga de Arturo. Las paredes de hielo que exhibían los cuerpos mutilados de los Saqueadores como si de obras de arte se tratasen.

Las guirnaldas que usábamos como protección se agitaron mientras atendía la pequeña fogata que habíamos encendido. El saliente rocoso detrás del que nos habíamos refugiado no nos resguardaba mucho del viento cuando este parecía soplar desde todas las direcciones posibles.

Para pasar el tiempo y quizás incluso para distraerla, Neve le había pedido a una muy sorprendida Caitriona que le enseñara unos cuantos movimientos básicos para blandir una espada. Y Caitriona, cómo no, había aceptado con la solemnidad de una mujer que pronuncia un

voto sagrado que vincula su alma entera… Aunque había empezado a darme cuenta de que eso era lo que ocurría con todas las promesas que hacía ella.

La voz grave de Caitriona volvió a llenar la quietud de la noche.

—No, no, así…

Apoyé la barbilla en la mano y alcé las cejas al ver cómo Caitriona se situaba detrás de la hechicera para acomodar su postura. No me pasó nada desapercibido que Caitriona siguiera envolviendo las manos de Neve con las suyas unos segundos más de los necesarios ni que Neve se apoyara ligeramente contra la figura más alta de la sacerdotisa.

—¿Así está bien? —preguntó Neve en un hilo de voz.

—Eh… sí. —Caitriona tosió para intentar ocultar su titubeo—. Y recuerda, primero tienes que extender los brazos y luego das las zancada. Ya podrás hacer que ambos movimientos se articulen uno con otro.

Al final, Caitriona se obligó a dar un paso atrás y se cruzó de brazos como si quisiera conservar lo último que le quedaba del calorcito de Neve con ella.

—A ver, entiendo que básicamente es ir y pinchar, pinchar, pinchar —dijo Neve, practicando sus zancadas—, pero ¿eso es todo?

Estaban usando su varita en lugar de una espada y, como la hechicera no podía contenerse, añadía unas florituras al movimiento y agitaba el extremo puntiagudo de la varita en el aire como si estuviera trazando un sello ondulante. Caitriona suspiraba cada vez que lo hacía, aunque ya había entendido que no le servía de nada intentar impedirlo.

—Solo parece sencillo —le explicó Caitriona—. Pero que tengas una buena postura te ayudará a no fallar al añadir fuerza a tus embistes. Te permitirá atravesar armaduras, huesos o…

O un cuerpo de metal, pensé, intentando respirar para soportar el dolor de lo que Cabell le había hecho a Bibliotecario. Cada vez que Neve arremetía, lo único que podía ver yo era aquel momento. La decisión que había tomado mi hermano. La facilidad con la que la espada había perforado la placa pectoral de Bibliotecario.

—¡Sí, sí! ¡Justo así! —exclamó Caitriona al ver que Neve ejecutaba

el movimiento de forma correcta—. Pero espera hasta el final del movimiento para tensar los brazos.

—¿Justo antes de apuñalarlos? —aclaró Neve.

—Pareces tener muchas ganas de llegar a esa parte —acoté.

Neve bajó la varita para mirarme.

—¿Y tú no?

Después de todo lo que había pasado en Ávalon, la Mansión Robledal y la biblioteca…, pues sí. Sí que tenía ganas de apuñalar, sí.

—Vale, creo que ya estoy por esta noche —dijo Neve.

Tras abrir su riñonera de colores chillones, la cual había encantado para que pudiera guardar objetos grandes sin mayor problema, guardó la varita dentro.

—Pero si acabamos de empezar —se quejó Caitriona—. ¡Si ni siquiera te he enseñado a hacer un medio paso decente!

—Tienes que guardarte algo para la siguiente clase —razoné, antes de añadir con una mirada significativa—: Porque quieres que haya una siguiente clase, ¿a que sí?

Caitriona se mordió el labio inferior, y la observé conteniendo una sonrisa hasta que terminó cediendo. Cuando hizo el ademán de sentarse a mi lado, le señalé con la cabeza el espacio vacío que había junto a Neve y le dediqué otra miradita.

Aunque parecía atormentada por la simple posibilidad de ceder ante algo que era obvio que quería hacer, tras unos segundos más de vacilación, se dirigió al lugar indicado y se sentó, dejando una distancia prudente entre su sitio y el de la hechicera.

Solté un suspiro en voz baja. Me costaba creer que hubiera dado con alguien incluso más inepta que yo en aquel tipo de cosas. El ciego haciendo de lazarillo para el tuerto, sí señor.

Neve se acercó una manta y se envolvió con un extremo de ella antes de lanzar el otro sobre los hombros de Caitriona. La tela se deslizó hacia abajo ante el gesto de sorpresa de la sacerdotisa.

—No hace falta —insistió, removiéndose en su sitio y carraspeando ligeramente. La luz de la luna parecía iluminarle el cabello con el gesto cariñoso de una madre y hacía que su larga trenza reluciera de color blanco.

—Pues yo sí que tengo frío —insistió Neve, volviendo a intentarlo,

solo que en aquella ocasión también pasó el brazo por encima de los hombros de Caitriona y las envolvió a ambas bajo la manta.

Caitriona contuvo la respiración en un gesto apenas perceptible antes de quedarse muy muy quieta. Mantuvo la cara hacia el frente, con la mirada concentrada en la fogata con el tipo de disciplina que yo jamás podría conseguir. Me incliné un poquitín más cerca para asegurarme de que aún respiraba.

Si bien tenía las mejillas teñidas de rojo por el frío, el resto de la cara también se le había puesto colorada; un atisbo de emoción pareció relucir en el fondo de su mirada apenas un instante antes de desaparecer, y eso fue lo único que me indicó que no se había convertido en una estatua de hielo.

Estiré las piernas, con lo que hice que Dyrnwyn cayera hacia el suelo. Me la quedé mirando, a los harapos que hacían las veces de vaina para aquella espada legendaria, pero tenía demasiado frío como para moverme e ir a por ella.

Neve rebuscó con un traqueteo entre todas las cosas que tenía guardadas en la riñonera hasta que dio con una botellita de cristal.

—¿Qué creéis que hay aquí?

Le dio otra sacudida a la ofrenda que la Cortahuesos nos había facilitado y se lo llevó a la oreja para oír cómo se removía. Intenté no pensar en el líquido oscuro que chapoteaba dentro de la botella y decidí creer que los objetos redondos que había al fondo eran trocitos de piedra de luna en lugar de los dientes humanos que, sin lugar a dudas, parecían ser.

—Pues yo le quitaría el tapón para intentar adivinarlo, pero me preocupa un poco que pueda desatar alucinaciones —comenté—. Aunque ganas no me faltan…

—Ni lo pienses —me admitió Caitriona.

—Podríamos haberlo logrado nosotras solas, ¿sabéis? —dijo Neve, y supe lo cansada y frustrada que se sentía por aquel tono de amargura tan impropio de ella—. Fue así como llegamos hasta Ávalon. Se nos habría ocurrido.

—Lo sé —le dije. Me había estado torturando con eso desde que la Cortahuesos nos había dado la ofrenda—. Pero nos ha ahorrado algo de tiempo. —*Tiempo que necesitamos para salvarte*, añadí para mis

adentros.

—Bueno, mientras intentamos no morir de hipotermia —empezó Neve—, ¿qué podemos esperar de Lyonesse? ¿Habéis leído algo sobre el lugar?

Por desgracia, se lo estaba preguntando a dos de las personas que menos gracia tenían para contar historias en todo el universo.

—En otros tiempos fue rival de Camelot en términos de agricultura —ofreció Caitriona—. Tenían unos huertos muy eficientes y una producción de pescado bastante constante. Y sus artesanos hacían unos vagones excelentes, también.

Neve respiró hondo y cerró los ojos para armarse de paciencia.

—¿Algo que nos pueda ser de utilidad mientras buscamos Excálibur? Sé que la Cortahuesos cree que puede estar escondida en el castillo con otros objetos de valor, pero ¿algo más?

—Más nos vale que esté en el castillo, porque no tengo ni idea de dónde más podríamos buscarla —dije—. Pero bueno… déjame ver si puedo contarlo como lo hacía Nash, sin incluir las partes que estoy bastante segura de que se sacaba de la manga…

El fuego iluminó la expresión entusiasmada de Neve en lo que esperaba a que continuara. Menudo chasco se iba a llevar. Se me daba de pena contar historias, no como a Nash.

—Hubo un tiempo en el que Lyonesse fue un gran reino… En plan como la hermanita pequeña y menos favorecida de Camelot, pero toda una maravilla por sí misma —empecé.

O, como lo habría contado Nash: una tierra de reyes e historias de amor desafortunadas, fiel al mar que la rodeaba.

—Poco después de la muerte de Arturo, la oscuridad se cernió sobre el reino. Un monstruo, al que incluso ahora se conoce como la Bestia del Fin del Mundo, arrasó con la ciudad —continué y recordé el miedo que me había entrado al oír las palabras de Nash cuando nos había contado aquella historia una noche de verano. No me había gustado ni un poco entonces y la cosa no había cambiado nada.

«A Tamsin nunca le han gustado las historias de miedo. Cuéntame una de esas».

Aparté la voz de Cabell de mis pensamientos y seguí con mi relato:

—Se decía que devoraba a todo aquel que intentara cruzar las

murallas de la ciudad. De hecho, mató a tantas personas que, según la leyenda, la sangre inundaba las calles como una marejada. Casi nadie salió con vida.

—Uh, impresionante —suspiró Neve.

—No va a gustarte tanto si ese monstruo termina devorándonos a nosotras también —le advertí.

—¿De verdad crees que puede seguir con vida? —preguntó Caitriona—. Han pasado siglos de eso.

—Si crees los rumores más macabros, la cosa esa lleva todo este tiempo alimentándose muy bien —respondí—. Me han contado que las hechiceras tienen un modo de entrar y que les gusta abandonar allí a los monstruos que no pueden matar.

Caitriona soltó un resoplido y se puso de pie, apartándose tanto de la manta como del brazo de Neve. Se puso a caminar de un lado para otro, dando vueltas en torno a nuestro pequeño sitio de acampada.

—Continúa.

—Tras la muerte del rey Arturo y de sus mejores caballeros, la supuesta era de los héroes había llegado a su fin —dije—. Y nadie era tan valiente, o tan idiota, como para intentar volver a darle caza a la bestia.

—Fueron las sacerdotisas de Ávalon quienes apartaron Lyonesse del mundo mortal valiéndose de la alta magia —añadió Caitriona—. Fue uno de sus últimos actos antes de la rebelión de los druidas.

—Exacto —dije—. Y más adelante, las hechiceras esparcieron el rumor de que la ciudad había sucumbido a una ola enviada por una deidad enfurecida y estaban dale que te pego con que el reino había sido arrastrado hacia las profundidades del mar congelado, hasta que la historia se convirtió en leyenda.

Tras el final del relato, volvimos a quedarnos en un silencio lleno de tensión.

Neve echó la cabeza hacia atrás para escudriñar el cielo.

—Ya debe de ser medianoche.

Las estrellas parecían más brillantes aquella noche, resplandecientes con un fuego helado conforme la luna iba escalando el firmamento. Basándome en la posición del satélite, supuse que todavía debía quedar una hora para que dieran las doce, el umbral

entre un día y el siguiente.

—Ya casi —les dije.

—¿Ya casi qué? —trinó una voz.

El estómago se me cayó a los pies.

Caitriona se volvió de un salto hacia su lanza. Muy muy despacio y recitando para mis adentros todas las palabrotas que había aprendido en todos los idiomas que sabía, eché un vistazo por encima del hombro.

Rosydd, la Arpía de los Páramos, flotaba tranquilamente en los límites de nuestras protecciones, con la cabeza apoyada sobre una mano. Aún llevaba puesta aquella mezcla tan desconcertante del rostro de las tres.

Neve se puso de pie, tiritando.

—Hola, Rosydd, qué guapa te veo esta noche.

—Muchas gracias —contestó la arpía con vanidad—. Yo a ti te veo muy deliciosa.

Eché un vistazo entre ambas y contuve el aliento al ver que la arpía flotaba más cerca de las protecciones. Sin embargo, estas la repelieron con un fuerte chasquido de luz y presión.

—¡Au! ¡Pero qué malas sois! —nos regañó, frotándose el brazo herido—. Quitad esas protecciones a la de ya.

—¿Cuántos días de no comer gente te quedan? —quiso saber Neve.

Rosydd sonrió, con lo que descubrió todos sus dientes afilados.

—Ninguno.

—Trece —la corregí—. Como mínimo.

—No se te ocurrió pedir más de dos semanas, ¿no? —murmuró Neve en mi dirección.

La arpía se le acercó un poco para inspeccionarla tanto como las protecciones se lo permitían. Neve retrocedió un paso y se apartó al ver que la arpía volvía a cambiar sus facciones para imitar los ojos grandes y luminosos de la hechicera.

—No hagas eso —le ordenó Neve.

—¿Que no haga qué? —preguntó la arpía con inocencia en lo que cambiaba su túnica de terciopelo blanco por un abrigo de color violeta como el que llevaba Neve. Parecía que mis botas le gustaban más, porque las copió tal cual, hasta el modo en que me ataba los cordones.

Y, por alguna extraña razón, me lo tomé como un cumplido.

—¿Por qué no usas tu propia apariencia? —preguntó Neve—. ¿Qué tiene de malo ser quien eres?

—¿Y qué tiene de malo que quiera tener esta apariencia? —respondió la arpía.

—Una cosa es que quieras cambiar un poco —dijo Neve—, y otra muy distinta es que quieras convertirte en otra persona. ¿Acaso recuerdas cómo eres en realidad?

La arpía se la quedó mirando con la boca (esa que le había copiado a Olwen) abierta.

—Qué mal me caes.

—No pasa nada con cambiar para ser como quieres ser, pero tampoco tiene nada de malo que mantengas tu verdadera apariencia —siguió Neve—. No necesitas encajar en un prototipo determinado para agradarle a los demás.

La arpía la fulminó con la mirada.

—¿No te agrado?

—No iba por… —Neve alzó las manos en un gesto de rendición—. Da igual.

—¿Y qué estamos haciendo aquí, chuletón? —me preguntó Rosydd.

Mi cerebro no supo qué procesar primero, si el plural que usaba tan a la ligera o ese «chuletón».

—Hemos venido a ver a la Arpía de la Niebla —respondí—. ¿Es pariente tuya?

Rosydd se enderezó y dejó que los pies se le asentaran sobre la capa de escarcha que cubría el suelo. Si la hubiese creído capaz de algo así, habría dicho que parecía afligida, como si la hubiese ofendido de muerte o algo así.

—Pero… ¿por qué a esa? —rezongó—. Yo os caigo mejor, ¿verdad? Recordad todos los momentos bonitos que hemos vivido.

—Si por momentos bonitos te refieres a cuando presenciamos unos horrores indecibles y cuando intentaste hacer que la Cacería Salvaje nos capturara, pues sí, muy bonitos, preciosos —dije—. Mira, Ros… ¿Puedo llamarte Ros?

—¿Puedo llamarte Bocadito?

Por un momento, no supe qué decir.

—Vale, ya lo entiendo.

Volvió a empujar las protecciones con la fuerza suficiente para hacerlas chisporrotear. Caitriona avanzó y su expresión bastó para que Rosydd retrocediera un paso.

—¿Y qué queréis hacer con esa vieja decrépita? Creía que éramos amigas.

—¿Acaso las amigas se comen a sus amigas? —inquirí.

—Si tienen hambre, sí —contestó ella—. Bueno, vale, no. Pero sí que se comen a conocidas cuya compañía deja mucho que desear.

—Nótese la diferencia —señaló Neve.

—Necesitamos que la Arpía de la Niebla nos abra un portal entre este mundo y Lyonesse —le conté—. Hace un tiempo nos hizo llegar a Ávalon.

La arpía arrugó la nariz.

—¿Y ya está? Pero si todas las hermanas podemos hacer eso.

—¿En serio? —pregunté—. Creía que ella era la única que puede manipular las nieblas que rodean las Tierras Alternas.

Rosydd puso los brazos en jarra.

—Pues claro que querría hacerte creer eso. La muy engreída. No es más poderosa que el resto de nosotras solo porque da la casualidad que este mundo tan deprimente la escupió primero.

—Entonces… —empecé—. ¿Estás dispuesta a abrirnos un portal?

—Eso depende… —contestó la arpía, y uno de sus colmillos curvos se asomó cuando se mordió el labio—. ¿Qué os pidió mi hermana?

—Una ofrenda y unos cuantos mechones de pelo —contesté.

—¿Del tuyo? —Rosydd parecía igual de extrañada que Neve y Caitriona.

—¿Qué tiene de malo mi pelo? —pregunté, colocándome un mechón detrás de la oreja.

—Siempre ha sido el bicho raro de la familia —nos contó Rosydd —. Le encanta ir merodeando por las cuevas y ser igual de escurridiza que una culebra. Seguro que está olisqueando esos mechones ahora mismo.

Una parte pequeñita en mi interior murió al pensarlo.

—¿Y tú qué quieres?

—Buena pregunta… —dijo ella, como si fuese la más razonable del mundo—. ¿Qué tal las uñas de los pies? Debe de ser bastante sencillo arrancártelas.

—Qué tal si… —interpuso Neve, antes de que pudiese mandar a la arpía a algún lugar del que me pudiese arrepentir— te da tres pestañas. Es lo que los mortales usan para pedir deseos, ¿sabes?

Rosydd parecía intrigada.

—Continúa.

Nunca había estado más agradecida por la obsesión que tenía Neve con las cosas raras.

—Tres pestañas a cambio de tres deseos que un dios pueda conceder —dijo Neve, antes de mostrarle la botellita y agitarla para que se removieran sus contenidos—. Además de esta ofrenda increíble.

—¿Es eso lo que apesta a pus estancada? —preguntó Rosydd, arrugando la nariz—. ¿Qué se supone que voy a hacer con eso?

—Lo que sea que hagáis las arpías con vuestros mejunjes raros —le dije—. Eres tú la que alberga siglos y siglos de conocimientos místicos.

—Pues… de acuerdo —accedió—. Quizás se la lance a un mortal distraído para reírme un rato.

Neve le sonrió con incomodidad al pasarle la botellita sobre las protecciones.

—Intenta no apuntar a la cabeza, por favor.

—Pero es que nunca estallan si se las lanzo al cuerpo.

—En un segundo te daremos las pestañas y la botella —dije, con la precaución de explicitar todos los detalles de nuestro acuerdo—, y tú te comprometes a abrirnos un portal hacia Lyonesse ahora mismo y de mantenerlo abierto para permitirnos volver cuando estemos listas.

La arpía hizo un puchero, y entonces supe que mis instintos no me habían fallado. Me habría devuelto mi propia jugarreta si no lo hubiese pronunciado como un pacto.

—Voy a quitar las protecciones —le dije—. Y vas a mantener tu promesa a partir de ahora, ¿estamos?

Caitriona se lo tomó como una señal para apagar la fogata, y Neve para recoger nuestras pertenencias. Rosydd estiró una mano con impaciencia.

—Lo juro —dijo.

Tras su juramento, quité las guirnaldas de protecciones que rodeaban el lugar en el que habíamos acampado. Y luego, con algo de esfuerzo, me arranqué tres pestañas del ojo derecho.

—No te las gastes todas en un solo deseo.

Me sorprendió lo fría que tenía la mano al dejarle mis pálidas pestañas sobre la palma. La arpía cerró el puño y se las llevó cerca de la boca para pronunciar sus deseos.

—Ahora sopla y deja que se las lleve el viento —dijo Neve en lo que me entregaba a Dyrnwyn. Me crucé la tira que le habíamos fabricado para llevar la vaina sobre un hombro y el bolso sobre el otro.

La arpía hizo lo que le indicamos y soltó las pestañas con un goce casi infantil. Y en aquel segundo de descuido, su rostro falso desapareció por un instante y reveló el verdadero. El tono gris azulado de su piel, los planos rugosos de su cara que se parecían tanto a los de los acantilados que había cerca, el brillo dorado de sus ojos saltones… y nada de eso parecía espeluznante. Salvo, quizás, los dientes como cuchillas.

—¿El portal? —le recordé.

Su máscara volvió a su lugar en cuanto se volvió hacia mí.

—Ay, bueno. Pero me traeréis algo rico, ¿a que sí?

—Sin duda lo intentaremos —contestó Neve—. ¿Tienes alguna preferencia?

Intenté no quejarme en voz alta mientras la arpía se tomaba su tiempo para pensarlo.

—Algo que no tenga mucho pelo y que no lleve muerto más de un día —se decidió Rosydd—. Demasiado pelo se me queda atascado en los dientes y si la carne lleva muerta mucho tiempo me cuesta masticarla.

—Y esa es una imagen mental de la que nunca podré deshacerme —dijo Neve.

—Pero no puedo dejar el portal abierto así como así —acotó la arpía—. Uno de los malotes podría intentar escapar y, muy para mi desgracia, no tengo la mandíbula lo bastante grande para devorar a algunos de ellos.

—Ay… madre —susurró Neve.

—Cuando estéis listas para volver, decid: «Oscura es la noche y el páramo, tenebroso. Cuando escampa la niebla, se abre el portal misterioso» —dijo Rosydd, agitando los dedos frente a ella como si estuviese tejiendo unos hilos.

—¿Y justo eso por qué? —pregunté.

—Porque me da la real gana —espetó ella.

Alcé las manos en señal de rendición.

—«Oscura es la noche», ningún problema. Pero ¿podrás oírnos desde otro mundo?

—Puedo si pronunciáis mi nombre primero —dijo Rosydd—. Lo gritáis así a los cuatro vientos. Haced que suene bonito y adorable, ¿vale?

La arpía alzó las manos solo para bajarlas de nuevo. Entonces las alzó una vez más…, pero terminó bajándolas para acariciarse la punta de la barbilla.

—¿Hay algún problema? —preguntó Caitriona.

—Dadme un momentito, ¿sí? —pidió Rosydd, tronándose el cuello —. Hace mucho que no lo hago y no quiero mandaros al lugar que no es. Hacedme caso, no os gustaría nada terminar en uno de los mundos olvidados. Aunque supongo que uno sí os gustaría si alguna vez habéis querido daros un baño en la boca de un dios.

—Nos conformamos con que nos lleves a Lyonesse —dije a toda prisa—. Al castillo, si fueras tan amable.

—Y tómate tu tiempo —añadió Neve.

Rosydd volvió a lo suyo con un resoplido satisfecho. Tras cerrar los ojos, inhaló hondo y el cuerpo se le alzó hasta flotar sobre el suelo.

Aunque no había podido obligarme a ver cómo su hermana, la Arpía de la Niebla, nos había abierto el portal hacia Ávalon, no pude apartar la mirada de Rosydd.

Unos hilos negros aparecieron en el aire nocturno y se entrelazaron entre sí para luego dar vueltas y vueltas como un uróboros, la serpiente que se come su propia cola. Una niebla salió en forma de espiral de la oscuridad que se iba congregando en el centro. Y, cuando el portal se abrió, el olor de los abetos inundó el aire como una promesa.

—Ahí lo tenéis —dijo Rosydd, muy satisfecha consigo misma—.

Hala, id tirando. Y no os olvidéis de mi… —Se señaló la boca e hizo sonar los dientes para hacer como que masticaba.

—Ni aunque lo intentáramos —dijo Neve.

Caitriona se aferró a su lanza de color claro mientras cruzaba el portal entre ambos mundos, y una brisa le apartó de la cara unos mechones sueltos de su cabello plateado. Unos hilillos oscuros de magia salieron para envolverla y llevarla al interior, pero ella no miró atrás. Se limitó a dejarse llevar y permitir que la arrastrara hacia las profundidades.

Neve la siguió, tras sacar su varita de la riñonera y blandirla con la punta afilada por delante mientras cruzaba. Al recordar nuestro primer viaje tan desagradable, me eché un poco hacia atrás, intentando controlar mis nervios.

Venga, Tamsin, me dije a mí misma. *Andando*.

Cuadré los hombros y di un paso adelante, a la espera de que la oscuridad me envolviera. Uno a uno, sus dedos se estiraron y me envolvieron la garganta, las muñecas, las caderas. Noté que el pelo del cogote se me levantaba y que un olisqueo escandaloso me inundaba las orejas.

El portal tiró de mí hacia adelante, pero Rosydd soltó un chillido de pánico intentando aferrarme del pelo.

—No —dijo—, ¡espera…!

Solo que el portal ya me había atrapado y no había vuelta atrás.

Greenwich, Connecticut

El ruido del cristal al romperse y de unas risas escandalosas se alzaba desde la planta de abajo. Otro momento que se desdibujaba con el siguiente en una marea de horas sin fin.

Si bien no era la primera borrachera que había tenido, ninguna de ellas se comparaba con el modo en que la Cacería Salvaje se había desatado en la Mansión Estival. Bebían y se partían de risa al ver cómo el alcohol recorría el cuerpo inmaterial que tenían. Tiraban velas con la esperanza de que algo interesante se prendiera en llamas y terminara incendiando algo que los entretuviera un rato. Cantaban canciones obscenas y volvían a contar historias sobre cómo habían matado a tal o a cual; que una hechicera había suplicado por su vida, que otra había intentado esconderse entre las paredes de su hogar decrépito o que habían atropellado a una vieja en Gales que de verdad había creído que podría escapar de ellos.

Cada cacería los sumía más y más en el frenesí. Hasta Endymion Dye se había convertido en una especie de animal y arañaba las paredes de su hogar ancestral con ganas, como si quisiera deshacerse de lo último que lo ataba a su humanidad.

Se dio la vuelta en su cama angosta y se llevó las rodillas contra el pecho mientras oía cómo le daban hachazos al candelabro de la entrada. El rugido del cristal al hacerse añicos contra el mármol hizo que se apretara los puños contra las orejas.

Al ser el único miembro con vida de la horda, además de su señor, era el único que necesitaba descansar, algo que los cazadores nunca dejaban que olvidara. En lugar de acomodarse en una de las anticuadas habitaciones para invitados, había encontrado una que daba al pasillo principal, sin mayores decoraciones en las paredes y que apenas era más grande que un armario. Era obvio que estaba

pensada para algún sirviente, lo que le venía bien a él. Porque eso era lo que era. Lo que siempre había estado destinado a ser.

Sin embargo, estaba tentado a buscar el cuarto de Emrys Dye y mearse en su cama por lo que había pasado en la Mansión Robledal. Cuando no lo había visto en la unión de los mundos, el senescal había asumido que había muerto.

No le había dicho a los demás que lo había visto, en especial a su padre. Había empezado a comprender que los secretos podían ser una moneda de cambio. Que albergaban poder. Solo que, como era tan propio en su vida, apenas conseguía arreglárselas. Los cazadores rondaban cerca del Señor de la Muerte e intentaban comerle la oreja, tenerlo de su lado; iba a tener que esforzarse más para que ninguno de ellos le arrebatara su lugar al lado de su señor.

Su vacilación al renunciar a aquel último pedazo de Cabell en la biblioteca le había salido muy caro.

Un regusto amargo se le asentó en el fondo del estómago. Los temblores que lo recorrían de pies a cabeza se negaban a dejarlo en paz, no cuando el sudor se le extendía por el cuello y el pecho ni tampoco tras obligarse a sentarse y apoyar los pies en el suelo.

Se dobló sobre sí mismo, apoyando los codos sobre las rodillas y la frente sobre los puños. Conforme el calor se extendía, sus huesos iban cambiando de lugar, soltando chasquidos y deslizándosele bajo la piel cual serpientes. Le costaba llevar aire a los pulmones.

Las manos le apestaban a metal, pero fue el rastro de cenizas que tenía en la manga de la camiseta lo que lo hizo echarse hacia atrás, arrancársela y lanzarla hacia un rincón oscuro de la habitación.

La casa parecía cernirse sobre él, entre crujidos. Le daba la impresión de que todo aquel tiempo lo había estado vigilando, estudiándolo con atención.

—*¿Y ahora qué haces?*

La niña lo observaba desde el otro lado de la habitación, con el ceño fruncido. Podía ver a través de su silueta traslúcida el espejo que tenía detrás. Si bien ella no se reflejaba, él sí que podía ver su rostro, pálido como un muerto.

Cerró los ojos para frotarse las sienes y, cuando se animó a echar otro vistazo, vio que la niña seguía allí, mirándolo como si no fuese

mejor que el excremento que se le había pegado a la suela de la bota.

—No eres real —dijo él con voz ronca.

Estaba agotado. Los asaltos constantes, lo de la Mansión Robledal y luego…

El recuerdo era como una serpiente apretándole la garganta. Abrió y cerró las manos sobre las rodillas, recordando el peso de la espada, la fuerza que había necesitado para hundir el acero en el cuerpo del autómata.

«¿Joven Lark…?».

Gruñó, furioso consigo mismo. No se llamaba así. Ese nunca había sido su nombre de verdad.

—No eres real —repitió, sintiendo como si la fiebre lo hubiese invadido. Una infección de emociones nada bienvenidas se esparcía en su interior.

—*¿Qué has hecho?* —le preguntó ella, con su voz haciendo eco en la habitación como el aleteo frenético de un pajarillo.

—Nada —contestó—. Déjame en paz.

—*Pero si eres tú el que me llama* —le espetó la niña.

—Claro que no —dijo él—. No eres real.

Se pasó las manos por el cabello para deshacerse con brusquedad los nudos que se le habían formado. Al igual que todos los demás en Ávalon, aquella niña también había tenido que morir. Su señor no había visto ninguna alternativa.

Y, cuando su señor le había explicado su plan, el senescal había entendido por fin aquel tormento que se negaba a abandonarlo. Vio cómo encajaba en el enorme rompecabezas de la vida. Había encontrado a alguien que jamás lo iba a abandonar, que lo veía como era en realidad y no se apartaba por el miedo. Había encontrado su lugar. Junto a alguien.

Pero la sangre… Había visto tantísima sangre en el patio… No había tardado mucho en descubrir que no había ningún rincón bajo el torreón lo bastante recóndito como para no oír los gritos.

¿O eso también se lo habría imaginado? Por alguna razón, aquello que creía que era real ya no lo parecía, y las criaturas de sus pesadillas se paseaban a plena luz del día. Las ideas de su señor habían tenido mucho sentido en aquella isla llena de oscuridad, pero la niña que

tenía enfrente hacía que todas aquellas razones se enmarañaran, y él era incapaz de dar con aquel primer hilo.

—*¿Qué has hecho?* —le preguntó la niña de nuevo. *Pulga*. La niña se había llamado Pulga.

—Nada —contestó con dificultad. No se había manchado las manos de sangre. Él no había matado a nadie. Ni a los avalonianos ni a la cofradía de Wyrm, ni siquiera a los nuevos Hijos de la Noche que habían reunido por el mundo occidental.

No hasta Bibliotecario.

«¿Joven Lark…?».

Se le entrecortó la respiración y aceptó con los brazos abiertos los crujidos de su columna, cómo se le desplazaban los huesos.

Sí, pensó. *Ahora*. En la transformación iba a encontrar la paz. El sabueso no conocía a la niña. Le daba igual que Pulga hubiera muerto.

—Nada —repitió—. No he hecho nada.

—*¿Qué has hecho?*

La pregunta resultaba igual de ineludible que su propio reflejo. La voz de la niña se tornó burlona, cantarina.

—*¿Qué has hecho?*

—¡Déjalo ya, Tamsin! —rugió, alzando la vista por fin. Entonces se percató de su error, con el corazón latiéndole desbocado en castigo.

La niña le devolvió la mirada con una expresión que no le ofrecía nada. Ni perdón, ni rabia, ni siquiera lástima. Era la mirada de alguien de cientos de años, no de una niña que apenas había vivido unos pocos. Que no sabía lo que era tomar decisiones y tener que vivir una mentira.

Y nunca lo sabrá, le susurró una voz para sus adentros. *Por tu culpa.*

Se puso de pie de golpe y dejó que el mundo le diera vueltas. Se había deshecho de ella y se había asegurado de que no pudiese volver. De que su alma permaneciera bien encerrada en los confines de la gema de su señor, junto a todas las demás.

Avanzó descalzo por el pasillo, esquivando las pilas de cristales rotos y de molduras que habían caído desde el techo. Habían destruido las reliquias de la mansión al igual que las de la biblioteca de la cofradía: derritiéndolas hasta volverlas metal fundido y luego cenizas. Y cada acto de destrucción había sido una promesa, un

juramento.

Los candeleros de la pared parpadearon sin ganas cuando llegó a las escaleras y siguió el caos de los gritos y la celebración que provenía del comedor de la planta de abajo, cerca de la puerta principal. Un destello de cabello rubio apareció en un espejo al pasar por su lado, pues la pequeña fantasma lo seguía y no permitía que la dejara atrás ni siquiera cuando apretaba el paso.

—…la siguiente será un bellezón, ya veréis…

—…quizás hasta la deje con vida un rato más solo para darme el gusto…

—¡Brindo por eso!

Los espectros estaban despatarrados en torno a la mesa enorme del comedor, con el mapa del mundo extendido sobre ella. Unos alfileres de color rojo marcaban las almas que ya habían reclamado, cientos de ellas.

—*Menuda sarta de canallas asquerosos* —comentó Pulga.

Se dio la vuelta sin dudarlo, enfilando hacia el estudio. Si su señor no estaba con los jinetes, debía de estar allí, haciendo sus planes por su cuenta.

Y dicho y hecho, la voz del Señor de la Muerte le llegó al senescal antes de que pusiera un pie en el vestíbulo. El tiempo que había pasado como sabueso había aguzado su oído, por lo que apenas tuvo que acercarse un poco a la puerta de roble para oír la conversación en voz baja que se producía dentro de la estancia.

—…pero claro, eso no será ningún problema.

Se le erizó la piel y un gruñido se le formó en el pecho. Endymion.

No se había percatado de que no estaba con los demás jinetes, aunque tendría que haberlo sabido. Endymion anhelaba el poder por encima de todo lo demás; era inevitable que se arrastrara como la rata que era para acercarse más al Señor de la Muerte y ofrecerse como su secuaz más leal.

Podía ser el líder de los jinetes, pero no el senescal de su señor.

—¿Cómo prosiguen las búsquedas? —preguntó el Señor de la Muerte con voz grave.

—He puesto a varios a seguir el rastro de Excálibur, aunque estoy bastante convencido de que no está en este mundo, por lo que no

tiene de qué preocuparse —respondió Endymion.

—En ese caso, va a resultar que eres más idiota de lo que creía —repuso el Señor de la Muerte.

—Mis disculpas, no tendría que haber asumido nada de lo que piensa —se arrastró Endymion.

—La espada de la Dama del Lago no es un arma cualquiera —advirtió su señor—. Ni siquiera los demonios pueden evadir su roce. Hasta que la tenga en mi poder y yo decida si quiero blandirla o deshacerme de la amenaza que representa, harías bien en recordarlo.

La Dama del Lago. Cierto. Su señor le había hablado de aquella arma.

—Por supuesto —dijo Endymion.

—Por suerte, cuento con otros ojos buscándola —siguió el Señor de la Muerte.

—¿Cómo dice, mi señor? —preguntó el jinete, preso de la sorpresa. El propio senescal notó que se quedaba sin respiración ante aquella información inesperada—. ¿Puedo preguntarle de quién se trata?

—No, no puedes —contestó su rey—. Pero, si fuera tú, me preocuparía que alguien más se haga con la espada antes que tú.

—Seré yo quien la encuentre, mi señor —repuso Endymion a toda prisa.

El senescal crispó los labios por la rabia. ¿Por qué no se le había encomendado a él esa tarea?

—¿Y la otra búsqueda? —inquirió el Señor de la Muerte. Se oyó el tintineo de las copas y percibió el olor del *whiskey* escocés en el ambiente—. Del alma que te he encargado que encuentres.

Cierto, pensó el senescal. *El alma.* La mujer que le habían arrebatado de forma despiadada a su señor.

—Sigue en curso —respondió Endymion—. Algo me dice que la siguiente rata hechicera que atrapemos sabrá más sobre su localización. La mantendré con vida el tiempo suficiente para arrancarle la información.

—Muy bien —murmuró el Señor de la Muerte—. En ese caso, ya puedes retirarte.

La gran gema que llevaba en la base de la clavícula pulsó con la luz de las almas que tenía en su interior. Todos aquellos que no habían

pasado a ser jinetes habían quedado prisioneros dentro de la piedra oscura. Aun con todo, el alma de aquella niña se las había arreglado para escapar.

En lugar de avisarle a su maestro como había pretendido, el senescal se apartó de la puerta a toda prisa, para luego cruzar el vestíbulo hacia las escaleras. Si de verdad se trataba de una alucinación, lo único que conseguiría sería que su señor lo despreciara aún más.

—*Conque secretitos, eh…* —susurró la niña a sus espaldas.

La burla se enroscó a su alrededor mientras subía por las escaleras. La niña iba por detrás de él, dando saltitos para subir los escalones al son de una canción.

—*Conforme las flores brotan en el cambio de estación, conforme la luna marca la hora con precisión…*

—Para —le suplicó.

La niña no le hizo ni caso.

—*Conforme el Señor de la Muerte se alza con su gélida ambición, así la Diosa construyó el torreón…*

Sin embargo, cuando dobló la esquina, lo único que le devolvió la mirada en el espejo del rellano fue su propio rostro pálido.

—¡Mira tú por dónde! —exclamó uno de los cazadores desde la planta de abajo—. Mirad quién ha decidido por fin…

El senescal se giró de golpe, con la furia haciendo que se encaramara sobre la barandilla para ver quién se había atrevido a hablar. Solo que ninguno de los cazadores que había debajo soltaba sus abucheos hacia él, sino que se habían concentrado en dos recién llegados que iban empujando hacia el vestíbulo a través del pasillo de atrás.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Endymion arrastrando las palabras—. ¿Edward Wyrm ha resucitado de entre los muertos?

Wyrm iba salpicado de sangre y mugre, con su esmoquin elegante hecho jirones. El olfato del senescal reconoció la peste de su orina y sudor. El hombre parecía aterrorizado, incluso mientras declaraba, con esos aires que solo podían darse los viejos ricachones:

—Quiero… ¡Exijo una audiencia con nuestro señor! ¡En este instante!

—¿*Nuestro* señor? —repitió Endymion, con una sonrisa despiadada que mostraba todos los dientes.

La emoción de los cazadores dio paso a un hambre voraz cuando Wyrm se apartó para revelar a quien tenía por detrás.

Las uñas del senescal se alargaron hasta volverse garras.

Olwen.

Si no hubiese sido por su característico y delicado aroma a plantas y agua fresca, quizás no la habría reconocido. El pulso se le disparó, con tanta violencia que casi hacía que le castañearan los dientes. Wyrm le había dado unos buenos porrazos, como indicaba el moretón que le iba hinchando el lado derecho de la cara. Tenía el pelo enredado y casi del todo salido de su trenza. Sus vestimentas estaban incluso en peores condiciones que las del Saqueador.

—*No* —dijo la vocecita de la niña a sus espaldas—. *No, no…*

Los pensamientos del senescal se sucedían a toda velocidad mientras sus garras iban rasgando la madera.

—¿Y esta quién es? —preguntó Endymion, rodeándolos.

—*¡Haz algo!* —le suplicó Pulga.

Wyrm le había puesto una mordaza a Olwen y le había atado las manos detrás de la espalda, aunque esas no eran las únicas precauciones que había tenido: alrededor del cuello de ambos había enganchado un sello de protección para repeler la magia, de modo que cualquier hechizo que Olwen hubiese podido lanzar en su dirección los habría afectado a los dos.

Endymion, con la precisión y el poder de un depredador, se lanzó hacia Wyrm y lo aferró del cuello.

—¡Que quién es te digo!

La voz de su señor brotó desde la oscuridad del despacho y, un segundo después, se encontraba en el umbral, observándolo todo con una sonrisilla en los labios.

—Vaya, pero si es lady Olwen de Ávalon.

El senescal ya estaba bajando las escaleras en lo que Olwen conseguía zafarse del agarre de los cazadores para intentar quitarse la mordaza y poder lanzar un hechizo. Cuando uno de aquellos idiotas intentó volver a sujetarla, la sacerdotisa se defendió con una patada y le dio un cabezazo a otro.

—Ya basta —sentenció el Señor de la Muerte con frialdad—. Bledig, tráemela.

—Mi señor —dijo Wyrm con tono lamentable, ya de rodillas para arrastrarse mejor—. Me disculpo por haber llegado tan tarde. Me encantaría servirle… como mortal, claro, que pueda moverse entre este mundo y…

—Endymion —interpuso el Señor de la Muerte según volvía a adentrarse en el despacho—. No les has dado de cenar a las criaturas aún, ¿verdad?

—¿Las… las criaturas? —repitió Wyrm—. ¿Hay niños aquí?

Endymion soltó una risa ronca en lo que aferraba al hombre del cogote y lo lanzaba por la puerta principal. Y allí tenían su cena las criaturas.

Olwen no dejaba de temblar, aunque el senescal no estaba seguro de si por el frío o por el miedo. Cuando la aferró del brazo, apenas consiguió evitar el puntapié que lanzó en su dirección. Los ojos se le abrieron como platos al verlo y, sin importar la mordaza empapada de saliva que llevaba en la boca, pudo oír a la perfección cómo lo llamaba, atónita, por su antiguo nombre:

—¿Cabell?

No dejó de resistirse durante todos y cada uno de los trece pasos que los separaban del despacho. Se debatió y se retorció contra él mientras la obligaba a sentarse en la silla de madera que había al otro lado del escritorio. El Señor de la Muerte hizo un ademán con la mano y la magia chamuscó el ambiente, con un olor intenso y como a azufre, cuando unas ataduras brotaron de los brazos de la silla para sujetarla.

—Sujétala, Bledig —le ordenó el Señor de la Muerte.

Olwen le lanzó una mirada suplicante, y el senescal sintió una presión en el pecho, como si se hubiese quedado sin aire de sopetón. Pero no hacía falta. La silla se había aferrado al suelo de modo que era imposible moverla, ni siquiera al ser víctima de todo el minúsculo poder que una simple sacerdotisa podía invocar.

Es tu señor, pensó para sus adentros, mientras lo observaba extraer una daga pequeñita de la funda que colgaba de la silla detrás del escritorio. *Tienes que volver a demostrarle de lo que eres capaz.*

—Por favor, Cabell —Olwen logró zafarse de la mordaza—. ¡No lo hagas!

—*¡No!* —exclamó Pulga desde un rincón.

Olwen soltó un sonidito de angustia cuando el Señor de la Muerte avanzó hacia ella, con la hoja de la daga reluciendo bajo la luz de las velas.

—Adelante —dijo Olwen en lo que la expresión se le iba endureciendo por el desafío—. Ya tenemos lo que necesitamos para detenerte, así que matarme no cambiará tu destino en absoluto.

El Señor de la Muerte soltó una carcajada antes de agacharse para quedar cara a cara con la sacerdotisa.

—Pero si no tengo ninguna intención de matarte, querida. No de momento, al menos.

Con un movimiento, bajó la daga hacia su antebrazo y le hizo un solo corte. Olwen ahogó un grito de dolor. Cuando la sangre hizo que todos los sentidos del senescal se activaran, el sabueso soltó un gruñido en su interior.

—Ahora vamos a ver qué secretos se esconden en tus recuerdos, ¿te parece? —anunció el Señor de la Muerte, haciendo que la sangre se acumulara en la palma de su mano enfundada en guante.

29

Entre los mundos, no había nada que no fuese oscuridad. Una oscuridad absoluta y sin fin. Mi primer viaje había sido demasiado caótico como para percatarme de nada que no fuese la sensación de estar comprimida y ser lanzada hacia adelante a semejante velocidad que me quedé sin aliento. Pero en aquel instante tenía la mente lo bastante despejada para apreciar lo que veía: un abismo desalentador, un vacío en el que la vida no existía. Un lugar fuera de la vista de los dioses.

Entonces llegó la niebla, un borde confuso.

Luego la luz.

Y después la nieve.

Salí a toda prisa por el portal, con el impulso empujándome incluso mientras intentaba clavar los talones para detenerme. Solo que bajo la nieve había una capa de hielo sólida en la que ni siquiera las estacas de mis botas conseguían clavarse. Lo único que pude hacer fue dejarme caer.

Los embates del viento rugían con unas ráfagas de nieve que lo confundían todo. Me levanté como pude y hundí bien los pies para resistirme ante su fuerza. La nieve, o más bien unos cristales de hielo, me golpeaban la cara según buscaba a las demás en medio de aquel torbellino blanco que se había desatado a mi alrededor.

—¡Cait! —grité—. ¡Neve! ¿Alguien me oye?

El miedo me clavó las garras en el pecho. El portal había desaparecido. Ni siquiera sabía por qué dirección había llegado.

¿Qué demonios está pasando?, pensé. Las demás tendrían que estar allí también. Habíamos ido al mismo sitio, había cruzado el portal justo después de ellas.

—¡Neve! —volví a intentarlo. Tenía la cara tiesa y adolorida por el

frío—. ¡Cait! ¡Neve!

Mis gritos no eran nada comparados con los aullidos de la tormenta. Esta parecía burlarse de mí y me escupió hielo y nieve a la cara hasta que me empezó a costar respirar. Un pánico creciente se me fue formando bajo la piel.

—¿Hay alguien ahí? —grité, con las palabras entrecortadas por el viento—. ¡Hola! ¿Hay alguien?

Me volví despacio en un círculo, intentando quitarme de encima aquella sensación creciente de que me estaba ahogando en una luz fría y abrasadora.

Sola…, me susurró mi mente. *Siempre te quedas sola.*

—¡Que alguien conteste! —supliqué. Si les había pasado algo…

Una sombra apareció un poco por delante tras brotar de la capa blanca como una gota de tinta al humedecer el pergamino. El corazón me dio un vuelco al verla.

—¡Por aquí! —chillé, agitando los brazos. Gracias a los dioses o al destino o a quien fuera que me hubiese ahorrado embarcarme en aquella travesía por mi cuenta.

La sombra se acercó, cada vez más. Avanzaba despacio, como si también estuviese intentando descifrar quién era.

Y entonces le vi los ojos, de un brillo amarillento y horrible, cuando se encontraron con los míos. Al avanzar en mi dirección, no lo hacía sobre dos piernas, sino a cuatro patas.

Bajé los brazos y me congelé en mi sitio.

—La madre… que me parió —solté a duras penas y empezando a retroceder.

Al ver que me movía, la criatura soltó un aullido. El timbre agudo fue como unas esquirlas de cristal en los oídos, y, de no haber sido por el más puro y primordial instinto de supervivencia, me habría hecho una bolita en el suelo para intentar cubrirme las orejas. En su lugar, el terror cobró la forma de una banda de acero que me rodeó el pecho mientras rebuscaba a toda prisa entre mis archivos de bestias y horrores varios que guardaba en mi mente.

La criatura era del tamaño de un caballo: aterradora incluso desde lejos. Su pelaje aleonado estaba recubierto de nieve, y unas garras enormes atravesaban el hielo por el que avanzaba sin mayor

problema. Unos pinchos oscuros le cubrían la punta de la cola como un lucero del alba.

Es Cath Palug, me facilitó mi mente, siempre solícita ella. Un gato montés de apariencia monstruosa que se convirtió en el martirio de la isla de Anglesey cuando les arrebató la vida al menos a ciento ochenta guerreros antes de que el rey Arturo, o uno de sus caballeros, acabara con él.

Va a ser que no.

Quizás si no hubiese estado sola, si hubiese tenido alguna vida que proteger más allá de mi patética existencia, a lo mejor me habría plantado para encarar con valentía la batalla que se me echaba encima. Pero sí que lo estaba y había un monstruo y, por mucho que supiera (en serio, lo sabía) que los depredadores se deleitaban persiguiendo a sus presas, cada fibra de mi ser gritó: *¡Corre!*

Así que salí corriendo como alma que lleva el diablo, escudriñando el horizonte en busca de algo, lo que fuera, donde pudiese esconderme. La neblina congelada me devoró entera y me empapó el abrigo y las botas hasta que sentí que ambos pesaban como cincuenta kilos. Como mi bolso iba traqueteando a mi lado, me lo apreté contra el pecho.

Tenía la piel de gallina, totalmente erizada, en lo que Cath Palug respondía con un sonido como una risotada estruendosa, como si todo lo que hiciera le resultara de lo más entretenido.

Hay que joderse…

De todas las criaturas con las que me podía encontrar, tenía que ser aquella que no solo era más rápida y que podría matarme sin problemas, sino que también era más lista que yo.

El sonido de sus garras rasgando el hielo al correr me hizo volver la mirada. Cath Palug galopaba en mi dirección, con sus fauces llenas de colmillos crispadas en una sonrisa espeluznante.

Aceleré el paso, luchando contra la nieve hasta que otra sombra apareció por delante. Me acordé de todos los dioses habidos y por haber y de sus madres hasta que reparé en que no era otro monstruo, sino una larga formación de rocas que se alzaban sobre la nieve. Si había más, a lo mejor era capaz de perder a Cath Palug entre ellas o al menos de encontrar algún recoveco para esconderme hasta que la

criatura se aburriera y decidiera abandonar la cacería.

Ya, pensé. *Lo llevas claro, Lark.*

Porque, como era de esperarse, no había ningún otro peñasco más allá de los dos que estaban erguidos y de un tercero que yacía en el suelo. No había nada que no fuese aquella tormenta infinita.

Eché otro vistazo sobre el hombro y vi que Cath Palug se había quedado bastante atrás, en medio de la tormenta. Pero el alivio que me invadió me duró poco.

Tan solo unos segundos después, cuando una potente combinación de miedo y esperanza me hizo comprobarlo de nuevo, vi que había recuperado bastante distancia y corría incluso más deprisa, soltando aquellos chillidos eufóricos y monstruosos que simulaban una risa.

—*¡Ja, ja, ja!*

Estaba jugando con su comida.

Aquella calma horrible y peculiar volvió a invadirme cuando mi marca de la muerte empezó a pulsar. Esa de allí era mi maldición, con pelaje y colmillos y todo.

La idea de que mis amigas se encontraran lo que fuese que quedara de mi cadáver hizo que se me revolviera el estómago. Solo podía albergar la esperanza de que la nieve se acumulara lo suficiente para cubrirlo.

No, pareció instarme el viento al disminuir hasta convertirse en un suave susurro. Lo oí con la misma claridad que a la voz que detuvo a la Dama Blanca, pues era la misma. *Lucha. Usa la espada.*

La empuñadura de Dyrnwyn se me clavaba en el hombro, y el metal que me rozaba la piel descubierta del cuello parecía un beso helado.

Pero es que no sé cómo, pensé en respuesta, con todos los músculos adoloridos. ¿Por qué nunca le había pedido a Caitriona que me enseñara siquiera las posturas más básicas? Cómo sostener el puñetero cacharro y…

Supe que Cath Palug se me había acercado más al volver a oír su respiración jadeante. Se las había arreglado para sobrevivir en aquella Tierra Alterna durante siglos, en contra de todo pronóstico. No tenía ninguna duda de que mi cuerpo se rendiría bastante antes que el suyo, fuera por el agotamiento o el frío abrasador.

Sin ninguna otra opción, corrí hacia los salientes, a sabiendas de que al menos podría darles la espalda y plantarme frente a la criatura desde allí. Alzando un brazo para aferrar la empuñadura de Dyrnwyn, di un salto hacia la roca aplanada…

Y me falló terriblemente el cálculo. Me estrellé contra la nieve y una capa no demasiado gruesa de hielo.

El impacto contra el suelo que había debajo hizo que cada hueso del cuerpo me gritara de dolor hasta nublarme la visión. Unos montones de nieve me cayeron desde arriba y llenaron el hueco que mi caída había creado hasta dejarme atrapada por completo.

Querrás decir oculta, corrigió una vocecilla en mi interior.

Eché un vistazo desesperado en derredor, confundida. No había caído en agua, porque parecía haber dado con el suelo de verdad, que estaba cubierto de barro y salpicado de unas cuantas piedras, hierba muerta y musgo. En lo alto, como si de un techo se tratara, un saliente de hielo grueso soltó un chasquido, temblando bajo cada azote del viento.

Dado que había espacio suficiente para arrastrarme, eso fue lo que hice y avancé en la dirección en la que había ido antes. Hice caso omiso de los huesos que había desperdigados a mi alrededor y de los matorrales con espinas que me rasgaban la ropa y la piel. Pasaron algunos minutos, o quizás más, antes de que oyera el hielo en lo alto empezar a resquebrajarse.

Lo que empezó como una telaraña de líneas finas dio paso a unas vetas blancas más amplias conforme iba soportando más y más peso. Pude distinguir cada pisada de Cath Palug, incluso antes de oír su aliento entrecortado. De oírlo olfatear.

Me quedé quieta e intenté detener los temblores que me recorrían entera y que hacían que tanto la espada como el contenido de mi bolso traquetearan. La sangre me hervía en las venas y el pulso hacía que cada músculo del cuerpo me palpitara.

Entonces me obligué a recordarlo.

No era la misma de antes. La Tamsin que había preferido una seguridad tranquila sobre cualquier otra cosa; la Tamsin que nunca había sido tocada por la magia ni mucho menos había dado todo para hacerse con ella. La que nunca había luchado con garras y dientes

contra la muerte cuando había intentado llevársela.

Me recordé en quién me había permitido convertirme en aquel mundo de oscuridad. Recordé a las amigas que estaban en algún lugar allí fuera, en medio de las ventiscas de nieve, tan perdidas como yo.

Lo recordé todo.

Unas grietas diminutas se extendieron sobre el hielo según la bestia se me acercaba. Apenas podía distinguir las patas enormes de Cath Palug a través del hielo nublado y la suave nieve que había en lo alto. Me mordí el labio y luché contra la desesperación que sentía mi mente por seguir huyendo.

La bestia soltó un quejido, fastidiada, y me pregunté si habría subestimado lo lista que podía ser.

Pero entonces clavó las garras en la capa de hielo resquebrajada y, una a una, me fue dando golpecitos con las garras sobre la cabeza en una tonadita burlona: *Tic, tic, tic. ¡Ja, ja, ja!*

Cuando la calma volvió, decidí aferrarme a ella. Dejé que me guiara a lo que fuera que fuese a ocurrir en los siguientes segundos: el final de Cath Palug o el mío.

La nieve se removió por encima de mí.

El hielo se hizo añicos, con cada fisura conectándose con la siguiente y multiplicándose más deprisa de lo que podía registrar.

Ajusté el ángulo en el que me encontraba y me estiré para sujetar la empuñadura de Dyrnwyn.

El rostro de Cath Palug apareció sobre el mío, incluso más espantoso al estar distorsionado por la barrera que nos separaba. Sus ojos amarillentos relucieron, aunque no fueron tan brillantes como el fuego blanco que cubrió la hoja de Dyrnwyn cuando la clavé en el hielo, derechito a un ojo y al cráneo que lo envolvía.

La criatura se puso a chillar y a sacudirse, pero yo grité más fuerte, por la rabia y la desesperación, y arranqué la espada de un movimiento para usarla como machete y darle en el cuello hasta que le separé la cabeza del cuerpo y cayó rodando un poco más allá salpicando sangre.

Respiré con dificultad y entre sollozos. Dejé caer la espada a un lado y, al ya no haber una amenaza que enfrentar, las llamas se apagaron con un siseo y dejaron que el acero se fuera enfriando. Me

incorporé para limpiarme la sangre pegajosa de la cara y escupir la que se me había metido en la boca.

—Ja… ja… ja… —rugí con burla, antes de darle una patada a la cabezota del monstruo para hundirla más en la nieve.

Sin embargo, la sensación de victoria no tardó en desvanecerse al notar cómo el viento seguía soplando con fuerza por un paisaje desierto y comprobar que volvía a estar sola en un reino lleno de monstruos.

Me pareció que pasó una eternidad antes de que otra silueta apareciera en el horizonte, a lo lejos.

Para entonces, había tenido horas para darle vueltas y vueltas a lo que podría haberles pasado a las demás. Para imaginar que Cath Palug había ido a por ellas primero y que las había tomado por sorpresa, o que podrían estar deambulando cada una por su cuenta en aquel blanco infinito, desesperadas y buscándose la una a la otra mientras unos monstruos las perseguían.

Me torturé con esas ideas una y otra vez, hasta que al final tuve que aceptar que quizás tenían razón al decir que mi cerebro era un instrumento de terror decidido a empeorarlo todo en lugar de ayudar.

Solo que lo que había a lo lejos… Eso sí que era real.

Me agaché para quedarme cerca del suelo hasta estar segura de lo que era (o de quién era), pero la silueta oscura no cambió, sino que fue volviéndose más y más grande hasta que la tormenta amainó y se asentó en una nevada suave de copos ondeantes. Las nubes cedieron suficiente espacio en el firmamento para revelar un atardecer que teñía el paisaje congelado de un dorado intenso y cegador.

—Ay, por favor —susurré con voz ronca—. Por favor, por favor, por favor…

Más adelante había lo que parecían ser decenas de colinas, solo que cada una tenía una forma y tamaño demasiado uniforme como para que fuesen producto de la naturaleza. Notaba el cuerpo pesado como una columna de mármol, pero me obligué a seguir avanzando, a aprovechar aquella oleada de incredulidad y alivio conforme me

acercaba a las colinas y daba con unas puertas redondas y hechas de listones medio escondidas bajo una capa de escarcha y nieve.

Cuando llegué al primer montículo, arañé los bordes congelados de la puerta con los dedos entumecidos, procurando no pensar en lo azules que tenía las puntas. Me obligué a parar y dar un paso atrás. Tenía que haber una forma más rápida de hacerlo.

Me puse a darle patadas a la puerta hasta que las capas de hielo se desprendieron, luego la desenterré de debajo de la nieve y la abrí para asomarme hacia la oscuridad que había dentro. Si bien las demás puertas que había cerca estaban igual de selladas por el frío, aquello no quería decir que no tuvieran alguna criatura hibernando dentro.

Al no ver nada, agucé el oído y presté atención, aunque solo oí el sonido de la brisa silbando a través de la pequeña pero robusta chimenea que había dentro en respuesta.

Conseguí terminar de abrir la puerta al empujarla con el hombro en un último esfuerzo, para luego dejarme caer sobre el suelo al entrar. Un lecho de hojas secas y una moqueta maltrecha salpicada de nieve amortiguaron un poco mi caída. Por un instante, no hice nada más que tumbarme allí y dejar que el viento cerrara de un portazo a mis espaldas.

—Levanta —me ordené a mí misma—. Venga, arriba.

Farfullé las palabras por el agotamiento y los temblores que se habían apoderado de mí. Los feéricos que habían construido aquellas guaridas las habían aislado del frío, y la diferencia de temperatura era sobrecogedora. La piel me empezó a quemar al volver a sentirla.

Habría sido muy sencillo quedarme ahí tirada, con las piernas pulsándome por el sobresfuerzo. En aquel preciso momento, era imposible no considerar la idea. Solo que Nash, en su bastante finita sabiduría, le había enseñado a Cab…

Respiré hondo para calmarme.

Nash nos había enseñado cuáles eran las señales de la hipotermia. Lo peligrosa que era. El cansancio, la desorientación, la torpeza y los olvidos. Cómo el cuerpo usaba sus últimas reservas de energía para mantener el calor. Si me permitía descansar como todo mi ser me suplicaba que hiciera, era probable que no volviera a despertar nunca más.

Y eso bastó para hacer que me arrastrara hacia la chimenea. Valiéndome de una escoba pequeñita, le di unos golpes a la parte de arriba para quitarle los escombros y el hielo que tuviera acumulados hasta que estos cayeron sobre las piedras chamuscadas por el fuego. Era muy arriesgado permitir que el humo se alzara (una forma muy sencilla de alertar a cualquier depredador de las inmediaciones de mi presencia), pero, en cuanto recuperara un poco el calor, podría poner algunas protecciones para disimularlo.

La pila escasa de leña estaba húmeda y se negaba a prenderse, ni siquiera usando cerillas y hojas secas. Sin embargo, los de la siguiente madriguera habían cubierto su pila de leña con una tela encerada, y la alfombra, de un patrón de flores tejidas con colores brillantes, se había salvado porque a alguien se le había ocurrido colocar una losa para cubrir la chimenea. Incluso había un pequeño catre, con sábanas y todo, en un rincón de la habitación. Verlo hizo que me quedara atontada algunos segundos.

Seguro que pensaban volver algún día, comprendí. Los feéricos que habían vivido allí, hacía cientos de años. Habían creído que volverían a su hogar en algún momento.

¿Dónde los habría llevado la vida?

Decidí quedarme en aquella guarida, donde no parecía que la decadencia me devoraría entera. Un manojo de lavanda seca que había en un rincón todavía emanaba el aroma necesario para calmarme los nervios.

Tras volver al exterior con dificultad para quitar la losa que cubría la chimenea, me dispuse a encender un fuego. La sala se iluminó con el calor cuando por fin lo logré. Sostuve mis manos doloridas sobre él, tosiendo por el humo, aunque también deshaciéndome de los últimos estragos del frío en los pulmones.

Una vez que el color me volvió a las manos, rebusqué en el bolso hasta dar con unas frutas y carne seca que nos había facilitado la Cortahuesos. El agua que llevaba en la cantimplora se había congelado, por lo que la dejé junto a la hoguera para que se derritiera y luego salí a recoger nieve en el pequeño caldero que había colgado en un gancho de la pared. Aún notaba la cara, el cuello y los brazos pegajosos por la sangre de Cath Palug, y, si bien no habría forma de

quitar las manchas de mi ropa, al menos podría intentar deshacerme de aquel olor metálico que las impregnaba.

Mientras esperaba que la nieve se derritiera e hirviera en el caldero, volví a echar un vistazo por la sala, aquella vez con más atención. Los feéricos que la habían habitado eran del tamaño de unos niños, a juzgar por lo bajo que era el techo y el tamaño reducido de las cosas. ¿Quizás élficos?

Con algo de comida en el estómago y el cerebro capaz de pensar en otras cosas además de mi supervivencia, fui descubriendo algunos detalles que antes había pasado por alto. Unos cubos de bayas marchitas. Un gatito de juguete, tallado en una madera clara. Cuatro figuras dibujadas en las paredes de barro.

Cuanto más tiempo pasaba y el calor me iba descongelando, más culpable me sentía.

Mis amigas seguían fuera, en algún lado, con algo de suerte juntas y en algún refugio que hubieran podido improvisar. Tenía que haber más aldeas desperdigadas por aquella Tierra Alterna. Hogares hechos por humanos. Caitriona tenía su lanza y Neve, su magia, por mucho que no fuese nada predecible. Y eran fuertes. Podrían sobrevivir hasta que volviéramos a reunirnos.

Bebí sorbitos de mi agua templada y luego me quité el abrigo y el jersey cubierto de sangre seca. Mi camiseta negra se había salvado de lo peor y disimulaba los salpicones secos y tiesos, por lo que me la dejé puesta. Tras llenar de nuevo mi cantimplora, metí mi ropa de abrigo en el agua caliente y me puse a frotar las manchas. Después de tenderlas para que se escurrieran y secaran cerca del fuego, me dispuse a desatarme las botas.

Pero me frené en seco.

Fuera, oía unas pisadas crujir sobre la nieve. Unas respiraciones forzosas las siguieron, como si la criatura hubiese recorrido todo un mundo para llegar hasta la puerta de aquella guarida. Cuando la puerta se abrió, ahogué una maldición; había vuelto a cerrar la cortina de la entrada para evitar que la nieve se colara dentro, pero eso me impedía ver de quién se trataba. Lo único que distinguía era una silueta de pelo desgreñado.

Eché la mano hacia atrás para hacerme con Dyrnwyn y ya había

empezado a desenvainarla cuando la cortina se abrió de un movimiento. La bestia contuvo la respiración por el impacto del calor, antes de quitarse su pelaje oscuro.

Me incorporé sobre las rodillas, con la espada en una mano y la vaina en la otra, lista para lo que fuera.

Es humano, me facilitó el cerebro.

Se había doblado a la altura de la cintura para evitar darse con la capa de rocas y ramas ásperas que soportaban el techo. Iba envuelto en un abrigo de piel, con una bufanda que le cubría tanto el cuello como la cara, de modo que solo se le veían los ojos.

Uno gris y uno verde.

Emrys, entonó mi corazón.

Se quedó quieto, pasando la mirada de la espada que tenía en la mano a mi rostro.

—Anda —dijo con voz ronca—. Tú por aquí.

30

Me llevó unos segundos pronunciar las palabras que se me habían quedado atascadas en la garganta.

—¿Qué haces aquí? —Vivo. Entero. En Lyonesse.

Sin embargo, en aquel momento Emrys solo podía prestarle atención a las llamas que danzaban en la chimenea.

—Gracias al cielo que has encendido el fuego.

Se quitó su abrigo cubierto de nieve y dio unos pisotones para desprenderse del hielo y el barro que se le habían pegado a las botas. Tras agacharse, se quitó tanto las botas como los calcetines empapados y dejó al descubierto sus dedos con las puntas casi azules por el frío.

—Este es mi refugio —dije—. Hay como una docena más fuera, búscate el tuyo.

—Pero es que me gusta este —repuso él, antes de soltar un suspiro de alivio al quitarse los guantes y acomodarlos junto a sus calcetines, cerca de las piedras de la chimenea. Cerró los ojos para dejar que el fuego le calentara las manos y el rostro azotado por el viento, con una expresión de satisfacción infinita que le relajó las facciones.

»Esta es la mejor choza que he visitado en la vida —declaró—. En serio, la mejor del mundo mundial.

—Dijo el que ni siquiera ha visto una choza con sus propios ojos en la vida —repuse, indignándome en nombre de aquellos que la habían ocupado antes—. Es un hogar más que decente.

Solté a Dyrnwyn por fin y me acomodé sobre los talones, cruzando los brazos sobre el pecho. Noté que se me ponía la piel de gallina por algo que nada tenía que ver con el frío y que la sensación se me extendía por los brazos descubiertos, debajo de mi camiseta delgada y básicamente de pies a cabeza.

La oleada de incredulidad que me había embargado en primera instancia dio paso a un entusiasmo que iba aumentando poco a poco, hasta que acabé con él a base de pisotones. Conforme la mente se me iba tranquilizando, una sola pregunta se alzó como el hilillo de humo de una vela.

¿Cómo es posible?

Emrys abrió un solo ojo y había empezado a volverse hacia mí cuando se percató del abrigo que había puesto a secar. Pasó la mirada tanto por él como por mi jersey aún empapado, por la sangre oscura que los manchaba a ambos. El miedo le distorsionó las facciones y se volvió hacia mí de sopetón, estirando ambas manos para sujetarme de los brazos con delicadeza mientras me recorría con la mirada de arriba abajo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con la voz aún ronca por haber pasado tanto tiempo sin usarla—. ¿Te has hecho daño?

Notaba sus manos cálidas; las callosidades de sus palmas me despertaron una fricción sobre la piel que hizo que el estómago se me encogiera y que el pulso se me disparara. Tuve que recordarme a mí misma que debía apartarme.

«No me toques», me había espetado. «No me toques».

¿Y ahora hacía como si nunca lo hubiera dicho? Como si se conformara con tocarme él, siempre y cuando yo no le devolviera el favor.

—Estoy bien… Emrys. —Por fin me devolvió la mirada, para oírme repetir—: Estoy bien.

—Pero toda esa sangre… —empezó.

—Es del pobre y desafortunado Cath Palug —terminé por él.

Emrys se apartó, alzando las cejas. Un brillo de interés imposible de disimular le encendió la mirada.

—¿Cath Palug, dices? Creía que Arturo lo había matado…

—Ya, pues va a ser que los hombres que se llevan el mérito por cosas que en realidad no han hecho es algo que se remonta al inicio de los tiempos —contesté.

—No somos más que criaturas de ego frágil y un orgullo bestial —asintió Emrys—. ¿Deberíamos preocuparnos por que vaya a rastrearnos hasta aquí?

—No, a no ser que pueda volver a pegarse la cabeza al cuerpo. O que tenga unos Cath Paluguitos con sed de venganza —refunfuñé. Lo que, siendo sincera, no me parecía tan descabellado, dada mi suerte—. Y ya que estamos, tú y yo juntos no tenemos que hacer nada. Mejor dime tú, ¿qué carajos haces aquí?

Emrys se volvió a sentar y se pasó una mano por la cara, con expresión arrepentida.

—¿Acaso no es obvio?

El escalofrío de calidez que me provocaron sus palabras en la columna no me sentó nada bien.

—Hasta donde sabía, tú estabas medio muerto y no habías recuperado la consciencia siquiera —dije—. Así que no, no es nada obvio.

—Espera —pidió, alzando las manos—. ¿Podemos volver un segundo a la parte en la que te las has arreglado para decapitar a un monstruo legendario?

Me miraba como si pareciera absolutamente maravillado. Yo le devolví una mirada de malas pulgas.

—No —repuse—. Vamos a seguir discutiendo cómo es posible que me hayas seguido hasta aquí, hasta Lyonesse.

—¿Me lo preguntas porque te preocupaba que no fuese a recuperarme o porque no me creíste cuando os dije que quería enmendar mis errores? —Todo eso lo dijo con un tono lo bastante desenfadado como para que no me lo creyera en absoluto.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que temí que se me quedara atascada en esa pose para siempre. Él me miraba con cariño, y aquel gesto me confundía casi tanto como me sacaba de mis casillas y me atormentaba, porque había deseado muchísimo que me mirara de ese modo. En Ávalon o cuando había vuelto. En su lugar, me había tocado recibir palabras desagradables y rechazos distantes, como si hubiese sido él quien había sufrido. Se había asegurado de mantener la distancia entre nosotros antes de que pudiera hacerlo yo. Y no veía ningún motivo aparente que no fuese confundirme, descolocarme, mantenerme siempre adivinando sus intenciones.

—Me da igual si te mueres —le solté—. O si enmiendas tus errores.

—Qué mentirosa —dijo, nada impresionado. Las comisuras de los

labios se le tensaron en un amago de sonrisa, aunque yo no tenía cómo saberlo porque definitivamente no lo estaba mirando—. Sabes que se te nota cuando mientes, ¿no?

—Claro que no —protesté. Mi cara de póquer me había permitido ganarme la vida trabajando en Maestra Mística. Nadie sabía cuándo mentía ni lo hacía tan bien como yo, ni siquiera jugando a las cartas.

—Lamento ser quien te dé las malas noticias —dijo él—. Pero al menos es sutil.

—¿Y cómo se me nota? —exigí.

Emrys me dedicó una sonrisilla, sin soltar prenda.

—Qué insoportable eres —le gruñí—. ¡Dímelo!

—¿Y renunciar a mi única ventaja? —contestó él—. Ni de broma.

Exhalé con fuerza por la nariz.

—Para ya.

—¿Que pare qué? —preguntó, con toda la inocencia de aquel que sabía perfectamente a qué me refería.

—Con todo… *esto* —dije, incapaz de disfrazar el dolor en aquella última palabra—. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué sigues… jugando? ¿Por qué haces como si no hubiera pasado nada para luego darte la vuelta y apartarme como si no significara nada, como si no fuese nadie para ti? Si no piensas decirme qué es lo que te pasa…, tienes que parar.

Ya me daba igual si veía lo afectada que estaba. Podía admitir que había ganado, porque todo aquel juego me estaba destrozando más de lo que su traición había hecho.

—Vale —concedió, bajando tanto la mirada como el tono de voz —. Lo entiendo.

El viento había vuelto a cobrar fuerza en el exterior y silbaba y crujía al moverse entre las guaridas de los feéricos. Con la oscuridad de la noche envolviéndolo todo, faltaban horas para que volviese a ser seguro salir a buscar a las demás.

—¿Y qué narices es eso? —pregunté, señalando el enorme abrigo de piel.

—Ese es el último abrigo que la Cortahuesos tenía disponible para vender —dijo él, rascándose la nuca—. O eso es lo que ha dicho, al menos. Siendo sinceros, creo que solo quería que me viera por fuera como el idiota que soy por dentro.

—¿Y ya estás…? —Le hice un ademán hacia el pecho, donde sus heridas estarían escondidas bajo las capas de ropa.

—¿Bien? —terminó—. Casi. Bran puede hacer un poco de todo: convertirse en ave, hacer de camarero, perseguir enemigos y de vez en cuando hacer de sanador. —Estiró un brazo hacia el otro lado del pecho y terminó haciendo una mueca—. Me obligó a beber un brebaje que me hizo tener unos sueños rarísimos de que iba navegando por el mar montado en una hoja, pero los cortes ya han empezado a cicatrizar. Aunque todavía no estoy para muchos trotes.

Me empecé a tirar de un padrastro, intentando que no se me notara el alivio. No se lo merecía.

—¿Qué ha pasado mientras estaba inconsciente? —preguntó, frunciendo ligeramente el ceño al observarme—. Lo que tenía no bastaba para dárselo a la Cortahuesos a cambio de información.

—Caos por todos lados, bestias primordiales hambrientas, tu padre y su séquito quemaron la biblioteca… Fue todo un espectáculo de terror, la verdad.

—¿Quemaron la biblioteca? —Emrys se quedó mudo, horrorizado ante la noticia—. ¿Y Bibliotecario?

No contesté. No hacía falta.

—Lo siento mucho, Tamsin —dijo, tras soltar una maldición—. ¿Qué más pasó mientras estaba inconsciente?

—Wyrm se llevó a Olwen —contesté en un hilo de voz.

—¡¿Qué?! —Emrys le dio la espalda al fuego para mirarme a la cara—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros, sin saber qué decirle.

—No lo sabemos. No sabemos dónde está, si habrá conseguido escapar o si…

—No lo digas —me cortó él—. No es así.

—No tienes cómo saberlo —le dije.

—Sí que lo sé, no tendría ningún sentido —repuso—. Incluso si Wyrm la ha llevado con el Señor de la Muerte, podría usarla de otro modo. Olwen conoce nuestros planes.

Alcé la vista hacia él, con el corazón en un puño.

—¿Se supone que la idea de que la esté torturando tiene que hacerme sentir mejor?

—No. Sí. O sea… —Emrys respiró hondo para ordenar sus ideas—. Me refiero a que Olwen es muy lista y se las arreglará para seguir con vida hasta que podamos ir a rescatarla.

—Hasta que podamos ir —repetí—. Otra vez con el plural.

—Sí, hasta que podamos ir. En plural —dijo, decidido—. Deja que os ayude, por favor.

Mi frustración creció hasta sobrepasarme.

—¿Por qué? —inquirí—. ¿Por qué quieres ayudarnos? Ya nos has dado información. Me salvaste la vida en la Mansión Robledal. ¿No te basta con eso? ¿Qué sentido tiene que nos hayas seguido hasta aquí? Con lo pálido que estás, que casi pareces un muerto… ¡Tú mismo has dicho que no te has recuperado del todo aún! Así que dime por qué.

—Porque… —empezó, con una risa que casi parecía resignada. Como si no hubiese nada tan evidente como eso—. Porque te seguiría hasta el fin del mundo.

—No digas eso —le advertí, con la respiración un tanto acelerada.

No me des esperanzas solo para quitármelas de nuevo.

Emrys echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla contra la pared que había al lado de la chimenea. Recogió las rodillas contra el pecho y apoyó los brazos sobre ellas, para luego seguir contemplándome con su mirada entornada.

—No te he pedido que vinieras.

—Ni falta que hace —dijo él, como si nada—. Lo digo en serio: no existe lugar al que no te seguiría. Entre estanterías de libros polvorientas… hacia bosques malditos… por reinos olvidados en el fondo del mar… Te has convertido en el mapa de mi vida. Nunca habrá ninguna aventura en la que valga la pena embarcarse, ningún premio que valga la pena encontrar, que sea más importante que tú.

El corazón me empezó a latir desbocado, incluso mientras la penumbra del mundo a mi alrededor se iba ralentizando.

No sabía qué decir ante algo así. No tenía ningún sentido… Nada tenía sentido. Sus palabras, su presencia en aquel lugar. El modo en el que me miraba, como había hecho antes. El que siguiese siendo tan atractivo, con el perfil perfectamente delineado, como el de una escultura. Me dejaba hecha un lío, hacía trizas todos mis planes solo por estar en aquel lugar.

—Sé que no lo merezco —siguió, cerrando los ojos un momento—. Pero, si dejas que me quede a tu lado, solo un poco más… hasta que consiga arreglar las cosas…

Sus palabras desaparecieron ante mi silencio. El nudo que tenía en la garganta hacía que hablar me resultara imposible. Había notado que nos había estado ocultando algo, pero…

—Tamsin —me llamó con voz ronca—, ¿ya estamos en paz? Necesito que estemos en paz, por favor.

No sé cómo me las arreglé para dar con mi voz de nuevo.

—Creía que ya no estabas llevando la cuenta —murmuré.

—Yo no —dijo él—, pero tú sí.

Me acomodé contra la pared que tenía detrás y me quedé mirándolo desde el otro lado de la guarida angosta. Quise responder, intentar negar lo que había dicho, solo que no pude. Quizás sí que había estado llevando la cuenta, pero era él quien había seguido cambiando las reglas del juego.

—¿Fue por eso por lo que lo hiciste? —le pregunté, con el momento volviendo a mi memoria para dejarme hecha añicos de nuevo—. ¿Por eso me apartaste del peligro en la Mansión Robledal? ¿Para que estuviéramos en paz?

—Lo hice porque nada de esto tendría sentido si mueres —contestó —. No para mí.

Sus palabras me atravesaron como un rayo y me congelé en mi sitio de pura sorpresa.

—Dioses, Tamsin —dijo, apretándose los puños contra las sienes. Las palabras parecían torturarlo—. No tendría que haberme marchado. Sé por qué lo hice y podría intentar excusarme de mil formas distintas, pero todo lo que pasó… Todos los que murieron…

De tanto en tanto, aún sentía el peso fantasma de los cadáveres que había llevado a cuestas para que los limpiaran e incineraran, como si no fuese suficiente recordar todos sus rostros muertos, sino que mi cuerpo quisiese que recordara también el trauma que había vivido.

Emrys respiró hondo.

—No tendría que haberte dejado.

—Tú… —Notaba la palabra desgarrándome la garganta, como

unas esquirlas de cristal que me destrozaban por dentro.

—No puedo deshacer lo hecho —siguió—. Nada de lo que pasó. Si pudiese darte el anillo, lo haría. Dejaría que me mataras para que te hicieras con él. Dolería menos eso que el que me odies.

—No te odio por haberte llevado el anillo —le dije, y algo dentro de mí empezó a rasgarse.

—¿Entonces por qué? —preguntó él.

Apreté el puño para encerrar el aire a oscuras, para intentar encontrar algo en lo que poder apoyarme.

—Me hiciste mucho daño porque… las cosas entre nosotros habían cambiado…, ya no éramos los mismos y tú destruiste lo que fuese que pudiésemos haber tenido. Y quizás nada de lo que pasó fue real para ti, pero para mí sí, ¿vale? Sí que lo fue, así que enhorabuena. De verdad has ganado… Conseguiste jugármela.

—Tamsin…

—No te necesito —le aseguré—. De verdad que no. Pero, cada vez que algo ocurría…, cada vez que me sentía perdida… Quería hablarlo contigo, como hacíamos antes.

Parecía que mis palabras lo habían dejado a cuadros, y por un instante me entró el miedo de que mi tono de voz hubiera revelado más de lo que pretendía.

—Eso es lo que quiero yo también —dijo—. Todo eso. Y a ti.

Noté cómo la calidez de sus palabras se me extendía por todo el cuerpo.

—Pero no es así —dije, luchando contra el escozor que notaba detrás de los ojos y en la garganta—. Me has dicho cosas horribles; me dijiste que no te tocara, como si te diera asco y…

—¡No! —me interrumpió con vehemencia y llevándose de nuevo los puños contra la frente—. Mierda, no… No es por eso.

—Entonces dime por qué —supliqué—. Dime por qué te has estado comportando así.

Quisiera reconocerlo o no, a él también se le notaba cuando mentía. Bajaba la mirada un segundo antes de que decidiera protegerse. O mentir. Y casi solté un grito de frustración al ver que lo hacía de nuevo.

—Ni se te ocurra seguir mintiéndome —le advertí—. Entiendo por

qué te llevaste el anillo. Lo que no entiendo es por qué sigues apartándome de tu lado. Así que explícamelo. ¿Por qué te fuiste?

Emrys se pasó una mano por el pecho y contuvo una mueca al rozarse las heridas.

—Quiero la verdad —le dije, cortante.

Se dejó la mano apoyada en el pecho, en el lugar en el que el corazón le martilleaba bajo la piel y los huesos. Unas gotitas de sudor le perlaban toda la cara y, por un instante, me dio la sensación de que iba a ponerse a vomitar.

Y, aun así, no dijo nada.

—Puede que estemos en paz —le dije, volviendo a notar aquella sensación de frío en el pecho que tan bien conocía—. Pero es por esto por lo que no podemos recuperar lo que teníamos.

Soltó otra risa ahogada, en un intento desesperado por controlar su expresión. Su mirada contenía algo de pánico, como la de un animal arrinconado.

—Si te lo cuento…, jamás podremos, eso seguro.

—¿Qué quieres decir con eso? —exigí saber.

Emrys volvió a vacilar.

—No estoy… bien. Mi padre se aseguró de que así sea.

No me atreví a apartar la mirada de su rostro, ni siquiera cuando el corazón amenazó con salírseme del pecho. Intenté entender lo que me decía.

—¿Porque te maltrataba…?

—No. —Emrys respiró hondo antes de cerrar los ojos—. No solo me hizo daño, Tamsin. Mi padre me mató.

31

El fuego crepitaba y chisporroteaba en la hoguera, consumiendo la escasa leña que tenía. Algún rincón de mi mente en *shock* se percató de que deberíamos ponerle más, pero en aquel momento nada importaba. Por muy boquiabierta que estuviera, era incapaz de respirar. La pesadez que se me estaba asentando en el pecho era un revoltijo de emociones: incredulidad, furia, recelo y, finalmente, horror.

Emrys había mentido en un sinfín de ocasiones. A veces para salirse con la suya, otras para camelarse a alguien e incluso para protegerse. Sin embargo, la frágil expresión de esperanza que se había apoderado de su rostro no tenía nada de falsa. En ella, podía ver al niño que alguna vez había sido, el que debía de haber acudido a su padre sin nunca saber si lo iba a aceptar o a rechazar.

—¿Que te…? ¿Qué dices? —conseguí pronunciar.

Emrys llevó una mano hacia abajo para agarrar el dobladillo del jersey y la camiseta que llevaba debajo y se quitó ambas de un movimiento. La luz de la chimenea acarició las líneas firmes de su cuerpo, sus hombros y brazos fuertes, el pecho… Solo que también desveló las cicatrices irregulares que le cruzaban la piel como un entramado. Incluso las que se había hecho hacía poco, con sus puntos oscuros, parecían menos siniestras que aquellas.

La primera vez que las había visto, bajo la luz de los manantiales sagrados de Ávalon, había pensado que parecía como si lo hubiesen hecho añicos y lo hubiesen reconstruido a toda prisa, con el rastro de las fisuras que ni siquiera la magia era capaz de borrar como prueba. Verlas en aquel momento, con el eco de sus palabras resonando en mi interior, hizo que me cubriera la boca con una mano.

—La noche empezó como tantas otras —dijo, cruzando las piernas

por delante. Apoyó las manos sobre las rodillas y se encorvó ligeramente—. La había… Mi padre había golpeado a mi madre antes de que pudiese interponerme. Cuando por fin pude hacer que el cabrón se apartara de ella, mi madre huyó a refugiarse en su habitación, y yo me fui para intentar calmarme un poco.

Me lanzó una mirada de reojo entre la cortina oscura del cabello que le caía sobre la frente, como si quisiera evaluar mi reacción. Al ver que seguía prestándole atención, continuó:

—Al volver, vi que me había dejado una nota para que fuera a verlo a su despacho —dijo—. Era lo mismo de siempre. Yo me disculpaba porque él no lo hacía y nunca volvíamos a hablar sobre ello. Solo que esa vez…

—¿Esa vez…? —repetí con voz ronca.

El sueño, pensé, con el corazón martilleándome en las orejas. No había sido una premonición.

Había llegado demasiado tarde.

—La Orden de la Rama Plateada —siguió—. Cuando abrí la puerta de su despacho y entré, me estaban esperando.

Podía oír mi propia respiración acelerada en los oídos.

—No lo entendí muy bien en ese momento, no me dio tiempo —dijo, con un escalofrío—. Pero, cuando llegamos a Ávalon y encontramos esa estatua bajo el torreón, cuando nos enteramos de lo que los druidas habían hecho, empecé a atar cabos. Había acebo por todos lados, velas, cánticos… Era obvio que era un ritual.

—Porras —susurré.

No podía arrancarme las imágenes de la cabeza.

Emrys asintió.

—Estaban intentando invocar al Rey del Acebo y, para eso, necesitaban un sacrificio. Alguien que hiciera las veces del Rey del Roble, su enemigo. No tardaron mucho y no hubo nada que pudiera hacer. Eran demasiados.

Había pasado a cubrirme la cara con las manos, desesperada por bloquear las palabras, por evitar que trazaran en mi mente los recuerdos del sueño. Su cuerpo sin vida. La sangre. No podía respirar.

—Lo siguiente que recuerdo fue que desperté en Casa Grajo —dijo con voz cada vez más débil—. Salí de alguna especie de caldero, como

Dios me trajo al mundo, pero… entero. Vivo. Casi se me escapó un grito al sentir que el corazón me volvía a latir en el pecho. Mi madre también estaba allí, pero parecía… muy cambiada. Y Madrigal. Se echó a reír al verme. Estaba encantadísima con todo.

Volví a dejar las manos sobre mi regazo.

—¿Qué caldero?

—No lo sé —dijo en voz baja—. Pero está claro que era magia de la muerte.

El viento soltó un gemido lastimero al azotar la puerta. Me obligué a apartar la mirada en aquella dirección mientras Emrys se volvía a poner la camiseta y el jersey.

—¿Qué le hizo Madrigal a tu madre para hacer que envejeciera tanto? —le pregunté.

Se frotó los brazos con una expresión más bien vacía.

—Fue parte del hechizo para resucitarme. Tenía que ceder su propia vitalidad, un trozo de su alma. Mi madre había oído rumores sobre Madrigal y le llevó mi… —Dejó la frase a medias, pero la palabra que no había pronunciado, *cadáver*, se abrió pasó en mi mente revoloteando como las alas de una polilla—. Me llevó a Casa Grajo. Lo que quedaba de mí.

Las náuseas se volvieron a alzar en mi interior, violentas y despiadadas, contra el estómago. Quería cubrirme las orejas con las manos como una niña, decirle que no siguiera, pero ¿cómo podría hacer algo así?

—Sigues siendo tú —le dije en un susurro.

—¿Eso crees? —se preguntó—. Ni siquiera te llegué a contar toda la verdad antes, porque no quería que supieras la peor parte, lo que haría que me tuvieras miedo o que me vieras como me veo yo.

—No me das miedo —le aseguré.

Emrys se pasó una mano por el cabello hasta aferrárselo con un puño. La mirada que me dedicó era de súplica, como si me rogara que lo que dijese fuese verdad.

—El problema es que no solo me mataron, Tamsin. Como parte del ritual, me arrancaron el corazón del pecho y lo lanzaron al fuego.

Un silencio horrible se asentó entre nosotros.

—No… —conseguí balbucear—. No, no puede ser…

—Pero sí que lo es —terminó él, bajando la vista hacia las palmas—. Al despertar supe que algo no estaba bien dentro de mí. Que yo no estaba bien. Pero Madrigal esperó hasta que le llevé el anillo, cuando creía que por fin podría ser libre para volver a Ávalon. Esperó justo hasta ese momento, cuando creía que volvía a tener una oportunidad en el mundo, para decirme que me había hecho un nuevo corazón. Con magia de la muerte.

—¿Y te lo creíste?

—No hizo falta —contestó él, frotándose el pecho—. Mi madre me lo confirmó.

Ah, susurró una voz para mis adentros.

—Madrigal se rio al contarme que una parte de mi corazón siempre iba a latir por ella —continuó, y su tono se tiñó de rabia—. Y que, si en algún momento la hacía enfadar o hacía algo que la disgustara, podía deshacerlo con la misma facilidad.

—Pero le llevaste el anillo —dije—. Saldaste tu deuda.

—Sí —afirmó—. Y me liberó, pero aún hay una cadena que nos ata. La noto cada segundo de cada día. La noto cuando corro, cuando intento dormir, cuando te miro… ¿Lo entiendes?

Su expresión era casi desesperada, como si necesitara que lo aceptara. Que lo creyera.

—Nunca voy a ser libre del todo —siguió—. Siempre estaré bajo su control, de un modo u otro. Puedo vivir sabiendo que podría darle un tirón a la cadena en cualquier momento o hacer que mi vida sea más corta de lo que debería ser, pero no puedo pedirte ni a ti ni a nadie que viva con eso. Y si me pidiera que te lastimara…

Dejó la frase a medias, como si no siquiera que la idea se hiciera realidad al pronunciarla en voz alta.

—Creía que sería más sencillo si me odiabas. Intenté hacer que me detestaras como me detesto yo mismo.

—Emrys, cualquiera de nosotros podría morir en cualquier momento… —empecé, pero no me dejó terminar.

—Es que no puedo dejar de pensar que la magia de la muerte crea monstruos —dijo—. No humanos. Lo vimos. Vimos lo que la magia de la muerte les hace a los muertos. Así que ahora una sombra vive en mi interior. El corazón de un monstruo. La furia se apodera de mí de

inmediato, no tardo nada en ceder ante esos sentimientos tan oscuros… No veo cómo podría ser cualquier otra cosa.

Apenas me las arreglé para pronunciar las palabras en medio de mi estupor.

—O quizás sea el dolor. Un dolor inmenso, por lo que te hizo tu padre, por lo que tu madre tuvo que sacrificar, por lo que perdiste. Por todo lo que nos pasó en Ávalon.

Emrys mantuvo la vista clavada en sus manos, como si quisiera darle forma a la oscuridad, crear algo que pudiese hacer que lo entendiera.

—Cómo me gustaría que eso fuera cierto.

—¿Acaso un monstruo es capaz de amar? —pregunté. Y, cuando alzó la mirada, me apresuré a añadir—: Quieres a tu madre, ¿no es así? ¿Un monstruo puede sentir pena? Te arrepientes de lo que pasó en Ávalon. Querías ayudarlos a todos. Ya hemos visto monstruos, Emrys. Y apenas conseguimos salir con vida.

—Aun así… —murmuró.

—Dijiste que no había nada oscuro en mí, incluso después de ver el hueso de plata —continué con insistencia—. ¿Aún lo crees?

—Por supuesto —contestó él.

—Pues yo creo lo mismo de ti —le dije—. No hay nada oscuro en ti. No para mí.

Emrys soltó un suspiro tembloroso.

—Eres un incordio, un embustero y un poco obsesivo con todo eso de las plantas —enumeré—. Pero ¿oscuro? Más quisieras tú ser así de genial.

Emrys meneó la cabeza, pero una ligera sonrisa le tiraba de la comisura de los labios.

—Me gusta más «experto en fechorías» que «embustero».

—Embustero he dicho —repetí, cruzándome de brazos. El corazón aún me martilleaba contra el pecho, como si todo estuviese sucediendo demasiado deprisa a mi alrededor. Si me hubiese tocado en aquel momento, si hubiese reseguido con los dedos o los labios el camino que trazaba con los ojos al bajarme por el rostro…

Inhalé de golpe, meneando la cabeza.

El fuego chisporroteaba en las últimas. Cuando empecé a

acercarme a gatas hacia la pila restante de leña, Emrys se me adelantó. Por el modo en que pareció tomarse su tiempo al organizar la leña de forma meticulosa, me pregunté si necesitaría algunos segundos a solas con sus propios pensamientos.

Todo parecía demasiado frágil; como si cualquier palabra fuese a hacer trizas aquella especie de tregua a la que habíamos llegado, si es que se le podía llamar así. Nada me parecía correcto, pero no podía hacerlo… No podía ser yo quien acudiera a él cuando había sido él quien se había marchado.

Aun así, sigue aquí, pensé en lo que arrastraba mi bolso para acercármelo. Si bien el saco de dormir tenía todos los años del mundo, lo prefería a tener que sufrir la vergüenza de intentar apretujarme en una cama de tamaño infantil. Al menos la moqueta servía de relleno y protección contra el duro suelo de tierra compactada.

Emrys desenrolló su saco de dormir de lujo junto al mío. Estuve a punto de sugerirle un lugar que estuviera más cerca de la puerta, pero no tardé en darme cuenta de que la guarida era tan angosta que los dos íbamos a tener que tumbarnos a lo largo para encajar.

—Esto me… —empezó.

—Ni lo digas —lo corté.

Me acomodé de lado, de cara a la pared en la que había visto los dibujos de la familia. Mientras Emrys se tumbaba mirando hacia el otro lado, me costó decidir qué era lo que me estaba dando más calor, si él o el fuego a mis espaldas.

—Así que… tu padre es un espíritu maligno de la Cacería Salvaje —dije, cuando el silencio se había extendido tanto que no pude seguir soportándolo—. Muy apropiado.

—Ya —dijo él, girándose para tumbarse bocarriba. Yo hice lo mismo, como si un hilo invisible hubiese tirado de mí. Cuando su mirada se encontró con la mía, me regaló una sonrisa burlona y triste —. Ahora es tan feo por fuera como lo era por dentro.

—Pues mi no padre también está no muerto —le conté—. Así que no te me creas especial tampoco.

—Hablando de eso… —empezó, con el entrecejo fruncido. Tuve que entrelazar los dedos sobre el pecho para impedirme estirar una mano y deshacer la arruguita que se le había formado allí. Para no

acariciarle la curva de la mejilla—. ¿Cómo es que Nash sigue vivo?

—Creo que es como si hubiera… ¿renacido? ¿O como si lo hubiesen reanimado? —contesté—. De momento no ha dado señales de querer consumir sangre ni sesos, pero sigue siendo un sinvergüenza de los que no hay.

Emrys pareció aceptarlo sin mayor problema.

—¿Magia de la muerte, entonces?

—La moneda.

Alzó las cejas al recordarlo, y asentí.

—No estoy seguro de si debería preguntarlo, dado lo mucho que disfrutas de estas conversaciones sentimentales, pero… —empezó—. ¿Estás bien?

La respuesta mordaz estaba justo allí, totalmente a mi alcance. Se había convertido en un reflejo, valerme de la daga que era el sarcasmo o el mal carácter para evitar tener que pensar sobre cómo me sentía o lo que pensaba para mis adentros.

—Estoy… procesándolo —terminé reconociendo.

Durante un buen rato, no oímos ningún otro sonido que no fuese la sinfonía agradable del crepitar de la chimenea y los gemidos del viento. Cerré los ojos, intentando desterrar de mi mente la imagen de mis amigas aún perdidas en medio de la tormenta.

—Casi puedo oírte pensar —murmuró Emrys—. ¿Te preocupan las demás?

Aunque debería haberme fastidiado que pudiera leerme la mente con tanta exactitud, en su lugar me parecía casi… reconfortante.

—Sí —contesté en un susurro—. No sé cómo hemos podido separarnos cuando cruzamos hacia Lyonesse. —Aquel pensamiento provocó otro más, y abrí los golpes de golpe—. Oye, ¿y tú cómo has llegado hasta aquí?

—Imagino que igual que tú —dijo él—. La Arpía de la Niebla.

—Nop —repuse—. Mismo método, distinta arpía.

Al oír eso, Emrys se incorporó sobre un codo.

—¿La Arpía de los Pantanos?

—De los Páramos —lo corregí—. Y sí. Ha sido de mucha ayuda. Ni siquiera quería la botellita de ofrenda esa tan rara.

Emrys meneó la cabeza, con lo que las ondas del cabello le

cubrieron un poco los ojos. Las manos se me crisparon una sobre la otra.

Vale ya, me dije. La distancia amistosa que había tomado la conversación estaba bien. La distancia física que había entre nosotros estaba bien.

—Por fin haces una amiga —dijo, maravillado—, y resulta que es un monstruo ancestral. Uno propenso a comerse a cualquier viajero con el que se encuentre.

—Oye, que tengo más amigas —me quejé—. A Neve y las demás les caigo bien un sesenta por ciento del tiempo.

—¿Sabes cómo terminaron atrapando a la Arpía de los Páramos en ese espejo? —dijo él, volviendo a tumbarse—. Lo único que tuvieron que hacer fue dejar que le echara un vistazo a su reflejo. Se distrajo tanto con su propia cara que ni siquiera se resistió.

—Qué desconsiderados ellos —dije.

—Estás defendiendo a la que devora viajeros —me recordó él.

—Es que a todos nos entra el gusanillo de vez en cuando.

Eso le arrancó una carcajada, una de verdad que le retumbó en lo más hondo del pecho y que hizo que quisiera recoger todo ese sonido con los brazos y llevármelo al corazón.

No quería olvidarlo.

Por una vez en la vida, no era yo la que tenía pesadillas.

Una suave nota de angustia se coló entre los límites difusos del sueño, casi imposible de distinguir del viento. Si no hubiese estado tan atenta ante el peligro aquellas últimas semanas, habría vuelto a dejarme arrastrar por el tirón inexorable del agotamiento.

—No… Parad…

Me senté, con la guarida en penumbra dando vueltas a mi alrededor en lo que intentaba procesar dónde me encontraba. Quién yacía a mi lado.

La voz de Emrys parecía agónica.

—No…

El cuerpo se le sacudió con violencia y sus piernas chocaron con

las mías cuando el torso se le retorció tanto que parecía que se le iban a saltar los puntos. Recobré el sentido, con el cerebro ya despierto.

—¿Emrys? —Forcejeé con sus brazos, intentando aferrarme a ellos mientras que él no dejaba de sacudirse y apartarlos. Tenía el rostro tenso por el terror, con la piel cubierta por una capa de sudor a pesar del frío que hacía.

Despertar a alguien de un sueño era como salvarlo de ahogarse. Lo atraje hacia mí y me las arreglé para rodearlo con los brazos e intentar separarlo del suelo, valerme del impulso para despertarlo.

—¡Emrys!

Abrió los ojos entre parpadeos rápidos, y los músculos de los hombros y el pecho se resistieron ante mi agarre al recobrar la consciencia de sopetón. Su mirada se encontró con la mía en medio de la oscuridad, desorientado por el miedo. Me invadió una sensación de ternura casi imposible de tolerar, más intensa que nunca dado que ya era capaz de nombrarla. De querer ceder ante ella.

No podía dejar de temblar y, al soltarlo, sentí la garganta en carne viva. Ambos nos quedamos quietos, suspendidos en la oscuridad.

—¿Tamsin? —me llamó, con la voz ronca por el sueño—. ¿Esto es real?

Le acuné el rostro entre las manos.

—Es real —le dije, por mucho que el momento me pareciera un sueño. Un lugar liminal, en el que podría pasar cualquier cosa. Donde no había consecuencias, ni pasado ni futuro. Solo había…

La idea se me disolvió cuando noté que me deslizaba la mano en torno a la cintura; la certeza del gesto, la mirada abierta del deseo en su rostro, hicieron que me sintiera poderosa. Por una vez en la vida, era yo quien tenía el control de lo que sucedía. Fuera lo que fuese que estuviese pasando.

Me incorporé sobre las rodillas y dejé que me acercara a él mientras recorría su rostro con los dedos y notaba la aspereza de la barba que le iba creciendo, cómo se le relajaban los músculos de la barbilla. Quizás podría haberme cohibido al notar la atención con la que lo observaba, pero Emrys hacía lo mismo y dejó de respirar al ver que me ponía a horcajadas sobre él.

Me acerqué más, para sentir la calidez de su piel bajo mi roce y

respirar aquel aroma a bosque tan propio de él. Retrocedí solo un poco, con lo que mi aliento se entremezcló con el suyo, para darle la oportunidad de apartarse si así lo quería y acabar con lo que fuera que sucedía.

Emrys apoyó la frente en la mía y subió la mano para acunarme la nuca y acariciarme el cabello humedecido por el sudor que descansaba en aquel lugar.

—No quiero que esto sea un sueño —susurró. Sentí que me embriagaba con el sonido de su voz y la aspereza de aquellas palabras —. Siempre ha sido real para mí.

No me hagas daño, pensé con desesperación.

Emrys ya me había mentido, me había mentido y se había resguardado detrás de su velo de secretos, pero su cuerpo me hablaba con la verdad y el mío respondía del mismo modo. Una sensación de calor líquido se me extendió por el vientre. Me sentía tan mareada por tenerlo así de cerca que ni siquiera reparé en que había hablado en voz alta hasta que me contestó, con su aliento susurrándome al oído:

—Jamás lo haría.

Tras apoyarme una mano en la cadera, me retuvo en mi sitio.

—Sabes lo que soy…

Solo que pude oír lo que me decía en realidad: *Tú también podrías hacerme daño.*

Así que le devolví la mirada, en un reto.

—Sé lo que somos —le dije, deslizando una mano hacia atrás para enredarla entre sus ondas oscuras. Las palabras me marcaron como un hierro candente. *Estamos en paz*.

Entonces sus labios encontraron los míos y supe que tenía razón; que aquella sensación que tenía dentro, ardiente y desesperada, aquel anhelo que tanto dolía, también resonaba en él. Le devolví el beso, con ganas de notar su corazón, ese que solo era suyo, latiendo a toda prisa. Vivo. Me mecí contra él, con cuidado de no rozarle el pecho, y devoré el sonido ronco y bajo que le arrancó mi movimiento, el modo en que él se movió en respuesta.

Los segundos se desdibujaron entre ellos y me separó los labios con la lengua con la misma destreza como si hubiéramos compartido mil besos, como si lleváramos mil años haciéndolo. Se giró para apoyarme

con cuidado sobre la manta y cubrirme el cuerpo con el suyo. La tensión entre ambos cambió y la sensación líquida que notaba en el vientre se me extendió por todo el cuerpo cuando pasó a ser una competición, el tira y daca que había entre nosotros, el negarnos a ser el primero en apartarse.

Lo sentía en todas partes, consumiendo mis sentidos y borrando el miedo en mi mente, los dolores que aquejaban mi cuerpo magullado. Noté cómo se me erizaba la piel cuando me deslizó una mano por debajo del jersey y me rozó con la punta de los dedos, con cuidado de evitar el lugar en las costillas que aún tenía sensible. Yo le pasé las manos por los músculos de la espalda hasta quitarle la camiseta.

Se apartó para dejarme sacársela y me aferró el rostro entre las manos, obligándome a quedarme allí incluso al intentar incorporarme y darles el encuentro a sus labios. Cuando me apartó el cabello de la mejilla con una caricia, pude ver cómo el miedo se le extendía con suma claridad en la expresión.

—No —le dije en un susurro—. Deja de pensar. Sabes lo que soy y yo sé lo que eres. Solo somos tú y yo.

Desearlo me resultaba muy desconcertante, aunque a la vez totalmente natural. Anhelaba el consuelo de la conexión. Algo en mi interior, la vocecilla que no tardaba nada en lastimarme, me dijo que estaba siendo tonta, que descubrirme ante él era darle carta blanca al dolor que sin duda alguna iba a llegar. Pero ¿acaso no era ese el riesgo que tomaban todos al abrirle su corazón a alguien más? No había logrado protegerme al cerrarme al mundo. Lo único que había conseguido era quedarme sola.

Se estremeció cuando le acaricié la espalda y contuvo la respiración cuando di con la cinturilla de sus vaqueros. Con el botón.

—¿Estás segura? —me preguntó en un hilo de voz.

Me había equivocado al pensar que él no tendría nada que perder con lo que íbamos a hacer, que tenía todo el poder. Su piel era igual de suave que la mía y su corazón, igual de vulnerable. Y si todo terminaba haciéndose añicos a nuestro alrededor, al menos nos quedaría aquel momento.

—Sí. —Por primera vez en cuestión de semanas, me sentí tranquila, por mucho que me moviera con torpeza y necesidad. Me

había asegurado de protegerme de todos los modos que importaban y había sido así desde hacía años, desde mi primera vez. Solo que lo que íbamos a hacer no era un tanteo rápido producto de la curiosidad. Era una promesa.

Sí, sé quién eres.

Y sí, quiero estar contigo.

Su calor me sobrepasó, arrasó con el mundo y con todo lo que no fuera la sensación de él contra mí.

La noche aterciopelada nos envolvió y acalló el rugido de la tormenta hasta volverlo un susurro, con lo que un único pensamiento me corrió por las venas mientras lo volvía a besar:

Vivo, vivo, estás vivo…

32

—Vale…, esto sí que me suena —admití—. Un poco, al menos.

Emrys se rio por lo bajo mientras contemplaba el paisaje congelado que teníamos por delante.

—Tomémoslo como una segunda oportunidad, entonces.

Lo miré de reojo, pero él seguía observando hacia adelante en lo que señalaba una forma oscura que parecía más pequeña por los kilómetros que nos separaban.

—Ese es el castillo, ¿no?

Me cubrí los ojos con la mano para protegerme del brillo de aquella extraña y blanquecina luz solar.

—Eso parece.

La tormenta había arreciado toda la noche, hasta la mañana, y solo había amainado hacía poco. Las nubes que se amontonaban a nuestras espaldas y lo afilado que parecía el aire parecían indicar que solo se había retirado de forma momentánea.

—Era allí donde se suponía que Rosydd iba a mandarnos con el portal —dije, frotándome los brazos para intentar entrar en calor—. Con suerte las demás también van de camino para allá.

Si les había pasado algo durante la noche que yo había pasado a salvo y calentita con Emrys frente al fuego… Respiré hondo para dejar que el aire frío se llevara lo último del letargo producto del sueño.

—¿Vamos? —preguntó Emrys, haciendo un gesto con el brazo en dirección al castillo.

Me las había arreglado para dormir unas pocas horas, entre vigilias para observar su rostro tranquilo y buscar alguna señal de que se arrepentía de lo que habíamos hecho. Notaba el cuerpo relajado pero pesado, como si fuese por la vida coleccionando trocitos de agotamiento y metiéndomelos en los bolsillos, como rocas.

—Tamsin —me llamó él, con voz seria. Casi me eché a reír al ver el espantoso abrigo de piel que me tendía para que lo agarrara. Me dedicó una sonrisa, una de las de antaño, que se pasaba de encantadora—. ¿Qué pasa? Si estarás muy guapa con él.

—Pues póntelo tú, anda —le dije, volviendo a contemplar la nieve.

Tras tomarme de la mano, me dio un tirón que me llevó hasta las profundidades suavecitas del abrigo, contra el calor que él mismo irradiaba. Su aroma, terroso y como a pino, había pasado a habitar mi propia piel. Notaba los sentidos abrumados al haber pasado a ser consciente de él. El recuerdo del peso de su cuerpo sobre el mío, la aspereza de su barba de unos días sobre mi piel… Posé la vista sobre sus labios una vez más, sabiendo que los míos seguían hinchados. Cerré los puños contra la calidez de su pecho, contra la sensación de su corazón latiendo acelerado bajo las capas de ropa y piel.

Aun con todo, muy poco a poco, conforme la noche nos iba dejando atrás y el mundo volvía a entrometerse, una bola de hielo se me empezaba a formar en el centro de mi ser. Y sabía perfectamente lo que era.

Miedo.

Alcé la vista para observarlo de nuevo, en busca de las señales… aquellas que no había visto en Ávalon, las que me habrían advertido de lo que pensaba hacer. El pulso se me fue acelerando ante la necesidad de escapar, de buscar la seguridad que ofrecía la distancia.

Pero estoy a salvo, me recordé a mí misma, deslizando las manos hasta su cintura para aferrarme a él. A nosotros.

Emrys se inclinó hacia abajo y me rozó la mejilla con los labios antes de susurrarme al oído algo que yo misma le había dicho:

—Deja de pensar. Solo somos tú y yo.

—Pero ¿qué pasa cuando no solo estemos tú y yo? —me oí a mí misma preguntar. Mi cuerpo respondía a su proximidad, aunque no podía culparlo, no cuando esos ojos me devolvían la mirada con semejante intensidad.

—¿Qué quieres que pase? —preguntó él, apartándose un poco para poder mirarme a la cara—. No pretendo hacer como si no quisiera seguir con esto que tenemos, llevarlo hasta donde tú quieras que lo llevemos.

Me mordisqueé el labio inferior, y lo noté observarme, cautivado. Una vez más, volví a sentir aquella cálida sensación de poder alzarse en mi interior.

Siendo sincera, nunca había sido precisamente optimista. Dada la vida que había tenido, atormentada por el pasado y viviendo día a día con el poco dinero que nos arreglábamos para juntar, no me había permitido serlo.

Pero no pasaba lo mismo con Emrys. Él era alguien que vivía para el futuro, que intentaba darle la forma que quería que tuviese. Lo anhelaba con tanta fuerza como el aire que respiraba.

—Solo puedo concentrarme en el presente —le dije—. Es lo único que sé hacer.

Me robó un beso fugaz.

—Entonces eso es lo que haremos, y te daré el alcance allí, entre el final de hoy y el principio de mañana.

Y eso me bastaba.

Un rugido nos llegó desde las colinas cubiertas de nieve y ambos nos agazapamos a la vez. El viento estaba jugando con nosotros al llevarnos el sonido desde todas las direcciones a la vez.

Tras eso, no hablamos más. Nos limitamos a apretar el paso y mantener los ojos bien abiertos.

Había pasado una hora o quizás más cuando dimos con una huella extraña y ondulante, así como con la primera mancha de sangre que teñía la nieve.

Apreté los puños dentro de los bolsillos de mi chaqueta. En mi interior, el corazón me latía al ritmo de una certeza que no dejaba de torturarme: *Han muerto. Han muerto. Han muerto*.

—Dime que ese no es el rastro que vamos a seguir —empezó Emrys.

Yo me limité a mirarlo antes de seguir andando.

No había cómo evitar las huellas ensangrentadas, pues iban en la misma dirección que nosotros, hacia la aldea abandonada que había al pie de los muros del castillo. El que pudiéramos ver el camino que la

criatura había dejado quería decir que era de aquella misma mañana, tras la nevada de la noche anterior.

Y si las demás habían ido por allí también…

Aparté el pensamiento de mi mente y alcé la vista hacia la enorme estructura que teníamos delante. Era más que un simple hogar para reyes; se trataba de una ciudadela arraigada en la ladera de una pequeña montaña. Cuatro niveles de edificios exteriores se alzaban uno después del otro, hasta llegar al castillo de piedra clara que había en la cima. Conté cuatro torres que, incluso cubiertas por una capa de nieve, se las arreglaban para centellear de color dorado.

La aldea se había construido alrededor de la vía principal que conducía hasta las puertas del castillo. Sin contar la forja del herrero y las pocas estructuras con carteles destrozados que anunciaban su negocio o sus tarifas, los edificios que había alrededor eran unas cabañitas de piedra muy acogedoras. Algunas tenían rediles para animales que ya no los necesitaban y otros, jardines enterrados bajo la nieve. Lo único que nos dio la bienvenida fue el sonido de un cubo en un pozo chirriando por el viento.

Al igual que las guaridas de los feéricos, parecía que la mayoría de las cabañas habían sido abandonadas por sus ocupantes en medio del desayuno para nunca más volver. Las contraventanas traqueteaban y se rompían como ramitas ante el más mínimo roce. Los vistazos que echamos por puertas derrumbadas y ventanas sin cubrir nos revelaron unas escenas tan domésticas que era imposible que no nos estrujaran el corazón: una muñeca de paja abandonada en una cama. Velas y pieles tendidas para secarlas, que nadie iba a volver a usar. Una rueca con un hilo que se iba deshaciendo.

Ralentizamos el paso y permanecimos uno cerca del otro conforme las huellas seguían avanzando y empezamos a ver unos charcos de sangre. El pulso se me aceleraba con cada paso que daba. Cuando doblamos una esquina hacia un establo en ruinas, llevé una mano a la empuñadura de Dyrnwyn, conteniendo el aliento.

Que no sea Neve, supliqué para mis adentros. *Que no sea Cait.*

Solo que no había ningún dios en aquel mundo que pudiera oírme. Los únicos allí éramos nosotros y los monstruos.

Emrys se colocó a mi lado y asintió para alentarme. Solté el aire

que había contenido en mis pulmones adoloridos y me obligué a asomarme al otro lado del muro de piedra que se iba derrumbando.

Me fallaron las piernas. Tuve que apoyarme contra los restos de la cabaña y cerrar los ojos en lo que intentaba calmar los latidos desbocados de mi corazón.

—¿Qué… crees que haya podido hacer algo así? —inquirió Emrys.

Una serpiente negra, tres veces más larga que yo, yacía hecha pedazos en el camino. Tenía cachos de sus escamas relucientes llenos de agujeros, y una masa de pelos ensangrentados imposible de identificar y medio mordisqueada había quedado abandonada cerca de sus fauces abiertas, con unos mechones blancos atascados en sus colmillos pegajosos por la sangre y casi tan largos como espadas. Reconstruí lo sucedido en un instante: la criatura había salido a cazar, había encontrado su comida del día y, cuando la llevaba de vuelta a su madriguera, otro depredador más letal le había salido al encuentro por sorpresa.

Salí corriendo hacia las puertas del castillo, dejando atrás a un Emrys que respiraba agitado mientras intentaba seguirme el paso.

El sendero principal hacía las veces de una arteria que pasaba por delante de más casas, talleres artesanales y armerías. Los puestos de un mercadillo protegidos contra la nieve desvelaron la última prueba de la matanza que había sucedido en el pasado. A partir de allí, el camino de piedra se tornaba escarlata, aún teñido por la sangre que no había desaparecido del todo.

—Creía que… los ríos de sangre… solo eran una historia —dijo Emrys entre jadeos. Mis pulmones también trabajaban a toda máquina y hacían que temblara de pies a cabeza.

—Siempre hay una semillita de verdad en el jardín de toda historia —dije, repitiendo otro de los dichos favoritos de Nash.

Porras. Llevaba sin pensar en él desde que había llegado a Lyonesse, pero él también debía estar en algún lugar de aquel reino. Dado que él había salido primero, era muy probable que hubiera llegado antes a la ciudadela e incluso que hubiese encontrado a Excálibur.

—Venga —dije, preparándome a mí misma para la posibilidad—. Ya casi estamos.

Emrys se había dado la vuelta para vigilar el camino que habíamos dejado atrás. Verlo así de perfil, tan guapo que dolía, hizo que una sensación de calidez me inundara por completo. *No habría tenido ningún problema para encajar aquí,* pensé con melancolía. Como el príncipe de un reino legendario.

El viento le agitó el cabello espolvoreado de nieve y, cuando se volvió, su mirada brillante se encontró con la mía y se oscureció de un modo que hizo que el calor me subiera por la garganta y directo a las mejillas.

—No me mires así —se quejó casi con un gruñido—. No cuando no tengo tiempo de hacer nada al respecto.

Casi sin aliento y sin saber muy bien cómo, me las arreglé para darle la mano y nada más.

—Luego —susurró.

Como una promesa.

Solo que, para cuando llegamos a los escalones que conducían al castillo, lo único que sentía era el deseo imperioso de dejarme caer sobre la piedra fría y darle un descanso a los músculos que me ardían por el cansancio. Ir cuesta arriba durante kilómetros por las calles de la ciudadela nos había dejado a ambos sin aliento mientras nos dirigíamos hacia la entrada que nos esperaba.

Las puertas exteriores eran casi tan altas como el edificio entero, decoradas con detalles de hierro y el símbolo de Lyonesse, la cabeza de un león rugiendo. Gracias al cielo, por obra del viento o de alguien más, las encontramos entreabiertas, lo suficiente como para que ambos pudiéramos colarnos dentro. Detrás de ellas había un pasillo que conectaba dos escaleras en extremos opuestos, y más allá, unas puertas que conducían hacia el gran salón.

Tras intercambiar una última mirada preocupada con Emrys, le solté la mano y crucé con cuidado las puertas hacia el salón.

La peste a humedad y podredumbre era sobrecogedora. El propio aire parecía muerto: de un peso exagerado y totalmente estancado, flotando sobre unas mesas de banquetes en ruinas como si de un velo funerario se tratase.

—¿Hola? —exclamé—. ¿Cait? ¿Neve? ¿Estáis por aquí?

Mi voz regresó a mí en forma de eco, pequeña y temerosa: *¿Estáis*

por aquí? ¿Estáis por aquí?

—¿Prefieres esperar aquí o ir a buscarlas? —me preguntó Emrys.

Pasé la mirada por los dos tronos que había a la cabeza del salón. Tallados de madera y con detalles en oro; la tela aterciopelada de los asientos había sido presa de las polillas y de la humedad. Y cualquier corona que hubiese habido en aquel reino lo había abandonado a la par que su gobernante, vivo o muerto.

Una sección de los techos abovedados había cedido y, en algún momento, el agua se había colado entre las piedras como una cascada, hasta crear una pared de hielo sólido en el lado oriental de la estancia, como unos tapices.

Sin permiso, los pies me llevaron hacia allí, incluso mientras el cerebro me decía que saliera hacia el pasillo que conectaba aquella sala con la siguiente. Una brisa se coló por la puerta abierta y me empujó por la espalda, como animándome a seguir. El aire me zumbaba en los oídos, en voz baja y delicada, como el arrullo tranquilizador de una madre.

Emrys sacó una linterna de su morral, y yo hice lo propio en lo que me acercaba al primer panel que había en el extremo más alejado del salón. Tras quitar la escarcha con la mano, la iluminé con mi linterna.

Las escenas estaban distorsionadas y ampliadas por el efecto como de cristal que tenía el hielo, pero ni siquiera eso era capaz de disminuir su belleza. Avancé despacio, retirando la capa de escarcha que nos impedía ver. Al llegar al final de panel, retrocedí para verlo al completo. Emrys se quedó detrás de mí. Su calor corporal me irradiaba la espalda, y noté su pecho vibrar cuando soltó un sonidito pensativo.

—¿Es la creación del universo a manos de la Diosa? —sugirió.

—Eso parece —murmuré.

En el centro del panel había una mujer de cabello claro, envuelta en una túnica blanca y sedosa. Algo en su rostro, en la serenidad de su sonrisa, hizo que una idea se removiera en un rincón de mi mente, pero no sabía a qué recuerdo acceder para alcanzarla.

En torno a sus brazos extendidos, se iba formando un jardín, con criaturas de distintos tipos que se acercaban a ella.

—Y por allí están los humanos —dijo Emrys, señalando las figuras

que había en la parte baja del jardín—. Viéndoselas canutas para encender una hoguera, para recoger la cosecha…

—Humanos no —lo corregí—. Son Primigenios.

Emrys volvió a mirarlos, sorprendido.

—Los Gentiles. Los Tuatha dé Danann. Los Aos sí o los Tylwyth Teg —dije—. Según la Cortahuesos, todos esos denominan a los mismos seres. Nacidos con magia e inmortalidad, aunque no invulnerables a la muerte.

Emrys se rascó la barba de unos días que le cubría la barbilla mientras pasaba al segundo panel y lo descubría tras limpiarlo con delicadeza con el brazo.

Allí sí que estaban los mortales, con los Primigenios gobernándolos con su magia y sus coronas. Había unas cuantas espadas, y las escenas de duelos dieron paso a las batallas. En el tercer panel, un hombre con una mano plateada se estiraba hacia un grupo de lo que parecía ser su descendencia. Tres hijos, con cabello del color del trigo y ojos grises. Por desgracia, los siguientes paneles estaban demasiado arañados y oscurecidos por la descomposición para ver lo que representaban.

Un estruendo similar a un trueno estalló en lo alto, como si una pared se hubiese venido abajo. Nos quedamos sumamente quietos mientras el polvo llovía del techo.

—No me digas que vas a ir a investigar lo que haya sido ese horror inimaginable —dijo él.

Pero yo ya había salido corriendo hacia la puerta.

33

El vestíbulo de la entrada estaba resguardado a cada lado por unas escaleras en espiral. Dejé que mis zancadas nos guiaran hacia la de la derecha, mientras intentaba aguzar el oído para distinguir algún eco del sonido que nos había llegado. Más allá del repiqueteo de algunas piedrecillas sueltas y de montones de polvo, el castillo había vuelto a quedarse en un silencio sepulcral.

Los escalones de piedra habían cedido un poco y costaba subirlos, pero cuando un sonido como el de unas piedras rozándose entre sí nos llegó desde lo alto, apretamos el paso para subir hasta allí antes de volver a perderlo. Los ruidos parecían provenir de la tercera planta.

—¿Neve? —llamé en voz baja al llegar al escalón de más arriba—. ¿Cait?

El pasillo estaba cubierto de ropa sucia y muebles rotos, como si alguien los hubiera soltado en su camino a huir del castillo. Las puertas abiertas dejaban ver unas habitaciones en distintos grados de desorden, desde unas camas descomunales que habían pasado a ser un montón de astillas hasta armarios cubiertos de porquería.

Emrys se agachó para entrar en la primera y hacer una búsqueda rápida. Intenté detenerlo, pero él hizo como que estaba sosteniendo una espada y me miró con las cejas alzadas.

Solté un suspiro. Tenía razón; más allá de dónde pudieran estar mis amigas y de qué era lo que había provocado aquel sonido, habíamos ido al castillo a buscar a Excálibur.

Me asomé en la siguiente habitación para echar un vistazo. Sin contar unos cuantos muebles cubiertos por una tela a punto de desintegrarse, no había mucho más. Cada vez que levantaba alguna de las sábanas para buscar algún indicio del monstruo o de Excálibur, notaba que unos rastros de podredumbre se me quedaban pegados a la

piel.

Algo fue creciendo en mi interior conforme avanzaba por las habitaciones, un impulso urgente. No de salir corriendo, hablar ni luchar; era algo que no podía denominar, pero que me seguía con cada paso que daba. Y ni siquiera la sensación reconfortante de notar la mirada de Emrys siguiendo todos y cada uno de mis movimientos conseguía disiparla.

Cuando íbamos por la mitad del pasillo, nos invadió una de las pestes más asquerosas que había olido en la vida, como de una cloaca macerada por el sol. Me aparté a toda prisa y, a pesar de que tenía el estómago vacío, me entraron arcadas.

Emrys tosió, cubriéndose la boca y la nariz con la manga de su chaqueta, y lanzó una mirada cautelosa en mi dirección.

—Sí sabes que podríamos volver abajo y esperar a las demás, ¿no?

Aunque me moría de ganas de hacer justo eso, aquel era uno de esos momentos increíblemente raros en los que nuestro cometido era más importante.

—No, tenemos que seguir avanzando.

Emrys avanzó un paso, muy en contra de su voluntad.

—¿Tienes miedo, Dye? —susurré, con sorna.

—Sí —contestó él, lanzándome una mirada con esos ojazos que tenía—. ¿Me das la mano?

Por mucho que el ambiente estuviera casi congelado, no impidió que las mejillas se me colorearan por el calor.

—No.

Apreté el paso para adelantarlo y me encargué de las habitaciones de la derecha a toda prisa mientras él hacía lo propio con las de la izquierda. Gracias a sus piernas largas, no le tomó mucho alcanzarme justo cuando me asomaba en una de las últimas habitaciones del pasillo. Y juntos descubrimos el origen de aquella peste tan rancia.

Hice acopio de todas mis fuerzas para no frotarme los brazos y deshacerme de aquella sensación fantasma como de decadencia. La peste que me sobrepasaba los sentidos hizo que tuviera la impresión de que era mi propio cuerpo el que se descomponía. Aún cerca del umbral, me subí las mangas para asegurarme de que no se me iba cayendo a pedazos la piel que me cubría los huesos.

Mis huesos de plata.

La puerta de la habitación estaba tirada en el suelo y nos obligó a pasar por encima y sobre las piedras que había apiladas en ella. Era como si la hubiesen arrancado con semejante fuerza que también se había llevado las piedras que enmarcaban el umbral hasta solo dejar una abertura irregular en la pared.

Emrys me dedicó una última mirada atormentada antes de entrar, rozando la piedra áspera con su mano cubierta de cicatrices.

Me quedé cerca de él. El hedor a muerte se extendía a mi alrededor, y el sabor metálico de la sangre y de la putrefacción casi me hizo caer de rodillas. Alcé la mano que tenía libre hacia la fría empuñadura de Dyrnwyn y continuamos avanzando despacio por la habitación.

La cámara era amplia, aunque unas cuantas paredes derruidas la cortaban. Al igual que en las otras habitaciones que habíamos visto, la mayoría de los muebles eran unas siluetas sin forma cubiertas por una sábana.

Un diván circular ocupaba el centro de la estancia y las curvas que se insinuaban bajo la tela rugosa que lo cubría parecían bastante modernas. El tamaño de la descomunal cama con dosel que había en el rincón más alejado de la zona indicaba que, fuera quien fuese que se hubiera alojado allí, disfrutaba de unos buenos lujos. Los paneles aterciopelados de las paredes cubiertos de humedad atrajeron mi atención hacia unas armaduras deslustradas que había cerca de la chimenea. Aunque solo por un instante.

Emrys se echó hacia atrás, con la respiración entrecortada. Muy despacio y con una delicadeza casi agónica, levantó el pie de un hueso largo y amarillento, al que casi había partido en dos.

Había más huesos salpicando el suelo, algunos hechos pedazos y con los bordes astillados. Cuanto más los contemplaba, más sencillo me resultaba convencerme de que les habían pertenecido a animales, al menos hasta que distinguí el primer cráneo, abandonado sin cuidado bajo una mesita.

Ese sí que es humano, me chilló una vocecilla para mis adentros.

Empecé a avanzar, abriéndome paso con cuidado entre los restos. Con una mirada de reticencia muy obvia, Emrys hizo lo propio y se

encargó del otro extremo de la habitación. Eché un vistazo por las puertas que conducían hacia las siguientes salas, pero la mayoría habían quedado despojadas de sus posesiones.

Me llevó un momento darme cuenta de que el ambiente parecía más cálido en aquella estancia, que casi parecía hervir con la misma pestilencia a cloaca.

En lo que Emrys se agachaba para buscar por debajo de la cama y comprobar que la espada no estuviese bajo el colchón, seguí mi olfato para dar con el origen de aquella peste, que me llevó hasta lo que parecía ser un sofá bastante grande. Tras hacerme con la sábana que lo cubría, di un tirón sin mucha fuerza.

La tela se deslizó con un susurro, sin encontrar resistencia al caer sobre unas escamas brillantes y resbaladizas que cubrían una columna enorme y se amontonaban a mis pies.

Una especie de trueno me resonó en los oídos cuando el pulso se me disparó en el cráneo. Era como si no tuviese la cabeza conectada al resto del cuerpo. Por el rabillo del ojo, vi a Emrys moverse en silencio y articular algo en mi dirección, desesperado.

La bestia resoplaba en sueños y tenía su cabezota descomunal acomodada sobre la moqueta salpicada de sangre en la que se había tumbado. No era tan grande como había imaginado de pequeña, pues solo le doblaba el tamaño a la cama que teníamos cerca. Sus escamas rugosas me recordaron a un amanecer carmesí reflejado sobre una cordillera lejana. Y cada púa que recubría las escamas parecía ideal para cercenar carne humana.

Era Draig Goch. El dragón rojo.

Su cola enorme se agitaba del mismo modo que la de un gato al dormir. Arañó el suelo e hizo que cada trozo de cristal y cada adorno deslustrado temblara como si de unos animalillos aterrorizados se trataran. El ruido que habíamos oído antes era el dragón cambiando todo su peso hasta escoger una posición más cómoda. El suelo tembló bajo mis pies cuando el monstruo volvió a removerse y apoyó la cabeza sobre una de las patas.

El miedo se me concentró en el estómago.

Si aquella era la Bestia del Fin del Mundo, resultaba bastante obvio por qué el reino había quedado en abandono. No había espada capaz

de atravesar la piel de un dragón. Ni tampoco ningún hechizo. Era por eso por lo que los Saqueadores se empeñaban tanto en usarla para fabricarse guantes de trabajo.

Y era por eso mismo por lo que íbamos a tener que salir corriendo de aquella ciudadela.

Pero ¿y las demás?, pensé, dejando que el terror me invadiera de nuevo. Si habían llegado hasta allí y la bestia las había sorprendido…

Emrys me tendió una mano, con los ojos llenos de pánico alternando entre la bestia durmiente y yo. Di un paso muy despacio en su dirección, evitando los huesos que había regados por el suelo. Un aliento caliente y humeante escapó de entre los dientes y las fosas nasales de la bestia hasta ensortijarse en un patrón muy bonito que se alzaba hacia el techo.

Di otro paso.

Y otro más.

Me estiré hacia Emrys, desesperada por llegar hasta sus dedos, por algo que me estabilizara cuando sentía el cuerpo a punto de explotar por la adrenalina.

El dragón soltó otro resoplido, acompañado de una nube de cenizas.

Cuando levantó uno de sus párpados curtidos y una membrana húmeda y transparente retrocedió sobre su iris de color dorado bruñido, nos vimos reflejados sobre la superficie brillante en lo que el dragón alzaba la cabeza. Mientras reconocía nuestro rastro.

Emrys cerró la mano en torno a la mía y, con una última mirada angustiada, echamos a correr.

34

El suelo vibraba según el dragón se lanzaba a por nosotros. Lluvias de piedra explotaron en el aire cuando su cuerpo enorme se estampaba con torpeza contra las paredes y sus garras buscaban aferrarse al suelo de piedra resbaladizo.

El olor del humo volvió en lo que el dragón soltaba una tos traqueteante y lanzaba llamas por la boca en todas direcciones, como perdigones. Intenté apagar la manga ardiente de Emrys con unos cuantos golpes antes de rendirme y arrancarle la prenda de un movimiento. No era como si el dragón fuese a confundirlo con un bocadito peludo si aún la llevaba.

Cuando una escalera apareció entre una nube de polvo que se iba disipando, me obligué a acelerar, a ponerle más fuerza a mis zancadas.

El rugido del dragón resonó contra las paredes como una avalancha de cuerdas desafinadas. Iba alternando chillidos y sonidos roncos, con una nota de agonía trémula entrelazada en cada reverberación. La tos ronca se convirtió en un alarido ardiente.

El angosto pasillo hacía que la tormenta de fuego se dirigiera directo hacia nosotros, por lo que no nos quedó más opción que lanzarnos por las escaleras de caracol. Los peldaños me magullaron las costillas y despertaron el dolor intenso de la herida que me había hecho hacía unos días, además de rasguñarme las piernas. Pude concentrarme lo suficiente como para protegerme la cabeza con los brazos y que fueran ellos quienes absorbieran lo peor de los golpes conforme el fuego se expandía por encima y hacía espirales para seguirnos por las escaleras.

El río de fuego hizo que el aire hirviera; ni siquiera intenté respirar, a sabiendas de que solo iba a conseguir lastimarme la garganta y los pulmones. Cuando nos estrellamos contra el rellano, me

estiré para buscar a Emrys a tientas.

—Estoy bien —dijo, poniéndose de pie con dificultad—. Venga, vamos, vamos…

El dragón soltó un chillido en lo que intentaba pasar a la fuerza por la curva del pasillo angosto y sus esfuerzos inundaron el ambiente del vapor apestoso de su aliento.

Sin embargo, de un momento a otro, se quedó totalmente quieto, como si se hubiera rendido. Unos escombros traquetearon al derramarse por las escaleras. El pulso de Emrys se disparó bajo mis dedos cuando el agarre que tenía sobre su muñeca se volvió férreo, pero ninguno de los dos parecíamos capaces de movernos, ni siquiera para intentar salvarnos.

Mis propios latidos me retumbaban por todos lados cuando una nueva ráfaga de vapor ardiente pasó por nuestro lado. El dragón, con todo el sigilo y la gracilidad de una serpiente, estiró su largo y sinuoso cuello por la curva de las escaleras hasta que aquella cabeza con cuernos apareció por detrás de nosotros. Por un terrorífico instante, la boca de la criatura se extendió en lo que pareció una sonrisa siniestra antes de sacudir su lengua bífida a nuestros pies en un gesto burlón. Para saborearnos.

Toda mi atención se centró en aquellos ojos dorados que brillaban en la oscuridad. Un fuego azul e intenso empezó a concentrarse en el fondo de la garganta del dragón e iluminó todos sus dientes serrados y oscuros como el ónice.

—¡Tamsin! —Emrys tiró de mi cuerpo atónito en lo que las llamas azules se intensificaban. Según parecía, a la bestia le gustaba cocinar la comida antes de devorarla.

Aquel pensamiento delirante se desvaneció cuando el dragón tosió y le entraron arcadas. Las llamas que se le habían concentrado en la boca se extinguieron en lo que sacudía la cabeza por las escaleras. Una lluvia de polvo y escombros nos cayó encima mientras huíamos.

Íbamos a medio camino por el vestíbulo cuando el dragón finalmente se embutió por las escaleras a punto de derrumbarse y atravesó la pared para llegar al rellano. Una explosión de polvo y restos nos empujó por detrás. Eché un vistazo por encima del hombro y se me escapó un chillido al ver a la criatura cargar hacia nosotros

sobre sus cuatro patas. Tenía las alas dobladas contra los lados para apretujarse y poder pasar por el pasillo, aunque la izquierda le sobresalía ligeramente, como si se la hubiese roto y no hubiese sanado del todo.

Unas cicatrices y huecos donde antes había tenido escamas le moteaban la cara y el cuello. Me percaté de todas ellas solo para recordarme de que el estar lo bastante cerca para distinguirlas era una muy pero que muy mala señal.

Una inhalación profunda y la peste del humo nos advirtió sobre el fuego inminente. El dragón frenó con cierta dificultad hasta alzarse sobre las patas traseras y extender las alas. Una membrana gruesa y llena de venas conectaba los huesos con las articulaciones, y ambas alas estaban coronadas con unas púas que arañaron las paredes cuando las batió en el aire.

El viento que formó con el movimiento me empujó como si me hubiera dado una embestida e hizo que me cayera de bruces sobre el suelo endurecido. Emrys cayó a mi lado, con un jadeo ahogado.

El fuego se abalanzó sobre nosotros, serpenteando y retorciéndose como un animal.

Solo que no era una llamarada lo que nos pasó a toda prisa por encima, sino algo distinto: una ráfaga de viento frío que soplaba furiosa e inclemente, hasta hacer que el fuego volviera en dirección al dragón.

Alcé la vista y me quedé boquiabierta al encontrar a Neve plantada a unos cuantos pasos de la puerta, con las manos aún en lo alto. Una de las escaleras que conducía hacia el gran salón se asomaba por detrás de ella.

—¡Holi! —dijo, muy contenta—. Ya era hora de que aparecierais, me estaba empezando a preocupar.

Mi alivio se convirtió en espanto en menos de un instante.

—¡Sal de aquí!

El calor se concentró por detrás de nosotros en lo que el dragón se agitaba y rugía de furia.

Volvió a cargar en nuestra dirección, abriéndose paso entre los escombros en llamas. Hice el ademán de desenvainar mi espada, pero me detuve. Los dragones nacían de las llamas, por lo que jamás

morirían gracias a ellas.

Cacharro de fuego inservible, pensé, fastidiada. Ni siquiera era capaz de penetrar la piel del dragón.

—¡Vámonos ya! —exclamó Emrys en lo que me enganchaba de un brazo y luego hacía lo mismo con Neve para tirar de nosotras.

La bestia avanzó hecha una furia, entre toses y sonidos roncos. Bajamos las escaleras corriendo y noté que cada músculo y articulación del cuerpo se quejaba por la fuerza de mis pasos.

Sin embargo, en aquella ocasión el dragón no nos siguió. Cuando llegamos a la planta baja del castillo, me volví de sopetón y no encontré más que sombras a nuestras espaldas.

—¡Por aquí! —dijo Neve casi sin aire. El pasillo cavernoso nos devolvió el eco de su orden, y un sonido como de goteo lejano y de piedras al acomodarse nos llegó en respuesta.

Nos encontramos a Caitriona en la entrada imponente del castillo, dándole la espalda al gran salón. Iba agitando una antorcha de un lado hacia otro por encima de la cabeza.

—¡Aquí! —gritó, aunque no a nosotros.

Antes de que pudiéramos reaccionar, soltó la antorcha y salió corriendo hacia el gran salón. En cuestión de medio segundo, el dragón rojo voló bajo para colarse por la entrada, con nieve y cenizas desprendiéndose de sus escamas mientras la perseguía.

—¡Cait! —chillé, siguiéndola a toda prisa. Se me deslizaron los pies sobre el hielo y las piedras sueltas en lo que acortaba la distancia que me separaba de las puertas del gran salón.

El dragón escupió llamas mientras Caitriona corría al lado de la pared de tapices. Cuando el fuego se estrelló con el hielo que los cubría, este se evaporó con un siseo hirviente que hizo que la cámara entera se llenara de un humo que devoró a Caitriona.

El aliento ardiente del dragón volvió a apagarse en lo que seguía tosiendo y atragantándose, con la columna enroscada mientras arañaba el suelo.

No reparé en la presencia de Nash, agazapado sobre las vigas entrecruzadas del techo de la estancia, hasta que saltó de ellas y aterrizó sobre el lomo del dragón con un gruñido. Se deslizó por sus escamas lisas y se aferró a uno de sus hombros puntiagudos en el

último segundo para tomar impulso.

Mi grito quedó ahogado por el de la bestia cuando Nash se valió de la daga que llevaba en la zurda para apuñalar el ojo de la criatura que tenía más cerca. En la otra mano llevaba una espada oxidada que blandió como si de un bate se tratara hacia las fauces abiertas del dragón, hasta hacer que unos colmillos salieran disparados en distintas direcciones.

Uno casi atravesó a Neve según corría hacia la batalla.

—¡Caitriona, ahora! —gritó Nash, aferrándose con dificultad al cuello de la bestia mientras esta procuraba sacudírselo de encima con las alas.

Caitriona se lanzó hacia ellos, corriendo a toda velocidad incluso mientras se estiraba para arrancar un colmillo largo y negro que había quedado clavado en los restos de una mesa cercana. El dragón bajó la cabeza para mostrar los colmillos que le quedaban, pero para eso Caitriona ya se había deslizado por el suelo que había debajo para abrir a la bestia en canal, desde la garganta hasta las entrañas, con su propio diente.

El dragón rugió y se atragantó en lo que cargaba hacia adelante y vomitaba unas llamas débiles.

Pues claro, pensé.

Las espadas y los hechizos no tenían ningún efecto; lo único capaz de acabar con la vida de un dragón era la garra o el colmillo de otra criatura semejante.

La bestia se desplomó con fuerza, con las llamas de sus ojos apagándose poco a poco. Y en lo que aquel cuerpo descomunal se iba relajando hasta rendirse ante la muerte, la masa nauseabunda y humeante de sus vísceras cayó hacia el suelo, seguida del contenido asqueroso de su estómago.

Huesos, yelmos, rocas, pecheras, cabezas de estatua y jarrones de plata se derramaron con un sonido viscoso. Cuando me animé a avanzar, me vi interrumpida por los últimos restos que seguían cayendo: una bala de cañón, una corona y una bandeja.

Nash escupió sobre el dragón y se deslizó por su piel áspera hasta llegar al suelo.

—¿Estás demente? —le pregunté con total seriedad—. ¿O es que

cuando volviste a la vida solo lo hiciste con la mitad del cerebro?

—¿Cómo? —dijo él, recuperando su daga al arrancarla del ojo de la criatura. Pasó por encima de la lengua que se le derramaba de las fauces con una mueca de asco—. Pero si esta bestia se ha dado un buen festín con todos a los que se ha zampado en los últimos siglos. Ya le tocaba recibir su merecido. Tu colaboración ha sido impecable, Caitriona. Magnífica.

El halago despertó un lado celoso y muy feo en mi interior, pero no tardó en desvanecerse al ver a Caitriona asentir, con una expresión de lo más satisfecha. Quizás eso era lo que necesitaba para soltar todo el enfado que había estado acumulando en sus adentros.

Neve corrió hacia ella y la aferró de los brazos.

—Eso ha sido increíble y terriblemente estúpido a la vez. Pero más que nada increíble.

Costaba distinguir si las mejillas de Caitriona se habían coloreado por el sonrojo o si, al igual que le había pasado en el cabello, se le habían teñido con el rocío carmesí de las vísceras sangrientas.

—Eh… —empezó Caitriona, aunque se congeló con las palabras a medias cuando Neve le acunó el rostro para seguir inspeccionándola —. Estoy bien.

—Y tú —le dijo Nash a Emrys—, si su alteza real se ha cansado de vernos hacer el trabajo sucio, a lo mejor se le antoja comprobar si hay algo útil en todo ese revoltijo.

—Claro, sin problema —dijo Emrys, un tanto pálido al contemplar los ofrecimientos asquerosos que tenía en frente—. Y gracias por coserme las heridas, por cierto.

—No te confundas, que no lo hice por ti —repuso Nash y, ante la mirada de advertencia que lancé en su dirección, añadió—: Y no me vengas con esas miraditas ahora mismo, Tamsin Lark. Si no te traje conmigo fue por algo. ¡Ya te había dicho que esta bestia no era ficticia!

De golpe y porrazo, recordé todas las razones por las que estaba enfadada: por que me hubiese dejado tirada, por casi haber muerto sin que me diera las respuestas que necesitaba saber.

—Ya, si está clarísimo que no necesitabas ayuda —contesté—. Podrías haberte encargado de esto tú solito.

Nash me devolvió la mirada, apretando la mandíbula con fuerza.

—De lo único que tengo que encargarme es de protegerte, diablilla desagradecida —espetó—. Y puede que no te caiga bien, pero, mientras estés bajo mi cargo, harás lo que yo te…

—Ay, por favor —lo interrumpí, y entonces me acordé de otra cosa—: Oye, ¿y tú cómo sabías que la bestia seguía viva?

Nash me devolvió mi mirada de malas pulgas con una igual antes de volverse hacia Emrys y señalar al dragón.

—Venga, principito, que no tenemos todo el día. Aún tenemos que buscar la condenada espada.

Emrys se encaminó hacia su tarea con la misma disposición que un hombre de camino a la horca. Me agaché para ayudarlo y contuve una arcada cuando me llegó la peste metálica de la sangre y los intestinos del dragón, por lo que me levanté la camiseta hasta cubrirme la boca y la nariz. Parecía que la criatura le había dado buena cuenta al vertedero de aquel mundo medieval.

—Anda —dijo Nash en lo que se inclinaba sobre el pecho abierto de la criatura. Tras meter el brazo hasta el codo, fue tanteando a su alrededor antes de valerse de su daga para cortar algo que, a juzgar por el modo en que se me revolvieron las tripas, parecía un trozo de músculo—. Tengo un regalito para vosotras.

Caitriona se aproximó y dejó que le soltara un buen trozo sobre las palmas extendidas. Se lo acercó para examinarlo y lo olisqueó de un modo que hizo que me entraran arcadas.

—El corazón de dragón es una sustancia muy poderosa —le dijo Nash—. Se puede usar en muchísimos ungüentos y pociones para aumentar sus efectos. Creo que a lady Olwen le encantaría que le llevaras un poco.

Caitriona se desanimó al oír el nombre de su hermana, pero asintió. Neve se lo quitó de las manos y, tras sacar una bolsa de plástico de su riñonera de dimensiones infinitas, lo envolvió. Luego se soltó la riñonera y la lanzó hacia una mesa que había cerca. Yo dejé mi bolso al lado del suyo.

—¿Qué más debería recoger para ella? —preguntó Caitriona, con entusiasmo—. ¿Algunas escamas? ¿Más colmillos?

—¿Me guardas uno de esos colmillos? —murmuró Emrys, desde mi

lado—. Me encantaría tener un recuerdo de esta experiencia aterradora de la que casi no salgo con vida.

—¡Uno para mí también! —pidió Neve.

Hice una mueca según rodeaba a la criatura. El nudo que tenía en el estómago se asentó más, y la horrible sensación como de descomposición se me extendió por el cuerpo cual veneno. Casi como si…

Pudieras sentir la muerte cerniéndose sobre él, terminó una voz para mis adentros.

Mi mano se alzó sin que se lo ordenara y rocé las escamas carmesíes con los dedos.

—…perdona, lagartija voladora ancestral y magnífica —iba diciendo Neve antes de aparecer a mi lado sin aviso. Me mostró el colmillo que había escogido, y yo me estremecí al verlo. Era más largo que mi índice y ligeramente curvo.

Neve se lo metió en el bolsillo de su chaqueta y procedió a darle unas palmaditas al cuello de la bestia.

—Si no hubieras intentado hacernos barbacoa y comernos, seguro que nos habríamos hecho amigos.

Abrí la boca para protestar, pero hasta yo debía reconocer que no era algo descabellado. Los dragones eran unas criaturas ambiciosas e increíblemente astutas, y se decía que ciertas razas eran lo bastante dóciles como para entablar amistad con mortales, por mucho que fuesen demasiado necias como para que se les entrenara. Aquel pensamiento me llevó a otro melancólico, un recuerdo pasajero de los huesos de dragón que se había enroscado de forma protectora en torno a la cabañita cubierta de nieve que había en Ávalon.

—Oye, viejales —llamó Neve a Nash—. ¿No dijiste que Excálibur tenía unas criaturas talladas en la empuñadura?

—Sí, eso dije —contestó él, asomándose desde detrás de la cola con pinchos de la bestia—. ¿Por?

Neve pasó por mi lado y se agachó junto al cuello del dragón, donde empezaba el corte que le había hecho Caitriona. Y entonces también lo vi: el metal plateado que sobresalía de la herida supurante, una empuñadura de acero cubierta de sangre.

La espada que llevaba atascada en el cuello del dragón desde hacía

tantísimos años.

—¡La he encontrado! —exclamó Neve—. Y, ¡sorpresa!, no reacciona cuando la toco porque, como os decía… —Aferró la empuñadura y liberó la espada con un simple tirón.

Un resplandor blanco y azulado erupcionó a su alrededor y le tiró del cabello, la ropa y la piel. Ahogando un grito, intenté sujetarla, pero no tardé nada en salir disparada hacia atrás, empujada por la presión, el poder, según este explotaba en torno a mi amiga como una supernova.

35

La luz hizo que la pesada cortina de sombras que había cubierto el salón se replegara y desterró la oscuridad hasta los rincones más alejados de la estancia. Se ondulaba con una ferocidad impresionante, con unos brazos que chamuscaban el suelo de piedra con distintos patrones, como rayos.

—¡Neve!

Mientras me las arreglaba para ponerme de pie y sacudirme el puñetazo de magia que me había dejado algo desorientada, Caitriona pasó por mi lado a toda velocidad y se detuvo justo en el límite de la magia turbulenta. Aquel poder tan puro y extraño le iluminaba las facciones, llenas de miedo.

Apenas podíamos distinguir la silueta de Neve en el centro de aquel orbe que no dejaba de crecer; tenía la espalda doblada en un ángulo doloroso y la cabeza echada hacia atrás como si estuviese en medio de un grito desgarrador.

—¡Suéltala! —gritó Nash. La luz soltó un zumbido bajo y semejante a un trueno, como si estuviese disgustada—. ¡Tienes que soltar la espada!

Un par de manos fuertes me sujetaron por debajo de los codos y me ayudaron a mantenerme erguida mientras las piernas me fallaban.

—¿Qué es eso? —preguntó Emrys, acercándome más a su lado.

—¡Neve! —la llamé, casi sin oírme a mí misma por encima de las vibraciones potentes—. ¡Suelta la espada!

Conforme Neve y la luz se fueron alzando, el suelo empezó a abrirse por debajo de ella hasta enviar unas grietas que fueron recorriendo tanto el suelo como las paredes. Se produjo un pequeño movimiento en las profundidades de aquel despliegue de magia: Neve, intentando girar la cabeza ligeramente a la derecha, donde se

encontraba Caitriona, con una mirada decidida.

—¡No…! —advertí, pero Caitriona ya había estirado un brazo para atravesar la barrera de la magia.

Y, en lugar de repelerla como había hecho conmigo, la luz se removió y la devoró entera.

Emrys me dedicó una mirada insegura, como si yo supiera qué podíamos hacer.

Avancé un paso, protegiéndome los ojos de la intensidad de la luz. Por el rabillo del ojo, vi que Nash hacía lo mismo. Con mucho esfuerzo, intentamos seguir avanzando, pero la magia no dejaba de echarnos hacia atrás una y otra vez.

Un brillo plateado se extendió, resonando al cortar el aire por encima de mi cabeza hasta que, de golpe, la magia se extinguió. Excálibur traqueteó al caer por los escombros y se deslizó hasta desaparecer por la entrada del salón.

Conforme unos chispazos de luz se iban apagando a nuestro alrededor y se iban desvaneciendo las últimas reverberaciones de la magia, Caitriona se arrodilló en el centro del cráter. Unos hilillos de humo se alzaban de su cabello plateado, donde unos mechones habían quedado carbonizados y unas tiras desiguales le enmarcaban las mejillas. Su ropa oscura estaba hecha jirones y revelaba unas marcas de quemaduras sobre su piel pálida. Sin embargo, no parecía sentir nada de ello, pues toda su concentración se encontraba en la chica que tenía en brazos.

—¿Está viva? —pregunté, con el pánico invadiéndome mientras me acercaba corriendo hacia ellas—. Cait, ¿está viva?

—No te acerques —me advirtió en voz baja—. La magia aún no ha terminado de afectarla.

Y tenía razón. La misma luz que se había concentrado en torno a Neve había pasado a correrle bajo la piel como unos ríos centelleantes que la iluminaban desde dentro. El olor a carne quemada me impactó con fuerza cuando me incliné sobre Caitriona, horrorizada.

Pese a que Neve no tenía ninguna marca, ni siquiera un simple rasguño, por un instante aterrador pareció como si toda ella se estuviese haciendo pedazos.

Con el rostro empapado por el sudor, Neve soltó un gimoteo en

voz baja e hizo una mueca de dolor. Podía ver el calor irradiar de ella, como si estuviese ardiendo de dentro hacia fuera.

—De verdad es ella —dije en un susurro.

—Creo que me he perdido algo —dijo Emrys, alternando la mirada entre la expresión desolada de Caitriona y la mía—. Algo más, quiero decir. ¿Por qué ha reaccionado así la espada?

—La espada se forjó con el poder de la Diosa —expliqué—. La Cortahuesos nos dijo que reaccionaría ante la persona que posea el alma de su hija.

Las demás debían de haberle contado la historia en la Mansión Robledal, cuando yo había salido corriendo tras Cabell, o quizás fue que presentía que era incapaz de explicar mucho más, porque se limitó a asentir sin añadir nada.

Nash murmuró algo para sí mismo en lo que se deslizaba por el suelo inestable y se acercaba a un lado de Caitriona.

—Deja que la lleve a una de las mesas para que le miremos las heridas.

Los dedos de Caitriona se aferraron con más fuerza a los hombros de Neve.

—Lady Caitriona —insistió Nash, amable pero firme—. Te juro que tendré cuidado.

—Sigue ardiendo —dijo Caitriona con voz ahogada, y la impotencia en su voz me rompió el corazón—. Necesitamos a Olwen. Ella sabría qué hacer.

—Vamos, Cait —dije, arrodillándome a su lado—. Yo te ayudo.

Emrys hizo el amago de echarnos una mano, pero alcé una mano para impedírselo.

Finalmente, Caitriona cedió y cambió de posición para permitirme cargar con algo más del peso de Neve. Intenté no dar un respingo ante la sensación hirviente de la magia que se movía bajo la piel de la hechicera como unas serpientes ardiendo.

—Necesitamos bajarle la temperatura —declaró Nash en lo que nos guiaba hacia la última mesa que seguía en pie en el salón. Emrys apartó los escombros que la cubrían con un movimiento del brazo antes de que la dejáramos encima—. Y tú, Caitriona, busca el bálsamo que tengo en el morral y póntelo en esas quemaduras.

—Iré a por nieve —dije.

Neve soltó un gemido por lo bajo.

—Te ayudo, Tamsy —contestó Nash—. Y tú también, principito, si puedes tolerar unos cuantos minutos de trabajo de verdad.

Emrys apretó la mandíbula en lo que le lanzaba otra mirada preocupada a Neve antes de contestar:

—Haré un esfuerzo por seguir tu heroico ejemplo.

Sin embargo, la nieve que amontonamos a su alrededor no pareció servirle de nada, ya que se derretía ni bien entraba en contacto con su piel.

—Eso no servirá de nada —nos llegó el sonido de una voz delicada por detrás—. Necesita que el cuerpo se le acostumbre a la magia.

Muy despacio, me volví llevando una mano hacia la empuñadura de mi espada hasta detenerme en seco.

Había siete mujeres en la entrada del gran salón, algunas enfundadas en unos vestidos largos de terciopelo y cubiertas con capas de piel, mientras que otras llevaban una vestimenta más moderna: abrigos acolchados y botas tan prácticas que jamás se me habría ocurrido que podrían llamar la atención de alguna hechicera.

Pero eso era lo que eran.

Reconocí de inmediato a la mujer alta que se encontraba frente a las demás gracias a las descripciones rebosantes de envidia que había leído en las Inmortalidades más recientes de la biblioteca. Kasumi llevaba casi un siglo ocupando el cargo de suma hechicera del Consejo de la Sororidad, aunque ella, al igual que muchas otras, no había querido desprenderse de su apariencia joven a pesar de la cantidad de siglos que tenía a la espalda.

Su piel clara pareció beberse los últimos rescoldos brillantes de magia que flotaban a nuestro alrededor. La cortina de cabello larguísimo y sedoso que le caía sobre uno de los hombros resultaba más oscura que la propia noche. La hechicera a su derecha, menuda y de cabello castaño, nos observó con una mirada entornada y nerviosa, con la varita en alto.

—Kasumi —saludó Nash, haciendo un intento de reverencia desde donde se encontraba, aún al lado de Neve—. Sigues igual de radiante que cuando te vi por primera vez.

—¿Cómo es que sigues vivo? —preguntó la hechicera—. Y yo que me moría de ganas de comprobar que los rumores de que habías pasado a mejor vida eran ciertos.

—Ya sabes cómo me gusta jugar con la verdad, Kas —repuso él.

Hice una mueca y abrí la boca para decir algo, pero entonces Emrys me buscó la mano y entrelazó nuestros dedos detrás de la espalda antes de darles un apretoncito. Seguí su mirada.

La hechicera Madrigal se encontraba al final del grupo, fulminándonos con la mirada como una niña petulante a la que habían obligado a hacer algo que la aburría. Se había recogido sus ondas de un rojo intenso en un moño bajo y, dado que la última vez que la vi había estado envuelta en tul negro, su vestido escarlata y su abrigo a juego, con bordados de distintos tipos de huesos, le concedían una apariencia más comedida.

—Os dije que estaban aquí, ¿no? —dijo Madrigal—. Así que ¿me puedo ir ya antes de que me congele? —Pasó la mirada sobre nosotros, aburrida y fastidiada, hasta dejarla sobre Emrys—. Anda. ¿Tú por aquí, cachorro?

Una sonrisilla le tiró de los labios y, si Emrys no me hubiese estado sujetando, bien podría haber marchado hasta ella para arrancársela de un zarpazo.

—Ya sabes que siempre disfruto de nuestros encuentros, mi querida y maravillosa hechicera —dijo Nash—, pero me encantaría saber qué hacéis todas por aquí.

Aunque el aire frío irradiaba de las piedras que nos rodeaban, nada era más gélido que la expresión de la suma hechicera Kasumi.

—He venido a por la chica.

—¿Ah, sí? —siguió Nash en lo que él y Caitriona se movían para ocultar a Neve tras ellos—. Bueno, pues tenemos unas cuantas para que escojas.

Los ojos de Kasumi centellearon, pero se las arregló para controlarse.

—La chica que posee el alma de Creiddylad. Le escribió a Madrigal en busca de respuestas sobre su madre y le describió ese poder tan único que tiene.

Madrigal alzó la vista desde donde estaba jugueteando con sus

uñas que más bien parecían zarpas.

—Sus cartas me dieron tanta lástima que me vi obligada a llevárselas al Consejo.

—Y así conseguir que te aceptasen —murmuró resentida una de las otras mujeres.

—Ay, Belinda, no me seas envidiosa —repuso Madrigal—. No te sienta nada bien con esa cara de lagarta que tienes.

—A callar —ordenó Kasumi—. La reacción de Excálibur ha servido para confirmar mis sospechas de que ella es a quien busca el Señor de la Muerte. Deja que me acerque a la chica, Nashbury.

—No. —La voz de Caitriona fue como una daga que hizo que la líder del Consejo de la Sororidad se frenara incluso antes de moverse. Las demás hechiceras alzaron la varita en respuesta.

—¿Y esta quién es? —le preguntó Kasumi a Nash, contemplando con frialdad a Caitriona. Esta le había hecho caso a Nash y se había colocado el ungüento sobre las quemaduras que tenía en la cara y en los brazos. Las heridas ya habían empezado a sanar.

—Esta de aquí es lady Caitriona, antaño de Ávalon —la presentó Nash.

Las otras hechiceras se asomaron un poco, claramente intrigadas en lo que intentaban echarle un vistazo. La hechicera de cabello castaño al lado de la suma sacerdotisa explicó en voz alta:

—Una de las dos sacerdotisas supervivientes.

—Ya no soy sacerdotisa —gruñó Caitriona.

—¿Y el resto? —insistió Kasumi.

—Esta es mi hija, Tamsin —dijo Nash.

Un pinchazo extraño me recorrió al oír aquella palabra. No era cierto, claro, pero nunca me había llamado así.

—Bendita sea la madre, ¿te has reproducido? —preguntó Kasumi, horrorizada.

—Soy adoptada —aclaré.

—Y ese de allí es Emrys Dye, antaño de la familia Dye —siguió Nash—. Aunque intentamos no tenérselo en cuenta, ya que parece tenerle incluso más inquina a su padre que nosotros.

Kasumi procesó toda la información sin problema y con una expresión inescrutable antes de hacer un ademán hacia la figura

inconsciente de Neve.

—¿Puedo?

—Cait —la llamé. Cuando me devolvió la mirada, lo hizo con una expresión obcecada—. Deja que le eche un vistazo. Podría ayudar a Neve.

Aunque no se movió, dejó que la apartara un poco, lo suficiente para que Kasumi y otras dos hechiceras se acercaran a la mesa.

—Ni se os ocurra tocarla —advirtió Caitriona.

—No me hace falta tocarla, hermana —respondió Kasumi.

—No soy tu hermana —espetó Caitriona.

Nash soltó un sonidito para calmar los aires, apoyándole una mano en el hombro. Las demás hechiceras, incluida Madrigal, habían empezado a rodear la mesa, y de pronto me empecé a sentir como un corderito que se había despertado rodeado de lobos. Me acerqué tanto mi bolso como la riñonera de Neve por encima de la mesa y guardé esa última dentro de mi morral para mantenerla a salvo.

Kasumi mantuvo una expresión impasible en lo que se inclinaba sobre Neve para examinarla. Pasó su varita delgada por encima del cuerpo de nuestra amiga y la magia que esta tenía bajo la piel chisporroteó al entrar en contacto con la madera.

—¿Y la chica tiene el rango de doncella?

—No, no tiene ninguna relación con la Sororidad —contestó la hechicera de cabello castaño.

—Se llama Neve —dije—. Y la rechazasteis cuando acudió a vosotras para recibir entrenamiento.

Entonces me pregunté si habría sido la propia Kasumi la que habría rechazado a Neve; si habría sido ella quien se había burlado de su falta de linaje y la había hecho sentirse como si no valiera nada. La furia me surcó por las venas.

Emrys me acarició la muñeca con el pulgar en un intento por calmarme. Su mirada no se despegaba de la hechicera pelirroja que se inclinaba para ver por encima del hombro de Kasumi, aún intentando simular desinterés. Kasumi murmuró algo para las hechiceras que hizo que Madrigal alzara las cejas.

—¿Y bien? —preguntó Nash—. ¿Qué sucede?

—Es cierto —afirmó Kasumi—. Este es el poder que se conoce

como la luz de la Diosa. Creo que sí que es ella.

Sus palabras hicieron que el castillo y todo lo que me rodeaba se convirtiera en cenizas.

Nunca estará a salvo, pensé, aterrada. Mientras el Señor de la Muerte siguiera con vida, nunca iba a poder tener una vida normal. Nunca iba a estar a salvo de él.

—Necesita más protección que la que vosotros cuatro podéis ofrecerle —decretó Kasumi—. Debo llevarla al Consejo.

—Ni se te ocurra —gruñó Caitriona—. ¡No pienso dejar que te la lleves a vuestro nido de víboras!

—Veo que la opinión que tienen los avalonianos sobre las hechiceras todavía necesita mejorar un poco —comentó Nash por lo bajo—. Pero piénsalo bien, jovencita. Neve es una de ellas y…

—No es cierto —lo interrumpió Caitriona, tajante—. Y estas se la entregarán al Señor de la Muerte para salvarse el pellejo.

—¿Cómo osas? —La actitud calmada de Kasumi resultaba más escalofriante que cualquiera de las varitas que nos apuntaban—. Servimos a la Diosa. Jamás le entregaríamos el alma de su hija a ese monstruo. Ni tampoco a una de nosotras.

—¿Una de vosotras? —repetí, sin poder creérmelo—. La despachasteis sin un mínimo de consideración. Os negasteis a ayudarla, así que ¿por qué deberíamos creer que ahora sí vais a hacerlo?

—¿Acaso os he dado la impresión de que tenéis potestad para decidir? —repuso Kasumi, con un tono cargado de advertencia.

Nash alzó las manos para intentar convencerme con un tono tan condescendiente que me sacó de quicio.

—Entre todas, la Sororidad alberga miles de años de conocimientos —dijo—. ¿Queréis arriesgaros a que la magia que tiene dentro la consuma? La pobrecilla ha estado escribiéndoles, pidiéndoles ayuda. ¿No os parece que es lo que querría ella?

Apreté los puños a los lados, incapaz de discutir contra lo que era cierto. Emrys me dio un apretoncito en la muñeca para animarme.

—Además, hay otra razón por la que no le daremos el alma al Señor de la Muerte —dijo Kasumi.

—Pero eso… —interpuso Nash—. No son más que habladurías,

¿verdad?

Kasumi pasó de él.

—El alma posee una magia que jamás hemos visto. Si acabara con la vida de vuestra amiga y se llevara el alma de Creiddylad a Annwn, tanto ella como su poder estarían bajo su entera disposición, y eso implicaría un final para todos nosotros.

—Seguís mintiendo —dijo Caitriona, meneando la cabeza—. Os negasteis a ayudarla antes, al igual que con Ávalon. Porque lo sabíais, ¿verdad? Sabíais lo que le ocurría a la isla, los pocos que quedábamos con vida. Y decidisteis quedaros de brazos cruzados.

La mirada imperturbable de Kasumi resultaba insoportable.

—Para cuando descubrimos lo que ocurría, ya era demasiado tarde. De lo único que me arrepiento es de no haber pensado que podríais ser tan estúpidas como para llevar a cabo el ritual que acabó con Ávalon.

Caitriona se abalanzó sobre la suma hechicera, pero Nash se lo impidió.

—No perdamos los papeles —la tranquilizó—. No sería una lucha muy justa.

—Quizás si hubieses ido tú misma en lugar de enviar a vuestro espía de pacotilla, nada de esto habría pasado —comenté.

—¿Espía? —repitió Kasumi, dedicándome apenas una mirada insignificante.

—Vuestro puca —contesté.

Kasumi ladeó la cabeza.

—Yo no envié a ningún espía.

Las demás hechiceras se volvieron hacia Madrigal, quien pareció ofenderse con la idea.

—¿Para qué iba a enviar a Querido a un lugar tan espantoso cuando ya tenía allí a mi chico de los recados?

Emrys inhaló con fuerza. Y, aunque yo estaba a punto de saltarle encima, él se aferraba a su compostura con una tenacidad que le dejaba los nudillos blancos.

—Si no fuisteis vosotras, ¿quién? —preguntó Nash—. ¿Alguien más del Consejo?

—Nadie haría algo así sin mi consentimiento —declaró Kasumi—.

Haría falta deshacer todos los hechizos complejos que hemos colocado. Fuera como fuese que ese puca se coló en Ávalon, no fue cosa nuestra. Quizás siempre había estado allí. Pero lo importante ahora es acabar con esto mientras aún sigamos con vida para hacer algo al respecto.

La cabeza me daba vueltas. Aunque no se podía confiar en una hechicera, eso lo tenía clarísimo, ella parecía bastante sorprendida por la acusación.

Pero a las otras hechiceras no les cae bien, me recordé a mí misma. Las habíamos oído discutir sobre su liderazgo en la bóveda hacía unos días, por mucho que pareciera que habían pasado semanas. Si el Consejo o alguna otra hechicera estaba obrando a sus espaldas, ¿sería capaz de proteger a Neve como hacía falta?

Los pensamientos de Caitriona parecían ir por el mismo rumbo. Se volvió a acercar a Neve, como si pretendiera llevársela y apartarla de todo aquel embrollo. Solo que Neve aún no había abierto los ojos y, cuando un subidón de magia la recorrió entera, le arrancó un quejido de dolor.

Y aquello bastó para convencerme.

Tenemos que hacerlo, pensé, notando cómo se me iba haciendo cachitos el corazón. *No tenemos otra opción.*

Tenía que creer que eso era lo que Neve habría decidido por sí misma.

—Desde el principio —le dije a Kasumi—, lo único que quería ella era ayudar a la Sororidad. Salvaros a vosotras.

—En ese caso, dejad que le devolvamos el favor y la ayudemos —repuso ella—. No tenemos tiempo para andarnos con debates. Las horas pasan muy deprisa en nuestro mundo. Cuando volvamos, no quedarán ni dos días para que llegue el solsticio. Hasta que el Señor de la Muerte abra las puertas de Annwn y deje que los muertos campen a sus anchas por nuestro mundo.

Pensarlo hizo que un escalofrío de terror me recorriera entera.

—¿El tiempo pasa más despacio aquí?

La suma hechicera asintió con una expresión satisfecha, como si supiera que ya había ganado.

—Tamsin, no me creo que lo estés considerando de verdad —dijo

Caitriona, frunciendo el ceño cada vez más.

—Si os la lleváis, iremos con vosotras —le dije a Kasumi.

—¡Tamsin! —me suplicó Caitriona—. No lo hagas.

—No esperaría menos. —Kasumi lanzó una mirada de odio hacia Nash—. Incluso toleraré la presencia de ese.

—Cait —la llamó Nash, apartándola un poco de donde estábamos —. Lo entiendo. Te juro que lo entiendo. Pero va a suceder, lo quieras o no. Tómate un momento para calmarte. Ve a por nuestras cosas, si quieres. Pero tienes que tranquilizarte.

Fue a mí a quien Caitriona miró directo a los ojos cuando dijo:

—Todo esto ha sido un error.

No parecía ser ella misma. Era como si el animal herido que todas habíamos sentido en su interior, aquel que habíamos estado intentando apaciguar desde hacía tanto tiempo, se hubiese escapado de su jaula. Parecía frenética, arrinconada, y, en medio de su dolor, la furia era lo que más tenía a su alcance.

Me sorprendió lo poco que me afectaron sus palabras una vez que comprendí lo que las había motivado.

—Cait —la llamó Emrys, y ella se volvió de sopetón hacia él, como retándolo a que dijera algo. Y eso hizo—: Solo es un error si no lo solucionamos.

Caitriona se dio media vuelta y se alejó por el gran salón, con sus pasos resonando por el lugar como puñaladas directo al corazón. Hice el amago de seguirla, pero Nash me retuvo de un brazo.

—Dale tiempo —me dijo—. Necesita estar sola un momento.

—Va a necesitar más que eso —interpuso Madrigal—. Yo recomendaría una buena dosis de vino y, si eso no funciona, una horita o dos en la doncella de hierro.

—Madrigal —la interrumpió Kasumi con voz cortante—. Isolde.

La hechicera menuda que estaba a su lado cuadró los hombros, ansiosa por recibir sus órdenes.

—Id a buscar la espada para que podamos examinarla —siguió la suma hechicera—. Aife y Annalise, recolectad lo que podáis del dragón.

—No hace falta que nos deis las gracias por eso, por cierto —acotó Nash.

Kasumi apretó los labios en una línea tensa.

—No me provoques, que aún puedes acabar dentro de ese dragón, y no por la boca precisamente.

El resto de las hechiceras usaron sus varitas para tallar unos sellos en la mesa, bajo el cuerpo de Neve. La parte de arriba se separó de las patas y flotó sobre una corriente invisible.

—Mirad esto de aquí —dijo la hechicera Annalise en lo que sostenía la larga lengua del dragón en lo alto—. Les va a encantar a las académicas.

Una carcajada burlona resonó por las altísimas paredes de piedra en respuesta. Isolde acababa de escabullirse por la entrada del salón, doblada en dos y con cara de angustia, aunque Madrigal se limitó a asomarse por la esquina, entre risas.

Y entonces lo supe; no sé cómo, pero lo supe. Lo sentí como si el mundo se hubiese hecho añicos a mis pies.

—¿Qué pasa? —preguntó Emrys, antes de detenerse al darse cuenta—. Dioses, no…

Casi que corrí hacia ellas para sumarme a la busca frenética de Isolde, siguiendo el camino que había tomado la espada al salir disparada y alejarse de nosotros.

En su lugar, lo que encontré fueron huellas. Seguí el rastro que dejaban hacia las que antaño fueron las imponentes puertas del castillo y por las escaleras que conducían hacia el reino desolado.

Un grito me subió por la garganta, pero, cuando caí de rodillas, no fui capaz de articular ningún sonido.

Caitriona se había ido. Y se había llevado a Excálibur con ella.

36

Según resultó, la forma que tenía Nash para llegar a Lyonesse no involucraba negociar con seres ancestrales con mal carácter ni atravesar las barreras de alta magia que resguardaban a nuestro mundo de las Tierras Alternas. Lo que había hecho era colarse como una araña por una rendija que había entre los mundos, la misma que habían usado las propias hechiceras.

—¿Cómo carajos sabías algo así? —exigí saber.

Kasumi y las demás hechiceras parecían igual de perplejas mientras avanzaban con dificultad por la nieve para seguirnos, con Neve flotando sobre la tabla de madera entre ellas.

—Sí, a mí también me gustaría saber eso —acotó Kasumi.

Según habíamos recorrido el largo camino que separaba el castillo de la aldea abandonada, con el crujido de nuestras pisadas sobre la nieve como único sonido, Nash nos había guiado hasta la puerta de lo que parecía ser un hogar normal y corriente.

La llave que se sacó del bolsillo de su chaqueta de cuero se parecía mucho a las llaves esqueleto que usábamos para abrir una Vena y colarnos en las bóvedas de las hechiceras. Sin embargo, aquel hueso parecía más bien una garra y era incluso más largo que la mano que lo empuñaba.

—¿Esto es una Vena? —preguntó Emrys—. ¿O solo una hendidura entre mundos?

—Trae para acá —dijo Kasumi, arrebatándole la llave a Nash. Lo apuntó con la punta afilada en una amenaza silenciosa que hizo que él alzara las manos en gesto de rendición.

—Pase usted, mi señora —dijo él, haciendo una reverencia en lo que abría la puerta.

Y Emrys obtuvo su respuesta. No era como ninguna de las Venas

que había visto; en lugar de un encantamiento iridiscente y espiralado, la oscuridad que había frente a nosotros parecía estar rodeada por una bruma que se deslizaba hacia fuera, buscando a tientas.

—¿Cómo? —insistí, obligando a Nash a devolverme la mirada.

—Soy un hombre con cada vez menos misterios, querida diablilla —contestó con la arrogancia que le conocía a la perfección—. Deja que mantenga este secretito de nada, ¿vale?

—No —contesté sin pizca de emoción en la voz. Nash me llevó a un lado para dejar que Kasumi y las demás fueran las primeras en cruzar el portal, encargándose de Neve con una delicadeza que tuve que reconocer a regañadientes.

—Se lo intercambié a una hechicera, ¿vale? —admitió Nash de mala gana en lo que se sacudía la nieve de la cara. Mientras seguía mi mirada, me pareció muy cansado—. Caitriona se encargó sin problema de esa bestia larguirucha —me dijo—. No le pasará nada, ya lo verás.

—Ya lo sé —espeté, pues eso no era a lo que le temía. Caitriona era más que capaz de cuidar de sí misma. Nash había sugerido que buscáramos en las habitaciones contiguas, por si resultaba que el suelo había cedido bajo sus pies y había quedado atrapada en algún lado, pero ambos sabíamos que solo habría sido una pérdida de tiempo. Lo más probable era que hubiera llamado a Rosydd en cuanto salió del castillo.

La sensación de decepción que me azotaba era tan intensa que me cortaba la respiración. Tiré de nuestra pulsera tejida para intentar arrancármela, pero el nudo no cedió.

Caitriona era más terca que una mula y solo la muerte sería capaz de desviarla de su camino. Una parte de mí la odiaba por ello, y cuanto más le daba vueltas a la idea, presa del dolor y el resentimiento, más y más me enfadaba.

Nos habíamos escogido entre todas. Se suponía que íbamos a continuar juntas.

Juntas hasta el final.

Solo que no podía evitar culparme a mí misma también. La había visto en aquel precipicio desde el principio, desde el último día de Ávalon. Había creído que, si permanecíamos juntas, seríamos capaces de hacerla volver de la oscuridad que parecía rodearnos con cada paso

que dábamos. De salvarla de su propia furia.

—Hay algunos viajes que solo podemos emprender por nuestra cuenta —me dijo Nash.

—Es que no está bien —le dije.

—No —admitió él, apoyándome una mano en el hombro—, pero es lo que toca.

Ninguno de nosotros seguía siendo el mismo. La Caitriona que conocía jamás habría abandonado a una hermana o una amiga. Jamás iría en busca de venganza, tal como habían hecho las hechiceras hacía tantos cientos de años.

Es que no vales lo suficiente, me recordó aquella vocecita que solía oír para mis adentros. Aquella que había gobernado con tiranía mi corazón durante años. *Nunca has dado la talla para salvar a tus seres queridos. Para mantenerlos a tu lado.*

—La vida es como un espejo —dijo Nash—. Hay veces en las que debemos contemplar sus profundidades y enfrentarnos a lo que nos hemos convertido. Y la verdadera batalla está en intentar salvarnos a nosotros mismos si no podemos aceptar lo que nos muestra nuestro reflejo.

Sí que valgo, pensé. *Valgo mucho*. No iba a ser yo la que nos abandonara. Quizás eso me volvía una tonta y una perdedora y todas las cosas en las que tanto temía convertirme, pero ya había aprendido que elegir aferrarme a la esperanza era más valiente que tirarlo todo por la borda para ahorrarme el sufrimiento.

Las elegí a ellas e iba a seguir haciéndolo, sin importar lo que ocurriera o en quién nos convirtiéramos.

—Hasta que vuelva, debemos seguir avanzando —siguió Nash, guiándonos hacia la puerta por la que las hechiceras ya habían cruzado. La cruzó primero, silbando una tonadita por lo bajo, y nos dejó a Emrys y a mí para que lo viéramos desaparecer.

Emrys se inclinó para dejarme un beso en la mejilla. Me volví hacia él, sorprendida por el gesto y sonrojada.

—Todo irá bien —dijo en voz baja, como si supiera las tempestades que me afligían el corazón en aquel momento.

—Eso no es algo que puedas prometer —repuse.

Emrys me dio la mano.

—Pues acabo de hacerlo.

Atravesamos la hendidura entre mundos juntos. Y, cuando me volví una última vez, lo único que vi fue el paisaje ensombrecido de Lyonesse desaparecer en lo que cerraba la puerta a nuestras espaldas.

—¿Y dónde estamos ahora?

—En el cementerio de Highgate —contestó Emrys tras echar un rápido vistazo en derredor.

—Más bien en el Círculo del Líbano —corrigió Nash.

—El Círculo del Líbano situado en el cementerio de Highgate —repuso Emrys a su vez.

Nash se lo quedó mirando en medio de la oscuridad, con pinta de estar cada vez más enfadado.

—En resumen, Londres —dije yo, poniendo los ojos en blanco.

Los dejé atrás y apuré el paso para intentar llegar al sendero entre las tumbas por el que las hechiceras iban avanzando despacio. Varios mausoleos delineaban las paredes que nos rodeaban y se curvaban hasta formar un círculo hundido en la tierra y apartado del resto del cementerio.

El lugar exacto en el que se encontraba el cuartel general del Consejo de la Sororidad era un secreto que muy pocos conocían, aunque muchos habían asumido que se encontraba en Londres, solo porque se había avistado a varias hechiceras por la zona. Cada vez que un Saqueador intentaba seguir a alguna al lugar en el que se reunían, terminaba perdiendo el rumbo hasta acabar en los peldaños que conducían a la Torre de Londres. Ese detalle siempre me hacía gracia.

Emrys me dio el alcance y le echó un vistazo al cedro joven que se alzaba hacia lo alto. Lo habían plantado sobre las tumbas que había en el centro del círculo y su juventud se contraponía con las fachadas de piedra salpicadas de musgo que tenían los mausoleos. Los detalles de la arquitectura inspirada por el estilo egipcio parecían cargar con el peso de los años.

Los apellidos tallados en piedra sobre las entradas apenas quedaban visibles detrás de toda la naturaleza que se superponía por encima. La hiedra se estiraba por doquier y la hierba seca se expandía

sin control alguno.

El desasosiego se respiraba en el ambiente nocturno. Notaba que nos miraban desde las montañas de hojas que se asomaban debajo de los montoncitos de nieve que se iban derritiendo y a través de las grietas que surcaban las paredes de las catacumbas. Una presión fría se materializaba a nuestras espaldas, como si quisiera ocupar el lugar que Caitriona había abandonado. Solo que, al girarme, al único que vi fue a Nash, escudriñando los mausoleos con expresión seria.

—¿Todo bien? —me preguntó Emrys en voz baja.

—Sí, no pasa nada —me las arreglé para contestar.

Aunque odiaba que mi primer instinto fuese mentir, la paranoia era algo contagioso y estaríamos mejor si al menos uno de los dos conseguía mantener sus nervios bajo control.

—Es que me preocupa Neve —añadí, lo que era cierto. Pensar en ella me daba algo en lo que concentrarme que no fuera aquella horrible sensación como de hormigueo y podredumbre que me había vuelto a la piel.

Continuamos avanzando por el camino curvado hasta que dimos con unas escaleras que nos conducían hacia el bosque que había cerca. En aquel lugar, el conflicto entre la humanidad y la naturaleza resultaba más pronunciado. Las plantas se habían apoderado de las tumbas y las lápidas estaban torcidas o desenterradas gracias a unas raíces que se asomaban desde la tierra.

Un destello de cabello pelirrojo hizo que ralentizara el paso.

—Estupendo —murmuró Emrys, bajando la cabeza para mantener la vista clavada en el suelo.

Madrigal avanzaba entre resoplidos y jadeos, murmurando de mala gana para sí misma mientras sus botas de tacón le dificultaban andar por el sendero adoquinado.

—Hace buena noche para un paseíto —comentó Nash en lo que la dejábamos atrás.

Ella lo fulminó con la mirada antes de depositar su mirada entornada sobre Emrys, como si estuviera evaluándolo. Por un instante, me preocupó que fuese a pedirle que la llevara en brazos el resto del camino.

—¿Y tú para qué has venido? —inquirí, tras dejar que mi odio

sobrepasara el miedo que le tenía al saber de lo que era capaz.

—A ver, fierecilla —me gruñó—, ¿te crees que habría abandonado la comodidad de mi hogar si por mí fuera?

—No sabía que a una taumaturga como usted se le pudiese obligar a nada —comentó Nash, con una ceja alzada.

—Incluso alguien como yo tiene que postrarse de rodillas ante las órdenes del Consejo de la Sororidad —contestó Madrigal—, y sufrir el papelón que eso acarrea.

—Pobrecita mía, las penurias que te tocan pasar —solté, poniendo los ojos en blanco.

—No te pongas así, si hasta respondí por vosotras frente al Consejo —me recordó Madrigal—. Ese es tu premio de consolación, no me seas mala perdedora. Además, he dejado que te quedes con mi querido cachorro y…

—¡No es tu cachorro! —espeté, sin poder controlar mi rabia.

—Tamsin… —intentó contenerme Emrys, pero estaba demasiado cabreada como para quedarme callada.

—¿Al final qué has hecho con el anillo? —exigí saber tras volverme hacia ella.

—Una vez comprendí que la promesa de venganza del Señor de la Muerte no era una maldición como creíamos y que no me iba a servir de nada, decidí guardarlo —contestó Madrigal—. Donde nadie podrá encontrarlo jamás.

Abrí la boca para soltarle una respuesta, pero la mano de Emrys encontró la mía y tiró de mí para alejarme de la hechicera. Estaba echando chispas al ver que él mismo no parecía nada enfadado, pero una sola mirada suplicante de su parte me recordó por qué.

Porras, pensé, con el corazón latiéndome desbocado. Si ella decidía tomarse a mal cualquier cosa que le dijera Emrys…

—Resulta que el único modo de sobrevivir a una catástrofe que ni siquiera he provocado yo es salvar al resto —refunfuñó la hechicera—. Así que aquí me tenéis, como una más de la Sororidad, de vuelta para salvar a esta sarta de brujas verrugosas de lo que ellas solitas se han buscado.

—Menuda suerte la nuestra —murmuró Emrys.

Conforme seguimos avanzando por el camino lleno de gravilla, el

silencio se volvió a asentar entre nosotros. Un muro espeso de árboles resguardaba el cementerio del resto de la ciudad, y resultaba algo inquietante no oír ni siquiera el ruido de un coche al pasar, por tarde que fuera.

Nash había recuperado su expresión seria y caminaba con las manos detrás de la espalda.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Y, muy para mi sorpresa, recibí una respuesta:

—Estoy considerando qué opciones tenemos si Caitriona decide no volver con la espada.

—¿Y? —lo alenté.

—Sigo dándole vueltas —contestó—. El problema es que, mientras el Señor de la Muerte lleve su corona con cuernos y nos encontremos tan cerca del solsticio, será capaz de invocar todo el poderío de la magia de la muerte de Annwn.

—¿Quieres decir que, hagamos lo que hagamos, tenemos que encontrar el modo de dejarlo sin corona primero? —pregunté—. No tienes cómo saber eso.

—Él no —se burló Madrigal—, pero yo sí.

Me volví hacia ella.

—Dado que es tu vida la que está en riesgo, yo que tú sería un poco más clara.

—A lo único que me arriesgo yo es a pasarlo bien, querida.

—Eso quiere decir que encontramos otra arma forjada por la Diosa o le seguimos el rastro a Cait —dijo Emrys—. Y luego le quitamos la corona cuando ataquemos.

—No es tan sencillo —repuso Nash—. Siempre tiene que haber un rey en Annwn. Y, si no es él, otro tendrá que ocupar su lugar. Los muertos necesitan un celador.

—Pues dejemos que las hechiceras se encarguen de eso —propuse —. Es lo mínimo que pueden hacer después de causar todo este berenjenal.

Nash soltó un gruñido de asentimiento.

—¿Qué? —empecé, dándome la vuelta—. ¿Nada que agregar?

Pero Madrigal había desaparecido.

—Venga ya —solté hacia la nada.

—Creo que ya ha llegado a su límite de trabajo en equipo —dijo Emrys—. Por mí, que no vuelva.

Mantuvo la cabeza echada hacia atrás para contemplar las ramas de los árboles cubiertas de sombras o quizás contar las estrellas que se asomaban entre ellas. Los hombros, que hasta aquel momento habían estado sumamente tensos, por fin se le relejaron.

—¿Los oyes? —le pregunté, frotándome los brazos para entrar en calor—. A los árboles.

La sonrisa de Emrys era casi como la de un niño.

—Bastante, de hecho. Son muy parlanchines. Muchos de ellos llevan aquí toda una vida, así que le cantan a los más jóvenes para enseñarles cómo alimentarse. A la mayoría no les gusta el frío.

Alcé la vista y entrecerré los ojos para mirarlos, sin estar muy convencida.

—Se expresan mediante canciones —me dijo—. No reconozco los sonidos, pero entiendo lo que dicen. Cómo se sienten.

—¿Y cómo se sienten? —pregunté, acariciando el tronco de uno al avanzar.

—Tienen miedo —dijo él, metiéndose las manos en los bolsillos—. No saben si todos sobrevivirán al invierno.

—Pues no son los únicos —murmuré por lo bajo.

37

La sensación de pesadez a nuestras espaldas no desapareció, sino que se volvió más intensa aún según cruzábamos las puertas del cementerio. Respiré hondo en lo que apretábamos el paso para atravesar un parque moderno que estaba cubierto de nieve, intentando apartar esa sensación.

Y entonces distinguí el parpadeo de las luces azules.

Por donde acababan los árboles al fondo de la calle, había varios vehículos de emergencia repartidos por la zona. Y, más allá, entre los edificios majestuosos, se apreciaba una descomunal montaña de nieve. Retorcida en unas formas aterradoras y casi tan alta como los edificios que la rodeaban, la capa de blanco se extendía por varias manzanas, casi hasta donde llegaba la vista.

Un helicóptero llegó a la par que nosotros y barrió la zona con un reflector en lo que más y más patrullas de policía y ambulancias llegaban a toda prisa. La gente también se iba congregando en derredor para observar e intentaban abrirse paso entre la nieve con sus propias manos.

Para encontrar a los muertos.

—Bendita sea la Diosa —dijo la hechicera Isolde casi sin aliento. Le dedicó una mirada a Kasumi y luego a las otras hechiceras, horrorizada. Kasumi contempló la escena con la misma calma de siempre.

—¿Qué hacemos, mi señora? —preguntó una de las otras hechiceras.

—Id a ver si podéis encontrar los cadáveres antes de que se transformen —ordenó Kasumi—. ¿Podréis quemarlos sin que los mortales lo noten?

—Ningún problema —dijo la hechicera con voz ronca.

Quería ponerme a gritar. Era como si se estuviese repitiendo lo de Ávalon. Las familias de todos los que habían perecido, cuyas almas habían sido arrebatadas de su cuerpo, jamás iban a poder enterrar a sus seres queridos. Y aquello iba a seguir pasando hasta que pudiésemos detener al Señor de la Muerte y a sus cazadores.

Y a Cabell, pensé. Yo misma le atravesaría el corazón con mi espada si hacía falta.

Nash se quedó por detrás, a un lado de Neve, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cómo vamos, jovencita? —le preguntó con delicadeza y mirándola desde arriba.

Las venas aún le pulsaban con aquella luz terrible, pero había comenzado a atenuarse y la piel se le había enfriado lo bastante como para que pudiera tocarle el brazo. Aun con todo, tenía un brillo ardiente en la mirada y su expresión era lo bastante distante como para que me quedara claro que no había recuperado la conciencia del todo.

—¿Dónde…? —preguntó en un hilo de voz.

—Vas a ir al Consejo de la Sororidad, doncella Neve —contestó Kasumi.

Neve me buscó la mirada, con los ojos como platos.

—Van a ver si pueden remediar lo que sea que te esté pasando —le conté. Cuando le di la mano, me percaté de que su pulsera se le debía de haber quemado o caído en Lyonesse, y la idea me dejó una sensación helada en el fondo de mi ser—. ¿Estás de acuerdo?

Neve asintió.

—¿Y Cait? —susurró.

Solo que no tuve oportunidad de contestarle, porque se le volvieron a cerrar los ojos. Pese a que la interacción apenas había durado unos segundos, me concedió un mínimo de alivio, a falta de esperanza.

—Por aquí —indicó Kasumi, guiando el cuerpo inconsciente de Neve hacia adelante.

El edificio victoriano de ladrillo rojo se encontraba justo en el extremo del parque. Estaba rodeado por una valla alta y negra, con cada barrote coronado por una estaca. Me llevó un segundo darme

cuenta de que no se trataba de un elemento decorativo, sino que cada borde había sido afilado hasta convertirlo en un arma. Cualquiera que intentara trepar la valla terminaría dejándose las tripas en el proceso ante el más mínimo paso en falso.

Hice una mueca de desdén al contemplar el edificio. En el mejor de los casos, la arquitectura victoriana se veía bastante recargada, y en el peor, daba la impresión de ser la cabañita hecha de golosinas de una bruja que pretendía atraer a los niños a su guarida.

—Tiene que ser broma —dijo Emrys, burlón.

Seguí su mirada hasta el nombre que había tallado sobre la puerta principal: Colegio Internacional Del Lago.

—¿De verdad es un colegio? —le pregunté a Nash.

—Claro que sí —contestó él, echándole un vistazo a la cámara y el intercomunicador que había cerca—. Solo que no para mortales.

Kasumi alzó una mano hacia el cerrojo de la puerta y este se abrió con un fuerte chasquido antes de que las puertas retrocedieran con un gruñido amenazador. Llevaba un anillo de llaves finas y plateadas colgado en la cintura y se tomó su tiempo para seleccionar una antes de que ella e Isolde condujeran a Neve por el patio y los escalones que daban a la puerta negra.

Aunque tendría que habérmelo visto venir, me sorprendió que la puerta del colegio nos condujera a otra Vena.

Cruzamos la oscuridad espiralada hasta salir a una especie de entrada elegante, como la del vestíbulo de un hotel de lujo. Unas columnas de mármol se alzaban hasta el techo alto, pero ni siquiera la opulencia de su diseño consiguió distraerme de las preparaciones de batalla que se estaban llevando a cabo.

Habían volcado todos los muebles hasta dejarlos de lado y apretujados para llenar los espacios entre los numerosos picos de roca que sobresalían del suelo de piedra. En medio de toda la destrucción solo había un pasillo angosto que supuse que conducía hacia la zona interior del edificio.

Emrys se inclinó sobre un entramado de latón y cristal y soltó un silbidito impresionado; parecía como si alguien hubiese estrellado un candelabro en el suelo a posta para dejar que las esquirlas cortaran a cualquiera que osara cruzar por ahí.

Unos gritos, martilleos incesantes y sonidos de cosas al arrastrarse por el suelo resonaban por todo el edificio. Al acercarnos, varias hechiceras alzaron la vista de donde estaban tallando sellos sobre el suelo y las paredes. Verlas contemplando a Neve con la boca abierta hizo que un instinto sobreprotector se disparara en mis adentros.

—Nadie más va a entrar por ese portal —les informó Kasumi—. Ya podéis cubrirlo con maldiciones.

Las hechiceras siguieron sus órdenes y se remangaron las túnicas antes de seguir tallando sellos con más ahínco. Por desgracia, aún oía los murmullos, aquella palabra que nos seguía mientras nos adentrábamos más y más en el edificio: *Aniquiladoras*.

Algo se movió a mi derecha y, cuando me volví, pegué semejante bote que el corazón me subió hasta la garganta. Solo que se trataba de mi propio reflejo mugroso. Las paredes estaban delineadas con espejos conforme llegábamos al centro del edificio, y vi que Nash iba examinando la disposición con la misma atención que hacía yo, para memorizar el camino que habíamos seguido y todas las salidas posibles.

El vestíbulo conducía a un patio interior muy amplio, con ventanales que llegaban hasta el techo y daban hacia un jardín extenso, tras el cual un amanecer con tintes violetas se iba asomando sobre una cordillera cubierta de nieve.

Estamos en algún lugar remoto, comprendí.

Mientras las contemplábamos, unas hechiceras que se habían reunido frente a las ventanas usaron encantamientos para cubrir los cristales de piedra y sellar la estancia del mundo exterior.

Su cuartel general parecía tener dos alas separadas, una a cada lado del patio interior. Emrys me apoyó una mano en la baja espalda para llamar mi atención. Seguí su mirada hacia donde se podían apreciar dos plantas superiores; quizás el edificio sí que había sido un hotel en algún momento. No pude ver ningún modo de llegar hasta allí hasta que Kasumi se acercó hacia la pared más a la derecha y activó un sello invisible que hizo que una enorme escalera de caracol hecha de madera brotara del suelo de piedra.

—Vamos a reforzar esta planta con magia —nos informó—. Así que no volveréis por aquí salvo que así se os ordene.

Eso no me sentó nada bien.

—¿Eso quiere decir que estamos atrapados aquí con vosotras?

—No pasa nada —me tranquilizó Nash—. Es el lugar más seguro en el que podríamos estar.

—Permíteme que lo dude —dijo Emrys por lo bajo en lo que su mirada se volvía a desviar hacia las hechiceras que sellaban la pared cubierta de ventanas. Estas habían empezado a sacar unos espejos de unas cajas muy grandes—. Oye, ¿ese de ahí no es…?

En el centro de la pared, una hechicera colgó un espejo que se nos hizo muy conocido. La magia protectora ondeaba sobre las muchas bestias que adornaban el marco.

—¿Les ha vendido el espejo? —pregunté sin poder creérmelo.

—Uno tiene que reconocer su espíritu emprendedor —dijo él—. Deben de haber descifrado cómo ajustar los encantamientos para atrapar a los jinetes y al Señor de la Muerte.

—Ya —concedí—. Pero ¿cómo van a engañarlos para que se dejen encerrar?

Kasumi condujo a Neve por las escaleras, haciendo caso omiso de las miradas de las otras hechiceras.

—¿Isolde?

—¿Sí, mi señora?

—Hazles saber a las demás que tendremos una reunión del Consejo dentro de una hora. Y haz que Davina vaya a vernos a mis aposentos.

—S… Sí, claro —dijo Isolde, antes de escabullirse haciendo ondear su falda.

Al llegar al final de las escaleras, vimos más hechiceras tallando sellos en el suelo. La magia reverberaba por el ambiente según los hechizos se entretejían en una red de protección.

—Tenéis que hacer que sean más sutiles —ordenó Kasumi—. Colocad más hechizos de encubrimiento.

Una hechicera de cabello claro alzó la mirada y, con un sobresalto, reconocí su rostro malhumorado. Se trataba de Acacia, una de las que nos había encerrado en su bóveda. No quedaba rastro de su sonrisa de desdén ni de su vestido inmaculado. El cabello se le escapaba del recogido alto que se había hecho y tenía la cara moteada de sudor y virutas de madera.

—¿Qué hace esta aquí? —gruñó en mi dirección.

Emrys se situó frente a mí, muy tenso.

—Son nuestros invitados —la regañó Kasumi.

—Pero si es una Aniquiladora —siseó Acacia.

Con un movimiento de la mano, Kasumi soltó una ráfaga de viento para castigarla. Acacia salió disparada por los aires y se estrelló contra la pared que tenía detrás. Tuve que hacer un esfuerzo por no sonreír; donde las dan las toman.

La otra hechicera se apresuró a volver a lo suyo, con cuidado de no mirar a los ojos a la suma hechicera.

—Terminad con esto y reuníos con las demás en el patio interior —ordenó Kasumi.

Acacia se puso de pie con el ceño fruncido y sacudiéndose el vestido.

—Sí, mi señora. —Su voz carecía de cualquier rastro de calidez.

Llegamos al rellano de la tercera planta y nos quedamos mirando el largo pasillo. Al final, donde se curvaba hacia la izquierda, había un retrato imponente de una mujer de cabello oscuro. Algo en el bosque que la rodeaba me parecía conocido, quizás el lago que se veía en el borde del marco.

—Morgana —dijo Nash, contemplándola con una expresión de lo más peculiar.

—Octavia os llevará a vuestras habitaciones para que podáis asearos y descansar —nos dijo Kasumi, mientras continuaba avanzando con Neve y nos dejaba atrás—. Os llevarán un cambio de ropa, así que por mí podéis quemar la que lleváis puesta.

Una hechicera se materializó a mi lado y me sujetó del brazo.

—Suéltala —dijo Emrys en tono cortante, pero yo ya me había sacudido de su agarre.

—No abandonéis vuestras habitaciones hasta que se os lo ordene —siguió Kasumi, y cuando intenté seguirla, más hechiceras aparecieron para bloquearme el camino—. Cuando llegue el momento, se os llevará algo de comer.

Una de las mujeres sujetó a Emrys, y un hombre con unas matas de pelo blanco lo agarró del otro brazo. Los ojos de este relucieron con un brillo de aguamarina en lo que arrastraba a Emrys para apartarlo

de mi mano extendida.

Es un puca, pensé. Lo mismo pasaba con el hombre y la mujer que sujetaron a Nash.

—Vale, vale, que no me estoy resistiendo, ¡tranquilos! —Se volvió para mirarme—. Haz lo que te digan, Tamsy. Todo irá bien.

La hechicera que me había sujetado del brazo, con su cabello rubio paja y rostro colorado, me dedicó una mirada recelosa. Kasumi dobló la esquina que había más adelante, y la idea de que Neve desapareciera con ella hizo que me hirviera la sangre en las venas.

—¡Oye! —grité, a sus espaldas. Más allá, obligaron a Emrys a entrar en una habitación y a Nash en otra—. ¡Dijiste que no seríamos tus prisioneros!

Kasumi se detuvo, aunque no se volvió para enfrentarse a mi mirada fulminante. Por alguna razón, la frialdad de sus palabras me alcanzó sin mayor problema.

—Jamás os prometí nada semejante.

Greenwich, Connecticut

Cada vez que cerraba los ojos, los gritos empezaban de nuevo. Se colaban por las paredes, por la puerta, más allá del pasillo. Ni siquiera los amplios terrenos de la Mansión Estival eran lo bastante grandes como para escapar de ellos.

—¡Sacadme de aquí, por favor!

Olwen se las había arreglado para quitarse la mordaza en algún momento de la noche y dejarse la garganta gritando en cuestión de unas pocas horas. No entendía lo afortunada que era de que su señor hubiese sido lo bastante precavido como para mantenerla con vida, para usarla contra los otros. Solo que, si seguía gritando de ese modo, su suerte se iba a terminar acabando y él no pensaba salvarla.

Los cazadores estaban más que dispuestos a buscar presas, y lo único que ganaba ella con sus gritos era recordarles su presencia.

Una sensación helada le rozó la piel, y no le hizo falta volverse para saber de quién se trataba.

—Vete para abajo, Primm —le espetó a la figura que se asomaba por el final de las escaleras.

Detrás de su silueta repulsiva había otras tres. Si bien en algún momento habían sido humanos, con cada víctima que se cobraban, con cada pizca de magia de la muerte de la que se alimentaba su alma consumida, se iban pareciendo más y más a los Hijos de la Noche.

—Si no puedes comportarte como el chucho que eres y hacer que esa zorra deje de gritar, me ocuparé yo mismo de ella —dijo Primm, sacando el cuchillo que llevaba en la bota. El arma chisporroteó cuando la magia de la muerte entró en contacto con el aire del pasillo en penumbra.

La forma en la que los cazadores pasaban de corpóreos a incorpóreos sin mayor problema hizo que el senescal se sobresaltara

un poco. La primera forma les permitía matar, mientras que la segunda evitaba que acabaran con ellos.

—¿Y bien? —insistió Primm—. ¿Es que solo ladras cuando te lo ordenan?

El senescal se negó a dejarse provocar. Permaneció en su sitio, con la espalda apoyada contra la pared junto al armario sin ventanas en el que habían encerrado a la prisionera, y los observó avanzar con discreción con una mirada entornada.

—Hazlo y te las verás con nuestro señor —advirtió, con lo que los otros cazadores se echaron atrás. Primm, por su parte, siguió avanzando.

—Pero no ha dicho que no podamos matarte a ti, ¿a qué no? —El cazador casi que se había puesto a salivar, temblando por la necesidad.

—Ve a matar a una de las criaturas si tan desesperado estás por destrozar algo —le dijo el senescal.

No hizo ademán de sujetar su propia espada. Primm había sido un viejo asqueroso cuando estaba vivo, y la muerte solo había conseguido aumentar su ambición y lo repugnante que era. Su señor le había dicho que no había nada más poderoso que la magia de la muerte en todos los mundos, y a menudo se preguntaba cómo podía ser que le hubiera parecido apropiado confiársela a alguien de la calaña de Primm.

El cazador dio un paso más hasta reposar su cuchillo en la base de la garganta del senescal.

—¿Y se puede saber qué papel interpretas tú en todo esto? No te ha convertido en cazador, pero parece que te las das de importante solo porque no duermes en los establos con los demás perros de caza. Como si fueses mejor que nosotros. Me pregunto qué será de ti cuando terminemos con nuestra misión en este mundo.

—Soy su senescal —le informó.

Primm estalló en carcajadas.

—¿Ahora nos vamos a poner títulos? ¿Puedo ser su chambelán? ¿Su halconero?

Al senescal se le estrujó el corazón. Su señor no debía de haber informado a los demás sobre el papel que desempeñaba. La sangre se

le concentró en el punto de la piel donde descansaba la hoja de Primm, y su olor le inundó los sentidos.

—Ja —se burló Primm—. No eres tan listillo como la zorrita de tu hermana…

Dado que se había visto obligado a adquirir su forma corpórea para empuñar su cuchillo, el senescal fue capaz de arrebatárselo con un movimiento. Primm retrocedió un paso antes de recomponerse y recordar que se suponía que el monstruo en aquel intercambio era él.

Sin embargo, el senescal, el sabueso, siempre había sido el que tenía los dientes más afilados.

Dejó que los colmillos se le alargaran hasta que le cortaron los labios y la sangre se le empezó a derramar sobre la barbilla y a gotear hasta el suelo que había entre ambos. La sonrisa burlona de Primm se desvaneció.

—Vámonos, anda —les ordenó a los otros—. Tenemos mejores presas a las que dar caza que este cachorrillo.

El senescal hizo el ademán de pegarle un mordisco a Primm y observó satisfecho lo deprisa que los cazadores se escabullían escaleras abajo.

Siempre que les era posible, los cazadores lo habían repudiado: primero lo ignoraban y luego aullaban en su dirección, con sorna. A él, que se suponía que debía ser digno de su respeto, que debía gobernar la casa de su señor y a sus sirvientes.

Ninguno de ellos merecía servir al Señor de la Muerte. Cuando ambos habían abandonado las ruinas de Ávalon, el porvenir le había parecido algo noble, un ajuste de cuentas.

Solo que, conforme la Cacería Salvaje iba aumentando sus filas y la piedra que llevaba su señor en el cuello brillaba con las almas de aquellos que iba segando, el camino hacia el futuro ya no le parecía tan directo como antes. Al emprender la búsqueda de la victoria que tanto le correspondía, su señor había reclutado a las almas más corruptas como sus sirvientes. Y, aunque el fin iba a terminar justificando aquellos medios inmorales, le habría gustado que el Señor de la Muerte no se hubiese rebajado a recurrir a aquellos que lo hacían parecer el villano de la historia, cuando él era el único héroe.

El senescal se dejó caer hasta el suelo y se pasó una mano por la

boca para limpiarse la sangre.

—¿Cabell? —le llegó la voz suave de Olwen desde el otro lado de la puerta—. ¿Estás ahí?

No me llamo así, pensó, apoyando la cabeza contra la pared. Deseaba poder atravesarla a cabezazos para así ponerle fin de una vez por todas al martilleo que se le iba concentrando en las sienes.

—Haz el favor de contestarle, caraculo —lo instó Pulga, y él ni siquiera se tomó la molestia de buscarla entre los cuadros arruinados y los tapices hechos jirones.

—Cabell, que te oigo respirar —insistió Olwen—. Después de todo lo que ha pasado, ¿ni siquiera puedes dirigirme la palabra?

No me llamo así.

—¡Que le contestes! —exigió Pulga, pálida, furiosa y muerta.

—No —espetó él.

—¿Por qué? —preguntó Olwen con voz ronca—. Éramos amigos, ¿no? Antes de todo esto.

—Nunca hemos sido amigos —dijo él.

—No te creo —repuso ella, decidida—. *Si eso es lo que quieres creer porque así te parece todo más sencillo, que así sea. Pero no tienes derecho a decidirlo por ambos, ¿me oyes?*

—No pienso liberarte —le informó—. Así que ni te molestes.

—No te lo he pedido —contestó Olwen.

Le lanzó una mirada incrédula a la puerta.

—Si llevas horas gritándolo.

—Es que no sabía que eras tú —se excusó ella.

—No tengo nada que decirte —espetó, de mala gana—. Si pretendes que te pida perdón…

—¿Acaso te lo he pedido?

La conversación seguía dejándolo sin palabras y cada vez le costaba más seguirle el hilo.

—No sé qué te dices para justificarte —siguió ella—, *pero yo no puedo vivir con el corazón lleno de odio. Nunca he podido, por mucho que lo haya intentado. Mi hermana carga con ese peso por ambas y la está destrozando.*

El senescal volvió a mirar a Pulga, como si ella tuviera la respuesta a la pregunta que le daba vueltas y vueltas en la cabeza.

—La inundó muy deprisa, esa necesidad de vengar a todos en Ávalon —continuó. La puerta se movió un poco, y se imaginó que la sacerdotisa también se había apoyado contra ella—. *Todo su sufrimiento y el dolor de la pérdida se concentraron en ese odio y temo lo que pueda ser de ella. Me da mucho miedo.*

—¿Y a mí que me cuentas? —preguntó el senescal.

—Comprendo por qué se siente así —siguió Olwen—. Del mismo modo que entiendo por qué el Señor de la Muerte está asolando el mundo, en busca del alma de su amada. No puedo aceptarlo, jamás podría, pero sé por qué destrozó Ávalon. Lo que no consigo entender, sin importar lo mucho que lo intente, es por qué lo ayudaste tú.

El senescal inhaló con dificultad.

—Te habríamos ayudado si hubieses acudido a nosotras.

Se llevó las rodillas contra el pecho hasta apoyar la cara contra las palmas. Ella jamás lo entendería. No tenía sentido explicárselo. Lo que había hecho, lo que había permitido que sucediera, lo señalaba como su enemigo para siempre.

—No es demasiado tarde —dijo Olwen—. Tamsin sigue luchando por ti. No ha dejado de creer en ti, Cabell.

—¡Cállate! —Estrelló un puño contra la puerta—. ¡No me llames así!

—¿Lo sabías? —inquirió Olwen—. ¿Sabías lo que quería hacerles?

Pulga tembló frente a él, y su figura se volvió rígida por la agonía. La sangre se derramó por su pecho abierto y, cuando jadeó, se ahogó con la sangre que le inundaba los labios.

Se aferró el cabello con el puño. Y, aunque cerrara los ojos con fuerza, la imagen permanecía vívida en su mente.

—Por muy enfadado que estuvieses con tu hermana —siguió Olwen, entre lágrimas—, ¿por qué tenías que lastimar a las mías?

—No lo hice —consiguió murmurar—. Yo no…

No había empuñado ninguna espada. No se había transformado para cazar junto a los Hijos de la Noche. Había sido un cobarde y se había escondido en los pasadizos ocultos que había en el torreón, a la espera de que aquel horror llegara a su fin.

No era nada.

Transfórmate, pensó. Quería convertir sus palabras, sus sollozos, en

sonidos humanos que ya no entendiera. El cuerpo se lo suplicaba, le suplicaba que lo liberase.

—Podemos acabar con esto —dijo Olwen—. Aún no es demasiado tarde. Sus muertes no tienen que ser en vano. Esta gente, estos cazadores con los que te has aliado…, no eres como ellos. Eres mejor. Mejor que todo esto.

—¡Que te calles! —Las palabras sonaron duras en su garganta y más aún en sus oídos. Volvió a aporrear la puerta con los puños—. Cállate ya o a la próxima vez dejaré que te hagan pedazos.

Salió corriendo escaleras abajo antes de tener que oír su respuesta, sintiendo asco por sí mismo con cada paso que daba. Sabía que era un cobarde, pero no podía soportarlo. Ni el sonido de su voz ni la sal que inundaba sus lágrimas.

Nadie la iba a molestar. La casa se había quedado en silencio en aquellas horas de la madrugada. Algunos de los cazadores habían sido enviados a buscar el lugar en el que las hechiceras habían decidido esconderse, aunque al resto los oía en la parte trasera de la casa, atormentando a las criaturas hasta hacerlas chillar.

Transfórmate, se volvió a ordenar. *Sal de aquí.*

Quería correr hasta que todo desapareciera y sus pensamientos se volvieran a desenmarañar. Podía aprovechar las varias hectáreas que rodeaban la casa. Estaban a kilómetros del vecino más cercano. Podía correr.

Y quizás lo habría hecho, si la puerta del despacho de su señor no se hubiera abierto.

La sangre le hirvió en las venas al ver a Endymion salir de entre la oscuridad, seguido de…

En menos de un instante, la vio salir y desaparecer por la puerta. Solo que era imposible confundir aquella melena pelirroja, la coquetería con la que parecía acariciar la forma incorpórea de Endymion… La habría reconocido en cualquier lugar.

¿Qué carajos pasa?

—Sí, hazlo —le dijo el Señor de la Muerte a Endymion en voz baja, antes de despacharlo con un ademán indiferente.

»Buenas noches, Bledig —lo saludó su señor—. ¿Le ocurre algo a nuestra invitada?

—No le pasa nada —contestó el senescal, sin poder apartar la vista de la puerta. Si hubiese estado en sus cabales, jamás se habría atrevido a preguntar—: ¿Por qué no ha matado a esa hechicera?

El silencio lo sofocó con su agarre helado.

—¿La conoces de tu vida falsa? —preguntó el Señor de la Muerte —. Debo admitir que me ha sido de utilidad. Nos ha proporcionado aquello que no podíamos ver en los recuerdos de la chica.

¿Por qué no me había dicho que estaba aliado con la hechicera? La pregunta gritaba en su interior. ¿Qué había hecho para perder la confianza de su señor? Si no era digno de ella, ¿cuánto quedaba para que perdiera todo lo demás?

Las palabras de Primm flotaron a sus espaldas y le rozaron la nuca. «Me pregunto qué será de ti cuando terminemos con nuestra misión en este mundo».

El Señor de la Muerte se lo quedó mirando unos segundos antes de adentrarse en su despacho.

—Ven conmigo, Bledig.

No tenía otra opción que seguirlo. La estancia seguía oliendo a sangre seca y descomposición, y la oscuridad solo quedaba interrumpida por unas pocas velas además de la luz de la chimenea, como a su señor le gustaba. Con cada latido de su corazón, Cabell comprendió con total certeza que no iba a abandonar aquella sala con vida. Nadie que cuestionara a su señor lo hacía.

Su rey se acomodó en la butaca de cuero que había frente al fuego.

—Acércate. Me temo que te he descuidado un poco.

Es cierto, entonó su cansado corazón.

El senescal se arrodilló frente a él, esperando ver una daga sobre la mesa que había a un lado. Sin embargo, lo único que había en ella era un vaso de *whiskey* sin terminar. El Señor de la Muerte le dio unos sorbos mientras contemplaba a su sirviente.

—No tendría que haberlo cuestionado —dijo el joven—. Es solo que… quiero serle de utilidad. ¿Cómo puedo servirlo? Deme cualquier tarea y me encargaré de llevarla a cabo.

¿Sigo siendo su senescal?

El Señor de la Muerte le acarició su cabello oscuro, y el sabueso en su interior le exigió que se inclinara hacia su toque. ¿Cuándo lo había

tocado alguien por última vez? La pesadez que le aprisionaba el pecho cedió un poco.

—No pasa nada —le dijo su señor—. Siempre te perdonaré. Eres mi senescal, así que te necesito a ti más que a nadie.

El joven dejó escapar un suspiro trémulo. No tenía ningún otro lugar al que ir. Solo le esperaba una muerte distinta.

—Hemos llegado al final de nuestra búsqueda —le contó su señor en voz baja—, y pronto volveremos a nuestro hogar. ¿Permanecerás a mi lado y te asegurarás de que consigamos la victoria?

Hogar. Menuda palabra más extraña y horrible. Un recuerdo de su pasado como humano. Uno del que no iba a tardar en desprenderse. Quería desprenderse de todo.

—Sí —susurró el senescal, contemplando el fuego crepitar—. Lo haré.

38

Aunque la habitación en la que me habían dejado encerrada no se podía considerar una celda, podía sentir sus barrotes de todos modos.

Tras hacerme entrar de un empujón, habían cerrado la puerta con llave. Y, al no tener mucho más que hacer, me había dado una ducha. El baño ofendía de lo grande que era, más que mi piso entero, y cada centímetro de su mármol blanco tenía detalles dorados. El agua estaba caliente y la presión, perfecta. Si mi mundo no hubiese estado cayéndose a pedazos a mi alrededor, habría disfrutado de la experiencia hasta trascender a un nuevo plano de existencia sumamente glorioso.

Tal como me habían dicho, las hechiceras me dejaron una muda de ropa: vaqueros, camiseta y jersey, además de ropa interior. Claro que ni siquiera eso ni la cesta de comida que dejaron a un lado consiguieron que le tuviera más aprecio a la Sororidad. Tras inspeccionar un poco las prendas, me las puse, mosqueada ante lo suavecitas que eran y lo bien que me quedaban.

La comida fue otro cantar. Si no hubiese estado tan cerca de morirme de hambre, ni la habría tocado. Había demasiadas historias sobre gente incauta que había comido alimentos feéricos y había quedado atrapada en alguna Tierra Alterna o que habían caído en un sueño profundo tras un simple bocado, pero decir que estaba desesperada era quedarme corta. No conseguía pensar con claridad y el vestirme me había quitado la poca energía que me quedaba.

De modo que comí una manzana y un poco de pan, y luego los bocaditos de un queso que no pude identificar y que sabían a gloria, y me puse a hacer planes en lo que recorría la habitación de un lado para otro.

Las paredes de color azul medianoche estaban llenas de tapices

enmarcados, declaraciones y retratos de hechiceras que solo conocía de nombre. La serie de sillones mullidos y sofás satinados de color esmeralda eran una invitación para que parara y descansara, pero no pretendía bajar la guardia al dejarme engatusar por una habitación llena de comodidades y un poco de queso caro.

La luz que se colaba por debajo de la puerta e iba cambiando me indicó que alguien estaba haciendo guardia. Incluso si conseguía evadirlo, los pasillos estaban llenos de sellos de maldición, por lo que era posible que ni siquiera llegara a la sala en la que tenían a Neve, estuviera donde estuviese. A lo mejor llegaba a la de Emrys, aunque, si yo tenía carcelero, él también.

Una corriente de aire caliente traqueteó al salir de un conducto de ventilación en lo alto. Muy despacio, alcé la vista hacia él.

Había visto unas cuantas cámaras de seguridad en el pasillo; habían llamado muchísimo la atención entre toda la parafernalia anticuada que prefería la Sororidad. No se me había ocurrido buscarlas en mi propia habitación, pero, como bien había previsto, vi una en la esquina superior derecha, siguiendo todos mis movimientos.

Con el rostro sonrojado por la furia, hice una bola con mi camiseta mugrienta y la lancé hacia la lente de la cámara. Me llevó tres intentos hasta que la camiseta se enganchó en la cámara y la cubrió por completo.

Satisfecha y, por qué no, un poco pagada de mí misma, me volví hacia la pared contraria, donde habían colocado un gran conducto de climatización.

Aunque me habían quitado el bolso, habían sido lo bastante consideradas para dejarme un cepillo de dientes de plástico. Tras usar la rodilla para partir el mango por la mitad, me valí de una punta afilada para desatornillar la tapa del conducto. La lámina de metal soltó un gruñido en lo que me apretujaba para entrar y volvía a colocar la tapa en su sitio.

Tenía el espacio justo para retorcerme y subir hasta donde el conducto se doblaba en un ángulo de noventa grados y continuar avanzando de forma horizontal por las demás habitaciones de aquel lado del pasillo. Tuve que tumbarme bocabajo, pero al menos podía ir arrastrándome al valerme de los brazos.

Hice una mueca al oír que el metal del conducto soltaba un chasquido de lo más delatador. Por delante, una luz se coló desde arriba y procuré concentrarme en eso y no en que el camino parecía ir volviéndose más y más angosto conforme iba avanzando.

—Eh… ¿hola?

Pegué un bote y me golpeé en la cabeza con la parte de arriba del conducto. Había un rostro observándome a través de la cubierta de latón, con las cejas alzadas.

Y, dado que solo hacía cinco minutos desde que había ideado mi plan, sin tiempo para pensar en ninguna contingencia, me congelé en mi sitio.

—Soy Robin, magus de la sororidad —se presentó—. ¿Te has… atascado? ¿Necesitas ayuda?

Magus era el título sin marcas de género escogido por quienes consideraban que el de hechicera, y sus implicaciones femeninas, no les representaban, aunque las habilidades y el alcance de su poder eran los mismos.

—¿Puedes hacer como si no me hubieras visto? —susurré esperanzada.

—¿Y si te hago un favor y te llevo a donde quieres ir? —Robin ya había empezado a desatornillar la cubierta del conducto. Su varita era más corta de lo normal, al menos en comparación con las que había visto usar a Neve y a otras hechiceras, pero el extremo que acababa en un athame hacía las veces de destornillador mejor que mi trozo de cepillo de dientes.

Al quitar la cubierta, me fue más sencillo ver a Robin. Se había decolorado el cabello hasta dejárselo rubio y casi al ras, lo que contrastaba muy bien con su piel morena. Al ver la amabilidad y la calidez de su rostro, así como esos ojos que parecían brillar de pura emoción al verme, noté que me relajaba, aunque fuera un poco.

Robin estiró una mano para ayudarme a salir del conducto. Viendo que no tenía escapatoria, me aferré a su brazo. En la manga de su abrigo ligero de terciopelo y de color amatista, tenía unas manchitas de lo que parecía ser tinta. La camisa y los pantalones negros que llevaba eran sencillos pero elegantes.

De algún modo, entre los tirones de Robin y mis propios

empujones, conseguí arrastrarme hasta un suelo de madera. Tras volverme para tumbarme de espaldas, eché un vistazo a la habitación.

Montones y montones de Inmortalidades llenaban unas estanterías que cubrían todas las paredes hasta el techo abovedado. Al inhalar, me llegó el aroma a papel viejo y tinta que perfumaba el aire. Una mesa que había cerca tenía varias libretas encuadernadas en cuero e Inmortalidades abiertas.

Es una biblioteca, canturreé para mis adentros.

—¿Dónde…? —empecé, obligándome a sentarme.

—Bienvenida al ático —dijo Robin—. También conocido como el repositorio del Consejo. Mi trabajo es mantener los registros.

—Encantada —contesté con cierto recelo y apartándome un mechón de cabello húmedo de la cara. Si bien de momento no había captado ningún ademán de hostilidad, seguía siendo parte del Consejo. Tenía que cuidarme las espaldas, además de lo que decía.

—Eres Tamsin, ¿no? —preguntó Robin—. Una de las Aniquiladoras.

Intenté que no se notara que quería que me tragara la tierra.

—Sí. Y el mote ese nos encanta, por cierto.

—Perdona, lo entiendo. Pero bueno ¿a dónde ibas?

—Estaba intentando encontrar a Neve —contesté en lo que volvía a examinar las estanterías con un hambre voraz—. ¿Sabes dónde está?

—Está con las miembros más veteranas del Consejo de la Sororidad —contestó—. Ahora mismo están asegurándose de proteger su habitación lo máximo posible. Te prometo que no corre ningún peligro.

Le manifesté mis dudas con una mirada.

—No pasa nada —añadió—. No le harán daño. Yo estoy llevando a cabo una investigación que me han encomendado, para ver si esto ya ha sucedido en alguna otra situación.

—Tengo que verla —insistí—. No tengo ningún problema contigo, pero espero que puedas entender por qué no puedo fiarme de tu palabra sin más.

—Sí, lo entiendo —dijo Robin. Se acercó al escritorio en el que había estado trabajando y levantó algo que había detrás de la pila inestable de libros: un portátil de lo más moderno.

Una transmisión se reproducía en la pantalla. Las imágenes granulosas mostraban a Neve tendida sobre una cama grande, con los ojos cerrados. Se habían asegurado de limpiarle la sangre seca y la suciedad del cuerpo y la habían vestido con una túnica blanca e impoluta. Una corona de flores descansaba sobre su cabello, además de varias más que había salpicadas a su alrededor. Verla de esa guisa hizo que la bilis me subiera por la garganta. Parecía lista para un sacrificio. O un entierro.

—¿Por qué la han vestido así?

—Es un reconocimiento —me explicó.

Un corrillo de hechiceras, incluida Kasumi, estaba debatiendo algo que no podía oír, ni siquiera al subirle el volumen. En lo que la observaba, una onda de aquella magia ardiente le recorrió la piel a Neve e hizo que una de las flores de su corona se redujera a cenizas. La sábana empezó a arder, pero no tardaron en apagarla.

—Oye, sé que quieres ver a los tuyos —dijo Robin—. Y puedo ayudarte. Pero a cambio, me preguntaba si me harías un favor.

—Te escucho —dije, aún con recelo.

—Quería hacerte unas preguntas sobre lo que presenciaste en Lyonesse y sobre el poder de Neve —dijo—, pero a la suma hechicera no le pareció buena idea.

—Pues claro que no —repuse con amargura.

Una nueva idea se me ocurrió al volverme para seguir contemplando las estanterías. Debíamos de estar en algún rincón apartado; podía oír murmullos y el crujido de los tablones del suelo un poco más allá de las estanterías.

—Te diré todo lo que quieras saber si me ayudas a llegar hasta Neve —acepté—, y también a investigar quién es su madre biológica. Puede que el alma de Creiddylad haya renacido en ella, pero alguien tiene que haberla traído a este mundo y dejado atrás pruebas de que era una hechicera. ¿Hay cómo averiguarlo?

—Pues claro —respondió Robin—. Puedo contrastar su sangre con la base de datos de las Inmortalidades y otros objetos encantados para ver si algo coincide. Y, a partir de allí, será sencillo continuar con su linaje.

Intenté que la furia que ardía en mi interior no se notara, pero

Robin la captó de todos modos.

—¿Qué ocurre?

—Cuando Neve acudió al Consejo hace meses para que la adiestraran, la rechazaron porque no tenía un linaje conocido —contesté—. ¿Me estás diciendo que podrían haberlo comprobado ahí mismo y ya? Es que no me lo creo.

—Ya —contestó, con un suspiro—. No tiene sentido y nunca lo tendrá, pero no van a cambiar las cosas porque es así como han sido siempre.

—Eso es lo más estúpido que he oído en la vida.

—Y que lo digas —dijo Robin—. ¿Sabes cómo me siento al saber que podemos acceder a todo esto… —hizo un ademán hacia los libros y las Inmortalidades—, que tenemos toda esta información al alcance de la mano, y ver, una y otra vez, que el Consejo actúa basándose en sus instintos y no en los hechos?

—¿Me ayudarás? —le pregunté—. Porque yo a ti sí.

—Por supuesto. —Robin se quitó la capa que llevaba y me la entregó—. Póntela e intenta mantener la cabeza gacha. Te llevaré a una sala en la que tendremos más comodidad y nadie nos oirá.

Hice lo que me pidió, aunque no pude resistirme a echar una miradita hacia las vitrinas resplandecientes llenas de reliquias conforme nos abríamos paso por el laberinto del repositorio. Por aquí y por allá, capté un vistazo de objetos que reconocía, como un trozo de un estandarte de Ávalon. Había más rastros de la isla repartidos a nuestro alrededor: trozos de corteza del árbol de la Madre, túnicas que habían llevado las primeras hechiceras al volver al mundo mortal tras su exilio, además de dagas y joyas…, pero fue el mural que había pintado en la pared más a la izquierda lo que hizo que ralentizara el paso y lo mirara con atención.

Tanto el torreón como el árbol de la Madre relucían bajo la luz del sol, rodeados de unos vergeles extensos y unas casas pequeñitas. Un río discurría por la parte de abajo del mural, en dirección al azul de la moqueta que había debajo.

—¿Se parece? —inquirió Robin, volviéndose para contemplarlo a mi lado. Su pregunta tenía un rastro de anhelo, y volví a sentir la desolación que me embargaba al pensar en la pérdida de la isla—.

Mandamos a algunas archivistas e investigadoras a las ruinas, pero… con toda la destrucción, era difícil tener nada por seguro.

Aquella representación de Ávalon parecía viva y en toda su gloria. Era así como debía ser recordado.

—Sí —mentí, antes de señalar a una figura encapuchada medio oculta entre los árboles pintados—. ¿Quién se supone que es esa de ahí?

—La Dama del Lago —respondió Robin—. La primera que fundó la orden de sacerdotisas en Ávalon, dueña de un poder extraordinario, según se sabe. Su hija heredó su cargo y, por desgracia, fue la última en llevar el título.

Fruncí el ceño.

—¿Seguro que era un cargo hereditario?

Eso no era lo que me había dicho Pulga. O quizás era que no la había entendido bien. Según lo que me había dicho, con cada generación que pasaba escogían a una nueva sacerdotisa para el cargo. Como si hubiese habido muchísimas más que solo dos.

—Sí, la verdad —contestó—. Mientras recibía mi entrenamiento en los archivos, estudié mucho su linaje. La hija, Caniad, decidió quedarse en el mundo mortal cuando separaron Ávalon para volverlo su propio reino.

—Anda —conseguí decir. Algo en la explicación de Robin había despertado un cosquilleo en el fondo de mi mente, aunque no sabía exactamente qué—. ¿Y por qué no volvió a Ávalon?

—Según los registros, estaba furiosa por que la espada de su madre hubiera sido entregada a una serie de reyes mortales, incluido Arturo —me explicó, animándose un poco conforme entraba en detalles—. Caniad creía que la espada había sido creada por la Diosa exclusivamente para su linaje, y, la verdad, no parece que ninguno de aquellos hombres haya podido hacer uso de todo su poder.

La historia que habíamos leído en el despacho de Bibliotecario me volvió a la mente unos instantes… «El espejo de la mortalidad, jueza y verdugo de las almas inmisericordes, salvadora de aquellos presos de la magia y la clemencia para los inocentes».

—Ay, perdona —dijo Robin, llevándose una mano a la cara—. La verdad es que podría seguir y seguir si no me pides que me calle.

Venga, ya casi hemos llegado.

Con una última mirada hacia el mural y la figura encapuchada, continué avanzando.

Pese a que Robin temía que fuesen a descubrirme, las demás trabajadoras enfundadas en capas moradas que dejamos atrás estaban enfrascadas en sus propias investigaciones o metiendo libros en unas cajas enormes para luego enviarlos a través de una Vena. Nadie pareció prestarnos atención, no había tiempo que perder.

—¿Qué hacen? —pregunté en un susurro.

—Algunas están buscando información sobre otras armas forjadas por la divinidad, por si resulta que no podemos recuperar a Excálibur —contestó.

Pero no hay tiempo para eso, pensé con tristeza.

—Y otras trasladan las piezas más valiosas del repositorio hacia un lugar seguro, hasta que se disipe la amenaza —me explicó—. Reliquias que puedan usar en nuestra contra, Inmortalidades valiosas por su contenido sobre la historia o hechizos…, ese tipo de cosas. Yo me lo llevaría todo, si pudiera, pero la suma hechicera apenas nos acaba de permitir que empecemos con el proceso. Creía que tomar medidas preventivas implicaría aceptar una derrota.

Ya me imaginaba cómo eso podría afectar a la moral.

—Por aquí —dijo Robin, sujetándome del brazo para guiarme entre una última espiral de estanterías. Si bien el repositorio solo abarcaba la sección central del ático del edificio, nos llevó varios minutos llegar a un pared llena de puertas, en el lado contrario de donde habíamos empezado.

Parecían una especie de salas de estudio, y todas menos una tenían un cartelito que rezaba OCUPADA. Robin giró el cartel de la última puerta tras instarme a entrar.

Era más espaciosa de lo que parecía desde fuera, lo bastante como para albergar una mesa para seis personas. Una estatua pequeña de la Diosa descansaba a un lado de la puerta, como si estuviese haciendo guardia. Aunque la vela que tenía en las palmas no estaba encendida, un ligero brillo irradiaba desde detrás de las cortinas que rodeaban la sala por todos lados.

—Toma asiento —me indicó Robin, sentándose en el borde del

escritorio, desde donde podía llegar a todos los papeles y las plumas —. ¿Te importa si nos ponemos a ello ya?

—Ningún problema —le dije, con el entrecejo un poco fruncido. Una sensación extraña, casi como la estática, me empezó a gruñir en la nuca. Me la froté un poco, pero no conseguí disiparla.

—¿Puedes contarme lo que pasó cuando disteis con Excálibur? —preguntó, mojando la pluma en tinta—. No te guardes ningún detalle. Incluso algo que te parezca irrelevante podría sernos de ayuda.

—Vale… Pues mira, había un dragón —empecé.

Robin alzó la cabeza de golpe, abriendo sus ojos ámbar por la sorpresa.

—¿En serio? ¿Un dragón rojo?

—Sip —contesté, para luego contarle cómo había aparecido Neve al final del pasillo, justo a tiempo para salvarnos.

—¿Y cómo llegasteis a Lyonesse? —quiso saber.

—Por medio de una arpía —respondí—. La Arpía de los Páramos.

—¿Una arpía? —repitió, con una envidia bastante evidente—. ¿Y cómo era? ¿Parecía demostrar algún…? —Ante mi mirada de sufrimiento, se interrumpió—. Vale, luego volvemos a eso. Continúa.

Seguí con mi relato y le expliqué cómo Nash y Caitriona habían conseguido matar y destripar al dragón. Robin parecía estar conteniéndose para no hacer preguntas. Su expresión me recordó tanto a Neve que noté un pellizco en el pecho.

—Entonces abrieron al dragón en canal y se derramó lo que tenía en el estómago, ¿incluida Excálibur? —me animó a continuar.

—No, Excálibur no —dije—. Neve la encontró atascada en el cuello del dragón. Preguntó si se suponía que la empuñadura tuviese unas bestias grabadas en ella y entonces la sujetó para tirar de ella. Y fue allí cuando toda la magia y la luz explotó a nuestro alrededor.

Robin frunció el ceño y anotó algo en un papel que tenía apoyado en la pierna.

—Y esa luz que explotó a su alrededor, ¿ella había podido invocarla antes sin ayuda de la espada?

—Sí. —Algo en su pregunta hizo que el pulso se me disparara un poco—. ¿Por? ¿Qué pasa?

Robin pasó de mi pregunta para hacerme otra.

—¿Alguna vez la has visto exhibir alguna otra habilidad inusual? Algo que involucre a las plantas o a aquellos que acaban de morir.

Volví a sentir aquel cosquilleo siniestro en lo que se me erizaba el vello de los brazos hasta casi hacerme sentir mareada.

—No.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, Robin ya iba en dirección a la puerta.

—Quédate aquí. No te vayas, ¿vale? Vuelvo en un segundo. Es que tengo que…

Pero la puerta se cerró antes de que terminase su explicación.

El zumbido a mi alrededor no cesó, sino todo lo contrario, hasta que las cortinas y aquella extraña luz que irradiaba por detrás pareció temblar por ello. Me acerqué hacia la cortina que tenía más cerca para abrirla.

Detrás había un cristal protector, y detrás de él…

El tapiz era tan solo una fracción del que había en el gran salón en Lyonesse, pero lo reconocí al instante, incluso sin estar cubierto de hielo. Los mortales en el campo intentando encender una fogata. Los Primigenios con sus coronas. El choque de espadas.

Tiré de la siguiente cortina, con el corazón latiéndome desbocado. El hombre de la mano de plata, Nudd Llaw Ereint, con sus tres hijos.

El zumbido se volvió más y más fuerte en mis oídos. No había podido ver los demás paneles del salón, ya que habían estado demasiado cubiertos de hielo o destrozados por el agua y el paso de los años. Abrí la siguiente cortina.

Notaba un hormigueo en la piel, como si algo se me estuviese removiendo debajo, deseoso de escapar.

La respiración se me volvió acelerada y errática en lo que me inclinaba hacia el cristal protector para contemplarlo más de cerca. Otra vez la Diosa, en aquella ocasión con una bebé en brazos y contemplando su rostro. La primavera se extendía a su alrededor en colores brillantes e irradiaba su dicha.

Unas manchas negras motearon el cristal y flotaron por mi visión. Retrocedí, intentando recuperar el equilibrio al notar que todo me daba vueltas de repente. Sentí una punzada intensa apuñalándome en el estómago.

Me aferré al borde de la mesa, desesperada por no caerme. Algo cálido me caía por la cara y me llevé la mano a la mejilla.

Lágrimas. ¿Por qué me había puesto a llorar?

La oscuridad me iba inundando la visión. Escenas de otros salones, de otros mundos y otras caras me destellaron en la mente, demasiado raudas como para aferrarme a ellas. Para verlas de verdad.

—No tendrías que haber visto eso.

Me volví de golpe, con las piernas temblorosas.

Nash se encontraba en el umbral, y su rostro se desdibujaba conforme más se me acercaba. Antes de que pudiera decirle nada, antes de que consiguiera moverme, mi mente se hundió en la oscuridad que la acechaba y perdí la conciencia.

39

Al principio, lo único que notaba era la calidez que me rodeaba, el balanceo constante del mundo y un latido aguerrido contra la oreja. La tentación de quedarme allí, en aquel momento de oscura serenidad, era sobrecogedora.

Pero al final me obligué a abrir los ojos.

El rostro de Nash se alzaba sobre el mío y tenía la vista clavada al frente mientras buscaba en la penumbra que nos rodeaba. Por un instante, no comprendí qué estaba ocurriendo, solo que se había echado uno de mis brazos al cuello y me llevaba en brazos.

—Nunca puedes hacer lo que se te dice, ¿no? —iba murmurando en lo que aceleraba el paso—. Tienes todo el bravío de un pavo real, pero el cerebrito de una paloma…

—Dirás de una alondra. —Hice referencia al ave de nuestro apellido, aunque apenas en un hilo de voz.

Ralentizó un poco el paso y bajó la vista para contemplarme en aquel pasillo apenas iluminado. Las paredes que nos rodeaban eran de piedra y, salpicados por aquí y por allá, había unos cuantos faroles colgados cerca de las habitaciones espaciadas. La humedad del frío me hizo pensar que estábamos encerrados bajo tierra.

No tendría que estar aquí.

Los recuerdos se alzaron tan rápido y con la misma molestia que una ampolla. Me retorcí para zafarme de los brazos y de las manos de Nash, que intentaba apaciguarme. Se me doblaron un poco las piernas, demasiado inestables como para cargar con la totalidad de mi peso.

—No me seas boba —me advirtió.

Contemplé el pasillo en el que nos encontrábamos con un horror que se iba acrecentando. Era alguna especie de sótano, era obvio.

—¿Dónde estamos?

—Nos vamos. —Esa fue su única respuesta.

—Claro que no —dije, intentando pasar por su lado—. Vamos a ir por los demás, no podemos dejarlos aquí tirados.

—Pues claro que podemos y eso es justo lo que vamos a hacer —me espetó Nash—. La única que me preocupa aquí eres tú, no ellos. Así que vamos a encontrar cualquier Vena que tenga Kasumi aquí escondida, incluso si tengo que llevarte de las orejas todo el camino.

Retrocedí un paso, asqueada.

—De verdad no eres más que un cobarde, ¿no? Te las diste de valiente en Lyonesse, pero lo único que haces es huir y…

—Me da igual si me odias durante el resto de la eternidad, ya me he odiado yo en nombre de los dos como para que me dure para varios siglos. —Me aferró de los hombros para sacudirme. Aquella confianza fanfarrona de la que siempre hacía gala había desaparecido para dar paso a algo más crudo. Tenso—. Lo único que he querido siempre, lo único que he intentado hacer, es protegerte. Y siempre que te encuentro, ya es demasiado tarde.

—¿De qué hablas? —exigí saber—. ¿Qué quieres…? ¿A qué te referías con que no tendría que haber visto esos tapices?

Aunque su agarre se suavizó, no me soltó. El dolor, vivo e intenso, le brillaba en los ojos.

—Siempre mueres… Se suponía que ese puñetero hechizo tenía que protegerte, pero se convirtió en una maldición —dijo con voz ronca—. Debió de haber hecho algo mal, y el mío no servía de nada para detenerlo.

La sangre me corría por las venas a un ritmo descontrolado, haciendo que me costara respirar.

—¿Tu… poder?

Sabía que Nash tenía la Visión Única, por lo que al menos poseía alguna especie de linaje mágico. Pero nos había dicho que no había llegado a heredar las habilidades de Sagaz de su padre.

Volvió a mirarme, sin decir nada. Entonces meneó la cabeza, como si estuviese decidiendo algo de una vez por todas.

—Tienes que recordarla, ahora sí. Tu maldición. Debes hacerlo.

—¿Que la recuerde? —Una sensación aciaga, como un mal presentimiento, se apoderó de mí—. Lo que dices no tiene sentido,

¿por qué no iba a…?

El recuerdo. Aquel que había olvidado. La historia de la hija de la Diosa.

El horror me envolvió la garganta con sus manos frías.

—Le has hecho algo a mis recuerdos, ¿verdad? Ese es tu poder.

Nash me devolvió la mirada, casi suplicante, aunque no lo negó. Solo que eso no era posible. No era una de las habilidades que tenían los Sagaces.

La presión se me iba concentrando más y más en el pecho. Sentía que los pulmones se me iban congelando.

—¡No tenías ningún derecho a jugar con mi mente! A quitarme nada.

—¡Tenía todo el derecho del mundo! —rugió, pasándose una mano por el pelo—. ¡No podía arriesgarme a que algo despertara tu magia y volviera a desatar tu maldición! Se desataba cada vez que corrías peligro, te robaba el aliento y te detenía el corazón. Una y otra vez fue depositando tu alma en un nuevo cuerpo para que él no pudiera encontrarla. ¡Y cada una de esas veces no he podido hacer nada para impedirlo!

Me eché hacia atrás.

—Has…

—Me he quedado sin monedas; me las dieron para protegerte, para asegurarme de que volvías a nacer y vivías una vida plena —dijo—. Eso era lo único que quería, su último acto antes de que se fusionara con el mundo.

—No entiendo nada de lo que dices. No…

Pero Nash no me dejó terminar. Estaba agitado y las palabras se le escapaban a toda velocidad.

—Le pedí a la Dama del Lago que lanzara un hechizo para esconder tu alma, para protegerla, pero algo debió de salir mal con el hechizo y ahora todo ha vuelto a empezar. Y, si no te saco de aquí, si no te llevo muy muy lejos, ten por seguro que morirás.

Me había puesto a negar con la cabeza, apartándome de él. Alcé un dedo, como si fuese una garra que le pudiese hundir en la garganta para que dejara de hablar. Pero era como si cada gota de mi sangre me hubiese abandonado el cuerpo.

—Es Neve quien posee el alma de Creiddylad —protesté en un hilo de voz. Me llevé una mano al pecho, como si pudiese aferrarme físicamente a mi negación.

—El papel que desempeña en todo esto es distinto —me explicó—. No lo supe ver hasta Lyonesse, cuando sostuvo la espada. Y claro que os encontrasteis la una a la otra. El Destino siempre se las arregla para hacer de las suyas.

—¿Qué dices? —exigí.

—Escúchame bien, Tamsy —insistió—. Antes no corrías peligro porque tu poder no había despertado, pero las cosas han cambiado, ¿verdad? Lo has notado en el cementerio, esa chispa como de potencial, el llamamiento de la nueva vida. Sé que lo has sentido.

Sí que había sentido algo, pero…

—No hay tiempo —dijo Nash—. Si te encuentra, si se activa la maldición y mueres por su culpa, o que la Madre no lo permita, si es él mismo quien te mata, podrá hacerse con tu alma, aquello que se suponía que debíamos impedir. ¿Entiendes lo que te digo?

Lo único que entendía era una cosa.

—Me has mentido —murmuré—. Desde el principio. Lo de la maldición, dónde me encontraste, por qué me acogiste… Has reprimido mis recuerdos. ¿Cómo me voy a creer cualquier cosa que me digas?

—Te quiero más que a mi propia vida —dijo él en voz baja—. Eres la hija que nunca tuve en una vida que jamás creí que podría tener.

Retrocedí para apartarme de sus palabras, de él, con el corazón latiéndome desbocado. ¿Cuántos años había anhelado que me dijera justo esas palabras?

—He cometido muchísimos errores en todo este tiempo, pero no pienso permitir que este se convierta en otro —juró—. Vas a salir con vida de esta. Vas a sobrevivir.

—Pero los demás… —empecé.

—Las hechiceras ya habrán descubierto quién es Neve —me atajó con prisas, volviendo a aferrarme del brazo—. Y el joven Dye sobrevivirá. Por alguna razón esos siempre lo hacen.

—¡Eso no lo sabes! —Intenté escapar de él, volver a toda prisa por aquel largo pasillo, pero aún tenía el cuerpo demasiado inestable, y su

agarre era férreo mientras me llevaba en dirección opuesta.

—Es que sí que lo sé —repuso—. Lo mismo ocurrió con su padre, y el padre de su padre, y el padre del padre de su padre…

Una a una, fue abriendo las puertas por las que pasábamos para revelar bodegas, salas llenas hasta arriba de barriles de vino, cajas de libros abandonados, pero ninguna Vena.

—La única Vena que he visto estaba arriba —le dije al tener una idea—. En el repositorio. Debes haberla visto. ¿No tiene más sentido que vayamos para allá?

Nash se detuvo y se volvió para mirarme. Inhaló y exhaló con fuerza.

—Vale —dijo, con una voz carente de emoción de lo más extraña —. Pues sube y ve a buscarla, jovencita.

La mirada que me dedicó fue la de un extraño; sin ningún atisbo de calidez en los ojos. Algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —exigí.

—Vuelve por donde hemos venido y vete para arriba —me dijo, con voz dura—. Vete de una vez.

—¿Qué carajos te pasa ahora?

Nash se había puesto pálido y me suplicaba con los ojos de una forma que nunca había hecho.

—Que vuelvas al ático te digo.

Y, un segundo después, lo noté. Una pesadez helada nos había seguido por el cementerio, aunque no era nada comparado con lo que sentía en ese preciso instante. Con el modo en el que pareció adentrárseme en el pecho y aferrarme el corazón.

—Por favor —dijo Nash en voz baja—. Vete, Tamsin.

Solo que ya lo había visto, aquel temblor sutil en el aire a mis espaldas, en el pasillo. La ligera distorsión en las líneas de la pared de piedra, que se curvaban sin razón.

Me quedé sin respiración y en aquella ocasión sí que dejé que me arrastrara detrás de él.

Una carcajada incrédula retumbó por la estancia, tan gélida como desdeñosa. Con un leve susurro de tela, el Señor de la Muerte se quitó el manto de Arturo y su capucha para descubrirse a sí mismo. Su armadura negra. Su sonrisa llena de odio. El rostro de un rey muerto.

—Hola, hermano —dijo.

Y en lo alto, rugiendo por el firmamento como si de un trueno se tratara, el cuerno de la Cacería Salvaje se desató.

40

Una corriente de lo más fría siseó al recorrer el pasillo y empujarme hacia la espalda de Nash, con lo que apagó las llamas mágicas de los faroles que había en la pared. Los gritos que se alzaron en respuesta se oyeron altos y fieros sobre nosotros. Ni bien el estruendo de las pezuñas y los vítores de euforia de los jinetes inundaron el aire, se desató una cadena de explosiones. El edificio entero tembló con la fuerza de cada estallido. Gritos, tanto humanos como monstruosos, llovieron por todas las plantas.

En aquel sótano, sin embargo, todo permanecía muy quieto. En silencio.

—¿Acaso no reconoces a tu propio hermano, Erden? —preguntó el Señor de la Muerte con aire divertido—. Debo admitir que me sorprende que sigas vivo. Ese carácter tan temerario que tienes tendría que haber acabado con tu vida en mil ocasiones distintas.

Erden. Volví la vista hacia Nash, para observar su reacción. El peso que se me extendió por todo el cuerpo hizo que sintiera como si me estuviese hundiendo hacia el suelo. «Hermano».

Los tres hermanos de cabello claro que había en los tapices.

Es cierto, pensé. *Todo es cierto.*

La única señal de angustia en el rostro de Nash era el modo en que apretaba la mandíbula al escoger sus palabras.

—Lo que veo es el rostro de Arturo Pendragon, a quien perdimos hace muchísimo tiempo —dijo finalmente—. Arrebatado por alguien a quien ya no reconozco como al hermano al que tanto quise.

La sonrisa burlona desapareció del rostro del Señor de la Muerte. Entonces me pregunté, de forma distante, cómo habrían sido sus facciones originales; si se habría parecido bastante a Nash como para que verlo fuera como ver un reflejo del pasado.

—Ya me has dado la espalda antes —dijo el Señor de la Muerte—. Y ahora eliges hacerlo de nuevo, bajo tu propio riesgo. No pienso protegerte de mis jinetes.

—Jamás pretendería que lo hicieras —repuso Nash, antes de señalar la puerta con la cabeza—. Parece que has rebajado un poco tus estándares con el paso de los siglos. Aunque claro, esos hombres siempre han sido perritos falderos que se ven a sí mismos como lobos.

Conforme el Señor de la Muerte se nos acercaba, muy muy despacio, nosotros también nos movimos. Me quedé un paso por detrás de Nash, sujetando la parte trasera de su chaqueta de cuero como si fuese una niña que temía perderse, en lo que él nos llevaba hacia la escaleras.

—¿Dónde está la chica? —inquirió el Señor de la Muerte.

Nash se colocó en posición de batalla. Llevó una mano a la espalda, pero no había ninguna espada allí. Las hechiceras nos lo habían confiscado todo, incluso la que se había escondido en la punta de la bota. El corazón se me subió a la garganta.

Se refiere a Neve, pensé. Pero ¿cómo lo sabía?

El Señor de la Muerte llevó la mano a la empuñadura del arma que tenía a un lado. El movimiento descubrió una larga cadena de plata que llevaba bajo el cuello de la túnica. Tenía una joya de color carmesí colgada allí, tan oscura que casi parecía de color negro. Unos hilillos plateados de magia de la muerte se retorcían en su interior, inquietos.

Tras la unión de los mundos, en las ruinas, había declarado que llevaba consigo las almas de aquellos que habían muerto en Ávalon. ¿Era así como lo hacía?

La espada del Señor de la Muerte soltó su canción metálica al desenvainarla y presumió de la magia que chisporroteaba en su borde afilado.

—Por la sangre que una vez compartimos, te daré esta última oportunidad para hacerte a un lado, Erden, o mataré a esa chiquilla petulante que pareces creer que vale la pena proteger.

—No significa nada para mí, Gwyn —dijo Nash, y su tono tan formal me resultó insoportable. Era como si se hubiese convertido en otra persona en cuestión de segundos—. Deja que se vaya y tú y yo

resolveremos esto, como tendríamos que haber hecho hace tantos años. Siempre se me ha dado mejor blandir una espada, pero tú has tenido siglos y siglos para practicar, ¿a que sí?

No obstante, el Señor de la Muerte no se movió para atacar. Seguía con la espada en la mano y su magia agitaba el aire entre nosotros.

—Mírate, tan asustado —dijo Nash, alterando su voz para que adquiriera un tono burlón—. Te haces llamar Muerte, y es a ti a quien más martiriza.

—Mi poder es la única recompensa que necesito —decretó el Señor de la Muerte—. Es infinito. Eterno.

—Como el vacío que reside en tu interior —dijo Nash—. Se ha alimentado durante años de toda la rabia y el odio que sientes y te ha dejado hueco el corazón. Y todo porque se te negó algo que nunca fue tuyo.

—¡Todo porque me la arrebataron! —El Señor de la Muerte volvió a avanzar hacia nosotros, solo que Nash se negó a retroceder. Me apretujé contra una pared que había cerca, incapaz de obligarme a salir corriendo.

—Ella misma tomó la decisión —lo corrigió Nash—. Solo que tú no pudiste aceptarla.

—¿Qué se siente al ser por fin el hijo menos favorecido? —lo provocó el Señor de la Muerte—. Puede que padre te haya preferido, pero ¿dónde está tu reino ahora? ¿Dónde está tu poder, tu gloria? He sometido a los muertos bajo mi voluntad, me he ganado mi corona. Y tú, Erden, sigues siendo lo mismo que has sido siempre. Una sombra patética y menoscabada que se esconde detrás de hombres mejores. No eres nada.

Me removí en mi sitio y me deslicé por la pared hasta que, con el pie, di con una piedra grande que se había soltado.

—Me parece a mí que eres tú quien necesita convencerse de todo eso más que yo —comentó Nash.

El Señor de la Muerte hizo una mueca de desdén antes de llevar la punta de su espada al cuello de Nash.

Más arriba, la Cacería Salvaje arrasaba con el edificio y hacía que más y más piedras se desprendieran del techo y de las paredes. Unos cristales se rompieron en una habitación que había cerca. Cuando

eché un vistazo hacia atrás, vi a unas hechiceras pasar corriendo frente a la puerta que había en lo alto de las escaleras, lanzando maldiciones sobre el hombro mientras unos cazadores las perseguían a pie o a lomos de sus monturas espectrales. El aire chirrió con el estallido de metal contra metal y los gritos de furia de los cazadores.

—Gwyn —dijo Nash en voz baja—. Eras mi hermano. Habría luchado a tu lado hasta que el sol se negara a alzarse en el cielo y todos los mundos se redujeran a cenizas. Pero tomaste una decisión terrible y todos seguimos pagando las consecuencias de tus actos. ¿Tan grande es tu orgullo que no te permite ver eso?

—Era mía —gruñó el Señor de la Muerte—. La quería.

—Lo que sentías no era amor —repuso Nash—. Era obsesión. Nada más que envidia.

—*¿Nash?*

Volví la mirada de sopetón hacia la base de las escaleras, donde se encontraba Cabell. Un humo gris y sedoso se extendía por detrás de él y hacía que su cabello y ropa oscura parecieran incluso más serias. Y, de algún modo, nada de lo que había sucedido en los últimos días fue capaz de acabar con aquella sensación de alivio instintiva que me embargó al ver que mi hermano estaba bien.

Solo que la sangre de Ávalon, los muertos de la Mansión Robledal y las cenizas de la biblioteca de nuestra cofradía inundaban el abismo que se había abierto entre nosotros.

Tenía unas pintas horribles, con las mejillas hundidas y unas sombras amoratadas bajo los ojos. Aun con todo, un atisbo de algo en su expresión hizo que pareciera el chico que siempre había sido y no el monstruo en el que se había convertido.

Pese a que Nash no dijo nada, sabía que los engranajes de su mente estaban en acción y no dejaban de girar. Solo entonces, en lo que el Señor de la Muerte apartaba su espada y retrocedía un paso, comprendí que había algo que había cambiado de forma radical.

El Señor de la Muerte pasó la mirada entre Cabell y Nash y una carcajada grave y amenazadora se alzó desde el pozo de veneno que tenía en el pecho.

—No puede ser —dijo, crispando los labios en una mueca mientras pasaba la vista de vuelta a Nash y luego a mí—. Seguro que no.

El terror hizo que el corazón se me congelara en el pecho. Me debatí para llevar aire a los pulmones incluso mientras las sombras del pasillo iban atenuando mi visión cada vez más.

Esta no es la maldición, me dije. *No pienso morir aquí.*

—Nash, ¿qué…? —empezó Cabell, avanzando hacia donde estábamos. Tenía una mano extendida y la expresión alterada, como si no estuviera convencido de que lo que veía era cierto. La voz le falló al pronunciar—: ¿De verdad estás aquí?

—Sí, Cab —dijo Nash al fin—. Perdona que haya tardado tanto.

Cabell se detuvo a unos pocos pasos de nosotros y sus ojos bebieron de la imagen de Nash después de haber pasado tanto tiempo sin él.

Mi hermano llevaba años soñando con aquel momento. Había creído que Nash volvería hasta que yo misma había acabado con esa esperanza. Y fue como si todo lo que nuestra vida podría haber sido nos rodeara como un fantasma, si tan solo una cosa hubiera sido diferente, si jamás hubiéramos ido a Tintagel. La posibilidad estaba tan cerca que dolía, aunque jamás la tuvimos a nuestro alcance.

La atmósfera extraña que se había extendido entre nosotros se quebró ante el sonido de una única palabra:

—*¿Ella?*

El Señor de la Muerte se volvió hacia mí, y su expresión de asco y consternación se debatía con el modo en que su cuerpo parecía querer inclinarse más cerca.

—Va a resultar que sí que es importante para ti, ¿verdad, hermano? —siseó el Señor de la Muerte.

Cabell dio un respingo por la sorpresa que le provocó aquella última palabra. «Hermano».

—¿Cómo?

—Me contó que su tutor, aquel que había desaparecido en busca del Anillo Disipador —continuó el Señor de la Muerte—, era un Saqueador. Un hombre de mala reputación.

—La parte de la mala reputación tendría que haberte dado una pista, Gwyn —dijo Nash con voz solemne—. Como ambos sabemos bien, un ave puede desprenderse de sus plumas, pero eso no cambia quien es por dentro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cabell, con la voz tensa.

—Todo este tiempo, después de todos los siglos que han pasado, has estado actuando en mi contra —dijo el Señor de la Muerte—. Escondiéndola de mí.

Nash sonrió. Parecía que él mismo había llegado a una conclusión y que ya no había cabida para más tretas.

—Cómo te debe picar saber que la has tenido delante de las narices durante tanto tiempo y tú sin enterarte.

—Su madre le puso un encantamiento para asegurarse de que no pudiera verla —dijo el Señor de la Muerte, preso de la furia.

—No —repuso Nash—. Nunca supiste ver a Creiddylad por quien era en realidad, así que ¿cómo ibas a reconocer la nueva forma que había cobrado su alma?

Cabell inhaló con fuerza al comprenderlo todo por fin. Poco a poco, me fui agachando hasta recoger la piedra que tenía bajo el talón.

—¿Cómo osas…? —empezó el Señor de la Muerte, con las fosas nasales hinchándose.

Moví el brazo a toda prisa y le lancé el pedrusco a la cabeza. El Señor de la Muerte la esquivó sin problema, pero aquel instante de distracción fue suficiente para que Nash golpeara el lado romo de la espada en un movimiento descendente y consiguiera arrebatársela a su hermano. Avanzó, obligándolo a retroceder.

—Cabell —dijo, sin apartar la mirada del Señor de la Muerte, aunque estirando una mano hacia mi hermano—. No pasa nada. Puedes volver con nosotros. Siempre podrás volver a tu hogar.

Cabell tragó en seco.

—Pero si no tenemos ningún hogar. Nunca lo hemos tenido.

—Eso no es cierto —contrapuso Nash—. Nuestro hogar somos nosotros tres, sea donde sea que el destino nos lleve. Escogiste quedarte con nosotros hace muchísimos años. Escogiste convertirte en quien eres y ahora puedes volver a hacerlo.

Cabell parecía temblar de pies a cabeza, pero no se movió. No reaccionó.

—Te abandonó, Bledig —se burló el Señor de la Muerte—. Dejó que creyeras que eras algo que no eres y te escondió tu verdadera

naturaleza…

Nash siguió hablando, sin afectarse:

—No quise abandonarte. Nunca he querido abandonarte.

Cabell no se movió en lo que Nash se iba acercando hacia él, muy muy despacio. Su expresión parecía suplicante, casi como si le rogara que lo que decía fuera cierto.

—Pero lo hiciste. Y Annwn es mi verdadero hogar.

—Ese es un mundo lleno de oscuridad. No es ahí donde debes estar.

—¿Ah, no?

La pregunta obligó a Nash a volverse hacia él. A pronunciar sus palabras con intención.

—Eres mi hijo. No hay magia en ningún mundo que sea capaz de cambiar eso.

Había estado observando al Señor de la Muerte por el rabillo del ojo, a la espera de que atacara con magia de la muerte o alguna otra arma que no hubiese visto aún. En su lugar, lo que hizo fue ofrecerle a Cabell su propia mano.

—Ya sabes lo que eres —le dijo en lo que Cabell lo miraba—. Ya sabes cuál es tu lugar.

Percibí un movimiento en lo alto de las escaleras y me volví a tiempo para ver cómo una tela esmeralda llena de patrones se arremolinaba y una varita hacía arder en el aire un símbolo con tres movimientos raudos.

La maldición no soltó ningún sonido. No destelló ni erupcionó como una explosión, ni siquiera cuando la magia chamuscó el aire. Fue tan solo un leve hilillo de luz que salió disparado en dirección al pecho de mi hermano como una flecha.

Me lancé hacia adelante, pero Nash llegó antes que yo y consiguió tirar a Cabell al suelo. El estallido de magia le impactó en el brazo izquierdo e hizo que saliera despedido por los aires en una ola de presión. Solté un grito al verlo caer al suelo.

La batalla rugía a mis espaldas; los chillidos de los cazadores y las órdenes que las hechiceras espetaban a gritos. Las maldiciones destellaron en el aire por encima de mí y trazaron unos caminos ardientes y caóticos que hicieron explotar las paredes, resquebrajaron

el techo y me dieron de refilón en el brazo. Me lancé hacia el suelo e intenté protegerme la cabeza con los brazos. Una maldición rozó la puerta junto a la que estaba el Señor de la Muerte justo cuando este aferraba a Cabell del hombro. Entonces los dos desaparecieron entre un remolino de sombras.

—¡Nash! —Permanecí cerca del suelo, incluso mientras la batalla nos dejaba atrás y se adentraba más y más en el cuartel general, y me arrastré hacia donde yacía tendido.

Le costaba respirar y, al verme, los ojos se le abrieron por la sorpresa. Tanteó sobre el suelo hasta dar con mi mano, y fue ese agarre, que me apretujaba con cada estremecimiento de dolor que sentía, lo que me llenó de miedo incluso antes de ver lo que le iba ocurriendo en el cuerpo.

Una piedra gris brotaba desde el agujero que había dejado la maldición en la manga de su chaqueta y se le extendía por el brazo como el cemento líquido, volviéndose sólida antes de que tuviera tiempo a quitársela.

—¡Auxilio! —chillé en dirección hacia la puerta, sintiendo que el terror me iba consumiendo—. ¡Ayuda, por favor!

Una hechicera había echado la maldición, por lo que otra podría deshacerla y…

—M-mírame…

Le hice caso, notando que el cuerpo se me encendía por el pánico y la desesperación.

—Sabes… lo que es.

El abrazo de la piedra. Una de las primeras maldiciones que nos había enseñado, cuando apenas teníamos la edad suficiente para escribir nuestro propio nombre.

Nash pareció deleitarse al contemplarme en medio de la oscuridad, incluso mientras luchaba por esbozar una sonrisa. La piedra se le extendió por el lado izquierdo, desde el hombro hasta los pies.

—Solo… resiste un poco más, ¿vale, viejo? —dije con voz ahogada —. No te atrevas a… No puedes…

—Tamsy, cariño —volvió a llamarme, luchando por respirar en lo que la piedra se le iba extendiendo por el pecho—. Ahora… sé que… estarás bien. Lo notas… porque tu poder… ha…

—Nash, no… No… —No lograba sacar las palabras de mi interior.

Aún con la mirada clavada en mí y su mano libre aferrada a la mía, las extremidades y órganos inferiores se le iban petrificando en lo que la maldición se extendía hacia arriba y el dolor lo sobrepasaba.

—Jamás podría… haber soñado con… algo mejor que mis… diablillos… —Sus últimas palabras llegaron sin aliento según la maldición le cubría el pecho. La garganta.

Su mano se convirtió en piedra alrededor de la mía y me atrapó allí. Me obligó a ver cómo la piedra le cubría la boca, las mejillas, los ojos.

Y, como el pasar de una última página, su historia llegó a su fin.

41

Aunque solo habían transcurrido unos pocos minutos cuando oí mi nombre, una sensación extraña e irreal se me había apoderado de la mente, una que transformaba los segundos en días. Me quedé mirando su rostro de piedra, a la espera de que apareciera una grieta, a la espera de que Nash se abriera paso desde dentro al haber encontrado otra forma más de burlar a la muerte.

—¡Tamsin!

Unas manos conocidas, cálidas y llenas de callos, me acunaron el rostro y me lo apartaron de la piedra. Emrys apareció entre las sombras y me examinó con urgencia antes de bajar la vista hacia Nash.

—Mierda —susurró—. Lo lamento. No sabes cuánto lo siento.

—Ha sido… Ha sido una maldición… —dije con voz ronca. La parte de mi mente que aún estaba consciente sabía que estaba en *shock*, pero en aquel instante, lo único que procesaba era la sensación de estar encerrada en mi propio cuerpo. Como si Nash me hubiese transmitido la maldición con su toque y estuviésemos los dos atrapados.

Intenté apartar la mano, pero se había quedado encerrada entre los ásperos dedos de piedra de Nash. Y, cuanto más intentaba zafarme, más se me aceleraba la respiración y el cuerpo se me iba encendiendo con una oleada de pánico y terror.

—Espera —dijo Emrys—. Dame un segundo, Avecilla, todo irá bien…

Me volvió a girar el rostro hasta presionarlo contra su pecho, para que no tuviera que verlo. El corazón le latía a toda prisa bajo mi oreja al recoger una espada. El sonido metálico y duro de los golpes contra la piedra no fue ni de cerca tan horrible como los latidos sordos de

cada embiste hasta que, al final, noté cómo la mano de Nash se deshacía contra la mía cuando Emrys le golpeó los dedos con la empuñadura de la espada.

En cuanto quedé libre, Emrys me ayudó a levantarme y a permanecer en pie hasta que las piernas pudieron sostenerme y dejé de notar la sangre latiéndome en los oídos.

—¿Qué hacías aquí abajo? —me preguntó.

Los gritos y aullidos de la Cacería Salvaje no habían cesado, ni tampoco el chisporroteo de los hechizos. Una peste malévola inundaba el ambiente, como a carne quemada y ozono. El humo y las chispas de la magia flotaban por la puerta que había en lo alto de las escaleras.

—¿Tamsin? —me llamó Emrys, para que devolviera mi atención hacia él.

—Él quería… —No pude obligarme a explicárselo todo, no en aquel momento—. Tenemos… Tenemos que buscar a Neve.

La suma hechicera había dado a entender que pensaba llevar a Neve a sus propios aposentos, los que parecían estar en la tercera planta, más al fondo del ala este de lo que nosotros habíamos llegado. Y la transmisión de vídeo que Robin me había mostrado parecía confirmarlo.

—¿Sabes dónde está? —Esos ojos preciosos que tenía me observaban, preocupados una vez más, aunque jamás fuese a impedirme llegar hasta mi amiga. Yo lo sabía y él también—. ¿Crees que seguirá en la tercera planta?

Asentí.

—Han bloqueado el tejado, para que la Cacería se viese obligada a entrar por la primera planta y luchar hacia arriba —me explicó—. Vamos a tener que pensar cómo rebasarlos.

Si bien aún tenía el cerebro palpitándome por el miedo, los fragmentos más básicos de un plan empezaron a cobrar forma.

—Si no podemos llegar a su habitación del modo convencional, podemos intentar colarnos por los conductos de ventilación —propuse.

—Es probable que Neve sea quien más a salvo esté en todo el edificio —dijo él—. ¿Cómo sabemos que las hechiceras no la han sacado de aquí?

Apreté la mandíbula.

—No lo sabemos, así que tenemos que asegurarnos. Una vez demos con ella, hay una Vena abierta en el ático que podemos usar para escapar.

Emrys parecía confundido por toda la información, pero asintió de todos modos, más que dispuesto.

—Entonces eso es lo que haremos. A volar, Avecilla.

Acepté su mano cuando me la ofreció y lo seguí en lo que avanzábamos por el pasillo, en dirección a las escaleras que nos iban a conducir hacia la primera planta del edificio. Al llegar arriba, volví la vista hacia el pasillo, pero el cuerpo de piedra de Nash había quedado cubierto por el humo.

Era una advertencia de lo que estaba por llegar.

La primera planta estaba ardiendo.

Los cazadores habían activado muchas de las maldiciones, y unas líneas de fuego los habían obligado a avanzar por un único camino agosto que los llevaba por el pasillo hasta el patio interior.

—¡Soltadme! ¡Soltadme en este instante!

Me volví para buscar entre las nubes de humo el origen de las voces cuyos gritos eran tan estridentes como unas alarmas.

—¡Maldita seas!

Me aparté de un salto de la pared que tenía más cerca y del espejo que tenía colgado. Un cazador se lanzó contra el cristal para intentar hacerlo añicos desde dentro. Conforme el humo se iba alzando, decenas de rostros fueron apareciendo en los espejos que cubrían las paredes, entre lamentos y súplicas.

—Los hechizos resisten —dijo Emrys, y el «de momento» que no agregó flotó entre ambos—. Vamos.

Las estacas que habían colocado con cuidado habían doblado su tamaño hasta convertirse en un entramado de espinas que recorría el pasillo. Seguí los pasos de Emrys al milímetro en lo que él trazaba un camino entre el brillo espectral de las llamas que había por doquier y me vi obligada a soltarle la mano para que pudiéramos cruzar por

encima de los pinchos afilados.

Con nada más que un grito ahogado de advertencia, Emrys me apartó de un empujón hacia el borde exterior del vestíbulo y nos obligó a quedarnos agazapados detrás de una de las estacas que sobresalía del suelo. Un segundo después, tres cazadores pasaron lentamente por nuestro lado, con su cuerpo de fantasma volviéndose corpóreo a momentos.

—¿Qué…? ¿Qué nos han hecho? —consiguió farfullar uno de ellos.

Los cazadores que estaban atrapados en los espejos aporrearon el cristal, gritando hasta quedarse sin voz. Los recién llegados pegaron un bote cuando el humo se dispersó para revelar las trampas.

—¡Mierda! —se quejó uno de los cazadores, retrocediendo con un gritito—. Te he dicho que por aquí no era…

—¡Por allí! —oímos el grito cansado de una mujer. Cuatro hechiceras se materializaron entre el humo que había al final del vestíbulo y azotaron a los cazadores con los látigos de fuego que acababan de crear. Cuando uno se prendió en llamas al adquirir su forma corpórea, soltaron unos gritos de júbilo.

Pero la victoria no les duró mucho. Con un rugido, el cazador que tenían más cerca les lanzó una daga tras otra; y, aunque las hechiceras que estaban al frente del grupo fueron lo bastante rápidas para esquivarlas, aquella que estaba al fondo, una rubia imponente, se llevó una daga a la garganta que la hizo atragantarse con su propia sangre hasta desplomarse en el suelo.

Con unos gritos desgarradores, las hechiceras cargaron hacia adelante y obligaron a los cazadores a retroceder hacia la entrada del edificio. Emrys aprovechó la oportunidad para tirar de mí y hacer que siguiéramos avanzando. Ralentizamos el paso cuando llegamos hasta la hechicera caída, y sus ojos esmeralda nos devolvieron la mirada, ya sin vida.

Con una mueca de desagrado, Emrys le arrancó la daga que tenía en la garganta, haciendo que salpicara un poco de sangre. Tras limpiar el arma con sus vaqueros, me la tendió.

—Ten —me dijo, y no fui capaz de protestar.

Una vez que dejamos las estacas por detrás, seguimos avanzando agazapados y cerca del lado derecho del pasillo. Una bruma rojiza

escapaba del patio interior y consiguió confundirme lo suficiente al ver que se abría paso entre el humo plateado. El estruendo de las armas y de los gritos nos recibió en la entrada.

—¡Hacedlos retroceder! —Fue lo que gritó Kasumi, con su voz alzándose por encima de todas las demás.

Las luces de los hechizos destellaron en las plantas superiores, entre chisporroteos que no tardaban mucho en apagarse. Un jinete cargó hacia adelante por el velo carmesí, con su armadura plateada y reluciente según su montura galopaba antes de saltar y llegar de un solo impulso hasta la segunda planta. Una hechicera lo siguió a toda prisa, con el rostro empapado por el sudor y el vestido hecho jirones. La punta de su varita soltó unas espirales de magia y sus gritos de furia me resonaron en los oídos. Con un movimiento de su varita, fue capaz de crear una espiral de viento lo bastante fuerte como para poder lanzarse hacia arriba y perseguir al jinete.

El corazón me latía más rápido de lo que podía correr, hasta que la adrenalina hizo que todo me empezara a dar vueltas. Me aferré a la daga con todas mis fuerzas, preocupada por que el sudor que me cubría la palma fuese a hacer que se me resbalara.

Emrys corrió hacia el lugar en el que tendrían que haber estado las escaleras. Al recordar cómo se habían desvanecido y solo habían vuelto a aparecer tras la orden de Kasumi, me puse a buscar un sello en el suelo.

—¡Las escaleras estaban aquí cuando he bajado! —dijo él, y entonces algo pareció ocurrírsele—. Creo que hay otro modo de subir…

Intenté seguirlo, pero la niebla era demasiado espesa y no tardó nada en desorientarme. Un subidón de pánico me inundó al perderlo de vista, hasta que distinguí su sombra un segundo después.

Solo que aquella sombra se desdobló en dos y, según me acercaba, una escena se me fue revelando entre la bruma.

Uno de los cazadores se cernía sobre una hechicera aterrada, que retrocedía desesperada y a gatas sobre la moqueta bañada en sangre para escapar de él. El jinete alzó su espada, con la magia de la muerte enroscándose en la hoja al anticipar un alma más que podría cobrarse. Cuando giró el rostro ligeramente, reconocí al hombre que había sido

en vida.

—¡Dye! —exclamé.

Endymion volvió la mirada por encima del hombro, con los ojos reluciendo con un brillo de diversión. En su caso, su humanidad había sido la máscara y lo único que había hecho la muerte era liberar la monstruosidad que siempre había habitado bajo su piel.

La hechicera aprovechó la oportunidad para escapar y salió corriendo hacia el caos de la batalla sin ni siquiera mirar atrás. Tras haberme hecho con la atención entera del cazador, no recordaba bien por qué aquello me había parecido una buena idea en primer lugar.

—Pero qué sorpresa —dijo, con una sonrisa que dejó ver sus dientes afilados—. Qué conveniente que por fin vaya a poder matarte a ti también.

—Me temo que no me gusta nada este nuevo *look* que llevas —le dije, retrocediendo en dirección al pasillo—. La cara de no muerto no le sienta bien a la mayoría, la verdad.

—¿No muerto? —Endymion soltó una carcajada—. Soy muchísimo más que eso, chiquilla. Mi poder es algo que jamás podrías comprender.

—Puede que tengas razón —concedí—. No hablo *imbecilés* y la Visión Única no parece querer traducirme nada.

—Y yo que creía que no iba a volver a oír a los listillos de los Lark nunca más —dijo él—. No sabes la satisfacción que siento al saber que jamás tendré que volver a someterme a esto.

Me mantuve firme al verlo acercarse despacio, a sabiendas de que la daga que tenía en la mano no iba a ser capaz de detenerlo.

La magia de la muerte emanaba del centro de su ser. Noté una sensación ardiente en la barbilla cuando su mano espectral pasó a cubrirse de una carne fría y fue capaz de sujetarme con ella. Mi marca de la muerte imitó el mismo dolor hasta escocerme.

Dile quién eres, me susurró una voz en mi interior. *No matará aquello que su señor está buscando.*

—¿Nada más que agregar? —se burló Endymion, levantándome por el cuello de la camiseta. Me debatí y sacudí las piernas, sin éxito alguno.

—Padre.

Emrys se encontraba a unos pocos pasos, una vez más con su espada en mano. Tras verlo cuadrar los hombros, no distinguí el miedo en su mirada. Tan solo un odio profundo y controlado.

La satisfacción que me embargó al ver el estupor en las facciones cadavéricas del jinete cuando se volvió hacia su hijo fue tremenda. Perdió el agarre que tenía en mi camiseta y terminé en el suelo, luchando por respirar. Los ojos de distinto color de Emrys se volvieron un segundo hacia mí, para asegurarse de que estaba bien, antes de volver a centrarse en su padre.

—Esto no… —empezó Endymion, casi sin voz—. No eres…

—¿Real? —terminó Emrys por él, trazando un círculo al avanzar. Endymion siguió el movimiento de sus pasos retorciendo el cuello de forma antinatural—. ¿No puedo estar aquí, respirando? Tienes muchas opciones que escoger.

Endymion negó con la cabeza. De haber estado vivo, los pulmones le habrían estado funcionando a toda máquina o quizás se habría querido arrancar ese cabello descolorido que tenía. Sin embargo, lo único que pudo hacer en aquel momento fue soltar un gruñido gutural.

—Estás muerto —decretó Endymion—. Esto es una trampa.

—No hay ninguna trampa —dijo Emrys, enfrentándose a él. Endymion empezó a retroceder hacia el humo carmesí—. Venga, papá. ¿Qué formas son esas de saludar a tu querido hijo? ¿A tu único heredero?

Me puse de pie como pude. La mandíbula del cazador se removía en su sitio y de un lado para otro, casi hasta desencajarse por la angustia.

—Es una trampa —repitió el espectro. Su voz había adquirido un matiz de súplica. La espada se le escapó de la mano, sin fuerzas, y estalló en unas chispas plateadas al impactar contra el suelo.

—¿Ha valido la pena? —le preguntó Emrys, oculto entre las profundidades del humo—. Todo lo que nos hiciste. ¿Te hizo sentir poderoso saber que podías lastimar a tu mujer? ¿A tu hijo?

—¡Que no eres él! —rugió Endymion, cargando hacia el lugar del que provenía la voz de su hijo—. ¡No eres mi hijo!

—¿Te fue más y más difícil conformarte con cada golpe que dabas?

¿Con cada castigo? ¿Acabó con la debilidad que había en tu interior como querías? —siguió Emrys—. Cuando mi sangre te salpicó en la cara, ¿reconociste su sabor como propio?

Endymion se sumió en un silencio atronador que se estiró tanto que casi dejé de notar las manos. Hasta que, poco a poco, su expresión pasó de una rencorosa a una casi… lúgubre.

—Lancé tu corazón al fuego —dijo Endymion al ver que su hijo volvía a aparecer más allá de donde estábamos. Ladeó la cabeza, como si estuviese escuchando algo que yo no alcanzaba a oír—. ¿Cómo es que aún late?

—¡Serás cabrón! —rugí al abalanzarme sobre él. Solo que mi daga atravesó su cuerpo intangible sin hacerle daño y terminé de rodillas en el suelo.

—Te mostraré cómo —le dijo Emrys, con toda la tranquilidad del mundo—. Dame la mano. Toca la mía.

Observé aterrada cómo le tendía la mano a su padre, para que se la tocara. Endymion flotó hacia él y alzó sus dedos de espectro como si fuera preso de un sueño. Las manos del cazador volvieron a convertirse en unas de carne y hueso frente a mis ojos, con la piel gris y sin gota de sangre. Emrys cerró la mano en torno a una de ellas.

—Adiós, padre —dijo.

Endymion alzó la vista, confuso, pero ya era demasiado tarde. Emrys lo hizo girar hasta lanzarlo con fuerza hacia la niebla, hacia donde el Espejo de Shalott colgaba en la pared.

Endymion se estrelló contra la magia del espejo y, con un jadeo enfurecido, intentó apartarse de su agarre. Al entrar en contacto con las ondas del cristal, unas volutas de su cuerpo, de su alma transmutada, quedaron arrancadas, como si el propio espejo lo estuviera inhalando.

Entre gruñidos, el cazador se dejó caer al suelo para luego darle zarpazos al espejo en un intento absurdo por escapar.

—¡Mi señor! —exclamó—. ¡Mi señor!

El espejo tembló y traqueteó contra la pared antes de tragarse los últimos restos del alma de Endymion Dye con un suspiro satisfecho.

Emrys enroscó su brazo con el mío para alejarme de los gritos rabiosos de su padre. A salvo, por fin, al saber que aquel hombre

jamás iba a volver a lastimarlo. En lo que retrocedíamos hacia el vestíbulo de la entrada, vi que le temblaban los hombros.

—¿Estás bien? —le pregunté, con cautela.

Solo que, al devolverle la mirada, me di cuenta de que se estaba riendo.

Eran unas carcajadas de incredulidad y júbilo; el delirio de ser libre de un peso imposible, de una sombra horrorosa, que por fin ya no le hundía los hombros. Se inclinó hacia abajo y me besó, transmitiéndome cada gota de su alivio y su dicha en aquel beso. Yo me aferré a sus brazos para estabilizarnos a los dos.

—Pero qué monos. —El sonido de una voz aterciopelada nos llegó desde la entrada del patio interior.

La risa murió en los labios de Emrys.

Nos volvimos para enfrentarnos a la hechicera que avanzaba hacia nosotros. Madrigal no parecía afectarse por la batalla que se seguía desatando en las plantas que había más arriba ni los gritos inhumanos de los corceles fantasmas y sus jinetes. Su apariencia era impoluta y ni siquiera un solo mechón de su melena pelirroja estaba fuera de lugar. Parecía como si acabara de llegar y se movía con la confianza de alguien que sabía que era intocable. Que no corría ningún riesgo.

El latigazo de la comprensión fue como un jarro de agua fría.

—Has sido tú —dije en un hilo de voz—. Tú le has contado lo de Neve…, dónde encontrarla.

Había sido ella quien le había facilitado la información de Neve al Señor de la Muerte. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para él? ¿Desde la primera carta que le había enviado Neve?

Emrys me lanzó una mirada interrogante, pero la hechicera se me adelantó.

—Esta vez no has sido muy lista que digamos, fierecilla —dijo Madrigal, antes de posar su mirada sobre mí con lo que parecía ser asco y un toque de curiosidad—. El Señor de la Muerte me ha dicho que me había equivocado. Que alguien más, alguien incluso más patética, poseía el alma.

No se ha ido, pensé, luchando contra el pinchazo de miedo. Aunque no podía notar la presión helada de su presencia, era poco probable que se hubiese alejado demasiado de la batalla cuando esta seguía en

marcha.

Madrigal se volvió hacia Emrys.

—Deja la espada, pásamela de una patada y tráeme a la chica, cachorro.

—No soy tu cachorro. —Emrys se colocó frente a mí.

Madrigal crispó los labios un poco al apuntarlo con su varita.

—Te lo pediré una última vez.

Se tomó su silencio como respuesta.

—Emrys… —Su nombre se me escapó de los labios al verlo tensarse, con la espalda tan rígida como un palo. Los tendones del cuello se volvieron tirantes, mientras que los músculos de los brazos y la espalda se le iban hinchando. La espada que llevaba en la mano se le cayó y repiqueteó al chocar contra el suelo.

»¡Emrys! —Lo aferré del brazo, con el terror surcándome las venas. Él alzó una mano temblorosa.

—Corre —me dijo con voz ahogada—. Co…

El rostro se le endureció y, entre un horrible segundo y otro, alzó la mano de un movimiento y me la envolvió en la garganta.

42

Sus dedos se hundieron en mi piel suave con la ferocidad del hierro y fueron apretando más y más con cada segundo que pasaba, negándose a apartarse. La presión sofocante de su agarre no dolía tanto como el horror que veía en sus ojos conforme nos mirábamos el uno al otro.

—¿A qué creías que me refería cuando te dije que tu corazón era mío? —canturreó Madrigal—. Tu vida es mía, cachorro. Salvo que…

El rostro de Emrys permanecía impasible y carente de cualquier emoción. Menos en los ojos. Volví la mirada hacia la hechicera, con un temblor de furia creciendo en mi interior. Ella me la devolvió con una tan retorcida como encantada.

—Salvo que quieras usar esa daga que tienes en la mano, fierecilla —continuó—, y hundírsela en ese corazón tan mono que hice para él. Puedes arriesgarte y cortarle la mano si crees que será suficiente, claro. Pero me temo que tiene más de una.

Nuestras vidas de mortales siempre habían sido algo insignificante para ella. Lo había asumido al conocerla. E incluso en aquel mismo instante, no éramos más que un mero entretenimiento.

—Vieja chiflada… —espeté, sin poder articular nada más al notar que el agarre de Emrys se iba afianzando. Aunque su rostro era una máscara de hierro, un sonido de angustia casi animal le iba reverberando en el pecho. Cuando su otra mano capturó la mía, la condujo hasta su pecho, hasta que la punta afilada de la daga le rozó el corazón.

—Venga, fierecilla —me animó Madrigal—. Úsala.

Los ojos de Emrys parecían suplicantes. Me rogaban que la usara. Me apretó más la garganta, hasta que me fue imposible seguir respirando.

—Vale —se rindió Madrigal, con un puchero—. Tráemela, cachorro.

Dio un paso hacia nosotros, haciendo un ademán con la mano. El movimiento me hizo bajar la mirada hacia la punta de su zapato y aquello que estaba a unos pocos pasos.

La visión se me fue nublando en lo que me debatía por respirar. Aquella mirada terrible permanecía en sus ojos, y estos no dejaban de brillar, de color plateado y esmeralda, bajo aquella luz tan extraña.

Cuando Emrys se movió, me vi obligada a hacerlo con él. De lo contrario, la daga se le habría clavado en la piel. Un paso y luego otro.

Madrigal crispó los labios al alzar la varita.

Entonces, con las pocas fuerzas que me quedaban, enganché el pie bajo la espada que Emrys había soltado y le pegué un puntapié lo más fuerte que pude para mandarla en dirección a la hechicera. El arma salió rodando y disipó el humo que cubría el sello de maldición justo un instante antes de que la empuñadura lo activara al rozarlo.

El suelo se resquebrajó bajo la hechicera y, antes de que tuviera tiempo de alzar la varita, cedió y la hizo caer hasta el abismo oscuro que era el sótano.

Emrys respiró con dificultad cuando se liberó del agarre de la hechicera, y los músculos se le relajaron. Me apartó las manos de la garganta a toda prisa, y el aire lleno de humo me volvió a inundar los pulmones. Me doblé en dos, llevándome las manos al cuello e intentando recuperarme un poco.

—¿Estás bien, Tamsin? ¿Te he hecho daño? —preguntó Emrys una y otra vez en lo que hacía que me enderezara y me atraía a sus brazos —. Lo siento, lo siento mucho…

Le envolví la cintura con los brazos, notando el impulso súbito de ponerme a llorar. Emrys no dejaba de temblar y, cuando se apartó, con las manos aún examinándome el cuello, el remordimiento seguía atormentándolo.

Lo aferré de las muñecas.

—Estoy bien, estoy… Tenemos… —Respiré hondo—. Tenemos que ir a por Neve.

Él asintió, con la mirada aún clavada en mi rostro.

—Sí, cierto. Creo… Creo que hay otro modo de subir.

Me condujo lejos del vestíbulo de la entrada, hacia el ala oeste, desde donde parecía provenir el humo. Solo que, al llegar al arco que separaba el patio del vestíbulo, sus pasos se frenaron de forma tan súbita que me estrellé contra su espalda.

—¿Qué pasa? —pregunté, buscando la amenaza—. Este humo de las narices, no veo nada…

Pero no era cierto. Al volverme, pude verle la cara. La expresión que tenía, el miedo y la confusión en sus ojos.

—¿Emrys?

Se tambaleó hacia adelante, luchando por respirar mientras se aferraba el pecho.

—¡Emrys!

Cayó de rodillas, entre toses que salpicaban sangre sobre el suelo de piedra.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre? —Me dejé caer a su lado y lo sujeté de los hombros, pero me era imposible mantenerlo erguido. Cayó sobre mi regazo, entre más toses ensangrentadas—. ¡Emrys!

Las palabras que me había dicho en Lyonesse volvieron a mí como una puñalada entre las costillas: «Me había hecho un nuevo corazón».

—¡No! —grité—. No, por favor.

«Me dijo que una parte de mi corazón siempre latiría por ella».

Emrys se me aferró al brazo en lo que luchaba por respirar. Tenía los labios cubiertos de sangre y la piel muy pálida, como un cadáver.

«Y que podía deshacerlo con la misma facilidad».

—¡Para, te lo suplico! —Volví la vista hacia el suelo en ruinas, suplicando una clemencia que sabía que jamás iba a llegar.

Le sujeté la cara con manos temblorosas para volverlo hacia mí. Tenía los ojos muy abiertos, presos del miedo y el dolor.

—No, no, no… No te va a pasar nada, ¿me oyes? No te va a pasar nada.

Otra vez no, por favor. Otra vez no.

Me giré de nuevo hacia el pasillo, para gritar:

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Emrys me dio un apretoncito en el brazo para que volviera a mirarlo.

—No te… No te va a pasar nada —le dije, a sabiendas de que no

hacía más que balbucear. Le pasé una mano por la cara para limpiar la sangre que no tardaba nada en volver a cubrirle los labios. Lo besé, desesperada—. Todo irá bien…

—Cuando… mientes —dijo, casi sin voz—, miras… hacia abajo y… a la izquierda…

—No —le supliqué, notando que volvía a romperme en pedazos—. No lo hagas.

Su respiración entrecortada se ralentizó, y apenas lo oí cuando dijo:

—Me habría… quedado.

Me habría quedado contigo.

Entonces su último aliento lo abandonó, y no quedó rastro de un corazón que pudiese latir.

—¿Emrys? —lo llamé en un susurro.

Aún tenía los ojos abiertos. Clavados en mí. Pero no había nada tras ellos. No había rastro de él.

El grito que me desgarró la garganta se convirtió en un sollozo estrangulado. Mantuve las manos cerca de él, sin querer tocarlo y sentir que su piel perdía el calor, aunque incapaz de no hacerlo.

Esto no está pasando.

No podía estar pasando.

Me acurruqué sobre él, hasta apoyarle la cabeza sobre el pecho, que no se movía. La cicatriz que tenía en el corazón se abrió y el dolor me inundó hasta que lo único que pude hacer fue sostenerlo contra mí mientras me deshacía por dentro.

—¡No!

Neve se encontraba a unos pasos de donde estábamos, en el patio interior, y con su túnica blanca salpicada de sangre. Si las flores de su corona no se hubieran ido cayendo, habrían ardido con la intensidad de su furia. Con el dolor en su mirada al encontrarse con la mía.

Una luz blanca y azulada se le concentró sobre la piel y, cuando gritó, explotó hacia fuera. La magia inundó los pasillos con su poder arrasador y consiguió hacer que el humo y la oscuridad retrocedieran. Los últimos cazadores que quedaban chillaron al reducirse a cenizas.

Pero ni siquiera la más pura de las luces era capaz de salvar aquello que ya habíamos perdido.

Parte cuatro

El Sendero de los Muertos

43

El santuario interior del Consejo de la Sororidad era una cámara de reuniones en el ala oeste del edificio. Filas de mesas escalonadas rodeaban una mesa redonda que había en el centro, donde las hechiceras más veteranas del Consejo estaban reunidas mientras las demás las contemplaban. Era un lugar para conversar, discutir y hacer peticiones, tanto secretas como sagradas. Una parte de mí se preguntó, sin mucho interés, si querrían cambiarle el nombre dado que había pasado a ser una morgue.

La luz tenue hacía que la sala pareciera muchísimo más pequeña de lo que era. Las sombras se habían concentrado en lo alto, y la luz de las velas era demasiado débil para mantenerlas a raya. Dado que la noche ya había caído, el techo abovedado de cristal no iba a dejar que ninguna luz se colara hasta que la luna hubiera continuado con su camino.

Las hechiceras habían colocado a los muertos sobre la mesa para preparar los cadáveres para la incineración. Veinte hechiceras y magus en total, casi un tercio de sus filas. Y al lado… también había dos más.

Me senté en los escalones que separaban un par de mesas, para contemplar la nada que había en el pasillo. Pese a que un cubo de agua de plantas dulces y un trapo me esperaban en el escalón de abajo, me veía incapaz de hacerme con ellos. Una de las hechiceras había intentado encargarse de los cadáveres, pero casi me había salido de mis cabales ante la simple idea de que alguien más que yo fuera a tocarlos.

Respiré con dificultad, preguntándome por qué me dolía tanto siquiera pronunciar el nombre de los dos para mis adentros.

Una hechicera que había cerca empezó a entonar una suave plegaria en lo que posaba un velo sobre otra mujer; quizás una de sus

hermanas, o tal vez su madre. Otras esperaban cerca para llevar el cadáver hasta la pira funeraria. Las parejas que habían quedado atrás eran las que más me dolía observar, con la luz de las velas iluminando su rostro anegado en lágrimas.

Solo que al menos ellas podían enfrentar a quienes habían perdido.

Me resultaba casi imposible quedarme allí, en aquel silencio horrible. Notaba la muerte que embargaba la sala como una vibración contra los sentidos que hacía que se me erizara la piel. Era una sensación más intensa y pronunciada que la que había percibido en el cementerio hacía tan solo unas horas, pero, conforme las horas siguieron pasando, volvió a atenuarse. Me daba demasiado miedo pensar lo que podría implicar.

Volví a recordar las palabras que Nash no había conseguido terminar de pronunciar: «Tu… poder… es…».

¿Qué?, pensé con desesperación.

Nada útil, eso seguro. Nada que pudiera haber impedido todo lo que había pasado. Y, si la sensación que notaba en ese instante era a lo que él se había referido, no lo quería. No quería sentir que la muerte me seguía como una sombra, acariciándome el cabello con sus manos esqueléticas, o como si me estuviera consumiendo poco a poco bajo una montaña de podredumbre.

«Lo has notado en el cementerio, esa chispa como de potencial, el llamamiento de la nueva vida».

¿Qué quería decir con eso?

Aunque las hechiceras y magus habían muerto por culpa de la magia de la muerte y su alma había sido segada por el Señor de la Muerte, no se habían transformado en Hijos de la Noche. De momento. Enterrar a sus muertos les habría proporcionado un mínimo de paz, pero la suma hechicera creía que era un riesgo que no podían correr.

El único consuelo era que Neve no se encontraba entre los cadáveres que me rodeaban. Una vez que la batalla había terminado, no había conseguido llegar a ella antes de que un grupo de hechiceras la rodeara para ofrecerle su protección, todas ellas contemplándola con asombro e inquietud.

Sin decir nada, me había quedado escuchando a Robin, con el

rostro manchado por el sudor y el hollín, mientras se llevaban a Neve. Excálibur había reaccionado ante el toque de Neve y había despertado todo el potencial de su poder porque la reconocía como su verdadera heredera. La nieta de la primera Dama del Lago, quien había sido una de los Primigenios, como Gwyn ap Nudd. Como su hermano…, Nash.

No, me corregí para mis adentros. *Erden*.

Y el don de Neve era el mismo que el de su madre y de su abuela antes que ella: podía invocar el poder de purificación de la luz de la Diosa.

Necesitaba ir a buscarla, asegurarme yo misma de que estaba bien, pero era incapaz de abandonar aquella habitación. No hasta que hiciera lo que debía hacer.

Respiré hondo para calmarme y luego me obligué a moverme. A ponerme de pie. A girar. La canción trémula de la hechicera llenaba el silencio, y yo aferré el asa del cubo y el trapo.

El rostro pétreo de Nash seguía girado hacia mí, solo que sus ojos vacíos parecían mirar a través de mí, hacia algo que tenía detrás del hombro. Tenía una ligera sonrisa en el rostro, como si no tuviera miedo. Pese a que no lo habían atrapado en ámbar, se había quedado congelado en el momento de su muerte de todos modos.

Me pregunté si habría otra vida para él, si su familia que llevaba tanto tiempo muerta habría ido a buscarlo al final o si su alma permanecería atrapada en aquella piedra para siempre.

No había nada que hacer para ayudarlo, la propia suma hechicera me lo había confirmado. La piedra había destruido su cuerpo.

Aun así, humedecí la tela y me dispuse a limpiar los planos de piedra de su rostro para quitarle la ceniza y el polvo.

—Hace muchos muchos años —murmuré—, en un reino perdido en el tiempo, un rey llamado Arturo gobernó al pueblo de los humanos y al de las hadas por igual. Pero esta es la historia de su muerte. De la balsa que surgió de entra la bruma y lo llevó a la isla de Ávalon…

La garganta me dolía en lo que le contaba una última historia, sin dejar de mover las manos de forma metódica y pausada. Y, cuando terminé de hacerlo, cuando la historia llegó a su fin, me volví hacia el otro cadáver. Me obligué a mirar aquel rostro tan apuesto.

Le han cerrado los ojos. Un chispazo de furia me atravesó al pensarlo. Nadie tendría que haberle tocado la cara. No tenían ningún derecho. El agua goteó desde el trapo hasta el suelo y mis botas.

—Tamsin —me llegó la voz suave de Neve—. Puedo encargarme yo. No tendrías que hacerlo tú.

No, pensé con ferocidad. *Tengo que ser yo.*

Neve se había vuelto a poner la ropa que llevaba cuando nos habíamos marchado de Lyonesse, con los rizos sueltos y suaves enmarcándole la cara como si de una nube se tratara. Llevaba agua limpia y un trapo en la mano. Sin decir nada, se los intercambié y dejé que se llevara lo que ya había ensuciado. Solo que, cuando volvió a mi lado, aún no me había movido.

—¿Qué ha pasado? —Las lágrimas en su voz eran contagiosas, y la muralla de furia con la que me había rodeado se hizo trizas.

—¿Por qué tenías que hacerme esto? —le pregunté con voz ronca —. ¿Por qué has hecho que me preocupara por los demás?

—Siempre lo has hecho —dijo ella, volviendo por las escaleras—. Lo que pasa es que no querías reconocerlo.

—No —repuse, con voz entrecortada—. No, no lo hacía. Estaba bien. Estaba a salvo. Nada podía hacerme daño. Estaba a salvo.

Solo que eso tampoco era cierto. Muy en el fondo, en esa parte de mí de la que no podía deshacerme, la niña pequeña siempre sufría. Y nunca le había permitido sanar sus heridas. Para sobrevivir, debía ser fuerte. Debía construir una fortaleza en mi interior.

Neve se detuvo al llegar a un escalón por debajo de donde me encontraba, con expresión desolada.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Unas lágrimas ardientes me rodaron por las mejillas y las odié. Me odié a mí misma. Odié el dolor intenso que me irradiaba del pecho. Me doblé en dos y ella se me acercó de inmediato para envolverme en sus brazos y sostenerme. Yo me aferré a ella, entre sollozos.

—Me duele —le dije, apretándome una mano contra el pecho—. Duele muchísimo… y no puedo hacer nada para que pare…

—El dolor es real —me dijo Neve al oído—. Creer que puedes protegerte de él es lo que no es cierto. Cuando perdemos a alguien, no podemos enterrar lo que sentimos. Negar su existencia no hará que

desaparezca. Tienes que sentir, tienes que recordarlos, porque es así como conseguimos que sigan con vida dentro de nosotras.

Pero no están vivos, pensé. *No están aquí.*

Transcurrió un largo rato hasta que conseguí recomponerme lo suficiente de nuevo. Cuando me enderecé y conseguí apartarme, Neve no dijo nada. Se limitó a recoger el cubo y a entregarme el trapo.

Fui a por la mano de Emrys y contuve un jadeo ante lo fría que estaba. Tenía las yemas de los dedos y las palmas cubiertas de callos, quizás por la madera que le gustaba tallar, o lo que era más probable, por el tiempo que pasaba en el jardín. Me encargué de ellas primero y procuré recordar cómo se sentían contra las mías. Neve fue a buscar un par de mortajas y le espolvoreó unos pétalos y hierbas secas sobre el pecho, mientras entonaba una plegaria en voz tan baja que fui incapaz de comprenderla.

Y en aquel momento, entre las sombras de aquella cámara, estábamos de vuelta en Ávalon. Arrodilladas sobre las piedras frías y manchadas de sangre, ocupándonos de los rostros arruinados de los muertos de la isla. Por el modo en que le tembló la mano al acariciarme el brazo, supe que Neve también pensaba lo mismo.

Por último, me concentré en su rostro.

La sangre se le había secado en los labios, y les di unos toquecitos suaves para limpiarlos.

—Estaba tan feliz —susurré—. Justo antes de que…

—¿Señorita Lark?

La suma hechicera se encontraba en la base de los escalones, con el rostro tan pálido como las mortajas que la rodeaban.

Me volví en dirección contraria para secarme las lágrimas.

—¿Sí? —pregunté sin mucha delicadeza.

Había cambiado su vestido destrozado por una camisa y unos pantalones sencillos; ropa de trabajo, ropa para reconstruir lo que se había destruido. La máscara de elegancia y poder había desaparecido del todo.

Aun así, tenía una expresión intensa, de firmeza. En lugar de reducirla a cenizas, las llamas habían confirmado que estaba hecha de acero bajo todas aquellas capas de seda. Se había trenzado su cabello oscuro y liso hasta apartárselo de los cortes y moretones que ya le

iban sanando en el rostro.

Aunque las heridas eran considerables, Kasumi llevaba sus vendajes con orgullo; como si fuese una reina con sus mejores joyas. Solo que en su expresión no había ningún rastro de altivez. La suma hechicera sabía, como bien sabíamos todas las demás, que todas estaríamos muertas de no ser por Neve.

Según subía por las escaleras con unos pasos suaves contra la madera vieja, vi que llevaba los brazos cubiertos desde los hombros hasta la punta de los dedos. Las vendas llevaban alguna especie de bálsamo, probablemente para sanar las quemaduras extensas que había visto en ella antes. Debía ser por aquella humedad pegajosa que la cubría por lo que tuvo el cuidado de usar solo la punta del índice y el pulgar para sacarse algo del bolsillo de los pantalones.

Un sobre arrugado.

Al llegar a un escalón por debajo de donde nos encontrábamos, vaciló y miró de reojo a la figura pétrea de Nash.

—Él… —Se aclaró la garganta—. Él… Tu padre, quiero decir…

—No es su padre —interpuso Neve, con una mirada que parecía indicar un fastidio sincero.

—Sí que lo era —dije en voz baja—. Bueno, lo intentó. A su manera. Y no necesariamente con mucho éxito. Pero sí que lo intentó.

Kasumi soltó un suave suspiro al entregarme el sobre.

—Lo lamento mucho, señorita Lark. Lamento mucho tus pérdidas.

—Y yo las vuestras —dije, contemplando las filas y filas de mortajas y cadáveres que había en derredor. La suma hechicera asintió en reconocimiento.

—Quizás se os tendría que haber ocurrido dejarme salir antes de esa habitación —dijo Neve con voz cortante.

—En ese caso, quizás también estaríamos llorando tu pérdida —repuso Kasumi.

Y tenía razón. Lo hecho hecho estaba y desear cambiarlo no era más que un desperdicio de aliento y polvo de hadas.

—¿Qué es esto? —le pregunté, mostrándole el sobre.

—No tengo ni idea —respondió Kasumi.

—¿En serio? —insistió Neve, un tanto escéptica.

—El sobre está encantado para destruirse a sí mismo si alguien que

no sea su destinatario lo abre —dijo la hechicera—. Y lo sé porque fui yo quien puso el encantamiento.

Le di la vuelta y, como había imaginado, vi una línea descolorida de sellos garabateados en la parte de abajo del papel.

—Ah. —Neve se cruzó de brazos, luchando para que no se notara lo impresionada que estaba.

—Os dejaré con ello, entonces —dijo Kasumi, haciendo un ademán para bajar las escaleras.

—¿Habéis buscado al Señor de la Muerte por toda la propiedad? —inquirí—. Ya os he dicho que lleva el manto de Arturo.

—Sí —me aseguró Kasumi—. Ya no está ni dentro de la propiedad ni en los terrenos.

—¿Y Madrigal? —insistí.

Como había imaginado, no habían encontrado su cadáver.

—De momento, nada —dijo ella—. Pero tranquila, que el castigo del Consejo no tardará en pronunciarse y será acorde a sus crímenes.

Apreté la mandíbula por la tensión.

—Lo que queda del Consejo, quieres decir. —Mis palabras iban teñidas de furia.

Para mí, el único castigo acorde a sus crímenes era la muerte, pero, con el golpe que habían recibido, las hechiceras no iban a querer seguir reduciendo sus filas.

—Ve a buscarme cuando acabes por aquí —le indicó a Neve—. Como hoy es el solsticio, debemos deliberar cómo podemos usar tu poder para destruir al Señor de la Muerte.

—No hace falta que deliberemos nada —repuso Neve, con las manos en puños a los lados—. Tenemos que encontrar a Excálibur. La luz no tuvo ningún efecto sobre el Señor de la Muerte cuando estuvimos en Ávalon y no tengo ni idea de cómo remediar eso.

Un zumbido cálido y como de estática me brotó en el pecho.

—Ya he mandado a parte de la Sororidad en busca de Caitriona —nos informó.

—Buscad en casa de los Dye —le dije, al recordar lo que había soñado sobre la muerte de Emrys—. El Señor de la Muerte y los suyos podrían estar usándola. O quizás tengan a Olwen allí.

—¿Y estáis seguras de que es allí a donde habría ido? —preguntó

Kasumi—. A buscar a lady Olwen.

—Sí —contestamos Neve y yo al unísono.

Kasumi se despidió con un gesto de la mano y se marchó sin más, bajando las escaleras sin demora y con cuidado de que su mirada no se cruzase con la de ningún vivo o muerto.

Esperé a que hubiese abandonado la estancia para volverme hacia Neve.

—Somos nosotras quienes tenemos que encontrar a Caitriona. Y a Olwen.

Neve soltó un suspiro.

—El problema es que no me van a quitar los ojos de encima. He intentado salir un segundo a respirar un poco de aire fresco y me han seguido cuatro hechiceras.

Incluso en aquel mismo momento, noté que dos hechiceras que no habían estado antes en la sala habían llegado para vigilarnos.

—¿Estás… bien? —le pregunté.

Neve soltó una risa carente de alegría antes de sentarse en el escalón.

—Supongo que todo lo que se puede. Saber lo de mi madre… No parece real. Y aún no sé nada sobre mi padre.

Me dejé caer a su lado.

—¿Las hechiceras creen que tu madre sigue con vida?

—Robin no me lo ha podido asegurar —contestó—. Debía haber tenido unos cientos de años para cuando yo nací… No tiene sentido.

—Muchas hechiceras esperan siglos antes de tener a su primer hijo. Si es que lo tienen —le dije—. Eso es lo que menos me sorprende de todo esto.

Neve pareció conformarse con aquella explicación, al menos.

—Si no soy yo quien tiene el alma —empezó—, ¿eso implica que está en algún otro lugar?

Me quedé callada.

—¿Tamsin? —Neve frunció el ceño—. ¿Qué no me estás contando?

—Es que… —Me costó lo mío arrancarme la verdad de dentro cuando yo misma no había terminado de aceptarla, por lo que bajé la voz hasta apenas susurrar—: Soy yo quien la tiene. La he tenido desde el principio.

—¡¿Qué dices?! —El chillido de Neve atrajo la atención de toda la sala, pero a ella le dio igual y me dio un golpecito en el brazo—. En serio, te juro por la Diosa que si me estás vacilando, Tamsin Lark…

Intenté hacer que bajara la voz, porque no nos serviría de nada que las demás hechiceras lo supieran. Intentarían encerrarme, cuando lo único que quería era ir a por nuestras amigas y ponerle punto final a todo aquello. De una vez por todas.

A Neve se le ensombreció la expresión. Me leyó en un instante, como siempre había hecho.

—No me estás vacilando.

Le conté todo lo demás, en voz baja y todo lo rápido que pude.

—Ay, no —susurró, con lágrimas anegándole los ojos—. Ay, no, Tamsin…

—No pasa nada —le dije, porque ya casi ni lo sentía—. Prefiero esta opción que la anterior, porque en esa iba a por ti.

—¡Pues yo no! —Hizo un ademán hacia el sobre que tenía en las manos—. ¿No vas a abrir eso?

Pasé los dedos por el papel desgastado y reseguí las formas que había dentro. Parecía contener una nota y algo más… Algo duro y redondo que hacía que el sobre pesara más de la cuenta.

Rompí el sello de cera de un movimiento, antes de poder cambiar de opinión. Algo cayó sobre el escalón de madera y repiqueteó con fuerza. Desdoblé el trozo de papel que había en el sobre y me encontré cuatro palabras:

«No es para mí».

—Tamsin… —empezó Neve, con un ligero temblor en la voz. Se había agachado para recuperar lo que fuera que se hubiera caído. En lo que me lo entregaba, aquella sensación cálida y como de estática volvió y me zumbó en las orejas.

Sin manchas de óxido ni suciedad, la moneda parecía más nacarada que de plata. Pero allí estaban las palabras que había visto antes con los vientos fríos de Tintagel azotándome la espalda y el mar rugiendo por lo bajo.

«Soy el sueño de los muertos».

—¿No me habías dicho que había usado la última? —preguntó Neve en un hilo de voz.

—Eso fue lo que me dijo. Pero es lo que te decía. Miente… —Tragué en seco antes de corregirme—: Mentía más que hablaba.

Serás cabrón, pensé. *Cabrón desalmado y embustero.*

Me estiré hacia ella como en un trance y le di la vuelta al sujetarla.

La mugre y lo que había asumido que era sangre habían estado tan pegadas a la otra moneda que no había podido leer las palabras grabadas al otro lado.

—«Soy el terror de los vivos» —leí.

—«Y soy el sueño de los muertos» —terminó Neve—. La vida y la muerte.

De pronto sentí que me mareaba. Cerré el puño en torno a la moneda y apoyé la cabeza sobre la otra mano, intentando recuperar el control de mis pensamientos.

Los recuerdos me dieron vueltas por la cabeza en una sucesión infinita de luces y colores. Las voces subían y bajaban como si de un coro se tratase. La imagen tejida de la Diosa, reluciente de alegría al sostener a su hija en brazos, rodeada por la belleza del mundo que había creado.

Todo ello se alzó como un *crescendo* hasta esclarecerse en un único pensamiento. ¿Qué era lo que ocupaba el espacio entre el frío y letal agarre del invierno y los paisajes cálidos y bañados por el sol del verano? ¿Entre lo que estaba vivo y lo que estaba muerto?

La primavera. El renacer.

Y en algún lugar entre eso yacía el poder que Nash había intentado explicarme con su último aliento.

Neve seguía sentada a mi lado.

—Es algo bueno, ¿no?

Cerré los ojos.

—¿Cómo va a ser algo bueno tener que tomar una decisión así?

—¿A qué te refieres?

Negué con la cabeza.

—¿Recuerdas la nota original? Dijo que no podíamos limpiar la moneda. Creo que, cuando la entierras, tiene que llevar la sangre de la persona que quieres resucitar.

Neve volvió la mirada hacia Nash, con su cuerpo aprisionado en la piedra. No había sangre que pudiésemos usar.

—En ese caso, Emrys.

—Pero ¿y Olwen? —pregunté con voz ronca—. ¿Y Caitriona? ¿O tú? ¿Y si pasa algo horrible? ¿Qué hay de todos los demás que han muerto? ¿Por qué me toca a mí tomar esta decisión cuando aquí hay tantas más personas que están sufriendo?

—Ese es el demonio del caos que vive en tu cerebro —me dijo—. Al final, todo se reduce a esto: ¿Crees que Olwen está viva y que podremos encontrarla?

—Sí —contesté en un susurro. No albergaba mucha esperanza en mi interior, pero, en lo más hondo de mi ser, sí que creía que eso era cierto.

—¿Crees que Caitriona y yo somos capaces de luchar y de defendernos tanto a nosotras mismas como a aquellos que nos rodean?

—Sí, pero…

—¿Crees que Emrys merece vivir? —continuó ella—. ¿Crees que querría hacerlo?

«Me habría quedado…».

—Sí —susurré—. Pero no es tan sencillo…

—Sí que lo es —dijo—. Las hechiceras y magus que nos rodean vinieron a luchar contra la Cacería Salvaje y han muerto intentándolo. Muchas llevan siglos en este mundo, más años de los que cualquiera de nosotras podría imaginar, y seguirán haciéndolo durante más y más siglos. Las hechiceras y magus de la Sororidad que han sobrevivido ya han empezado a crear sus Inmortalidades.

Me clavé las uñas en la palma cuando apreté la moneda con más fuerza.

—¿Es que crees que no querría volver? —me preguntó.

—Quería ser libre —repuse, cerrando los ojos.

Libre de su padre, de las cicatrices de su pasado, del contrato que había firmado su madre con Madrigal.

Quería un futuro.

Y yo podía dárselo.

Abrí la mano y bajé la vista hacia la moneda una vez más.

Iba a concederle un nuevo cuerpo, ¿no? Uno que fuese completamente suyo…, un corazón que latiese por sí mismo.

El rastro de una sonrisa triste llegó a los labios de Neve.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Creo que Nash quería que la usaras para ti —dijo—. Pero eso ni se te había pasado por la cabeza, ¿a que no?

En aquella ocasión, fulminé la moneda con la mirada.

—Jamás se me ocurriría usarla para mí misma.

—Es lo que te decía —añadió ella—. Nunca has querido creerme, pero sí que tienes un corazón precioso.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta para sacar un hueso pequeñito que casi me hizo echarme a reír. Era el cráneo de una avecilla que había encontrado y había recogido por el camino, para luego guardárselo en la chaqueta para mantenerlo seguro.

—Piénsatelo, ¿vale? —dijo, acariciándome la espalda con cariño antes de hacer un ademán hacia las hechiceras que simulaban inspeccionar los cadáveres que había más abajo—. Parece que mis canguros están a punto de llevarme a rastras con el Consejo, así que será mejor que me vaya. Ven a buscarme cuando hayas terminado, ¿sí? Ya pensaremos cómo salir de aquí.

Asentí, con un nudo en la garganta tan grande que me impedía hablar. Al llegar al último escalón, Neve se volvió hacia mí.

—¿Tamsin?

Alcé la vista hacia ella.

—¿Crees que estábamos destinadas a encontrarnos? —preguntó—. Si no en esta vida, ¿quizás en otra?

Solté un suspiro largo y profundo.

—Eso lo sabrías tú mejor que yo.

Neve me dedicó otra de sus pequeñas sonrisas antes de marcharse.

Al final, fue un único momento lo que me hizo tomar la decisión: la mirada que Emrys tenía en el momento en que se había dado cuenta de lo que sucedía. Entre sus últimos alientos de vida, había habido confusión, dolor y lo más importante de todo, miedo.

No había querido morir. No en aquel momento, cuando por fin había conseguido liberarse de su padre y el futuro le había abierto las puertas para recibirlo con brazos abiertos.

El corazón se me estrujó al situarme al lado de su cuerpo sin vida. Neve lo había cubierto con la mortaja hasta por debajo de la barbilla, y todavía tenía el rostro manchado de tierra y sangre.

Con la ayuda de un cuenco de agua limpia y otro trozo de tela, humedecí la sangre oscura y seca que le manchaba los labios y dejé la moneda allí.

Hacía mucho tiempo, los griegos enterraban a sus muertos con monedas sobre los ojos o la boca para que sirvieran como óbolo para Caronte; su pago por llevar a los muertos en su barcaza al Inframundo. Me parecía correcto enterrar la moneda de Emrys en la tierra, como una semilla.

Me incliné hacia abajo y presioné los labios sobre la otra cara de la moneda. Me quedé allí varios segundos.

—Nos vemos pronto —susurré.

Tras cubrirle el rostro con la mortaja, me volví hacia Nash. Bajo la delgada capa del velo, casi parecía que se había quedado dormido.

—Gracias —le dije—. Por intentarlo.

Con la moneda y el cráneo pequeñito en la mano, salí de aquella cámara oscura para volver a adentrarme en el mundo de los vivos.

Tras recoger un puñado de cenizas que había caído sobre una mesilla, recorrí los pasillos derruidos hasta que di con una puerta que conducía hacia el jardín amurallado, que yacía intacto ante las cantidades de nieve que cubrían las montañas y colinas que había cerca.

—Con lo intenso que te pones con las plantas, esto te habría encantado —murmuré.

Sentí el aire nocturno fresco y puro al inhalar. Filas y filas de hierbas y vides en enredaderas se extendían a mi alrededor, iluminadas por unas lámparas de luz tenue. Si bien cada planta tenía un cartel que la identificaba, el lugar parecía un tanto silvestre, como si les hubieran dado vía libre para que crecieran a su antojo.

Avancé hacia el centro del jardín, maravillada al ver cómo la nevada se las había arreglado para caer justo en los bordes del perímetro, hasta que encontré los sellos de protección tallados en los muros bajos.

Me agaché y usé la mano para cavar entre la tierra suave. Cuando

me aseguré de haber cavado lo suficiente como para que nadie lo perturbara, coloqué las cenizas, luego el hueso y, al final, la moneda manchada de sangre.

Tiene que funcionar, pensé. *Por lo que más quieras*. Solo tenía las instrucciones difusas que habíamos recibido la vez anterior para proceder. Y, en aquellos momentos, no me parecían para nada suficientes.

En lo que terminaba de cubrir la moneda y de aplanar la tierra sobre ella, oí que una vocecilla angustiada me llamaba.

—¿Señorita Lark?

Me llevó unos segundos reconocer a Isolde, la hechicera menudita y nerviosa que había acompañado a Kasumi y las demás a Lyonesse. Parecía toda una guerrera en aquel momento, como si la hubiesen hecho pasar mil penurias en contra de su voluntad. Los cortes y moretones que tenía en la cara ya iban sanando gracias a una capa considerable de ungüento. Ya no parecía como si su propia sombra la asustara.

En ocasiones, eso era lo que ocurría al sobrevivir a una tragedia.

—¿Pasa algo? —pregunté, poniéndome de pie—. ¿Neve está bien?

—Sí —contestó la hechicera con una amplia sonrisa—. Por eso he venido a buscarte. Ella y el Consejo han descubierto algo.

El pulso me latió desbocado.

—¿Tan pronto?

Isolde me abrió la puerta.

—Si eres tan amable de venir conmigo…

Eso hice, y con muchas ganas. Recorrimos los pasillos y subimos por las escaleras, hacia la habitación en la que me habían encerrado hacía solo unas pocas horas.

Había otras dos miembros del Consejo dentro de la habitación, de espaldas a nosotras. Una advertencia diminuta me resonó en un rincón de la mente al ver que una se volvía, con una expresión seria. Aquel movimiento fue suficiente para revelar a quien estaba sentado en el sofá, con los brazos extendidos sobre el lomo y las piernas cruzadas.

Además de una sonrisilla en el rostro.

Madrigal se encontraba tras él, con una expresión de lo más satisfecha.

—No… —empecé, retrocediendo en dirección a la puerta. Una sombra oscura yacía en un rincón de la habitación y entonces se me acercó, con el rostro pálido—. Cabell…

Isolde me apoyó una mano en el hombro y noté un chispazo helado cuando su piel entró en contacto con la mía.

La oscuridad se cernió sobre mi mente, se abrió paso entre mis pensamientos y me impidió sentir nada más. Cabell me sujetó de los brazos cuando las piernas dejaron de sostenerme, con expresión solemne y un agarre férreo.

Y, en aquel último momento antes de que me abandonara la conciencia, lo único que oí fue la voz del Señor de la Muerte, grave y victoriosa:

—Y con esto hemos completado nuestro trato.

Greenwich, Connecticut

Por primera vez, volvieron ellos solos a casa.

Ante la ausencia de los cazadores, resultaba sencillo reconocer todo el daño que habían hecho. Como bien dictaba su pasado como Saqueadores, habían arrasado con la Mansión Estival y todos sus tesoros, sus recuerdos, su valor.

Y lo que había quedado a su paso no era más que un cascarón vacío, listo para derrumbarse sobre sí mismo.

Los Hijos de la Noche soltaron unos alaridos a modo de saludo desde el tejado y fueron deslizándose al bajar por las torretas. Se dio cuenta de que los atraía el nuevo aroma tentador de la chica que yacía en los brazos de su señor.

—Fuera de aquí —gruñó el Señor de la Muerte, haciendo un ademán con la mano para echarlos.

Las criaturas gimotearon antes de volver a escalar a toda prisa por la fachada de piedra de la casa.

La puerta delantera había sido arrancada de sus goznes hacía horas, cuando la Cacería Salvaje había salido en tropel para reclamar su victoria final sobre sus enemigas. O eso era lo que habían creído. Al final, lo que habían hecho era cabalgar por última vez.

En aquel momento, las cosas habían vuelto a como siempre debían haber sido. Su señor y él iban a volver a Annwn. Y Tamsin…

Cuando el senescal había ido a sacarla en brazos de aquel nido de víboras lleno de inmundicia, su señor se lo había impedido. Le había insistido. Y la vacilación que había seguido a sus acciones había sido otro punto en su contra, otro latigazo que su señor podía usar para castigarlo. Aun con todo, sus dedos se habían aferrado a ella, una mínima muestra de desafío que había conseguido superar su miedo.

Al oír la explicación que le había dado su señor sobre quien (o

qué) era Tamsin, la sorpresa había retumbado por todo su ser. Sin embargo, al verla aparecer frente a él una vez más, a la única que había visto era a la Tamsin que tan bien conocía. Tan sarcástica, maleducada e insoportable como siempre.

Al final, había terminado rindiéndose y entregándola. Había pasado su peso hacia los brazos del Señor de la Muerte. El ver a… Nash lo había desestabilizado y había hecho que el mundo entero temblara bajo sus pies.

«Puedes volver con nosotros. Siempre podrás volver a tu hogar».

No. Las uñas se le alargaron hasta volverse garras y atravesarle la piel en lo que cerraba las manos en puños. No. Nada de lo que Nash había dicho era cierto. Lo único que le había hecho falta era ver el odio en la cara de Tamsin para saber que no había vuelta atrás.

Tenía que volver a Annwn con su señor.

«Eres mi hijo. No hay magia en ningún mundo que sea capaz de cambiar eso».

Pero sí que la había. Una sola maldición le había arrebatado a Nash por segunda vez. Y nada de lo que había dicho importaba. Ya no.

«Nuestro hogar somos nosotros tres, sea donde sea que el destino nos lleve».

El senescal agachó la cabeza y se preparó para respirar el olor rancio que los cazadores habían dejado a su paso. Los pasos pesados del Señor de la Muerte dejaron un rastro de nieve y hojas secas entre los cristales rotos.

—Escúchame bien, Bledig —dijo—. Ya volveremos a formar la cacería. Lo suyo no ha sido una victoria. Cuando vuelva el invierno, también lo haremos nosotros.

—Pero a por mí no iréis, ¿verdad? —dijo Madrigal, subiendo las escaleras por detrás de ellos. Ver el desastre que habían dejado los cazadores a su paso hizo que esbozara una sonrisa divertida.

—No será mi espada ni la de ninguno de mis cazadores lo que acabe con tu vida, no —concedió el Señor de la Muerte—. Es a las de tu calaña a quien deberías temer.

—¿Dónde se ha visto que un zorro les tema a las gallinas? —se burló—. Sobre todo, con el poder que me otorgarás. Lo que harán será esconderse en sus cuchitriles para lamerse las heridas.

Hablaba con bastante orgullo para ser que aún llevaba su cabello bien recogido cubierto de polvo. Su vestido, con sus mangas largas y amplias, se había desgarrado en distintos lugares, y o no se había percatado o le daba igual arreglarlo.

Una sonrisa gélida se dibujó en el rostro de su señor. El senescal había querido creer que su señor apenas toleraba la presencia de la hechicera, que su honor le exigiría darle la espalda por el modo en que había traicionado a la Sororidad. Solo que Madrigal le había concedido a su amo aquello que más quería en el mundo. No su senescal, sino una hechicera.

—Sí que me gustaría ver cómo se vuelve a abrir el camino a Annwn —comentó Madrigal, siguiéndolos hacia el despacho al que nadie la había invitado—. Si fueras tan amable…

—Haz lo que te plazca —dijo el Señor de la Muerte, bajando la vista para contemplar el rostro dormido de Tamsin. No era una mirada de adoración, sino como si estuviese buscando algo.

Al senescal se le retorció el estómago y tuvo que obligarse a apartar la vista.

—Estupendo —dijo la hechicera, dejándose caer sobre una de las butacas para luego empezar a bambolear una pierna y hacer que la falda del vestido se agitara—. ¿Ya vas a matar el cuerpo mortal?

Aunque intentó contener su reacción, el senescal no pudo evitar sorprenderse con la pregunta. Su señor, ocupado tumbando a Tamsin sobre el escritorio, no lo notó.

—No —dijo—. Siempre que permanezca en este mundo hay riesgo de que la magia de su madre me vuelva a arrebatar su alma. Debemos hacerlo en Annwn, donde podré tenerlo todo bajo mi control.

Se puso a juguetear con un mechón de cabello de Tamsin, y el senescal notó cómo las náuseas le subían por la garganta.

—Bledig —lo llamó su señor de repente—. Te encargarás de nuestra invitada, ¿verdad?

Por un instante, el senescal no tuvo ni idea de a qué se refería. O a quién.

No hasta que su señor le lanzó una llave de latón vieja.

—Ya no la necesitamos —dictaminó el Señor de la Muerte—. Dásela a los Hijos de la Noche. Necesitarán sustento antes de que

emprendamos nuestro viaje esta noche.

Las palabras hicieron que un escalofrío le recorriera la columna.

—¿Y el alma de la sacerdotisa? —se oyó a sí mismo preguntar.

—Ya tengo más que de sobra —contestó su señor, acariciando la mejilla de Tamsin con uno de sus dedos enfundados en guante.

Madrigal apoyó la barbilla en una mano en lo que observaba al senescal marchar tieso hacia la puerta.

—Caray, ¿y ahora qué harás?

—Haré lo que mi señor me ordene.

Porque eso era lo que había decidido. Era la única opción que le quedaba.

Subió las escaleras con la fría llave en la mano y la sensación de que la daga que llevaba atada a la cadera era más pesada que de costumbre. La bilis se alzó en su interior y le quemó la garganta hasta que su sabor fue lo único que podía notar. Por el rabillo del ojo, distinguió una forma pálida y menuda que aparecía y desaparecía, pero no podía oír nada por encima de los sonidos lastimeros de la casa y de su propio corazón desbocado.

Cuando llegó al final de las escaleras y la puerta del armario quedó a la vista, no permitió que aquello lo detuviera.

Era la decisión que había tomado.

Metió la llave en la cerradura.

Era la única opción que le quedaba.

Horas después, siguió los pasos lentos de su señor a través de los árboles con raíces retorcidas y en torno a las rocas cubiertas de liquen y nieve derretida. Y lo único que podía pensar era que su hermana lloraba en sueños.

Percibió el aroma de las lágrimas en lugar de verlas y reconoció el suave toque salado que inundó el ambiente. No recordaba la última vez que había visto lágrimas rodar por el rostro de Tamsin. Si se obligaba a pensarlo, su mente podía conjurar imágenes del oscuro ático de la biblioteca de la cofradía y todas aquellas veces en las que esperaba a que él se durmiera para llorar en silencio contra su manta.

Las veces en las que les había tocado recorrer las calles durante una tormenta y era imposible distinguir las lágrimas de la lluvia.

¿Habría llorado cuando se habían vuelto a ver en las ruinas de Ávalon? Aquella noche le parecía parte de otra vida. Y todo lo que había ocurrido desde entonces parecía un borrón de figuras ensombrecidas. Antes envidiaba muchísimo su memoria perfecta. Pero en aquel momento ya no estaba tan seguro.

Se adentraron más y más en el bosque Wistman. Intentó concentrarse en el extraño olor a sangre que le manchaba la chaqueta y no en cómo su brazo pálido se balanceaba sin fuerzas por el aire, como si ya estuviera muerta. Sus ondas brillaban de color dorado contra la armadura de su señor, ambos apenas visibles desde su posición un paso por detrás de ellos.

Un gruñido grave le retumbó en la garganta. El Señor de la Muerte ladeó la cabeza ligeramente hacia él al oír aquel sonido tan patético, pero gracias a toda su misericordia, eligió no comentar nada al respecto.

Madrigal iba refunfuñando por detrás de él mientras luchaba por abrirse paso entre las rocas grandes. No se podía oír a nadie más en lo que recorrían aquel paisaje enrevesado y lleno de raíces hacia el mundo oscuro que lo había visto nacer.

A Cabell no le pasó desapercibido que, para llegar hasta allí, iban a tener que recorrer los páramos en los que Nash lo había encontrado deambulando cuando no era más que un cachorro. Ni que el portal que su señor había abierto hacia Dartmoor daba hacia la Ruta Funeraria, lo que Nash había llamado una vez el Sendero de los Muertos.

Durante siglos, los feligreses habían recorrido kilómetros por el camino diseñado para transportar a sus muertos, llevando a cuestas los ataúdes de sus fallecidos hacia el oeste, hasta Lidford, para enterrarlos. Aunque le habían encantado las historias que se contaban sobre los fuegos fatuos que veían los viajeros, de fantasmas que se negaban a encontrar el descanso eterno, en aquel momento, al verlos aparecer y flotar hasta acercarse rendidos hacia el Señor de la Muerte, no sentía ninguna dicha ni asombro. No sentía nada en absoluto.

A Tamsin nunca le habían gustado las historias de miedo, pero él

nunca se había asustado. Aún recordaba cómo Nash se acurrucaba más cerca del fuego para contarle que a los muertos siempre se les llevaba con los pies apuntando en la dirección opuesta a su hogar, para evitar que su espíritu pudiera encontrar el camino de vuelta.

Sin embargo, el senescal sabía, así como también lo debían de saber todos los muertos, que uno nunca podía volver a su hogar.

El aire frío le castigaba los sentidos. Tan solo quedaban unas pocas hectáreas del antiquísimo bosque Wistman por recorrer, por mucho que pareciera extenderse a su alrededor conforme se adentraban más y más en sus sombras, como si les diesen la bienvenida al pasado.

Unas guirnaldas hechas de hielo se aferraban a los árboles ancestrales y relucían bajo la luz de la luna. Los robles no se alzaban hacia el cielo como sí hacían en otros lugares de la zona; allí se doblaban y retorcían sobre sus formas siniestras. Al no contar con hojas, sus troncos cubiertos de musgo le recordaban a los Hijos de la Noche y sus siluetas arácnidas que iban por detrás de ellos, soltando alaridos y chillidos varios.

La luz de la luna llena hacía relucir la niebla que envolvía el bosque. No parecía correcto que la noche más larga del año fuera tan brillante.

Se le erizó el pelo de la nuca cuando una sensación de inquietud le recorrió la piel. Una forma menudita y radiante cobró forma en la palidez del aire. El senescal apartó la mirada, obcecado, pero daba igual donde mirara porque la niña lo seguía allí donde iba. Lo observaba. La decepción y el desdén irradiaban de su presencia silenciosa.

Para ya, le rogó para sus adentros. *Déjame en paz.*

—*Eres mi hijo* —susurró, aunque él lo oyó con la voz de Nash—. *Siempre podrás volver a tu hogar.*

Los recuerdos de sangre, muerte y fuego le destellaron por la mente y le arrancaron el aire de los pulmones.

Cuando volvió a mirar, Pulga se encontraba subida en otra roca, una que aún llevaba una espiral tallada, los últimos rastros de que los druidas habían acudido a rezar a aquel bosque de robles.

Un relámpago lo obligó a alzar la vista hacia la oscuridad del firmamento. Una veta plateada centelleó y permaneció a la vista,

parpadeando como motivada por su presencia.

—Ah —empezó el Señor de la Muerte, volviéndose hacia la hechicera—. Parece que tenías razón. Han usado encantamientos para sellar la puerta a Annwn.

—Pero su magia no es rival para la tuya —canturreó Madrigal.

—Es cierto —dijo su señor—. Tengo poder de sobra para abrirla a la fuerza.

El camino los condujo hacia el centro de una arboleda. El Señor de la Muerte se detuvo y dejó el cuerpo de Tamsin acurrucado contra la base de un árbol. Unas raíces que relucían de color plateado gracias a la magia de la muerte brotaron del suelo y se le enredaron en torno al pecho para asegurar que no se moviera.

En lo que el Señor de la Muerte se enderezaba, se sacó el colgante de piedra que llevaba oculto bajo la capa y lo aferró entre las palmas.

El espíritu de Pulga permanecía cerca, observando desde detrás de un árbol cómo la primera de las almas quedaba libre de la prisión de la piedra. Los orbes de luz casi ni se podían distinguir de las estrellas cuando se alzaban hacia el cielo y flotaban hacia el portal sellado. Su magia iba a ser la daga que volviera a abrir el camino entre los mundos.

—*Siempre podrás volver a tu hogar* —le susurró Pulga.

El senescal cerró los ojos y negó con la cabeza. Las náuseas le volvieron a azotar el estómago cuando los pies lo llevaron hacia Tamsin, al ver que se removía en sueños.

«Nuestro hogar somos nosotros tres, sea donde sea que el destino nos lleve».

A quien tenía enfrente era Tamsin. Quien había sido su hermana. No era la chica que el Señor de la Muerte llevaba anhelando durante siglos, aquella cuya alma le habían arrebatado. Era Tamsin.

Nash siempre había tenido una historia para cada ocasión, y cuando no la tenía, podía crear una valiéndose solo del humo y el polvo de estrellas. Aunque Tamsin había querido encontrar respuestas durante toda su vida, lo único que él había querido era el santuario de la convicción.

«Escogiste quedarte con nosotros hace muchísimos años. Escogiste convertirte en quien eres y ahora puedes volver a hacerlo».

No lo había recordado hasta que Nash lo había dicho. Las memorias se alzaron en su interior hasta contarle su propia historia: Nash envolviendo su figura temblorosa en una manta. Cómo se había acurrucado junto a una niñita con rizos tan pálidos que casi parecían blancos, para que ambos entraran en calor junto al fuego. Cómo había deseado tanto ser como ellos. Ser uno de ellos.

Hacía muchos muchos años, un sabueso había soñado que podía convertirse en un niño. Solo que, después de soñar, hay que despertar.

La voz grave del Señor de la Muerte llegó hasta él.

—Ya no hay necesidad de que mantengas esa forma tan absurda, Bledig. Transfórmate.

Lo único que sintió fue alivio. Al soltar el aire que le ardía en los pulmones. Al soltar sus pensamientos. Al soltar la imagen del espíritu que lo observaba desde los árboles. Al soltar el dolor.

Y entonces se transformó en lo que siempre había sido. En lo que estaba destinado a ser.

44

Algo afilado se me clavaba en la espalda.

El dolor fue aumentando en lo que intentaba moverme y comprendía que no podía. Notaba una presión intensa rodeándome el pecho, algo con un tacto afilado que me desgarraba la tela de la chaqueta. Un frío húmedo me acariciaba la cara y me urgía a no abandonar la oscuridad que me envolvía los pensamientos.

Solo que una voz surgió de entre las sombras, suave pero insistente. *Despierta. Despierta ya.*

El olor dulzón de la tierra y las plantas me inundó la nariz y me cubrió la lengua cuando me obligué a abrir los ojos.

Una bruma camuflaba las formas traicioneras que tenía alrededor, y la confusión hizo que me llevara unos cuantos segundos reconocer que eran árboles.

No parecía posible; tenían una forma demasiado siniestra. Retorcidos, sin hojas y cubiertos de una capa de musgo verde enfermiza. Me pregunté si habría ocurrido algo muy malvado en aquel lugar para hacer que los árboles se retorcieran de ese modo.

Los bosques y huertos arruinados de Ávalon volvieron a mi memoria como un recuerdo furioso e hicieron que el corazón se me detuviera en el pecho. Hundí los dedos en la tierra casi congelada.

No, pensé. *De Ávalon ya no queda nada.*

La luna se alzaba brillante en lo alto y atravesaba el entramado de ramas tupidas con su luz hasta derramarse sobre el suelo rocoso del bosque. Estábamos en mi mundo.

Una luz extraña revoloteó no muy lejos. Intenté inclinarme hacia adelante y descubrí que no podía. Tenía la espalda pegada a uno de los árboles y unas cuerdas gruesas de raíces brillantes me impedían moverme. Los recuerdos me llegaron de sopetón y me encendieron un

mar de fuego en las venas.

«Y con esto hemos completado nuestro trato».

El Señor de la Muerte se encontraba a unos pocos pasos, donde el pequeño claro parecía dar con la linde del bosque. Una luz emanaba de la piedra que tenía entre las manos y me hizo alzar la vista hacia el cielo.

Una magia hirviente había conseguido apartar la oscuridad de la noche hasta revelar un vistazo de lo que había más allá: un mundo de piedras grises; el reino de los muertos.

Las almas salían disparadas de aquella abertura cada vez más grande, algunas atraídas por el hechizo que mantenía abierto el portal y otras adentrándose en el mundo mortal como si de estrellas fugaces se trataran.

El miedo se encendió en mi interior y me hizo temblar de pies a cabeza. Me debatí contra las raíces, pero un gruñido profundo de advertencia hizo que me detuviera en seco. Un sabueso enorme, con su pelaje largo y brillante por la nieve y el hielo, se asomó desde detrás de otro entramado de raíces. Sus ojos rojos ardieron cuando bajó la cabeza para observarme con atención.

Cabell.

Le sostuve la mirada en lo que me impulsaba para incorporarme e hice caso omiso de la forma en que crispaba los labios para mostrarme sus dientes afilados.

Cuando las cosas habían terminado así, cuando ya habíamos perdido tantísimo, ¿a qué le podía temer?

—Cuánto me alegro de ver que has despertado, amor mío —me llegó la voz aterciopelada del Señor de la Muerte—. No queda mucho para que estés a salvo y en casa una vez más.

—No me llames así, pedazo de cabrón asqueroso —repuse—. Lo que soy es la pesadilla que has sido tan idiota como para secuestrar.

Una sonrisilla tiró de la mejilla pálida del Señor de la Muerte. Su corona con cuernos estaba adornada con fuegos fatuos que hacían que pareciera que brillaba de pura maldad. No parecía mirarme a mí, sino *a través* de mí, como si mi cuerpo, mi ser entero, no fuese más que un simple receptáculo.

—Una vez seas libre, nadie volverá a separarnos —sentenció—.

Nadie tendrá el poder de arrebatarme lo que me pertenece por derecho.

—Serás enfermo.

—No sabes cómo voy a disfrutar al arrebatarle a Creiddylad esa forma tan vulgar que tienes —se burló él.

Al estar concentrado en mí, las almas que escapaban de la piedra de su colgante disminuyeron poco a poco hasta dejar de salir. Sin embargo, las almas condenadas de Annwn seguían saliendo a toda prisa por la fisura que partía el cielo, sin afectarse.

La única esperanza que tenía de salir con vida era distraerlo lo suficiente hasta que se me ocurriera algún otro plan.

—Te odiaba, ¿verdad? —empecé, volviendo a tirar de las raíces—. Sabía que eras un monstruo que no merecía el amor ni la amabilidad de nadie. Puedo notar su asco hirviendo en mi interior como si fuera ácido.

—Mientes —dijo el Señor de la Muerte, soltando el colgante para enfrentarme. Y la verdad era que sí, mentía. Pero me resultaba muy sencillo simular que lo que sentía yo era lo mismo que sentía Creiddylad.

Él soltó una carcajada siniestra que me sentó como el pinchazo del aguijón de un escorpión.

—Tienes la misma lengua viperina que Erden. Dime, ¿su muerte fue igual de patética que su vida?

Un ruidillo suave me llegó desde atrás, casi como un gimoteo. Solo que lo único que había a mis espaldas era el sabueso, y no era tan ingenua como para creer que aquel ruido podía ser algo más que el viento. Las ráfagas heladas no consiguieron aplacar el destello de furia que se encendió en mi interior.

—A Creiddylad le daban escalofríos cada vez que te veía —le dije —. Le dabas asco. Y lo que más te molesta no es que te mandaran a pasar el resto de tu existencia en Annwn, sino que ella escogiera a otro. Porque a ti no te quería.

—¡Basta! —El Señor de la Muerte extendió una mano en mi dirección. Una magia sibilante le enroscó el brazo al brotar de la piedra del colgante y le salió despedida por los dedos. Las raíces que me rodeaban el pecho brillaron más antes de que las notara deslizarse

sobre mí y apretarme tanto que me costó respirar lo suficiente para no perder la conciencia. Unos puntitos negros como la tinta me nublaron la visión.

—Ya está —canturreó el Señor de la Muerte, volviendo a sujetar su piedra—. Mucho mejor ahora.

—Sí, la verdad —ronroneó Madrigal desde algún lugar cercano—. Apenas la tolero cuando está calladita, ya ni qué decir cuando abre la boca.

La hechicera salió de entre los árboles, con su vestido reluciendo bajo la luz de la luna. Llevaba el cabello suelto y este se alzaba como unas llamas en torno a su rostro. Volví la vista hacia la derecha, hacia la silueta del sabueso que no se movía. La magia que pulsaba en el cielo se reflejaba en la capa oscura de su pelaje.

—Si el poder de Creiddylad es el que crees que es —le dijo Madrigal al Señor de la Muerte—, ¿por qué esperas a liberarla? ¿Por qué volver a Annwn cuando podrías hacer que crease un nuevo mundo a tu gusto?

Podría crear un nuevo mundo…

Algo se removió en mi interior. Un cosquilleo que se me extendió por la piel hasta adentrárseme en la sangre. Una sensación creciente de podredumbre y decadencia que me había sobrepasado los sentidos. La muerte me había parecido una infección que mi cuerpo era incapaz de rechazar.

Tu poder… ha…

Emrys me había dicho que podía oír el canto de las plantas a su alrededor, que entendía lo que le decían por intuición. No era un canturreo lo que oía en aquellos momentos; lo único que veía a mi alrededor era la oscuridad del bosque. Pero lo notaba: miles y miles de chispazos de magia, cada uno aumentando su poder como si de unas ascuas minúsculas se trataran. Bajo mis pies, bajo los arbustos de espinas, escondidos entre las rocas… Por todos lados.

—Ya te lo he dicho —dijo el Señor de la Muerte, con tono cortante —. No puedo estar seguro de tenerlo todo bajo control hasta que no estemos en la seguridad de Annwn. Y este mundo debe morir antes de que su poder lo pueda rehacer.

Abrí los ojos como platos al comprender sus palabras.

«La chispa de potencial», había dicho Nash. «El llamamiento de la nueva vida».

No era un poder para matar ni para restaurar vida. No era la habilidad de crear algo tan solo del aire y la niebla, era el renacer. Como las setas que tanto le gustaban a Neve y que se abrían paso entre la materia muerta para que algo nuevo pudiera nacer de ello. La sensación de podredumbre que había notado era un potencial en carne viva, como una arcilla a la que podía darle forma con la mano. Había intentado alcanzarme antes de que supiera que debía buscarlo.

Cabell alzó las orejas y noté que el estómago se me caía a los pies al oír los chillidos que tan bien conocía de los Hijos de la Noche, acercándose y reconociendo el aroma de algo en el viento.

—Perfecto —dijo Madrigal, con aquella voz tan azucarada—. Era lo que necesitaba saber.

Una forma oscura salió volando de entre los árboles y soltó un graznido cuando sus garras se hundieron en la corona del Señor de la Muerte hasta arrancársela de la cabeza. La corriente de espíritus disminuyó como una llama que amenazaba con apagarse, aunque no tardó en recuperar su caudal cuando el rey de Annwn soltó un gruñido de furia.

El halcón voló en espiral por encima de los árboles, con la corona como una sombra contra la cara brillante de la luna. Sin embargo, por rápido que fuera, no lo era más que la lanza de magia plateada que el Señor de la Muerte mandó en su dirección. El halcón soltó un grito de dolor cuando la magia le atravesó el pecho y la corona se le resbaló de entre las garras según ambos caían a toda prisa.

Una luz estalló cuando el halcón cambió de forma más rápido de lo que fui capaz de procesar: de ave pasó a murciélago, luego a perro y después a hombre. El enorme cuerpo humano de Querido cayó en picado entre las ramas desnudas hasta estrellarse sin vida contra las rocas.

En el silencio que se produjo a continuación, Madrigal soltó un grito gutural.

La magia explotó de los sellos que había tallado en las raíces que había a sus pies y envió unas espirales de luz hacia la espalda del Señor de la Muerte a toda prisa.

Su capa revoloteó al girarse, en lo que desviaba la magia furiosa de la hechicera con un simple movimiento de muñeca.

—Eres una víbora traicionera —escupió el Señor de la Muerte, alzando un puño—. Vas por la vida arrastrándote por ahí, sin tenerle lealtad a nadie.

—¿Y te extraña? —inquirió Madrigal, crispando los labios—. ¿Por qué me iba a conformar con unas minucias de poder cuando podría controlar todo el poder de Annwn?

El Señor de la Muerte soltó una risa helada, con el rostro tan pálido como una calavera bajo el brillo de los muertos. Atravesó el claro para recuperar su corona y volvérsela a colocar en la cabeza.

—Si lo que deseas es la corona de Annwn —dijo—, ven a por ella.

45

El estallido de poder se extendió por el claro en unas ondas aterradoras y aplastantes.

Madrigal agitó la varita en un arco a través de la noche, con unas llamaradas que se encendieron a su paso y salieron disparadas hacia el Señor de la Muerte en unos aros letales. Consumieron todo el aire que nos rodeaba e hicieron que me costara respirar. El Señor de la Muerte le devolvió su ataque sin problemas e hizo que el suelo sobre el que se encontraba la hechicera se convirtiera en cenizas. Madrigal pegó un salto hacia un lado cuando el terreno rocoso empezó a devorarse a sí mismo, agitándose como unas arenas movedizas.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer? —se burló, con el rostro empapado de sudor.

—Más quisieras —contestó él.

Los Hijos de la Noche se abalanzaron de entre los árboles, y Madrigal, sin afectarse ni un poco, dirigió su fuego en su contra. Unas flechas ardientes brotaron de un sello que había en el suelo y acabaron con un par de criaturas que había cerca.

La hechicera siguió agitando su varita con furia para trazar un sello en medio del aire. Las rocas que había a los pies del Señor de la Muerte retumbaron y lo hicieron caer de rodillas cuando se desprendieron del suelo. Una cayó en su dirección, pero las otras fueron organizándose hasta adquirir la forma de un gólem descomunal que agitó su puño de piedra hacia la cabeza del rey.

El Señor de la Muerte apenas se las arregló para esquivar el golpe que le habría aplastado el cráneo. Con un rugido de furia, los espíritus que fluían de la piedra de su colgante se desviaron de su camino hacia la abertura que había en el cielo y se dispersaron a su alrededor como una capa protectora. Tras estirar un brazo, los espíritus se abalanzaron

hacia adelante y se colaron entre las articulaciones inestables de las piedras para desmontar la creación de Madrigal.

Los árboles se sacudieron por la fuerza de las rocas al volver a caer hacia la tierra. Cabell salió corriendo hacia adelante, entre ladridos y aullidos, y le proporcionó la oportunidad a Madrigal para que se me acercara y me colocara la punta afilada de su varita en el cuello.

Tenía el aliento agitado y el cuerpo entero le temblaba por la fuerza con la que respiraba. Su rostro salpicado de suciedad tenía una mirada intensa y un tanto frenética. La imagen que albergaba de ella mi mente se vio reemplazada por aquella criatura casi salvaje.

—Basta —gruñó el Señor de la Muerte—. Esa es tu última jugada.

—Pero si acabo de empezar —se burló Madrigal—. Tú decides. Entrégame la corona o arriésgate a perderla de nuevo.

Al Señor de la Muerte se le ensombreció la expresión.

—Tendría que haber sabido que el único modo de matar a una serpiente es cortándole la cabeza.

Todo sucedió muy rápido. Casi no noté que la varita se me apartaba del cuello ni la peste rancia y súbita que se extendió por el ambiente. Un segundo la hechicera estaba allí, justo a un lado del árbol, y, al siguiente, una de las criaturas se abalanzaba sobre ella, con las fauces desarticuladas hasta cerrarlas en torno a su cabeza y arrancársela de cuajo.

Cerré los ojos de golpe y me volví hacia el otro lado al notar el crujido de los huesos y músculos y un reguero de sangre que me salpicaba sobre la piel. Ni siquiera le había dado tiempo a gritar.

La repulsión y el horror se abrieron paso en mi interior y se me cortó la respiración en lo que me debatía contra las raíces para escapar al ver que otro de los Hijos de la Noche se sumaba al primero en su festín frenético. Lo único capaz de ahogar los sonidos de la carne desgarrada fueron las carcajadas del Señor de la Muerte.

—No pasa nada, amor mío —me consoló—. Mira qué sensible puedes ser…

Abrí los ojos como platos al oír un nuevo grito que atravesaba la noche.

Una lanza relució en medio de la oscuridad y se partió en una lluvia de flechas sobre las dos criaturas que se estaban alimentando.

Soltaron un chillido al notar cómo se les abría la carne y quedaban empalados contra las árboles que tenían detrás.

Un borrón plateado se abrió paso entre los árboles y la niebla con la misma velocidad e intención que una flecha, justo antes de que una espada larga centelleara al abalanzarse en dirección al cuello del Señor de la Muerte.

Este esquivó el ataque con un movimiento tranquilo y sin soltar la piedra. Una sonrisa helada se le extendió por la cara al ver que su oponente volvía a alzar la espada y se plantaba en una posición de ataque.

—Te he estado esperando —dijo el Señor de la Muerte.

—Empuña tu espada —le ordenó Caitriona, afianzando su agarre en la empuñadura de Excálibur. Su cabello corto y plateado relucía con el color de la luz de la luna.

—¡Cait…! —Una raíz me apretó el cuello e impidió que soltara mi advertencia.

Noté una mano cálida que me daba un apretoncito en el brazo y me obligué a bajar la vista a la derecha. Al distinguir el rostro preocupado de Olwen en medio de la oscuridad, abrí los ojos de par en par. La alegría casi hizo que me partiera en dos.

—Estás… bien… —me las arreglé para decir.

Olwen me mandó a callar en lo que observaba las raíces antes de llevar su daga hasta ellas y empezar a cortarlas, solo que estas se arreglaron casi tan rápido como ella tardaba en tajarlas.

La mirada del Señor de la Muerte pasó de ella a Cabell, quien rondaba por los árboles, a la espera de recibir una orden. No comprendí a qué se debía su expresión decepcionada ni la forma en que Cabell gimoteó en respuesta antes de cruzar de un salto por encima de las rocas y el entramado de raíces en dirección a nosotras.

Pero entonces los oí: en las profundidades del bosque, más Hijos de la Noche se estrellaban contra los árboles en su afán de llegar hasta donde estábamos.

—¡Olwen! —solté, al ver que apretaba la mandíbula en un gesto decidido mientras se iba poniendo de pie—. No…

—Ahora vuelvo —prometió, antes de desaparecer de mi vista.

Torcí el cuello todo lo que pude al oír su hechizo, con su canción

firme y radiante. Unas lanzas de fuego y luz salieron disparadas entre los árboles y atravesaron a las criaturas en lo que se iban lanzando a por ella.

El Señor de la Muerte devolvió su atención hacia Caitriona y la espada que empuñaba. Su expresión no denotaba sorpresa. Ni tampoco miedo.

—Sé que no he sido yo quien te ha enseñado a denigrar un arma tan ilustre con unos movimientos tan descuidados —dijo, pasando una mano por la piedra brillante de su colgante—. Ni a enfrentarte tú sola a un oponente más fuerte. Ni siquiera Excálibur es lo bastante poderosa como para compensar toda tu falta de experiencia.

Caitriona se tensó y crispó los labios al contestar:

—Ya he tenido práctica más que de sobra matando monstruos.

—Mmm. —El Señor de la Muerte apartó la mano de su piedra y su expresión de crueldad quedó iluminada de pronto por las almas que se deslizaron de la fría superficie de la gema. Estas lo rodearon hasta formar un anillo que no dejaba de cambiar, torcerse, curvarse y enderezarse una y otra vez con cada latido.

»Sí que tienes práctica matando a los de Ávalon, eso debo reconocerlo —dijo el Señor de la Muerte, y fue obvio que disfrutó de la rabia que inundó la expresión de Caitriona—. Pero dime, ¿estás dispuesta a hacer lo mismo con el alma de tus queridas hermanas?

La provocación me sentó como un cubo de alquitrán hirviendo sobre la piel. Caitriona abrió mucho los ojos y se puso pálida por el horror. Por un instante, las almas pasaron de ser unos chispazos de vida a cobrar la forma que habían tenido antes de morir. El corazón se me cayó a los pies al ver la silueta de algunas sacerdotisas de Ávalon.

Caitriona soltó un rugido de rabia y angustia.

—Incluso si, y vamos a valernos de mucha imaginación con esto —continuó el Señor de la Muerte—, pudieras llegar a alcanzarme con tu espada, primero tendrías que atravesarlas a ellas. ¿Estás dispuesta a dejar que la magia de Excálibur acabe con ellas?

No, pensé. Eso no era así. La magia de Excálibur no hacía eso. Si el texto que habíamos leído era cierto, lo único que destruía era las almas perversas.

Volví a tirar de mis ataduras.

—¡Es mentira, Cait! ¡No lo escuches!

Olwen gritó algo a mis espaldas que no conseguí entender. Entonces me pregunté si Caitriona podría oírnos por encima del ruido de la sangre latiéndole con fuerza en los oídos.

Aferró con más fuerza la empuñadura de Excálibur, y las sombras del rostro se le alargaron por su sufrimiento. Por muy poderoso que hubiese sido su primer golpe, por muy feroz que fuese la tormenta de su rabia, no quedaba ni rastro de aquello.

No bajó su espada, porque su entrenamiento la había preparado bien. Sin embargo, su vacilación revelaba aquello que se negaba a pronunciar con palabras. Por primera vez, mostraba todo su tormento a corazón abierto, y la agonía tan cruda que la mantenía prisionera me dejó sin respiración.

Pasé la vista a la derecha, hacia donde el sabueso, Cabell, me mantenía vigilada. Tenía el pelaje del lomo erizado, a la espera de una orden, y el borde de su columna parecía tallado en piedra.

—Haz algo —supliqué. Sabía que podía escuchar mis palabras entrecortadas, incluso si no hizo nada para reconocer que me había oído. Las orejas se le movieron y el gruñido bajo que escapaba de su garganta se volvió más intenso.

»Sé que puedes oírme —conseguí decir—. Sé quién eres.

Quizás era mi desesperación que me jugaba una mala pasada, pero me pareció que el rumor en su garganta se volvió más suave. Todos los recuerdos de la vida que habíamos compartido volvieron a mi memoria. Y el dolor que se alzó en mi interior fue tan inmenso como insoportable.

—Aún puedes volver —empecé, notando que las lágrimas me quemaban las mejillas heladas—. No hiciste nada para impedir todas esas muertes, pero puedes hacerlo ahora, Cab. Haz algo. Lo que sea. Te lo suplico.

Mi esperanza no tardó en morir cuando se abalanzó hacia adelante con un ladrido rabioso y un mordisco de advertencia. Uno que casi me podría haber desgarrado la garganta.

Solo que, al mirarme, sus ojos no ardían como el fuego. Eran oscuros. Tan oscuros que casi parecían negros.

—¿Ya te has decidido? —se burló el Señor de la Muerte. Permitió

que Caitriona lo rodeara en un círculo, como si la espada que llevaba en la mano no fuese más que una de madera, una herramienta de práctica, como si estuviesen de vuelta en la zona de entrenamiento del torreón. Una aprendiz entusiasta y un mentor devoto.

—¡No, Cait! —exclamó Olwen—. ¡No lo escuches! ¡Concéntrate!

—¿Quieres que te lo ponga más fácil? —dijo el Señor de la Muerte —. A lo mejor podrías empezar con… Betrys, tan fuerte y noble que fue la primera en caer en las puertas del torreón. ¿O quizás con Pulga? Tan joven ella…

Caitriona soltó un grito y blandió a Excálibur en un arco descendiente por encima de la cabeza. El pelaje oscuro de Cabell brilló bajo la luz de la luna en lo que salió disparado hacia delante, con los dientes al descubierto.

Si hubiese apartado la vista, si me hubiese atrevido a parpadear, me lo habría perdido: el cambio imperceptible en el rumbo del sabueso.

El arco que cortó Excálibur por el aire se vio interrumpido cuando Caitriona hizo una finta y le dio una patada al Señor de la Muerte.

Las fauces del sabueso se cerraron en torno a la carne y los músculos de la pantorrilla de su señor. Este soltó un grito de rabia y dolor y se valió de todo el potencial de su poder para sacudirse a Cabell de encima. Unas tiras de carne sangrienta aún colgaban de los dientes del sabueso en lo que se estrelló contra el tronco de un árbol y cayó hasta el suelo, inmóvil.

—¡Cab! —chillé casi sin aliento.

El Señor de la Muerte se volvió al oír el sonido de mi voz débil, y aquella fue la oportunidad que Caitriona necesitaba. Estampó la bota contra la pechera de su antiguo mentor y lo hizo caer sobre el suelo del bosque con la fuerza suficiente para sacudirle la armadura. Y, según parecía, la concentración también.

El escudo en espiral de las almas de las sacerdotisas escapó de su agarre y salió disparado hacia el bosque. Una niebla aterciopelada relució en los lugares en los que se detuvieron, como testigos silenciosos de lo que estaba por venir.

Aquella distracción había hecho mella en la concentración del Señor de la Muerte, y las raíces que me aprisionaban me soltaron con

un chasquido. Luché por respirar en lo que saltaba hacia adelante sin dudarlo, intentando recuperar el equilibrio sobre las rocas que se tambaleaban de camino hacia mi hermano.

Con el cuerpo tenso por el terror, me dejé caer de rodillas y le apoyé una mano en el costado. Aunque le sobresalían todas las costillas bajo la piel, seguía respirando. Apenas, pero era mejor que nada.

El olor metálico de la sangre cubrió incluso el de la tierra húmeda; tenía el hocico bañado en ella.

—¿Cab? —susurré.

Había… Nos había intentado ayudar, ¿no?

El sabueso permaneció con los ojos cerrados. Su pelaje estaba apelmazado por la sangre y unas virutas de corteza.

El resto de las criaturas se abalanzaron sobre nosotros, aferrándose a las ramas de los árboles con las garras. Se daban zarpazos entre ellas hasta arrancarse extremidades y piel grisácea en su afán por llegar a Cabell primero, chillando tan fuerte que creía que me iban a estallar los tímpanos.

No sabía si iba a funcionar; de hecho, estaba segura de que no, pero me abalancé sobre él para cubrirlo con mi cuerpo. Cerré las manos en puños en torno a su pelaje mientras las criaturas nos rodeaban, mostrándome los dientes.

El fuego me pasó por encima cuando Olwen entonó otro de sus hechizos y carbonizó a más criaturas. Con un control que me dejó boquiabierta, hizo pasar el fuego entre los árboles y se aseguró de dejarlos intactos.

—¡Pelea, cobarde! —exclamó Caitriona—. ¡Pelea!

Volví la vista atrás justo cuando Caitriona blandía a Excálibur en medio de la noche, con su acero cortando el aire al acercarse peligrosamente al cuello del Señor de la Muerte. Aún en el suelo, este rodó para apartarse y desenvainó su espada en un único y fluido movimiento.

Dos espadas, una de color plateado y la otra mancillada por la magia oscura, se abalanzaron la una contra la otra.

Un estruendo de magia explotó a nuestro alrededor cuando las espadas se encontraron…, y la hoja de Excálibur se partió como si de

cristal se tratara.

46

Un sonido aislado irrumpió entre la neblina de mi incredulidad. Carcajadas.

La risilla contenida del Señor de la Muerte dio paso a unas risotadas estruendosas. Bajó su propia espada y pareció deleitarse con la imagen de Caitriona observando la empuñadura que aún llevaba en la mano, aquel trozo serrado que quedaba de la hoja. Lo pálida que estaba hacía que las pecas que le salpicaban la cara resaltaran aún más.

Porras. No podía ser cierto.

—No —susurró Olwen, volviendo a mi lado—. Por la Diosa, no puede ser…

—¿Esta es la hoja divina? —El Señor de la Muerte echó la cabeza hacia atrás con otra carcajada atronadora—. ¿Esta es la asesina de dioses?

Solo el linaje de Neve puede despertar la totalidad de su poder, pensé, incorporándome un poco, aunque sin soltar a Cabell. *De lo contrario, es una espada sin más.*

Y era por eso por lo que la única arma que creíamos capaz de destruir al Señor de la Muerte yacía hecha pedazos a los pies de Caitriona.

Sentía como si el cuerpo me vibrara por la adrenalina, como si palpitara entera con cada latido del corazón.

Haz algo, me supliqué. *Lo que sea.*

Ya sabía en qué consistía mi poder; solo que reconocer la magia y recurrir a ella eran dos cosas muy distintas.

¿Qué se me escapa? Cerré los ojos con fuerza. Estaban mis sueños, esos que Olwen proclamaba que me permitían entrar en contacto con mensajes de algo más allá. De la mismísima Diosa.

Y también estaba la rosa blanca de Ávalon.

Ese sueño había sido distinto a todos los demás. Tras encontrar la flor en el patio del torreón, floreciendo entre una grieta que había en las piedras, donde nada más había crecido, me pregunté si quizás era yo quien la había hecho realidad al soñarlo. Me había dicho que no era más que una premonición, pero ¿y si no lo era?

¿Y si había tenido razón y la había creado de algún modo? Al distorsionar la descomposición del suelo de Ávalon y darle una nueva forma. Al convertirla en una nueva vida.

El Señor de la Muerte rodeó a Caitriona, observando cómo le subían y bajaban los hombros por su respiración acelerada y disfrutando de lo lindo.

—¿Recuerdas el día en que llegué al torreón? —empezó—. Acudiste a mí, con tu vestido aún manchado de la sangre de tu querida suma sacerdotisa, y me pediste que te entrenara. ¿Recuerdas lo que te dije entonces?

Caitriona se limitó a alzar la barbilla, con la mandíbula apretada.

—«La destreza es algo que se puede aprender, pero el coraje no» —dijo el Señor de la Muerte en lo que continuaba rodeándola con toda la parsimonia del mundo—. Siempre supe que eras así de especial.

Olwen reapareció a mi lado y me pasó un brazo por los hombros para sostenernos a ambas. Me la quedé mirando. Estaba magullada y se la veía cansada por las penurias que había tenido que soportar los últimos diez días, pero se comportaba con una serenidad que casi ni alcanzaba a procesar.

—Tenías unos reflejos muy rápidos y una mente que lo era más aún —siguió él—. Y parecías disfrutarlo… La verdad es que no existe nada igual al rugido de la sangre, a la emoción que te embarga cuando cargas hacia la batalla, a sabiendas de que podrías morir en cualquier momento. O que también podrías vivir.

Caitriona cuadró su postura hasta simular la rectitud de una espada, con una expresión que no transmitía nada.

—Es posible que lo sientas ahora mismo, cuando te haga mi propuesta —dijo el Señor de la Muerte—. Acaba con el sabueso y liberaré las almas de Ávalon para que puedan renacer.

Nash solía decir que la vida era como una baraja de cartas. Un día

te podía tocar una buena mano y, al siguiente, la peor posible. Pero limitarse a aceptarla implicaba perder el poco control que ya teníamos.

Porque la vida no se limitaba a escoger cartas al azar, sino a decidir hacerte con el mazo, aprender a barajar y escoger las reglas con las que ibas a jugar. Consistía en las miles de decisiones que tomamos cada día y el camino que esas abren para nosotros.

Olwen me sujetó con fuerza, incluso cuando intenté ponerme de pie de un salto.

—Suéltame —le pedí casi sin voz.

—Espera —dijo ella, repitiendo aquella palabra hasta que se convirtió en una plegaria. Una letanía—. Espera, espera…

Ya no podía ver el rostro de Caitriona en medio de la niebla agitada. Lo único que veía era una silueta oscura, hasta que una ráfaga de viento atravesó el claro.

Seguía en el mismo lugar, aunque con la vista clavada en lo que quedaba de la hoja de Excálibur.

—Nunca has sido de las que dudan —comentó el Señor de la Muerte, envainando su espada.

Un escalofrío súbito y doloroso se apoderó de mí cuando recordé lo que me había dicho en el ático de la biblioteca y las palabras fueron igual de crueles y terribles que antes:

«Es un monstruo, Tamsin, y ya sabes lo que tenemos que hacer. Solo hay una forma de detener a un monstruo».

—Cait… —intenté llamarla, pero su nombre quedó ahogado tras la voz de barítono del Señor de la Muerte.

—Siempre has sido demasiado fuerte, demasiado aguerrida, para limitarte a ser una simple sacerdotisa —continuó, dando un paso hacia ella y luego otro—. ¿Qué es lo que te ata a la isla ahora? Yo sé lo que desea tu corazón. Ya has hecho a un lado las creencias que antes te retenían. Permite que sea yo quien te libere de los grilletes que aún te mantienen prisionera. Mata al sabueso. Demuéstrame que me eres leal y tanto tus hermanas como el resto de Ávalon podrá renacer en este mundo.

Olwen me sujetó con más fuerza, pero su expresión no cambió. No intentó consolar a su hermana ni tampoco suplicar que la escuchase,

como me había imaginado que iba a hacer.

—¿Quieres…? ¿Quieres que te acompañe a Annwn? —preguntó Caitriona con un hilillo de voz.

—Llevarías ejércitos de muertos a la batalla para castigar a las almas perversas… Todas las almas perversas que habitan en las demás Tierras Alternas —continuó el Señor de la Muerte—. Cabalgarías a mi lado en una cacería sin fin, con un poder que no conocería límites.

—No lo hagas —le supliqué—. Eso no es lo que quieres. Tú no eres así.

Si Caitriona me oyó, no hizo nada para demostrarlo. En su lugar, alzó la cabeza. Se me puso la piel de gallina al ver que el Señor de la Muerte le apoyaba una mano pesada y enfundada en guante sobre el hombro, con una expresión que parecía una burla retorcida de un gesto paternal.

Lo va a hacer, me gritó una voz para mis adentros. *Lo va a matar.*

—Esta es quien eres —dijo él—. Mi corona me permite sopesar el valor de un alma, juzgarla. Y en ti puedo reconocer el odio necesario para sobrevivir.

Incluso desde tan lejos, fui capaz de ver cómo le temblaban los labios antes de que los presionara juntos. La desolación en sus ojos oscuros. Los hombros se le hundieron, como si se estuviese quedando sin fuerzas para resistirse.

—No. —Volví a intentarlo—. ¡Nada de lo que te ha dicho es cierto! No eres tu dolor, no eres tu furia…

Solo que, tras echarle un último vistazo al Señor de la Muerte, empezó a avanzar hacia mí. Hacia nosotros.

—¿Qué haces? —pregunté, apoyándome para proteger a Cabell una vez más. El pánico me invadió.

—Espera —susurró Olwen.

—Hazte a un lado, Tamsin —dijo Caitriona, sin emoción en la voz —. Siempre íbamos a terminar así.

Lo había dicho antes, en la biblioteca: «Solo hay una forma de detener a un monstruo».

—Cait, te lo suplico —balbuceé—. Sé lo que ha hecho. Sé que te ha hecho tantísimo daño que no hay nada en este mundo que pueda compensarlo. Pero no es demasiado tarde para ti. No tienes que cruzar

ese límite.

—¿Lo has perdonado? —me preguntó en lo que seguía avanzando hacia nosotros, con su cabello plateado agitándosele en torno al rostro con cada paso que daba.

—No —le aseguré—. No lo he hecho. Pero lo quiero y no puedo matar esa parte de mí… Lo he intentado, Cait. Te juro que sí.

Era mi hermano. Había cometido unos crímenes horribles que jamás iba a poder deshacer, pero era mi hermano. El mismo niño pequeño que me había dado la mano cuando caminábamos a oscuras, solos, hambrientos y agotados. Y estaba intentando volver con nosotros. Estaba intentando salir de aquel pozo de oscuridad él solo.

—Puede enmendar sus errores —le juré.

Caitriona se veía mucho peor al acercarse. Unos pegotes de musgo y hojas secas se le habían enganchado al cabello. Tenía unas sombras amoratadas bajo los ojos por la falta de sueño.

—No te preocupes —dijo con indiferencia—. Será rápido.

—¡No!

La expresión de Caitriona cambió en aquel preciso instante, como si la máscara que llevaba puesta se hubiese caído para revelar el fuego de su mirada que tan bien conocía. Su rostro cobró vida con un nuevo objetivo y su figura se extendió hasta alcanzar toda su impresionante estatura.

Sentí que la vergüenza me estrujaba el alma, porque entonces comprendí por qué Olwen me había estado reteniendo. *Espera*, me había dicho. *Espera*. Y no por una cuestión de negación. No por miedo.

Sino porque tenía fe.

Caitriona se plantó frente a nosotras y se dirigió al Señor de la Muerte con acero en la voz.

—Soy la suma sacerdotisa de Ávalon —declaró—. Y a la única a la que sirvo es a la Diosa.

47

Un grito desgarrador brotó de la garganta de Caitriona cuando lanzó las manos hacia adelante e invocó toda su magia.

Un fuego dorado explosionó por el aire y salió disparado hacia la figura oscura del Señor de la Muerte. Este alzó un brazo para protegerse y una magia plateada palpitó hasta extenderse a su alrededor para desviar el río de llamas hacia los páramos despejados y el pequeño riachuelo que tenía a sus espaldas.

Los Hijos de la Noche que quedaban bajaron de los árboles al ser convocados para defender a su amo. Solo que Caitriona también tenía una respuesta para ellos. Soltó lo que quedaba de Excálibur y lanzó unas bolas de fuego sinuosas hacia las criaturas (primero una, luego tres, luego cinco), hasta dejarlas entre chillidos agónicos al derrumbarse entre llamas o salir huyendo hacia el resguardo de los árboles retorcidos.

—¡Olwen! —la llamó.

Su hermana contestó y se dispuso a perseguir a las criaturas restantes al hacerlas retroceder más y más con su fuego.

—Chica estúpida —rugió el Señor de la Muerte en dirección a Caitriona—. Te he ofrecido una vida de gloria, pero con mucho gusto esclavizaré tu alma cuando mueras.

Su magia luchó contra la de Caitriona y se abalanzó sobre el claro, un color plateado que devoraba al dorado. A Caitriona le temblaban los brazos, y unas gotitas de sudor le perlaban el rostro cuando volvió a gritar. El fuego siguió luchando, y el choque renovado hizo saltar unas chispas de magia que dispersaron las almas que seguían flotando cerca.

Solo pueden observar, pensé. Incapaces de hacer nada para detenerlo al no tener forma.

—Tamsin —me llamó Caitriona entre dientes—. Dile a Neve… Dile que lo siento.

—¡Díselo tú misma! —grité en respuesta, poniéndome de pie. El miedo me arrancó un escalofrío de la columna al ver su expresión desolada.

Eres una inútil, me dije a mí misma con desesperación, mientras contemplaba la disputa entre magias. *Después de todo lo que ha pasado, sigues siendo una inútil.*

Intenté recurrir a la magia que había percibido a mi alrededor antes, pues notaba aquellos latidos que palpitaban. El potencial que tenían de renacer y convertirse en algo nuevo. En algo que pudiese ayudarnos. Tenía que descubrir cómo invocarlo.

La rosa blanca. Esa tenía que ser la clave.

—Cuando deje caer el anillo de fuego que nos rodea, llévate a tu hermano —dijo Caitriona, deslizándose hacia atrás por la fuerza de la colisión entre magias—. Llévatelo a él y a Olwen y salid de aquí.

—No pienso dejarte —le dije. La piedra en el colgante del Señor de la Muerte se había encendido por dentro y se removía con las almas que tenía aprisionadas dentro—. ¡Cait, cuidad…!

La advertencia llegó demasiado tarde tanto para ella como para mí, y no pudimos apartarnos de las raíces que brotaron con fuerza desde el suelo, chisporroteando con magia de la muerte.

—¡No! —gritó Caitriona, pero la palabra murió en sus labios cuando las raíces se abalanzaron sobre ella y la lanzaron hacia el suelo. Su fuego dorado se apagó con una última llamarada desesperada en lo que quedó aprisionada contra las rocas. Siguió luchando, retorciéndose para liberarse.

Después de toda la luz que se había desatado, el claro, el bosque, el mundo entero… Todo parecía más oscuro.

—No hay magia que sea más fuerte que la de Annwn. No hay nada que pueda derrotarla, y mucho menos una chiquilla belicosa que se niega a aceptar la patética debilidad que la aflige —le dijo el Señor de la Muerte. Había vuelto a desenvainar la espada y esta brillaba con todo su poder—. A lo mejor no me quedo con tu alma después de todo. Creo que te iría bien convertirte en una de mis criaturas.

Caitriona se debatió y arqueó la espalda para intentar zafarse del

agarre que tenía la magia sobre ella. Las raíces le cubrieron la boca y silenciaron cualquier palabra o encantamiento que aún ardiera en su mirada.

—Desafiante hasta el último aliento —se burló el Señor de la Muerte.

Me lancé hacia Caitriona para intentar interponerme entre ellos, pero el Señor de la Muerte ni siquiera se dignó a mirarme. Alzó una mano, con la piedra reluciendo… Y yo pegué un salto, pero las raíces me dieron un golpe en el abdomen y se me enroscaron en torno a la cintura. Caí hacia delante en lo que me arrastraban para apartarme de Caitriona.

Me debatí para aferrarme a las piedras del suelo o a las hojas secas. El barro se me acumuló hasta destrozarme lo que quedaba de mis uñas rotas. Unas vides de magia de la muerte me echaron hacia atrás. Los vaqueros se me desgarraron contra las rocas y se llevaron mi piel con ellos hasta dejar un reguero de sangre a su paso.

Ayúdame, pensé. *Por lo que más quieras, ayúdame.*

—Menuda decepción has resultado ser —le dijo el Señor de la Muerte a Caitriona en lo que llevaba la punta de su espada a la garganta.

Cierra los ojos, me susurró una voz al oído. Parecía como si el viento y la niebla me llevaran las palabras. *Libera tu miedo. Ya sabes lo que tienes que hacer.*

La presión que notaba en el pecho, el temblor que me sacudía las manos… Tenía un nombre.

Miedo.

Déjalo ir, me susurró la voz. *Libérate.*

De mi pasado. De la impotencia que había sentido de pequeña al intentar labrarme la vida que había creído que quería.

Déjalo ir.

Mi presente. El miedo que me retenía, que me impedía ver quién era en realidad.

Libéralo.

La muralla que había en mi interior se hizo pedazos y entonces noté lo que me había estado esperando en el otro lado. La magia que solo me pertenecía a mí, que había estado dormitando en la oscuridad

bajo la nieve. La descomposición a la espera de ser transformada con la llegada de la primavera.

La magia que existía en todo aquello que era natural, en la vida en sí, también era el potencial de transformarse en algo más después de morir.

—Es tu última oportunidad —resonó la voz del Señor de la Muerte no muy lejos.

En Ávalon, solo había habido una criatura que vivía más allá de su control. Una que se había transformado a sí misma.

Los recuerdos de la renacida de la suma sacerdotisa Viviane me inundaron, aunque ya no quedaba rastro del terror que había sentido al enfrentarme a ella. Se había vuelto a crear de unos baldíos en descomposición, se había hecho un cuerpo de la corteza muerta, el barro y la hierba seca. Y su alma había permanecido desafiante hasta el final.

Entonces la soñé como tendría que haber sido, llena de vida. Con el cuerpo regenerado, mientras las raíces le redefinían las extremidades y se volvían verdes y jóvenes, las hojas empapadas y arrugadas que daban paso a botones en flor. Imaginé a otras floreciendo de la descomposición que salpicaba el bosque y plantándose a su lado. Con un cuerpo nuevo y fuerte. Uno que seguía mis órdenes.

Me obligué a abrir los ojos.

—Vete a… besar hierro…, canalla… —consiguió decir Caitriona, entre la mordaza de las raíces. Desde donde estaba, algo le llamó la atención y la hizo congelarse en su sitio.

Una mano hecha de raíces y hojas verdes brotó de la tierra por detrás de los pies del Señor de la Muerte, y sus dedos largos y sinuosos se estiraron como cintas de hierba entretejida. Tras ella brotó la palma, luego la muñeca y un brazo, y posteriormente una cabeza con una corona de flores. La renacida no tenía rostro al alzarse, pero relucía por la magia que había en su interior.

Concentrándome, visualicé a la mano flexionándose y cerrándose en un puño en torno al tobillo del Señor de la Muerte. Y, a través de la magia que nos ataba, di un tirón.

El Señor de la Muerte se tropezó hacia atrás con un sonido de

sorpresa. Lo único más satisfactorio que verlo abrir los ojos como platos fue distinguir otras siluetas alzándose desde la tierra y cobrando forma gracias a la niebla. Una a una, mis criaturas fueron floreciendo desde la tierra.

El Señor de la Muerte cortó a la renacida con su espada.

—Maldita seas… Maldita seas… ¿Qué clase de brujería es esta?

Las ataduras mágicas que me sujetaban por la cintura cedieron en su presión cuando su atención se apartó de mí. Me puse de pie a toda prisa, pero las raíces volvieron a aferrarme con un agarre doloroso. Las renacidas amenazaron con deshacerse al no dedicarles mi concentración.

Antes de que pudiera volver a centrarme, a afianzar mi agarre en la magia que nos ataba, unas luces salieron disparadas a mi alrededor y sortearon las ramas torturadas de los árboles en dirección al Señor de la Muerte.

No. No hacia él. Hacia las renacidas. Hacia los cuerpos que había creado.

La magia que me había estado debatiendo por aferrar se destensó y, por instinto, la liberé. Los espíritus de las sacerdotisas de Ávalon cruzaron el aire nocturno hasta hundirse en la piel hecha de hojas, barro y raíces de mis renacidas. Los cuerpos que había fabricado se volvieron iridiscentes conforme las almas se asentaban en ellos y sus formas se estabilizaban hasta volverse firmes, incluso sin mi control.

Con un aullido de furia, el Señor de la Muerte apartó a Caitriona de un empujón y la hizo salir despedida entre los árboles.

Las vides que me rodeaban se ajustaron tanto que me dejaron sin aliento. Me arrastraron hacia el Señor de la Muerte en lo que él se encargaba de rebanar a las renacidas, hecho una furia. Solo que, cada vez que conseguía cortar alguna extremidad, esta volvía a crecer, más fuerte y más rápida.

Hundir los talones en el suelo no sirvió de nada para ralentizar la magia del Señor de la Muerte mientras tiraba de mí hacia su brazo estirado. Una de las renacidas me sujetó y tiró hacia atrás, pero la fuerza del Señor de la Muerte era tanta que le arrancó los brazos del cuerpo a mi creación. Unas extremidades nuevas crecieron de los restos de corteza para reemplazar a las antiguas.

—¡Tienes que obedecerme a mí! —le gritó a una renacida, pero el brazo cubierto de hojas de la criatura le arrancó la espada de la otra mano y la hizo salir volando hacia el bosque.

Me estrellé contra el costado del Señor de la Muerte y lo aparté de inmediato de un empujón, intentando escapar de la asquerosa sensación que noté al entrar en contacto con su cuerpo. En lugar de dejarme escapar, me rodeó el cuello con uno de sus brazos enfundado en armadura y me apretó la cara contra la curva de su pechera helada.

—Había pretendido liberar el alma de Creiddylad en Annwn —siseó en mi dirección—, pero me daré el gusto de hacerlo aquí.

Unos hilillos negros se le formaron sobre el puño. Dejé de sostenerme con las piernas para intentar usar el factor sorpresa y librarme de su agarre. Solo que él me sujetó el cogote con la otra mano y me retorció los dedos entre el cabello. Allí donde mi sangre goteaba hacia el suelo, unos tréboles, cardos y rosas brotaban, para reclamar el suelo carbonizado.

El Señor de la Muerte llevó el brazo hacia atrás, y la magia chisporroteó al intensificarse, listo para atacar. Aunque estaba demasiado lejos para que pudiera llegar hasta su corona, se había dejado el pecho descubierto.

Así que le arranqué el colgante del cuello. Cuando lo lancé hacia un grupo de piedras que había más allá, soltó una retahíla de palabrotas.

Las renacidas se abalanzaron sobre nosotros y le rasguñaron la cara, la cabeza, hasta deshacerle las juntas de la armadura. Y, en medio de la lucha, oí que una voz surgía de la renacida que le tiraba del hombro:

—Era Betrys y me mataste con tu espada, pero sigo en pie…

Me eché hacia atrás por la sorpresa, pero el Señor de la Muerte se limitó a sujetarme con más fuerza, hasta arrancarme algunos mechones de cabello de la raíz.

—Era Rhona… —dijo otra voz—*, y me arrebataste la vida, pero sigo aquí…*

—Era Seren, y sigo con vida…

—Mari…

—Arianwen…

Sus voces melodiosas resonaron y se entrelazaron entre ellas hasta formar una especie de tapiz, una canción de bruma y recuerdos, cada verso algo atrevido, hasta que el estribillo se formó con las mismas palabras, pronunciadas una y otra vez: Sigo en pie. Sigo aquí. Sigo con vida.

—Era la hechicera Seraphine…

—…la hechicera Briar…

—Puede que me hayas matado —dijo la voz de Lowri—*, pero no me he ido…*

—¡Basta! —bramó el Señor de la Muerte. Un torrente de luz y presión explotó a nuestro alrededor cuando la magia de Annwn atravesó a las renacidas hasta reducirlas a nada más que cenizas y restos de hojas. Solo que, en cuanto cayeron al suelo, las volví a formar.

—No… —empezó el Señor de la Muerte, intentando invocar las almas de los muertos con su puño alzado—. Tenéis que obedecerme…

Las luces danzaron a nuestro alrededor.

—Jamás te pertenecimos.

El corazón se me estrujó en el pecho. *Pulga.*

Las almas de Annwn caían desde la abertura en el cielo como si de nieve se tratase, con unos chillidos que cortaban la oscuridad. Cuanto más tiempo permaneciera abierto el portal, más espíritus malignos inundarían nuestro mundo para atormentar a los vivos.

Las renacidas nos rodearon y se fueron acercando despacio. El Señor de la Muerte las observó a todas con el rostro que había robado muy pálido. Su mirada distinguió algo más allá; una figura oscura agazapada sobre un montículo de piedra, casi escondido entre los arbustos espinosos y las raíces.

Lo que alcanzaba a ver de su piel estaba cubierta de moretones. La sangre le caía por la cara del corte que se había hecho en la mejilla. Sostenía el colgante y su piedra carmesí con un brazo estirado en lo alto, y el cristal lo iluminaba con su brillo espectral.

—Bledig —retumbó la voz del Señor de la Muerte—, ¡tráemelo! ¡Dámelo!

El joven alzó la mirada. Lo primero que dijo lo hizo en voz baja, y las palabras quedaron ahogadas por el viento y la furia de los Hijos de

la Noche. Sin embargo, cuando las pronunció de nuevo, y luego una vez más, fueron cobrando fuerza. Y también certeza.

—Me llamo *Cabell.*

De un movimiento, bajó el colgante y lo estrelló contra las rocas una y otra vez, hasta que el ruido de la piedra al hacerse añicos quedó ahogado por el rugido de furia del Señor de la Muerte.

Las almas escaparon de su prisión, dieron vueltas por el claro o volaron hacia el cielo para perseguir a aquellas que habían escapado del otro mundo.

Cab, pensé, sobrepasada por la emoción.

Por un instante, el agarre que me sometía cedió un poco e intenté acercarme a mi hermano…, pero terminé chocando con el puño que usó el Señor de la Muerte para atravesarme el pecho.

48

La agonía me desgarró los sentidos y me explotó desde el centro del pecho como una supernova.

Apenas pude oír a lo lejos a mi hermano gritar:

—¡No!

Bajé la vista poco a poco en lo que me ahogaba con mi propio aliento. No hubo sangre. El Señor de la Muerte no me había atravesado la piel ni me había roto las costillas, pero tenía la mano dentro de mí, aferrándose a algo. Algo que no era el corazón, ni los pulmones ni ningún otro órgano, sino algo igual de vital.

Me lanzó una mirada de absoluta maldad. Las renacidas lo rasguñaban sin cesar y dejaban a su paso unos surcos que lloraban sangre. Solo que él no parecía afectarse por las heridas, ni siquiera cuando se lamió los restos que le caían por los labios.

No podía hablar. En el instante en que movió el puño para liberarlo, fue como si me estuviese arrancando la piel desde dentro. No existía nada más que el dolor.

—Segar un alma es una tarea muy rápida —gruñó en mi dirección —, pero a ti… A ti te haré sufrir.

Tiró muy muy despacio, como si intentara no desgarrar la delicada sustancia que había dentro.

Las renacidas me rodearon e intentaron liberarme de su agarre, pero aquello solo hacía que mi sufrimiento se intensificara. Entonces aparecieron Caitriona y Olwen, cada una sujetándome de un brazo, desesperadas por apartarme de él y gritando algo que no pude oír por encima del rugido del dolor que me martilleaba la cabeza.

En los bordes oscuros de mi visión, distinguí a una niña pequeña. De cabello rubio, casi blanco, corto y alborotado en torno al rostro. Tenía las rodillas y espinillas cubiertas de moretones y los zapatos

salpicados de hierba seca y plantas espinosas. Llevaba puesto un chubasquero a cuadros que le quedaba demasiado grande y le caía por encima de los hombros. El miedo y el dolor en su expresión eran tan evidentes que se me estrujó el corazón.

Era yo.

La miré a ella y no al monstruo.

No tengas miedo, le dije. *Estás a salvo.*

Aunque Creiddylad se había enfrentado a él sola, yo no lo estaba.

Y podía sentirlo. La decadencia, no solo de su alma sino del cuerpo físico del que se había apoderado. El rey Arturo había muerto y, si bien la magia le había preservado el cuerpo, los rastros de la muerte aún permanecían en él. Aquellos hilillos apenas perceptibles de podredumbre me servirían para usarlos en su contra. Y, en medio de la niebla del tormento, lo visualicé, lo vi con total claridad: órganos que se endurecían al cubrirse de corteza, huesos que se convertían en vides.

—Era Creiddylad —conseguí decirle—. Le robaste la vida, pero sigo viva. Las dos seguimos vivas.

El Señor de la Muerte abrió mucho los ojos al notarlo. Las vides se le extendían por las costillas y le envolvían los pulmones, entremezclándose con las vísceras suaves y los músculos. Cuando abrió la boca para decir algo, se ahogó con las ramas que le iban brotando de la garganta. La sangre se le derramó por la boca y la nariz. Las raíces y las ramas aumentaron de tamaño bajo la piel y le desgarraron el hombro hasta empujar su pechera helada más cerca. Más ramas le partieron los dientes cuando su expresión malvada se volvió hacia mí.

¡No es suficiente!, se quejó una voz en mi interior.

Porque, incluso en la agonía de la muerte de su cuerpo mortal, su alma aún tenía prisionera a la mía. Se lo vi en los ojos: el triunfo de la muerte según tiraba más y más…

Olwen me envolvió el cuerpo con los brazos en lo que Caitriona usaba la daga de su hermana para clavársela en la cara, el cuello y en cualquier otro lugar que pudiera alcanzar.

Los pensamientos se me distorsionaron. No sabía si la luz que se encendió de pronto a sus espaldas era real o si la estaba alucinando. Si

Neve de verdad se encontraba allí, aferrando la empuñadura de Excálibur en la mano y con el rostro brillando por el resplandor de su magia.

En mi mente, una única idea cobró vida.

Juntas hasta el final.

—¡Que tu hoja sea certera! —exclamó Caitriona.

Me abalancé hacia arriba y hacia adelante para arrancarle la corona de cuernos al Señor de la Muerte y lanzarla a un lado justo cuando Neve se lanzó hacia adelante con lo que quedaba de Excálibur.

La espada le atravesó la armadura. Arqueó la espalda en lo que la hoja le cortaba la columna y la luz blanca y azulada estallaba en su interior. Su respiración se volvió ahogada y dificultosa, y una sangre ennegrecida, rancia y perversa se le derramó por los labios. Las vides que había creado se endurecieron como piedras.

Las manos del Señor de la Muerte retorcieron la tela de mi abrigo y me apretó el brazo con los dedos hasta dejar moretones. Intentaba, hasta su último segundo, arrastrarme al infierno con él. Sus labios formaron la misma palabra, la misma exigencia, una y otra vez.

—Crei… ddy… lad…

La cara se le volvió morada como un cardenal y empezó a descomponerse sobre el hueso. Unas capas de piel derretida se le derramaron por los brazos y el cuello, con los bordes chamuscados por el fuego plateado derretido. Soltó un jadeo y sus labios carbonizados parecieron intentar buscar los míos.

—Crei… ddy… —Su expresión era espeluznante, una imitación barata de un gesto de amor. La obsesión se había podrido tanto tiempo en su interior que había dado forma a una fiebre que había arrasado con cualquier otro camino que podría haber tomado.

Caitriona soltó la daga y volvió a mi lado, pero, sin importar lo mucho que ella y Olwen tiraran para liberarme, no podían.

—¡Suéltala! —le gritó Neve a la forma en llamas del Señor de la Muerte. Arrancó a Excálibur de su cuerpo tembloroso y, en aquella ocasión, se la hundió en el cráneo.

Los Hijos de la Noche chillaron desde algún lugar más allá del bosque, gimoteando en sus intentos por alcanzar a su amo.

Aparté de un empujón la armadura que le cubría los hombros y el

pecho y empecé a aporrearla hasta que se deshizo en pedazos como el cuero desgastado. Oí un jadeo de fuerza y, de pronto, quedé en libertad y caí hacia atrás, contra Caitriona y Olwen, de modo que las tres terminamos sobre el suave lecho del bosque.

—Crei…

De su rostro no quedaba nada más que huesos y unos pegotes viscosos de músculos y vides endurecidas. Solo quedaron esos ojos pálidos para demostrar su conmoción cuando el cuerpo se le redujo a una pila de cenizas que destruyó la hierba y los brotes que acababan de florecer.

Los chillidos de las criaturas cesaron y el bosque se quedó en silencio.

Neve soltó a Excálibur y corrió hacia donde estábamos, con lo que volvió la oscuridad.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Eso depende —contesté a duras penas—. ¿Lo hemos matado?

—Está muerto, sí —contestó Olwen.

Le dediqué una mirada atormentada.

—Muerto de verdad —aclaró, antes de darle una patada a la pila de cenizas y restos ensangrentados—. Ni él ni Arturo volverán nunca a este mundo.

Pasé la vista por el suelo pisoteado y manchado de sangre en busca de algún resto de él que hubiese quedado. Pero no quedaba ni rastro del cuerpo del rey Arturo.

—¡No! ¡Esperad! —jadeó Caitriona. Me volví hacia donde estaba mirando y el corazón se me subió a la garganta.

Las renacidas estaban cubriendo los árboles chamuscados y las pilas de rocas que rodeaban el claro con el cuerpo. Su forma humana se suavizó al ser reabsorbida de vuelta en la tierra, como si soltaran un último suspiro antes de sucumbir ante el sueño. Donde antes no había habido nada más que ruinas, la tierra estaba cubierta de rosas, flores silvestres y helechos.

—Vaya —susurró Olwen, al ver aquel cuadro de ternura y dolor infinitos.

Las luces de los muertos se alzaron desde los pétalos suaves de las flores y acariciaron el verde intenso de las hojas. Flotaron por el

bosque y revolotearon entre los troncos de los robles viejos. Se marchaban.

—¡No! —exclamó Caitriona, dando saltos de una roca a otra para perseguirlas. Olwen se puso de pie y la siguió. Yo me aferré al brazo de Neve y me ayudé de ella para mantenerme en pie. Sabía que debía estar muy confundida, pero en aquel momento decidió quedarse en silencio y observar la escena que se reproducía frente a nosotras.

—Cait —la llamó Olwen, con una lágrima rodándole por la mejilla—. Tenemos que dejarlas ir.

Caitriona no le hizo ni caso.

—No, por favor, ¡esperad!

Las luces se ralentizaron un poco y se mecieron en el aire cuando una suave brisa silbó entre las ramas de los árboles. Aunque seguí a las hermanas, me detuve a cierta distancia. Las almas rodearon a las sacerdotisas e iluminaron su devastación.

—No os vayáis —suplicó Caitriona, alzando una mano como si quisiera acunar las almas entre las manos—. Lo siento, lo lamento muchísimo. Os fallé a todas. —Las palabras le salieron entrecortadas, entre sollozos—. No me abandonéis.

Olwen la rodeó con los brazos, y Caitriona se dejó caer contra su hermana.

Las voces fueron delicadas como la lluvia de verano, ligeras y resonantes. Reconocerlas hizo que se me estrujara el corazón, pero solo hizo falta que pronunciaran un par de palabras para que Olwen empezara a llorar.

—*Os queremos…*

—*Siempre seréis nuestras hermanas…*

—*Estaremos en cada brisa que os seque las lágrimas en las mejillas…*

—*Seremos el suelo firme bajo vuestros pasos cuando creáis que ya no podéis seguir ni un segundo más…*

—*…en el calor del sol que acaba con el frío en vuestros huesos…*

—*Nos oiréis en el canto de los pájaros que os despierte tras una pesadilla…*

—*…y en cada latido de vuestro corazón…*

Caitriona se dejó caer de rodillas, y Olwen con ella. Ambas aceptaron el abrazo reconfortante de la tierra en lo que el alma de sus

hermanas empezaba su último ascenso hacia el cielo estrellado. Y, entre susurros, cada una de ellas prometió con una voz brillante de alegría:

—*Os queremos…*

—*Os queremos…*

—*Sois nuestras hermanas…*

—*Y siempre lo seréis.*

Una luz plateada hizo relucir el aire a mi alrededor y me obligó a volver la mirada atrás, hacia el claro. La adrenalina, que por fin me había abandonado, volvió a toda prisa.

Aunque el Señor de la Muerte ya no estaba, su muerte no había sellado el desgarro entre los mundos. Sus bordes hirvientes seguían cortando el firmamento, poco a poco, y las almas de los condenados se seguían derramando en un torrente constante.

Entonces recordé lo que nos había dicho Nash: «Siempre tiene que haber un rey en Annwn. Y si no es él, alguien más tendrá que ocupar su lugar. Los muertos necesitan un celador».

Una certeza extraña me invadió, como si ya hubiese aceptado la decisión antes incluso de aceptar que debía hacerlo.

No podía pedírselo a nadie más ni dejar que creyeran que debían ofrecerse. Caitriona y Olwen ya lo habían perdido todo.

Solté a Neve, quien se acercó con cuidado hacia las demás. Tenía los puños apretados a ambos lados, pero estos me temblaban de todos modos. La idea de cruzar hacia el otro mundo y quedarme prisionera allí después de lo que le había pasado a Creiddylad hacía que se me revolviera el estómago.

En aquella ocasión, al menos, iba a ser mi decisión.

Seguí el camino de las rocas de vuelta al claro, en busca de la corona de Annwn que había lanzado hacia un lado. Y entonces, en lo que la niebla se apartaba, vi que alguien más ya la había encontrado.

Cabell se irguió detrás de la cobertura ligera de la niebla y se alzó cuan alto era. La mitad de su silueta parecía haber desaparecido al desdibujarse contra el bosque ancestral. Apenas distinguía los bordes del manto de Arturo sobre sus hombros, sobre su forma humana desnuda.

Entre sus manos temblorosas, sostenía la corona con cuernos de

Annwn como si se tratara de una copa delicada. La sangre y la tierra le manchaban la cara y los brazos cubiertos de tatuajes.

Fue como si el suelo bajo mi pies desapareciera.

—Cab, no —le dije, avanzando con dificultad hacia él—. Si te la pones…

—Lo sé —contestó, y sus ojos oscuros encontraron los míos.

—No, no lo sabes —le aseguré.

—Es lo correcto, ¿no? —preguntó con delicadeza—. Después de todo lo sucedido…, es lo correcto. Es lo único que puedo ofrecer. No usaré la magia para nada que no sea segar las almas. Lo juro, Tamsin.

—No me refería a eso —contesté, abriéndome paso con dificultad por el terreno abrupto—. Si te la pones, serás un prisionero de Annwn hasta que mueras o alguien más se ponga la corona.

Bajó la vista hacia los cuernos y el musgo que crecía por la superficie, hacia las sombras que la adornaban.

—Quizás para entonces ya haya podido enmendar mis errores.

—No —me negué con terquedad, y me detuve a unos pasos de él —. Tu lugar está aquí, en este mundo.

—Nunca ha sido así —dijo—. Lo sabes, ¿verdad? En el fondo, lo sabes.

Solo que saberlo no era lo mismo que aceptarlo.

Le tendí la mano, y muy para mi sorpresa, avanzó hacia mí, aunque no para darme la corona. Me dio la suya, y sus dedos me dieron un ligero apretoncito antes de soltarme.

—Cab —volví a intentarlo, sin molestarme en ocultar el pánico que sentía—. Cabell, escúchame.

—Hace muchos muchos años, en un lugar que es casi imposible recordar —empezó—, un cachorrillo soñó que podía convertirse en un niño humano para cuidar de la hermana a la que tanto quería…

En sus ojos, vi al hermano que había perdido, al niño que habíamos encontrado en Tintagel.

—No fue un sueño, ¿verdad? —susurró—. Todos esos años. Todo lo que vivimos. Fue real.

—Lo fue —le dije, con los ojos escociéndome por las lágrimas.

—¿Me recordarás así? —me pidió, con voz trémula.

—Siempre.

El estómago se me cayó a los pies al verlo levantar la corona de cuernos y ponérsela sobre su cabello oscuro. Un temblor le recorrió el cuerpo en lo que unas chispas de magia plateada se le extendían por la piel como unas cadenas. No podía verlo así, de verdad que no, pero habría sido mil veces más terrible no hacerlo.

—Búscame —me dijo—, cuando vuelva el invierno.

Se volvió hacia el portal abierto y cuadró los hombros al ver las almas que cruzaban el cielo como una lluvia de meteoritos.

—Cab —lo llamé, notando una presión en la garganta, detrás de los ojos—. Te quiero.

Aunque solo lo veía de perfil, distinguí la pequeña sonrisa que le tiró de los labios.

—No te mueras.

Inhalé con fuerza y me dejé caer sobre el suelo, clavándome las palmas frías contra los ojos. Ni siquiera eso fue suficiente para contener las lágrimas.

Una calidez que no había esperado me envolvió y calmó la tensión que notaba en todo el cuerpo al afianzarse sobre mi piel. Una mano espectral me acarició la espalda, una vez y luego otra más. Cuando el viento volvió a hablarme en un susurro al oído, la presión dolorosa que se me había concentrado dentro se liberó.

Nunca estarás sola.

49

Me resultaba extraño constatar que podía reconocer a cada una de mis amigas por los sonidos de sus pisadas. Las zancadas largas y rápidas de Caitriona, los pasos ligeros de Olwen, el ritmo apresurado de Neve.

—¿Tamsin? —me llamó Caitriona en lo que se sentaba en la gran roca que había a mi lado. Aunque su voz era tan profunda y ronca como siempre, la tensión de su rostro se había suavizado hasta adquirir algo que se asemejaba a la serenidad. En Ávalon, y durante todo el tiempo que habíamos pasado en el mundo mortal, siempre me había parecido mayor de lo que era. Quizás era la incertidumbre que distinguí en su expresión lo que la hacía parecer más de su edad.

—¿Ya… se ha acabado todo? —preguntó.

—¿Alguna vez se llega a acabar? —contesté, frotándome los brazos para entrar en calor.

A unos pocos pasos, Olwen contemplaba el bosque. Una expresión de paz llegó a sus facciones al cerrar los ojos y alzar el rostro hacia la suave luz de la luna. Neve se quedó a su lado, rodeándose con los brazos mientras contemplaba los restos de Excálibur sobre el musgo y la nieve.

—Lo siento —dijo Caitriona—, por abandonarte con los demás. Es que… Me convencí a mí misma de que solo yo sería lo bastante fuerte para acabar con esto, pero una parte de mí se sentía tan avergonzada de lo mucho que deseaba verlo muerto que no podía soportar la idea de que alguna de vosotras me viera hacerlo.

—Te entiendo —le dije, porque era cierto. Resultaba insoportable exponer las partes más feas que teníamos dentro con los demás y arriesgarnos a perderlos—. Solo estábamos preocupadas por ti.

Le acaricié el brazo con cariño, y una expresión de alivio le inundó

las facciones. Nos abrazamos en medio de la oscuridad, respirando el dulce perfume de las rosas que había cerca.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Para nada —contestó—. ¿Y tú?

—Ni siquiera un poco.

Y, en un gesto que me llenó de alivio, ahí lo dejamos. De todos modos, había ciertas cosas que eran imposibles de explicar. Caitriona se puso de pie y se agachó para ayudarme a hacer lo mismo. Me aferré a la mano que me tendía, y ella sonrió al ver las pulseras que aún nos rodeaban la muñeca.

—Nos dejó ir —dijo, contemplando el oscuro corazón del bosque —. Cabell. Nos podría haber detenido hacía horas, cuando me vio liberando a Olwen de la casa en la que la tenían encerrada. Pero no lo ha hecho.

Asentí, agradecida por saber la verdad.

—¿Y cómo me habéis encontrado?

—Supongo que del mismo modo que Neve —dijo ella, haciendo un ademán hacia la hechicera—. Madrigal dejó una Vena abierta en Mansión Estival. Me parece que de verdad creía que iba a volver con la victoria.

Tras un rato, Olwen se alejó un poco del claro y de nosotras. Con presteza, incineró los restos de los Hijos de la Noche uno a uno hasta reducirlos a cenizas.

Neve pareció decidir algo y, con un ligero asentimiento para sí misma, se agachó para recuperar a Excálibur. La espada le palpitó en la mano, poderosa. No muy lejos de allí, los restos fragmentados brillaron en respuesta para permitir que los encontrara.

Caitriona me buscó la mirada, interrogante.

—Es la descendiente de la primera Dama del Lago —le expliqué—. La primera sacerdotisa de Ávalon. La magia de la espada solo responde ante su linaje.

—Entonces, ¿Excálibur no ha fallado porque no me ha considerado digna? —preguntó Caitriona, y el dolor en sus palabras me hizo daño hasta a mí.

—No —le aseguré, totalmente convencida—. Solo porque la espada de fuego esa funcione así, no significa que las demás también.

Observamos a Neve en lo que se agachaba y recogía los fragmentos de Excálibur, para luego enrollarlos en su abrigo y que no se le perdieran.

—Neve —la llamó Caitriona en voz baja y avanzando hacia ella sin esperar respuesta. Al oír su nombre, Neve dejó los restos de la espada en el suelo y recorrió la distancia que las separaba. Por un instante, ambas se quedaron quietas, a un suspiro de distancia, sin decir nada.

Olwen enroscó su brazo con el mío y se acurrucó contra mí en busca de calor, mientras ambas observábamos la escena.

La sacerdotisa, más alta, bajó la vista, como si temiera lo que pudiera encontrar en los ojos de Neve. Pero esta le aferró las muñecas y se las atrajo hacia el pecho. Solo entonces, cuando rozó el corazón de la hechicera con las manos, Caitriona se atrevió a alzar la mirada.

—Estás bien —dijo Neve en voz baja—. Estaba muy preocupada por ti.

—Lo estoy —le aseguró.

—¿Dónde has estado, Cait? —preguntó, dedicándole una mirada suplicante.

Caitriona soltó un suspiro vacilante.

—Lo siento, no tendría que haberme ido.

—No, no deberías haberlo hecho —coincidió Neve con firmeza.

La expresión de Caitriona se volvió avergonzada.

—Tenía miedo. No solo de lo que podría pasarte, sino de aquello en lo que me estaba convirtiendo. Quería protegerte, pero en el fondo sabía que era yo quien más daño te hacía. Todas las cosas que te he dicho… Me muero de la vergüenza.

—Pero ahora lo entiendes, ¿verdad? —preguntó Neve—. La decisión que Morgana y las demás tomaron al buscar venganza.

Caitriona tragó con dificultad y asintió.

—¿Crees que…? —empezó, vacilante—. ¿Crees que algún día podrás perdonarme?

—Ay, Cait —dijo Neve, con una expresión de felicidad que resultaba radiante—. ¿Cómo podría no hacerlo?

Caitriona alzó la vista, sorprendida, para devolverle la mirada.

—Tengo que explicarte una cosa. Algo un pelín inoportuno, pero también maravilloso y sorprendente —empezó Neve—. Te quiero y no

quiero estar lejos de ti. No solo porque seas una persona preciosa y llena de nobleza y de tantas otras cosas increíbles, sino porque haces que sea más valiente, que quiera ser más fuerte, solo para poder luchar a tu lado.

Siguió con su discurso, casi sin aliento, aunque sin permitirse echarse atrás una vez había empezado.

—No es el amor de una hermana y es mucho más que el de una amiga. Quiero que quede claro. Y no tienes que sentir lo mismo, ni ahora ni nunca, pero quería que lo supieras.

La hoja más minúscula habría sido capaz de derribar a Caitriona. Tenía el rostro colorado y totalmente embargado por el asombro.

Sin duda alguna, Neve era la persona más valiente que había conocido en la vida; no tenía ni idea de cómo podía plantarse allí y exponerse a sí misma a la respuesta que pudiera tener Caitriona. Entregarle a alguien su amor sin temer que se lo pudieran devolver hecho pedazos.

Olwen alternó la vista entre ambas, maravillada. Y yo también lo sentí, aunque la efervescencia del sentimiento no fue suficiente para apartar el pinchazo de dolor que tenía clavado en el corazón. A mi mente volvieron imágenes de Emrys en la penumbra, la suavidad de su sonrisa al inclinarse hacia mí.

Todo ello desapareció para dejar paso a sus últimos momentos. «Me habría… quedado».

Podía sentir su presencia allí, a nuestro alrededor. De algún modo, era capaz de sentirlo.

—Así que… eso —terminó Neve—. Era eso lo que quería decirte. Me prometí a mí misma que lo haría cuando te encontrara. Si sobrevivíamos. Y me encantaría si pudieras decir algo tú ahora, de lo contrario voy a seguir parloteando porque estoy muy nerviosa y…

—Te… —empezó Caitriona casi sin voz. Parecía no salir de su asombro, y le llevó unos segundos más recomponerse para poder continuar hablando—. Desde la primera vez que te vi, te abriste paso entre mis sueños y has sido la dueña de mi corazón.

La aprensión en el rostro de Neve se evaporó, y la sonrisa que ocupó su lugar parecía brillar de alegría.

—Ah, bueno, en ese caso, ¿te molestaría mucho que te besara?

Caitriona apartó las manos, aunque solo para acunar el rostro de Neve entre ellas. Al inclinarse hacia abajo y rozar sus labios suavemente con los de la hechicera, me percaté de que todo ese tiempo las había estado mirando como una cotilla, por lo que me di la vuelta a toda prisa para darles un mínimo de privacidad. Y luego obligué a Olwen a hacer lo mismo.

Solo que un segundo dio paso a otro y luego a varios más, hasta que noté que se me congelaban los dedos de los pies dentro de las botas.

—Lamento muchísimo la interrupción —dije, con los dientes castañeándome por el frío—, pero ¿os parece si continuamos con esto en algún lugar donde no haga tanto frío?

Al separarse, Neve dejó escapar una carcajada casi delirante de alegría.

—Luego seguimos —le prometió a Caitriona, con una mirada que hizo que la sacerdotisa se pusiera roja como un tomate.

—Deberíamos irnos —dijo Olwen—. Podríamos usar la Vena. —Entonces se volvió hacia su hermana, ladeando la cabeza—. Con todo esto, no se me ha ocurrido preguntarte cómo me encontraste en esa casa.

—Pues ahora le debo un favor a la Cortahuesos —contestó Caitriona, frunciendo un poco el ceño al recordarlo—. Y he tenido que arrancarme prácticamente todas las pestañas para hacer que Rosydd abriese un portal justo hasta aquí.

Olwen soltó un suspiro que bien podría haber sido una risa.

—¿Rosydd…? ¿Quieres decir la Arpía de los Pantanos?

—De los Páramos —la corregimos Neve, Caitriona y yo.

—Ya te pondremos al día —le aseguré.

Olwen asintió y, tras echar un vistazo hacia el claro, preguntó:

—¿Y ahora a dónde iremos?

—¿A la Mansión Estival? —propuso Neve—. El Consejo de la Sororidad ha ido allí para vaciarla.

—Allí no —dije, sintiendo que las náuseas se alzaban en mi interior, raudas y crueles.

Neve, como siempre, me entendió al instante.

—Dime dónde y abriré una Vena.

A casa, me suplicó el corazón. *Vamos a casa.*

Solo que ya no sabía qué lugar podría ser ese para mí.

—La Cortahuesos quiere verte —me dijo Caitriona. Alzando las cejas, se volvió hacia su hermana para decirle—: Y a ti también.

Me relajé.

—Vale —acepté—. Pues para allá que vamos.

Olwen entrelazó los brazos con nosotras y nos condujo por el espesor del bosque, hacia los páramos que había más allá. Sin embargo, todas nos volvimos para dedicarle una última mirada a las flores que habían florecido entre la nieve, para alzarse desde la muerte y empezar de nuevo.

50

La Vena de Neve nos llevó hasta el apartamento que había en la segunda planta de El Reposo del Difunto, aunque no lo reconocí a primera vista. La última vez que habíamos estado por allí, había estado salpicado de unos pocos muebles rotos por aquí y por allá, como si hubiese estado pensado para resultar lo más incómodo posible y así desalentar cualquier tipo de visita.

Solo que al llegar nos encontramos con un dormitorio completo: una cama con dosel y un juego de sábanas elegante, una cómoda y una mesita de noche de mármol con una lámpara. Esta alumbraba hacia una butaca tan cómoda que podría darte un abrazo si decidías acurrucarte en ella y una moqueta ligeramente desgastada pero en perfecto estado. Incluso había una estantería vacía, a la espera de que la llenaran.

Aquella transformación tan súbita era de lo más extraña, incluso para tratarse de la Cortahuesos.

—No tengo ni la menor idea —dijo Caitriona cuando notó nuestras miradas interrogantes—. No me pareció buena idea preguntárselo. Casi me arrancó la cabeza con una escoba cuando me atreví a pasarme por aquí de nuevo.

—Sabéis que se os oye hasta aquí abajo, ¿verdad? —nos llamó la Cortahuesos desde el piso inferior, con su voz resonando como unas campanillas—. Y a ver si os dais prisa, que llevo un siglo esperando.

La taberna estaba vacía; hacía rato que había cerrado. La noche del solsticio de invierno era la más larga del año, y lo único que habíamos conseguido al cruzar de un lado a otro del océano era volverla incluso más larga.

Me esperaba encontrarla en su lugar de siempre en la barra, con Bran por detrás del mostrador puliendo unas jarras de cervezas que ya

estaban impecables. En su lugar, la puerta abierta de su taller fue lo que nos dio la bienvenida.

—Seguís vivas, por lo que veo —nos saludó la Cortahuesos al vernos entrar, con una ceja alzada por encima del borde de sus gafas de muchas lentes. Subió un poco más su taburete y apagó el pequeño soplete que tenía en la mano izquierda antes de dejar las pinzas que tenía en la derecha sobre la mesa.

—Apenas —admití—, pero deberías ver cómo ha quedado el otro.

La Cortahuesos soltó un bufido.

—Al menos esta vez venís con buenas noticias. ¿Y quién es nuestro nuevo Señor de la Muerte?

No le respondí; por un lado, porque no era capaz de pronunciar las palabras en voz alta y, por otro, porque reconocí las piezas de metal que tenía frente a ella.

Me abalancé hacia adelante y me aferré a la mano sin vida de Bibliotecario.

—¿Cómo…? ¿Qué haces con él?

—Mandé a Bran a buscarlo y a recoger cualquier otra cosa que se pudiese salvar —fue su respuesta—. Se me ocurrió que quizás podría arreglarlo.

Y eso había hecho. Al menos por fuera. El daño que había sufrido en el pecho había quedado arreglado al soldar una nueva placa en su lugar. Un tubo lo estaba alimentando con magia de la muerte líquida y plateada por la articulación entre el brazo izquierdo y el pecho.

—¿Y esto cuánto va a costar? —pregunté. No quería ni pensarlo.

La Cortahuesos se cambió las lentes por las de color escarlata.

—Nada que tú puedas pagar. Y debo advertirte que, incluso si lo consigo, no será el mismo que conoces. No tendrá sus recuerdos.

Pegué un bote hacia atrás y me volví hacia Neve.

—¿Tienes mi bolso?

Neve se puso manos a la obra y empezó a rebuscar hasta sacar mi morral, que era bastante más grande, de su riñonera. Lo atrapé al vuelo cuando me lo lanzó.

Tras desenvolver el vendaje que había usado para protegerlo, le mostré la botellita de mercurio líquido que había recogido de Bibliotecario.

La Cortahuesos tuvo que batallar con su expresión para no demostrar que estaba satisfecha.

—Supongo que esto podría funcionar.

—¿Tiene algo dentro? —preguntó Olwen, ladeando la cabeza.

La Cortahuesos se quitó las gafas para tendérselas. Olwen pegó un bote al contemplar la botellita con ellas, y luego a mí.

—Tamsin…, ¿esta es la plata líquida que viste en el caldero de Ávalon?

Asentí, notando que se me cerraba la garganta.

—Menuda suerte la mía.

Neve le echó un vistazo, y luego Caitriona, pero, cuando Olwen recuperó las gafas, no se las devolvió de inmediato a la Cortahuesos.

—¿Puedo quedarme a observar?

—Supongo que es lo más apropiado —dijo la Cortahuesos, volcando el contenido de la botella en un caldero pequeño que había sobre la mesa—. Si quieres ser mi aprendiz, tendrás que aprender.

Me quedé boquiabierta por la sorpresa. Ni siquiera Neve parecía saber qué decir.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Olwen, bajando las gafas—. ¿Estarías dispuesta a ser mi maestra?

—A ver, que no se te suba a la cabeza y te me creas especial —repuso la Cortahuesos de mala gana—. Necesito a alguien que se encargue de la taberna cuando Bran y yo tengamos que salir de viaje en busca de materiales. Y, dado que posees cierta inteligencia, es posible que hasta puedas aprender el arte que exige este oficio.

—Sí —dijo Olwen—, lo haré encantada.

—Espera —interpuso Caitriona, sin poder creérselo—, pero eso significa que…

El corazón se me estrujó con las palabras que no dijo: *Que nos vas a dejar.*

Y entonces comprendí para quién era el apartamento de arriba.

Olwen dejó su vaso sobre el borde del caldero antes de apoyar una mano sobre la de su hermana y acariciarle suavemente el dorso.

—Siempre has sabido que no comparto tu sed de aventuras, cariño. Lo que más deseo en la vida es aprender, poder servir a aquellos que lo necesitan. Necesito encontrar un lugar para mí en este mundo, y tú

tienes que hacer lo mismo.

Caitriona no parecía muy convencida.

—Si… Si eso es lo que quieres.

—Más razón para venir de visita —le dijo Neve.

—No hace falta, gracias —interpuso la Cortahuesos, revolviendo el contenido del caldero con siete movimientos en el sentido de las agujas del reloj y siete hacia el otro lado—. Además, estaréis muy ocupadas con vuestra aventura.

—¿Qué aventura? —preguntó Neve.

La Cortahuesos hizo un ademán hacia el sobre pequeño y de color crema que se encontraba justo encima de la pila inestable de pergaminos que había sobre una silla.

—Un puca llegó volando ayer y dejó eso para ti. Asumo que sabéis a cuál me refiero.

—¿A Griflet? —pregunté—. ¿En serio?

—A mí me olía igual —dijo la Cortahuesos en lo que añadía unos copos de algo escarlata a la mezcla con sus dedos finos—. Aunque os dejaré a vosotras que lo confirméis. Y una vez que lo hayáis hecho, os ruego que le informéis de que esto no es una oficina de correos.

Neve recogió el sobre con sumo cuidado, como si creyese que se le iba a deshacer entre las manos.

—Ábrelo —la insté.

Rompió el sello de cera y sacó una sola hoja de papel del sobre. Leyó a toda prisa el mensaje escueto que había escrito, y luego una vez más. Entonces se lo mostró a Caitriona.

Olwen dio un paso vacilante en su dirección.

—¿Neve?

—Neve, no me tortures así —le dije—. ¿Qué dice?

—«Tu padre y yo lo habríamos dado todo por verte crecer, y lo único que queríamos es que estuvieras a salvo. Por desgracia, en este mundo hay más enemigos de los que te imaginas» —leyó Neve—. «Fueron ellos quienes mataron a tu padre y harán lo mismo conmigo si es que no los detengo. Te suplico que no intentes buscarme. Vuelve con tu tía. Te quiero».

Neve casi parecía no tener palabras para expresar su esperanza en lo que alzó la vista hacia nosotras.

—Fue tu madre quien envió el puca —soltó Olwen, pensando en voz alta—. Para que te cuidara.

—Tendría que haber venido ella —dijo Neve con simpleza, haciendo un gurruño con la carta. Caitriona se la quitó antes de que pudiera hacerla pedazos y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros —. Ni siquiera me ha dicho cómo se llamaba mi padre. Solo que está muerto.

—Ya se lo preguntarás cuando la encuentres —le dije—. Le puedes preguntar eso y todo lo demás que quieres saber.

—Pero me ha dicho que no la busque —repuso Neve con un hilo de voz—. No quiere que la encuentre.

—¿Y vas a dejar que sea ella quien lo decida? —pregunté—. Yo también quiero que estés a salvo, pero sé que eres capaz de tomar tus propias decisiones.

Caitriona adquirió una expresión pensativa y centró su atención en la Cortahuesos.

—¿Dónde podemos empezar a buscar?

—Ya imaginaba que lo preguntaríais.

Tras sacar un libro enorme de una de sus estanterías llenas a rebosar, lo llevó hacia su mesa de trabajo. Este soltó una nube de polvo espesa cuando abrió la pesada cubierta.

—Creo que tengo una teoría de dónde podrías empezar a buscar a tu madre, Caniad…

Escuché con atención las teorías que se habían formado basándose en los rumores y avistamientos, todo ello mientras aferraba la pulsera desgastada que tenía en la muñeca. Olwen me dio un toquecito en la mano con una pregunta en la mirada, pero se la devolví negando con la cabeza.

Le había prometido a Neve que la iba a ayudar a encontrar a su madre, y eso sería lo que haría. Me hacía mucha ilusión que tuviera las respuestas que tanto ansiaba, además de la oportunidad de dar con más. Sin embargo, una parte de mí sentía la pérdida.

Ya no quedaba ni rastro de la escasa familia que había tenido, y la que habíamos formado entre las cuatro se había empezado a fragmentar. Fuera donde fuese que Neve y Caitriona empezaran su búsqueda, sabía que no podía ir con ellas. No aún.

Por el momento, a mí me correspondía un destino distinto.

Volví la mirada hacia las escaleras vacías, a la espera de alguien que nunca llegó.

Tres meses después

Boston, Massachusetts

Sin importar lo que digan o cuánto se mientan a ellos mismos, nadie quiere saber la verdad nunca.

Lo que quieren es la historia, o el deseo secreto, que ya vive dentro de ellos. No porque estén en negación ni porque se les haya ido la olla, sino porque, cuando es demasiado difícil creer algo por ti mismo, es todo un consuelo que alguien te prometa que todo irá bien. Que no has sufrido en vano. Que el potencial que vive en tu interior florecerá. Que tu corazón va a sanar.

Las campanillas de viento que salían del altavoz de mi móvil dieron paso a una melodía de ensueño. La luz de la vela a pilas se apagó un poco antes de parpadear, una advertencia de que iba a morir pronto. Y, tras haber pasado otro turno de seis horas leyéndoles las cartas a los turistas en el Maestra Mística, a mí tampoco me quedaba mucho.

Me volví a acomodar el chal de cuentas de Myrtle sobre los hombros y observé cómo mi cliente examinaba las cartas que tenía frente a él con una expresión cada vez más angustiada.

Franklin, el universitario pelirrojo que trabajaba en el súper que había en la misma calle donde yo vivía, se había vuelto un cliente habitual durante los últimos tres meses. Yo misma sentía que me angustiaba cada vez que veía su nombre en el libro de citas pendientes.

Nos habíamos quedado atrapados en lo que parecía ser un ciclo sin fin de las mismas preguntas, en la misma habitación oscura y atiborrada, con los mismos cristales acumulando polvo sobre las estanterías que nos rodeaban. Y, si bien daba las gracias de poder

pagar la factura de la luz, con cada día que pasaba me costaba más y más seguir con la pantomima. Ver su rostro lleno de pecas me había hecho soltar un largo suspiro de hartazgo que ni me había molestado en disimular.

Se pasó las manos por su maraña de rizos con un sonidito de frustración antes de clavar un dedo pálido y cubierto de pecas sobre una de las cartas.

—Venga ya —se quejó con desgana—. ¿Otra vez El Diablo? ¿Esta vez qué significa? ¿Es ella? No, es el tipo con el que está saliendo, ¿a que sí?

El Diablo estaba en la posición de las influencias externas y había salido allí para decirle a Franklin por millonésima vez que tenía unos patrones de codependencia y demás movidas tóxicas en su relación anterior que no valía la pena solucionar. Olivia, su ex, parecía haberlo descifrado hacía meses y se había echado un nuevo novio con el que estaba la mar de contenta.

Había tenido la precaución de no contarle nada de eso; en primer lugar porque no había ninguna fuerza divina que estuviese canalizando un mensaje para él a través de mí y de una baraja de cartas y, en segundo, porque parecía ser que ya no tenía el estómago para hacer trizas las esperanzas de nadie.

—El Diablo suele aparecer cuando hace falta romper malos hábitos o evitar la tentación —empecé, y al ver cómo se le tensaban los labios, pasé a un tono más ligero y amable—. ¿Qué crees que significa eso para ti?

El cronómetro digital que tenía al lado soltó un pitido cuando su hora acabó. Lo apagué y me eché hacia atrás sobre el respaldo de la silla para intentar captarle la mirada.

—¿Algo de eso… te parece conocido? —le pregunté, viendo cómo el dolor se le dibujaba en el rostro.

Como imaginaba, él ya sabía todo lo que le estaba diciendo; las preguntas que me hacía una y otra vez, sobre cuándo volvería con Olivia, qué era lo que ella veía en el otro tipo, todas esas eran algo secundario en comparación con la pregunta que tenía demasiado miedo de formular.

Hice caso omiso del resto de las cartas (y es que Franklin parecía

tener una predisposición nata para sacar siempre las peores posibles) e hice un ademán para señalarlas por encima.

—¿Sabes lo que me dicen todas estas cartas, Frankie? ¿Puedo llamarte Frankie?

—Eh… ¿vale? —Se inclinó sobre la mesa, como si esperara que se lo fuera a susurrar al oído.

—Me dicen que eres un chico estupendo que tiene muchas personas en su vida que lo quieren —le dije—. Me dicen que no cortó contigo porque sea imposible quererte o porque tengas algo malo. Solo que no hacíais una buena pareja y a ella le importabas lo suficiente como para dejarte ir y que encuentres la felicidad con otra persona.

Le temblaron los labios antes de que los presionara juntos para contener el temblor. Cuando se sorbió la nariz y se pasó el dorso de la mano para limpiarse, supe que había dado en el clavo.

Una lágrima se coló entre sus defensas, y luego otra.

Ay, mierda, pensé en lo que me invadía el pánico. Sin saber muy bien qué hacer al ver que pasaban los minutos y lo único que hacía él era llorar en silencio, estiré una mano para darle unas palmaditas en la cabeza, con ganas de que me tragara la tierra.

—No, no. Todo va… bien. —¿Dónde se metía Neve cuando más la necesitaba?—. Así que ponte… bien, ¿vale?

Franklin carraspeó, con el rostro colorado por el esfuerzo de mantener sus emociones bajo control después de haberse descontrolado un poquitín.

—Las cartas también me dicen que, cuando las cosas no funcionan, normalmente es porque hay algo mejor esperándote, o alguien en este caso —le dije—. Y seguro que quiere que sueltes aquello que no pudo ser para que estés listo para lo que está por venir.

—¿De verdad…? —Se le escapó un gallo por la emoción, lo que lo obligó a volver a aclararse la garganta—. ¿De verdad te han dicho eso?

¡No!

—Sí —le aseguré—. ¿Hay algo más que quieras preguntarles?

Franklin negó con la cabeza y se puso de pie despacio hasta desocupar la silla que tenía enfrente. Permaneció en silencio mientras

recogía la mochila, aunque al menos ya parecía más tranquilo.

—Gracias, Tamsin.

—No es nada —le dije, yendo a por el enorme libro de visitas—. ¿Te apunto a la misma hora para la próxima semana?

—No estoy seguro…, ¿quizás me toca trabajar? —dijo, aunque ambos sabíamos de sobra que los miércoles libraba.

—Vale —dije, obligándome a sonreír. Ya me las había arreglado para perder a mi único cliente habitual—. Me mandas un mensaje si eso.

Esperé a que bajara por las escaleras inestables y que la puerta se cerrara con fuerza antes de apoyar la frente sobre la mesa con un suspiro. Tanteé sobre la mesa en busca del móvil para apagar la música.

Aunque tenía que empezar a cerrar la tienda, el cansancio que había ido acumulando durante el día, durante los últimos tres meses, más bien, me impidió moverme.

La carta de La Luna me contempló desde el suelo, donde yo la había dejado caer a propósito hace un rato. Casi parecía mirarme con sorna.

En serio, ¿qué sentido tenía volver a un piso vacío? Cabell ya no estaba, pues se había encerrado en la prisión que él mismo había escogido. Neve y Caitriona se habían ido a París para seguir una pista sobre la madre de Neve, y no iban a volver hasta dentro de algunos días. No había tardado mucho en sobrepasar mi límite de visitas a Olwen en la taberna al usar la Vena que Neve había abierto en el piso. La Cortahuesos me había prestado el dinero que necesitaba para pagar el alquiler que debía y también un poco más, como pago por adelantado por algún futuro encargo, todo para que me largara y la dejara en paz.

Había pasado a aceptar todos los turnos que podía leyendo cartas. No solo me mantenía ocupada, sino que me permitía cumplir con el único propósito que tenía de momento: que mis amigas tuviesen un hogar al que volver siempre que lo necesitaran.

Respiré hondo y me sorprendí al notar el ambiente lleno de unas notas picantes en lugar de la peste a marisco. Lobster Larry no había sobrevivido a mi travesía en Ávalon, pero, en lugar de otra

marisquería, lo que habían abierto era un puesto de tacos. La idea me resultaba reconfortante en cierta forma, casi como si, al haber roto ese patrón, todos los demás también pudiesen romperse.

El de Franklin.

El mío.

Sin embargo, resultaba que tres meses era el tiempo que hacía falta para empezar a perder las esperanzas.

A veinte de marzo, con el ambiente perdiendo un poco de su frío helado y la ciudad despertando de su hibernación, por fin había empezado a aceptar que lo de la moneda no había dado resultado. Que había metido la pata hasta el fondo o me había saltado algún elemento desconocido del hechizo.

No había intentado volver al Consejo de la Sororidad porque no se me ocurría un modo de ir a ver la moneda sin que las hechiceras se enterasen de lo que había hecho. Y algo me decía que ellas tendrían tan pocas ganas de verme como yo a ellas.

No pasa nada, pensé. *Aún tienes la biblioteca. Y los gatos.*

Me había asignado a mí misma la tarea de ayudar a Bibliotecario a examinar los restos de la biblioteca, reparar el edificio y clasificar lo que quedaba de la colección. Algunos de los miembros de mi cofradía, aquellos que no se habían sumado a Endymion y la Cacería Salvaje, también habían empezado a ayudar, y por primera vez había sentido que me empezaban a caer bien. Y yo a ellos. Claro que otros habían decidido transferirse a otra cofradía y ya está, con lo que dejaban atrás la tragedia de un modo que yo jamás podría hacer.

Venga, me dije a mí misma. *Es hora de volver a casa.*

Volví a echarle un vistazo a la pantalla del móvil para asegurarme de que no me había perdido algún mensaje de Neve. Pero no. El último incluía un *selfie* de ellas dos en el Jardín de las Tullerías. Neve sonreía de oreja a oreja, de lo más contenta, pero la expresión de Caitriona era lo que me hacía reír cada vez que la veía: ligeramente confusa por lo que la hechicera estaba haciendo con el móvil, pero haciendo un esfuerzo para tenerla contenta.

—Me han dicho que no se necesita cita para venir.

El móvil se me resbaló de las manos y se estrelló contra la mesa. Y mi corazón no tardó en seguirlo, al martillearme contra el pecho con

semejante velocidad que lo único que fui capaz de hacer fue ahogar un jadeo.

Se enderezó tras asomarse por la puerta y se pasó una mano por su cabello castaño alborotado, en un intento por domárselo un poco, aunque sin hacer mucho esfuerzo. Llevaba vaqueros y un jersey sencillo de color verde bosque. Cuando se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa, la lana de su abrigo soltó un poco del frío que se había aferrado a la tela y, por un instante, me sobrepasó su aroma a bosque y pinos. Sus ojos de distinto color brillaron con travesura.

—¿Y esto cómo va? —preguntó Emrys, observando la tirada de cruz celta que había hecho para Franklin. Estiró una mano para extender las cartas que quedaban en la baraja—. ¿Escojo unas cuantas así a lo loco?

La euforia parecía chisporrotearme por debajo de la piel hasta que creí que iba a salir flotando.

—Escoge tres —le dije, cuando creí que la voz no me iba a fallar.

Ha vuelto. Las palabras se me repetían una y otra vez en la mente, como la más dulce de las melodías. *Ha vuelto.*

—A ver… —Se lo pensó, pasándose una mano por su barbilla recién afeitada. No quedaba ni rastro de la cicatriz que antes había tenido allí—. Quiero esta y esta…, y esta de aquí también me gusta.

Entonces apoyó un codo en la mesa, con la barbilla sobre la mano, y se dispuso a contemplarme con una ligera sonrisa.

—Dime, Maestra Mística Avecilla, ¿qué me depara el Destino esta vez?

Su pasado, presente y futuro estaban dispuestos entre nosotros, a la espera de que los interpretara. Tuve que tragar en seco, luchando para contener todos los sentimientos que se amontonaban en mi interior. La soledad. El miedo. La esperanza.

Recogí la primera carta.

—El Ahorcado. Puede implicar un sacrificio, aunque también la espera de algo… algo que quieres. ¿Quizás es que has tardado lo tuyo en llegar a tu destino?

—Pues sí, supongo que eso es cierto, aunque dicen por ahí que lo bueno se hace esperar, ¿a que sí? —dijo él, muy tranquilo—. Digamos que, por ejemplo, brotas del jardín de un poderosísimo consejo de

hechiceras, como Dios te trajo al mundo, nada menos. Entonces habría muchas preguntas que responder, ¿no te parece? Y eso antes de que te enteres de que tu madre también está por ahí, siendo atendida por las sanadoras.

El corazón me dio un vuelco. Me había puesto en contacto con Robin para ver si había algún modo de ayudar a Cerys Dye.

—El Bufón —seguí, levantando la segunda carta.

—Ah, esa quizás me la merezca un poco, ¿no? —murmuró casi para sí mismo.

—Las cartas no mienten —le dije con intención—. Aunque lo que implica aquí es que se te ofrece un nuevo inicio. Que has llegado al principio de un nuevo viaje.

Me acarició la mano con la zurda e hizo que la carta me temblara entre los dedos.

Bajó los dedos hasta rozarme la muñeca y luego los volvió a subir, trazándome distintos patrones sobre la piel. La calidez de su roce hizo que unos chispazos de electricidad me recorrieran la columna. Notaba un tirón intenso en la tripa, uno que me urgía a acercarme más a él.

—¿Y esta? —preguntó, mostrándome la tercera carta con una sonrisilla antes de alzar las cejas—. Esta sí que me gusta.

Los Amantes.

Cerré los ojos, incapaz de resistirme al calor y la presión que se me había concentrado detrás de los párpados. Sentía que el pecho se me iba a partir en dos por el alivio. Por la felicidad. No me gustaba nada ponerme a llorar ni tampoco que no hubiese encontrado aún las palabras que quería decirle.

—¿Por qué has tardado tanto? —susurré.

Me acunó el rostro con las manos, y noté su piel suave y nueva en lo que me secaba las lágrimas que me rodaban por las mejillas con el pulgar.

—Todas las semillas necesitan su tiempo para crecer.

Entonces se echó hacia atrás, le dedicó una mirada llena de frustración a la mesa que nos separaba y se puso de pie. Lo imité, con las piernas como un flan y sintiendo que la sangre se me había convertido en champán en las venas. Su mirada estaba llena de diversión y de un hambre voraz según se acercaba hasta plantarse

frente a mí.

Me deslizó las manos entre el cabello y se inclinó hasta apoyar la frente contra la mía. Al volver a oírlo hablar, se me escapó un suspiro tembloroso.

—Pero, si te soy sincero, Avecilla, la paciencia nunca ha sido lo mío precisamente. Así que es posible que me muera por tercera vez si me haces esperar más para volver a besarte.

—Pues nada —dije, alzando la cara hasta rozar los labios con los suyos, que no habían dejado de sonreír. Le deslicé las manos por la espalda y noté cómo sus músculos respondían bajo mi roce—. No podemos permitir que pase eso, que me he quedado sin monedas.

Se inclinó hacia mí, y todo lo que no fuese aquel beso dejó de existir. La desesperación que sentíamos acabó con cualquier otra sensación que no fuese la presión de su cuerpo contra el mío. Me besó como si hubiese estado ansiando mi roce, como si pudiera sentir mi propia alma despertando por la alegría de volver a tenerlo cerca.

A pesar de todos los cambios en su cuerpo nuevo y el brillo que había vuelto a su mirada, lo nuestro era lo mismo. La presión firme pero suave de sus labios sobre los míos, ese tira y afloja tan propio de nosotros, tan lleno de emoción. Podía sentirlo en aquel momento, que nuestros destinos se iban entretejiendo una vez más.

Me tropecé con la mesa e hice que todas las cartas terminaran en el suelo. El beso se ralentizó y se volvió más profundo, como si se estuviera regocijando en él. Me enroscó los dedos en los mechones sueltos del cabello y me acunó el rostro como si fuese el más sagrado de los tesoros.

Necesitaba más de él; la confirmación de que lo que tenía frente a mí no se trataba de un sueño muy cruel que podrían arrebatarme una vez más. Le recorrí el pecho con los dedos hasta dar con la maravillosa sensación de su corazón latiéndole acelerado bajo la piel.

Solo entonces me aparté, con los pulmones ardiendo por la falta de un aire que de pronto no me parecía tan necesario como él. Alcé la vista hacia él y lo encontré mirándome de vuelta. Las sombras de sus ojos habían desaparecido. Ya no quedaban secretos entre nosotros.

—Vamos a casa —le dije, sin aliento.

Emrys sonrió antes de presionar su mejilla contra la mía y asentir.

En lo que apagaba las velas y recogía las cartas para mi turno del día siguiente, él fue a por mi abrigo en el perchero que había en la pared. Dejé que creyera que me estaba robando otro beso mientras me ayudaba a ponérmelo. Como aquella mañana se me había hecho tarde al salir del piso, me había dejado los guantes, pero ya no me hacían falta. No con la calidez de su mano rodeando la mía.

Aún era de día cuando salimos hacia el alboroto de la ciudad; uno de los muchos regalos que nos daba la primavera. Bajo mis pies y a mi alrededor, había vida esperando para volver a nacer. Para alzarse de las frías profundidades de la muerte del invierno.

Y, por primera vez en la vida, yo también.

Agradecimientos

¡Hola, a ti que me lees!

En primer lugar, quiero darte las gracias por leer estos agradecimientos. Una de las razones por las que creo que son tan importantes es porque permiten resaltar cuánta gente se necesita para hacer que un libro cobre vida. Si bien la tarea de escribir es algo muy solitario, el proceso de publicar una novela es todo lo contrario. ¡Intentaré no enrollarme demasiado!

En primer lugar, muchísimas gracias a Katherine Harrison, no solo por ser una editora considerada y maravillosa, sino también por ser la capitana de este barco y hacer navegar estos libros a través de todos los canales de su publicación. Gianna Lakenauth, no sabes cuánto te agradezco todo el apoyo. Soy una autora muy afortunada por poder contar con un equipo de ensueño a mi lado, y de verdad que os debo muchísimo por todo el trabajo que habéis dedicado a esta saga. Muchísimas gracias a Melanie Nolan, Barbara Marcus, Judith Haut, Amy Myer, John Adamo, Adrienne Waintraub, Elizabeth Ward, Noreen Herits, Michael Caiati, Natali Cavanagh, David Gilmore, Katie Halata, Jenn Inzetta, Kelly McGauley, Shannon Pender, Erica Stone, Stephania Villar, Meredith Wagner, Lili Feinberg, Josh Redlich, Jake Eldred, Artie Bennett, Alison Kolani, April Ward, Liz Dresner, Jen Valero, Jinna Shin, todo el equipo de ventas tan maravilloso, Keifer Ludwig y Kim Wrubel.

De igual forma, muchísimas gracias al equipo de Listening Library, incluidas Iris McElroy, Rebecca Waugh y Emily Parliman, así como la muy talentosa Sophie Amoss, quien hizo que Tamsin cobrara vida gracias a los audiolibros.

Me cuesta muchísimo creer que haya tenido la fortuna de poder trabajar con el incomparable equipo de Writers House durante casi quince años. Muchísimas gracias a mi agente, Merrilee Heifetz, por

siempre ser la voz de la razón y por todo tu apoyo durante tantos años. Rebecca Eskildsen, no sé cómo te las arreglas para tenerlo todo bajo control, pero no sé qué sería de mí sin tus recordatorios tan amables. Y, por supuesto, muchísimas gracias al maravilloso equipo de licencias: Cecilia de la Campa, Alessandra Birch, Kate Boggs y Sofia Bolido.

Les debo mucho a Marissa Grossman, Valia Lind e Isabel Ibañez por leerse varias versiones de este libro y brindarme unas sugerencias sumamente inestimables sobre cómo desenmarañar los más complicados de los enredos. Como siempre, gracias infinitas a mi amiga Susan Dennard por ser siempre ser mi puerto seguro para debatir ideas, y a Leigh Bardugo y Victoria Aveyard por todo su apoyo.

Finalmente, muchísimas gracias a mi preciosa familia por todo lo que habéis hecho en el transcurso de los años para ayudarme; ya fuera horneando pasteles, acompañándome en mis viajes, echándome una mano con las fotos para mis redes sociales o con unas palabras de ánimo que sin duda necesitaba. ¡Os quiero muchísimo!

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.E

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra #EXPERIENCIAPUCK!

PUCK